LUIS PAZ

HISTORIA DEL ALTO PERU BOLIVIA

II

HISTORIA GENERAL DEL ALTO PERÚ

HOY

BOLIVIA

HISTORIA GENERAL DEL ALTO PERÚ

HOY

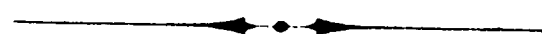
BOLIVIA

POR

Luis Paz

GUERRA DE LA INDEPENDENCIA.

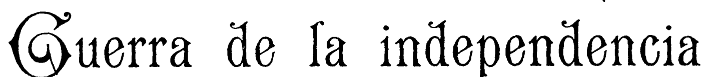
TOMO II



SUCRE, 1919



IMPRENTA "BOLIVAR"



Guerra de la independencia

INTRODUCCIÓN

La historia de la edad moderna empieza con el portentoso acontecimiento del descubrimiento de la América por Cristóbal Colón.

Otros habian sostenido ya que un camino opuesto al común podía conducir a las Indias; pero solo Colón tuvo la constancia de obstinarse en esta idea y reducir el concepto a la realidad. Sufre las negativas de los poderosos, las críticas de los doctos y de los ignorantes, las burlas del orgullo, y los desdenes de aquellos que siendo ineptos para obrar, están siempre dispuestos a condenar al que obra. Colón desciende hasta a las argumentaciones personales con aquellos que se abrogan el privilegio de sancionar la verdad; recurre al sentimiento para persuadir a un fraile y a una reina; a estos cita a Aristóteles, a aquellos a los Santos Padres; habla a unos de cálculos matemáticos, a otros de extraordinarias riquezas, a otros en fin, de los beneficios de la religión.

Catorce años consumió Colón para conseguir que su proyecto inspirase confianza. Al fin los reyes le ayudan. Se embarca con medios tan insuficientes, que pudiera llamársele no temerario, sino loco. Anda errante a merced

de vientos desconocidos, se ve precisado a engañar a sus compañeros con falsas indicaciones, mientras que por un océano sin límites busca una costa que no sabe dónde se halla: todo parece que se combina para debilitar sus esperanzas; pero su constancia adquiere nuevo vigor con el gigantesco pensamiento de reunir a los hombres bajo una misma fe y civilización.

Al fin se oye el grito de ¡Tierra! ¡Tierra!......Los que con él navegan le adoran como a un Dios porque ha conseguido su objeto; él cree haber arribado a las Indias; se engaña, pero en su camino ha descubierto un nuevo mundo.

¡Llegar al objeto deseado! ¡dar gracias a Dios con tanta mayor efusión cuanto menos hicieran los hombres por secuudarle! ¿Quién podrá expresar estos goces inefables? ¿Qué queda que esperar al grande hombre?

La ingratitud.

El piloto que le servia en una de sus naves, trata de arrebatarle la gloria que ha adquirido; los reyes evitan el cumplimiento de las promesas que le prodigaron; los espíritus fuertes se burlan porque buscó en el Cielo las esperanzas que el mundo le negaba; sus rivales procuran rebajar su mérito, engrandeciendo a su lado a un hombre mediano, y a sus descubrimientos dán el nombre de otro hombre. Unos le tratan de vanidoso, porque busca títulos que tantos derechos proporcionan a los que los deben al acaso; otros de avariento, porque lleva cuenta del oro que necesita para intentar nuevas empresas; otros, en fin, de feroz, porque sus sucesores asesinan a las gentes por él descubiertas. Murió Colón, y quiso que le acompañasen al sepulcro las cadenas con que volvió del Nuevo Mundo, porque nada enorgullece tanto al hombre como el martirio por una causa de indudable triunfo.

Cuando la envidia no teme ya que descubra otro mundo, confiesa la grandeza de aquel hombre, y lo hace inmortal en la historia. Colón es el primer gran descubridor que pertenece verdaderamente a la historia (1).

Creyóse al principio que los beneficios del descubrimiento de Colón serían reciprocos entre el viejo y el nuevo mundo; que éste brindaria a aquel vasto campo para la observación y la investigación y desarrollar el saber en tantos siglos acumulado; mientras el antiguo continente haria al nuevo el más rico presente de que la civiliza-

(1). Cantú. Discurso sobre la Historia Moderna.

ción podia disponer: la religión de Jesús y la lengua de Castilla.

Pero tan halagüeña esperanza se disipó bien pronto: a la pacífica expedición de Colón sucedieron otras compuestas de audaces aventureros atraidos por las deslumbrantes descripciones de las riquezas y de las bellezas de las regiones recien descubiertas.

Nada se había visto hasta entónces que igualase el valor, la fortaleza y perseverancia que desplegaron los conquistadores de América; pero tampoco habíase visto ántes nada comparable a las atrocidades, perfidia, horrorosas excenas y excesos de toda suerte ejecutados en el curso de la conquista.

Envano alzaron su voz generosa algunos hombres buenos para oponerse a la tiranía y a los crìmenes de aquellos asesinos; envano desplegó Las Casas toda su actividad y benevolencia en favor de los indios; en vano manifestaron los monarcas españoles laudable solicitud para la conservación y bienestar de sus nuevos vasallos, y en vano interpusieron el peso de su autoridad entre los oprimidos y los opresores. Todo fué inútil, nada bastó a proteger a los desgraciados naturales contra la fría crueldad de los mandatarios españoles. Formóse un código de leyes admirable por su sabiduria y dulzura en favor de los indios, pero éstos no obtuvieron con él alivio alguno, porque los conquistadores eran superiores a las leyes y estaban fuera del alcance de la autoridad real.

Con el transcurso del tiempo desaparecieron los conquistadores de la excena, el mayor número víctima de las discordias civiles; y sólo entónces pudo establecerse en América la autoridad del rey.

Los primeros colonos crearon gobiernos municipales, tomando por modelo los cabildos españoles, adecuado a los intereses de la colonización.

Las vastas regiones subyugadas por España fueron al principio divididas en dos virreinatos: Méjico o Nueva España, y el Perú. Formáronse más tarde otros dos: el del Nuevo Reino de Granada, y el de la Plata o Buenos Aires. En época posterior, cuando se palparon los inconvenientes de tan extensas jurisdicciones, se formaron otras subdivisiones. Separóse la provincia de Venezuela o Caracas del virreinato de Nueva Granada; Guatemala y Yucatán, se desprendieron del de Méjico, y Chile del de el Perú. Estas nuevas entidades se pusieron bajo la autoridad de capitanes generales. Lo propio se hizo con Cu-

ba, Puerto Rico y Santo Domingo, formando gobiernos separados.

Los virreyes estaban investidos con las prerrogativas de la corona y reunian el más amplio poder civil y militar. Bajo los virreyes y capitanes generales la administración de las provincias se ejercia por gobernadores y corregidores. Estaban las provincias subdivididas en departamentos, y la autoridad delegada era en ellos ejercida en lo civil por los alcaldes que anualmente nombraban los cabildos.

La administración de justicia estaba a cargo de las audiencias, tribunales presididos por el virrey o supremo delegado, en los lugares en donde estaban establecidas. Toda sentencia de un tribunal superior tenia que ser revisada por la audiencia, de cuyo fallo solamente podía apelarse ante el Supremo Consejo de Indias, y esto únicamente en los asuntos civiles, cuando el litigio excedía de seis mil pesos.

A cargo del Supremo Consejo de Indias, que tenía su asiento en Madrid, estaba todo el poder legislativo de las posesiones españolas en América. Leyes y reglamentos de toda clase, civiles, militares y eclesiásticos emanaban del Consejo, y eran luego promulgadas en nombre del soberano que asumía el título de «Emperador o Rey de las Indias», reconociendo, al apellidarse así, a estos países como parte integrante de la monarquía española, y no como colonias (1).

Además del código especial de leyes vigentes expedidas para las colonias, tenian también fuerza en estas las de la monarquía. En teoría estaban las colonias en la misma condición que la metrópoli; pero en la práctica era muy distinto. Los indios que habian salvado de la espada de los conquistadores y a quienes se habia declarado «hombres libres y vasallos de la corona de Castilla», fueron reducidos a la más abyecta servidumbre y oprimidos por la *mita* y los *repartimientos*. Los descendientes de los colonos tenían derecho, conforme a las leyes, a ser preferidos para los empleos honoríficos o de lucro y confianza, pero de hecho estaban excluidos del ejercicio del poder.

Fué especial cuidado de la política española no sólo mantener a los americanos en la ignorancia, sino aumentarla poniendo trabas a la inteligencia, y conservando

---

[1]. Humboldt.

estacionaria en sus ideas y aspiraciones a la población mestiza, cada día más numerosa.

El clero debia todo al rey, pues al rey y a sus representantes o delegados, pertenecía el derecho de patronato eclesiástico, y del ejercicio de este privilegio dependía en América muy principalmente la fuerza de la autoridad real.

Los reglamentos a que estaba sometido el comercio en la América española tenian por objeto conservar el monopolio del tráfico para la metrópoli. España abastecía a las colonias de lo que necesitaban y, por tanto, estaban obligadas a recibir los productos que ella tenia a bien enviarles y a los precios que quería fijarles. Con las mismas onerosas condiciones tenían las colonias que vender lo que producian. Tampoco podian los americanos hacer el comercio por los puertos más cercanos a los puntos de consumo o de producción, ni elegir las vias que la naturaleza y la razón indicaban como más convenientes, sino por las rutas especiales que tenía invariablemente establecido el monopolio español.

Se desalentaba la industria con grave perjuicio del comercio: muchos artículos de primera necesidad estaban monopolizados. En algunos remotos distritos se permitía el cultivo de la vid, del olivo y del tabaco, pero tan solo en la cantidad que el gobierno disponía, y que luego compraba al precio que él mismo fijaba.

Difícil sería hablar con el vituperio que merece, de la administración de justicia en la América española, como difícil también dar una idea cabal de la corrupción de los jueces. Para formarse una idea a cerca del sistema español y su administración en las colonias, es preciso consultar las «Noticias Secretas de América» por don Jorge Juan y don Antonio de Ulloa.

Bajo un sistema tan injusto y opresivo los sud-americanos no tenian existencia política; casi se les negaba el derecho de pensar. No se les permitía oir ni ver sino con los oidos y los ojos de sus opresores (1).

Tal era el estado político de las colonias españolas a fines del siglo XVIII, en los últimos años del reinado de Carlos III, cuando principiaron a producirse los sucesos que habian de conducir a la América a su independencia.

Pero, en fin, sean cuales fuesen las evoluciones po-

(1). MEMORIAS del General O' Leary.

líticas de España hacia el despotismo o la libertad, la América tenía que ser libre, y la independencia americana quedó planteada desde el día mismo de la conquista, como una evolución humana inevitable, que no podia dejar de verificarse. Todo el sistema de los reyes se dirigía a impedir o retardar ese grande hecho. Los sucesos se precipitaron y produjeron la explosión de ese sentimiento hasta entónces latente.

La rebelión de Gonzalo Pizarro fué ya un ensayo prematuro y velado de independencia de la monarquía española. El levantamiento de los Cataris y de Tupac-Amaru, la gran conmoción de Oruro y la propaganda de Sebastian Pagador, dentro de este movimiento general del virreinato, si fué ante todo una guerra de razas, propendía al mismo fin de la emancipación, desconociendo las autoridades españolas y arrancando el escudo real de los edificios públicos. Después de estos dos grandes hechos, la insurrección de Antequera en el Paraguay, a la que siguió la de los *Comuneros*, y la de Bohorquez en las fronteras del Tucumán, si bien eran impulsadas por ambiciones personales y llevadas a cabo con intrigas, daban muestra del poder de las pasiones para impeler a los pueblos hasta su independencia.

Fuera de estas grandes conmociones, otras que no dejaron de manifestarse, como la insurrección de Alejo Calatayud en Cochabamba, eran alborotos y protestas contra la opresión de las autoridades españolas, que si no fueron de grande trascendencia, revelaban que el sentimiento de la independencia existía latente, y que tenía sus apóstoles, que sìguiendo el desarrollo natural de los pueblos incipientes, era imposible que no llegara el día en que ellos quisieran sacudir sus cadenas con un arranque general y espontáneo.

Los grandes trastornos sociales y políticos, como los de la naturaleza física, se elaboran lentamente, hasta que las màs leves e insignificantes causas los hacen estallar. Los hechos históricos que se realizan instantáneamente, han sido largamente preparados.

Miranda se anticipó a dar el primer paso en la independencia, buscando la protección de gobiernos europeos, y sus esfuerzos murieron sin eco, porque aun no estaban bien preparados los elementos que debian combinarse para producir un cambio radical en la América. La independencia se mantenía aún en la región de las ideas, de los sentimientos y de las esperanzas. Objeto de temor

para unos, de previsión para otros, de anhelo para muchos, seguía en su preparación lenta, .pero segura, y no podía dejar de producirse.

La raza criolla cada día se resentía más de la postergación a que se creía reducida. Casi nunca se le daba acceso a los empleos de alguna consideración. ¡Y cuántos desvelos y gastos no costaba el obtener un empleo secundario! Tenía que remitirse al Supremo Consejo de Indias la relación de los méritos y el testimonio de buena conducta y aptitudes, que constituir allì un apoderado que activaba la solicitud de su cliente en la misma proporción con que era retribuído. Si el empleo era de alguna consideración, el agraciado pagaba a su representante en la Corte hasta cuatro o cinco mil pesos De este modo los empleos se obtenian muchas veces por el favor o por las recomendaciones, y casi siempre por la actividad o prestigio del apoderado, y más que todo por el dinero. Estos vicios eran irremediables con un gobierno constituido a miles de leguas de la América.

Los españoles europeos se consideraban muy superiores a los criollos, aun que tenían su origen por ambas líneas de aquellos. Haber nacido en la América, aun de raza española pura, era un pecado original que no se borraba ni con el mérito. Este desdén con que eran tratados los criollos se hacia irritante por la altivez española que rayaba en presuntuosa y despótica arrogancia. Lastimado asì el amor propio de los americanos, conservaban en su corazón una llaga que cada dia se hacia más viva y profunda. Todos los ultrajes se perdonan con más facilidad que los que hieren al individuo en la fibra más oculta que es la propia estimación.

Habia pues una línea bien marcada de separación entre los americanos y los europeos españoles: aquéllos veian a éstos de reojo; no podian olvidar la injusticia de la conquista, el despotismo con que se sostenïa la dominación; se reagravaba el encono con la postergación que la raza criolla sufria en todas las carreras, con la arrogancia y superioridad que se afectaba para con ella, y con aquella codicia de los peninsulares, que los hacia odiosos, que excitaba contra ellos la envidia, y que los acreditaba ante los americanos de usurpadores de tesoros que consideraban como propios.

Claro es que hablamos de la generalidad, de las tendencias en masa, de las corrientes comunes. Seríamos injustos si no estableciésemos honorabilisimas excepciones.

El Monarca cuidó de enviar a la América para los puestos más encumbrrdos en lo eclesiástico y político, sujetos conspícuos que habían figurado o eran dignos de figurar en España en primera línea. De los que ocupaban la cumbre del poder en el Alto-Perú, en lo político y eclesiástico, en la época de la revolución, ninguno desmerecía su puesto. Apesar de ello, repetimos que la división era profunda, y con las mejores cualidades de algunos españoles, no podia cegarse aquel abismo de separación que cada día se hacia más hondo.

«Vuestra Majestad, decía una representación al Rey, tiene en los vastos países de las Indias, muchísimos jóvenes de grande fidelidad y prendas naturales, sofocados todos en su propio nido, por faltarles el saludable aire de la esperanza. El triste ocio a que están condenados, les quita aun el consuelo del movimiento, y solamente trabaja su imaginación en ideas quiméricas y vagas, de suerte que *los criollos vienen a ser unos enigmas del Estado, pues ni son extranjeros ui nacionales, ni miembros de la República, sin esperanza y con honor, sin patria y con lealtad»* (1).

Aquí no se hace más que expresar el sentimiento unánime que se abrigaba de un confin al otro.

Eran pues demasiado conocidas las injusticias de que era víctima la Américа, y nadie se recataba para condenarlas y execrarlas. La idea de la independencia no habia penetrado en las masas, pero fermentaba en los espíritus más despiertos: tenía sus apóstoles, creados en las aulas universitarías, se la desarrollaba en conciliábulos, se la preparaba en sociedades secretas. Entre los españoles mismos, los políticos más prominentes sentian aproximarse su realización y la tenían por inevitable. Los grandes hechos que cambian la faz de los pueblos, se dejan sentir desde mucho antes por ecos vagos, como aquellos ruidos subterraneos que anuncian la explosión de un volcán. La revolución por la independencia, habia ya madurado en la región de las ideas, y se la sentía, se la respiraba: estaba en la atmósfera.

La revolución Norteamericana, era una lección que al cabo debía producir su efecto. Aun más palpitante estaba la revolución francesa, que sacó al mundo de sus quicios, y que dirigió sobre la América su aliento abrasador. A pesar de prohibiciones reiteradas se esparcieron por el nuevo mundo pañuelos y estampas con pinturas

(1). M. S. publicado en la Revista de Buenos Aires, t. 16, pág. 44.

de escenas seductoras, que hablaban a la imaginación con más eficacia que un libro.

Nada pudo impedir la propagación de las brillantes teorías que surgieron entónces para despertar a los oprimidos y hacerles sentir el peso de sus cadenas y privaciones. Para dar mayor entusiasmo y firmeza a la difusión de esas ideas, en la América española, se sabía que Carlos III habia prestado su apoyo a la guerra de la independencia de las Colonias del Norte, que llegaron a constituir los Estados Unidos y la tierra privilegiada de la democracia. Era pues el apoyo dado por un monarca español a la rebelión, el mejor ejemplo para la América del Sud.

Empezaron desde luego a propagarse las luces, o por lo menos, el deseo de adquirirlas, y hombres que ya conocian la abyecta condición en que se mantenía a la patria y que la deploraban, empezaron al mismo tiempo a aspirar a sus derechos políticos y a hacer comprender a sus hermanos que eran hombres libres y no viles esclavos. Era todavía reducido el número de esos espíritus superiores y emprendedores, y limitado a las ciudades principales. Para la gran masa del pueblo la libertad y el derecho eran palabras sin sentido. Debían aún sucederse otros acontecimientos providenciales, que precipiten la revolución y la independencia de todo un continente.

«Unid todos los elementos del mundo moral, dice el historiador filósofo César Cantú, y habreis formado la historia de la Providencia; y del mismo modo que por el orden de lo criado llegamos al conocimiento del Criador, así también por las obras del hombre se adquiere la idea del Dios que le guía. Aquel primer examen no excluye las causas inmediatas, ni éste niega la voluntad humana, libre y eficaz».

Y Bossuet en su *Discurso* dice: «Cuando Dios elije a alguno por instrumento de sus designios, nada detiene su curso: encadena, ciega o sujeta todo lo que es capaz de resistencia».

Los sucesos providenciales, hemos dicho, se precipitaron y produjeron la explosión del sentimiento de independencia hasta entónces latente. Las invasiones inglesas a Buenos Aires, su heroica reconquista y defensa por los naturales, habian revelado la virilidad y fuerza de la colonia; habían hecho más, habian planteado un problema y provocado la resolución: ¿no puede, no debe la América vivir por sí y para si? Para resolver este problema se

echó en balanza a un lado la justicia, que implicaba la libertad y la conveniencia, y al otro lado la lealtad al rey, que venia reagravada por la tradición de tres siglos. Ambos platillos quedaron equilibrados, hasta que bien luego los sucesos de Bayona inclinaron el fiel al lado de la justicia. Los cordones del otro platillo fueron cortados por la espada de Napoleón (1).

Los historiadores españoles, con más pasión que justicia y sin querer investigar las verdaderas causas, o mejor dicho, cerrando los ojos a la verdad, se quejan de la ingratitud de las colonias con la madre patria y les echan en cara haberla abandonado en los momentos de dura prueba. Pero son más bien las colonias las que pueden enrostrar a los españoles el haberles hecho traiciòn, pretendiendo uncirlas al carro de Bonaparte, cuando ellas daban pruebas de fidelidad a Fernando VII.

Fué la deslealtad de los malos hijos de España lo que primero despertó en el pecho americano el sentimiento de la injusticia con que se les trataba; y entónces sintieron más el dolor de las llagas hechas por el yugo cruel que las oprimía y que tan pacientemente habian sufrido, y avivóse su dolor cuando vuelto aquel monarca a España sancionó aquellos crueles tratamientos; y desde entónces trocaron en odio y desprecio el amor y veneración que habian tenido por el rey legítimo.

Las escandalosas ocurrencias del Escorial en 1807, las de Aranjuez en 1808, y los acontecimientos de Bayona, cuyo recuerdo cubre de rubor el rostro de todo verdadero español, europeo o americano, llenaron la Península de confusión y espanto, y brindaron a las lejanas posesiones de España fácil coyuntura para hacer valer sus derechos a la emancipación de un pueblo que se olvidaba de sus nobles tradiciones.

Los historiadores españoles han dado también el nombre de *guerra de la independencia*, a la lucha sostenida por España contra Napoleón I desde el 2 de mayo de 1808 hasta la batalla de Tolosa, terminada en 11 de abril de 1814. Defendían los españoles los derechos de Fernando VII a la corona. Trataba Napoleón de asegurar en el trono español a su hermano José. Con razón se ha llamado *guerra de la independencia*. porque si en la apariencia se trataba de una disputa entre un rey extranjero, José Bonaparte, y el pueblo en que queria reinar, en reali-

[1]. Monseñor Taborga. *Preliminares de la independencia.*

dad los españoles, abandonados por Fernando VII, pelearon con denuedo para impedir que su patria fuera una provincia de Francia, dado que Napoleón, aun habiendo transmitido a José la corona que le cedió Carlos IV, obró siempre, en lo que se refería a España, como verdadero soberano.

Ausentes de España los reyes, mostrábase el pueblo descontento, ya por esta causa, ya porque veia a los soldados franceses ocupando la capital y las poblaciones importantes como pais conquistado; aumentaban el descontento y la alarma, y la paciencia del pueblo se agotó cuando supo que los infantes Antonio y Francisco, únicos de la familia real que en España quedaban habian recibido orden de salir para Bayona. Fué ese el momento en que comenzó la *guerra de la independencia* de España, cuando ya era imposible contener el incendio de la *guerra de la independencia* en sus colonias de América.

Ha llegado el momento. La guerra vá a estallar, disimulada, doctrinaria y propagandista, cautelosa y tímida, primero en Chuquisaca, todavia al grito capcioso de ¡viva el rey!, y resuelta y franca hasta la temeridad, días despnés en La Paz, que respondió con los primeros martirios de la emancipación continental.

Podemos ahora preguntarnos con el historiador Cantú: «¿quién no siente latir su corazón conmovido por generosos afectos cuando ve a los atenienses y espartanos oponer sus intrépidos pechos a la invasión persa; a los siracusanos y numantinos rechazar hasta la muerte el yugo de roma; y en nuestros dias a España en nombre de sus instituciones para sacudir la opresión extranjera; y a los americanos para conquistar su libertad e independencia?»

«Una buena causa, dice Bossuet, añade a las ventajas de la guerra el valor y la confianza. La indignación contra la injusticia aumenta la fuerza, y hace que se combata de una manera más determinada y atrevida. También puede presumir que tiene a Dios de su parte el que defiende la justicia, de la cual Dios es protector natural. Se pierde esta ventaja cuando se hace la guerra sin necesidad o por capricho; de modo que cualquiera que sea su éxito, según las terribles y profundas justicias de Dios que distribuye las victorias, por un orden y medios enteramente recónditos, se puede decir que siempre combatiremos con fuerzas desiguales, si no ponemos de nuestra parte la justicia».

La justicia estaba de parte de los americanos.

La revolución de 1809 en el Alto-Perú, hoy Bolivia, formuló solemnemente por escrito el programa de la emancipación de estas colonias, y rompió de hecho las hostilidades en la guerra de Hispano América por su independencia.

Causas que no son de este momento han sido gran parte en que permanezca ignorada esa revolución; y hasta tal punto ignorada, que, contra el aserto categórico de los conocedores de la verdad, no muchos por desgracia, es ya aforismo vulgar de historia americana, que el movimiento de la emancipación comenzó en estas colonias el año 1810.

Los dos primeros gobiernos revolucionarios de América, han sido el de Chuquisaca, constituido por la audiencia, el 25 de mayo, después de haber destituido y puesto en prisión a la autoridad del rey, y la junta de gobierno de La Paz, organizada después del valeroso pronunciamiento del 16 de julio, y declaración de guerra a España. Este es el doble argumento, de naturaleza positiva y tangible bajo el sol, con que sobresale el año 1809.

El 1809 del Alto-Perú, grande empresa con sobra de miras y falta de medios, sobresale más que todo como un colectivo arranque de genialidad característica. Es una intrépida calaberada de pueblo. Primera entre las que, con intrepidez o sin ella, pero siempre con ausencia perfecta de sentido práctico, denota bien esa volubilidad nacional que como ciego destino ha llevado por casos tantos la vida responsable y libre de este desventurado país (1)

El enemigo con su crueldad, hizo irrevocable la revolución del Alto-Perú. La atacó con recursos superiores de la autoridad de dos virreinatos a la vez, con fuerzas combinadas del Perú y del Río de la Plata.

Apenas se supieron en Lima y Buenos Aires los pronunciamientos de Chuquisaca y de La Paz, Cisneros preparó una expedición contra Chuquisaca bajo las órdenes del mariscal Nieto, a quien nombró presidente en lugar de Pizarro. El virrey Abascal, del Perú, por su parte, dispuso que el brigadier don José Manuel de Goyeneche, que a la sazón estaba de presidente del Cuzco, marchase a la cabeza de un ejército contra los insurrectos de La Paz.

(1). René Moreno. Prólogo de *Documentos inéditos.*

La anticipación de un año, la precipitación del Alto Perú, fué un caso de ímpetu o acto primo, una hora de alucinación con toda ingenuidad, arrebato de la sangre altoperuana en el anhelo de la emancipación.

Lo que ocurrió después en Sud América el año 1810, era con rigor científico la determinación de un fenómeno sociológico. Estaba así demostrado por la espontaneidad del movimiento en varias colonias a la vez, por la pluralidad simultánea en una misma decisión sin previo acuerdo.

«Pero hay todavía que ver en el sitio predilecto de su origen—dice René Moreno—aquel desasosiego de los precursores de la revolución.

«Estos inquietos espìritus no eran otros que ciertos letrados salidos de la Universidad de San Francisco Xavier. Unos allí mismo y otros fuera de allí, a las veces en un extremo y en otro del virreinato, de Buenos Aires a La Paz, ya muy alertas después de haber escuchado el sonido de libertad de las invasiones inglesas de 1806 y 1807, andaban esos doctores a la mira, o si decimos guardaban ardiente el designio y aguardaban la coyuntura propicia de la emancipación hispano-americana.

«Este trecho del pasado alto-peruano, deslinde y punto de arranque en Hispano-América de la caducidad de las instituciones coloniales, ocupa, con el sordo rumor de aquellos de sus hechos de índole más subjetiva y de menos palmario aspecto, ocupa, decimos, en la docta capital del Aito-Perú los años 1807 y 1808.

«Hay que advertir que, después de dichos años, la acción de las ideas invade todavía con el álveo de su desenvolvimiento los cuatro primeros meses de 1809. En este postrer periodo, que diremos el verdaderamente dramático, de los móviles y aspiraciones mentales, la idea emancipadora, cobrando asidero en la plebe levantisca, y con esto mayòr sentido político, se mezcla mañosa en la borrasca de apasionadísimas querellas de la localidad, hasta venir por fin con este impulso a la noche popular del 25 de Mayo.

«Aquí es donde tomó comienzo la parte característica del año 1809. Los sucesos, desde este instante, adquirieron objetividad, figuración externa con actos públicos y privados, bulto compuesto de gentes agitadas a toda luz.....»

«Pero estos sucesos—el 25 de Mayo y el 16 de Julio, dice el historiador Mitre—no tuvieron su desenlace si-

no a principios del año díez, habiendo acaecido en el transcurso del año nueve, algunos otros de no menor importancia, que contribuyeron poderosamente a madurar la revolución a la par de los ya indicados». El 9 de agosto de 1809 estalló en Quito otra revolución con iguales tendencias, jurando fidelidad a Fernando VII, al deponer a las autoridades españolas, dando por razón que querían entregar la América a Napoleón.

El 25 de Mayo de 1809 en Chuquisaca, y el 16 de Julio del mismo año en La Paz, son pues dos acontecimientos que se relacionan íntimamente: son los dos primeros eslabones de la gran cadena de sacrificios y de acontecimientos heroicos de la guerra de la independencia americana. El uno marca el acto inicial, y el otro el martirio.

Chuquisaca dió la señal de la insurrección, «con aquel famoso grito de libertad, cuando en mayo 25 de 1809 América entera dormía el sueño profundo de la servidumbre». Días después «respondió temerariamente La Paz, con la guerra y los martirios primeros de la independencia continental». Y un año después, se produjo la revolución organizada y proclamada por los estadistas de Buenos Aires, acentuando la independencia de los pueblos de América.

Los primeros gritos de libertad se dieron en el Alto-Perú, y acaso ella hubiese sido ahogada en su cuna, si la gloriosa Buenos Aires no hubiese lanzado sus huestes libertadoras a lo largo de estas provincias, hasta alcanzar los bordes del Desaguadero, quebrantando su fuerza en Vilca-pugio y Ayouma, quedando destrozada su intervención de armas en la batalla de Supesipe.

Se concentró el poder argentino en los lindes del Tucumán, con el ilustre Belgrano, mientras San Martín trasmontaba los Andes, en protección de Chile, para aniquilar el dominio español en Chacabuco y Maipú.

Pero la guerra siguió para nosotros los altoperuanos: de nuestra propia cuenta, sin auxilio exterior, sostuvimos la guerra autónoma, la guerra de las comunas y de los cabildos altoperuanos.

Después de los pronunciamientos de los pueblos altoperuanos, iniciando y declarando la independencia de América; después que la recorrida triunfal de los ejércitos auxiliares argentinos fué rechazada por el poder español, principió para nosotros la guerra llamada de las re-

publiquetas, la conflagración general de todos los pueblos del Alto-Perú y de los caudillos.

«Es esta, dice Mitre, (1) una de las guerras más extraordinarias por su genialidad, la más trágica por sus sangrientas represalias, y la más heroica por sus sacrificios obscuros y deliberados. Lo lejano y aislado del teatro en que tuvo lugar, la multiplicidad de incidentes y situaciones que se suceden en ella fuera del círculo del horizonte histórico; la humildad de sus caudillos, de sus combatientes y de sus mártires, ha ocultado por mucho tiempo su verdadera grandeza, impidiendo apreciar con perfecto conocimiento de causa su influencia militar y su alcance político.

«Como guerra popular, la de las republiquetas precedió a la de Salta y le dió el ejemplo, aunque sin alcanzar igual éxito. Como esfuerzo persistente, que señala una causa profunda y general, ella duró quince años, sin que durante un sólo día se dejase de pelear, de morir y de matar en algún rincón de aquella elevada región mediterránea. La caracteriza moralmente el hecho de que sucesiva o alternativamente, figuraron en ella 102 caudillos, más o menos obscuros, de los cuales solo nueve sobrevivieron a la lucha, pereciendo los 93 restantes en los patíbulos o en los campos de batalla, sin que uno solo capitulara, ni diese, ni pidiese cuartel en el curso de tan tremenda guerra. Su importancia militar puede medirse, más que por sus batallas y combates, por la influencia que tuvo en las grandes operaciones militares, paralizando por más de una vez la acción de ejércitos poderosos y triunfantes».

Esta es la gloria incomparable del Alto-Perú! Y al fin de tantos esfuerzos titánicos, ejércitos colombianos, con Bolívar y Sucre, formaron la base de los que finalizaron la guerra de los quince años, en las jornadas de Junín y de Ayacucho.

Y para nosotros los altoperuanos no acabó ni con la batalla de Junín la guerra de la independencia. Después de ella, todavía nos estrechaba por el Norte el virrey La Serna, con un poderoso ejército, y en el Sud, defendía el Alto-Perù, en sus últimos contrafuertes, con porfiado tesón, el obstinado y fanático realista general Olañeta. Sólo después de Ayacucho y Tumusla, las dos últimas ac-

[1]. Historia de Belgrano.

ciones de armas en que fué para siempre aniquilado el poder español, es que nació Bolivia.

Vamos pues al estudio de la historia de la guerra de la independencia en el Alto Perú. No nos proponemos tejer la historia, sino presentarla conforme a los que nos han precedido en la relación de los hechos.

Nada más fácil ni monótono que la descripción de las batallas, siguiendo a los especuladores de la ciencia, sabios únicamente en fechas y clasificaciones. Lo difícil es la crítica de la guerra, la interpretación filosófica, con lo cual la narración se cambia en sublime enseñanza de lo que conserva o descompone en un pueblo los fundamentos de la sociedad. El historiador está en el deber de aplicar la moralidad de las acciones a las supremas cuestiones del orden social, asociando a la ciencia de los acontecimientos la de sus causas, para descubrir el carácter real y deducir rectas consecuencias.

Para esto nos ayudarán todos los que nos han precedido y se han ocupado de la materia, que no son pocos. Consultamos los documentos oficiales, los partes militares, las memorias y relaciones históricas de generales españoles y americanos, que fueron actores, o testigos en aquellas acciones heroicas, o que estaban bien informados de sus detalles.

Nada hay nuevo en la historia, en lo que se refiere a la narración de los hechos, ni cabe en este punto la acusación de plagio. Lo malo es que unos a otros se copian a mansalva, sin cuidarse de comprobar la verdad, de recurrir a las fuentes de información, para estar seguros de lo que dicen y afirman magistralmente.

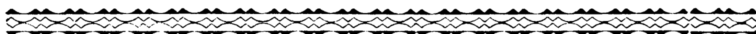
Aprovechando de lo que está ya hecho, cada uno debe añadir su propio modo de ver, para dar un paso adelante. Así cada historiador pone muchos elementos en lo que describe. De aquí la inagotable novedad de la historia, a pesar de ser inalterables los acontecimientos.

«Después de haber estudiado penosamente, ocultando la fatiga, queda un camino al historiador—escribía el maestro Cristófaris—y es inspirar siempre la inclinación al bien, prontitud en elegirlo y constancia en quererlo; mostrar sinceridad, porque el hombre sincero, aun cuando se equivoque, sólo se engaña a medias, y nutrirse de aquellas ideas que dan consuelo en la persecución, y hacen honroso el martirio. Herder moribundo decía a su

hijo: Sugiéreme algún gran pensamiento; esto es lo único que me alivia».

Bien comprendemos que al emprender la obra de escribir la Historia General de Bolivia, como el primer ensayo de su género, hemos acometido una empresa muy superior a nuestras fuerzas, y por eso al principiarla, pedimos las luces y la protección de Dios, que volvemos a invocarlas al dar comienzo a este segundo volúmen.

Sucre, Febrero 15 de 1917.



CAPITULO PRIMERO

La geografía en la historia. La República Boliviana, su situación geográfica y sus límites. El territorio perdido por Bolivia. La ciudad de los cuatro nombres capital de la República. División física de Bolivia. Ríos. Límites departamentales. Departamento de Chuquisaca. Departamento de La Paz. Departamento de Cochabamba. Departamento de Oruro. Departamento de Potosí. Departamento de Santa Cruz. Departamento de Tarija. Departamento del Beni. Departamento Litoral de Atacama.

La geografía en la historia.— La geografía es compañera indispensable de la historia, pues describiendo los lugares, dá un conocimiento más preciso de los sucesos, y algunas veces los aclara y explica.

Los acontecimientos históricos no pueden ser conocidos distintamente mientras no se les asignan los lugares y tiempos que les son propios, esto es, mientras no se diga el *dónde* y el *cuándo*; sin esto, carecen de significado y de valor; pues cada uno de los hechos, si no resulta inmediatamente de los que le preceden, está modificado por ellos y por la naturaleza de los hombres, de las costumbres, de los climas. En esto se fundó Bacón para

llamar a la geografía y a la cronología los ojos de la historia (1).

Para dar unidad y colorido a la narración histórica, para hacer comprender el modo como la transición de un sistema a otro se produce, para presentar en su verdadera luz el cuadro de las acciones y reacciones de la revolución altoperuana, es indispensable, ante todo, hacer conocer el teatro y el medio en que esas grandes evoluciones se operan.

Aunque ya hemos señalado los límites jurisdiccionales de la audiencia de Charcas (2) y de la extensión territorial del virreinato del Río de la Plata (3), vamos ahora a fijar los aledaños del Alto-Perú con los Estados hispano-americanos limítrofes, cuando principió la guerra de la independencia, y que fueron los mismos con los que se constituyó en República de Bolivia.

Este es punto de interés, como base de nuestras cuestiones de fronteras, no definidas tadavìa, y que, sin duda alguna, se han de promover con más fuerza en lo sucesivo.

«Bolivia, fuera de la propia defensa, tiene que resolver el problema de un puerto, reintegrando su soberanìa de la «puerta de calle», convencida como está de que los tratados contra la naturaleza son nulos.

«Si hay derecho a la vida, ora por recursos políticos o por las vias de la justicia, hemos de respirar el aire suave de los mares, y al hacerlo así, hemos de evitar nuestra muerte por asfixia. Los cuerpos en desarrollo rompen los diques que se oponen a su crecimiento, y esta ley física y también social, se impone a despecho de los hombres y de los pueblos» (4).

Esta es la palabra, llena de fe y de esperanza, de un joven publicista de la nueva generación, que responde a los ecos de la palabra del tribuno y estadista Mariano Baptista, que como senador, escribia, en 1883, en un informe de relaciones exteriores, lo siguiente:.....«conviene declarar que Bolivia, privada de todo su litoral, há menester de una compensación, sin la cual no podrìa progresar, ni aun vivir como Estado. El derecho a la vida y a la espansión subordina todos los derechos; o más bien, nin-

---

(1). *Rudimentos de la historia.*
(2). T. I. cap. décimo.
[3]. " " " décimo noveno.
[4]. Historia Internacional de Bolivia, por Miguel Mercado M. 1916.

gún derecho se explica ni existe sin ese derecho generador......»

Después, hemos de describir la topografía de la República de Bolivia, con la extensión necesaria, porque es preciso desautorizar «acerciones contrarias a lo que de nuestro país afirman generalmente los geógrafos, copiándose unos a otros». Seguiremos en esta materia, el *Bosquejo* de José María Dalence, «persona que ha nacído y vivido en la gran altiplanicie de Oruro, o Tibe de América, mirando al naciente la cordillera real, y al poniente la costera, y que la ha recorrido en diferentes direcciones, y que merecerá alguna más fe, cuando describe los Andes Bolivianos, que los que solo de paso y rápidamente han recorrido el país».

La República Boliviana, su situación geográfica y sus límites.—Se denominaba antiguamente Charcas: nombre comunicado a todo el distrito por la república de Charcas, que preexistió al Imperio de los Incas, y cuya forma de gobierno en nada cedia, según el juicio del doctor Montecinos, historiador del Gran Colla, a la de la antigua Tláscala. Hoy Charcas, capital de la tal república, no es más que un cantón anejo de la parroquia de Chayanta. La denominación de Alto-Perú, aplicada exclusivamente a Bolivia, es nueva y muy impropia. Alto-Perú son las sierras que se extienden desde Copiapó hasta Quito, las cuales corresponden en parte al Perú y en parte a Bolivia. Humbolt, al considerar nuestro territorio, repugnándole llamarlo Alto Perú, decía que debiera denominarse más bién *Perú interno*. Lo cierto es que ni en las leyes españolas, ni en sus historiadores, se dá a lo que hoy es Bolivia, otro nombre que el de Charcas: circunstancia que debe tenerse muy presente para no desconocer nuestras pertenencias y límites legales en los arreglos que sobre ellos se quiera hacer por tratados.

La República de Bolivia está situada entre los 6°. 46' de longitud oriental, y 6°. 16' de longitud occidental al meridiano de Chuquisaca (1) y en latitud austral, entre los 7°. 30' y 26°. 54' en la parte oriental; y en la occidental, entre los 7°. 30' y 25°. 39'. Tiene de superficie cincuenta

[1]. Chuquisaca, La Plata o Sucre está a los 66 grados 46' 30'' de longitud occidental al meridiano de París. Haremos uso del meridiano de Chuquisaca, salvo que por circunstancias particulares sea forzoso citar otro.

y tres mil doscientas diez y ocho leguas cuadradas de 17 y 1/2 al grado.

Bolivia linda por el S. O. con la República Chilena, por el Sur con la Argentina; por el S. E. con el Paraguay, por el E. y N. con el Brasil; por el N, con el Perú, y por el O. con el mismo Perú y el mar Pacífico.

La linea divisoria entre Bolivia y Chile (1) comienza en el río Salado, que por junto al Paposo, desemboca en el Pacífico a los 25°. 39', y dirigiéndose luego al E. S. E. remonta la Cordillera por Baquillas y llega a Portezuelo, que sirve de límite a la provincia argentina de Catamarca y nuestro Cantón de Antofagasta. De aquí vuelve al N. O. por los desiertos nevados de Chacoalto, bojeando por la abra de Charachapampa, Cerro Galán y Puerta de burros, los curatos argentinos de Belén, Santa María, Cachi, Rinconada y Santa Catalina, y separándolos de los cantones bolivianos de Antofagasta, San Antonio de Lìpez, Esmoraca y Talina hasta La Quiaca. Aquí varía la linea al E. por las quebradas de Tojo y Quebrada Honda, abras de Rota, Rejara y del Pucará, altura del Cerro Negro, abras de Ramadas, del Porongal, Candados y altos del Cerro de las Antas hasta las juntas de los ríos Itau y Tarija, (2) los cuales uniéndose con otros que bajan del S. O. desembocan con el nombre de Bermejo, en el Paraguay, a los 26°. 54'. Desde donde el expresado río Paraguay (3) forma la linea divisoria de S. a N. entre Bolivia, el Paraguay y el Brasil (4) hasta la confluencia del Jaurú, en que se

---

(1). Esta linea se hallaba más al Sur; pero los de Copiapó se nos han avanzado mucho. Véase el antiguo Cedulario impreso de Indias, t. 2º desde la pág. 25. El cronista Herrera, en la *Descripción de las Indias*, cap. 21, de conformidad a las cédulas citadas, enuncia los límites de Charcas, comenzando por el Norte, del modo siguiente: «Charcas está en 20 y ½ de altura austral, por el río de nombre de Dios [Sama] y principio de la laguna del Collado: tendrá de largo 300 leguas hasta el Valle de Copiapó, principio de la Provincia de Chile, en 28 de altura; aun que de viaje se cuentan 400 leguas; y de E. a O. lo que hay entre la *Costa del mar del Sur y la del Norte*». Para mejor inteligencia léase el capítulo 24 de la misma descripción.

(2). Véase la Carta-Puebla de Orán, última frontera, despachada en Cédula de 4 de Diciembre de 1796 por Silbestre Collar; en ella se señala por límite del Orán, al N. el río Bermejo.

[3]. Los límites del gobierno y obispado del Paraguay fueron señalados por real cédula de 1620. Al O. su rio, y de S. a N. hasta el Paraná, cuya demarcación y territorio conserva hasta hoy, dice el P. Guebara en su historia del Paraguay. Lib. 1º parte 2ª paragr. 17.

(4). Los límites de Charcas, no son otros al E. dice Jorge Juan, que el *célebre meridiano de demarcación*. En esta inmensa región se erigió el Virreinato de Buenos Aires. Después se separaron de la Presidencia y Audiencia de Charcas los Obispados del Paraguay y Bue-

halla el marco divisorio, que es una hermosa pilastra de mármol europeo, oficialmente colocada a consecuencia de los tratados de 1750, por los primeros comisarios de Fernando VI de Castilla y Juan V de Portugal. De esta confluencia hasta la unión del Sararé con el Itenes, no hay más lindero que una línea recta, imaginaria tirada de confluencia a confluencia (1). Continúa luego la demarcación el Itenes hasta los 7°. 30' de latitud sur, (2) en que el río ha tomado sucesivamente los nombres de Mamoré y Madera.

Desde este punto por otra linea recta imaginaria de E. a O. se encuentra la ribera Oriental del rio Yavari (3) que desemboca en el Amazonas a los 4°. 42' de latitud y 4°. 14' de longitud occidental al meridiano de Chuquisaca. Del Yavari va la linea divisoria por el S. O. a la boca del río Inambari, que en aquellas regiones toma el nombre de Beni-paro: continúa por este río (4) aguas arriba; y subiendo la cordillera hasta las inmediaciones del pueblo de Mojo, sigue al S. O. y pasa a cuatro leguas por el O. de Puina. De aquí toma casi al S. hasta las cabeceras del río Suchez, que están cinco leguas al O. de la estancia de Cololo, en la cordillera de este nombre. Siguiendo la dirección S. S. E. del rio mencionado, se dirige por cerca de nuestro pueblo de Suchez y divide su laguna, dejando al lado de Bolivia, Paria, Ocopata, Pacañani, Umabamba, y Uchaucha, pertenecientes al cantón de Pelechuco.

De la estancia de Uchaucha, situada a la ribera izquierda del rio de Suchez, sigue la línea el curso del río

---

nos Aires y Córdova, para fundar en ellos los Gobiernos del Paraguay y Montevideo, la Superintendencia de Buenos Aires e intendencias de Córdova, Tucumán etc. Quedaron por consiguiente *unidos y sujetos siempre a la Presidencia y Acuerdo de Charcas todos los territorios a que no alcanzaban dichos Obispados.* Jorg. Juan. Viajes. T. 3º pág. 189, Cédula de 8 de agosto de 1776 y Código de Intendentes del Virreinato de Buenos Aires, art. 1º

[1]. A esta parte de la línea expresada fundaron después del año 1777, los portugueses a Casalvasco, violando escandalosamente el tratado; y los brasileros lo conservan aun, por nuestra negligencia y haciendo esfuerzos por avanzar al O. y al S.

(2). El Mamoré e Itenes, o Guaporé, según le llaman los portugueses, reunidos toman el nombre de Madera, desde la confluencia del Beni, que está a los 10º 22' 30'' de latitud austral, Hahenke.

(3). Algunos mapas ponen esta línea a los 10º 30' sin advertir que está a los 7º 3o', pues nos pertenece la mitad del curso del Madera, medido desde la boca del Mamoré a la del Madera en el Amazonas. Véase el art. 11 tratado 1777.

(4). Jorge Juan. T. 3º pág. 179.

siete leguas, hasta la estancia de Tarucani, y dirigiéndose luego al S. S. O. por las alturas de Pallallani, pasa al E. de las estancias de Guaranca, Ucumarini, Llipichicarca, Lapacatu, Tangachi, y hacienda de Patacaille, que dividida en dos partes, pertenece la una al distrito de Mohó del Perú, y la otra a nuestro cantón Guaicho. Desde dicha hacienda continúa la línea divisoria con el rumbo anterior, y en Orurillo de Guaicho toca en el lago de Titicaca, al que lo divide por una linea recta imaginaria tirada al S. S. O. hasta las inmediaciones de Yunguyo, territorio peruano

En seguida corre la linea al S. deslindando nuestro cantón de Copacabana con Yunguyo, y pasa por las haciendas bolivianas de Cosani y Mohocachi, y de esta última continúa al N. hasta la de Guacuyu: de aquí toma segunda vez al naciente por dos y media leguas y atraviesa al S. de Parquipugio, entre esta hacienda y el lago. Desde el confín de dicha hacienda sigue al N. N. E. hasta Chijipata, territorio peruano, por una y media leguas, bajando después al S. a dividir las haciendas de Calata y Cariguaya: la primera perteneciente al Perú y la segunda a Bolivia, situadas con poca diferencia, dos leguas al poniente del estrecho de Tiquina. La parte de la linea comprendida entre Yunguyo y el estrecho de Tiquina, está en la península de Copacabana, y tan irregularmente demarcada, que es casi imposible formar una idea cabal de ella, mucho más teniendo en consideración la multitud de pequeñas porciones de terreno peruano, que atraviesan al N. del camino que conduce de Tiquina a Copacabana, que con poca variación lleva el rumbo de naciente a poniente.

Desde la mencionada hacienda de Calata, vuelve a pasar la linea por el lago con dirección al S. E. 1/4 al S. y separando las dos islas de Uspique e Icachi, correspondientes al Perú, de la de Anapia, de Bolivia, toma al S. S. O. hasta el desagüe del lago. De aquí el río Desaguadero demarca el lindero por dos leguas al S. E. hasta la confluencia del rio Yaro, desde donde sube la línea hasta el origen de este rio por dos leguas al S.; y dejando el río en nuestra parte, continúa al poniente otras dos leguas por el centro de la hacienda de Tapara, cuyas mitades quedan la una en el distrito de Guacullani, y la otra en nuestro cantón de San Andrés de Machaca.

Al S. S. O. de la mencionada hacienda corre una serranía poco elevada, demarcando con su cumbre la lí-

nea de límites entre el territorio peruano de Pisacoma y nuestros cantones Santiago y Berenguela, de la provincia de Ingavi. Esta línea corre por las estancias de Ocata, Vilacota, Palumani, Taguacu ñuño, Paacata, Catacora, Tolacollo, Chipa y Guañamauri, pertenecientes a Bolivia y situadas en las vertientes del E. de la expresada serranía, mientras que al lado del O. y en territorio peruano, quedan las de Pampa-huyo, Arabi, Carpani y Catavicollo, todo este espacio es de 22 leguas.

Desde la estancia de Guañamauri que está situada a 12 leguas al O. 1/4 al S. O. de Berenguela, prosigue la línea por 36 leguas hasta los 17°. 15' de latitud austral. En este espacio e inmediatas a la linea están las estancias bolivianas de Alaro, Visvire, Caracollo, Chinocavi, Achaauta, Cosapilla y Alpaqueri, siendo esta última correspondiente al cantón Ulloma, y situada a 20 leguas al S. 1/4 S. O. de él, y las demás en los cantones Berenguela y Calacoto.

Desde Alpaqueri que está a los 17°. 15' de latitud, continúa la linea al S. S. O. demarcando la provincia de Carangas de Oruro, y la de Tarapacá del Perú; pasa en seguida al poniente de los nevados de Sajama, por el centro de la laguna de Chungará, que dista 7 leguas de estos nevados hácia el O. S. O., y 27 del cantón Curaguara de Carangas. Desde allí toma al S. S. O. y corre al poniente de las estancias de Tamboquemado, Paquiza, Suriri, Lliscaya, Parajaya, Chacori, Piraga y Anocaruta, situadas todas a las raices de alturas más o menos grandes, y al O. de las serranias nevadas de Tatasabaya y Carangas, igualmente que de las que toma sus fuentes primitivas el rio Lauca. Esta parte del lindero corresponde a los cantones de Curaguara, Turco y Guachacalla, hasta los 19°. 50' de latitud S.; desde donde limitando al cantón Llica de Potosí, corre por un largo despoblado entre Lipez y Pica hasta el rio Loa, que formando la linea divisoria desemboca en el Pacífico a los 21°. 30'. Aquí principia nuestro *Litoral*, y concluye en el río Salado de que antes hicimos mención.

Hemos señalado estos linderos con la proligidad que se advierte, para que queden como la perpetua constancia de nuestros derechos territoriales y puedan servir de norma para gestiones posteriores.

Son pues nuestras fronteras de tierra muy dilatadas, y aunque la configuración del territorio es irregular, los límites son naturales, y generalmente hablando, bastante

seguros, a excepción de los que existen entre La Paz, Puno y la costa de Arica.

Esta irregularidad nace principalmente de la imprudencia con que en tiempo del gobierno español se separó de la audiencia y presidencia de Charcas, como también del arzobispado de La Plata, la costa de Arica y Tarapacá, que era parte de la provincia de Carangas, asì por la primitiva demarcación, como por su misma posición geográfica. La desmembración desde luego no fué absoluta, por que como dá testimonio el cosmógrafo Bueno, en su *Descripción*, se reservó por cédula, a la audiencia de Charcas, el conocimiento de ciertas causas; a lo que se agrega que el subdelegado de Carangas continuó recaudando los tributos hasta que todo esto se confundió con la guerra. Los archivos de Carangas contienen esta demarcación que la trae también Herrera; y es muy verosímil que con el tiempo, el mismo curso natural de las cosas la restablezca. No queremos arrebatar lo ageno, pero deseamos recobrar por medios légitimos, lo que fué de Charcas.

La parte litoral de Bolivia abraza unas 84 leguas, dentro de las cuales se encuentran los puertos de Cobija y Tocopilla, y las bahias de Mejillones, Algodonales, de la Herradura y de Nuestra Señora, y algunas otras caletas.

Descripción de los virreinatos del Perú y Buenos Aires, en las Efemérides de Lima por el Cosmógrafo del Reino: provincia de Atacama; y Herrera, que a la letra dice así: «En la costa de esta Audiencia (Charcas) que comienza en $17\ ^1/_2{}^\circ$ en el rio de Nombre de Dios, o Tambo palla, hay el puerto de Ilo junto a un río en $18\ ^1/_2{}^\circ$; y más al S. el Morro de los Diablos, y puerto de Arica en $19\,^1/_3{}^\circ$; y el de Tacama en 21°; y la punta de Tarapacá, al S; y más adelante rio de Pica, y el de la Oja, y el de Montelo; puerto de Mejillones; y más al S. Punta de los Farallones o Morro Moreno, antes de la bahia y rio de Santa Clara; y más al S. la quebrada de Punta Blanca, y Quebrada Honda, y el rio de Santa Clara, como 30 leguas del rio de Copiapó, a donde comienza la costa de Chile, y se acaba la de los Charcas». Al principio del capítulo habia dicho el autor: «El Distrito de la Audiencia de Charcas que parte términos con la de Reyes, está en $20\,^1/_2{}^\circ$ de altura austral por el rio de Nombre de Dios y principio de la Laguna del Collao: tendrá de largo 300 leguas hasta el valle de Copiapó principio de la provincia de Chile, en 28°. de altura, aunque de viaje se

cuentan 400 leguas; y de S. a O. E., lo que hay entre la costa del mar del Sur hasta la del Norte o medio dia».— Descripción de las Indias Occidentales, Cap. 21.

El territorio perdido por Bolivia.—«Desde la fundación de la primitiva Audiencia de Charcas, Bolivia ha llegado a perder dos terceras partes de su territorio. Al declararse la independencia, la extensión superficial de la República era de tres millones de kilómetros cuadrados y no tiene sino 1.379,014.11. .

El Brasil nos ha quitado el acceso al rio Paraguay en el Oriente y toda la región acreana en el Norte, desde Bactas y las nacientes del Yavary hasta el paralelo 11º., es decir, cuatro grados geográficos de latitud y once de longitud; hemos cedido a la Argentina el Chaco Central y la Puna de Atacama; entregamos a Chile todo el Litoral, desde el río Lca hasta el Paposo, esto es, una costa de cuatro grados de extensión y con cuatro puertos mayores; el Perú ha ganado a nuestra costa y por los milagros de un laudo arbitral, la riquísima cuenca ubicada entre los ríos Ucayali, Urubamba, Yanatile, y Marcapata al Occidente y la línea geodésica que va desde la desembocadura del río Heath en el Madre de Dios hasta la confluencia del arroyo Yaverija en el Acre; y el Paraguay, no cabe duda, quedará con la parte Sud del Chaco Boreal, a fin de que resulte completo el cuadro sombrío de nuestras desmembraciones.......y no se aparte esa especie de fatalismo histórico que pesa sobre nosotros» (1).

La ciudad de los cuatro nombres capital de la República.—Sucre capital de la República de Boliva, está a los 19º. 14' 50" de latitud austral. Los españoles la llamaban La Plata, Chuquisaca y Charcas, por ser la capital en que residía la audiencia y presidencia del distrito de este nombre. Observa Pedro de Angelis, que esta ciudad tiene tres nombres (omitiendo el cuarto que es Sucre) y cada uno de ellos una distinción especial. Un comerciante no dice que está establecido en Charcas, así como el eclesiástico no dá a sù pastor el título de arzobispo de Chuquisaca, ni el letrado hablará de la audiencia de La Plata, porque discurriendo con propiedad se dice: comerciante de Chuquisaca, arzobispo de La Plata y audiencia de Charcas.

(1). Historia Internacional de Bolivia. Miguel Mercado M.

La asamblea general del Alto-Perú, reunida en Chuquisaca, decretó en 11 de agosto de 1825, artículo 1º: «La denominación del nuevo Estado es y será para lo sucesivo República Bolívar». Artículo 14: «La ciudad capital de la República y su departamento, se denominarán en lo sucesivo, Sucre».—La ley de 1º. de julio de 1826, «faculta al padre de la patria y fundador de Bolivia, Simón Bolívar, para que designe el sitio en que ha de construirse la nueva ciudad Sucre; y mientras se levanten los edificios necesariós para el gobierno y cuerpo legislativo, Chuquisaca se declara capital provisoria de la República». —La ley de 12 de julio de 1839, sancionó que: «La ciudad de Chuquisaca es la Capital de la República, y conforme a la ley de 11 de agosto de 1825 se llamará en adelante la Ciudad Sucre».—La ley de 18 de junio de 1843, declaró que: «La capital de la República se titulará en adelante, la Ilustre y Heroica Sucre».

División física de Bolivia.—La cordillera de los Andes, que desde la Tierra de Fuego, se dirige de S. a N., penetra en el territorio boliviano, por la parte litoral, a los 25º. 39', y por el interior a los 27º. 38' de latitud austral. Entre los 21º. y 22º. se parte en dos sistemas considerables y muy bien pronunciados, de los cuales el occidental continúa orillando las costas del océano Pacífico, mientras que el oriental declina un poco hácia el E. y luego, dividiendo la república a lo largo, en dos porciones, una alta y otra baja, va a unirse con el sistema occidental al N. O. de Pelechuco, en el paralelo 14. Desde este punto, conocido por *Nudo de Apolobamba*, corren los Andes al N. O., haciendo una grande inflexión.

Al principio de su división los dos sistemas no presentan sino terrenos montañosos y no muy altos. Las cimas elevadas y de nieves perpétuas en el occidental, comienzan entre los 17º. y 19º. de latitud Sur, en la provincia de Carangas, donde descuellan el *Tatasabaya*, el *Tucapa*, y el *Sajama*, cuya altura alcanza a 23,088 pies castellanos.

El conocimiento del sistema oriental nos merece mayor consideración, por estar casi enteramente colocado en nuestro territorio. Este sistema, llamado vulgarmente *Cordillera Real*, al principio de su separación se compone de cinco cadenas paralelas, de las que la primera, o más occidental, es la cordillera de los Frailes, que juntándose a los Azanaques de Condo, pasa por Ancacato asaz baja y

ramificada. La segunda es la cordillera de Portugalete, donde el famoso *Chorolque* se eleva a la altura de 19,600 pies. Esta cordillera, después de formar el nudo de Potosí y Porco, se ramifica en cuatro pequeños ramales. La tercera es la cordillera de Caipa y Liqui. La cuarta se compone de las cordilleras de Taxara, Tarachaca, Sombreros y Yacambe; y la quinta y última es la cordillera de Caiza. Las tres cadenas primeras se deprimen hácia Cochabamba, y hacen lugar a los hermosísimos valles de aquel departamento; las otras dos del E. siguen guardando una altura media.

En Tarija reciben los Andes un contrafuerte, que dirigiéndose de Levante a Poniente, apoya la cadena de Caiza. El ensanche que con él toma esta cadena, continúa hasta Guarapetendi, donde el Pilcomayo se abre paso a los llanos de Manso. Allí comienzan las serranías de Pomabamba y Sauses, en cordones paralelos que dejan entre sì largas y anchas vegas. Los cordones paralelos que allí llaman cañones, son interceptados por el Parapetí y el Rio Grande, o Guapay, que es su propio nombre; y a la márgen septentrional de éste, desaparecen, presentándose casi maciza la cordillera.

Al N. de Cochabamba se consolidan las cinco cadenas anteriores y forman el magnífico promontorio *Nudo de Cochabamba y Santa Cruz*, el que después de ensancharse al E. con las serranias de los Mozetenes, sigue encadenándose a las montañas de Palca-grande, de las Tres Cruzes, La Paz y Ancuma hasta Pelechuco, donde se reunen los dos sistemas, como queda dicho, y componen el nudo de Apolobamba. Desde el promontorio de Cochabamba se elevan los Andes a la región de las nieves perpetuas, y presentan un espectáculo digno de admiración, por la anchurosa banda blanca que sin interrupción envuelve las cumbres colosales, en una larga extensión, a cuyos términos no alcanza la vista. En este espacio es donde los Andes se presentan más imponentes y magestuosos, con las montañas más altas que se han medido en América. Al E. S. E. de La Paz, y en los 16°. 37' de latitud, y 3°. 54' de longitud occidental al meridiano de Chuquisaca, se vé el *Illimani*, que sobre una base granítica de 40 leguas en contorno, yergue su soberbia frente a la altura de 26,271 pies castellanos. Junto a Sorata y a los 15°. 37' y 4°. 45' el *Illampu* de la misma naturaleza y no de menor volúmen se levanta 27,636 pies sobre

el nivel del mar; y más al E. de esta villa hay aún otros nevados de igual o mayor elevación.

Los dos sistemas que hemos mencionado, encierran la gran *altiplanicie de Oruro*, que se extiende desde los confines boreales de la provincia de Lipez, hasta la raya de Santa Rosa, que era el límite del virreinato de Buenos Aires. Estos llanos tienen de largo más de 180 leguas; 30 a 35 de ancho, y como 13,000 pies de altura sobre el nivel del mar. En ellos existen algunos cordones y grupos de cerros esporádicos, que aun que bien distantes unos de otros, afectan cierta regularidad de orden y paralelismo con la cordillera. También se encuentra en esta alti-llanura, el famoso lago alpino de *Titicaca*, que formándose por el aflujo de muchos ríos notables, desagua solo por un punto. Su superficie es de 220 leguas cuadradas. El río que de él sale, se nombra Desaguadero, el cual uniéndose con el Maure y otros arroyos que bajan del sistema occidental de la cordillera, baña las provincias de Pacajes, Sicasica, el Cercado de Oruro, y Poopó hasta meterse en el pequeño lago de *Pampa-Aullagas* después de un curso tortuoso de más de 80 leguas. El lago de Pampa-Aullagas empieza frente a Poopó, y termina en Pampa-Aullagas. Tiene de largo como 18 leguas; de ancho 9 cuando más; al medio está situada la isla de *Panza*, de exelentes pastos. Sin embargo de que este lago misterioso recibe la grande copia de aguas del Desaguadero, y los rios de Sorasora, Poopó, Urmire, Tacagua, Condo y el del Marqués, no aumenta su caudal, ni presenta punto alguno de desagüe en la superficie. Se creia que tenia un sumidero, por donde se comunicaba con el mar, junto a la costa de Iquique, hasta que se ha visto que se comunica con las lagunas de Coipaza y Chipaya de Carangas, entre las cuales y el lago existia un canal o cauce, que solo se llenaba en los años muy lluviosos. El fondo de este canal se ha hundido junto al lago, como por espacio de dos leguas, y también cerca de las lagunas, donde ha nacido un rio, (Laca-ahuira), que no puede atravesarse por su profundidad sino en balsas, quedando en el intermedio una especie de puente natural que retumba al paso de las caballerias.

Pasando al O. el eje de la cordillera, entre los 21°. 30°. y 25°. 39', se desciende a una llanura o mesa, que se extiende 84 leguas a lo largo, y de 20 a 25 de ancho sobre la altura de 8,000 pies, la cual conforme uno se aproxima al mar, va disminuyendo insensiblemente hasta

4,000. De aquí sigue una bajada rápida hasta la playa, y antes de ella se presenta un cordón longitudinal de collados, con el nombre de *Lomas*, que se visten de yerbas y flores, merced a la *garúa* que cae en julio, agosto y septiembre, precisamente cuando todo el interior está agostado.

Fuera de esta faja singular, el terreno de la mesa hasta las faldas de la cordillera, es arenoso y caliso, penetrado de carbonato de sosa, y escasísimo de agua, y como tampoco llueve, no es a propósito para la vejetación. Sin embargo, hay algunos oasis que se cultivan con el riesgo del rio Niño, como Calama y Chiuchiu.

Al E. del sistema oriental de la cordillera se encuentran los *Llanos de Manso*, Santa Cruz y el Beni. Los de Manso que de E. a O. miden más de 100 leguas de ancho, están naturalmente divididos al S. E. por el Tarija, o Bermejo, y al E. por el rio Paraguay. En ellos hay algunas serranías esporádicas.

Las primeras son las de Centa, que dirigiéndose de E. a O. aumentan el contrafuerte de Tarija, y parten las aguas entre el Tarija y Pilcomayo (1). La serranía de las Salinas que está como 20 leguas del E. de Caiza, y donde tiene su origen el Yabebiri, o río Verde; la de los Potoreros, cerca de la cual existió el pueblo de San Ignacio de los Somucos, perteneciente a la provincia de Chiquitos, y cuyos habitantes por librarse de los vejámenes de los portugueses, se retiraron a Santo Corazón. Corresponden al mismo sistema las serranías de Chiquitos. Todos estos grupos están entrecortados por valles más o ménos anchos.

Los llanos de Manso están en el Chaco central poblado por el capitán Andrés Manso, mediante una capitulación que hizo con los cabildos de la antigua Santa Cruz y Chuquisaca, después de grandes disputas. El Chaco austral pertenece a la República Argentina, y con el boreal formaban los tres juntos la región antiguamente llamada *Gualambá* o Gran Chaco, cosa que por lo regular equivocan los geógrafos.

Los llanos de Manso se prolongan por el N. hasta

---

[1]. En la confluencia del rio Centa y el Grande de Tarija, estuvo fundada la ciudad de Guadalcazár, la cual, aunque establecida por el gobernador de Salta, fué declarada perteneciente al corregimiento de Chichas y arzobispado de La Plata *por estar situada a esta parte del Bermejo* y tomó posesión de ella el cura de Cotagaita—Lozano hist. del Chaco.

nuestros límites boreales; no son por consiguiente las llanuras de Chiquitos, Santa Cruz, Mojos y Apolobamba, más que la continuación de las de Manso; y aunque el promontorio de Cochabamba se dilata en aquellos parajes un poco hacia el E. no por eso disminuye la anchura de los llanos, a lo menos sensiblemente, porque es allí donde los Andes empiezan a encorvarse y nordovestear. La parte poblada de Mojos y Santa Cruz carece de sierras, y solo se ven algunos collados, junto a los cuales están situadas las poblaciones.

Existe una diferencia notable en los llanos de que hemos hablado. Los de Manso están cubiertos de gramineas, sotos y palmeras, que se presentan como grandes islotes en medio de un mar verde. Los de Mojos y Santa Cruz forman inmensos bosques espesos. Apolobamba, Guarayos y Chiquitos, aunque bien distantes, se asemejan entre sí, y abundan en ellos las praderas, selvas y bosques.

Ríos.—(1). En Bolivia es donde existe la separación de los principales afluentes de los dos ríos más grandes de la América del Sud, el Amazonas y el Plata. La línea que separa las vertientes de estos ríos, la *divortia acuarum* pasa a lo largo del departamento de Chuquisaca, con la especialidad de atravesar por medio la capital de la República.

Los afluentes del Amazonas son: el *Beni*, cuyo origen desciende en parte desde la ciudad de La Paz, siendo sus tributarios, principiando por el Norte, el *Madidi*, el *Taquexe*, el *Tuiche*, el *Mapiri*, el *Tipuani*, el *Challana*, el *Coroico*, el *río de La Paz*; el *Cotacajes*, el *Altamachi*, etc. Todos ellos corren hácia el Beni de S. O. a N. E. y de S. a N., y este desemboca en el Madera a los 10°. 30' latitud Sud y los 68°. 40' longitud Oeste. Muchos de estos ríos que forman el Beni, son navegables a distancias más o menos largas de La Paz, entre ellos el río de Coroico desde el pueblo de este nombre. El Mamoré, cuyos afluentes, descendiendo de la parte más central del país, de lecho hondo (40') y un curso manso, parece ser el más señalado para servir de vehículo de salida a las ricas y variadas producciones de la República y especialmente de las de los departamentos del Beni y Cochabamba. Los tributarios del Mamoré son, contando de N. a S.: el *Yacuma,* el *Apere*, el *Tijamuchi*, el *Sécuri*, el *Chaparé*, el *Chi-*

(1). Tomamos esta parte de la *Guia* de Rück.

moré, el *Chapacani*, el *Piray* y el *Guapay* o *Río Grande*, siendo navegables casi todos ellos hasta muy cerca de su origen. Los más interesantes son el *Sécuri*, que cae de los declives boreales de la cordillera de Cochabamba y entra en el Mamoré cerca de Trinidad, capital del departamento del Beni; el *Piray* y el *Rio-Grande*, que pasan a muy corta distancia de la ciudad de Santa Cruz, el último, después de haber descrito su curso un inmenso semicírculo, y de haber cruzado el camino que conduce de Sucre a Cochabamba; el *Itenes* o *Guaporé* que separa Bolivia al N. E. del Brasil y cuyas vertientes son el *Machúpo*, el *Itonama* o *San Miguel*, el *Río Blanco* o *Baúres*, el *Paraguá* y otros.

La confluencia del Mamoré con el Iténes tiene lugar a los 11º. 30' latitud Sud y los 68º. longitud O. Los dos reunidos con el Beni, forman en el *Madera* uno de los ramales más caudalosos del Amazonas.

Los afluentes del rio de la Plata, son: el *Pilcomayo*, formado del Cachimayo, Pilaya y otros, y que corre por los llanos de N. O. a S. E. dejando a la derecha el Chaco central y a la izquierda el boreal; el *Bermejo*, formado del rio de Tarija, etc. corriendo paralelo al primero; el *Paraguay*, descendiendo de N. a S., que toca el territorio de Bolivia en el Jaurú, a los 16º. 15' latitud Sud y los 60º. 15' longitud O., sirviendo desde este punto de lindero con el Brasil y la República del Paraguay; recibe las aguas del Pilcomayo a los 25º. 30' latitud y 59º. 60' longitud O. al frente de Asunción, capital del Paraguay, las del Bermejo más abajo, a los 27º. latitud y 60º. longitud. Este último forma el límite Sud de la parte oriental de la República.

Resulta pues, que todos los rios navegables y de alguna consideración que descienden de Bolivia, son tributarios del acéano Atlántico, mientras que entre los pocos que fluyen al Pacífico no merecen mencionarse sino dos, no por el caudal de agua que arrastran, sino por servir de linderos al país en su parte litoral; el primero es el rio *Loa*, que naciendo en las inmediaciones de Calama, divide el departamento de Cobija de la provincia peruana de Tarapacá, y el segundo, el rio *Salado*, que separa el mismo departamento de la intendencia chilena de Copiapó, a los 25º. 39' latitud en la costa y a los 27º. 38' en el interior.

Muchos, pero pequeños son los ríos que tanto de la cordillera de los Andes, como de la cordillera Real, flu-

yen hácia los lagos de la gran altiplanicie de Oruro así como los que se reunen al rio Desaguadero, siendo éste el único navegable. El volúmen de agua que entra por este rio al lago de Pampa-Aullagas, corresponde según las observaciones de Reck, a 5,542 metros cúbicos por minuto.

El gobíerno de la República expidió en el año 1859, un decreto, declarando libres para el comercío y navegación mercante de todas las naciones del globo, las aguas de los rios navegables, que fluyendo por el territorio de la nación, desembocan en el Amazonas y el Paraguay.

Límites departamentales. Departamento de Chuquisaca.—(1). Este departamento está comprendido entre los 19°. 10' y 21°. 45' de latitud, y entre 0°. 20' de longitud occidental, y 4°. 35' de longitud oriental al meridiano de Sucre. Su área, deducidas sus llanuras orientales y los ángulos que le entran de los otros departamentos colindantes, es de 1397 leguas cuadradas.

Linda por el N. con los departamentos de Cochabamba y Santa Cruz; por el S. con los de Potosí y Tarija; por el E. otra vez con Santa Cruz; y por el O. con Potosí.

Su capital es Sucre, antes Chuquisaca, fundada con el nombre de ciudad de La Plata, de orden del marqués de los Charcas, don Francisco Pizarro, por Pedro de Anzures en *Chuqui-chaca* (puente de oro) que fué el sitio que Gonzalo Pizarro eligió después de la reñida y peligrosa batalla que en él tuvo con los naturales del país.

Es ciudad célebre en nuestra historia antigua y moderna. En la antigua por haber sido desde su fundación capital de la inmensa provincia de los Charcas, que abrazaba hasta mediados del siglo XVIII la costa de Arica, Tarapacá y Atacama, el Collao o sea Puno y los territorios de las actuales repúblicas Argentina, Bolivia, Uruguay y Paraguay; por haber ilustrado las magistraturas de su audiencia, y la mitra y cabildo de su catedral, los hombres más eminentes de la Península, en aquella época, a saber: Matienzo, Solorzano, Abreu, Alfaro, Manrique del Pino, Porlier, Gálvez, Boeto, Villava, Morcillo, Villarroel, San Alberto, Moxó, etc, etc.; por sus colegios y universi-

(1). Volvemos en este punto a servirnos del *Bosquejo* de Dalence.

dades, en que se instituian e ilustraban los jóvenes nacidos en las dilatadas provincias comprendidas entre Arequipa y Buenos Aires, y por su academia forense, que entre otros grandes jurisconsultos produjo a don Alejandro Pinto, don Francisco Javier de Orihuela y don Jorge Delgadillo, de quien aseguraba Villava, que en toda la monarquía no había letrado que excederle pudiera.

En la historia moderna, porque en ella se hizo la primera reseña para la independencia de la América española; porque en ella se educó un gran número de los que han figurado en la guerra de la independencia, en esta parte de la América del Sud; porque en ella se criaron y formaron, escepto siete, todos los diputados que representando sus provincias, firmaron el acta de nuestra independencia, y no pocos de los que firmaron la de la República Argentina; en fin, por que estos mismos compusieron después el gran congreso constituyente del año 1826, a quien tanto debe la patria.

Departamento de La Paz.—Extiéndese este rico departamento entre los 17°. 20' y 14°. 30' de latitud, y entre los 4°. 35' y 5°. 30' de longitud occidental a Sucre. En su mayor dimensión que es de S. a N., se prolonga 75 leguas, y 60 de Oriente a Poniente, dando por área 2,237 leguas cuadradas.

Colinda por el N. con el Perú y el Beni; por el O. con el mismo Perú; por el S. con Oruro, y por el E. con Cochabamba, y vuelta el Beni.

Una parte del departamento está situado en la cordillera real, y sus rebajos orientales, y otra en el extremo boreal de los altillanos de Oruro. Goza por esta feliz situación de todos los climas de que es capaz nuestra zona, es decir, de todos los climas y temperaturas que se encuentran desde lo más alto del continente hasta el nivel del mar.

Su capital es la ciudad de La Paz, sita a los 16°. 35' de latitud, y 4°. 45' de longitud occidental, en una quebrada irregular, que parece abíerta y ahondada por las aguas del torrente que la atraviesa. Es ciudad famosa en nuestra historia. Fué fundada el año 1548, con el nombre de Pueblo Nuevo, por los últimos partidarios de Pizarro y Almagro, a consecuencia de la concordia que entre ellos se celebró, después de sangrientas batallas. Por esto se leia en la orla de su estandarte la siguienta cuarteta:

Los discordes en concordia,
amor y paz se juntaron,
y pueblo de paz fundaron,
para perpétua memoria.

En la conmoción general de los indios acaecida el año de 1780, sufrió dos sitios horrorosos que duraron 109 días; y habria sido indefectiblemente asolada la ciudad por los indios sitiadores, si no la libertan primero el presidente de La Plata, don Ignacio Flores, y después don José Reseguín, con las tropas que condujeron de Chichas, Potosí, Chuquisaca, Oruro y Cochabamba.

Pero más que por todo esto, es célebre entre nosotros, por tener la gloria de haber sido el primer pueblo de toda la América española, que proclamó la independencia e instaló una junta dicha Tuitiva de los derechos del pueblo, para que representando la soberanía popular, diera las leyes: acto que tuvo lugar el día 16 de julio de 1809, de eterna memoria para todos los patriotas.

Departamento de Cochabamba.—El feraz y hermoso departamento de Cochabamba, está situado entre los 17°. 18' y 19°. 20' de latitud; y entre los 0°. 36' de longitud oriental, y 3°. 14' de longitud occidental al meridiano de Sucre. Tiene de E. a O. 70 leguas, y 45 de N. a S. con 1216 leguar cuadradas de superficie.

Colinda por el N. con el departamento del Beni; por el S. con los de Potosí y Chuquisaca; por el E. con el de Santa Cruz; y por el O. con los de La Paz y Oruro.

Su clima es por lo general suavemente cálido, aunque por estar en la sierra, tiene también punas. Produce cuanto el hombre puede menester para vivir regaladamente.

El autor de las Efemérides de Lima, año 1770, dice: «Puede llamarse esta provincia (Cochabamba) el granero del Perú, pues produce con abundancia todo género de semillas y frutos, por su temperamento que es muy benigno y saludable». Ya antes había escrito en su Memorial el virrey don José Armendariz, marqués de Castel Fuerte, lo que sigue: «Es la villa de Oropeza de Cochabamba el granero y el depósito de la abundancia de los pueblos confinantes en las provincias de La Plata, con que su población la ha hecho más grande que a otras ciudades de mayor carácter por el populacho que la habita».

Su capital es la ciudad de Cochabamba. En 1570, antes de salir del Collao el virrey don Francisco de Toledo, encargó a Gerónimo de Osorio la fundación de una ciudad entre Chuquisaca y Santa Cruz, y el mismo año hizo la fundación Osorio en los valles de *Kocha-pampa*. Informado el mismo virrey Toledo, de que no era aparente el lugar elegido, por provisión expedida en La Plata a 7 de diciembre de 1573, dió nueva comisión a Sebastian Barba de Padilla, quien el 1º. de enero de 1574 trazó la ciudad de Cochabamba, en el lugar donde se halla, dándole el nombre de la villa de Oropeza, en homenaje al virrey Toledo, que era conde de Oropeza. Se llamó así hasta que recobró su nombre primitivo de Cochabamba, cuando en 1786 el rey Carlos III le concedió el título de «leal y valerosa ciudad», siendo ahora una de las más bellas y prósperas de la República de Bolivia.

Departamento de Oruro — Este departamento se halla situado entre los 17º. 15' y 19º. 50' de latitud, y entre los 3º. 30' y 6º. 30' de longitud occidental. Tiene por consiguiente 52 leguas de S. a N. y 56 de E. a O., pero deducidos los muchos ángulos que le entran de los otros departamentos, solo presenta una área de 1,107 leguas cuadradas.

El temperamento es frío, sin que haya en él un solo lugar que merezca la denominación del valle, según la idea que a este nombre se aplica vulgarmente. Ocupa una buena porción de la gran altiplanicie, otra de los rebajos orientales de la cordillera costera, y otra de la primera cadena de la cordillera oriental.

Linda por el N. con La Paz, por el O. con el Perú, por el S. con Potosí, y por el E. con el mismo Potosí y Cochabamba.

Es capital del departamento la ciudad de Oruro, que ha comunicado su nombre a la gran altiplanicie. Está situada a los 17º. 57' de latitud, y a los 3º. 23' de longitud occidental.

En otros tiempos fué ciudad muy poblada, opulenta y rica. Fué fundada en 1604, por el licenciado don Manuel Castro y Padilla, como consecuencia de la prosperidad que habian alcanzado las mismas del grupo de cerros de *Uru-uru*, o sea la tierra de los indios Uros, que se levantan en los llanos de Paria. La nueva ciudad recibió el nombre de San Felipe de Austria, quedando después con la denominación del lugar, Oruro.

Al hablar de sus minerales, dice el P. Barba: «El segundo mineral del reino lo constituye la insigne villa de Oruro, digna competidora de la grandeza de Potosí, tanto por el ilustre concurso de sus habitantes, cuanto por el fundamento, número y riqueza de sus minas.

Respecto a su población, dice Dalence en su *Bosquejo*: «Yo poseia un padrón original, levantado el año de 1678, del que aparecia que su población, sin contar a los aborígenas, llegaba a 37,260 almas; y como aquellos debían ser naturalmente a lo menos, otros tantos, resulta que su total población alcanzó a 75,920 almas, el año dicho, que ciertamente no fué de sus mejores tiempos. Pero esta gran población ha desaparecido y sus casas han sido allanadas en la guerra de la independencia a tal extremo, que hoy es una de las ciudades pequeñas de la República, aunque sus habitantes conservan todavia la memoria, los resavios y arrogancia, que su antigua opulencia les inspiraba».

En estos últimos tiempos ha vuelto a tomar incremento la industria minera, por la producción y riqueza de las minas, y Oruro es una de las primeras y más prósperas ciudades de la República, como centro comercial favorecido por su situación topográfica, como punto del que parten o al que convergen los ferrocarriles del altiplano.

Departamento de Potosí.—Este departamento se halla situado entre 0°. 30' de longitud oriental y 3°. occidental, y entre 17°. 48' y 23°. de latitud. Tiene de S. a N. 126 leguas, y de E. a O. 75 solamente. Su área, deducidos los ángulos entrantes de los otros departamentos, es de 1,262 leguas cuadradas.

Confina por el S. con la República Argentina; por el S. E. con Tarija; por el E. con la provincia de Yamparáez de Chuquisaca y con la de Mizque de Cochabamba; por el N. con la provincia de Arque del mismo Cochabamba; por el N. O. con el Perú y Oruro; y por el O. con el departamento Litoral de Atacama.

La ciudad de Potosí capital del departamento, está a los 19°. 35' de latitud Sur, y 0°. 50' de longitud occidental al meridiano de Sucre.

Su fundación fué debida al descubrimiento casual de las fabulosas riquezas de su cerro, que se eleva 15,200 pies sobre el nivel del mar. El indio Gualcca fué el descubridor de aquellas maravillas. El 10 de abril de 1545,

una comitiva compuesta del capitán don Juan de Villarroel, de Diego de Centeno, de los indios Gualcca y Guanca y de una docena de naturales de Cantumarca, llegó a la parte del gran cerro, que se marcó con el nombre de *Colque guaccac* (que llora plata) y tomó posesión el capitán en nombre de don Carlos V emperador y rey.

Aunáronse para emprender labores el capitán Villarroel y Diego de Centeno, señalando el doble terreno y echando suertes. «El 20 de abril de 1545 se topó y vido la maravillosa riqueza con la ayuda de Santa Inés, patrona de ese día, y por acuerdo unánime, por ser de Diego la suerte, se le bautizó con agua bendita, por mano de virgen, con el nombre, después fabuloso por su grandeza, de «La Descubridora de Centeno».

Cinco meses después, el 8 de septiembre de ese mismo año, dice el cronista Vela: «Habiendo en Potosí más de 170 españoles y 3,000 indios, comenzaron la fundación de la villa el capitán Villarroel, los dos Centeno, Santandía y otros nobles de España».

Su población alcanzó a 160,000 almas el año de 1,611, según el censo levantado por orden del licenciado Bejarano, presidente del distrito de Charcas.

Memorables son en la historia de Potosí sus bandos y parcialidades entre vicuñas y vascongados, lucha tenaz y encarnizada, que duró más de cien años y costó muchos millones de pesos.

El cerro de Potosí, con sus inmensas riquezas con que colmó el mundo todo, emancipó el estado medio de la Europa e hirió de muerte al antiguo feudalismo. Ha producido 1.651.721,578 duros hasta el año 1846. Por esto dice un contemporáneo: «Potosí hizo del heredero de un simple rey de Castilla, el árbitro de Europa y el más poderoso monarca del universo». En efecto, monarquía igual a la de Carlos V y Felipe II su hijo, no ha habido en el mundo.

Después de cuatro siglos de explotación, sigue el maravilloso cerro produciendo riquísimos metales, dando vida industrial y prosperidad a la ciudad de Potosí.

Departamento de Santa Cruz.—Este departamento que se extiende de N. a S. 200 leguas, y 168 de Oriente a Poniente, presentando una superficie de 9.065 leguas cuadradas, se halla situado entre los 16°. y 29°. 20' de latitud, y 0°. 36' y 6°. 16' de longitud oriental a Sucre.

Colinda por el N. con el departamento del Beni, por el S. con el de Chuquisaca; por el E. con la República del Brasil, y por el O. con los de Cochabamba y Chuquisaca otra vez.

Su capital es la ciudad de Santa Cruz, que el año de 1560 (1) fué fundada por Ñuflo de Chavez a los 17°. 40' de latitud, y 62°. 20' de longitud. Luego, por orden del virrey García Hurtado de Mendoza, librada a su gobernador Lorenzo Suárez de Figueroa, el 2 de octubre de 1592, la mudó el capitán Gonzalo Solis Holguin, al sitio que hoy ocupa, al O. del Guapay. El nombre que entonces se le dió fué de *noble ciudad de San Lorenzo de la frontera* o de la Barranca; pero ha prevalecido el antiguo de Santa Cruz.

Su temperamento es cálido y húmedo, por cuya causa presenta una perpétua primavera y es fertilísimo. Don Pedro de Angelis, en su discurso preliminar a la descripción de Santa Cruz, por Viedma, dice: «Esta tierra de promisión carece de estímulos para elevarse al grado de prosperidad que le ha destinado la Providencia. Los frutos más esquisitos y los renglones más privilegiados figuran en el cuadro asombroso de sus producciones. El arroz, el algodón, la miel, el añil, la cochinilla, etc. se cosechan junto con el azúcar, el café y el cacao, en el suelo que abriga vetas riquísimas de metales preciosos,.....La provincia de Santa Cruz de la Sierra reune todas las ventajas de un pais colonial; lo que no tiene, son medios de comunicación; no porque le falten, sino porque en su estado actual, no le es posible activarlos. Estos medios son los ríos que fluyen de sus serranías, y que con el tiempo se convertirán en otros tantos vehículos, para su comercio. El Itenes, el Mamoré, el Beni por un lado; el Pilcomayo por otro, son las ahortas que deben dar circulación y vitalidad a este gran cuerpo; y un docto naturalista alemán (2) que navegó la mayor parte de estos ríos, demostró la posibilidad de poner las provincias más retiradas del Alto-Perú, en comunicación con el Atlántico».

Esta época llegará luego que salgamos de la crisis a que hemos sido conducidos por la brusca transformación de nuestras instituciones.

---

(1). Dalence dice que el año 1557. Tomamos esta designación de Moreno. *Catálogo del Archivo de Chiquitos.*

[2] Hahenke, memoria sobre los ríos navegables que fluyen la Marañón.

Departamento de Tarija.—La parte poblada de este departamento, sin contar el pais ocupado por los bárbaros (que se ha reducido por el establecimiento de misiones, colonias y conquistas a menos de la mitad desde que Dalence escribió su *Bosquejo* en 1848), se halla sita entre los 20°. 40' y 23°. 26' de latitud; y entre 1°. y 3°. 30' de longitud oriental.

Corre de S. a N. 44 leguas, y 65 de oriente a poniente, midiendo una superficie de 1,529 leguas cuadradas.

Confina por el N. con el departamento de Chuquisaca; por el S. con la República Argentina; por el E. con el Paraguay; y por el O. con el departamenro de Potosí.

Como una parte de este departamento se encuentra situada en las dos últimas cadenas de la cordillera, es decir, en Tacsara y Caiza, la región occidental está llena de cuestas, riscos y precipicios; pero entrecortada por anchas y largas vegas. La oriental es un llano abierto hacia todos lados.

Todo el territorio de Tarija es feracísimo; su temple benigno y su cielo sereno. Produce cuanto se quiere y con increible abundancia. En 1791 escribian los editores del *Mercurio Peruano* respecto a Tarija lo siguiente:

«Solo diremos que en todo lo que hemos visto, oido y leido de ambas Américas, no hay otra provincia comparable a este pais, y sólo el fertil reino de Granada tiene con él alguna semejanza. Allí se dán el trigo, el maiz y los demás frutos precisos para el alimento del hombre, el árbol que produce la yerba del Paraguay, la coca, el vino, el lino que siembran en el parage llamado la Recoleta, solo para sacar la semilla; y si no es en aquella abundancia que debiera, consiste en la poca aplicación de los habitantes, o en la escasa salida que consideran a sus frutos, por la pobreza de los partidos de Lipez y Chichas que le son colindantes. Esta misma retribución tan pingüe se reputa esterilidad, en comparación de las tierras que ocupan los chiriguanos y demás tribus de indios libres. Los que las han visto hacen de ellas una pintura semejante a la que hicieron a Moisés los primeros exploradores de la tierra de Promisión. Lo más notable es que la especie humana se propaga en aquellos campos de tal modo, que no pudiendo contenerse, o no contentándose en los límites de la tierra conquistada, vá por una contínua emigración a poblar las provincias de Tucumán».

Abundan mucho los pastos en Tarija, y las crias de toda clase de ganados.

Es también célebre el terreno de Tarija por los enormes huesos fósiles que se encuentran en diferentes puntos de su distrito. Se han visto canillas de vara y media y dos de largo; dientes gruesos como el puño, muelas con el peso de 5 y 6 libras; un inmenso esqueleto, cuya mandíbula inferior estaba armada de un colmillo de cinco pies de largo; una calabera semejante a la del hombre, que media de la frente al colodrillo algo más de dos pies y otras piezas semejantes. El vulgo juzga que estos son huesos de jigantes. Los sabios de Europa afirman que estas osamentas pertenecen a la especie de *Mastodonte*; que por algún cataclismo del globo se han perdido.

«Yo he visto muchos de esos huesos fósiles, dice Dalence; y como presentan diversas configuraciones pienso que corresponden a diferentes especies de animales que han desaparecido. El esqueleto que llevó a Lima don Matias Vaulen, era un *mastodonte;* pero el que descubrió el general O' Connor, parece según la extensión de su colmillo, un *maumout*. Esta circunstancia me ha inducido a creer, que si en Tarija se practicasen escavaciones metódicas por personas inteligentes, se hallaría quizá marfil en abundancia, como en la Siberia, con otros objetos curiosos pertenecientes a la historia natural».

No se han trabajado en Tarija minerales de plata, ni de oro, ni aun de cobre, a pesar de haber en el cercado una veta de cobre nativo en barra. El jesuita Lozano, por noticias que sus compañeros le impartieron, asegura haberlos de plata; y la analogia inclína a juzgar que es así, porque la cadena de Tacsara en que está situada Tarija, se halla ligada a las sierras ricas de Lipez y Chichas, y parece una misma su estructura geológica, como sus formaciones y terrenos. Es igualmente fama que se encuentra oro en el cerro de la Polla, y plata en uno de sus inmediatos. Se dice también que los jesuitas tuvieron en ellos varias labores que bosques espesos las ocultan hoy.

Hay en Tarija varias minas de asfalto o pez mineral, que a principios del siglo XVII descubrió el P. Barba. Hoy se mira con indiferencia este objeto, pero llegará a conocerse su importancia, cuando los bolivianos, más instruidos sobre nuestros verdaderos intereses, cubramos con nuestras barquillas las aguas del Tarija, Pilcomayo y Paraguay, a fin de salir por ellas al Atlántico, exportan-

do nuestras riquezas, para tornar después importando las extranjeras que necesitamos: este tiempo llegará y entonces Tarija se levantará al puesto que la naturaleza le tiene destinado.

Don Pedro de Angelis, en su prólogo a la descripción de Tarija, en el informe que el intendente de Potosí, don Juan Manrique del Pino pasó al virrey, y que está publicado en la Colección de obras y documentos relativos a las provincias del antiguo virreinato de Buenos Aires, dice:

«Durante el gobierno colonial, este distrito, (Tarija) que dependía del partido de Chichas, pasó a incorporarse al de Cinti, cuya capital era Tupiza: y en la primera organización de la República Argentina figuró en el número de sus provincias, hasta que por actos que tienen todo el viso de una usurpación, les fué arrebatado para dar más extensión al territorio de Bolivia».

Respetando la erudición y crítica, por la mayor parte acertadísima, de este sabio, la fuerza de la verdad obliga a rectificar las equivocaciones en que ha incurrido, al redactar el párrafo copiado.

Tupiza no es, ni ha sido jamás capital de Cinti, sino de Chichas. De este partido fué separada Tarija, no para incorporarse a Cinti, que es de Chuquisaca, sino para formar de ella un nuevo partido de la provincia de Potosí, como en efecto se formó, según consta del artículo 1º. de la Ordenanza de Intendentes del Virreinato de Buenos Aires, que es la ley fundamental que arreglaba estos puntos durante el gobierno colonial.

Carlos IV, en los últimos dias de su reinado segregó Tarija del arzobispado de La Plata, ordenando que en lo espiritual obedeciera al obispo de Salta; pero dependiendo siempre de Potosí en lo temporal. El señor arzobispo Moxó, a pesar de no haberse expedido la real orden con las formalidades prescritas por las mismas leyes de Indias, la obedeció; pero el cabildo de Tarija, previendo los graves perjuicios que de la desmembración iban a seguirse a su pueblo, la reclamó enérgicamente; y cuando se esperaba la resolución de este reclamo, sobrevinieron los bien conocidos disturbios políticos de España. Estos son los hechos verdaderos, auténticos y notorios.

El señor Arenales, en sus *Noticias históricas*, con más acritud que razón, agrega: «que *se decía* que después se dió una ley por las cortes españolas, o las regencias, man-

dando que Tarija, desde el rio Suipacha, correspondiera también en lo temporal a Salta».

Esto es falso. En manos de todos anda la colección oficial de leyes y decretos de las cortes españolas, en sus dos épocas, en la que no se encuentra tal ley o decreto. Lo cierto es que, en las conferencias habidas sobre el particular, entre los ministros Urcullu y Diaz Vélez, no se presentaron otros documentos que los mencionados; esto es, la real orden de Carlos IV, el obedecimiento del arzobispo y el reclamo del cabildo de Tarija.

Y aun cuando se hubiese expedido realmente el decreto que *se decía* ¿cómo podrian prevalerse de él, pueblos que no reconocieron jamás las autoridades de las cortes ni regencias? Un poder ilegal y usurpador, según la aserción constante de los argentinos, ¿cómo deberia tener efecto en paises que perpétuamente habian objetado la ilegitimidad del poder?

Pero aun dado caso, preciso es repetir, que hubiese existido el decreto que *se dice* del señor Arenales, Fernando VII, el año de 1814, a su vuelta de Francia, *casó, revocó y anuló* por su célebre decreto de Valencia, cuantas leyes y decretos se habian dictado por las cortes y regencia, y repuso las cosas al estado y forma que tenian a principios de 1,808. De suerte que el decreto que *se dice* habria quedado anulado y revocado por el predicho, si hubiese existido alguna vez.

Es sabido que Bolívar no fué al principio partidario de la independencia del Alto Perú, y tan lejos estuvo de querer dar mayor extensión al territorio que hoy constituye la República de Bolivia, que fué él, quien mandó inconsideradamente, entregar Tarija al ministro argentino Diaz Vélez, sin que éste hubiese podido probar, en las conferencias citadas, el derecho que alegaba a favor de su República.

Los que resistieron tenazmente la desmembración fueron los tarijeños; fué el congreso boliviano que negó su ratificación al tratado, en cuya virtud se acordó la indebida entrega; y la negó con moderación por no ofender al libertador Bolivar, a quien se dirigió el general Sucre, con enérgico respeto, diciéndole, en carta suscrita en Chuquisaca, a 12 de abril de 1826: «Hay una ocurrencia de que aun no tengo parte oficial; parece que el hijo del señor Diaz Vélez que fué de gobernador a Tarija se ha declarado independiente de Salta y erigídose en capitán general. Si esto es así, yo aconsejaria al congreso que reo-

cupase Tarija.....«En carta de 12 de septiembre: «Tarija, que siempre se ha mostrado tan resistida a pertenecer a Buenos Aires, hizo el 26 de agosto una revolución, quitó al gobernador y por una acta de la municipalidad y de los notables de la provincia, se ha proclamado reincorporada a Bolivia, según verá U. en los documentos adjuntos. Yo pasé el mismo día todos los papeles al congreso y su resolución ha sido que se auxilie a Tarija, según verá U. en esa copia. En consecuencia se han pasado al gobernador de Salta y al gobierno de Buenos Aires, las notas de que acompaño copias, por las que U. verá cnánto me propongo terminar esto tan amigablemente como esté a mis alcances. Yo he sentido en algún modo esta novedad por cuanto era mi objeto negociar la cosa de Tarija por un tratado de límites, y por cuanto en Buenos Aires van a decir que yo he influido en la revolución esa; pero por otra parte no es malo un pronunciamiento tan abierto de Tarija. Puedo asegurar a U. por nuestra amistad que en el tal suceso no tengo la menor parte; y que aun la noticia me sorprendió, porque no tenia el menor conocimiento de tal cosa, no habiendo yo escrito una letra ni enviado a nadie, ni en fin, hecho la menor diligéncia. De todo lo que ocurra en este asunto iré dando a U. parte, como de lo más que suceda en esta su Bolivia. Por el pronto no he hecho más respecto de Tarija que mandar hoy a O' Connor a tomar el mando de las dos compañías de *Ayacucho*, que en nuestras fronteras persiguen el contrabando, y que se esté desde Mojo influyendo en la organización de aquella província, y que en todo caso si la atacan de Salta que la defienda. Mandaré también algunos fusiles. El 20 de éste saldrá de aquí el escuadrón de *Cazadores* para Chichas.....»

Agregaba el presidente Sucre en carta de 20 de septiembre: «Remito los papeles que dije a U. respecto a las cosas de Tarija; U. verá con cuánta prudencia he querido manejar esto. Anteayer han llegado los diputados de Tarija y no sé si los admitirán al congreso. Creo que sí, pues están estos señores resueltos a impedir la desmembración de Tarija, en lo cual no solo tienen justicia, sino que mil razones lo exige. Yo no he dicho mis opiniones al congreso; pero si fuere menester le aconsejaré que a todo trance quede Tarija de Bolivia, puesto que es Alto-Perú......»

El 27 del mismo mes, decía Sucre al libertador Bolivar, ya en tono de notificación: «Los diputados de Tari-

ja se recibirán al congreso de 1°. de octubre»; e inmediatamente después, con fecha 4 de octubre, como concluyendo el debate, le decía: «Ayer dí el pase a la ley del congreso de 23 del pasado, reincorporando a Tarija, y de la cual envie a U. copia.....»

Sucre apuró la reincorporación de Tarija, hasta ponerse en el caso de tener que afrontarse a una guerra internacional, que no la temía. Bolívar no sólo se resignó a ello, sino que manifestó su complacencia.

En orden a la jurisdicción eclesiástica, el gobierno boliviano pudo hacer en su territorio lo que el argentino hizo en el suyo: si este ha privado por propia autoridad al arzobispo de La Plata, de su jurisdicción metropolitana sobre sus sufraganeos de la República Argentina, otro tanto y con fundamentos más legales y canónicos practicó el de Bolivia respecto de los párrocos de Tarija, reintegrando al arzobispado en el territorio que se le había desmembrado ilegalmente, esto es, sin el debido conocimiento del Papa, como es de derecho ordinario.

Hasta aquí hemos avanzado a propósito de simples rectificaciones a los errores del sabio Pedro de Angelis.

Departamento del Beni.—Este dilatado y fertilísimo departamento se extiende entre los 7°. 30' y 15°. 40' de latitud S.; y desde los 5°. 30' de longitud occidental hasta los 3°. 45' de longitud oriental al meridiano de Sucre.

Linda por el E. y N. con el Brasil; por el O. con el Perú y La Paz, y por el S. con Cochabamba y Santa Cruz.

Su área territorial, contando solamente la porción cultivada, y en que existen las estancias de ganado, mide 9,358 leguas cuadradas.

Su capital es la ciudad de la Trinidad.

Antes que se hubiese despedazado esta región con los tratados de 1750 y 1777 era inmensa. La llamaban Gran Paititi, Gran Mojo, e imperio de Enin. Se prolongaba de O. a E. desde las márgenes orientales del Gran Paro, o Apoparú hasta la costa de Belen, en el Brasil, y por el N. hasta el Orellana o Amazonas. Abrazaba por consiguiente 750 leguas de O. a E., y 360 de S. a N., presentando una superficie de 225,000 leguas cuadradas. Le han desmembrado pues los tratados muchísimo más de la mitad de su antiguo territorio.

Todos los ríos de la región del Beni son navegables,

y hay muchísimas lagunas y no pocos lagos. Su temperamento es cálido y asombrosa la feracidad de sus tierras, que producen los más ricos productos, como el cacao, la canela, la nuez moscada, la yerba del Paraguay, la quina, el àrbol de la goma, la bainilla, el café, la coca, el plátano, etc., etc., y bosques inmensos de las más excelentes maderas de ebanisteria y construcción.

El departamento del Beni para llegar a la altura y opulencia que le están destinadas por la naturaleza, solo necesita que se naveguen sus rios en toda su extensión y que sus territorios sean cruzados por el ferrocarril. Allí está la patria del porvenir.

Departamento Litoral de Atacama.—Atacama fué partido perteneciente al departamento de Potosí: el mariscal Andrés Santa Cruz, en decreto de 1°. de julio de 1829 lo erigió en distrito independiente, con motivo del puerto libre de Cobija, habilitado bajo el nombre de *Lamar* por el Libertador Bolívar, por decreto de 28 de diciembre de 1825. Posteriormente, por ley de 1839, se elevó al rango de departamento, y como tal constituye uno de los meridionales de la República.

Se extiende entre 3°. 38' y 6°. 28' de longitud occidental al meridiano de Sucre; y entre los 19°. 25' y 27°. 38' de latitud Sur.

Aunque al tratar de la extensión general de toda la República, hemos dicho que solo se extiende hasta los 25°. 39', esto debe entenderse por la costa y desembocadura del río Salado; pues el ángulo entrante de Antofagasta de la provincia de Atacama alcanza hasta muy cerca de los 27°. 38'.

Confina el departamento Litoral, por el N. con el Perú y la provincia de Lipez; por el E. con la de Lipez y la República Argentina; por el S. con la misma República Argentina y Chile; por el O. con el mar Pacífico.

Su extensión de E. a O. es de 76 leguas, y de S. a N. 100. Comprende pues una área de 2,672 leguas cuadradas, descontando la lengua de tierra, que por la costa, se le interna de la parte del Perú.

Esta vasta extensión se halla cortada en dos porciones, conocidas desde el descubrimiento de la América del Sur, por los nombres de Atacama la Alta, y Atacama la Baja, o desierto de Atacama; cuya denominación comprende el territorio occidental del departamento, que ocupa todo el espacio Litoral.

El puerto Lamar se halla situado a los 22°. 23' de latitud austral, y su longitud es de 72°. 26' al occidente de Paris. Al S. de este se encuentran las grandes bahias de Mejillones, de la Herradura, y de Nuestra Señora, y al N. las caletas de Punta Grande, la de Tres Cerros, la de Copaca, la de Alala, la hermosa bahia de Algodonales, puerto de Tocopilla, que está a los 22°. 22', y las caletas de Mamiña y Paquica.

Tal era la situación geográfica del Alto-Perú, en el momento en que principiaba la guerra de la independencia.





CUARTA ÉPOCA

La guerra de la independencia

CAPITULO SEGUNDO

1809 La insurrección de Chuquisaca el 25 de Mayo de 1809.—La era de la independecia.—Relatos sobre los sucesos del 25 de Mayo. «Espectáculo de la Verdad».—La Vista del fiscal López y el Informe del subdelegado Arenales.—Organización militar.—El torrente revolucionario y sus primeros desastres.—Correspondencia de Arenales con el virrey Cisneros, su actitud en los últimos sucesos de la revolución de Chuquisaca y las persecuciones que sufrió.

La insurrección de Chuquisaca el 25 de Mayo de 1809.—Las lineas estaban tendidas: de un lado el anciano presidente Pizarro, aconsejado por el arzobispo Moxó, ambos sostenidos por el virrey de Buenos Aires, y los tres instigados por el representante de la junta de Sevilla; del otro, la audiencia, los cabildos secular y

eclesiástico, los astutos doctores y la plebe, siempre poderosa y tumultuaria.

¿Previeron los oidores las consecuencias funestas de su actitud revolucionaria? Es indudable que los ministros del encopetado tribunal entendían cumplir patrióticamente sus deberes de leales vasallos para con el infortunado soberano, cuando procuraron ocultar discretamente sus desgracias, temerosos de que propaladas germinasen en el espíritu nativo ideas de separación; pero no es posible desconocer, que estimularon la ambición de los doctores y de la juventud estudiosa de Chuquisaca, cuya influencia, favorecida por los acontecimientos, era cada vez más poderosa y tendía a la realización de ideales de independencia, aunque momentáneamente disimulados por una aparente fidelidad a Fernando VII; halagaron también los ministros los sentimientos de la plebe, en la que palpitaba el sentimiento de amor al suelo, cuando por vez primera se manifestaba contra la paternal autoridad del presidente Pizarro, a quien suponía empeñado en substraer de la dominación española estas colonias para entregarlas a la corte de Portugal.

El rumor generalizado de que por orden de Pizarro se procesaba a gran número de ciudadanos espectables, a los que se sindicaba como opositores a sus planes, causó alarma en la población, y para devolverle la tranquilidad, desvirtuándolo, debió acceder la audiencia a una petición del cabildo secular, encomendando el 18 de mayo al oidor semanero doctor José Agustín de Ussos y Mosi la tarea de recibir pública información sobre la conducta del presidente. El 21 habian declarado más de cuarenta personas, entre académicos, funcionarios, profesores, clérigos, estudiantes, etc., multiplicándose con este motivo las conferencias clandestinas y reuniones nocturnas, que excitaron la opinión pública a tal extremo que Pizarro consideró inminente un estallido, por lo que el 23 oficiaba a don Francisco de Paula Sanz, gobernador de Potosí, solicitándole el inmediato envio de tropas de refuerzo que sostuviesen su autoridad, orden reiterada al día siguiente, cuando se enteró de que el subdelegado Arenales suspendía repentinamente su viaje a Salta, según decìa, para apoyar a la audiencia con los habitantes de su partido de Yamparáez; por último Pizarro instaba al gobernador Sanz a «que procediese por horas y sin pérdida de momento»; apuro justificado, pues durante la noche, mientras en el interior de la ciudad la guarnición velaba so-

bre las armas, Arenales aprestó gran cantidad de gente en las quebradas vecinas (1).

El ayuntamiento vino a precipitar la explosión. Hizo recurso a la audiencia poniendo al vecindario y a todo el pueblo bajo la protección real y salvaguardia de las leyes: exigió del real acuerdo medidas y providencias de seguridad. En consecuencia, en la tarde del mismo día (24 de mayo) convocó el decano La Iglesia a los demás oidores a su casa y dispusieron que aquella noche saliera una ronda extraordinaria a velar por la seguridad y tranquilidad del vecindario.

En la mañana siguiente (25 de mayo) se reunieron temprano en la misma casa de La Iglesia, en acuerdo permanente; lo que significaba ya abierta hostilidad contra Pizarro, supuesto que la ley les prohibia celebrar acuerdos en otro lugar que no fuese la sala pretorial. Después de larga deliberación, pasaron un oficio a Pizarro intimándole la entrega del mando, alegando la ley 36 del título XV, libro II de la Recopilación. El presidente pidió consejo de Portillo, Castro, Gascón y varios otros, y contestó negando los cargos que le hacian los oidores, «ilegalmente reunidos fuera de la casa pretorial», y redarguyendo con la misma ley que citaban, la que en todo evento les prescribía proceder sin estrépito y sigilosamenté, y no los facultaba para asumir la autoridad que él estaba dispuesto a sostener.

Los oidores creyeron ver una amenaza; procuraron rodearse de sus partidarios, e insistieron en su intimación con un segundo oficio, alegando la intranquilidad del pueblo y el peligro de una conmoción. A la vez que despachaba su segunda negativa, Pizarro expidió la orden de prisión para los regidores Aníbarro y Manuel Zudáñez, para el hermano de éste, Jaime, y para algunos otros (2). Al cerrar la noche, varias partidas de soldados recorrian las calles; momentos después se llevaba preso a Jaime Zudáñez, que de voz en cuello gritaba: ¡«Traición! conciudadanos favorecedme!» Primero le llevaron al cuartel de la tropa veterana; inmediatamente lo pasaron a los altos de la cárcel de Corte, en la misma casa pretorial. Se hi-

(1). José Evaristo Uriburu, hijo. La revolución de Chuquisaca. 25 de Mayo de 1809. Capítulo de un libro en preparación sobre el general Arenales. «La Nación» de Buenos Aires 1915.

(2). En la información producida por el Ayuntamiento, se asegura que los oidores estaban incluidos en la orden de prisión. Pero es lo cierto que no se les buscó, siendo notorio el lugar donde se encontraban todos reunidos.

zo así el hecho notorio, y la voz de alarma más general.

Se tocó a rebato en las torres y campanarios; se agolpó la gente en las calles y se formó un tumulto espantoso. Rodearon la casa en que se encontraban reunidos los oidores, con vivas a la real audiencia y a Fernando VII. Arrojaban piedras a los jardines de la casa pretorial y pedían a gritos la libertad de Zudáñez. La vocería y confusión crecían por momentos.

La multitud se dirigió a las puertas de la casa pretorial, y encontrándolas cerradas pasó al palacio arzobispal pidiendo que el arzobispo saliera a impetrar la soltura del preso. Entraron a entrevistarse con Moxó los oidores Ballesteros y el conde de San Javier, que hacía poco había sucedido a Urrutia. Acompañado de ellos fué el arzobispo a interceder por Zudáñez, y penetró sólo a la casa pretorial a verse con Pizarro. Como se tardase algo, la muchedumbre que aguardaba en la calle y que no cesaba de gritar, comenzó a recelar la negativa, y acometió a pedradas la casa. La guardia se presentó en las ventanas y disparó sus armas, al aire, como puede juzgarse por las pocas víctimas que resultaron y por la persistencia con que se agolpaba el pueblo a las puertas (1).

Presentándose en ellas Zudáñez ya libre, es llevado en triunfo por la multitud. Se dirigen todos a casa de La Iglesia. Se echa de menos al fiscal Andreu, se le busca, no se le encuentra, y por voz general se asegura que está preso y tal vez muerto. Comienza otra vez el tumulto, la vocería y la confusión: «que se ponga en libertad a Andreu»; «viva Fernando VII», «que Pízarro entregue las armas», y cada uno gritaba cuanto podia.

El conde de San Javier, que no habia tenido parte en los inveterados odios de los oidores, se presenta como mediador, se entrevista con Pizarro para pedir la libertad de Andreu, y cerciorado de que no se encontraba preso, trata de calmar a la multitud, la que insiste en pedir que Pizarro entregue las armas.

¿Y qué era de Andreu? Atemorizado con el primer alboroto, habia huido a pie hasta Yotala, sin que nadie

(1). En la información producida por el Ayuntamiento un mes después, dos testigos declaran haber visto un muerto y varios heridos. Orgaz depone haber visto dos muertos y como diez heridos. Las declaraciones de los otros testigos son generales y de solo oidas sobre este punto.

se aperciba. Al siguiente día se presentó en la ciudad sin novedad alguna.

La Iglesia pasó oficio a Pizarro pidiendo la entrega de las armas para calmar la agitación del pueblo, y comisionando al oidor Ballesteros para que se recibiera de ellas. Avino Pizarro, y el conde de San Javier, que aun permanecìa dentro de la casa, salió a la puerta trasera a convenir al través de ella con Ballesteros sobre la manera cómo se verificaría la entrega. En efecto, por la puerta principal se sacaron cinco cañones, que inmediatamente Ballesteros los hizo conducir y poner en seguridad en la casa del ayuntamiento.

Debia procederse en seguida a la entrega de los fusiles, para lo que estaba convenido entrarian nada más que los hombres necesarios. Más al tiempo de verificarlo atropella la multitud; la guardia cierra la puerta con violencia; entre los batientes toman a uno la rodilla y se la hacen pedazos.

El pueblo retrocede, se dirige a la casa del cabildo, rompe las puertas, arrebata los cañones, los carga con piedras a fata de balas; los conduce a la puerta pretorial y la abre a cañonazos. Invade la multitud la casa, y en el desorden y confusión no faltaron de una y otra parte algunos contusos y heridos. El pueblo recorre todas las dependencias de la casa, sin tocar objeto alguno, y respetando todavia las habitaciones de Pizarro.

Momentos después recibe éste nueva intimación de la real audiencia para que resigne el mando. Por fin cede, haciendo al regio tribunal responsable de todas las consecuencias.

La luna en su primer cuarto alumbraba con sus rayos oblicuos las últimas escenas de aquella noche memorable. El reloj de la catedral con sus sonoros timbres daba doce golpes; principiaba el 26 de mayo. Entre hachones se publicaba un bando, haciendo saber al vecindario que estaba bajo la autoridad de la Audiencia Gobernadora (1). Al amanecer del día 26 fué conducido Pizarro preso a los salones de la universidad por el capitán Lemoine, en medio de inmenso gentío, y acompañado por el oidor Ussoz y el comandante Antonio A. de Arenales, como precaución de seguridad. Al entrar en su prisión pronunció estas célebres palabras: «Con un Pizarro comenzó la dominación española; con un Pizarro comien-

(1). Estudios históricos de Monseñor Taborga.

za hoy la independencia». La prisión duró más de seis meses.

La era de la independencia.— Comenzaba la era de la independencia. Después de la insurrección del 25 de Mayo, al siguiente día todos procuraban darse cuenta cabal de los sucesos de la noche. La comportación del pueblo habia sido la más hermosa: nadie podia quejarse de que se le hubiese tomado ni un solo alfiler. Se habia atacado la casa y almacen de don Ramón García Pérez comandante de milicias, y habiendo forzado ambas puertas, ninguna mano habia tocado ni una sola hilacha.

En los portales del cabildo, entre aclamaciones y músicas se tuvo expuesto todo el día 26 el busto de Fernando VII, cuyo nombre iba a servir también de bandera y de pretexto a la revolución de La Paz y de Buenos Aires. Se engaña pues quien quiere encerrar en el cuadro de nuestros pronunciamientos y revueltas, la lenta evolución que cambia la manera de ser de los pueblos. Sólo la violencia camina a saltos; por eso su acción es siempre efímera; pero del despotismo a la libertad, no se va de un solo paso.

La autoridad de Fernando había cesado, habia sido atacada. Pizarro, su legítimo representante, estaba preso, con todos sus bienes secuestrados y procesado. Gobernaba un tribunal revolucionario, que por ceguedad, impotencia o disimulo se cubría con el nombre del rey. Ninguna ley podía alegar la audiencia para autorizar su conducta como ajustada al régimen colonial, por eso fué su primer empeño dirigir a todas partes proclamas y manifiestos.

«El 26, dice un testigo presencial de los sucesos, desde las primeras horas de la mañana, se notaron muchos correteos de empleados, oficiales a caballo y otros sujetos visibles de la ciudad. El gobierno político y militar recayó en la audiencia, y los cabecillas del alboroto se ausentaron inmediatamente a La Paz, Potosí, Cochabamba y Buenos Aires para llevar a esos puntos, en calidad de emisarios, la chispa de la revolución» (1). Entre esos emisarios partieron Michel y Mercado a La Paz, Pulido y Alzérreca a Cochabamba, Monteagudo a Potosí.

Se ha supuesto que los oidores procedian con ver-

(1). Relato de doña Martina Lazcano. Informaciones verbales sobre los sucesos de 1809 en Chuquisaca por G. René Moreno.

dadera lealtad al rey, pero que por su corta vista política dieron un paso falso. Eso no es clerto. Nadie mejor que ellos conocía que la supuesta intención de Pizarro de entregar estas provincias a la Carlota, era una calumnia inventada por ellos mismos. Se dejaron arrastrar por su orgullo herido, que es la pasión más fuerte y ciega, sin calcular hasta dónde iban a ser conducidos. Después ya les fué imposible retroceder: se vieron arrastrados por el torbellino de la revolución, y todos sus pasos posteriores manifiestan que fueron consecuentes a ella. Las ideas de libertad e independencia formaban una atmósfera que los rodeaba, y de la que no podian desprenderse.

A los que ponen en duda estos juicios históricos podría dirigírseles un argumento incontestable. Si los oidores obraban con sincera lealtad al rey, y el grito del 25 de mayo fué un acto de fidelidad, es claro que todos los partidarios y sostenedores de la audiencia debieron ser también los más sinceros y leales monarquistas; y ¿cómo es que en el progreso de la revolución y durante la guerra de la independencia el partido de los patriotas contaba a todos los secuaces de la audiencia, y el partido de los realistas se componia de todos los parciales de Pizarro? ¿cómo es que los leales vasallos de Fernando derramaron la sangre a torrentes por defender la dominación española?

Nos place citar autores extranjeros cuando tratamos de la guerra de la independencia americana iniciada en el Alto-Perú. Cuando don Victorino Lastarria, eminente publicista chileno, nombraba a Chuquisaca, solia añadir, «cuna de la Revolución». La tentativa de Miranda en Venezuela el año 1806 habia sido en realidad una adventicia impulsión externa. El expontáneo movimiento interno de mayo 25 de 1809 en Chuquisaca fué arranque, anticipado en demasia, del movimiento peculiar y uniforme de estas Américas en 1810.

«Cuna volcánica de la revolución americana», dice de Chuquisaca don Benjamín Vicuña Mackenna, otro ilustre escritor chileno, en su libro sobre la *Revolución de la Independencia del Perú desde 1809 a 1819*, escrito en Lima en 1860, al dictado y con los papeles de los ancianos que habian sido actores o testigos de los sucesos.

Le sale al paso allí al autor la alta figura heroica del cura don José Antonio Medina, maestro, según refiere, de Monteagudo en Chuquisaca, y según la historia dice, autor de la proclama para el levantamiento de las

Américas, y también autor del programa de principios de la revoluciòn del 16 de julio de 1809 (1).

Invoquemos todavía la autoridad de un eminente historiador americano, Bartolomé Mitre, en su gran obra «Historia de Belgrano y de la Independencia Argentina», refiriendo los sucesos del primer grito de libertad en América, dice:

«La docta ciudad de Charcas o Chuquisaca, fué la primera que dió la señal de la insurrección, el 25 de mayo de 1809, aunque sin levantar resueltamente el estandarte de la reforma. Este movimiento tuvo su origen en una desinteligencia entre el arzobispo y el senado del clero. El gobernador presidente tomó partido por el primero, y la audiencia por el segundo, convirtiendo en cuestión política lo que al principio no habia sido sino cuestión de amor propio. La audiencia supo captarse la voluntad de la plebe, siempre poderosa en aquella ciudad, y halagando las tendencias de los criollos, puso de su parte el elemento americano, acusando al presidente, que lo era el general Pizarro, que los queria entregar a la Carlota del Portugal, y que para sustraerse a este destino era indispensable deponer a la autoridad que los traicionaba. El tumulto popular estalló al fin, y el presidente, atacado en su palacio, fué obligado a abdicar y encerrado en un calabozo, constituyéndose un gobierno independiente de hecho presidido por la misma audiencia. Aunque esta corporación se declaraba dependiente del virrey de Buenos Aires y protestaba de su adhesión a Fernando VII, la circunstancia de ser americanos los que habian tomado parte en el movimiento, le imprimía un carácter distinto del que habia tenido en Montevideo el acaudillado por Elìo. En esta revolución apareció por primera vez figurando como comandante de armas don Juan Antonio Alvarez de Arenales, español de origen, que más tarde debía ilustrarse en las guerras de la revolución, por sus notables hazañas y sus virtudes espartanas; y don Bernardo Monteagudo, que se ensayaba, muy joven aún en las turbulentas luchas de la democracia».

Aunque el historiador Mitre no se remonta al nacimiento mental y genial del designio revolucionario en los comienzos del siglo XIX en Chuquisaca, correspondiendo este hecho al desenvolvimiento lógico de las ideas jurídicas de su célebre universidad, como al espíritu de refor-

(1). Don Mariano Alejo Alvarez por G. R. Moreno.

ma que en la juventud de todas partes del virreinato que la frecuentaba, llegó a suscitar la crítica silenciosa de los vicios y monopolios inherentes al régimen colonial, dice que Chuquisaca dió la primera señal de la insurrección, agregando después, que la cuestión de amor propio se convirtió en cuestión política, constituyéndose un *gobierno propio,* con la circunstancia de ser americanos los que habian tomado parte en el movimiento, lo que caracterizaba sus tendencias.

Relatos sobre los sucesos del 25 de Mayo. «*Espectáculo de la Verdad*».—Para confirmar nuestra relación sobre la insurrección de Chuquisaca el 25 de Mayo de 1809, vamos a reproducir o a referirnos a las informaciones que podemos considerar oficiales, principiando por la de don Pedro Vicente Cañete, asesor del presidente Pizarro, de quien tenia él tan alto concepto, que decía: «La pluma de Cañete domina a la de todos los doctores de Chuquisaca, desde la punta de la torre de la Catedral».

Poco después de la conmoción del 25 de Mayo de 1809, circuló en Chuquisaca el folleto anónimo y manuscrito «Espectáculo de la Verdad», siendo su autor don Pedro Vicente Cañete. Es largo el escrito, principia con una cita de Pitágoras sobre el espectáculo del mundo, que se parece a los fuegos olímpicos. «Los unos arman sus tiendas, y no cuidan más que de su provecho: los otros, pagados de sí mismos, no procuran sino su gloria: y otros se contentan con ver los fuegos, y estos no son los peores.—En Chuquisaca ha habido otra quarta clase de actores, que sin tener interés inmediato en las grandes ocurrencias del día 25 de Mayo, ni tener que esperar satisfacciones algunas no se han contentado con ver, oir y callar, sino que han prostituido sus plumas venales a la más indecente y vil adulación, para mentir sin pudor, levantando falsos testimonios contra xefes de la más alta representación y contra hombres de conocido honor......»

Tomemos la relación de Cañete, desde la célebre *cuestión del cogín*. «Se debe tener muy a la vista, dice, que el Sr. Ussoz estando en cuerpo de audiencia con el Sr Presidente en la iglesia de San Francisco durante los divinos oficios del entierro del Oidor Honorario D. Juan José Segovia mandó despóticamente por sí sólo que un alguacil quitase al Rector de la Universidad el coxin que tenia a los pies en concurrencia con el Real Claustro cau-

sando con este atentado una irritación tan general que desde la mañana siguiente amanecieron succesivamente varios pasquines formidables en que amenazaban de muerte así a él como a su mujer además de otras cartas insolentísimas que dejaban caer en su casa contra ambos».

El pueblo se conmovió con esta novedad, y se formaron «gavillas nocturnas que hacian congeturar algún propósito maligno. Se mandaron doblar las rondas; se supo que se formaron conciertos secretos con algunos doctores, los que acordaron que se darian todas las satisfacciones posibles para acallar el agravio del cojín, y promover otro asunto de mucho mayor interés como era exterminar a los traidores».

En el acto se produjo un cambio de sistema, y aparecieron nuevos pasquines con el tema de la traición del virrey, del presidente y el arzobispo, «significando formación de junta para el gobierno como consta de los originales que se enviaron a la superioridad. En varias vistas se avanzó el Fiscal a explicarse poco menos que en el mismo tono. Alarmaron al Pueblo baxo de cuerda que para entregar estos dominios a la Corona de Portugal se estaba procesando a los vecinos más honrados hasta el número de cincuenta infundiendo este recelo a más de quinientos con decir a cada uno en reserva de que era uno de los comprehendidos; y como lograron inspirar desconfianza verdadera o fingida a los canónigos, rexidores y vecinos más poderosos que tenían la masa en la mano para recoger prosélitos fué muy fácil armar la borrasca por medio de hablillas y susurraciones sediciosas».

Este fué el origen de la primera instancia del cabildo y del oficio que pasó al tribunal en 10 de mayo. Calmó la tempestad con la respuesta del presidente del día 13 del mismo mes.

Un regidor conferenció con uno de los ministros sobre la materia, viendo un gran peligro si el tribunal no tomaba medidas de seguridad. «De aquí el 2°. oficio del Cavildo por el qual anunciaba una persecución general de los mejores vecinos ya de parte del Presidente ya por la del Virrey implorando la soberana protección de la Real Audiencia y con el fin de atraer la atención general del Pueblo se círcularon copías entre las casas principales a más del influxo con que se dispertaba a la plebe».

El tribunal comisionó al oidor José Agustín de Ussoz para que recibiera pública información contra la conducta del presidente, y la recibió hasta el 21 de mayo, «lla-

mando para el efecto a los estudiantes académicos de práctica de su facción y dependencia abogaditos mozuelos sin carrera y gente de morralla los quales no tardaron en divulgar por el Pueblo que el Presidente era un traydor perjuro a quien el Tribunal iba a deponer por estos delitos».

Se divulgó este rumor tumultuario, y el presidente «tuvo por seguro su atropellamiento a vista de que ya se habian avanzado a procesarlo» contra el tenor expreso de la ley. «Observó que se hacían juntas clandestinas en casa del Oydor Decano concurriendo en ellas los abogados más díscolos justamente reputados por los Clodios y Catilinas de Chuquisaca, rondando la Ciudad con vecinos particulares por dos noches consecutivas. Por cuyas circunstancias que se informaron al Gefe con la mayor certeza pidió a Potosí auxilio de tropa por oficio de 23 de Mayo llamando al Sr. Intendente Sanz para que pasase a hacer uso de su comición para la seguridad de la quietud pública».

«Supo el día 24 que el Comandante de la tropa veterana se habia puesto en cama por la intimidad de su casa con el Fiscal López, y otros oydores para evadirse de sostener al Presidente contra ellos en las próximas ocurrencias que ya debió tenerlas muy sabidas según se presume vehementísimamente del hecho intergiversable de haber enviado recado al Padre Provincial Bonet con el Alferez veterano D. Juan José Vianqui rogándole el 25 cerca del medio día que mediase entre los magistrados porque en aquella noche iban a deponer y prender al Sr. Presidente».

Apuraba el peligro. Supo Pizarro que el subdelegado Arenales habia suspendido repentinamente el uso de la licencia que ya tenia para viajar a Salta, atribuyéndose esta demora a su acuerdo con los oidores para asistirlos y defenderlos con los numerosos habitantes de su partido de Yamparáez; y se dijo también que habia convocado mucha indiada para la noche del 25, para que se aportase en las quebradas inmediatas hasta el toque de entredicho con las campanas.

Instó Pizarro por segundo oficio el auxilio de Potosí, y llamó en consejo a los únicos abogados que creyó imparciales, los cuales le aconsejaron que procediese conforme a las leyes, sosteniendo su autoridad.

«El Abogado Zudáñez que fué el único arrestado clamaba a gritos en medio de la escolta invocando el fa-

vor del Pueblo para que lo libertase de las garras de los traydores constituyéndose por ese mismo hecho de sedicioso y conjurado, caveza notoria de motin según las ordenanzas y leyes del Reyno y a sus voces se fué congregando bastante porción del Pueblo que lo seguía sin desacato hasta que entró a la Presidencia».

Se tocó entredicho en los campanarios y se conmovió el populacho. Los primeros que se reunieron fueron a sacar de su palacio al arzobispo para que intercediera por la libertad de Zudáñez. Se prestó a ello el prelado, y Pizarro allanó la soltura del arrestado, creyendo con este acto aplacar el tumulto «y que serviría de enmienda a todos los reos mandados arrestar»; pero se engañó.

En el acto mismo, «del interior de la casa de un ministro se comunicó la voz de que pidiesen al Fiscal con todo de que sabian muy bien que no estaba preso por haber emprendido su fuga desde allí mismo», y principió una nueva borrasca de la plebe enfurecida.

Pidieron que se desmontase la artillería, asegurando el total sociego del pueblo con esta diligencia. Los enviados fueron Arenales, el alcalde provincial Paredes, y el Padre Polanco, religioso franciscano, «a quien mezclaron en esta embajada con el malicioso propósito de que habiendo visto entrar a la presidencia en aquella hora a un fraile sacerdote declarasen después algunos ignorantes malévolos que había sido llamado por el Presidente para confesar a los arrestados».

«Fué despachada prontamente la solicitud, y aparentando los malignos comisarios que salian a dar aviso al pueblo volvieron al instante con la novedad de que pedían la artillería montada para precaver toda alevosía encerrándola dentro del patio del Cavildo sin considerar que esta pretensión era notoriamente incidiosa con ánimo de pretestar la continuación del tumulto con la negativa que suponían consiguiente».

En efecto se resistió el presidente. Entonces compareció el oidor Ballesteros como mensajero de una numerosa plebe que lo seguía, y pidió la artillería, afianzando con su cabeza que en el momento quedaría sosegado el pueblo.

«Bien conoció el Sr. Presidente que no lo debía permitir, pero reflexionó que lo atribuirian a que quedaría a hacer uso de ella para avasallar al pueblo y proclamar luego a la Sra. Princesa del Brasil. Por cuyo motivo por las consideraciones a que no era presumible una perfidia

tan atroz en un Ministro del Rey que solo por ella se haría reo de muerte al cabo consintió en la entrega: la que empezada a verificarse entró al patio a pelotones el populacho a pedir las armas de la guardia para dejar al Gefe enteramente indefenso con tan descarada osadía que escusándose con buenas palabras al tiempo de retirarse a la sala del Dosel donde habian descansado los fusiles quisieron entrarse a tomarlos por fuerza, y a apoderarse de la persona del Presidente».

La guardia tomó las armas e hizo fuego al aire, despejó el patio y cerró las puertas. «A este tiempo un oydor en persona mandó colocar los cañones en las esquinas de la presidencia para batirla por sitio con fuego vivo a metralla sin que los pocos soldados de la guardia tuviesen otra defensa que el disparar por las ventanas algunos tiros de quando en quando para que no forzaran las puertas». Dice Cañete que murieron solo dos cholos.

Quedó Pizarro reducido a una indefensión absoluta y crecía la algazara y «el ruido redoblado de campanas que parecía hundirse toda la ciudad».

«De los balcones de un Oydor gritaban a la calle animando a el pueblo para que no desmaye. En la junta de la casa del Oydor La Iglesia mandaban la continuación del fuego hasta que considerando al Presidente sin ningún resguardo determinaron ya ordenarle la dejación del mando con amenazas. Y aunque entre los ahogos del conflicto protestó juiciosamente lo que debía, al cabo viendose solo desamparado ya de la poca tropa, y profugados los asesores contestó al último oficio que se hallaba en situación de poder disponer el Tribunal lo que gustase, pero que tuviesen consideración a su carácter y a sus años».

«El Oydor Ballesteros que hacia el oficio de Secretario en aquella junta clandestina para escribir y leer los oficios de acuerdo con los Zudáñez dió por hecha la renuncia contra los repetidos votos del conde de S. Xavier, y desde aquel momento a la hora de las dos de la mañana reasumió la Audiencia el mando de la presidencia contra la Real Orden de 806; depuso al Presidente; lo mandó arrestar; se levantó horca en media plaza para colgar su retrato, y publicó bando muy temprano el 26 por la mañana, declarándose por Audiencia Governadora; ordenando reconocimientos engañosos de las supuestas horcas y cordeles que figuraron estar dispuestas en lo en-

terior de la casa con sepulturas ya abiertas para enterrar a los que habian de ser ajusticiados en aquella noche».

El arzobispo habìa fugado en la noche del 26, a pie, hasta la finca de Siccha, y el alferez real don Angel de Alonso y Gutiérrez, fué comisionado por la audiencia gobernadora «para traer cómoda y decorosamente a Su Ilustrísima a la capital», quien informa que le dió alcance media legua adelante de Moromoro, desde donde lo condujo «con todo primor a esta capital, con aplauso universal».

Concluye la relación de Cañete con estas palabras: «Estos funestos exemplos sirven de presagio doloroso para lo que se debe esperar de tan inauditos escándalos. El mundo entero derrama su furor contra los autores de unas inquietudes nunca vistas que han arrastrado a todo el Reyno hasta el borde de un precipicio. Mucho falta que ver; y en el entretanto todo hombre de bien debe examinar los hechos en este espectáculo de la verdad».

La Vista del fiscal López y el informe del subdelegado Arenales.—Confirman las relaciones anteriores la «Vista del Fiscal de S. M.—López— en el proceso o causa sobre el origen y examen del acontecimiento del 25 de Mayo de 1809 en Chuquisaca, pedida por el Tribunal al efecto de informar en el caso debidamente a S. M. y a la Superioridad», de fecha 23 de agosto de dicho año, y el «Informe del suceso acaecido en la noche del 25 de Mayo de 1809, en la ciudad de La Plata, hecho por el Comandante general de las armas de esta Capital» don Juan Antonio Alvarez de Arenales, de fecha 30 de junio del mismo año de 1809, de orden de la real audiencia.

Este último documento es de grande importancia. Sabido es que Arenales, español de origen, ha sido uno de los que más han ilustrado las guerras de la independencia americana. Era entónces juez real subdelegado del partido de Yamparáez, como queda dicho; fué actor principal, como intermediario entre la audiencia y Pizarro en la conmoción del 25 de mayo; fué él, con el conde de San Xavier, como enviados de la audiencia, quien propuso a Pizarro la entrega de la artillería, y quien se apoderó de ella; fué él también quien condujo los pliegos de la audiencia intimando la rendición a Pizarro, hasta que la consiguió al tercer oficio, y en el acto le encargó la audiencia el mando de las armas. Ya con este ca-

rácter, de orden del tribunal, acompañado del secretario de cámara doctor Miguel Mariano Toro, intimó a Pizarro su rendición y arresto, e intimó igual rendición a las tropas que se hallaban en la presidencia y en el cuartel.

«Serian ya las cinco de la mañana, dice Arenales, y mientras amaneció hice relevar las guardias con la compañía de Granaderos de milicias, y asegurando todo de este modo, tratando de recoger la artillería, y que se retirase la Gente, se agolpó toda con demostraciones de reconocimiento y nuevos clamores de *Viva el Rey Don Fernando* con tanta ancia y denuedo como si recien empezara; Ya era de día claro y con presencia de los cadáveres, que se hallaban en varias partes bolvió el resentimiento a producir efectos de ardentia, e inquietud, profiriendo de que quien con tanta injusticia y a traición habia hecho matar a los fieles Vasallos del Rey, no debia quedar con vida, y que entrarian sin remedio a quitársela; a vista de esto doblé la Guardia e hice cerrar las puertas por asegurar la vida del arrestado; y aun que costó mucho trabajo y esfuerzos de los principales del Pueblo, Cabildo Eclesiástico y comunidades se pudo sosegar esta conmoción al cabo de algunas horas en cuya conclusión me significo la muchedumbre que tenia grandes deseos de ver el retrato de su amado Rey el señor don Fernando 7º....»

Hizo entregar el retrato Arenales, el que fué colocado en la plaza, y agrega en su relación: «al paso que al poco rato, sin haberlo yo entendido, ya trajeron el retrato del señor Pizarro y lo colgaron en unos palos que en figura de horca habian fijado en la Plaza por la noche tratandole de traidor a su Rey, y a su Patria».

Más adelante agrega el informe de Arenales: «Con motivo de haver andado toda la noche en las diligencias que llevo expresadas me consta que desde las ventanas de donde la tropa de la Presidencia hacia fuego al Pueblo, hechó también muchas granadas incendiadas de las cuales cayeron algunas a los sitios en que me hallava a la sazón, y que por la última conmoción (que tuvo lugar, según lo que hemos copiado más arriba, a las 5 de la mañana del día 26) a virtud de haver visto la Pleve los cadaveres se determino por la Real Audiencia mudar al señor Pizarro a la Universidad consultando con la mayor seguridad de su persona, y para poder verificar sin riesgo hize llamar la atención de la Pleve al barrio de San Francisco con pretesto de buscar allí los Reos que se suponían complices en el suceso acaecido».

Organización militar.—Después de la conmoción profunda de la noche del 25 de mayo, los días 26 y 27 se ocupó la audiencia gobernadora en la organización militar para la defensa del país. Nombró jefe de armas al subdelegado de Yamparáez, don Juan Antonio Alvarez de Arenales, en sustitución de don Ramón García; organizó las milicias creando jefes y oficiales nuevos, y ordenó la concentración de armas de todo el distrito.

Fué entonces una de las grandes novedades que Arenales, subdelegado de Yamparáez por el rey y español de nacimiento, tomase la dirección de la fuerza armada por los revolucionarios de la ciudad, que eran en su mayor parte criollos y mestizos. ¡Pero que raro podía ser esto, cuando los mismos oidores, españoles y realistas todos, sin excepción, cayeron en el lazo de los Zudáñez y se hicieron patriotas sin saberlo! Don Ramón Abecia, oficial del rey, se pasó igualmente a los revolucionarios. A Gascón lo pusieron preso como a realista peligroso en las mazmorras del convento de la Merced, que son célebres por lo obscuras, profundas y terribles. Más después, cuando vinieron a Chuquisaca los porteños, Gascón se volcó a los patriotas (1).

Pero en dos días era imposible ponerse en estado de defensa. En la madrugada del domingo 28 se supo la aproximación de Sanz, con fuerzas respetables. Sobresaltada la audiencia, pensó ante todo en la mediación del arzobispo, pero éste habia huido de la ciudad, y caminando a pie y sin rumbo habia ido a parar a Siccha, como queda dicho. Inmediatamente oficíó la audiencia al cabildo eclesiástico, para que llamara al señor Moxó (2). Encuarteló después la juventud de ambos colegios (3) y tomó otras disposiciones para poner a la ciudad en estado de defenderse. Sin embargo era esto muy difícil ante tropas veteranas y bien organizadas.

Conociéndolo asi la audiencia, habia oficiado a Sanz, el 26, prohibiéndole pisar con fuerzas el territorio de la provincia de Chuquisaca, e invitándole a que pasara solo a conferenciar.

Sabiendo Sanz ya en camino las ocurrencias de Chuquisaca y que su auxilio a Pizarro era inoportuno, dejó sus tropas en la jurisdicción de Potosí, a mando del co-

---

(1). Relato de Doña Martina Lazcano.
(2). Se conserva el oficio en el archivo del Cabildo.
(3). Se conserva también autógrafa esta orden.

ronel don Indalecio González de Socasa para dirigirse solo a la ciudad. El día 27 le dió encuentro el emisario de la audiencia, en el tambo de Cuchiguasi, y lo notificó con la provisión, a la que Sanz declaró su obedecimiento, aceptando pasar solo, o pidiendo que la audiencia mandara a uno de sus ministros a Yotala, a fin de imponerse de la revolución de Chuquisaca, y de tratar de algunos otros puntos que pudieran convenir al real servicio y mantener el sociego y pública tranquilidad.

Convenida su entrada a la ciudad, al día siguiente se encontró en presencia de los oidores, de los que no pudo recabar la libertad de Pizarro, y mucho menos su reposición en el mando. Los oidores le comprometieron a retirar sus tropas, haciéndole responsable de la sangre del pueblo que se derramaría en caso contrario; pasaron todavía adelante, y trataron de ganarle a su causa; pero Sanz se resistió, y solamente comprometió su palabra a no empdender ninguna hostilidad hasta ver la decisión del virrey, a la que los ministros se manifestaban dispuestos a obedecer.

No creyó mucho Sanz esta promesa, y retirándose el mismo día a Potosí, se mantuvo fuerte, reforzando sus tropas con todos los elementos de que podía disponer. Seguramente por la complicidad que descubrió puso presos al alferez real, Quintana, al ensayador del Banco, Matos, al escribano, Toro, a los dos hermanos Nogales y a los jefes del batallón de milicias, Azcárate y Barrenechea, y a varios otros conocidos por sus ideas de independencia.

Chuquisaca se armó también: se fundieron cañones y se construyeron fortines de adobe en los extramuros de la ciudad, y muy especialmente en Mesaverde; pero nunca llegaron a servir, y se destruyeron por sí mismos.

El torrente revolucionario y sus primeros desastres.—El torrente revolucionario era ya incontenible. Antes de dos meses la populosa ciudad de La Paz siguió el ejemplo de Chuquisaca. Dejando para el capítulo siguiente la narración de aquel hécho glorioso, anticiparemos aquí cuanto tuvo relación con el grito de independencia que se dió en Charcas.

Establecida en La Paz la junta de gobierno, envió a Charcas a don Julián Galvez, pidiendo su confirmación, la que concedió la audiencia con las mayores demostraciones de aplauso de parte suya y del cabildo. «Inmediatamente pasaron a Charcas dos regidores en calidad

de enviados del nuevo gobierno, para ponerse de acuerdo y combinar los planes y operaciones. Fueron recibidos por el pueblo y oidores con distinción y aprecio, y desde entonces sin ningún embozo se publicaban especies de independencia» (1). Se redobló la actividad para armarse y ponerse en estado de guerra.

Cisneros acababa de posesionarse del mando del virreinato, y mal informado sobre los sucesos de que era teatro el Alto-Perú, o prevenido contra los informes que le suministraba Liniers, aprobó la conducta de los oidores, y mandó a Sanz que no se moviese de Potosí. Estas noticias que se recibieron por correo, se festejaron con repiques en Chuquisaca y La Paz. Pero el peligro más inminente se presentaba por otro lado. El virrey de Lima se esforzaba a debelar la revolución de La Paz y por encargo suyo Goyeneche juntaba tropas. La audiencia habría querido proteger a la junta de gobierno de aquella ciudad, enviándole refuerzos, pero le era imposible, encontrándose en constante jaque por el gobernador intendente de Potosí.

Bien pronto se supo que Nieto venia con el nombramiento de presidente de la audiencia y se encontraba ya en Jujuy. Apresuróse el tribunal a pintarle la profunda irritación en que se encontraban los ánimos del vecindario y lo difícil que era conseguir que se aplacasen. Contestó Nieto que no se movería de Jujuy hasta recibir las tropas que había pedido a Buenos Aires, para sostener la autoridad del mando que se le habia confiado. Envió al propio tiempo su proclama contra los facciosos.

Asustados los oidores con el triunfo que acababa de obtener Goyeneche, y cada vez más recelosos sobre las medidas que quisiera tomar Nieto, volvieron a pintarle la situación de la ciudad y lo peligroso que era no condescender con sus exigencias. Contestó aquél que no creia que existiese un pueblo de facciosos; pero que si tal sucediera el destruirlo sería facilísima obra de sus fuerzas, pero imposible a su carácter.

Desde ese momento no pensaron ya los oidores Ussoz y Ballesteros, en otra cosa que en manifestar a Nieto el sometimiento más absoluto. Eran los dos únicos que quedaban de la noche del 25 de mayo. La Iglesia habia pasado a Lima, el conde de San Javier no habia tomado parte, la regencia continuaba vacante.

(1). Relación M. S. del oidor Campo Blanco.

La audiencia que habia sido el apoyo de la revolución vino a ser después su obstáculo. No podia el regio tribunal obrar a cara descubierta contra el rey, sin perder su carácter, sin renegar hasta de su propio nombre. Comprometidos en la revolución por orgullo, antes que nada consultaron a sus propios intereses personales, trataron de mantenerse en sus puestos y de evitar el castigo de que se habian hecho merecedores de parte de la autoridad regia. De aquí ese afán de vindicarse y de hacer creer que habian obrado por lealtad al rey. Campo Blanco nos hace saber que cuando se arrestó a los oidores, «se les ocuparon papeles y correspondencias de importancia» (1).

Conociendo los oidores su debilidad para resistir, y viéndose estrechados por sud y norte, tuvieron que ceder; pero el pueblo resistió, no quiso someterse, y habría marchado al sacrificio sin consultar el éxito. Así es que cuando se apercibió del sometimiento de los oidores a Nieto, se tumultuó y acometió a pedradas sus casas. Arenales tuvo que emplear la fuerza para restablecer el orden; pero este mismo jefe se opuso al reconocimiento del nuevo presidente y estuvo por la resistencia a todo trance (2). Pero los ministros no le prestaron oidos, y solo consultaron ya el complacer a Nieto de todos modos.

Pusieron en libertad a Pizarro, que después de seis meses salió de la prisión con la barba crecida y blanca. No había querido rasurársela sino con la navaja del honor, según se expresaba. Quisieron también los ministros sobreseer en su causa, pero el viejo expresidente no lo consintió. Quedó absuelto por auto de 6 de junio de 1810, pocos días antes de recibirse la noticia de la revolución de Buenos Aires.

Los oidores hicieron todo esfuerzo para que el recibimiento oficial de Nieto fuese fastuoso. Le mandaron diputaciones a nombre suyo y de las corporaciones hasta Potosí, y ellos mismos salieron a saludarle hasta Yotala. El 24 de diciembre es la fecha de la entrada de Nieto a esta capital.

Correspondencia de Arenales con el virrey Cisneros, su actitud en los últimos sucesos de la revolución de Chuquisaca y las persecuciones que sufrió.—Como queda dicho, el

(1). Memorias Mss. de la biblioteca de E. O. Rück.
[2]. Memorias de Sánchez de Velasco.

tribunal gobernador dió cuenta al nuevo virrey de Buenos Aires de todos los sucesos del 25 de mayo en Chuquisaca, y de las resoluciones que había adoptado, y con fecha 8 de agosto Cisneros las aprobaba, confirmándolo en el mando hasta la llegada del mariscal don Vicente Nieto, nombrado gobernador intendente de la provincia y presidente interino de la real audiencia de Charcas en reemplaso de Pizarro, cuya libertad, como la de los demás detenidos «de resultas del alboroto popular» se apresuraba a ordenar, con mandato terminante de suspender todo preparativo bélico, haciendo presente que «para afianzar la tranquilidad pública» era suficiente reunir y armar la compañía del regimiento fijo, o cuando más la de los granaderos provinciales.

Arenales, a su vez, se consideró en el deber de imponer a Cisneros del nombramiento de comandante general y gobernador de armas de la provincia recaido en su persona, y de los motivos especiales que determinaron su aceptación en tàn difíciles momentos. Pero desaparecidas esas causas, y deseando sin duda conservar toda su libertad de acción, terminaba solicitando su relevo del mando. El virrey, en respuesta, manifestó al comandante Arenales «hallarse bien dispuesto de la gran satisfacción que el tribunal y el pueblo tuvieron en él para haberle hecho igual confianza, en circunstancias tan apuradas y críticas como las que al tiempo mismo de su nombramiento se experimentaron; y que habiendo probado su buen éxito, fruto de sus fátigas, el acierto de su elección con otras justas consideraciones, no contemplaba conveniente por ahora que se separase del mando, y antes sí, por necesario, el que se mantuviese autorizado al frente de su fiel pueblo, hasta que con la llegada del nuevo presidente interino se disponga, según las mismas circunstancias lo permitan, acerca de su solicitud, en cuya consecuencia ratificaba el expresado nombramiento, y le daba las más justas gracias a nombre de su majestad y en el suyo propio, por el porte que habia observado, previniéndole que siguiese, bien persuadido de su acierto, celo, actividad y eficacia acreditados, en desempeño de tan importante confianza» (1).

Pero los aprestos militares del gobernador de Potosí, que según los partes elevados por el comandante Arenales, levantaba un verdadero ejército contra expresas dis-

[1]. Oficio del virrey Cisneros al comandante Arenales.

posiciones del virrey Cisneros, inquietaron al tribunal, que prescindiendo a su vez de las mismas órdenes, reiteró a Arenales las instrucciones dadas anteriormente. Este, sin pérdida de tiempo hizo un llamamiento a todos los hombres aptos para el servicio de las armas, que presurosos y en gran número respondieron a la convocatoria.

Con las milicias urbanas y del partido de Yamparáez, formó nueve compañías de infanteria denominadas por el oficio que practicaban los individuos que las componían, y para cuyo comando eligió sujetos prestigiosos y notoriamente adictos a la causa de la independencia, distribuidos así: 1ª. compañía de infantería mandada por don Joaquin Lemoine; 2ª. de académicos por el doctor Manuel Zudáñez; 3ª de plateros por don Juan Manuel Lemoine; 4ª. de tejedores por el capitán Pedro Carbajal; 5ª. de sastres por don Toribio Salinas; 6ª. de sombrereros por don Manuel de Entreambasaguas; 7ª. de zapateros por don Miguel Monteagudo (padre del doctor Bernardo Monteagudo); 8ª. de pintores por don Diego Ruiz; y 9ª. de varios gremios por don Manuel Cozcuera.

Los contingentes de los partidos de Cinti, Oruro, La Laguna y fronteras de Tomina, suministraron excelentes soldados para tres partidas de caballería ligera y un cuerpo de artillería. Los tres primeros fueron puestos bajo las órdenes de don Manuel de Sotomayor, de don Mariano Guzmán y de don Nicolás de Larrazábal, respectivamente, haciéndose cargo del último el doctor Jaime Zudáñez; otro batallón de pardos y morenos fué organizado independientemente.

Terminada la movilización de estas fuerzas que en su conjunto alcanzaban a 1300 hombres, y cuidando siempre de la instrucción militar que dirigía personalmente, dispuso ciertas medidas complementarias que le permitian rechazar con éxito, no tan solo al gobernador de Potosí, sino también a las tropas del mariscal Nieto. Al efecto mandó construir trincheras y levantar torreones en diversos puntos estratégicos, los que se artillaron convenientemente, lo mismo que el fuerte del cerro frente de La Caja de Agua, desde donde se dominaban los caminos de acceso a la ciudad, que hacia recorrer constantemente por patrullas. Contrató 30 oficiales trenzadores, que con el algodón espontáneamente ofrecido por los particulares, se tejieron las mechas necesarias; adquirió 1800 sacos de metralla para granadas, y gran número de balas de cañón. Los fabricantes locales le entregaron además cen-

tenares de lanzas de hierro y cartuchos de fusil; encargó al capitán Diego Ruiz buscase las piedras que hacian falta para los mismos, y por último hizo trasladar a la capital todas las armas útiles que existian en Oruro y otras ciudades de provincia.

Los patriotas entre tanto, alentados por las halagadoras noticias que desde Buenos Aires, La Paz, Cochabamba, Cuzco y otras ciudades importantes les trasmitian sus agentes sobre la marcha del movimiento, y de las que tomaban conocimiento en las juntas secretas que frecuentemente celebraban, seguían mandando a sus emisarios a las intendencias limítrofes. Ya el doctor Monteagudo estaba predisponiendo los ánimos de los habitantes de Potosí, y los doctores Michel y Mercado habian propagado con éxito brillante la semilla revolucionaria en La Paz.

Corriendo el tiempo, el nuevo presidente nombrado por el virrey Cisneros, anunciaba solemnemente a la audiencia que con los 500 hombres de su mando haría el 24 de diciembre su entrada a la ciudad; previniendo debian alistarse los cuarteles necesarios para sus oficiales y soldados «si se queria evitar gravámenes al vecindario».

El tribunal en un principio dispuesto a resistir, habia impedido francamente la circulación de las proclamas que Nieto adelantaba a los «amables habitantes de La Plata», y pretendió después imponerle condiciones para permitir su entrada a la capital; más luego, sea porque descubriese las verdaderas intenciones que abrigaban los revolucionarios, o quizá intimidados por la sangrienta represión de la tentativa de La Paz, vaciló y modificando su anterior actitud se dispuso a recibir «en paz y honor» al nuevo presidente, opinión sólo no compartida por Arenales, que estaba decididamente por la resistencia.

«Su plan consistia, dice el historiador Frias (1), en salir inmediatamente de Chuquisaca con los 1300 hombres de su mando y apoderarse de Potosí; allí engrosaría su división con los 1000 soldados que guarnecian esta ciudad; y con todos juntos bajaría hasta Salta en donde, dueño de un pais animoso y de tantos recursos, levantaría un ejército de 4,000 hombres, con el que tenía toda la seguridad de deshacer a Nieto. Vencido el enemigo pen-

(1). Doctor Bernardo Frias. Historia del general Güemes y de la provincia de Salta.

saba bajar, sin pérdida de instantes, a Buenos Aires para revolucionarlo». Desgraciadamente no consiguió convencer a los oidores, y el 18 de diciembre eran desarmadas y disueltas por orden de Nieto las «nueve compañías de criollos y mestizos» organizadas por la audiencia después del 25 de mayo.

Arenales, falto de apoyo, desvanecidas las ilusiones de libertad que acariciaba para la patria de sus hijos, y contrariado por los temores del tribunal, renovó el pedido de relevo que antes hiciera al virrey Cisneros y que el nuevo presidente le concedió junto con licencia y franco pasaporte para viajar a Salta.

El mariscal Nieto mientras tanto, se interesaba vivamente en descubrir los móviles que habian inspirado la revolución del 25 de mayo, y desde su llegada inició sus investigaciones, adoptando, no obstante el tono pacífico de sus proclamas, los inhumanos procedimientos que poco antes usara Goyeneche con los infortunados patriotas de La Paz. Obraba Nieto, en la creencia de evitar las posibles consecuencias del movimiento, imponiéndose por el terror. Desde luego, revoca su anterior resolución con respecto a Arenales, en cuyo alcance envia una partida con orden de prenderlo, y antes de llegar al término de la primera jornada del camino fuera de Chuquisaca, es éste sorprendido, prolijamente registrada su persona y equipajes que los esbirros de Nieto confiscan allí mismo, conduciéndolo por último bien custodiado a la ciudad, donde análogas medidas se habian puesto en práctica con todos los ministros del tribunal.

Rigurosamente incomunicado, permaneció Arenales, hasta que al cabo de seis meses Nieto dispuso fuese remitido a Lima, junto con el oidor Ballesteros. Marcharon los presos a Arequipa por Puno y de allí a Quilca, donde se les embarcó para el Callao. En esta larga y penosa travesia de más de 300 leguas, privados de todo auxilio (pues ni siquiera se permitió que les fuese proporcionado por parientes o amigos), sufrieron imponderables trabajos, padecimientos y vejámenes.

Desembarcados en el Callao, Arenales quedó preso y siempre incomunicado en el castillo del mismo nombre, en virtud de la siguiente disposición del virrey Abascal, que el mismo día del arribo de los prisioneros recibía don Diego Escobar, gobernador militar de la plaza: «Por decreto de hoy, con precedente voto consultivo del real acuerdo, he determinado que don Juan Antonio Alvarez de Are-

nales permanezca en esa plaza interin el Sor. presidente de Chuquisaca dispone otra cosa, acudiéndole con los cuatro reales diarios que se le tienen asignados; y que el Sor Oidor D. José Vásquez de Ballesteros se traslade a esta ciudad, en la que, y sus arrabales guardará la propia carcelaria que en la de Arequipa le estaba señalada. Lo aviso a V. S. para su inteligencia y haciéndole entender a los referidos, alze al último el arresto y le permita su venida. Dios guarde a V. S. ms. as. Lima 31 de agosto de 1810—José Abascal».

Este decreto fué comunicado por Escobar al teniente coronel Arenales recien el 25 de diciembre, fecha en que el virrey tuvo el antojo de dejarlo en libertad para volver al pais de su domicilio. Fué, pues, Arenales el primer patriota de la independencia americana que estrenó la célebre prisión de las Casas-matas del Callao.

El 31 de enero de 1811 se hacia a la vela del puerto del Callao la fragata *Preciosa*, llevando a su bordo a Arenales, provisto del correspondiente pasaporte que cinco días antes firmara el virrey.

Navegaban frente a las bravias costas de Mollendo, cuando la aparición de un barco en el horizonte con todo el velamen desplegado y que parecía seguir el mismo derrotero de la *Preciosa*, vino a inquietar a Arenales, que receloso de que se repitiese el atentado que contra su persona se llevó a cabo tan alevosamente el año anterior al salir de Chuquisaca para Salta, se trasbordó mar afuera a una lancha de pescadores acompañado de un muchacho chuquisaqueño que le servia de asintente. Gran espacio los separaba todavia de la costa; de pronto un violento golpe de mar abre un rumbo en el casco de la frágil embarcación, que se sumerge casi por completo. Ante el peligro de zozobrar, Arenales y su asistente se arrojan al agua, y nadando asidos a la borda trataron de ganar la playa; afortunadamente, desde la fragata habian notado el percance y un bote se desprendió en el acto para auxiliar a los naúfragos, que, agotados por el esfuerzo, estaban a punto de sucumbir.

Mas tarde pudo cerciorarse Arenales de que no habian sido infundados sus temores, pues el virrey, arrepentido, impartió órdenes al gobernador de Arequipa para que lo detuviese (1).

Prosiguiendo su viaje, pasó por Quilca el 13 de mar-

[1]. Don Pedro de Angelis.

zo, una semana después por Arequipa y el 4 de abril por Tacna; finalmente, después de atravesar la cordillera de los Andes por el camino que va a Oruro, tomó el del despoblado que conduce a Salta, a donde llegó a mediados de agosto, junto con los fugitivos de la desgraciada acción de Huaqui.

Durante todo el tiempo que duró esta larga y accidentada peregrinación, la existencia de Arenales estuvo pendiente de los caprichos de funcionarios brutales e inconscientes de deberes y responsabilidades; jamás se le tomó declaración, ni se le notificaron cargos, ni jamás se le dió satisfacción alguna.

Su lealtad y energía irreductibles, sometidas a las más duras pruebas, resistieron invariablemente, seductoras promesas y crueles sufrimientos; es que en aquella alma templada en el infortunio habían arraigado para siempre las convicciones por las que tanto sufrió, y que después la espada formidable que forjara en las tinieblas de la prisión haría triunfar en los campos de batalla (1).

---

(1) José Evaristo Uriburu, hijo. Obra citada.

CAPITULO TERCERO

1809 El 16 de julio de 1809 en la ciudad de La Paz. La idea revolucionaria en La Paz. Relación de los sucesos de la noche del 16 de julio en la ciudad de La Paz y en los días siguientes. La célebre proclama de la junta tuitiva. El autor de la proclama y de las diez proposiciones del nuevo plan de gobierno. El enviado Galvez a Chuquisaca, y la real provisión de la audiencia aprobando los sucesos del 16 de julio. Concierto de los virreyes. Trabajos reaccionarios y defección de Indaburo. Dispersión de Chacaltaya y combate de Irupana. Matanzas y destierros. La proclama de Goyeneche y su regreso al Cuzco.

El 16 de julio de 1809 en la ciudad de La Paz.—El 25 de mayo de 1809 en Chuquisaca, y el 16 de julio del mismo año en La Paz, como hemos dicho antes, son dos acontecimientos que se relacionan íntimamente; son los dos primeros eslabones de la gran cadena de sacrificios y de acontecimientos heroicos de la guerra de la independencia americana. El uno marca el acto inicial, el otro el martirio.

«El movimiento de Chuquisaca, dice el historiador Bartolomé Mitre, aunque limitado en sus objetos y tímido en su marcha, fué seguido por la revolución de la populosa ciudad de La Paz, que estalló el 16 de julio del mismo año, poniéndose a su cabeza hombres audaces que

levantaron con más resolución el pendón de la emancipación de los criollos, a los gritos de *¡Viva Fernando VII! ¡Mueran los chapetones!* (los españoles). Bajo la denominación de *Junta Tuitiva*, organizaron un gobierno independiente, compuesto exclusivamente de americanos; se dieron una nueva constitución, reformaron el régimen administrativo; levantaron ejércitos y se apercibieron al combate.....»

Gabriel René Moreno, después de hablar del verdadero y nunca deslustrado blasón de Chuquisaca, de su gloria, que es aquel famoso grito de libertad, cuando en mayo 25 de 1809 América entera dormía el sueño profundo de la servidumbre, concluye: «grito al que días después, responde temerariamente La Paz, con la guerra y los martirios primeros de la independencia continental».

Fué realmente temeraria y heroica la acción de La Paz, y es allí donde se consumaron los primeros martirios por la independencia de América. Del 25 de mayo al 16 de julio se operó un grande progreso, en el sentido de ir de menos a más: la insurrección de Chuquisaca fué el acto inicial, cauteloso y tímido; la revolución de La Paz fué resuelta y franca hasta la temeridad.

Chuquisaca y La Paz constituyeron los dos primeros gobiernos independientes de Sud América. Chuquisaca con su audiencia gobernadora, doctrinaria y propagandista que «hizo la primera reseña para la independencia de la América española». La Paz, con su Junta Tuitiva, que destituyó a las autoridades realistas, que asumió la dirección y administración de los negocios públicos, que dictó una nueva constitución, que proclamó la revolución alto-peruana a cara descubierta, y declaró la guerra a España en documento escrito y solemne, para separarse plena y definitivamente a fin de constituir la autonomía del gobierno propio.

La polémica de la revolución por la independencia americana duró hasta la vuelta de Fernando VII a su trono en 1814. Desde entónces desapareció la supuesta fidelidad de los nuevos gobiernos americanos creados por la revolución al suspirado monarca ausente; y solo entónces entró la revolución en el rumbo que le había trazado La Paz el 16 de julio de 1809, en la primera hora y sin ambajes, como programa iniciatorio de la independencia hispano-americana.

El acto de La Paz, acordado al influjo de ese grito, reviste los caracteres de un propósito tan de suyo bien

definido, que es fuerza atribuirle peculiar previsión, privativo origen, antecedentes preparativos y madurez de miras. Vamos a estudiarlo desde su origen, siguiéndolo en su desarrollo, hasta «su victimación sangrienta tras de rápida y no menos sangrienta campaña».

La idea revolucionaria en La Paz.— Sin dar el carácter de una revolución emancipadora a los alzamientos de indígenas de 1798 y 1799 de Tupac-Amaru y de Tupac-Catari, sino como una guerra de razas que se extendió desde el Cuzco hasta Tucumán, tal como la hemos considerado, es evidente que la idea de emancipación apareció en la ciudad de La Paz a principios del siglo XIX, cuando se habian ya diseminado de Chuquisaca por las provincias los doctores de su célebre universidad, llevando la consigna. Para no citar entre estos sino a los más antiguos prosélitos de la aspiración sediciosa que partieron de Chuquisaca a La Paz, antes de 1802, llevando ya la idea de una separación de la metrópoli, basta recordar a los doctores Manuel Ruiz de Bolaños, Juan de la Cruz Monje, Juan Basilio Catacora, José Manuel Ortiz de Ossa, Juan Bautista Sagárnaga e Indalecio Calderón y Sanjinés, que se lanzaron sin trepidar, con espanto de los tímidos, a la revolución el 16 de julio de 1809, cual si ya hubiesen estado de acuerdo sobre un plan desde tiempo atrás: ¡tanta fué su decisión y temeridad desde el primer momento! Hemos dicho los más *antiguos* prosélitos del pensamiento subversivo, porque respecto de estos letrados el hecho está perfectamente establecido (1).

Tenemos a la vista las declaraciones indagatorias de Pedro Domingo Murillo, Juan Bautista Sagárnaga, Buenaventura Bueno y Gregorio García Lanza, principales promotores de la revolución del 16 de julio de 1809 en la ciudad de La Paz, prestadas en la causa criminal del fuero de guerra, que después de la victoria completa de las armas realistas, seguía Goyeneche en dicha ciudad a los prisioneros que más se habían señalado en aquel movimiento popular, y las «Memorias históricas de la revolución política del día 16 de julio del año 1809 en la ciudad de La Paz por la independencia de América; y de los sucesos posteriores hasta el 20 de febrero de 1810», folleto atribuido al español Tomás Cotera, y publicado en

[1]. *Ultimos días coloniales.* G. R. Moreno.

1840 con un prólogo de J. M. Loza por V. Ballivián. Estas son las fuentes principales de información que vamos a seguir.

En 1805, con motivo de haber salido para Chuquisaca las tropas veteranas que guarnecían la ciudad de La Paz, comenzó ésta a arder en pasquines revolucionarios. Hiciéronse varias pesquisas a fin de averiguar el origen de ellos, y fueron atribuidos al mestizo Pedro Murillo, que fué conducido a la prisión. En sus declaraciones trató éste de comprometer al gobernador Burgunyo de Juan, a don Juan de la Cruz Monje y al ayudante del cuerpo cívico, don Juan Pedro Indaburo, y a varias otras personas de importancia. Ya hubiese sido cierta o de pura malicia la declaración del procesado Murillo, fué puesto en libertad, lo que hizo sospechar la conducta del gobernador y del ayudante Indaburo.

Estando ya a cargo del gobierno de La Paz, en calidad de interino, por muerte del intendente don Antonio Burgunyo de Juan, el doctor don Tadeo Dávila, a quien como a su predecesor acusaron los españoles de complicidad o indolencia en los manejos de la revolución, se descubrió otro plan de conspiración, la noche de jueves santo del año 1809, atribuido a Francisco Inojosa, quien se proponía sorprender al pueblo al tiempo que andaba en la visita de estaciones. El resultado no fué otro que el de haber tenido unos pocos días en prisión al sindicado Inojosa, a quien hizo poner en libertad el teniente asesor don Tadeo Dávila.

Estaba pues, preparado el terreno y maduras las causas generadoras de la rebelión, cuando llegó a La Paz el doctor Mariano Michel, envíado de la audiencia de Charcas, quíen desde el primer momento supo fortalecer los ánimos y prepararlos para la lucha (1).

En las *Memorias históricas* que hemos citado, su autor el español Coteras, que se muestra un exaltado realista, censurando duramente la conducta del gobernador interino doctor Dávila, se expresa así:

«De estos maquinantes mismos (los patriotas de La Paz) se componía la mayor parte de la tertulia del Sr. Dávila, a quien llegaban repetidos chismes, calumniando sin miramientos a los más honrados vecinos, y haciéndole entender, que estos hacian juntas para colocar en el

(1). Ordóñez López y Crespo. Historia de Bolivia.

mando al Sr. Prada; y aunque nada de esto sucedía, esto era lo único que zelaba el Sr. Dávila.

«Los hombres de reflexión y madurez, que son los únicos amadores de la tranquilidad pública, la veian trastornada en vista de cuanto oian y presenciaban, y ya se hacia perceptible a sus oidos la estrepitosa guerra de un pueblo amotinado.

«Los acontecimientos de Chuquisaca de la noche del 26 (1) de Mayo, los miraban como modelo de lo que debía suceder en esta; veian inmediatamente la llama y el viento espeso y caldeado de la atmósfera incendiada les embarazaba la respiración: solo al Jefe nada le alteraba, nada se le podía decir, porque despreciándolo todo, nada resolvía.

«Acéfalo el pueblo de este modo, en nada encontraban los tramantes oposición para su intento; seguian con empeño en sus juntas, y se fermentaron con la llegada del Emisario Dr. D. Mariano Michel, mandado por la Audiencia de Chuquisaca con una Real Provisión para prender a varios que se habian escapado en la noche del 26.

«Fácilmente se deja ver que aquella Audiencia lo mandó para que encendiera en este pueblo el fuego en que él ardía.....

«El Emisario desempeñó bien su encargo: desde el 8 de Junio en que se presentó aquí no cesó de visitar a los de las juntas y asistir en ellas, para instruirlos en lo que debían hacer......

«Poco menos de un mes se detuvo aquí, cuando por la comisión que mostró no debía habérsele tolerado más de un minuto. Días antes de su salida aparecen puestos pasquines en los puentes de S. Sebastian y S. Francisco con horcas figuradas, haciendo ver que serian puestas en ellas las autoridades por traidoras y adictas a la *Carlota*».

Esta fué la trama de la revolución en La Paz como en Chuquisaca; los rumores insidiosos de que allí el gobernador Dávila y el obispo La Santa, como aquí el presidente Pizarro y el arzobispo Moxó iban a entregar estos dominios a la princesa Carlota.

Expresa Pedro Domingo Murillo en su declaración indagatoria (2) lo que sigue:

(1). Se refiere a la noche del 25 de Mayo.

[2]. Corre en el expediente original organizado con motivo de los acontecimientos del 16 de Julio de 1809 en la ciudad de La Paz, y existente en el Archivo Nacional de Buenos Aires. Copia de la Sociedad Geográfica Sucre.

«En lo que respecta a la primera sublevación (la del 16 de julio) sabe que su origen dimanó del abogado Michel enviado en calidad de comisionado por el tribunal de la real audiencia de Charcas, por el mes de junio del presente año a tratar con los principales de esta ciudad y acordar que reunidas ambas provincias sostuviesen los derechos de don Fernando VII en razón de que estos vastos dominios debian entregarse a la dominación portuguesa».—«Que en el momento que se presentó el doctor Michel se asoció con los eclesiásticos Patiño, Mercado, doctor Aliaga, cura de Guarina y con los seculares don Juan Bautista Saavedra Sagárnaga, el abogado Estrada, y el ex-capitán Ramón Arias, y acordaron sostener con tenacidad el proyecto anteriormente propuesto deponiendo las legitimas autoridades del Iltmo. Sr. Obispo de esta diócesis, y teniente asesor doctor don Tadeo Dávila, juramentándose al efecto los referidos individuos con otros muchos a quienes debian seducir, para lo que formaban sus complots en la casa de doña Maria Josefa Pacheco en la que vive don Pedro Cosío y en la misma que se hospedó el abogado comisionado Michel, por las conexiones de parentezco que éste tenía con Pedro Herrera, cajero y confidente de dicho Cosío; y por lo que respecta al declarante no tuvo otra intervención que la de haberle dado noticia de todo el plan al referido Estrada; pues aunque en años anteriores se formó expediente de verdadera sublevación por denuncia interpuesta en este gobierno por Francisco Monterión en que manifestaba el proyecto de ella a causa de que nuestra amada metrópoli se habia reducido a república, y en cuyo expediente intervinieron Carlos Torres, Romualdo Herrera, Tomás Palma, el declarante, don José Ramón de Loayza, doctor don José Landavere, doctor don José Marquez de la Plata, y el abogado Esquivel y Foronda, se absolvió al declarante, y continuándose la causa contra los otros tres primeros se condenó a Palma a destierro, quedando suspensa la de Torres y Romualdo Herrera por la fuga que practicaron, expresándose asì mismo no haberse hecho mención alguna de los demás comprendidos en el referido expediente, sin duda por motivos de una verdadera palinodia de los mismos autores».

Hay en esta declaración dos puntos esenciales: 1º. el promotor de la revolución del 16 de julio fué el enviado de la audiencia de Charcas; y 2º. hubo años antes en la ciudad de La Paz un formal proyecto de sublevación.

En los antecedentes de la revolución del 16 de julio, como en la relación de los hechos, hay conformidad en las declaraciones de Juan Bautista Sagárnaga, Buenaventura Bueno y Gregorio Garcia Lanza.

La ciudad estaba alarmada, porque se decía que los europeos se armaban, al mismo tiempo que corría el rumor popular de que el obispo tenía correspondencia con la princesa del Brasil, y que el gobernador Dávila conferenciaba y se ponía de acuerdo con el obispo para la entrega de estos dominios y reconocimiento de aquella señora por soberana. Lo ratificó, así el abogado Michel, enviado de la audiencia de Chuquisaca, quien dijo que el presidente Pizarro estaba convencido de la entrega que querian hacer de este reino a potencia extranjera, y que su venida habia sido con el objeto de saber si realmente el obispo y el gobernador Dávila estaban comprometidos con el ya destituido presidente Pizarro, y que había ya averiguado que es positivo y evidente que tenian liga para este efecto.

Michel y su hermano el presbitero Mercado, inspiraron la idea de un levantamiento de La Paz, como había tenido ya lugar en Chuquisaca, asegurando que el tribunal de la audiencia aprobaria todo. La sensación que causó la influencia de Michel y Mercado, de que en efecto se verificaría la entrega de este reino a potencia extranjera, puesto que la audiencia habia autorizado la destitución del presidente Pizarro fué motivo para que se reunieran los primeros conjurados, Murillo, Sagárnaga, Catacora, Aliaga cura de Guarina, los dos Lanzas, Gregorio y Victorio, Mercado, y otros, y propusieron deponer al gobernador y someter a juicio al obispo.

Michel promovió cinco reuniones secretas, aumentando en cada una de ellas el número de los conspiradores y el ardor revolucionario, hasta que en la última celebrada en la casa del presbítero don Sebastián Figueroa, acordaron decisivamente apoderarse de la fuerza militar, dando principio a la sublevación en la tarde del 16 de julio, aprovechando de que sería licenciada la tropa después de la procesión de Nuestra Señora del Carmen.

Relación de los sucesos de la noche del 16 de julio en la ciudad de La Paz y en los días siguientes.—Como queda dicho, después de la procesión del Carmen, fué licenciada la tropa veterana, aunque después se dijo que la mayor parte de ella

estaba ya ganada por los sublevados, y solo quedaron los números precisos para cubrir la guardia. Desde las seis de la tarde se aproximaron al cuartel Pedro Murillo, el garitero Jiménez, (alias el *Pichitanca*), el truquero Mariano Graneros (alias el *Challatejeta*), que encabezaban a varios otros acompañantes, que entretenian a los soldados convidándolos a beber a los *boliches* inmediatos y dando repetidos vivas a Fernando VII.

Mientras tanto, otro grupo se había dirigido a la casa de Indaburo a tomar las armas que se tenían allí preparadas. A la vez que otros se apoderaron de la torre de la catedral para tocar entredicho a fin de reunir al populacho en la plaza.

Al toque preciso de las siete, se lanzaron todos sobre el cuartel, abrazando por detrás al centinela. Internados en el patio, unos principiaron con el fuego de artillería y otros arrastraron los cañones a la plaza, que estaba ya llena de plebe, y todos gritaban: ¡Viva Fernando VII! ¡Mueran los chapetones!

No hubo ninguna resistencia, y no obstante resultaron seis heridos de una y otra parte, y el cronista español dice que la mortandad fué de alguna consideración, por el desorden en que los mismos revolucionarios se mataban unos a otros, pero que se ocultaron a los muertos, presentando solo el cadáver del bordador Cordero, que habiendo ganado el primero los balcones del cuartel, al anunciar a sus compañeros que habian triunfado, creyéndolo éstos de los veteranos, le dieron un tiro y lo mataron.

En medio del tumulto, el gobernador Dávila llegó al cuartel, donde lo detuvieron y pusieron guardia. El obispo se presentó en la plaza, a exortar con mucha ternura al pueblo, del que nada consiguió, y se retiró a ruego de algunos hombres prudentes. Poco después fué llevado el gobernador al palacio del obispo, donde se mantuvieron esperando el resultado del pueblo, que continuaba en su gritería de ¡Viva Fernando VII! ¡muera el mal gobierno! ¡mueran los traidores! ¡abajo los chapetones!

El pueblo pidió cabildo abierto, el que se juntó como a las ocho, y la plebe enseñada propuso por representantes del pueblo a los doctores Lanza, Sagárnaga y Catacora, los que fuaron admitidos por aclamación.

Indaburo y Murillo despacharon por las calles piquetes de soldados, para que ordenaran la iluminación de la ciudad. Acto seguido recorrió Indaburo las principales

calles, seguido de una multitud que lo vitoreaba al mismo tiempo que a Fernando VII.

El retrato de este aclamado monarca habia sido colocado en uno de los pilares del cabildo, y delante de él el pueblo pedia a gritos cuanto se le ocurría. Pide que el gobernador Dávila deje el mando, y el cabildo lo hace notificar en el acto; el gobernador se conformó e hizo su dimisión. Pide el cabildo que los oficiales reales sean depuestos y entreguen las llaves del tesoro; que se cambie al administrador de correos; que el capitán de la sala de armas entregue las llaves; que se quiten las alcabalas; que sean destituidos los subdelegados y nombrados otros en su lugar; que se quite el administrador de tabacos. A todo contestaba el cabildo llanamente: *concedido*. Pide el pueblo enloquecido, que el obispo La Santa haga su renuncia, y el cabildo manda a intimar al prelado con la petición del pueblo, dándole una hora de término. El venerable prelado firmó su renuncia y la pasó al cabildo.

Cansados los cabildantes, a las dos de la mañana pidieron que se les permitiera retirarse hasta el dia siguiente, quedando ya Murillo de comandante militar por determinación del pueblo y aprobación del cabildo, contra la voluntad de Indaburo, que fué nombrado segundo jefe militar. En estos nombramientos el cabildo consultò sin duda la inmensa popularidad del primero y los peligros de dar el mando de las armas a un hombre tan dominador e impetuoso como Indaburo.

A las nueve de la mañana del día 17 se publicó bando haciendo saber al pueblo lo acordado y concedido de cuanto en la noche anterior habia pedido al cabildo. Por la tarde fueron citados a la plaza todos los españoles europeos residentes en la ciudad, exigiéndoseles por una comisión compuesta de los ciudadanos Gregorio Lanza y Juan Bautista Sagárnaga, el solemne juramento de hacer perpetua alianza con los americanos, no intentar cosa alguna contra ellos y defender la religión y la patria.

Desde el principio, el cabildo que estaba presidido por el coronel don Diego Quint, tomó la denominación de Junta Gobernadora, y con los tres representantes del pueblo ofrecieron que en breve se daría un nuevo plan de gobierno que se estaba trabajando; que sería muy del agrado y en beneficio de todo el pueblo.

El día 20 se quemaron en la plaza los papeles de

deudas a la real hacienda, exceptuando las de diezmos, tributos y cascarilla.

El 21, ante todas las tropas veteranas y milicias con sus banderas, y en presencia de la Junta de Gobierno, don Pedro Domingo Murillo se hizo reconocer en nombre de Fernando VII por coronel comandante de ellas y de toda la provincia. Recien el día 24, con el mismo ceremonial, se hizo reconocer a don Juan Pedro Indaburo por teniente coronel, y a don Juan Bautista Sagárnaga por sargento mayor de la plaza.

El mismo día se organizó la nueva junta encargada del gobierno, con el nombre de *junta tuitiva*, compuesta, con los que se incorporaron después, de este personal:

Presidente, el coronel comandante Pedro Domingo Murillo. Vocales: Dr. D. Melchor León de la Barra (cura de Caquiaviri) Dr. D. José Antonio de Medina, (cura de Sicasica). El presbítero Dr. Juan Manuel Mercado, Dr. D. Gregorio García Lanza, (auditor de guerra) Dr. D. Juan Basilio Catacora. Dr. D. Juan de la Cruz Monje, (asesor) D. Francisco Xavier Iturri Patiño, (sochantre de la catedral). D. Sebastián Arrieta, (tesorero de la real hacienda) Dr. D. Antonio Avila. D. Francisco Diego de Palacios, D. José María Santos Rubio. D. Buenaventura Bueno, Sebastián Aparicio, secretario, Juan Manuel Cáceres, escribano.

La célebre proclama de la junta tuitiva.—El gran documento político que carecterizó la revolución del 16 de julio, porque importaba un reto a la monarquía española, que fué en realidad una franca y abierta declaratoria de guerra por la independencia, fué la célebre proclama de la *junta tuitiva*, fechada el 27 de julio, y cuyo texto es el siguiente:

«Hasta aquí hemos tolerado una especie de destierro en el seno mismo de nuestra patria: hemos visto con indiferencia por más de tres siglos sometida nuestra primitiva libertad al despotismo y tiranía de un usurpador injusto, que degradándonos de la especie humana, nos ha reputado por salvajes y mirado como esclavos: hemos guardado un silencio bastante parecido a la estupidez que se nos atribuye por el inculto español, sufriendo con tranquilidad que el mérito de los americanos haya sido un presagio cierto de su humillación y ruina. Ya es tiempo, pues de sacudir yugo tan funesto a nuestra felicidad, como favorable al orgullo nacional del español. Ya es tiem-

po de organizar un sistema nuevo de gobierno, fundado en los intereses de nuestra patria, altamente deprimida por la bastarda política de Madrid. Ya es tiempo, en fin de levantar el estandarte de la libertad en estas desgraciadas colonias, adquiridas sin el menor título y conservadas con la mayor injusticia y tiranía.

«Valerosos habitantes de La Paz y de todo el imperio del Perú, revelad vuestros proyectos, para la ejecución, aprovechaos de las circunstancias en que estamos, no mireis con desdén la felicidad de nuestro suelo, ni perdáis jamás de vista la unión que debe reinar entre todos, para ser en adelante tan felices como desgraciados hasta el presente».

Esta proclama se dió firmada por los nueve individuos del gobierno y su escribano Aparicio.

Es el más hermoso documento de los tiempos heroicos: en palabra enérgica hasta la temeridad, planteó la revolución alto-peruana que repercutió en toda la América. Es el acto más importante del gobierno revolucionario de La Paz, es el grito que revela el odio al poder español y el amor ardiente por la independencia, conteniendo desde la primera hora el programa de la revolución hispano-americana.

¿Se concertó algún plan de ejecución? Nada se sabe. Hubo a lo menos proyectos largamente meditados, y a ello sin duda alguna se refiere la proclama cuando dice: «Revelad vuestros proyectos para la ejecución valerosos hijos de La Paz y de todo el imperio del Perú».

El autor de la proclama y de las diez proposiciones del nuevo plan de gobierno. —El más exaltado y enérgico miembro de la junta revolucionaria de La Paz era el presbítero doctor don José Antonio Medina, y autor sin duda alguna de la antedicha proclama de guerra a España por la independencia y de las diez proposiciones del nuevo plan de gobierno.

El presbítero Medina era tucumano, alumno de la universidad de Chuquisaca, citado por el doctor Mariano Moreno, en su *Colección de arengas*, como uno de los más exaltados tribunos de la Academia Carolina, y por Vicuña Mackena como profesor de Monteagudo. Cuando estalló la revolución del 16 de julio era cura de Sicasica.

El autor de las *Memorias históricas* ya citadas, refiriéndose a la proclama de la *junta tuitiva*, dice: «he procurado con sagacidad averiguar al autor, pero no lo he

podido conseguir». Historiadores paceños, (1) sin comprobación ninguna, dicen que fué redactada por don Gregorio García Lanza.

En la declaración de Pedro Domingo Murillo, se lee lo que sigue: «se reunieron en la casa que ocupó el señor oidor Medina, el doctor Catacora, don Buenaventura Bueno y el doctor don Gregorio Lanza, quienes después de haber examinado prolijamente el nuevo plan compuesto de 9 o 10 capítulos *formado por el cura de Sicasica Medina*, resolvieron presentarle al cabildo para que ciegamente lo adoptase como se verificó el 21 del mismo julio....»

Absolviendo otra pregunta, dice el mismo Murillo: «Que como el proyecto de todos los enunciados subversores hubiese sido el de que sus inmorales principios y detestables sentimientos se propagasen por todo el reino, y señaladamente en las provincias de Cuzco, Arequipa, Puno y Cochabamba, se nombraron por la referida junta tuitiva, cuatro individuos, que en calidad de comisionados se debían trasladar inmediatamente a las referidas capitales, con proclamas, papeles sediciosos, y plan de nuevo gobierno, *dictado todo por el cura de Sicasica Medina* para poner en agitación los principales sujetos de ellas, y respectivos cabildos a fin de que por medio de los respectivos oficios accediesen a tan inicuo proyecto y se sometiesen en un todo a disposición de esta junta nombrada tuitiva, y proceder de acuerdo con el tribunal de Charcas, en los términos que había manifestado su comisionado Michel....»

Sigamos con lo que informan los corifeos de la revolución. Don Juan Bautista Sagárnaga, «natural de La Paz, abogado de la real audiencia de Charcas», dice en su declaración: «Que aunque jamás se impuso de todos los capítulos que abrazaba la nueva constitución por la violencia y atropellamiento con que al cabildo se le hizo aprobar, así por los representantes como por el cura de Sicasica Medina, que su influencia y persuasiva todo lo atropellaba con insultos y desenfreno, sabe no obstante el declarante, que uno de los artículos del plan se reducía a nombrar comisionados a todas las provincias. Que en efecto pasó a la de Cochabamba el presbítero Patiño, habiendo sido recibido con honor extraordinario, conduciéndolo en seguida de orden del digno gobernador y en calidad de arrestado ante el excelentísimo señor virrey de

(1). Manuel Ordóñez López y Luis S. Crespo.

Buenos Aires; y aunque Catacora, nombrado para Puno, el cura Medina para la ciudad de La Plata, don Joaquin de la Riva para la del Cuzco, don Santos Rubio para la de Arequipa, no se trasladaron a sus respectivos destinos reselosos de experimentar igual suerte que la de Patiño, le consta al declarante que la verdadera idea de esta comisión estaba reducida a hacer ver a todas las provincias que la de La Paz se habia manejado en su conmoción por un efecto de amor y vasallaje a su soberano, siguiendo las huellas de los de Charcas, y que la imitación de ambas, debian adoptar todos el mismo sistema, a cuyo fin, y a mayor abundamiento se despachaban en todos los correos multitud de proclamas y manifiestos a todos los cabildos, y particulares de esta América; *distinguiéndose el cura de Sicasica Medina* que en concepto del declarante, *como autor de todos ellos*, propendia con el cabildo y sus representantes a que se propagasen tan destestables proyectos.....»

Sigamos ahora la declaración de don Buenaventura Bueno, vocal de la junta tuitiva, «era natural de Arequipa, vecino de La Paz», y dice que: «No tuvo intervención alguna en los primeros conciliábulos o reuniones que anticipadamente se formaron en varias casas de esta ciudad, para acordar y resolver los movimientos de insurrección, tan públicos como notorios en esta América; oyó repetidas veces decir a Murillo, al cura de Sicasica Medina, a Mercado, Catacora, Patiño, Gregorio Lanza que esta población debia formar causa común para sostener a Fernando VII, siguiendo ciegamente las huellas de los de la ciudad de La Plata y Montevideo, a la sombra de haber querido así las autoridades secular y eclesiástica de aquéllas como las de ésta entregar estas vastas provincias a la dominación portuguesa, por medio de reservadas correspondencias con la serenísima señora princesa del Brasil; imputando los principales autores del desorden al señor intendente de Potosí don Francisco Paula Sanz, suponiéndole el principal órgano por donde se comunicaban las noticias......

«El dia 20 de julio pasó a la casa del cura Medina donde reunidos los anteriormente expresados, comenzaron a disputar sobre la provisión de empleos como ramo interesante que debia abrazar el plan, o la *nueva constitución*. Bueno, Catacora, Lanza y Medina acordaron dicha provisión corroborando lo que anticipadamente se habia hecho por Medina y Lanza, pero no produjo efecto por la variedad de opiniones. En esta circunstancia se mani-

festó por el cura Medina el nuevo plan con diez capítulos, que fué escrito de puño y letra de Bueno, que declara «se dejó alucinar con el cura de Sicasica Medina, que como *director de todo* procuraba con su persuasiva deslumbrar y hacer que todos adopten sus mismos principios......»

«No vió documento ni pieza justificativa de que las autoridades quisiesen entregar estas regiones a la princesa del Brasil, y como el cura de Sicasica le hubiese alucinado y persuadido a que accediese gustoso a incorporarse en la junta tuitiva ocupando el *distinguido* lugar de representante, creyó de buena fe no atentar en manera alguna a la soberanía, y únicamente se propuso apoyar los derechos de su soberano, apoyando su dictamen en una real provisión de la ciudad de La Plata, en que terminantemente manifestaba haber cumplido con sus deberes los vecinos de aquella ciudad, en haber evitado un golpe político, con arrestar al excelentísimo don Ramón García Pizarro, como de los que se decía más interesados en la repetida entrega; se alucinó en términos que de buena fe condescendía con el cura de Sicasica Medina, como *director del plan*, y *otros papeles* que se formaban, ocultando siempre las verdaderas intenciones que podían tener......

«El oráculo entre todos los individuos de la junta, fué constantemente el cura de Sicasica Medina, en quien reinaba un amor propio en términos de incomodarse cuando se reprochaban sus dictámenes; condescendían todos con sus producciones, estampando siempre las de mayor consideración, profiriendo que debían adoptarse las ideas de un Robespiere, y que él estaba impuesto cual ninguno en materias de tanta consideración, dejando al arbitrio de Lanza, Catacora, Juan de la Cruz Monje y Bueno, la dirección de los asuntos triviales, para consiguiente a ellos instauren al cabildo sus peticiones».

«Visitaba el declarante a Murillo e Indaburo con muchos cumplimientos y sin mezclarse en asuntos militares; como los de la Tuitiva estuviesen ya en mucha zozobra porque veian manifiesto el odio de las provincias, se fueron paulatinamente separando, ejerciendo los que habian quedado las meras funciones de reproductores, puesto que el *oráculo y autor de los papeles de consideración* don José Antonio Medina, estaba incorporado en el cabildo, donde influía constantemente a que se llevase adelante su nuevo plan, haciendo ver a los capitulares que ig-

noraban los cumplimientos de sus deberes; de forma que intimidados los demás individuos de la junta a vista de las insultantes expresiones de Medina y Mercado, tuvieron que adoptar el sistema de la condescendencia».

Oigamos ahora a don Gregorio García Lanza, que declaró el 30 de diciembre de 1809. «Natural de La Paz, graduado en ambos derechos», y entre otras cosas dice:

«En los días 19 y 20 de julio, les manifestó Medina a los tres representantes del pueblo el nuevo plan de gobierno, el que debía ser el timón de las operaciones de lo anteriormente acordado por los cuatro, para que en seguida fuese solemnemente aprobado por el cabildo, dando todo el lleno a los diez capítulos en él contenidos, reducidos a prohibir primeramente la extracción de caudales para la capital de Buenos Aires, deposición de subdelegados, despojo de armas a estos habitantes, nombrar comisionados para las provincias circunvecinas, a fin de que tuviesen entendido todo lo ocurrido en esta ciudad», etc. (1).

«Le consta que el cura de Sicasica, Medina, *era el que dictaba todas las proclamas* y papeles que convenian para el reino, insistiendo tenazmente en que todos los hechos de esta ciudad, habian sido los más triunfantes y gloriosos por un efecto de patriotismo y fidelidad al soberano contra quien algunas autoridades habian atentado, queriéndole despojar de estos sus vastos dominios para ponerlos a disposición de la serenísima señora princesa del Brasil, de forma que el expresado cura, se hizo tan odioso entre los mismos vocales de la junta, que no podían mirar con indiferencia sus descabellamientos, apoyados con su elocuencia y persuasiva en términos que a todos alucinaba».

A continuación agrega el declarante, don Gregorio García Lanza: «Que aunque el cabildo siempre condescendió con las peticiones de la junta, se advertía una cierta indiferencia, así en orden al plan como con respecto a algunas solicitudes; pero como el cura de Sicasica Medina fuese el oráculo y el *principal autor de todos los papeles de consideración* apelaban todos sus compañeros al efugio del silencio, porque de lo contrario los insultaba el mismo Medina, haciéndoles entender con su elocuencia y per-

[1] Las diez proposiciones del nuevo plan de gobierno se imprimieron por vez primera en Buenos Aires. 1897. Imp. de M. Biedma e hijo, con el título de *La Revolución de La Paz* en 1809. *Documentos Históricos*.

suasiva que él era idoneo para el desempeño de los grandes e interesantes asuntos en que se había mezclado, practicando igual operación con el mismo cabildo en términos ultrajantes y disponiendo que todas las providencias se dictasen a medida de su capricho».

Por los testimonios que dejamos copiados, no queda duda de que el autor de la célebre proclama de la junta tuitiva fué el cura de Sicasica, doctor José Antonio Medina. Para las tres últimas declaraciones, de Sagárnaga, Bueno y Lanza, nos hemos servido del extracto del señor Carlos Bravo, que lo tomó de la copia que hizo sacar la legación de Bolivia en Buenos Aires, en 1895, del expediente original que existe en el Archivo Nacional de aquella ciudad, y que está publicado en los *Documentos inéditos* de René Moreno.

Al fin de su trabajo, el paceño señor Bravo, consignó la siguiente «Nota—Concluí este extracto en Sucre el día 22 de julio del 98, h. 3 y 30 a. m., el resto no pude lograr porque los *verdaderos paceños* (1) me lo quitaron, y no permitieron que haga un estudio de este expediente en que se prueba que el 16 de julio fué consecuencia del 25 de mayo. Es decir que en esta última fecha se dió el primer grito de independencia y no en aquella. ¡Cómo se despintan las ilusiones! (Firmado) C. Bravo».

Confirma las declaraciones que hemos copiado el oficio que dirigió de La Paz, el 20 de diciembre de 1809, don José Manuel de Goyeneche, al general don Vicente Nieto, presidente de la real audiencia de La Plata, que dice así:

«Los autores de la conmoción de ésta fundan el origen de ella en el mal ejemplo que dió el Tribunal de Charcas, según aparece de las declaraciones de los principales reos y hablando a V. S. con la verdad y justicia que adopto, diré que esos oidores aprovecharon la semilla que años hace ha cundido aquí, delegando a Michel para que sordinamente inquietase los ánimos preparados muy de antemano a una revolución originada del abandono del gobierno, del orgullo territorial de éstos y de la ninguna subordinación y falta de respeto que tenían a sus jefes............

«No son para mi deliberación de menor influjo los consejos y órdenes de V. S. sobre la futura suerte del venenoso hipócrita y alto reo de estado José Medina cura

(1). Estas dos palabras en versalita están así en el original.

de Sicasica. Este es *autor de cuantas proclamas de sedición se han esparcido por la América*; formó los diez capítulos de la constitución de la Junta según él mismo declara en las que se le han tomado, y hasta la última hora siguió la revolución siendo cogido en su fuga a los salvajes con los decapitados Lanza y Castro después de la derrota de Irupana».

El enviado Galvez a Chuquisaca, y la real provisión de la audiencia aprobando los sucesos del 16 de julio.— Ya queda dicho que en los últimos días del mes de julio fué despachado de la ciudad de La Paz a Chuquisaca don Julián Galvez, con oficios del cabildo, y *un manifiesto dictado por el cura Medina* dirigido al tribunal de la real audiencia, a fin de que se impusiera de lo sucedido el 16 de julio y los días siguientes. El cura Medina y el doctor Mercado habian recomendado eficazmente al enviado de La Paz al abogado Michel, para que este le prestase toda clase de auxilios y lo introdujese en la primera sociedad de la capital letrada.

En efecto, Galvez fué muy bien recibido en Chuquisaca y obtuvo toda la aceptación de los señores ministros de la real audiencia, con quienes habló prolijamente, consiguiendo la aprobación del movimiento revolucionario del 16 de julio, y señaladamente, el fiscal del regio tribunal «le aseguró estar poniendo en la vista, contestación a los partes del cabildo, varios rasgos, en obsequio a la ciudad de La Paz».

Esta noticia de que Galvez habia sido recibido en Charcas, con aceptación y aplauso, complació y regocijó grandemente a Indaburo, Medina y Mercado, «a vista de que un regio tribunal en quien el soberano tiene depositada su confianza, había aprobado, satisfactoriamente, todo lo acaecido en la ciudad de La Paz; por cuyas recomendables consideraciones, y animados nuevamente propagaron tan plausibles noticias, y resolvieron acalorar la fundición de cañones, de acopiar todos los útiles de guerra que fuesen susceptibles para fortificarse, y oponerse tenazmente a todos los que quisiesen invadir esta ciudad y sus partidos» (1).

La provisión de la real audiencia no solo aprobaba los acontecimientos del 16 de julio y los actos posterio

[1]. Declaración de Murillo.

res de aquella revolución, sino que ordenaba también que el intendente de Potosi no tomase ninguna disposición militar contra La Paz.

En la tarde del 18 de agosto llegó Galvez a La Paz, después de haber llenado su comisión en Chuquisaca, cuando por su demora se creia que podía haber corrido la misma suerte que Patiño en Cochabamba. Su llegada dió lugar a un repique general de campanas, y se decretó la iluminación de la ciudad por tres noches. Nada entusiasmó tanto como la orden de la real audiencia al intendente Paula Sanz, para que no levantara armas contra La Paz.

Al día siguiente se celebró una misa de gracias en la catedral, la real provisión fué leida en la plaza a las tropas por el sargento mayor Sagárnaga, y el teniente coronel Indaburo arrojó plata al pueblo en señal de regocijo.

Cuando días después llegaron noticias de que el Cuzco y Arequipa mandaban tropas sobre La Paz, el cabildo de esta ciudad despachó extraordinarios a ambas partes, con la copia de la provisión de Chuquisaca, que la consideraba como un escudo.

Al mismo tiempo, la revolución de La Paz reanimó el espíritu de los oidores y doctores de Chuquisaca, que veian tan valientemente secundada su iniciativa del 25 de Mayo. El oidor de esta real audiencia, don José Félix de Campoblanco, dice así:

«Rebélase en seguida La Paz y su provincia instalando gobierno popular con el título de Junta Tuitiva; ocurren a Charcas por su confirmación, y se reconoce y aprueba por los oidores y cabildo con demostraciones de su verdadera intriga y deslealtad. Inmediatamente pasan a Charcas dos regidores intrusos en calidad de enviados del nuevo gobierno revolucionario para combinar sus operaciones y maquinaciones; son recibidos por el pueblo y oidores con distinción y aprecio, y desde entonces con el mayor descaro se publican especies de independencia, y cuanto después hemos visto. Al momento decretan y dividen la comandancia de armas de esta ciudad en dos bandos intempestivos pero conformes, y se arenga en pública plaza por un comandante intruso dándose a conocer por representante del americano, sin perjuicio del legítimo que le toleraban a nombre del europeo, por que no sostuvo al jefe en la revolución y deposición. Auméntase el número de plazas, se recogen armas del disrrito,

provee la audiencia oficiales y empleos en los más decididos por ellos, y se atropellan medidas y preparativos de guerra, aun sin declarado enemigo, pues el potosino que se mantuvo firme sin subordinarse nunca podia resolverse a las armas por consideraciones y dificultades que eran notorias».

Concierto de los virreyes—El principal encargo que la junta de Sevilla hizo a los virreyes estaba reducido a que la América corriese la suerte de la Península como en la guerra de sucesión: con este fin les previno no consentir gobierno alguno popular, destruyendo los que se formasen. Las provincias de España podían establecer juntas de gobierno, y tomar providencias de seguridad no solo en su comarca, sino también en la América toda; así que estas mismas juntas y en esa misma época mandaron a Buenos Aires a los generales don Bartolomé Hidalgo de Cisneros y don Vicente Nieto, el primero para relevar al virrey Liniers y el segundo al gobernador Elio. A mérito de sus instrucciones se dispusieron los virreyes a obrar de concierto.

Ya sabemos que el gobernador de Potosí don Francisco de Paula Sanz, se declaró en contra de la audiencia de Charcas y de la Junta Tuitiva de La Paz, amenazando a ambas y sin atreverse a atacarlas con las armas. Se dirigió al virrey de Lima don José Fernández de Abascal, más tarde marqués de la Concordia, dándole cuenta de todo lo ocurrido, y llamando sobre ello su más seria consideración.

Temeroso el virrey de Lima de que el fuego revolucionario, que ya tocaba sus fronteras, se propagase a las provincias de Puno, Arequipa y Cuzco, se resolvió a sofocar la rebelión y apoderarse a mano armada del Alto-Perú.

Al efecto nombró al presidente del Cuzco don José Manuel Goyeneche, general en jefe del ejército expedicionario, ordenando al coronel don Juan Ramírez, gobernador de Puno, se pusiese a sus órdenes con las tropas de su mando, disponiendo otro tanto respecto de las de Arequipa. Goyeneche, cuyo carácter ambicioso hemos hecho antes conocer, se apresuró a aceptar la comisión que se le confiaba, y se puso inmediatamente en marcha para el Desaguadero, linea divisoria de ambos virreinatos.

Mientras así se veia amenazado el Norte del Alto-Perú por el virrey de Lima que pasaba los límites de su

jurisdicción para combatir la revolución emancipadora, por el Sud, el virrey de Buenos Aires, mandó al general don Vicente Nieto a sofocar el pronunciamiento de Chuquisaca, dándole el título de gobernador de la provincia y de presidente de la real audiencia.

Ya hemos visto, que esperando las fuerzas y al nuevo presidente de la aundiencia constituido por el virrey, el gobernador intendente de Potosí, mantenía como en jaque al gobierno revolucionario de Chuquisaca, declarándose en contra de los acontecimientos de esta ciudad, amenazándola con la guerra y obligándola a ponerse en armas, levantar tropas y fuertes consultando la defensa del pueblo.

A no ser las amenazas de Paula Sanz, la audiencia gobernadora, que aprobó los acontecimientos del 16 de julio, habrìa acudido en defensa de La Paz; y a no ser el desenlace sangriento de la revolución de aquella ciudad, que aterró a los oidores, el presidente Nieto, enviado por el virrey de Buenos Aires, habria sido rechazado por las armas, y no habría entrado a Chuquisaca.

Trabajos reaccionarios y defección de Indaburo.—Las tropas que Goyeneche traia para combatir la insurrección de La Paz subian a 5,000 hombres, bien armados y municionados, en tanto que los revolucionarios solo contaban 800 malos fusiles y 11 piezas de artillería en no muy buen estado.

Cuando la vanguardia de Goyeneche, a las órdenes del coronel Piérola, llegó al punto del Desaguadero, ya éste estaba ocupado por una pequeña fuerza de los revolucionarios de La Paz, que, inespertos y mal armados, no pudieron resistir a la artillería enemiga, y se replegaron sobre La Paz, abandonando el punto a los invasores.

Hasta mediados de octubre se ocupó Goyeneche en disciplinar su ejército, estableciendo su campamento general en Zepita, de donde se movió recién el día 13 del mismo, con dirección a La Paz.

El nuevo gobierno de La Paz aspiraba ciertamente a la libertad. Difundió con arrojo máximas que se dirigían a inculcar esta idea en el pueblo, cuando yacía sumergido en un estúpido letargo de esclavitud y de ignorancia: no pudo por lo tanto remover los obstáculos que opone siempre el fanatismo, ayudado de los intereses personales, y tuvo desde el principio muchos y poderosos enemigos.

Don Francisco Maruri, subdelegado de Larecaja, puesto por la junta, facilitó a Goyeneche clandestinas comunicaciones con los descontentos de la ciudad, y aparentando servir al nuevo gobierno, proporcionaba al enemigo bagajes y víveres a costa de la provincia.

El general peruano, so pretexto de hacer intimaciones a la junta, para que restituyera las cosas a su antiguo estado, enviaba frecuentemente emisarios a la ciudad de La Paz; pero su verdadero objeto era organizar y fomentar la contra revolución.

Una tentativa de esta clase encabezada por don Francisco Sancristóbal y otros europeos se frustró el 25 de septiembre, de cuyas resultas se procedió a la prisión de algunos de ellos.

El día 30, a consecuencia de la llegada del emisario don Miguel Carazas, se disolvió la junta tuitiva, quedando Murillo con el mando político y militar. Se disolvió también un escuadrón de húsares y se licenció a los que quisieron retirarse del servicio. Aprovechando esta coyuntura se hizo en la noche del 12 de octubre otra intentona, que también salió fallida, ocasionando la prisión de todos los comprometidos en ella.

Se hallaba ya en el territorio de la provincia el ejército peruano, y el jefe Murillo, por evitar la seducción de sus tropas, las sacó el día 15 al Alto, y las acampó en el lugar llamado Chacaltaya, a donde llevó la artillería y todos los útiles, menos una compañía que dejó de guarnición en la ciudad. Se apoderó de ella Indaburo, y poniéndose a la cabeza de la oposición, aprehendió en la noche del 18 de octubre al cura Medina, a don Tomás Orrienta; a don Pedro Rodríguez, don Francisco Iriarte, don Isidro Zegarra, don Manuel Cosio y don Melchor Jiménez, a quienes custodió en el cuartel situado en la plaza mayor.

Amaneció el día 19 con tres horcas colocadas en dicha plaza, mucha gente armada en ella, gran diana con música y repique de campanas. Se llamó a los padres de San Francisco al cuartel, para que confesasen a los presos, y el primero a quien se colgó de una horca fué don Pedro Rodríguez.

Estando en esta operación vióse bajar del Alto las tropas que desde la noche anterior habian sido avisadas y tenian conocimiento de la defección de Indaburo. Este, suspendió las ejecuciones, se ocupó de hacer cerrar la plaza con trincheras a toda prisa.

Llegaron las tropas de Murillo a la ciudad, batieron las trincheras, forzaron una de ellas y dieron alcance a Indaburo, que cayó herido en la puerta del cuartel: allí a lanzadas y bayonetazos lo pusieron hecho una criba, y en seguida lo colgaron en la misma horca en que había estado Rodriguez. Por la tarde se retiró Murillo con sus tropas a su campamento del Alto, después que saquearon algunas casas y tiendas de los comerciantes europeos. Dejó la ciudad a discreción de la plebe, que siguió robando hasta que el provisor, doctor Mariaca, logró contenerla con patrullas de clérigos (1).

Dispersión de Chacaltaya y combate de Irupana.—Hallábase en Chacaltaya el ejército patriota, y en la mañana del 25 de octubre de 1809 se avistó con las tropas peruanas, Disparó el ejército paceño tres o cuatro tiros de cañón, a los que contestó el peruano con otros tantos, acertando a matar al comandante de esta arma don José Castro. Entónces se retiraron los paceños hacia el partido de Yungas, abandonando su artillería y más de 200 fusiles.

Entre las once de la mañana y tres de la tarde entró Goyeneche a la ciudad de La Paz, después de haber aprisionado a algunos de los jefes de la revolución, con la guarnición precisa y dejando el resto de su ejército en su campamento, hasta que se disponían los cuarteles necesarios.

«Goyeneche, a la cabeza de su división, entró a la ciudad pacífica y silenciosamente. Su entrada parecía un desfile fúnebre, antes que la marcha estruendosa de un vencedor. Al día siguiente, se presentó el grueso de sus tropas, mandadas por el coronel don Juan Ramírez» (2).

El patriota Iriarte, los hermanos Lanza y el presbítero Medina, cura de Sicasica, se retiraron a los valles de Yungas, esforzándose por insurreccionar a los indios. Goyeneche, apenas habia entrado a la ciudad de La Paz, hizo salir para Yungas al coronel don Domingo Tristán con una fuerte división.

Don Victoriano Lanza, Castro (de origen gallego), Bueno, Sagárnaga y otros caudillos, habian reorganizado sus fuerzas en Yungas, y el 11 de noviembre de 1809, en Irupana, atacaron valerosamente la división del coronel

[1] Urcullo. Apuntes para la Historia de la revolución del Alto Perú.

[2] Ordóñez López y Crespo, *Bosquejo* de la Historia de Bolivia.

Tristán, pero fueron vencidos después de reñido combate, cayendo prisioneros, entre ellos el cura Medina.

El español don Tomás Cotera, en sus «Memorias históricas de la revolución del 16 de julio», elogia el esfuerzo y pericia del coronel Tristán, que penetró a Yungas por caminos desconocidos, fragosos y angostos, dominados por eminencias, de las que con solo arrojar piedras los enemigos, corría la expedición realista el gravísimo riesgo de su derrota.

Había llegado Tristán con sus tropas a Irupana, antes que los patriotas, que se encaminaban al mismo punto. Estos se quedaron en una altura de la que dominaban al enemigo, con grande ventaja. Les presentó Tristán la batalla, y en el momento hizo una simulada retirada, que los patriotas creyeron derrota, y bajaron precipitadamente a ocupar el campo desamparado. Ganó posiciones Tristán, y con el vivo fuego de su artillería y fusilería causó tan grandes estragos en las tropas patriotas, que los caudillos se pusieron en fuga.

«Lanza y el gallego Castro se internaron a los montes, en cuyo alcance fueron los indios, quienes después de algunos días de seguirlos, los tomaron en el paso que llaman de las Juntas, les cortaron las cabezas que trajeron al pueblo de Coroico». Tristán mandó las dos cabezas a Goyeneche, quien mandó colocar la de Lanza en el pueblo de Coroico, y la de Castro en el pilar llamado de Lima, después de haberlas tenido colgadas en la horca por 24 horas.

Murillo, que después de la dispersión de Chacaltaya se habia retirado a las montañas de Songo, fué capturado allí y conducido a La Paz el 14 de noviembre (1).

La opinión más generalizada entre los historiadores, es que Murillo fué tomado prisionero en Chacaltaya.

Matanzas y destierros.—Después de terminada la causa criminal del fuero de guerra, que a continuación de la victoria completa de las armas realistas, que siguió Goyeneche en la ciudad de La Paz a los prisioneros que más se habían señalado en el movimiento popular del 16 de julio, principió el suplicio de los protomártires, y el 29 de enero de 1810, se ejecutó la sentencia con grande aparato militar, en la plaza principal, a las ocho de la mañana.

Murillo, el primer campeón, precedía a sus compa-

[1] Ordóñez López y Crespo, Bosquejo citado.

ñeros de martirio, en el desfile que hicieron desde el colegio Seminario hasta la plaza. Manifestando una grandeza de alma digna de los trascendentales destinos en cuyas aras era inmolado, subió al cadalzo y exclamó con arrogancia: «Compatriotas: yo muero, pero la téa que dejé encendida nadie la podrá apagar» (1).

Entre los sentenciados a horca, murieron el mismo día 29 de enero, a demás de Murillo, don Basilio Catacora, don Buenaventura Bueno, don Melchor Jiménez, don Mariano Graneros y don Juan Antonio Figueroa, español; éste fué degollado, porque se cortó la cuerda al colgarlo. En el mismo día se les dió garrote a don Apolinar Jaen, don Gregorio Lanza, y al subteniente don Juan Bautista Sagárnaga. El cura doctor José Antonio Medina fué destinado a perpetuo encierro en el presidio de Lima, de donde logró fugarse a Chile, al cabo de algún tiempo.

Por sentencia de 28 de febrero se destinaron a los presidios de la costa Patagónica, a los de Valdivia y demás, entre otros, al doctor José Manuel Aliaga, doctor Melchor León de la Barra, don Juan Manuel Mercado, doctor Juan de la Cruz Monje y Ortega, doctor Baltazar Alquiza, doctor Crispín Diez de Medina, don Manuel Huisi, don Tomás Orrantia, don Gavino Estrada, don Clemente Medina, don Eugenio Medina, don Juan Antonio Veamurguia, y don Gerónimo Calderón.

Hasta marzo de 1810 fueron sucesivamente condenados 86 individuos, unos a la horca, otros a garrote, y los más a presidio, confiscándose los bienes de todos.

La proclama de Goyeneche y su regreso al Cuzco.—El 28 de febrero habia publicado Goyeneche por bando la siguiente *proclama*:

«La Paz tranquila, subordinada y purgada de los desastres y sus autores, no necesita por más tiempo la presencia de un compatriota que cree haber llenado sus deberes en beneficio de los sagrados intereses del Rey y de la felicidad pública, cimentando el orden y su conservación: estos han sido mis deseos; y al retirarme a mi Capital del Cuzco, dejo con sentimiento un pueblo, cuya lealtad, noble carácter y particulares prendas he esclarecido dejando ileso su bien fundado crédito, para cuya conservación cedo todas las armas y artillería cogidas a los insurgentes en diferentes puntos, con porción considerable de municiones de las del Ejército, a fin que en lo

[1]. Ordóñez López y Crespo, Bosquejo.

sucesivo su custodia sea para sostener sus no marchitados timbres, bajo el auspicio de la buena conducta, de la respetuosa sumisión a las legítimas autoridades, y del verdadero amor a nuestro amado Rey el Sr. D. Fernando 7º.: estos son mis votos para este noble vecindario, cuya elevación, prosperidades y gloria será inseparable de mi corazón, y jamás dejaré de recordar, que La Paz y sus moradores han sido el objeto de mis desvelos. Cuartel General en La Paz a 28 de Febrero de 1810.—José Manuel de Goyeneche».

El día 7 de marzo salió Goyeneche para el Cuzco, dejando al coronel don Juan Ramírez de gobernador intendente de la provincia de La Paz, con 400 hombres de guarnición (1).

Así acabó ahogada en sangre, y víctima de funestas divisiones engendradas por la emulación, esta revolución gloriosa de la independencia americana.



[1]. Todos los que han narrado estos sucesos han incurrido en los más graves errores. García Camba, confunde con frecuencia los lugares y los personajes; y Torrente, aunque más correcto, no carece de inexactitudes.



CAPITULO CUARTO

1810 Destitución del virrey Liniers; es sustituido por Cisneros.—Prisiones que hizo Nieto en La Plata.—La revolución del 25 de mayo de 1810 en Buenos Aires: relación de los sucesos.—El presidente Nieto confina al Perú a los oidores y manda presos a Lima a varios patriotas.—El congreso promovido por Nieto resuelve la incorporación de estas provincias al virreinato del Perú.—Pronunciamiento de Cochabamba el 14 de septiembre.—Fuerzas de Cochabamba al mando de don Esteban Arce se apoderan de Oruro.—Captura y ejecución del virrey Liniers y la impresión que causó el sangriento suceso en Chuquisaca.—A incitativa de Nieto el cabildo se dirigió al jefe de la expedición de Buenos Aires expresándole que esta provincia estaba dispuesta a sostener su fidelidad al soberano.—Pronunciamiento de Santa Cruz.

Destitución del virrey Liniers; es sustituido por Cisneros.—La destitución de Liniers fué el resultado de los activos trabajos de la reacción española, concentrada en Montevideo bajo la protección de la junta disidente. Su principal director, el infatigable Alzaga, no había perdido momento en ponerse en comunicación con la Junta Central, despachando al efecto un emisario munido de una credencial en que decía: «Es ne-

cesario cambiar empleos en todo el reino; para que mude de aspecto y de semblante la justicia». El nombramiento de Cisneros en reemplazo de Liniers era, pues, un acto reaccionario con tendencia a decapitar al partido criollo, con el objeto de devolver a los españoles europeos su perdida influencia y hacer prevalecer los intereses de la metrópoli sobre los de la colonia, no obstante satisfacer en parte sus legítimas aspiraciones, reconociéndoles en general nuevos derechos, franquicias y garantías. A esto último respondía la concesión del comercio libre con los extranjeros, y la representación política de las colonias americanas en las cortes con las mismas prerrogativas de la metrópoli «como parte esencial de la monarquía habitadas por hombres libres» (1). A lo otro, respondia el empeño de desarmar los cuerpos criollos, o por lo menos refundirlos en la masa de la población europea, a fin de que perdiesen su carácter nativo que tenía ya la consistencia de un sentimiento nacional.

El nuevo virrey se acercó a Buenos Aires con todas las precauciones que habría empleado para reconocer una plaza enemiga. Liniers por su parte, en todo pensaba menos en resistir, y prefirió entregarse a discreción a sus enemigos. Entregó el mando de las armas al mariscal Nieto, como el representante del nuevo virrey, y preparóle así el camino que pudo haberle cerrado, resignándose a su desgracia con más aturdimiento que dignidad.

El 30 de junio de 1809 entró a Buenos Aires el virrey don Baltazar Hidalgo de Cisneros, y recibió allí la noticia de la revolución de Chuquisaca, del 25 de mayo. Fué su primer cuidado dominarla. Con tal objeto preparó una expedición armada, compuesta casi toda de patricios porteños (2) dándola por jefe al coronel don José Córdova, bajo las superiores órdenes del mariscal don Vicente Nieto, a quien destinó como queda dicho, por presidente de la real audiencia.

Prisiones que hizo Nieto en La Plata. —Después del sacudimiento que acababa de experimentar La Plata, vinieron las rencillas, odios y acusaciones consiguientes. Nieto guardaba la moderación que le había recomendado el virrey, hasta que llegó el correo de ·La

[1]. Manifiesto del Consejo de Regencia, de Febrero de 1910. V. Toreno «Revolución de España» t. II p. 234.

(2). Así se denominaban en el Alto-Perú a los naturales de Buenos Aires.

Paz correspondiente al 10 de febrero, en que Goyeneche le comunicaba seguramente las complicaciones y connivencias que descubrió en el juicio con que acababa de llevar al último suplicio a los principales autores de la revolución del 16 de julio.

Ya hemos dicho que de los oidores del 25 de mayo no quedaban más que dos, Ussoz y Ballesteros, y el fiscal López Andreu. Nieto redujo a prisión a los tres, juntamente con don Juan Antonio Fernández, don Joaquín Lemoine, capitán que custodiaba a Pizarro, Arenales, a quien ya conocemos, lo mismo que a los dos Zudáñez, don Marcos Miranda, a quien se le confiscaron sus bienes, como a todos los que después emigraron, al escribano don Angel Mariano Toro, a don Domingo Aníbarro, a don Angel Gutiérrez, a don José Sivilat, a don Bernardo Monteagudo y a don Antonio Amaya, que fueron los únicos que no pudieron evadirse. Es un deber el consignar en la historia los nombres de los que trabajaron por la independencia, mucho más cuando a varios de ellos los veremos figurar en grande escala. Se les sometió a proceso criminal, que acaso no llegó a terminarse.

Estas medidas que fueron aprobadas por el virrey, como las matanzas de La Paz, contribuyeron a hacer más odioso el nombre de Cisneros entre los americanos, a la vez que ponían de manifiesto la política parcial del gobierno peninsular, que castigaba con el destierro y el último suplicio en el Alto-Perú, el mismo hecho que había alentado y premiado en Montevideo, sólo porque unos eran americanos y otros eran españoles.

La revolución del 25 de mayo de 1810 en Buenos Aires: relación de los sucesos. —Nuevos sucesos vinieron luego a llamar más seriamente la atención de Nieto. La noticia de lo acaecido en Buenos Aires el 25 de mayo había llegado con gran rapidez, por el extraordinario que hicieron los patriotas desde Córdoba; el 17 de junio se sabía en Potosí, y sólo el 20 lo sabia Nieto por la comunicación que le había dirigido Paula Sanz.

Largo tiempo hacia que en la metrópoli del virreinato germinaban las ideas de la independencia; se había establecido una sociedad secreta de patriotas, que cultivaba relaciones con los patriotas de las demás ciudades. El partido español, cuya separación del elemento criollo se hacía cada día más marcada, creyó afianzado su dominio

con el nuevo virrey Cisneros, y parecía alejarse más el día en que debiera resplandecer la aurora de la libertad. Pero la previsión humana que sólo se extiende al curso ordinario, se ve fallida cuando nuevos sucesos vienen a dar rumbo diverso a la marcha de la sociedad. La situación rentística era apurada en Buenos Aires; el tesoro real tenìa un déficit considerable y crecían los gastos sin aumentarse los recursos. Cisneros pide un empréstito al comercio español, y no puede alcanzarlo; se ve entónces inclinado a aceptar las ideas de Belgrano, que desde mucho tiempo trabajaba por la libertad del comercio; el Cabildo y el Consulado se oponen abiertamente, pero los hacendados y agricultores apoyan la libertad, y obtienen el triunfo con el hábil y luminoso alegato que como apoderado de ellos hace el doctor Mariano Moreno. Abiertas las puertas de Buenos Aires al comercio extranjero, el resultado sobrepuja las esperanzas, pues en sólo el primer año, después de pagados todos los gastos, el tesoro puede disponer aun de doscientos mil pesos mensuales. Los comerciantes españoles, que tenían en sus manos el monopolio, creen heridos sus intereses, y se retiran del virrey, que pierde además todo el apoyo moral que le prestaba el partido español.

Como había sucedido antes con Liniers, Cisneros no encuentra más apoyo que el de los criollos, de que casi exclusivamente constan las tropas de resguardo. Son también los criollos los únicos que manejan el poderoso elemento de la prensa. Sobre todo esto, las ocurrencias de La Plata y de La Paz, forman allá eco y sacuden los ánimos profundamente; sobre todo esto vienen a juntarse las noticias de los últimos sucesos de la Península. El ejército invasor la tiene casi aplastada con su mano de hierro; la Suprema Junta central ha tenido que huir precipitadamente a la isla de León (1). En seguida se ha visto precisada a constituir una regencia y disolverse; lo que equivalía a reconocer su impotencia. Parecía pués desplomarse la secular monarquía, y arrastrar en su ruina al pueblo español; mientras que aquí surgía otro pueblo con plena conciencia de su fuerza y con la incontrastable fuerza de su derecho. No podía haber un momento más propicio para levantar el grito de la independencia,

[1]. Se llama así la lengua de tierra en que están sentadas Cádiz y San Fernando, la cual se divide de la Península por brazo de mar angosto y profundo.

a la que conducía la fuerza misma de las cosas; y era la aspiración de las cabezas pensadoras; sólo faltaba trasmitirla a la masa popular.

Recibida en Buenos Aires la noticia de la disolución de la Suprema Junta central, se consideró como caduca también la autoridad del virrey; los patriotas se colocaron en torno del ayuntamiento, única autoridad que no caducaba, y pidieron cabildo abierto para deliberar sobre su suerte. Sabedor de esto el virrey, quiso apoyarse en la fuerza, más los comandantes de ésta le declararon que no existiendo ya el gobierno que le dió autoridad, el pueblo queria asumir sus derechos y asegurar su suerte. A pesar de esto, el virrey aun no daba su consentimiento para la celebración del cabildo abierto, hasta que después de tres días de agitación, una diputación de los patriotas fué a requerirlo a nombre del pueblo y del ejército que habia cesado su autoridad de derecho, y que correspondía al pueblo reunido deliberar sobre su suerte. Cisneros, pasadas la sorpresa e irritación consiguientes, contestó que supuesto que el pueblo no le quería y el ejército le abandonaba, hiciesen lo que quisieran.

El cabildo, movido por un tumulto popular que pedía a gritos cabildo abierto, se dirigió luego al virrey, por escrito, pidiéndole permiso para celebrarlo. Otorgóle el virrey, previniendo que se evitasen tumultos, que no asistiesen sino los invitados por esquela. Hízose así, con la concurrencia de más de doscientas personas de las cuatrocientas cincuenta que habian sido invitadas. Aun que todos convenìan en que había terminado la autoridad del virrey, se dividian los pareceres respecto del gobierno que debía establecerse en sustitución. Querian unos que continuara el virrey con el mando, asociado de los principales miembros de la audiencia; otros, por el contrario, estaban por la cesación inmediata del mando del virrey, y por la creación de un gobierno propio, que según algunos sería organizado por el cabildo, y según otros por el voto popular. Estaban otros, conciliando ambos extremos, porque el cabildo reasumiese interinamente el mando supremo, hasta que se organizase un gobierno provisorio, dependiente siempre de la autoridad suprema de la Península.

Abierta la sesión en tal divergencia de opiniones, se principió por resolver si había caducado o nó el gobierno supremo de España; estuvieron por la afirmativa aun los realistas, para sacar luego de las leyes de la monarquía

argumentos contra toda innovación. Castelli había reasumido la forma política de la revolución, expresando que: «habiendo caducado el gobierno de España para con la América, habian cesado igualmente las autoridades que emanaban de aquel poder; y que al pueblo correspondía reasumir la soberanía del monarca, e instituir en representación suya un gobierno que vele por su seguridad».

Aunque menos explícitamente formulada, esta misma ha sido la idea aceptada por la revolución de La Plata y de La Paz. Se invocaba el nombre de Fernando VII y se echaban abajo las autoridades españolas. Conviene notar que la América no estaba subyugada a la España, sino al monarca español que tenía sobre la colonia un poder absoluto y personal. Esto decían las leyes de Indias (1) y esto mismo explanaban sus comentadores (2). Es así como vemos después combatir dos ejércitos llevando ambos el mismo estandarte real. No es pues exacto lo que han repetido algunos, dice monseñor Taborga, que la revolución de la independencia invocaba hipócritamente el nombre de Fernando VII. Después de esta digresión reanudemos la relación del cabildo abierto.

El fiscal de la audiencia, Villota, contestando a Castelli y colocándose en el mismo terreno, negó con mucha razón, que una simple minoría, una sola provincia tuviera facultad de estatuir lo que correspondía e interesaba a todas; y que así, aun admitiendo que la España se perdiese definitivamente, todas las provincias representadas por sus diputados reunidos en congreso, debian proveer a su gobierno y bienestar. Era este un polpe diestro para desarmar la revolución, que de ese modo quedaba sin títulos para dictar la ley a todo el virreinato.

Saltando al palenque el abogado Passo, alegó que Buenos Aires era como una hermana mayor que en el grave conflicto de familia asume la gestión de los negocios, que por lo mismo que son comunes son solidarios; sin que esto importe desconocer el derecho que tienen los demás a ser consultados y oidos oportunamente; y que sólo el voto de los diputados de las provincias, reunidos encongsreso, debía estatuir la forma definitiva de gobierno; má que para que esto pudiera hacerse legitimamente era indispensable que la elección fuese libre, lo cual no podia ser si se verificaba bajo la influencia de los que

(1). Leyes de Indias. Lib. II. tít. 1º ley 1ª
(2). Solórzano, Política Indiana, Lib. 1 cap. XI núm. 3

tenian empeño en contrariar tales propósitos; y que así como la situación era nueva, nuevos debieran ser los medios que se empleasen. Concluyó declarando que Buenos Aires hacia la convocatoria del congreso general, garantizando eficazmente la libertad de todos, y que en sus manos estaria más seguro que en ninguna otra el depósito de la autoridad y de los derecho comunes.

La discusiòn estaba agotada. Se pusieron a votación varias proposiciones y se llegó a aprobar la siguiente, cuya afirmativa expresaba la fórmula de la revolución que se iniciaba. «Si se ha de subrogar otra autoridad a la superior que obtiene el excelentísimo señor virrey, dependiente de la soberana, que se ejerza legítimamente a nombre del señor don Fernando VII, y ¿en quien?». Determinar esto último era lo difícil, en la divergencia de opiniones que había sobre el punto. Mas al fin el cabildo, oyendo los diversos pareceres, formuló e hizo vòtar la resoluciòn en los términos siguientes: «En la imposibilidad de conciliar la tranquilidad pública con la permanencia del virrey y régimen establecido, se faculta al cabildo para que constituya una junta del modo más conveniente a las ideas del pueblo y circunstancias actuales, en la que se depositará la autoridad hasta la reunión de las demás ciudades y villas».

Cuando se terminaba la votación aprobando esta fórmula, eran las doce de la noche del dia 22 de mayo:

En los dos días siguientes, el cabildo quiso retroceder de lo acordado, y creyéndose árbitro de la situación, pretendió que el virrey siguiera con el mando, en calidad de presidente de la junta, que debia constar de cuatro miembros más que llegó a disignar. Pero no conformándose el pueblo sobre todo con la designación del virrey, después de varias diligencias y agitaciones, que iban siempre en aumento, obligó a Cisneros a renunciar la investidura que le daba el cabildo; y el 25 obligó a éste a aceptar la nominación de los nueve individuos que le imponia el pueblo, y que debian componer la junta de gobierno; tales eran Cornelio Saavedra, el jefe más prestigìoso e influyente en el ejército, Castelli, Belgrano, Azcuénega, Alberti, Mateu, Larrea, Passo y Moreno. Al propio tiempo impuso el pueblo la precisa condición de que en el término de quince días se preparase una expedición de quinientos hombres para auxiliar a las provincias del interior, a fin de que eligieran libremente a sus diputados.

En seguida el cabildo, desde lo alto de sus balcones, propuso al pueblo las bases constitutivas del nuevo orden de cosas, que fueron discutidas y votadas como en las democracias antiguas, declarando que aquella era su voluntad.

Inmediatamente se instaló la junta gubernativa, prestando juramento de conservar fielmente su cargo y mantener la integridad del territorio bajo el cetro de Fernando VII, guardando las leyes del reino. No estaban sin embaago muy conformes con estas, las reglas antes formuladas por el cabildo, que en aquel acto se promulgaron como constitución y que establecian la división de poderes, la responsabilidad de los funcionarios públicos, la publicidad de las cuentas, la seguridad individual, el voto de las contribuciones por el municipio, y la inmediata convocatoria del congreso general, que en nombre del pueblo debía estatuir sobre todo y determinar definitivamente la forma de gobierno (1).

No podíamos prescindir de dar una idea siquiera sucinta de estos acontecimientos tan íntimamente ligados con nuestra historia y con la guerra de la independencia.

El presidente Nieto confina al Perú a los oidores y manda presos a Lima a varios patriotas.—Por el correo extraordinario que llegó a Chuquisaca el 20 de junio supo el presidente Nieto y antes el gobernador intendente de Potosí, Sanz, la destitución del virrey, y las medidas adoptadas por el nuevo gobierno. Sobrecogidos con la novedad y el riesgo, se pusieron a las órdenes del virrey del Perú; denigraron la conducta de Buenos Aires, a cuyos habitantes calificaron de insurgentes, y le pidieron auxilios de toda especie para hacerles la guerra. Se desarmó inmediatamente el cuerpo de patricios de Buenos Aires que hacia parte de las fuerzas de Nieto, y se diezmó la tropa mandando a los que les cupo este número al taabajo del socavón de las minas de Potosí. En la noche anterior los soldados habian brindado dentro de su cuartel por su antiguo jefe don Cornelio Saavedra, sabiendo que era el presidente de la junta de gobierno de Buenos Aires.

Además se apresuró el presidente Nieto a poner en

(1). Toda esta relación la hemos extractado de la «Historia de Belgrano y de la Independencia Argentina» por Bartolomé Mitre.

libertad a Fernández, Toro, Gutiérrez, Anibárro y Amaya, confinó al fiscal y oidores al punto del Perú que ellos eligiesen, y despachó a Arenales, Monteagudo y Jaime Zudáñez a Lima, a disposición del virrey Abascal, quien los pasó al presidio de Casas-matas, de la fortaleza del Callao, de donde salieron a pocos meses, en virtud del decreto de las cortes de Cádiz, que concedía indulto general a los reos políticos de América. El mayor de los Zudáñez (Manuel) habia muerto en la prisión. Lemoine, Miranda y Sivilat, fueron extrañados del país, mucho antes como extranjeros.

El congreso promovido por Nieto resuelve la incorporación de estas provincias al virreinato del Perú.—Revolucionada la capital del virreinato quedaba por resolverse la situación política de las provincias del Alto-Perú, que estaban sujetas a la jurisdicción de la audiencia de Charcas. Esta no constaba entonces más que de dos miembros propietarios, que eran don Gaspar Ramírez de Laredo, conde de San Javier, que vino de regente, y don José Félix de Campo Blanco, nombrado en sustitución de Villaurrutia.

No obstante que Nieto y Sanz, apenas tuvieron conocimiento de la revolución de Buenos Aires se apresuraron a ponerse a órdenes del virrey del Perú, el presidente Nieto promovió un congreso, invitando a los gobernadores de las provincias a que enviasen sus representantes, de los que no sabemos que hubiese venido otro que el conde de Casa Real de Moneda, con plenos poderes del gobernador de Potosí, Paula Sanz. Los dos oidores, el arzobispo, dos canónigos en representación del clero y cabildo eclesiástico, dos alcaldes en representación del ayuntamiento, con el indicado comisionado de Potosí, se reunieron bajo la presidencia de Nieto, y resolvieron la incorporación de estas provincias al virreinato del Perú; acto ilegal en la forma y arbitrario en el fondo.

Hecho esto, Nieto y Paula Sanz no pensaron más que en armarse y prevenirse para rechazar la fuerza que se anunciaba vendria de Buenos Aires. Al efecto levantaron tropas, recolectaron fusiles, fundieron municiones e hicieron aprestos de toda clase. Paula Sanz mandó en alcance del *sitiado*, como se llamaba el contingente con que las arcas de Potosí contribuian a las de Buenos Aires, lo hizo retroceder, y prohibió que tampoco el comercio

enviase caudal alguno; mandó también a Tarija, para que se le remitiesen los fusiles que allá habia.

Aun no satisfecho el presidente con estas medidas, al poco tiempo que se dirigió al virrey de Lima, dándole parte de haberse sometido a su jurisdicción, pidió al Cuzco dos mil hombres de refuerzo. Abascal por su parte envió el batallón Fijo de Lima, ordenó al terrible Goyeneche que poniéndose a la cabeza de este y de las fuerzas que pudiese recolectar del Cuzco, Arequipa y Puno, se pusiese en marcha sobre el Alto-Perú.

Fué entónces que Abascal, marqués de la Concordia. dió aquella su célebre proclama que pudiera darle más bién el título de jefe de la discordia, y terminaba con las memorables palabras propias para encender las cenizas apagadas: «que los americanos habian nacido para ser esclavos y vejetar en la oscuridad y el abatimiento».

Pronunciamiento de Cochabamba el 14 de septiembre.—Cochabamba fué la primera que contestó a este reto: el 14 de septiembre el pueblo depuso a don Sebastián de Irigoyen, que gobernaba como asesor, por muerte del incomparable don Francisco de Viedma. Don Francisco del Rivero, capitán de ejército, don Estéban Arce, alferez de las milicias de caballerìa, y don Bartolomé Guzmán, que acaso obtenía el mismo grado, se apoderaron de la guarnición del cuartel, por sorpresa, estando en connivencia con ellos el sargento Melchor Guzmán, llamado el Quintón.

Inmediatamente el pueblo en masa secundó este movimiento, que no costó una sola gota de sangre. Redujeron a prisión al comandante de milicias don Jerónimo Marrón y Lombera, y en cabildo abierto se nombró a don Francisco del Rivero, gobernador y jefe superior militar.

Pocos días después, el 23 del mismo septiembre, con gran aparato y solemnidad, celebró el ayuntamiento, presidido por Rivero, la jura y reconocimiento de la junta gubernativa de Buenos Aires, dirigiendo en esta ocasión un discurso al pueblo el presbítero don Juan Bautista Oquendo.

Este discurso fué enviado después por el ayuntamiento de Cochabamba al de Buenos Aires: «Valerosos ciudadanos de Cochabamba—principia así Oquendo—habitantes del más fecundo y delicioso país del mundo: fidelísimos vasallos de Fernando VII; héroes inmortales de la patriótica libertad». Habla en seguida de los testimonios de

constante fidelidad al rey, dados por Cochabamba, se extiende luego a exponer los motivos porque se une a Buenos Aires, y concluye exhortando a la paz y concordia que debe reinar entre todos, sin excluir a los *chapetones* (1).

Como uno de los capitales puntos del programa de la junta gubernativa de Buenos Aires era la reunión en congreso de los diputados de todas las provincias, el ayuntamiento se apresuró a nombrar para representar a Cochabamba, al canónigo don Francisco Javier de Orihuela, que aceptó su cargo y aun pidió instrucciones, pero que no llegó a desempeñarlo nunca.

Fuerzas de Cochabamba al mando de don Estéban Arce se apoderan de Oruro.—Rivero dirigió su principal atención a levantar tropas, para lo que se prestaba el pueblo con gran entusiasmo; se encontró sin embargo con dos inconvenientes, falta casi completa de armas y escasez de oficialidad entendida en el manejo de ellas. No obstante, a mediados de octubre tenía lista una división como de dos mil hombres, casi toda de caballería, para comenzar sus operaciones sobre Oruro. Púsola al mando de don Estéban Arce, que pudo apoderarse de aquella ciudad sin inconveniente ninguno e impedir que se sacasen del real tesoro los fondos con que habría podido auxiliarse el ejército del Perú.

La revolución de Cochabamba y consiguiente de Oruro, puso a Nieto en incomunicación con las fuerzas que en su auxilio venian del Perú, despertó poderosamente el espíritu de independencia en todas las provincias, al paso que desalentó a los realistas en la resistencia que preparaban a la división que venía de Buenos Aires.

Captura y ejecución del virrey Liniers, y la impresión que causó el sangriento suceso en Chuquisaca.—Había salido la expedición de Buenos Aires en 7 de julio, compuesta de más de mil hombres de todas armas y a las órdenes del coronel don Francisco A. Ortiz de Ocampo. El coronel Antonio González Balcarce, que venía de mayor general, bien pronto quedó como único jefe.

El ex-virrey Liniers, que después de entregar el mando a Cisneros se habia retirado a Córdoba, luego que su-

(1). Ni en este discurso ni en ningún otro encontramos los conceptos que Cortés presta a Oquendo.

po la revolución de Buenos Aires, levantó tropas en connivencia con el gobernador de aquella provincia, Concha, y se propuso debelar la revolución. A la cabeza de mil quinientos hombres de gente colecticia se dirigía a la capital, cuando la división salida de ésta tocaba ya los límites de la jurisdicción de Córdoba. Liniers con su gente tuvo que retroceder precipitadamente. Balcarce a la cabeza de trescientos hombres escogidos fué picándole la retaguardia, hasta que abandonado Liniers de sus tropas desbandadas, se puso en fuga con dirección al Alto-Perú. Balcarce le dió alcance en el punto llamado las Piedritas, y le tomó preso a él, al obispo de Córdoba, Orellana, a los gobernadores Concha y Allende, al asesor Rodríguez y al ministro de las cajas reales, Moreno.

Conducidos los presos con seguridad a Córdoba, se consultó sobre su suerte a la junta gubernativa, que contestó inmediatamente ordenando al comandante general de la expedición que fueran pasados por las armas. En desagravio de la humanidad debe recordarse que aquella sentencia de sangre fué dictada con sólo mayoría de un voto. Saavedra, Belgrano y Alberti estuvieron contra ella.

Conmovido el pueblo, teniendo a su cabeza a las principales familias y al deán Funes, clamó por que se suspendiese la ejecución hasta que el gobierno de la capital reconsiderase su sentencia. El comandante general accedió, pero queriendo evitarse compromisos, en vez de aguardar la nueva resolución de la junta, puso a los presos en camino a la capital.

El gobierno confirmó la sentencia con exclusión del obispo, y confió la ejecución no ya al comandante general, que quedó definitivamente separado del mando de las fuerzas en Jujuy, sino al doctor don Juan José Castelli, que venía revestido con el carácter de representante de la junta, y que encontrando a los presos poco distantes de la posta *Cabeza de Tigre*, los hizo ejecutar sin más dilación.

Murió así, sin forma ni figura de juicio, y como se mata a una bestia bravía, en el lugar en que se la encuentra, Liniers, el ex-virrey, a quien se tituló el héroe de la defensa de Buenos Aires contra la invasión inglesa. En todos los horizontes se elevaban los celajes de la independencia; más los hombres se empeñaban por empujar el carro de la libertad sobre el abismo que pretendian regar con cadáveres y sangre.

Puede calcularse la impresión que causaría tan trá-

gico suceso. Mucho antes del desenlace sangriento, supo Nieto la prisión de Liniers y de los demás. Convocó nuevamente (28 de agosto) en su residencia al regio tribunal, ayuntamiento y arzobispo. A la interpelación que el regente le hizo sobre el objeto de la reunión, contestó Nieto que no se les había congregado para deliberar ni resolver nada, sino para darles conocimiento de lo ocurrido en Córdoba; que a él solo, como general, le tocaba determinar lo que debia hacerse, y que ya tenía tomadas sus medidas. Comprendiendo el arzobispo Moxó el alcance de estas palabras, se revistió del santo celo de la caridad, abogó largamente por la paz, se ofreció a ir como emisario de ella hasta Jujuy, Salta, o hasta donde encontrase al comandante de la expedición auxiliadora, sin llevar más armas que el Evangelio y la cruz arzobispal, ni otros planes que cimentar la más estrecha fraternidad y concordia entre todos los habitantes del virreinato; y concluyó con que si el señor presidente aceptaba su paternal proyecto, en el mismo dia saldría a llenar su misión. Nieto guardó un sañudo silencio y se disolvió la junta con general descontento de todos (1).

A incitativa de Nieto el cabildo se dirigió al jefe de la expedición de Buenos Aires, expresándole que esta provincia estaba dispuesta a sostener su fidelidad al soberano.—Pocos días después (9 de septiembre) el presidente que tan despóticamente se habia propuesto gobernar, se dirigió al ayuntamiento, como pudiera hacerlo a un pelotón de grumetes, extrechándole a que en carta oficial «llena de energía y patriotismo» hiciese entender al comandante de la expedición de Buenos Aires, que esta provincia reposa tranquilamente en la confianza de sus magistrados y jefes, y sin motivo para variar el sistema de su gobierno, y que se halla dispuesta con la mayor firmeza a sostener los juramentos de fidelidad prestados al soberano; que en tal inteligencia no se propase con ningún pretexto a perturbar su quietud con la protección que no se le ha exigido. El cabildo obedeció humildemente la orden y se dirigió en ese sentido al jefe de la fuerza expedicionaria (2).

Pronunciamiento de Santa Cruz.—Entre

(1). Acta del cabildo eclesiástico de 29 de agosto.
(2). Acta capitular del 22 de septiembre.

tanto la revolución se encendía en el oriente: el 24 de septiembre los patriotas cruceños proclamaron la independencia. Seoani, Salvatierra y tantos otros egregios ciudadanos se lanzaron resueltos a la lucha siguiendo el ejemplo de los hijos de Cochabamba, con la frente altiva y el corazón rebosando de patriotismo.

«Hay una circuntancia histórica que singulariza el movimiento del Oriente. Las pretensiones de la casa de Braganza, cuyos dominios eran confinantes con aquellos distritos, llegaban a intentar que las colonias de España se acogieran a su soberanía, cuando la invasión de Bonaparte hacia vacilar los legítimos derechos de sus conquistas en este continente; y siendo más inmediata la influencia sobre Santa Cruz y los Mojos, como que más de una vez pasaron las autoridades portuguesas las fronteras de Matogroso, pretendiendo que hasta esta parte se extendian los territorios lusitanos en contra de los de Castilla, mayor fué la abnegación al declarar los próceres revolucionarios que no accedían a tales seducciones.»

CAPITULO QUINTO

1810. Combate de Cotagaita, derrota de los patriotas.—Batalla de Suipacha, capitulación ofrecida por los realistas y la brusca negativa de Castelli.—El pronunciamiento de Potosí y la prisión de Paula Sanz.—Pronunciamiento de Chuquisaca, anula el sometimiento al virrey de Lima y reconoce a la junta de Buenos Aires. Triunfo espléndido de las tropas de Cochabamba en Aroma.—El ayuntamiento de La Paz reconoce a la junta de Buenos Aires.—Situación bonancible en que se interna Castelli en el Alto-Perú. Falso concepto que Castelli tenía de su ejército.—Entrada triunfal de Castelli a Potosí; las ejecuciones arbitrarias de Nieto, Sanz y Córdova, y los donativos que solicitó el representante.—Entrada de Castelli a Chuquisaca; humillación del ayuntamiento e ilegal elección de cabildantes; Castelli proscribe a vecinos de Chuquisaca, confisca los bienes de Nieto, Sanz y Córdova y propaga la alarma y la división.

Combate de Cotagaita, derrota de los patriotas.—Entre tanto Córdova aprovechaba el tiempo. Estableció su cuartel general en Cotagaita y trabajo activamente en fortificarse construyendo reductos en la margen del río que pasa a orillas de aquel pueblo. Nieto fué a incorporársele llevando el último refuerzo de 200 veteranos que sacó de La Plata en 20 de octubre. Dejó

en esta ciudad una guarnición de 600 hombres, casi todos cruceños y vallegrandinos.

El 27 de octubre bien temprano llegaban las fuerzas argentinas al frente de Cotagaita. Ambos ejércitos eran casi iguales en número, pero ninguno llegaba a dos mil hombres. Nieto aun no se habia incorporado con su gente. La artillería de los realistas era muy superior a la contraria; pero en cambio la caballería enemiga llevaba inmensa ventaja en calidad y número.

Las tropas realistas que tenian por general en jefe al general don José de Córdova, constaban de los siguientes cuerpos: Batallón Provincial de Potosí, comandante Indalecio G. de Socaza; batallón de Puno; veteranos de Borbón; voluntarios del rey; dragones de Chichas; lanzeros de Cinti; diez piezas de artillería distribuidas en los cuatro cuerpos de infanteria (1).

Los cuerpos que formaban la división patriota, a órdenes del general don Antonio Balcarce, fueron los siguientes: Batallón 1°., comandante Gregorio Perdiel; batallón 6°., comandante Carlos Forest; batallón Cazadores, comandante Manuel Dorrego; batallón blandengues, comandante Abrahan González; regimiento Húsares, comandante Martín Miguel Güemez; primer escuadrón de caballería, coronel Ramón Balcarce; segundo escuadrón de caballería, comandante Martín Pueyrredón; artillería (dos piezas), comandante Suárez.

El comandante general Balcarce, sin pérdida de tiempo intimó rendición «a los comandantes generales y oficiales de los cuerpos del Alto-Perú», y para que todo fuera irregular, el oficio tenía la fecha del 28 de octubre. El jefe realista contestó en el acto en el sentido que todo militar de honor que tiene las armas en la mano no contesta a semejante intimación.

Las posiciones del jefe realista estaban defendidas por fosos y por parapetos que unian los cinco reductos. Los dos de la izquierda defendía el batallón Provincial de Potosí; el del centro los dragones de Charcas; y los dos de la derecha veteranos de Borbón y voluntarios del rey; lanzeros de Cinti, desmontados, ocupaban los intersticios de uno a otro reducto; y el batallón Puno, dividido por mitad, ocupaba los dos flancos de la línea. La artillería la comandaba el teniente don Miguel Mugía; y fuera de Córdova, que mandaba en jefe, y del coronel

(1) Orden general del 28 de octubre. M. S.

González Socasa, no había más oficiales de graduación superior.

Apenas salió el parlamentario de los *insurgentes* del campo realista, cuando ya estas fuerzas amenazaban en columnas de ataque de firme, a las diez y media. No tenian más que un obús y un cañón de a cuatro para batir los fuertes; acometieron sin embargo con valor y brío a los reductos de la derecha, y aunque varias veces rechazados, volvieron una y otra vez a la carga, hasta que voluntarios y veteranos saltando de sus trincheras y atravesando la quebrada de Portugalete desalojaron a los enemigos de la altura en que se habian colocado, y les hicieron dos prisioneros, que por los falsos informes que dieron, quizá se harían tomar de propósito. Los patriotas intentaron luego apoderarse de un molino que flanqueaba por la derecha la línea realista, más no consiguieron su intento, porque voluntarios y veteranos, al mando de los capitanes Fontaneda y Cabero, les tomaron la altura dominante y los rechazaron. El centro e izquierda fueron también fuertemente atacados; los dragones de Chichas, colocados en guerrillas, fuera de trincheras, pelearon con denuedo y sostuvieron lo más recio del combate. Provincial de Potosí y batallón Puno sostuvieron el ataque de la izquierda y rechazaron al enemigo del cerro que hay en el camino que va a Cinti. Después de cuatro horas de combate los patriotas tuvieron que abandonar el campo, dejando muchos muertos y heridos y doscientos hombres pasados. De parte de los realistas fué mucho menor el estrago, y de los oficiales sólo Cabero cayó herido (1).

Cuando Córdova celebraba su triunfo llegó Nieto a aumentar su alegría. Creian ellos que la victoria era completa y decisiva. Sólo después de dos días pudo Córdova enviar tras de los dispersos dos columnas de a 150 hombres, al mando de los capitanes Peña y Fontaneda, que llevaban orden de detenerse en Tupiza y aprehender, si pudiesen, a don Pedro José Agrelo (2) subdelegado de Chichas, y a don Manuel León Quintana, alcalde de Mojo, que habíanse declarado por los patriotas. Estos se re-

[1]. Nos hemos servido para la relación de la batalla de Cotagaita, de los mismos partes oficiales dirigidos a Nieto por Córdova, los que cayeron a manos de Castelli después de Suipacha.

[2]. Este con el doctor Mariano Moreno y el cura Medina, que figuró en la revolución de La Paz, fueron acaso los primeros que se propusieron trabajar por la independencia desde antes del año 1804. Véase al respecto el Prefación de don M. Moreno.

hacian en Suipacha y Nazareno; habian recibido el refuerzo de 200 hombres de Jujuy, con dos cañones y las municiones que llegaron a faltarles.

Batalla de Suipacha, capitulación ofrecida por los realistas y la brusca negativa de Castelli.—Pocos días después movia Córdova su ejército a situarse en Tupiza que la noche antes desocupaba Balcarce. Recibió aquí falsos informes del estado en que se encontraban las fuerzas de los patriotas, a la sazón posesionadas de Nazareno, que es un villorio situado a la legua de Suipacha, dividiendo el río a los dos. En la mañana del 7 de noviembre se propuso atacarlos el jefe realista; a la madrugada salió de Tupiza con 800 hombres y cuatro piezas de artilleria, y a las once estaban afrontadas ambas vanguardias. Córdova tomó posiciones a la derecha del enemigo en los ribazos de Suipacha. Los patriotas le provocaron a avanzar desplegando a su frente una columna de 200 hombres, sostenida por dos cañones; los realistas avanzaron sus guerrillas y se parapetaron en las zanjas de regadio y escabrosidades del terreno y rompieron el fuego. Los patriotas retrocedieron batiéndose en retirada, para obligar al enemigo a abandonar sus posiciones y cargar con el grueso de sus tropas, como lo hicieron en efecto. Entonces, Balcarce que tenía ocultas casi todas sus fuerzas, cargó con ellas y en su ímpetu arrolló al enemigo, le puso en completo desorden, le obligó a volver caras y a tomar precipitada fuga, dejando en el campo cuarenta muertos, catorce heridos, ciento cincuenta prisioneros, banderas, artillería, parque, caja militar, equipajes y armas. La victoria era completa (1).

De los patriotas hubo pocos heridos y menos muertos, según informe de parte, que, ya se sabe, en tales casos es de regla no confesar la verdad ni siquiera a medias.

Nieto que había quedado en Cotagaita, emprendió la fuga luego que supo el desastre. Al día siguiente que éste llegó allá Córdova con el resto de las fuerzas que quedaron en Tupiza y con los dispersos que pudo reunir. Pidió inmediatamente capitulación, sometiéndose y

[1]. Uno de los pasados cayó prisionero, y Castelli le sentenció a morir en Cotagaita; uno de los heridos habia sido también de aquellos, y fué inmediatamente ultimado a bayonetazos. A tal suerte estaban condenados por Castelli todos los que de ellos cayesen en sus manos.

reconociendo ampliamente a la junta de Buenos Aires, solicitando amnistia para los pasados, la vida y bienes de los oficiales y tropa que querian seguir la bandera del ejército auxiliar, siempre que se quisiese aceptarlos; ofreciéndose él de soldado de la patria, sin rango ni distinción, y aun sin pedir para si la garantia de la vida, y en fin, prometiendo enviar en alcance de Nieto para hacerle devolver los caudales del rey que se llevaba consigo. ¿No valía este triunfo más que el de Suipacha? ¿No debia producir un eco más poderoso que el estampido del cañón? ¿Cómo supo apoderarse Castelli de esta incalculable ventaja que se le ofrecía sin buscarla? Ah ¡cuando después de más de un siglo se reflexiona que comenzó aquí la cadena de desaciertos que produjo una guerra de quince años, la sangre estalla en el corazón!

El representante de la junta de Buenos Aires habia esperado en Yavi el resultado de la función de armas y el 9 hacía contestar desde el campo de batalla al absoluto sometimiento de Córdova, por el comandante general del ejército, que antes de toda esperanza de prudente conciliación sobre sus proposiciones, se habian de poner a disposición del excelentísimo señor representante de la junta, el doctor don Juan José Castelli, las personas de Nieto, Paula Sanz, José González de Prada (1) y otro cualquier jefe de provincia del virreinato que se hubiese coludido con los dos primeros o con el virrey Abascal.

¿Era esto racional y politico? ¿Cuándo se vió responder de ese modo una proposición incondicional de sometimiento? ¿Cuándo se vió contestar tocando a degüello a los que rinden las armas? Córdova no podía entregar a Nieto que habia fugado, ni a Paula Sanz, que se encontraba a 35 leguas, ni a Prada, a quien quizá jamás vió, ni a esos otros jefes que ni podia saber quienes eran, ni menos responder por ellos. ¡Y esto se le exigía como condición prévia para tener esperanza de cualquier avenimiento! Así exacerbaban las pasiones, así se arrojaba la tea de odios y rencores sobre un campo en que comenzaban a brotar los olivos de paz.

Después de haber expresado Córdova su sometimien-

---

(1). José González Prada habia aceptado de Abascal el gobierno de Cochabamba; pero nunca llegó a ejercerlo, porque sucedió la revolución de esa provincia. Este era el imperdonable delito que Castelli se proponía, sin duda, hacerle expiar en el patíbulo, como lo hizo con los otros. ¿Debemos extrañar que Prada hubiese después combatido tan decididamente a los patriotas? Cuántos ejemplos semejantes podriamos citar.

to, que fué tan bruscamente rechazado, tuvo que dispersar su tropa y huir. Era el único partido que le quedaba.

Córdova y Nieto fugaron por los desiertos de Atacama: al primero lo aprisionó el alcalde de Lipez, don Ambrosio Santos, y al segundo don Antonio Portales, que fué en su busca con una partida de tropa. Los dos fueron conducidos a la villa de Potosí a fines de noviembre.

El pronunciamiento de Potosí y la prisión de Paula Sanz.—La noticia de la derrota de Suipacha voló a Potosí, pues en la tarde del 9 empezaron a llegar los dispersos; habian andado 60 leguas en dos días. Con su presencia se amotinó el pueblo en esa noche y puso en libertad a los que habian estado presos desde el año anterior. Al día siguiente, 10 de noviembre, por la mañana el alzamiento del pueblo se hizo general e imponente; y aunque los desmanes son inherentes a las grandes revueltas populares, los moradores de Potosí dieron en aquel día un ejemplo de virtud nada común. Estando la sublevación en su mayor fermento, se supo que el procurador Sortegari sacaba de la casa de moneda cuatro talegas de onzas de oro selladas. Se lanzaron las gentes sobre el procurador a quien llevaron a la cárcel, y las onzas volvieron a la moneda sin que faltase una.

El ayuntamiento reunido extraordinariamente se apresuró a reconocer la autoridad de la junta de Buenos Aires y ofició al representante de ella haciéndoselo saber. Depuesto asi Paula Sanz, se le puso preso en su propia casa, y habiendo intentado fugarse se le pasó a la moneda a los tres días.

Poco después el gobierno de la provincia de Potosí pasó a una junta compuesta de nueve miembros, que fueron estos: Juan C. Fernández, Joaquin de la Quintana, Pedro de Arrieta, Casimiro Bravo, Agustín Amatller, Pascual Bolívar, Pedro A. Ascárate, Ignacio de la Torre, y Serapio F. de Arteaga.

Una de las instrucciones dadas por la junta de Buenos Aires a su ropresentante era que no se opusiese a esa clase de gobierno en los pueblos que prefiriesen establecerlo.

Pronunciamiento de Chuquisaca, anula el sometimiento al virrey de Lima y reconoce a la junta de Buenos Aires.—La capital

de los Charcas se pronunciaba también abiertamente por la revolución, y con más solemnidad que en ninguna otra parte. El 12 convocó el ayuntamiento, por bando y carteles, a todas las corporaciones y al síndico procurador de la ciudad, como representante del pueblo.

Verificada la junta en la misma tarde, se determinó convocar a todo el vecindario a cabildo abierto para el siguiente dìa, como en efecto se verificó. La reunión fué de las más escogidas y numerosas: todos los órdenes y clases sociales estaban allá debidamente representados por más de doscientas personas de lo más granado y selecto de la sociedad, principiando por la audiencia. Sin discrepancia de un solo voto se reconoció a la junta gubernativa de Buenos Aires; se aceptaron sus planes y sistema; se anuló el sometimiento al virrey de Lima, y se determinó oficiar a Goyeneche y Ramírez para que se abstuviesen de todo acto hostil y respetasen el territorio del virreinato de Buenos Aires.

Finalmente, para poner en conocimiento de la junta de la capital del virreinato, todo lo que acababa de resolverse, se nombró una comisión compuesta del canónigo Francisco J. Orihuela, en representación de todas las corporaciones, y de don José Eugenio del Portillo (síndico) en la del pueblo; los cuales debian ir hasta Buenos Aires a cumplir personalmente su cometido. Se nombró otra comisión aun más numerosa, que estaba compuesta del oidor Campoblanco, por la audiencia, don Domingo Zapiola, secretario de cámara y otros dos eclesiásticos más, por el arzobispo; el mismo canónigo Orihuela, por el deán y cabildo; el regidor don Joaquín Prudencio Pérez y el relator don Lorenzo Fernández de Córdova, por el ayuntamiento; don Pedro Buitrago, por la universidad; el cura don Mariano Roncal, por el clero; el capitán don José Gascón, por el estado militar, y varios otros por las comunidades religiosas, para que fuese en alcance del «capitán general del ejército auxiliar», a darle parte de cuanto acababa de resolverse. Aun no se sabia el carácter con que venia investido Castelli.

Se terminó por suscribir el acta por más de doscientas firmas, siendo las primeras la del regente conde de San Javier, el arzobispo Moxó, el ex-presidente Pizarro, el alferez real, Tardío, el deán Terrazas, todo el cabildo eclesiástico, el ayuntamiento íntegro, los prelados de las comunidades, el claustro universitario etc.

Triunfo espléndido de las tropas de Cochabamba en Aroma.—Mientras triunfaba así la opinión en la capital, las tropas de Cochabamba alcanzaban un triunfo espléndido en Aroma, el 14 de noviembre de 1810.

Como vimos antes, el gobernador Rivero envió a Oruro, bajo el mando de Arce, una buena división. El ejército del Perú habia avanzado hasta Viacha su vanguardia, al mando del coronel don Juan Ramìrez, quien con el objeto de poner expedita su comunicación con Nieto, se habia decidido a ocupar Oruro, desalojando a los cochabambinos. Con tal objeto se puso de acuerdo con don Domingo Tristán, gobernador de La Paz, y entre los dos enviaron una expedición de tropas veteranas al mando del coronel don Fermín Piérola. Cuatrocientos cincuenta hombres de infanteria y ciento cincuenta de caballeria, bien armados y equipados, marchaban pues a Oruro. Arce, Guzmàn y Unzueta que se unió a ellos, resolvieron no esperar al enemigo, sino adelantarse a disputarle el paso. Se movieron de la ciudad con dos mil hombres, casi sodos de caballeria, y con dos cañones pequeños.

Fuerza era esta respetable si se atiende a su número; pero que careciendo de disciplina, de armas y hasta de oficiales expertos, podia ser desbaratada con una columna diez veces inferior. Menos de doscientos malos fusiles, los dos cañones mal montados y peor manejados, eran todas las armas de fuego con que contaba la división; estando el resto armado únicamente de macanas, lazos y cuchillos acomodados en astas. Piérola que habia llegado a la posta de Aroma, cuando los cochabambinos salian de Panduro a su encuentro, debió ver con cierto desdén esa informe masa de gente que carecía aún de uniforme.

Las pampas de Aroma son las más vistosas de nuestra altiplanicie, rodeadas de lejanos cerros de variada forma, vienen en descenso insensible desde Panduro y vuelven luego a elevarse un poco hácia el pueblo de Sicasica, que deja ver sus torres sobre ese mar verde hasta ocho leguas de distancia. La posta de Aroma ocupa el centro y el punto más bajo. Fué aquí que Piérola se resolvió esperar a pie firme al enemigo; sin aprovecharse ni aun de la posición de la casa de posta, sacó toda su gente al campo libre, y la formó en orden de batalla. Los

cochabambinos marchaban a su encuentro sin ninguna disposición, sin ningún plan de ataque; todo fué ponerse bajo el fuego enemigo, avanzar, acometerle, dispersarle e irle persiguiendo hasta Sicasica. Nunca pudieron aplicarse mejor las sabidas palabras de Augusto: *Vini, vidi, vinci*.

Cuando Piérola quiso reorganizar los mutilados restos de su fuerza en Sicasica, el pueblo le acometió con las mismas armas cochabambinas, el palo y la piedra. Tuvo que fugar en el mismo día hasta Calamarca, después de haber dejado en la batalla de Aroma fuera de combate más de la mitad de sus fuerzas, habiendo caido su parque, bagajes y armamento en poder del vencedor.

Como las fuerzas cochabambinas carecían de disciplina, concluida la batalla dieron por conquistado el mundo, y se retiraron casi todos a su pais, a celebrar su hazaña.

La actitud del pueblo de Cochabamba y la victoria de Aroma, de la que no se supo sacar todo el provecho apetecible, abrieron el camino al ejército auxiliar argentino contra las fuerzas que aprontaba el virrey Abascal. García Camba y Torrente, atribuyen un «influjo decisivo al partido que Cochabamba abrazase».

El ayuntamiento de La Paz reconoce a la junta de Buenos Aires.— Ramírez que al día siguiente supo el desastre, ofició de Viacha a La Paz, insinuando a Tristán, que si notaba que la disposición del pueblo era poco favorable, se replegase con la guarnición al cuartel general de Viacha. Pero Tristán lo hizo mejor: pasó el oficio de Ramírez al ayuntamiento, para que impuesto de su contenido deliberase lo que debería hacerse.

Se temía momento a momonto la llegada de las fuerzas cochabambinas que restaban, se sabia ya la derrota de Suipacha, se tenia conocimiento de la pacifica revolución de Chuquisaca y Potosí. En vista de todo, el ayuntamiento determinó por acto capitular celebrar cabildo abierto, para resolver lo conveniente. Se verificó el 19, con lo más selecto del vecindario, en representación de todas las clases, y por voto unánime y secreto se resolvió el reconocimiento de la junta de Buenos Aires, confirmando a Tristán en el desempeño del gobierno de la provincia.

Situación bonancible en que se interna Castelli en el Alto-Perú.—En doce días estaba todo terminado. La junta de Buenos Aires era ya reconocida hasta el Desaguadero, porque el mismo Ramírez tuvo bien pronto que dejar libre el territorio del Alto-Perú, por orden de Goyeneche. Por extraordinario recibió este general la intimación que le hacia el cabildo de Chuquisaca de dejar libre el territorio del virreinato, y contestó de Punata (el 22) no sólo ofreciendo que lo hacía, así, sino comprometiendo su honor a cumplir su palabra, siempre que no se amagase con fuerzas hostiles el territorio del Perú.

Tal era la uniformidad de la opinión, tal la situación bonancible, cuando Castelli se internaba en nuestras provincias. ¿Qué hizo para afianzar este nuevo orden de cosas? ¿Cómo supo corresponder a la confianza con que se le sometieron los pueblos? Fomentando las resistencias, dividiendo el país en bandos, atizando los odios, exacerbando las pasiones, provocando al Perú contra nosotros, y envolviéndonos en la más espantosa guerra. Si en vez de Castelli la junta de Buenos Aires hubiese enviado a Belgrano o siquiera a Pueyrredón, si nuestra independencia no hubiese quedado para siempre afianzada con la batalla de Aroma, por lo menos la guerra habria sido menos cruel y desastrosa, y el pais habria estado mejor dispuesto a sostenerla.

Falso concepto que Castelli tenia de su ejército.—La marcha de Castelli a Potosí fué una ovación constante: cada dia recibia nuevos testimonios de la adhesión de los pueblos, y una tras otra le llegaban las noticias más plausibles del movimiento que se verificaba en todas las provincias. De todo daba cuenta al gobierno de Buenos Aires, exagerando de paso el valor de sus tropas, hasta rayar en la fanfarronería más ridícula. Con fecha 10 de diciembre escribia de Tupiza: «No hay ejército *en el mundo* que presente el pecho al enemigo y se sostenga con más gallardía y serenidad en el fervor de su acción, y avance a la vez con más intrepidez que el nuestro. *Yo sé que* esta columna de la vanguardia *bastará* para el ejército que dicen prepara el virrey Abascal y mandará Goyeneche; y ¿qué será uniéndosele la del centro, que ya llega a este cuartel, la de retaguardia, que ya sale de Jujuy, y el cuerpo de reserva que queda en la garganta de la sierra?». Fué en efecto con todo este ejérci-

to ya reunido y con los nuevos jefes Viamont y Díaz Vélez, que abrió campaña, como veremos después.

Como ese valor inaudito no estaba muy conforme con la antecedente derrota de Cotagaita, Castelli falseó la verdad aseverando que allá sólo habia combatido una columna de 300 hombres, lo que está desmentido por todas las circunstancias. La nota con que se intimaba rendición a Córdova, principiaba con estas palabras: «Las tropas de la capital, que están a la vista de usted». Fuera de esto, si en el campo quedaron tendidos cuarenta muertos y catorce heridos, y se pasaron doscientos hombres, ¿cuál fué ya el ejército que pudo retirarse, según parte del mismo Castelli, sin poder ser molestado en 23 leguas que le seguian persiguiendo los realistas? (1).

Entrada triunfal de Castelli a Potosí; las ejecuciones arbitrarias de Nieto, Sanz y Córdova, y los donativos que solicitó el representante.—Hizo por fin Castelli su entrada triunfal en Potosí, que lo recibió con las mayores demostraciones de regocijo público. Le esperaban tres víctimas cómodas a su carácter sanguinario: Nieto que en su fuga al Perú, había sido alcanzado en Lípez por una partida enviada en su persecución, Córdova que fué tomado en el Baño de Don Diego, y Paula Sanz.

Nieto, viejo de setenta años, habia gobernado Charcas por diez meses, con bastante arbitrariedad y despotismo; pero sin cometer ningún acto por el cual pudiera merecer el calificativo de sanguinario que le dan escritores inconscientes. Paula Sanz, a quien se le cree de estirpe real, aunque bastardo, era el ídolo de los potosinos y el modelo de gobernantes probos, justos y benéficos,

(1). Hay tal ligereza en los actos y palabras de Castelli, que pasma. Según él la batalla de Cotagaita fué un ataque falso: sólo para reconocer las fortifieaciones. ¡Ataque falso de cuatro horas! Y solo 300 hombres combatieron contra 1,300 que es el número que designa el mismo Castelli, y contra cinco reductos, y contra diez cañones, y esto por cuatro horas! Este es un prodigio inaudito. Cortés que escribió su llamado *Ensayo histórico* sin ninguna crítica, acepta el *reconocimiento de los 300 hombres*, y pasa en silencio el combate que duró cuatro horas, según confesión de ambas partes. Otra falsedad aseverada por Castelli es que los realistas fueron persiguiendo al ejército patriota. No pudieron hacerlo sino dos días después, porque con la fuga de los arrieros llevándose las mulas, quedaron tan a pie que no tuvieron un solo animal en que despachar el extraordinario a Nieto, dándole parte de la acción. Todos estos detalles constan de las notas oficiales de Córdova.

sin que en los veinte años que gobernó tan importante provincia hubiese dado un solo paso que le hiciera desmerecer esos títulos. Estos dos jefes hicieron armas para contrarrestar la revolución de Buenos Aires, porque creyeron que tal era el deber de la fidelidad y la obligación de su puesto. Este fué todo su delito, este su crimen. Córdova, a quien el deber de la obediencia militar le habia llevado a Cotagaita y Suipacha, borró después el crimen de su sumisión con el sometimiento más absoluto a la junta gubernativa, y una política hábil pudo hacer de él uno de los expertos jefes de la patria. Los tres en igual línea fueron declarados por Castelli *reos de alta traición, usurpación y perturbación pública*, y condenados como tales al último suplicio, sin más formalidad que el decreto dictatorial de su autoridad soberana.

Dictada la condenación, el 14 de diciembre, se ejecutó en la plaza pública al día siguiente, a presencia de un pueblo lleno de estupor, que hizo los mayores empeños por obtener el perdón. Cuando Paula Sanz iba a sentarse en el banquillo, se quitó la venda y exclamó: «Quiero ver bajo que banderas muero: son las del rey; muero contento» (1).

Quedó consumado el acto más impolitico del autócrata, que así traicionaba su propia causa, haciendo un llamamiento estrepitoso a los rencores y dividiendo el país en partidos irreconciliables. Con razón el pueblo potosino, salpicado tan de cerca con la sangre de aquellas víctimas, se distinguió en actos espantosos de hostilidad a las armas argentinas.

Desde Caiza Castelli habia dado parte a la junta de Buenos Aires que contaba con un caudal de 500,000 pesos (2). Sin duda se refería a la suma que el tesoro de Potosí puso a su disposición. Esto no impidió que el representante solicitase donativos voluntarios de los pueblos que recorria. Al bando que con tal objeto publicó en Potosí, acudió el vecindario de la villa imperial y los empleados de los minerales de Siporo y Colavi con 9,000 pesos que se empozaron en arcas.

Entrada de Castelli a Chuquisaca; humillación del ayuntamiento e ilegal elección de cabildantes; Castelli proscribe a vecinos

(1). Referencia oral de un testigo.
(2). Se encuentra esta nota a la junta de Buenos Aires en los documentos de la Guía de Rück.

de Chuquisaca, confisca los bienes de Nieto, Sanz y Córdova y propaga la alarma y la división.—Dejando a Diaz Vélez con la vanguardia, que debia ir luego a situarse en Oruro, Castelli con Balcarce y el resto del ejército pasó a Chuquisaca, donde llegó el 27 de diciembre de 1810 (1). El recibimiento que aquí se le hizo fué también espléndido. Se le prepararon muchos festejos y bailes, se le pronunciaron varios discursos, y entre todos llamó la atención por lo inusitado de la forma, el de Monteagudo, que comenzó llamando a Castelli: «Ciudadano Representante».

Todos los años el 1º. de enero se hacia la elección de cabildantes que debían formar el ayuntamiento. Cuando se aproximaba este día varios sujetos de ningún viso ni representación (2) se habian dirigido a Castelli pidiéndole que suspendiese aquella elección hasta que se encontrara en Chuquisaca. Se quería que él interviniese directamente en el nombramiento de cabildantes, lo que salió mejor de lo que se pensó. Habiendo llegado dias antes el representante de la junta, no hubo necesidad de suspender la elección; más el ayuntamiento prostituyéndose a los pies de Castelli, le remitió una lista de elegibles y le pidió que él por si solo nombrase a los cabildantes. En contestación, Castelli, le mandó la nómina de los electos, prescindiendo de la lista que se le remitió y ordenándole que se votara según esa nómina. Esos eran los primeros pasos que dábamos en la libertad civil que nos procuraba el representante de la junta.

El ayuntamiento llevó aun más adelante la adulación: sin perjuicio de proceder conforme se le tenia ordenado, nombró alcalde de primer voto a Castelli, y de segundo a Balcarce, los que aceptaron sus cargos nada más que para un día, por la incompatibilidad de su ejercicio con el de sus principales comisiones.

La instalación del nuevo ayuntamiento se celebró con una pompa extraordinaria.

Al paso que el representante consumía el tiempo en diversiones y pasatiempos, sin hacer nada para alejar el ejército del Desaguadero y arreglar nuestra situación pacíficamente con el virreinato del Perú, fomentaba nues-

---

[1]. Desde esa época, por la sola fuerza de la costumbre, comenzó a perder su nombre ficticio y recobró su antiguo y propio de Chuquisaca, y será el único con que en adelante la designemos.

(2). El primero de los firmantes era don Manuel E. Ruiz.

tras disensiones intestinas y la sorda guerra de las pasiones de interés, ambición y odio, dando oidos a los chismes y a las intriguillas de barrio. Recibía delaciones, informes protervos, en que se calificaban de *pésimos* a ciudadanos honorables y pacíficos; aceptaba listas de los que podían o no ser empleados y de los que debian desterrarse.

De una sola vez fueron proscritos a Salta treinta y un vecinos (1) de Chuquisaca; por otro decreto se confiscaban los bienes y se privaba de sus empleos, grados y honores a Nieto, Sanz y Córdova, que se quería perseguir aun más allá del sepulcro, y a Cañete, Socasa, Lizarazu, Cermeño, todos vecinos de Potosí, y a otros' que se declararía después.

Crecia la alarma con las órdenes secretas que se comunicaban, y por las que cada uno creia levantada la espada sobre su cabeza. Añadíase a todo esto para fomentar el descontento público la conducta licenciosa de las tropas, el espíritu de irreligión de que hacia alarde Castelli y no pocos de los que le seguían, y la falta de gravedad y de circunspección que estaban acostumbrados los pueblos a ver en sus mandatarios (2).

El cabildo nombrado con las ilegalidades que hemos visto, fomentaba por su parte la división de partidos, so pretexto de trabajar por la paz y unión En oficio reservado pedia a Castelli la destitución del regente conde de San Javier, del oidor Campoblanco y del fiscal de la audiencia. En otro oficio de igual naturaleza solicitaba que no se diese posesión a don Lorenzo Córdova y don José Calvimontes, que habian sido nombrados oidores interinos por la junta de Buenos Aires; y en efecto, no sólo no se les dió posesión, sino que ambos fueron desterrados.

Lo que una política sabia habria conseguido unir lo dividido, Castelli con su manejo parece que sólo se proponía romper la unión y provocar la discordia.

---

(1). Doctores Lorenzo Córdova, Isidoro Cabero, José Calvimontes, Joaquín Caso y Alvarez, Prebendado Olmedo, Félix Mendieta, Eustaquio Mostajo, Joaquín Mostajo, Manuel Delgado, Feliciano del Corte, Miguel Miranda, Manuel Alonso Fernández, Miguel Zamora, Benigno Soasti, Pedro Villodas, Padre Benavente, Manuel Tardío, Jacobo Pope, Munuel Puch, Pedro Reyes, Pedro Arana, Manuel Antonio Baez, Juan Urquia, Juan A. Segobia, Manuel Canals, Felipe Udaeta, Ignacio Daza, Cura Ayala, Fermín Sotés, Miguel Tesanos Pinto, Francisco Menchaca.

[2]. Véase documentos M. S. de Rück pág. 1ª



CAPITULO SEXTO

1811. Pueyrredón presidente de la audiencia de Charcas; protección de Castelli a los indios y donativos de Chuquisaca al ejército.—Castelli marcha a Oruro, desconoce la autoridad del virrey de Lima; su manifiesto y actos despóticos.—Entrada de Castelli a La Paz y sus proposiciones a Tristán; Goyeneche ocupa el Desaguadero, Castelli fija su cuartel general en Tiahuanaco y dirige una comunicación al ayuntamiento de Lima provocando el trastorno del Perú; oficio del ayuntamiento de Lima a la junta de Buenos Aires.—Armisticio celebrado entre Goyeneche y Castelli; las primeras hostilidades y el rompimiento del armisticio; personal de los ejércitos y sus posiciones; batalla de Huaquí; derrota y retirada del ejército patriota; fuga de Castelli y Balcarce; retirada de Díaz Vélez, Viamont y Rivero.—Proclama de la junta subalterna de Tarija a los moradores y milicianos de ella y sus partidos.—Goyeneche se dirige al real acuerdo de justicia, arzobispo y ayuntamiento de Chuquisaca.—Batalla de Sipesipe.—Goyeneche y Rivero.

Pueyrredón presidente de la audiencia de Charcas; protección de Castelli a los indios y donativos de Chuquisaca al ejército. —Desde Buenos Aires vino el general Pueyrredón nombrado presidente de la real audiencia, puesto de que se posesionó, sin más novedad que cambiarse el nombre del

tribunal en el de cámara de apelaciones. Ussoz, desde La Paz, escribia humildemente a Castelli, solicitando volver a su puesto de oidor.

La única innovación que hizo en el gobierno de las provincias fué establecer juntas de gobierno bajo la presidencia de los gobernadores intendentes. Hé aquí el personal de la que se estableció en Chuquisaca, por supuesto, con preterición absoluta de la audiencia, o sea de la cámara de apelaciones: Pueyrredón, presidente; vocales, Mariano José de Ulloa, José de Nestares, Fernando Miranda, Domingo Guzmán, y secretario Juan Antonio Sarachaga.

El acto del representante que merece especial mención, es su decreto de 13 de febrero, por el cual dispone que además de los diputados con que cada provincia debia concurrir al congreso, las del Alto Perú nombraran otros cuatro diputados precisamente indios. La elección debia ser indirecta. Señalando el dia y hora los indios se reunirian en una casa cualquiera de la parroquia y nombrarian tres electores a pluralidad de votos o más bien de voces. En día y hora designados con anticipación, los electores se reunirian en la cabeza de la subdelegación o partido y elegirian otros tres electores indios. Estos se reunirian en la capital, en presencia del gobernador y ayuntamiento, y elegirian al diputado. La única condición para ser elector o elegido era ser indio. La dieta se fijaba en ocho pesos diarios sobre la caja de censos. Por falta de tiempo no llegó a funcionar esta sencillísima máquina.

La constante preocupación de Castelli en sus decretos y proclamas era declarar que los indios eran dignos de todos los cargos, oficios y empleos, bajo la condición de virtudes y aptitudes. Creia quizá que hacía alguna innovación, cuando no hacia otra cosa que repetir lo que Carlos II, Felipe V y últimamente Carlos III habian mandado a los virreyes, audiencias, gobernadores, arzobispos y obispos, esto es que cuiden que los indios sean educados en los colegios, y promovidos según su mérito y capacidad a las dignidades eclesiásticas y oficios públicos (1).

El resultado de esta constante declaración fué que los indios en grandes masas fuesen siguiendo y acompañando a los ejércitos de la patria, sirviendo más de em-

[1]. Real cédula de Carlos III de 11 de septiembre de 1767.

barazo que de provecho, y causando alguna vez peligro serio.

No pudo faltar en Chuquisaca el donativo voluntario al ejército, que se pidió por bando. El arzobispo señor Moxó dió 6,000 pesos; el cabildo eclesiástico 1,000, el padre Porras, prior de Santo Domingo, 500 anuales mientras dure la guerra, el cura.....200. Son estos los únicos donativos cuyos comprobantes obran en nuestras manos, dice monseñor Taborga, pero sin duda que hubo muchos otros, tanto de seglares como de eclesiásticos.

He aquí el oficio con que respondió el arzobispo Moxó al bando que hizo publicar Castelli el 29 de enero:

«Excelentísimo señor: Enterado del bando que V. E. mandó publicar ayer, exhortando a los leales moradores de esta fidelísima ciudad que socorriesen con donativos voluntarios al ejército auxiliar del Perú, tengo el honor de remitir a V. E., en nombre de mis curas y mio, la cantidad de seis mil pesos. Dígnese V. E. recibir este corto obsequio como un testimonio de nuestra sincera adhesión y profundo respeto. Dios guarde a V. E. muchos años. Plata, 30 de enero de 1811.

Castelli le dice en su contestación: «Ilustrísimo señor: El oficio de V. S. I. de esta fecha, consignando a mi disposición, en nombre de V. S. I. y respetables párrocos, la cantidad de seis mil pesos para socorro del ejército auxiliar del Perú, es una nueva prueba de la sinceridad de sus sentimientos patrióticos y nuevo título que afirma la gratitud del gobierno» (1).

Castelli marcha a Oruro, desconoce la autoridad del virrey de Lima; su manifiesto y actos despóticos.—Engrosando su ejército con el reclutaje, Castelli se movió de Chuquisaca a mediados de marzo. Consta que se encontró en Oruro el 3 de abril, por la fecha que lleva su manifiesto, que fué una verdadera declaratoria de guerra al Perú, y en la intención del representante, un brulote con que pensaba incendiar las masas de hielo de aquel virreinato. En vez de llevar la guerra al Perú, o mejor dicho, de traernosla ¿no habría sido mejor que trabajara por cimentar el nuevo orden que acababa de establecer en el Alto-Perú? En vez de desafiar al Perú, ya demasiado receloso de nuestra actitud, ¿no era más prudente fortificarse, prevenirse y estar sólo

(1). Gaceta de Buenos Aires Nº 48, abril 4 de 1811.

a la defensiva? Inspirando confianza y seguridad al virrey Abascal, ¿no pudo lograr que se alejara el ejército espectante al otro lado del Desaguadero? Y si en todo caso era inevitable la guerra ¿por qué provocarla, en vez de aguardarla?

Pero no! Castellí que creia que le bastaba la vanguardia de su ejército para derrotar el del Perú, se creyó capaz de llevar el soplo de la independencia hasta Lima; pensó que él estaba llamado a ser el desfacedor de entuertos, y la pena de sus desaciertos la cargamos nosotros con una guerra atroz de quince años.

Con total falta de tacto político, comenzó por desconocer la autoridad del virrey de Lima y por instigar a los pueblos de su dependencia a la rebelión: «Ciudadanos compatriotas, decía en su manifiesto, al fin, al fin ha llegado la época suspirada en que los injustos opresores de la patria vacilan, tiemblan y se estremecen, sin poder ya reanimar su moribundo despotismo, ni sostener por más tiempo el cetro de bronce que por tantos siglos ha hecho gemir al Nuevo Mundo......

«Sus recursos son insuficientes para retardar los progresos del espíritu público, en los mismos pueblos que tiranizan, y sus fuerzas demasiado lánguidas para intimidar las robustas legiones de la patria. He aquí el preciso punto de nuestra situación recíproca: en concepto a ella vosotros desde luego podréis ser libres en el primer momento que os decidáis a serlo, contando seguramente con elauxilio de nuestras armas y de nuestros esfuerzos.....

«Yo miro a los pueblos de ese distrito con la misma predilección que a estos y desearia hacerlos tan felices como lo son ya los que no rinden vasallaje sino a las leyes.......

«El virrey Abascal fomenta un ejército de oposición para resistir a las armas de la patria que van a auxiliar a los oprimidos, y se arroga el derecho de declarar que las provincias de ese distrito rehusan este auxilio, y protestan sentimientos contrarios a los de este gobierno, como si la calidad de virrey, es decir de un simple ejecutor de las leyes, lo autorizase para un negocio que sólo mira al interés de los pueblos, a quienes exclusivamente toca declarar su voluntad en este caso, para oponer la fuerza o uniformar sus sentimientos. Yo por lo menos, no reconozco en el virrey ni sus secuaces, representación alguna para negociar sobre la suerte de esos pueblos, su destino no depende sino de su libre consentimiento, y por

esto me veo obligado a conjurar a estas provincias para que en uso de sus naturales derechos, expongan su voluntad y decidan libremente el partido que toman en esto que tanto interesa a todo americano.......» (1)

Tanto como todo esto desconocia Castelli el Perú y el territorio que el mismo pisaba.

A la sola noticia de la aproximación del representante a La Paz, emigraron al Perú 79 sujetos notables e influyentes, muchos de ellos con toda su familia. De ellos sólo 19 eran españoles. Era el efecto natural de la política del terror.

Entre las varias medidas de tiránica arbitrariedad basta citar la que tomó Castelli con fecha 8 de febrero. Nadie condenaria el que se hubiese propuesto reprimir a los que tratasen de propagar especies o rumores falsos contra el gobierno, sea de palabra y mucho peor por escrito. Pero el representante se proponía castigar estas faltas, que el calificaba de crímenes de alta traición, militarmente y con penas *sin medida*; extendiéndose estas penas a los que *mediata o inmediatamente* supiesen de tales conversaciones y no las denunciasen. Y el que dictaba un decreto tan suave, que obligaba nada más que al silencio de los sepulcros, so pena de incurrir en la delación de algún perverso, principiaba su decreto exaltando la lenidad de su gobierno con aquellos que aun el gobierno más humano hubiese castigado con suplicios terribles (2).

En prueba de la lenidad de Castelli puede citarse su célebre decreto de 5 de enero de 1811, que bajo el título de amnistía era una verdadera ley marcial, de las más tiránicas, cuando todo el Alto-Perú estaba sometido a la junta de Buenos Aires, y en toda esta parte del Desaguadero no quedaba un solo soldado realista (3).

Entrada de Castelli a La Paz y sus proposiciones a Tristán; Goyeneche ocupa el Desaguadero, Castelli fija su cuartel general en Tiahuanaco y dirige una comunicación al ayuntamiento de Lima provocando el trastorno del Perú; oficio del ayuntamiento de Lima a la junta de Buenos Aires. —El 10 de abril, que aquel año fué miércoles santo, Cas-

(1). M. S. del Sr. E. O. Rück.
(2). M. S. Decreto de 8 de febrero de 1811.
(3). Véase documento M. S. de Rück 1ª pág.

telli llegaba a La Paz en medio de salvas y repiques con que se turbaba el duelo religioso de aquel dia, lo que sin inconveniente alguno habría evitado si hubiera sido menos *despreocupado*. Recibido con todo género de diversiones, impropias y ajenas a la santidad de aquellos días, fué a apearse en el palacio episcopal, que le estaba preparado, y en sus salones se reunieron por las noches la mayor parte de las señoras de la población, con sus padres, esposos, hermanos, parientes y amigos, para procurar en expléndidos saraos, esparcimiento al nuevo jefe, totalmente desvanecido con el humo de tanta lisonja (1).

Cómo el gobernador de La Paz, don Domingo Tristán, era primo del general Goyeneche, fácil le fué al representante entablar con este negociaciones públicas y secretas, que por torpeza sólo tuvieron un resultado adverso. Proponíale Castelli romper con el virrey Abascal y pronunciarse por el sistema de la revolución de Buenos Aires; a lo que el general del ejército peruano, se negó rotundamente (2). Creyóse este desobligado de su palabra de honor con la presencia de un ejército enemigo en las fronteras del Perú, y en consecuencia comenzó a mover sus tropas sobre la margen del Desaguadero, y aun se posesionó de algunos puntos de esta parte del río.

Castelli hizo otro tanto, y escalonó su ejército estableciendo su cuartel general en Tiahuanaco. Con la idea siempre fija de provocar el trastorno del Perú, se dirigió al ayuntamiento de Lima, con fecha 11 de mayo: «Me consta, decía en dicho documento, me consta con cuanta facilidad abusa de la opinión de los pueblos *un usurpador del poder*, prevalido de la fuerza que les oprime, y es bien reciente la prueba en los acaecimientos del virrey Cisneros en el Rio de La Plata y de los antiguos gobernadores de Córdoba, Potosí, Charcas, Cochabamba y La Paz. Todos protestaban que sus pueblos estaban sumisos a sus jefes, y para ello hacian suscribir a los miembros del ayuntamiento; más llegando el caso de congregarse la capital en cabildo general, porque el virrey no halló arbitrio ni de engañar ni de tiranizar al gran pueblo ilustrado y enérgico de Buenos Aires, y pensó intrigar sin ser observado, supo todo el mundo que nadie podia insultar

[1]. Memorias del general Camba.

[2]. Consta este hecho de la correspondencia secreta de Goyeneche con Pueyrredón, publicada en la Revista de Buenos Aires, y del tenor del oficio dirigido por Castelli a la junta gubernativa de Buenos Aires, con fecha 11 de mayo.

a un pueblo virtuoso, quedando impune. Este ejemplo hizo a los jefes de provincia más tiranos, para excusar que sus pueblos diesen libremente su opinión: se removió el obstáculo, y los pueblos dejaron mentirosos a sus jefes y ayuntamientos.......

«Con el fin pues de asegurarme si la sumisión de esas provincias al virrey de Lima don José Fernández de Abascal, sin embargo de haber caducado su mandato...... es obra de la voluntad general de los pueblos, dirijo por el conducto de U. S. el adjunto manifiesto (el de 3 de abril) para que, difundido entre los habitantes de esa municipalidad, puedan decidirse libremente a un extremo que fije bien nuestro procedimiento; tomando U. S. los medios regulares y prudentes, para hacerse imponer del voto general, que sirva de regla a mis operaciones». Esto era decir: depongan ustedes al virrey y hagan lo que hemos hecho.

Luego continúa: «Yo sé muy bien que los hombres juiciosos, sensatos y amantes de la felicidad y seguridad general conocen la honradez de nuestros sentimientos, y que desean adoptarlos sin tardanza; pero como hay otros que, o por malignos o por incautos, se dejan seducir de la opinión contraria, que dá causa a que el ejército del virrey Abascal se empeñe en una acción que será talvez funesta para los pueblos, como ciertamente gloriosa para nosotros, es un deber nuestro exigir la certeza de las intenciones para preservarlos de la ruina que les prepara la ambición de sus hipócritas defensores».

Pudiera haberse preguntado a Castelli quien le impuso ese deber, o quien le instituyó árbitro entre esos hombres juiciosos y esos otros malignos e incautos, y sobre todo para proceder, si no se aceptaba la razón, por la fuerza.

Prosigue así: «Estamos a punto de ir a las armas: si los pueblos de ese distrito no quieren ser esclavos, ni el ejército de Lima tiene justicia para oponerse ni el nuestro puede dejar de protejerlos». Lo que en claros términos quiere decir: revuélvanse contra el ejército, que nosotros les ayudaremos. Esa ha sido toda la política de Castelli, estrecha, miserable, injusta y sobre todo funesta para nosotros. ¿Quién le dió autoridad al representante de Buenos Aires para entrometerse en negocios de casa ajena? ¿Se dirá que lo hacia por resguardar nuestra independencia? Pero no se resguarda una casa aplicando la mecha encendida a la pólvora del sótano. Cuánto no habria conseguido del virrey Abascal y aun del mismo Goyeneche

si se hubiese intentado antes los vados del avenimiento y del mutuo respeto. Ni aun por la imaginación le pasó tal cosa (1). Comenzó por el insensato y provocativo sistema de desconocer la autoridad del virrey y del jefe del ejército enemigo. ¿Era así como jamás hubiera resguardado nuestra independencia?

Casi al mismo tiempo que Castelli escribia el oficio anterior, recibió otro del mismo cabildo de Lima, con fecha 28 de abril, dirigido a la junta de Buenos Aires, en el cual, ese respetable cuerpo, después de protestar sobre la veracidad con que obraba, le trasmitia copia de las diez proposiciones (2) acordadas y suscritas por los diputados representantes de América en el congreso nacional reunido en la isla de León. Lleno de entusiasmo el ayuntamiento veia que principiaba a correr la brillante época de gloria y prosperidad americana, y creia que precipitados en el abismo eterno del tiempo los tres siglos desgraciados de oprobio, violencia y degradación, los americanos se hallaban ya revestidos del orgullo del hombre libre y de todas las prerrogativas que se derivan de esa cualidad sagrada. Decia después que disipados los motivos de queja y agravio, el amor reflexivo de la libertad debia ir acompañado de la subordinación. Hacía luego una ligera reseña de los frutos que se recogerian de las proposiciones, especialmente sobre la libertad de comercio y amplitud de la agricultura, y concluia: «Exterminados, pues, los estímulos de la desunión y la discordia, deben estrecharse los lazos de la quietud general. Todo acto hostil, la menor efusión de lágrimas y sangre sería en estas circunstancias un excecrable crimen de lesa humanidad»; y finalmente aseveraba que el virrey aplaudia el nuevo sistema, que por humanidad habia moderado las providencias dictadas en el orden militar.

El entusiasmo del cabildo de Lima era un poco prematuro; más su oficio ofrecía una nueva y bellísima ocasión de procurar la paz entre los dos virreinatos. ¿Supo aprovecharse de esta coyuntura Castelli? Nada menos que eso. Castelli, con fecha 13 de mayo, haciendo saber al cabildo que sin necesidad de ocurrir a Buenos Aires de-

(1). Faltan a la verdad los escritores que han aseverado que Castelli se hubiese dirigido nunca a Abascal. Supone R. Muñoz Cabrera, que el oficio que pasó Castelli al ayuntamiento de Lima lo dirigió al mismo tiempo al virrey, lo que no consta y no es creible, por que en ese documento incita al desconocimiento de la autoridad del virrey.

[2]. La undécima no fué aceptada.

bía entenderse con él, puesto que tenía facultades ilimitadas para ello, proponía un armisticio de 40 días (1) para recibir la contestación que diera el cabildo a su presente oficio, y para que en seguida se alejaran ambos ejércitos de la linea divisoria, mientras entrar en negociaciones estables que aseguren la pronta y feliz reunión de todas las provincias; pero esta feliz reunión no debia tener otro fin que la mirada estrecha y exclusivista de Castelli, que era «poner las provincias en estado de seguridad interior y exterior, antes que el devastador de Europa se esfuerce a unir nuestro destino al de la Península, de cuya ruina jamás debía dudar el cabildo».

Y para que no quedase ni la menor incertidumbre sobre el único objeto que se proponía el representante, concluía así: «Ultimamente V. E. puede estar persuadido que sólo por los medios adoptados por la capital del Río de la Plata podrá la América burlar los designios de las potencias ultramarinas, y sus habitantes recobrar la dignidad de hombres libres, que con hipócrita aparato nos anunciaba tiempo ha el consejo de regencia». Equivalia esto a decir: o ustedes entran en lo que nosotros queremos, o no hay paz posible entre ambos.

Y para que mejor se comprendieran sus propósitos, volvia a remitir Castelli al cabildo su último manifiesto de 3 de abril. ¿Era esto trabajar sinceramente por la paz? No; era simplemente ganar tiempo, a fin de que la chispa arrojada al Perú produjera el incendio que en su loca imaginación ya veia inflamarse Castelli. Además, si en este mismo oficio volvia a desconocer la autoridad del virrey ¿con quién iba a entablar aquellas negociaciones estables? Al ver, a consecuencia de esta política ciega, nuestras ciudades entradas a saco, nuestros pueblos quemados, nuestra sangre derramada a torrentes, nuestras campiñas desiertas, nuestros caudales disipados, nuestra población aniquilada, ¡qué cargos tiene que hacer la posteridad a aquel hombre!

Armisticio celebrado entre Goyeneche y Castelli; las primeras hostilidades y el rompimiento del armisticio; personal de los ejércitos y sus posiciones; batalla de Hua-

(1). Nuestros historiadores han asegurado que fué Goyeneche quien propuso el armisticio, cuando consta todo lo contrario de los documentos oficiales.

qui; derrota y retirada del ejército patriota; fuga de Castelli y Balcarce; retirada de Diaz Vélez, Viamont y Rivero.—Por medio del capitán Máximo Zamudio propuso Castelli el armisticio a Goyeneche, quien lo aceptó, redactando las bases de estilo en semejantes convenios. Por el artículo 2º. se establecia que el ejército peruano conservaria sus puestos avanzados a esta parte del Desaguadero. Castelli lo aceptó, con la única salvedad de que no por eso se entendería que se hubiesen variado los límites entre ambos virreinatos. Por el artículo 3º. se pactaba que el ejército de la patria se mantendría en su cuartel general y en sus posiciones con su fuerza actual. Castelli objetó este artículo, con que no podia aceptar como impuesta tan recia condición en su territorio, pero que la daba como concesión espontánea, y ofrecía no hacer la menor innovación de los puntos actuales que ocupaba su ejército, que sea hostil o cause sospecha. Fueron estas las más notables salvedades del pacto firmado por Goyeneche y su secretario Pedro López de Segovia, el 14 de mayo de 1811, en el Desaguadero, y por Castelli, el general Balcarce (1) y Monteagudo que hizo de secretario en toda la campaña, en el cuartel general de Laxa. Los cuarenta días debian computarse desde el 13, según la nota de Castelli al cabildo de Lima.

Sin embargo, el 16 y 17 se cometieron actos de hostilidad de los patriotas sobre los realistas, cerca del Azafranal y en el pueblo de Puiracoma, territorio del Perú (2). De parte de los realistas parece que hubo también algunas irregularidades, que desgraciadamente no las encontramos consignadas en ningún documento para poder referirlas, y sólo constan de confesión propia de Goyeneche en su correspondencia privada y secreta con Pueyrredón, en la que díce que hubo «pequeños e innevitables incidentes» que daban lugar a una justa reclamación, y nó a la «violación del armisticio promovido y roto por Castelli».

En efecto, fué Castelli quien rompió el armisticio, estrechando cada vez más al enemigo, moviendo su cuartel general de Laxa a Tiahuanaco, y luego a Huaqui; apoderándose a viva fuerza de Yuraicoragua, que era un campamento realista protegido por el armisticio, y orde-

[1]. Castelli lo hizo general en 8 de febrero.
[2]. Consta del oficio pasado a la junta de Buenos Aires.

nando a Rivero, el 19 de junio, que se colocase al día siguiente a retaguardia del ejército realista (1).

Por el contexto mismo se comprende que la hostilidad estuvo de parte de los patriotas. Cerca del Azafranal 15 hombres atacaron a 200, les hicieron cinco muertos, ocho heridos y once prisioneros, sin recibir ellos lesión ninguna. Se comprende pues que estaban desarmados y que habian ido allí a buscar forraje, según uno de los artículos del armisticio. Los realistas ocupaban el pueblo de Pizacoma, en su propio territorio y que con más razón debia ser respetado según el mismo armisticio; las tropas de Rivero los atacaron, les mataron quince hombres, les tomaron cuatro prisioneros, armas, caballos, mulas, sin sufrir otro daño que el de dos caballos muertos.

El 20 de junio, tres días antes que expirase el armisticio, Castelli que pensó atacar y sorprender al enemigo, se dejó sorprender y atacar del modo más vergonzoso (2).

Los patriotas contaban con una fuerza mayor de

[1]. Nuestros historiadores han falseado todos la verdad atribuyendo a Goyeneche la ruptura del armisticio. Si esto hubiese sido así, jamás este general hubiese hecho este reproche a Pueyrredón en su correspondencia íntima y secreta. Ni Castelli, ni Balcarce, ni Rivero, en sus distintos oficios con que dan parte de la derrota de Huaqui, han dicho media palabra de haber faltado Goyeneche al armisticio, cuando era la ocasión más oportuna para atribuir el descalabro a esa circunstancia. Mientras que, por el contrario, fuera de la aseveración de Goyeneche, irrecusable por el documento en que la hacia, tenemos los hechos innegables que van apuntados en el texto. La historia que no es imparcial y verídica, no es historia sino fábula.

[2]. Es lastimoso que a cada paso tengamos que rectificar a nuestros historiadores, que han escrito de memoria y se han copiado unos a otros los mismos errores. Han dicho que Castelli habia descuidado guardar el puente del Desaguadero, confiado en el armisticio, cuando en virtud de éste Goyeneche ocupaba no solo el Desaguadero, sino que sus tropas se avanzaban hasta Yuraicoragua, punto intermedio entre Huaqui y Jesús de Machaca. El general Ramallo, dice: «parece que tanto el jefe español como el porteño, llevaban la firme intención de faltar a lo pactado entre ellos».

«Debe decirse en honor a la verdad histórica,—agrega el general Mitre en su *Historia de San Martín*, t. I. pág. 217—que los primeros que violaron el armisticio fueron los patriotas, extendiendo sus correrias hasta San Andrés de Machaca al norte del Desaguadero (17 de mayo), y atacando en Pisacoma un destacamento realista que observaba pacíficamente los caminos de la costa. Goyeneche por su parte, adelantó entónces sus reconocimientos hasta el terreno intermedio, y trató de sorprender en dos ocasiones los puestos avanzados de los patriotas. Para cubrir su flanco izquierdo, Castelli, de acuerdo con Balcarce, habia situado una división de cochabambinos de caballeria con artilleria, en la pampa o valle de Jesús de Machaca, y hecho construir un puente como diez kilómetros mas abajo de el del Inca, a la altura de San Andrés de Machaca, lo que le daba el dominio de la

6,000 hombres (1). La que Rivero sacó de Cochabamba, era casi toda de caballería, y alcanzaba a la mitad de aquel número. Poco mayor era la de los realistas, pues llegaba a 6,500, mucho mejor disciplinada, y con mejores jefes. Figuraban entre ellos el brigadier don Juan Ramírez, Picoaga, los coroneles Ramírez, Socasa, Lombera, García Santiago, españoles, don Pío Tristán, Campero, Benavente, Astete y varios otros americanos. Como oficiales subalternos se encontraban don Andrés Santa Cruz, Gamarra, y casi todos los que en alta escala figuraron sea en la guerra de la independencia, sea en los primeros tiempos de nuestra república.

El general en jefe Balcarce, dividió sus fuerzas en tres divisiones, que las mandaban respectivamente Viamont, Díaz Vélez y Bolaños, que mandaba la del centro; Rivero con toda la caballería de Cochabamba ocupaba Jesús de Machaca, que era el extremo de la linea de los patriotas. Yuraicoragua está situado en un punto casi céntrico entre Jesús de Machaca, Huaqui y el Desaguadero. Una serranía poco elevada, que se extiende hasta el Tiahuanaco, divide Yuraicoragua de Huaqui; este pueblo situado en las últimas faldas de la serranía, tiene a su derecha el lago Titicaca. Tal fué el teatro de la célebre batalla de Huaqui.

Goyeneche dividió su ejército en dos cuerpos, con el primero al mando del teniente general Ramírez, atacó en columnas cerradas al campo de Yuraicoragua, donde se encontraban Viamont y Diaz Vélez con sus divisiones. Cuando a las 8 de la mañana lo supieron Castelli y Balcarce, se apresuraron a formar su línea con la división que debia ocupar el centro y que venia a quedar a la izquierda. La posición era ventajosa, porque estaba protegida a la izquierda por la serranía y a la derecha por el lago, con la reserva y el pueblo de Huaqui a la retaguardia. Apenas tuvieron tiempo para formar sus tropas en batalla, y colocar su artillería, cuando ya se presentó de frente el otro cuerpo de tropas enemigas al mando in-

———

márgen norte sobre el flanco derecho y la retaguardia del enemigo Todos estos preparativos revelaban un plan de ataque, que en efecto habia sido acordado en junta de guerra de los argentinos, diez días antes de espirar el armisticio, y debia verificarse a su término o antes para ganar de mano al enemigo, que por su parte se preparaba a hacer lo mismo».

(1). Según parte de Castelli a la junta de Buenos Aires; más quizá en esta fuerza no se incluia la de Rivero.

mediato de Goyeneche. Quisieron los patriotas detenerle rompíendo sobre él vivo fuego de artilleria, más los realistas continuaron avanzando hasta casi ponerse a tiro de fusil. Desplegó contra ellos Balcarce la caballeria, que fué rechazada y tuvo que replegarse. Entonces Goyeneche mandó a Tristán que con un fuerte destacamento tomase la altura de la serrania y cayese por el flanco sobre la izquierda de los patriotas; mientras se ejecutaba esta maniobra acometió Goyeneche de frente la línea enemiga, desplegando en guerrillas varias compañias; y para distraer mejor la atención ordenó a Picoaga que con el resto de las fuerzas acometiese sobre su derecha, como efectivamente lo hizo, apoderándose de la artilleria enemiga que quedó abandonada. Cuando Balcarce quiso sostener su derecha, se vió también flanqueado por la izquierda por una columna que había tomado las alturas del Azafranal, con las fuerzas que mandaba Tristán, y se pronunció la más completa derrota, huyendo los primeros Castelli y Balcarce, que dejaron sus fuerzas en completa dispersión, y sin haber tenido siquiera la precaución de señalar anticipadamente un punto de reunión para los restos.

Más seria fué la resistencia que opusieron Diaz Vélez y Viamont. Viceversa que Balcarce, tenían apoyada su derecha en la serrania intermedia, y cubrieron su izquierda con la caballeria, colocando al centro de su línea dos obuses y las baterias de artilleria. El combate fué recio y obstinado de ambas partes; comenzaban a cejar los realistas, cuando Ramírez dió el último empuje con su batallón de reserva, al mismo tiempo que los patriotas se vieron también flanqueados por las alturas del Azafranal, por las guerrillas desplegadas de la columna que habia tomado por allá. Los patriotas se entregaron a la fuga en todas direcciones; más Diaz Vélez y Viamont, más expertos que Balcarce, pudieron reunir algunos centenares de dispersos y se retiraron con ellos hasta Jesús de Machaca.

En la madrugada de este mismo día, cumpliendo la orden superior que se le habia dado, el comandante general Rivero, con la respetable fuerza de caballeria cochabambina, levantó el campo de Jesús de Machaca, distante tres o cuatro leguas de Huaqui, y se dirigia a San Andrés de Machaca, al otro lado del Desaguadero, que debia pasar por el puente nuevo. Con este movimiento iba a colocarse a retaguardia del ejército realista; antes de

tocar en el rio, oyó la detonación de la artillería, y no le quedó duda de que se daba la batalla. Dejó pues su ruta primitiva, y haciendo un camino de travesia se dirigió sobre Huaqui, pasando por el campo en que acababan de ser derrotados Viamont y Díaz Vélez. Con su presencia pudo contener la persecución que se hacia a los fugitivos y favorecer su reunión; los enemigos se replegaron a su vista sobre Huaqui. Les dirigió de las alturas algunos tiros de cañón, y no teniendo infanteria, tuvo que retroceder y se dirigió a Jesús de Machaca, sin más pérdida que la de un piquete de cincuenta hombres que habiendo descendido al llano se vieron cortados por el enemigo.

A las once de la noche Rivero con su gente volvia a entrar en el pueblo que dejó a la madrugada. Díaz Vélez y Viamont se dirigieron al mismo punto, con la artillería que pudieron salvar y con los dispersos que pudieron reunir.

Entre tanto Castelli perseguido por las sombras de Nieto, Paula Sanz y Córdova, corria acompañado de Balcarce, pareciéndole siempre corto el espacio que dejaba a la espalda. Después de correr más de setenta leguas, el 24 se proponía entrar a Oruro; pero el pueblo lo rechazó a balazos, y si no hubiese sido por la protección de algunos oficiales potosinos que iban también de fuga, habria caido preso. Siguió pués corriendo otras cuarenta y cinco leguas, hasta Macha, donde apenas pudo respirar para dar parte del desastre a la junta de Buenos Aires. La confusión y desorden que se advierte en su nota oficial, da a conocer que aun le embargaba el miedo. Según el representante, la derrota de Huaqui se debe a los patricios de La Paz, por que unos pretextaban que les dolía el pie, para no andar, otros ocultaban o tiraban los cartuchos, para no hacer fuego; estos descomponian el tornillo pedrero del fusil, para quedarse a retaguardia, aquellos se ocultaban tras de las peñas (que en la llanura de Huaqui no hay muchas) para no avanzar, y finalmente se pasaron los que quisieron, y se dispersaron los que quedaron. Tales fueron las causales de la derrota, para aquel que sabia que con sólo la vanguardia del ejército argentino iba a deshacer al del Desaguadero. No fueron ni las malas disposiciones de los jefes, ni el haber inutilizado la caballeria cochabambina mandándola, con infracción del armisticio, a que se colocara a retaguardia del enemigo y a distancia de diez o doce leguas de Hua qui; nada de eso influyó en la derrota.

A esta célebre acción de armas, que afianzó por catorce años más la dominación española en el Alto-Perú, los argentinos la denominan, «batalla de Yuraicoragua» o «Jesús de Machaca», y los españoles le dieron el nombre de «batalla de Huaqui», en atención a que este lugar fué atacado en persona por el general en jefe del ejército real, don José Manuel de Goyeneche y Barreda, a quien el rey de España, en premio de esta victoria, dió el título hereditario de «Conde de Huaqui» (1).

Diaz Vélez y Viamont, sin concertar nada con Rivero y aun sin darle aviso, dejaron abandonados en Jesús de Machaca enfermos y artilleria y salieron el 21 con dirección a Viacha. Rivero retrasó algunas horas su marcha a fin de conducir la artilleria y llegó también a Viacha el 22, con su caballeria mermada al número de 1,300 hombres por la deserción. Nada pudieron tampoco concertar aquì los tres jefes, y después de dar un día de descanso a la tropa, Díaz Vélez y Viamont, con su tropa casi completamente desmoralizada, continuaron su camino al interior por Calamarca. Rivero se dirigió a La Paz, con todas sus fuerzas, y prestó un servicio importante a la población, que el día anterior habia tenido que sufrir mucho con los desórdenes del populacho, que aun habria continuado en sus excesos, sin la presencia de la fuerza. Tristán que habia huido de la ciudad, se restituyó a su gobierno; Rivero le dejó una guarnición de 100 hombres, y emprendió después de breves días su marcha a Cochabamba, cuyo ayuntamiento y junta de gobierno le llamaban con insistencia.

Los dispersos del campo de batalla inundaron el pais como una nube de langostas, que deja la desolación por donde pasa, ó más bien como una avalancha que todo lo destruye: robos, violencias, extorsiones de todo género, profanaciones, sacrilegios, sin respetar edades ni miserables chozas, ni casas ni templos, ni ornamentos y vasos sagrados; eran bandadas de lobos rapaces, de fieras hambrientas y feroces, que señalaban su paso con un raudal de lágrimas mezcladas con sangre, y con montones de ruinas.

(1). Refiriéndose a las intrigas de Goyeneche dice Urcullo: «El conducto de estos manejos fué el guamangino don José Santa Cruz, subdelegado de Apolobamba, provincia de La Paz, que también remitió al enemigo los tributos de ese partido y cincuenta reclutas, entre ellos a su hijo Andrés, a quien Goyeneche puso de ayudante, en clase de capitán. Desde 1811 data la carrera militar del mariscal Santa Cruz.

Balcarce mismo no pudo menos que decir que los derrotados «iban cometiendo los crímenes más execrables». Esto acabó de hacer odioso el nombre de porteño y de prevenir a los pueblos contra las tropas auxiliares.

Mientras tanto Goyeneche no se movió de su campamento,.y quizá por estudio más que por humanidad, hizo cuidar a todos los heridos, sin distinción, con la más grande solicitud. Igual atención desplegó con los prisioneros.

Habiendo llegado con su gente Díaz Vélez a Oruro y tras él Viamont, solo, llamaron de Macha a Castelli y Balcarce, para acordar lo que debían hacer. De tal conferencia no resultó otra cosa sino que Viamont y Balcarce desaparecieron para siempre de nuestra escena política, que Csstelli se retirara a Chuquisaca y Diaz Vélez con su gente a rehacerse en Potosí.

Proclama de la junta subalterna de Tarija a los moradores y milicianos de ella y sus partidos.—Como en todos los distritos que se habian pronunciado por la revolución americana, en Tarija se habia organizado una junta subalterna de gobierno, y a la noticia del desastre de Huaqui, dirigió a sus habitantes y milicias esta notable proclama:

«Valerosos Tarijeños:—Desde los primeros momentos en que supistéis que la inmortal Buenos Aires trataba de defender la patria de la esclavitud y tirania en que ha gemido por tres siglos, manifestastéis vuestra adhesión a ese gran sistema, y cuando alguno de los pueblos circunvecinos se disponia a sofocarlo en su nacimiento, vosotros le distéis lecciones de patriotismo, jurando derramar vuestra sangre para sostenerlo. Así lo cumplistéis. La patria os llamó a Santiago (de Cotagaita) en su defensa, y volvistéis a socorrerla. Allí peleastéis con unas tropas veteranas, aguerridas y superiores en número; y a pesar de estas ventajas, que debia asegurarles la victoria, las obligastéis a encerrarse en sus trincheras. En Suipacha os cubristéis de gloria, ganando una victoria que dió una nueva fuerza y energía a nuestro sistema. El bambolea ahora por unos sucesos poco favorables de la guerra, pero no de la consecuencia que se ha figurado. En estas críticas circunstancias os vuelve a llamar la patria, informada de vuestro valor, que ha resonado en los ángulos más remotos de este continente ¿os ensordeceréis a sus

clamores? ¿Permitiréis que ella sucumba, y que vuelva a arrastrar nuevas cadenas, que la tiranía habrá de hacer más pesadas y más ignominiosas? Lejos de vosotros esta conducta que eclipsaria la gloria que habéis adquirido con vuestras hazañas, y os cubriria de vergüenza y confusión. Vosotros tenéis una gran parte en la sagrada obra de nuestra libertad, no la dejéis imperfecta, consumadla. ¡Vosotros habéis ceñido vuestras cienes con laureles inmarcesibles en los campos del honor: no permitáis que una infame cobardia los marchite. No temáis a esas huestes mercenarias y cobardes, que con prestigios y simulaciones pretenden colorar su infame causa. La nuestra sí, es justa y sagrada. El cielo no puede dejar de protejerla. Aprontáos pues, para correr a Viacha, a unirnos con vuestros hermanos que han dado nuevas pruebas de valor en la acción del 20 de junio (la batalla de Huaqui). Regad, si es posible con vuestra sangre esas áridas campiñas, para que produzcan la frondosa palma de la victoria que va a decidir de nuestra felicidad y nuestra suerte. Haced este último y generoso sacrificio en obsequio de la madre patria. Ella lo recompensará a su tiempo, y trasmitirá su memoria a la posteridad más remota, escribiendo en los fastos de esta sagrada revolución el siguiente epiteto: Tarija me libertó: Tarija me salvó.—Dada a 13 de julio de 1811.—José Antonio de Larrea—Francisco José Gutiérrez del Dozal—José Manuel Núñez de Pérez».

Hay arrogancia y nobleza en esta proclama que dirigió la junta subalterna de Tarija a su pueblo y a sus milicias, en aquellos días de prueba. Es un documento histórico en el que consta que el pueblo tarijeño luchaba con el Alto-Perú por la independencia americana; que se habia pronunciado por la santa causa de la revolución desde los primeros momentos en que se encendió ella, el año 1810, en todo el continente, y que sus hijos habian ya derramado su sangre por la libertad peleando en Santiago de Cotagaita y en Suipacha; y cuando la noticia de la derrota de Huaqui corrió desde el extremo norte del virreinato, el pueblo de Tarija se levantó solemne, aprestándose con nuevos bríos a la lucha.

Siete dìas después, el 20 de julio, o sea al mes cabal del desastre de Huaqui, la junta gubernativa de Buenos Aires dió su proclama, comunicando «el revés de fortuna que habia sufrido el ejército auxiliar del Perú». La junta de la capital del virreinato calificaba así aquella desgraciada acción: «¿A qué se reducen nuestras pérdidas?

A un corto número de aturdidos que se dejaron sorprender del susto a favor de la sorpresa» (1).

Goyeneche se dirige al real acuerdo de justicia, arzobispo y ayuntamiento de Chuquisaca.—Cerca de un mes después de la batalla con que Goyeneche alcanzó el título de conde de Huaqui, se dirigió al «Real Acuerdo de Justicia, Arzobispo y Ayuntamiento de Chuquisaca», lo mismo que habia hecho al gobernador intendente de Cochabamba. Según la referencia de este último, las proposiciones de Goyeneche fueron de paz. En dicho oficio hacia saber el generai de las armas peruanas, que «por uniforme dictamen de los jefes del ejército y por órdenes del superior gobierno de Lima, habia resuelto adelantar las armas del rey sobre estas provincias, a los fines que expresaba. Que reunidos la real audiencia, arzobispo, ayuntamiento, todas las corporaciones civiles y más notables vecinos, constituyesen una diputación ante su persona, para el reconocimiento de la soberanía de Fernando, y para pedir y exponer los beneficios que fuesen más conducentes a la felicidad y quietud de estas provincias». Este oficio venía acompañado de un manifiesto dado por el mismo Goyeneche.

Contestó Pueyrredón y la junta, extrañando que estando constituido el gobierno, Goyeneche se hubiese dirigido a las corporaciones indicadas. Decía respecto del primer punto, que sin agravio de esta muy noble, generosa y valerosa ciunad, no podia dudarse de su fidelidad a Fernando VII, cuyos derechos trata de sostener y conservar, bajo el gobierno, unidad y auspicios de la excelentísima junta provisional de Buenos Aires, cuya legítima autoridad se ostentaba por los incontestables principios que habian reglado su establecimiento, a semejanza de las otras juntas de Chile, Santa Fe, Quito y Caracas, que constituyen si no toda, la mayor parte de la América, comprobando así la conformidad y unión de pensamiento de sus habitantes en la convulsión que padece España bajo el poder colosal de Napoleón, en el cautiverio de nuestro soberano, y en la pública escandalosa infidencia de sus mandatarios y ministros, que han hecho absolutamente necesaria esta forma de gobiernos para poner estas vastas y ricas regiones a cubierto de cualquiera dominación extranjera y de las insidiosas manifestaciones de los

[1]. Gaceta oficial de Buenos Aires.

muchos disimulados agentes de nuestra ruina. Que la sanidad, legitimidad y necesidad del gobierno en que se hallaban constituidos resaltaba de no ser más que la incitación de lo que por las mismas causas y en las propias circunstancias, habia practicado la España, dando el ejemplo la noble y opulenta Sevilla, de la que el mismo Goyeneche fué encargado para anunciar en estas remotas regiones el peligroso estado de su orfandad.

Continuaba el oficio que vamos extractando: «Esta ciudad y provincia no están en el caso de conquista, ni de volver al antiguo imperio del rey por mano de U. S. como lo expresa en su oficio, por no haber llegado el de la supuesta separación, sino antes bien el de la más firme adhesión a los augustos derechos del monarca»....«Los laudables y generosos propósitos de U. S. por la quietud, equilibrio, felicidad, unión, paz y fraternidad de sus queridos compatriotas......nunca serán más asequibles ni se acreditarán mejor que apagando U. S. el fuego exterminador de la guerra civil entre pueblos y provincias confinantes, sujetos a un mismo rey, religión y leyes, aunque disconformes en la opinión acerca de la forma de gobierno que sea más conveniente y adaptable a las presentes delicadas circunstancias; replegando U. S. sus armas a los confines de aquel virreinato, para no ofender a los señalados a este; estando cierto que todos estos pueblos íntimamente unidos se hallan decididos a no dejarlos hollar, ni quebrantar los respetos y autoridad del gobierno que gustosamente tienen jurado, quien con las altas facultades con que procedo sabrá librar a U. S. del cuidado que se ha tomado de remediar, arreglar y corregir en sus súbditos, los males que sintetiza en su manifiesto, y los que al estruendo del cañón serán incomparablemente mayores, destruyéndose así lo propio que U. S. desea conservar». Después de todo esto que copiamos casi literalmente, concluia así el oficio: «Debiendo U. S. desde ahora tener por responsabilidad ante el mismo, (soberano) ante Dios y el mundo entero, de los horrores y funestas calamidades que en caso contrario serán inevitables, y de cuya consumación supone U. S. este gobierno muy distante, por los suaves, humanos y generosos rasgos de su citado oficio» (1).

Si Castelli en vez de emplear solo baladronadas, hu biese planteado en un principio nuestra cuestión politica

(1). Manuscrito del Sr. Rück. Documentos inéditos, pág. 129.

en los términos de este oficio, muy distinto curso habria tomado el desarrollo de nuestra independencia.

Desgraciadamente ya era tarde: se habia acudido a la última razón de la fuerza; un rio de sangre habia borrado el límite entre ambos virreinatos, y cuando Goyeneche recibió este oficio que lleva la fecha de 1º. de agosto de 1811, con el orgullo de vencedor avanza hacia Sipesipe.

Batalla de Sipesipe.—Diaz Vélez habia marchado a reforzar con su gente las fuerzas que con todo empeño procuraba organizar Rivero en la provincia de Cochabamba. Las armas y pertrechos de guerra con que podia contar éste no guardaban proporción con la inmensa muchedumbre de soldados que se presentaban. Se equipaban a su costa y se armaban como podian; los que disponian de caballo, se presentaban con él.

Por miles salieron a esperar a Goyeneche, mandados por Rivero; pero con excepción de unos ochocientos hombres de línea, con que acudió Diaz Vélez, lo restante era una masa informe sin armas de fuego ni disciplina, incapaz de ejecutar ninguna evolución oportuna contra el ejército aguerrido con el que iba a pelear.

Diaz Vélez escogió una situación ventajosa en las alturas que dominan la llanura de Sipesipe. Pronto se presentó Goyeneche descendiendo al plano por la escabrosa cuesta de Tres Cruces, y emprendió el ataque de frente y por un flanco. Bastó esto para poner en completa confusión y desorden a la masa de gente que se habia propuesto disputarle el paso. Los patriotas abandonaron el campo procurando rehacerse y presentar nueva línea de batalla en Amiraya; pero fueron igualmente atacados, se dispersaron y desaparecieron *como una nube batida por el viento*.

Diáz Vélez abandonando artilleria y municiones, emprendió otra vez el camino de Potosí, con los diminutos restos del ejército de la patria, que pudo salvar. Sucedía esto el 13 de agosto.

Amiraya, a la que los vencedores llamaron batalla de Sipesipe, fué el esfuerzo audaz de los valerosos hijos de Cochabamba, los que no pudieron como en Aroma, destrozar las bien disciplinadas huestes peninsulares, sucumbiendo antes la táctica militar, disciplina y las armas demasiado superiores a las suyas que tenia el ejército enemigo.

Goyeneche y Rivero.—El 15 de agosto entraba Goyeneche pacíficamente en Cochabamba, después de haberlo anunciado así la víspera a la junta provincial gubernativa, en contestación al oficio que esta le pasó, manifestándole el deseo de que las cosas se restituyan a su antiguo estado, para que todos vuelvan al dulce placer de sus hogares. Goyeneche se mostró esta vez no sólo indulgente sino magnánimo; queria borrar con su conducta la fama que le había quedado por su comportamiento en La Paz. «Se me ha pintado, decía en su precitado oficio, con los más vivos colores de la crueldad y de la execración....... Desde este momento cesan todas las hostilidades, y las subordinadas tropas de mi mando observarán religiosamente las órdenes que ya tengo comunicadas para tan saludable objeto».

Fué así en efecto que Goyeneche no persiguió a nadie, y uno de los primeros a quienes con su conducta logró atraerse, fué al ya célebre don Francisco Rivero, a quien reconoció en su grado de coronel y le dió colocación en la plana mayor. Rivero tenia un corazón sano, un espíritu recto a la vez que sencillo y un amor al bien procomunal sin límites (1). Fué muy halagado por Goyeneche, que en vez de perseguirlo entró con él en las mejores relaciones, concluyendo por mandarlo más tarde de gobernador intendente.

Tiempo después, cuando volvió a revolucionarse Cochabamba, Rivero fué depuesto por sus compatriotas, y cayó en el más profundo abatimiento.

Cuando don Estéban Arce contestó a la nota que le habia dirigido Pueyrredón, ordenándole que recoja el despacho de general que habia conferido a Rivero el gobierno de Buenos Aires, del cuartel de Tarata, con fecha 1º. de marzo de 1812, le decia lo siguiente: «Cumpliendo la superior orden de U. S. en su oficio de 22 de enero último, se han recogido a poder del señor prefecto de provincia don Mariano Antezana los despachos de coronel y brigadier con que la excelentísima junta de la capital de Buenos Aires se sirvió condecorar a don Francisco del Rivero, y por el gobierno se procede con rapidez en el seguimiento de su causa; *su actual situación me consterna*, y deseo que en las justificaciones que produjese a su tiem-

(1). Urcullu confundiendo los sucesos dice que Rivero quedó de gobernador intendente puesto por Goyeneche. Fué más tarde que volvió mandado por éste.

po, haga ver que sus procedimientos, perjudiciales a su primera opinión, no tuvieron por origen la depravación de su voluntad».

Así acabó Rivero su carrera pública. El que fué aclamado héroe, desapareció del cielo de la patria para sepultarse en la oscuridad y el olvido. Aunque su gloria brilló como un meteoro, le sobrevive y le asigna un distinguido puesto entre los promotores de la independencia de América.



CAPITULO SEPTIMO

1811—1812. El indígena Cáceres, sus proyectos, la sublevación de indios en el norte y su asedio a La Paz.—La irrupción de Pumacahua y Choquehuanca, y las escenas de sangre en Potosí.—Viaje de Castelli a Buenos Aires y su última palabra a las juntas provinciales; juicio sobre Castelli y su muerte: Pueyrredón sale de fuga de Potosí, llevándose los caudales de la Moneda.—Llega Goyeneche a Potosí, nombra presidente de la audiencia al general Juan Ramírez, y manda una división a Chichas a órdenes de Picoaga.—Montevideo foco de la reacción española, y el estado de la revolución en Buenos Aires.—Nueva revolución en Cochabamba; el coronel Estéban Arce ataca la plaza de Oruro y es rechazado; se repliega con sus fuerzas a Cochabamba; el brigadier Rivero enviado de Goyeneche.—1812. Batalla del 12 de enero en el rio Suipacha.—Medidas administrativas de Goyeneche; en Chuquisaca tomó la plata labrada de las iglesias.—Expedición del coronel Astete sobre Cochabamba y su retiro a Potosí.

El indígena Cáceres, sus proyectos, la sublevación de indios en el norte y su asedio a La Paz.—Otros sucesos extraordinarios se desarrollaban entre tanto al norte y sud. Juan Manuel Cáceres, indio de raza pura, habia sido hecho escribano de la junta tuitiva de La Paz; restablecida allá la autoridad realista, Cáceres andaba prófugo por las inmediaciones,

pero sin dejar de traer revueltas algunas parcialidades de indios. Fué tomado y remitido preso a Chuquisaca, habiendo sido sentenciado a la horca por Goyeneche. Con el arribo de Castelli salió de la cárcel, y tomó a pechos la predicación a los indios sobre el tema con que el representante tenia llena la cabeza. Cuando éste se dirigió a La Paz, Cáceres fué escoltando el ejército con las masas de indios que pudo reunir, los cuales no dejaban de prestar a los patriotas alguna ayuda para los trasportes, aunque por lo general servian de estorbo.

Las ideas y proyectos con que Cáceres seguía el ejército de la patria, eran muy otras que las de apoyarle. Se proponía trabajar por su cuenta, sublevar a los indios, venza quien venciere, caer con ellos sobre el ejército victorioso, restablecer el imperio de los incas, proclamarse él sucesor de éstos, y entrar así en una guerra de castas. Era un segundo Tupac-Amaru sin sangre real.

Mientras los dos ejércitos se mantuvieron afrontados a las márgenes del Desaguadero, Cáceres permanecía a la espectativa, girando entre Ayoayo y Calamarca, esperando el momento oportuno. Después de la derrota del ejército de la patria, aun no se atrevió a levantar su bandera, porque temió la prepotencia del ejército realista; más luego que este se internó con dirección a Cochabamba, sublevó a los indios de Sicasica, Omasuyos, Larecaja y Pacajes; derrotó la guarnición del ejército de Tiquina, que la pasó casi toda a degüello, se apoderó de dos culebrinas que allá habia, y de los fusiles que pudo, y puso a La Paz en asedio, no obstante que aun seguia gobernándola don Domingo Tristán, por la patria (1).

El teniente coronel don Pedro Benavente, que habia quedado de resguardo en el Desaguadero, se propuso librar a la ciudad de la apretura extrema en que se encontraba, y se encaminó a ella con toda la tropa de que podia disponer. Avanzó, llevando por delante a los amotinados, hasta la serranía de Collocollo, cuyas alturas coronaban los indios en negros cordones. Quisieron éstos impedirle el paso, y le hicieron fuego de fusileria y de las piezas de artillería que poseian, y más que todo le acometieron con hondas y galgas. Continuaba sin embargo Benavente forzando la altura; los indios confiados en su

---

[1]. Don Juan Ramírez, nombrado por Abascal, no llegó a tomar posesión; siguió al lado de Goyeneche a Cochabamba, y luego fué nombrado presidente de Charcas.

inmenso número, quisieron envolverle, rodeándole y acometiéndole por retaguardia; pero bien prontro se deshizo de este peligro, desprendiendo una columna que acometiera a los indios que le amagaban por detrás. La carniceria fué espantosa; los indios llenos de terror huyeron en todas direcciones.

Al día siguiente pudo Benavente continuar su marcha a La Paz, teniendo siempre que llevar las armas en la mano, para rechazar las turbas de indios, que unas tras otras se iban presentando, capitaneadas por Cáceres y Tito-Kocha. Llegado ya a la altiplanicie, los ataques que tuvo que sostener fueron más recios, pero más fácilmente rechazados por las armas de fuego. Bien pronto se presentó también en los altos de La Paz, Lombera, enviado por Goyeneche con una división a apaciguar el alzamiento de los indios, que viéndose acometidos por todas partes, se dispersaron y volvieron a sus hogares, quedando de ese modo restablecida la tranquilidad en aquellos partidos, mientras que Pumacahua causaba nuevos horrores en Sicasica, Carangas y Paria.

La irrupción de Pumacahua y Choquehuanca, y las escenas de sangre en Potosí.—Luego que el virrey Abascal supo la sublevación de los indios, dispuso que marchara contra ellos, desde el Cuzco, el cacique de Chincheros, Pumacahua, que en la sublevación de Tupac-Amaru habia tomado el partido del rey. A los indios que pudo reunir Pumacahua, que eran más de tres mil, se juntaron los del cacique Choquehuanca, que eran casi otros tantos, y ambas turbas reunidas hicieron una irrupción horrorosa tomando la dirección hacia el sud, mientras Benavente, marchando al este se ponía sobre La Paz. Muertes, incendios, atrocidades de todo género, marcaron en todas partes el paso del terrible Pumacahua.

Escenas espantosas de sangre se verificaban a la vez en Potosí. Pueyrredón, luego que supo la marcha de Goyeneche sobre Cochabamba, sin pérdida de tiempo se trasladó a aquella ciudad, escoltado por 140 jóvenes de Chuquisaca, que voluntariamente se ofrecieron a seguirle. Entre ellos habia no pocos de las principales familias. Muchos de los dispersos de Huaqui fueron también a recalar a Potosí; Pueyrredón los hizo subir hasta novecientos. Un dia, el 5 de agosto, se presentó uno de estos en la plaza, en mal estado de embriaguez. Encontró un grupo de

gente del pueblo; quiso hacerse lugar violentamente entre ellos, ostentando superioridad. Como resistiesen, arrancó del cinto un puñal y comenzó a darles de cuchilladas; volteó a uno de una puñalada en el pecho; levantóse éste lleno de furor al verse bañado en sangre, y de una pedrada deshizo la mandíbula de su agresor y le derribó en tierra. A este alboroto acudieron otras gentes del pueblo y ótros soldados, y se armó una bolina espantosa. Otro soldado cayó muerto al golpe de otra piedra. Llenos de furor se retiraron los soldados a armarse en sus cuarteles, de donde salieron haciendo fuego sobre el pueblo, desde la calle de la Ollería; cayeron algunas víctimas, y esto mismo irritó al pueblo, que cada momento se hacia más numeroso; se armó de palos, piedras, cuchillos y de cuanto pudo haber a las manos, y acometió a los porteños con tal ímpetu, que los hizo retroceder y meterse en sus cuarteles; allá mismo los atropelló la muchedumbre, matando a cuantos caian a sus manos.

Tuvieron los soldados que fugar y ocultarse; no por eso quedó apagado el frenesí de la multitud, que anduvo por las calles buscándolos y arrancándolos de las casas donde sabia que se habian ocultando. La noche misma no puso fin a la matanza, que aun continuó a la mañana siguiente, hasta que los vecinos pacíficos acudieron a sacar en procesión a la venerada imagen del Rosario, que la llevaron por los barrios más tumultuosos. Otra procesión, con el mismo objeto, hicieron con el Señor de la Vera Cruz, de San Francisco a la Matriz. Sólo así pudo aplacarse el frenético furor del pueblo. Quedaron tendidos ciento cuarenta y cinco cadáveres de porteños, y entre heridos y muertos solo catorce de los paisanos (1).

Es increible que ni el ayuntamiento, ní la junta de gobierno, ni el mismo Pueyrredón hubiesen hecho nada por contener tan cruel matanza, que duró tantas horas. Este último se disculpaba con que no encontró soldados con quienes contar, porque unos fomentaban la revolución, y otros se ocultaban en las casas, por temor. Pero

(1). Don Modesto Omiste (Memoria histórica, etc. de 1811) hace culpable al clero del suceso que hemos referido. Para esto seria preciso que con testimonios irrecusables hubiese demostrado o que el clero azuzó al pueblo, o siquiera intervino en provocar la reyerta que originó el conflicto. Pero atribbuir al clero o a algunos curas un suceso en que no habia premeditación, ni combinación de ningún género, y que tuvo un fin tan trágico y sangriento por la inprudencia y orgulloso atrevimiento de los soldados, sólo puede hacerlo un espíritu muy prevenido y falto de todo criterio.

¿no tenia a su disposición el cuerpo de Dragones de La Plata? ¿No tenia tantos oficiales sueltos con quienes poder amainar al pueblo?

Todo lo que hizo fué formar sus tropas en la plaza el dia 8 (Modesto Omiste dice el 7; pero Castelli señala el 8), convocar allá mismo al pueblo y hacer que unos y otros se den un abrazo de reconciliación; acto teatral que no pudo producir la unión de afectos, como hubo ocasión de verlo bien pronto.

Viaje de Castelli a Buenos Aires y su última palabra a las juntas provinciales; juicio sobre Castelli y su muerte.—Luego que Castelli supo lo ocurrido en Potosí, armó precipitadamente su viaje a Buenos Aires, evitando el tocar en aquella ciudad, cuyas iras habia provocado tantas veces.

Los desmanes cometidos en Potosí por el ejército de Castelli el año 1810, han sido enumerados por el potosino don Modesto Omiste, que dice:

«Desgraciadamente para la causa proclamada, el ejército argentino vino en tal estado de desmoralización y de engreimiento, que sus violencias y desmanes contínuos produjeron una funesta reacción, convirtiendo las simpatías del pueblo en odio profundo. Todas las noches se perpetraban crímenes atroces por los soldados del ejército auxiliar. A don Francisco Lacoa lo asesinaron cruelmente por arrebatarle un cabriolé de bayeta, en la esquina de Inisguaicho; a una señora Terán la robaron cuanto tenia, so pretexto de patrulla o requisa; a un beneficiador de metales, llamado *Chuñito*, le dejaron por muerto de un sablazo en la cabeza; a Faustino Velarde le asaltaron en la calle y le despojaron de cuanto llevaba; a otro, llamado el *Catalán*, le dieron siete puñaladas, por haber salido en defensa de su mujer, a la que pretendian violar.

«Estos crímenes, unidos a su impiedad, y a su irreligión, que manifestaban plena relajación de costumbres y extravio completo del sentimiento moral, no produjeron otro resultado que desacreditar la causa de la patria, hacerla odiosa para el pueblo, comprometer el éxito de la revolución, y provocar colisiones armadas, despertando en el pueblo el pensamiento de una terrible y sangrienta venganza, como la que tuvo lugar el 5 de agosto del año siguiente, con la inolvidable *matanza de los porteños*» (1).

[1]. Memoria Histórica sobre los acontecimientos políticos ocurridos en Potosí en 1810. M. Omiste.

El general argentino, don José María Paz, en sus *Memorias*, recuerda esta ira del pueblo de Potosí, al referir la acogida que dicho pueblo hiciera el año 1813 al ejército de Belgrano, que después de la victoria de Salta, vino al Alto-Perú en busca del ejército de Goyeneche. Dice así:

«Sin embargo las demostraciones de alegria por nuestra llegada (mayo 7), no fueron menos ruidosas y expresivas, bien que tenían otro origen, fuera del patriotismo, que podia influir en algunos. Este origen era el miedo, o mejor dicho, estaba en los reproches de su conciencia; no se habían cumplido aún dos años que ese mismo pueblo, que tanto aplaudió nuestra entrada, se habia cebado, con el furor de la demencia, en los restos del ejército derrotado en el Desaguadero: la sangre de cien soldados, mezclada con la de más de doscientos cholos, que inmolaron aquéllos en su defensa, habia corrido con profusión. Temía, pués la población de Potosí, que recordásemos ese agravio, y quiso hacerlo olvidar a fuerza de obsequios.

«No eran estos precisos, porque en esa época, la disciplina del ejército era admirable, además de que nuestro carácter nacional es demasiado generoso; nadie se acordó de lo ocurrido, y no llegó a mí noticia, un solo acto que pudiese justificar los temores que se habian tenido. Las órdenes del general en jefe eran tan terminantes, que recuerdo de un bando militar que se publicó en el ejército, del que uno de sus artículos estaba concebido en estas formales palabras: «Se respetará los usos, costumbres y aún preocupaciones de los pueblos; el que se burlare de ellos, con acciones, palabras y aún con gestos, será pasado por las armas». El general Belgrano aún no habia llegado, pero el bando y sus efectos le habian precedido.

«El general Díaz Vélez fué alojado en una magnífica casa (la de Linares) que se le habia preparado, y en proporción los jefes y oficiales que habiamos llegado. Se dió un buen baile en su misma casa; y es necesario decir, que la concurrencia no fué lucida, porque no era de lo principal. En cuanto a hombres no se echaba de ménos, por cuanto la suplia la oficialidad; pero en punto de señoras, era muy sensible la escasez. Forzoso es decir, que la aristocracia del Perú nos era desafecta, desde que Castelli, con poquísimo discernimiento, la ofendió, provocando los furores de la democracia. Creo hasta ahora,

que ésta ha sido una de las causas que ha hecho del Perú el último baluarte de la dominación española, y el taller de esos ejércitos, que volaron a todas partes, para conservarla y extenderla».

Principiamos a citar las *Memorias* del general Paz, que narra acontecimientos que presenció, y cuya palabra severa tiene la fuerza de una confesión de parte en los estrados de la crítica y de la justicia históricas. Es lástima que el entónces joven oficial Paz no hubiese venido al Alto-Perú en la expedición de Castelli. Así tendríamos hoy noticias precisas sobre las extorsiones y expoliaciones de esa soldadesca auxiliadora de la libertad de las provincias altas.

Sin embargo, como de paso, en varios puntos de sus *Memorias*, el general Paz condena la conducta de Castelli. Hablando de los contrastes que sufrieron las armas argentinas bajo las órdenes del general Belgrano en el Alto-Perú, dice:

«En las retiradas que fueron la consecuencia de esos contrastes, desplegó siempre (Belgrano) una energía y un espíritu de orden admirables (1); de modo que, a pesar de nuestros reveses, no se relajó la disciplina, ni se cometieron desórdenes. No fué asi en otras retiradas, como la del Desaguadero y Sipesipe, en donde hubo escándalos de todo tamaño, porque desbandada la tropa, solo se vino a rehacerse después de ochenta y aún más de cien leguas. De ahi provinieron esos horrorosos combates, ya individuales, ya en escala mayor, entre el paisanaje y los indios por un lado, y los soldados que habian roto el freno de la obediencia, por otro; los unos, por defender sus personas y propiedades, los otros, por invadirlas, los que hasta cierto punto eran disculpables; pues, no marchando en cuerpo, no habiendo distribuciones regulares para satisfacer sus necesidades, habian de pedir o quitar, y ya se deja entender el camino que esto abria a los abusos» (2).

En otra parte, (pág. 89) juzgando el general Paz a Goyeneche, dice:

(1). Recuerdo que al día siguiente de la derrota de Ayohuma, hizo formar en círculo, después de la lista, los menguados restos de nuestro ejército, y colocándose en el centro, rezó el rosario, según se hacia ordinariamente. Fuera de los sentimientos religiosos que envolvia esta acción, queria hacer entender. que nuestra derrota en nada habia alterado el orden y la disciplina.

(2). Memorias póstumas del General José María Paz, pág. 17. T. primero. Segunda edición.

«Y ¿qué diré de su mérito militar? Que era muy limitado. Todas sus campañas, todos sus sucesos, todas sus victorias, más fueron debidas a la impericia de sus adversarios, que a sus propios talentos. La acción de Huaqui, es la que figura en primera línea entre sus hazañas, y todo el mundo sabe que no hubo acción, ni combate, ni batalla, ni cosa que merezca este nombre. En Yuraicoragua, en donde por nuestra parte mandaba el general Viamont, y por la enemiga, el general don Juan Ramírez, fué donde se puede decir que se combatió en ese día desgraciado, y en esa acción funesta, a que damos generalmente el nombre de acción del Desaguadero. La batalla de Amiraya, contra los cochabambinos, fué una farsa, como lo fué también después, la de Pocona, y la toma de la capital de aquella provincia».

Volvamos al viaje de Castelli, en desastrosa retirada a Buenos Aires, quien desde Caiza dirigió, el 15 de agosto de 1811, su última palabra a las juntas provinciales; es una queja «de la desgracia que hizo traición a sus justas esperanzas», y de la «serie de contrastes más funestos que la jornada del 20 de junio». «Después de la criminal conspiración del pueblo de Oruro, nada ha puesto a la patria en contrastes más dolorosos que el suceso del 5 en la villa de Potosí». Por último nada dice sino «que se dirige a conservar los puntos que en todo evento puedan interesar nuestra atención». El y Balcarce fueron sometidos a juicio por la junta de Buenos Aires por el descalabro de Huaqui.

Castelli debiera responder de todos sus actos, desde el primer paso que dió en el Alto Perú. Hombre de carácter duro, aferrado en su modo de discernir las cosas, sin tino político, y con sobrado amor propio para creerse capaz de arreglar él solo el mundo entero, sin cejar un punto en sus propias ideas. Encontró un pais todo unido, e hizo cuanto es dable hacer para dividirlo; exacerbó todas las pasiones, cuando todas las pasiones estaban dormidas. No supo aprovecharse ni cimentar la opinión que se pronunciaba unánime, y sopló sobre todos los resentimientos para dividir a los pueblos en bandos opuestos. Le vino la ruina y el descrédito por usar de un poder despótico y sanguinario, cuando en nada hallaba resistencia, y se quejaba de la desgracia que no era más que su propia obra. Sin comprender, o mejor dicho sin tener para nada en cuenta el carácter suave y las condiciones peculiares de los pueblos que trataba de regentar, se arre-

pentia de haber seguido un sistema de lenidad e indulgencia (1). No estaba satisfecho ni de los cadalsos, ni de las confiscaciones, ni de los destierros inmotivados e injustificables, con que provocó odios y venganzas. Nadie como él tuvo más proporciones para cimentar nuestra independencia, y nadie como él pudo hacerlo peor ni obrar en sentido más opuesto a todos nuestros intereses. Encontró un tesoro repleto, y nos dejó con las arcas barridas; encontró un pais unido en todas sus clases, y en unas sembró los recelos y la envidia, y en otras el odio y la rebelión de castas. Encontró el pais en paz, y lo dejó en una guerra fratricida y terrible. No habia un solo soldado hasta el Desaguadero para sojuzgarnos, y él provocó la invasión de un ejército poderoso para despedazarnos, y como todo hombre cruel es siempre cobarde, fué el primero en huir a centenares de leguas. Murió quemándose la lengua blasfema con un cigarro; debiera haber vivido para contemplar su obra y gozarse en nuestras ruinas.

No quisiéramos que sea tachado de apasionado nuestro juicio sobre Castelli, en el que hemos seguido a monseñor Taborga, y en prueba de ello vamos a citar a dos historiadores argentinos. Don Bernardo Frias (Historia del General Güemes y de la provincia de Salta), dice:

«Castelli como representante oficial de la junta y llevando su palabra la grave autoridad que le prestan las armas, peroraba ardientemente ante aquellos pueblos que salian a bendecirlo a su paso, en tan larga carrera; pero en la verdad de las cosas......aquel campo estaba sembrado ya con las semillas de la revolución en sus entrañas más profundas: de todos los rincones de aquellas montañas, del seno de aquellos valles, al pie de todas aquellas iglesias de parroquias, y de todos aquellos púlpitos, comenzaron a derramarse las nuevas doctrinas que bajaban a los pueblos desde los labios de sus curas. Hombres de virtudes y ciencias crecidas, como lo eran muchos de ellos, habian cosechado en la universidad las luces de la inteligencia, y yacian perdidos en aquellos rincones sin hacer ruido en el mundo, hasta que, en 1810, levantando su voz esparcieron por la patria la influencia más poderosa que se puede tener sobre los hombres; y movieron poblaciones enteras al sostén de la nueva causa, que se anun-

(1). Oficio a la junta de Buenos Aires, de 5 de agosto. M. S. de Rück.

ciaba como una segunda y ansiada redención, mereciendo que contemos entre ellos al doctor Juan Ignacio de Gorriti, en la campaña de Jujuy, al doctor José Miguel de Zegada, por el lado de Tarija, y al doctor Andrés Pacheco de Melo, en Chichas, de quienes hemos hallado memoria........

«Admirábase Castelli al ver como venian a él pueblos enteros encabezados por sus caciques y sus alcaldes, durante su carrera de Humahuaca a Potosí. Llegando hasta su presencia se manifestaban dispuestos a acompañarlo en la guerra que comenzaba, tributando bendiciones al gobierno de Buenos Aires, que les mostraba las cadenas rotas; caian de hinojos ante el representante de la junta como muestra de más expresiva cortesia, juntas las manos y alzados al cielo los ojos para bendecirlo; e invocando al representante de «¡Tatay!» en su lengua quichua, que es como quien dijera: «¡Señor y padre mío!» ¿Quién movia así aquellos pueblos que el representante de la junta creia impulsados por mano invisible que no acertaba a descubrir? Era la misma revolución, cuyo genio habia iluminado al pueblo; la revolución popular, no militar, eran aquellos tribunos ignorados, esos agentes desconocidos y voluntarios, aquellos curas perdidos en el fondo de los valles que habian santificado la causa y movian ahora por ella las poblaciones en masa.......»

Y concluye otro historiador argentino, Agustin Piaggio, así:

«¿Cómo retribuyó Castelli esta adhesión y activo trabajo del clero y de los pueblos que arrastrados por el ejemplo de sus pastores se plegaban a la revolución? Vergüenza nos dá decirlo, que, al fin, somos argentinos: de la manera más impolítica e innoble que imaginarse pueda. Escandalizó a la sociedad con sus orgías y crápula, y provocó la indignación general, escarneciendo el sentimiento religioso, tan arraigado en aquellas comarcas, sin distinción de clases ni de gerarquias.

«No queremos manchar estas páginas, ni es de la índole de ellas el narrar la conducta de Castelli. Quien desee conocerla en sus detalles puede ver la causa que se le formó a este primer argentino, en Carranza» (1).

Pueyrredón sale de fuga de Potosí llevándose los caudales de la Moneda.—Puey-

---

[1]. Archivo general, t. VI y VII, y Facundo Zuviria. El sentimiento religioso.

rredón quedaba aún rezagado en Potosì, sin otro objeto ya que llevarse los caudales que encontró en las arcas fiscales. Después de los acontecimientos del 5, nada temia tanto como recibir la noticia de la entrada de Goyeneche en Cochabamba, que él juzgaba inevitable, antes de haber evacuado la imperial villa. Estrechaba al gobierno de la provincia y cabildo para que le proporcionasen 400 mulas de carga y silla, lo que no era fácil obtener prontamente en ese número, mucho más en aquel revuelto tiempo. Felizmente la temida noticia no llegó sino con mucho retraso, porque habiendo sido sólo comunicada por el correo de Oruro, fué este detenido por una fuerza de 600 hombres de tropas del pais, que Pueyrredón mandó en exploración por aquel camino. Juntamente con la noticia tuvo conocimiento el ex-presidente de que regresaban aquellas tropas sabedoras de lo ocurrido en Cochabamba, y que al dia siguiente entrarian en Potosí. Se redoblaron con esto sus apuros y temores, porque recelaba que uniéndose aquella gente con el pueblo se opondrian al trasporte de los caudales. Guardó el mayor sigilo sobre la noticia del contraste, y resolvió partir aquella misma noche, por la deserción de los granaderos de La Plata, que era el apoyo más seguro y respetable con que contaba (1).

Con la reserva posible a las doce de la noche hizo conducir las mulas a la Moneda, y comenzó inmediatamente la operación de cargarlas. Eran noventa mulas, tomadas por fuerza a los arrieros, y «otras más», según expresión del mismo Pueyrredón. En ellas pudo trasportarse medio millón de pesos; pero como gran parte de los caudales estaba en oro, la cantidad pudo ser mucho mayor; alguno la fija en 600,000, y no falta quien la haga subir a 800,000. Carecemos de datos para designar la cifra precisa. A las cuatro de la mañana del 25 de agosto, el cargamento estaba dispuesto a partir.

En efecto, pocos momentos después desfilaba por las

(1). Es el mismo Pueyrredón quien asevera la tal deserción pocas horas después de recibida la noticia del suceso de Cochabamba. Urcullo [Apuntes para la hisioria de Bolivia] nada dice de tal deserción, antes bien asevera que murieron en la retirada de Pueyrredón Ignacio Orgaz y Pedro Romero, que pertenecieron al cuerpo de granaderos de La Plata. Pueyrredón, en su relato confirma la muerte del primero, y dice que era su ayudante. Siendo escasas las fuentes de información de aquel suceso, hay que aceptar el parte que dirigió Pueyrredón a la junta de Buenos Aires, de Campo Santo, 4 de octubre de 1811.

interminables calles que hay que atravesar para tomar la cuesta del camino de la Lava. A retaguardia iban los 45 hombres de linea de que podia disponer Pueyrredón y dos compañias de reclutas de Cinti, que habian llegado días antes, y a los que tuvo cuidado de dar los morriones y armamento que dejó abandonados al escuadrón de Dragones.

Apenas aclaraba el día, cuando la caravana salvaba ya el riesgoso paso de frente al Real Socavon. Comenzaba a despertar el pueblo, y advirtiendo lo que pasaba, acudió a todos los campanarios a tocar a rebato; se juntó la multitud, toda desarmada, corrió a apoderarse de los siete cañones que habian quedado abandonados en la plaza, porque no eran de plata ni de oro. Los arrastró y se precipitò con ellos en alcance de los fugitivos, que con las dificultades consiguientes iban adelantando en la interminable cuesta. Llega la muchedumbre a la altura del Real Socavón, carga los cañones, va a dispararlos sobre la caravana, se empeña inútilmente: estaban clavados. Acomete entonces con piedra y honda; miles de indios trabajadores del cerro acuden a la misma faena. Pueyrredón, para hacer bulto, forma en dos alas a los cinteños, despliega en guerrillas a su gente veterana, y contesta con mortífero fuego, a la piedra, inofensiva por la distancia. Mientras avanzan las cargas, logra así contener a la multitud; pero esta no ceja; como enjambre de abejas acometido en su panal, quiere a toda costa arrebatar el tesoro extraido con su sudor de las entrañas de la tierra. Acomete una y cien veces a los soldados, que otras tantas se paran firmes haciendo fuego, y la obligan a retroceder. Las sombras de la noche y una lluvia copiosa pusieron término a esa lucha desigual y desesperada. De parte de los fugitivos solo hubo tres contusos; de parte del pueblo muchísimos muertos.

Pueyrredón continuó su viaje lleno de penalidades y sobresaltos, pero sin otra novedad que un lijero tiroteo en el rio San Juan, donde mató a algunos de los contrarios, y mandó quemar y saquear las casas de los cabecillas. De allí se dirigió a Tarija, donde, con la noticia de la derrota de Huaqui habia ido en comisión, enviado por la junta de Charcas, el admininistrador de tabacos de esta capital, don Pedro José Labranda y Salveri, a pedir auxilio de gente y conducirla a Potosí. Sabedor este funcionario de la aproximación de Pueyrredón, salió con el coronel don Martín Gómez a ofrecerle su au-

xilio; pero no encontrándolo por el camino que habian tomado, volvieron desde Tojo con precipitación, y en las inmediaciones de Tarija se reunieron con los conductores de los caudales.

Solo en Tarija respiró Pueyrredón, según su informe, pues dice que «entónces fué cuando pisó el primer pais de amigos»; allí renovó sus mulas como pudo, y siguió su viaje por Orán. Apenas estaba a las cinco leguas de la villa de Tarija, cuando se conmovió el pueblo e hizo un cabildo abierto para tratar de quitarle los caudales, y la junta de gobierno hubo de poner grande empeño para calmar la tempestad.

Por fin llegó Pueyrredón a Campo Santo, de donde se dirigió a la junta de Buenos Aires, satisfecho de haber salvado su rico botin, nada más que a costa de unas cien vidas.

En su parte a la junta de Buenos Airee, Pueyrredón, recomienda el patriotismo de Chuquisaca y de Cochabamba, y señala como centros realistas Potosí y Oruro, donde la revolución se habia hecho impopular. A la verdad, que tal era la situación del Alto-Perú, cuando habia sido destrozada la primera expedición auxiliar argentina, que en lugar de prestar un servicio al país lo dividió profundamente. Nos parece que al respecto está casi en lo exacto el historiador argentino, López, cuando dice: «Por rivalidades lugareñas de vieja data habia sucedido que en Potosí y Oruro predominase el partido realista, mientras que en Chuquisaca y Cochabamba era casi universal el sentimiento patriótico de la independencia. En las dos primeras villas, el común se componia de mineros acaudalados, españoles en su totalidad cuyas opiniones daban el tono a los demás; mientras que en las ciudades del centro predominaban los comerciantes, los rentados territoriales, los abogados y los estudiantes, más inclinados por situación y por ideas a una causa de emancipación y de movimiento social como la de la revolución argentina» (1).

Llega Goyeneche a Potosí, nombra presidente de la audiencia al general Juan Ramírez, y manda una división a Chichas a órdenes de Picoaga.—Dejando de gobernador de la provincia de Cochabamba, a don Antonio Allende, hom-

[1]. Hist. de la Rep. Arg., tomo IV, pág. 71.

bre bien quisto, y con una guarnición de cien hombres, al mando del comandante Santistevan, Goyeneche se movió con su ejército sobre Potosí, atravesando los fragosos senderos de Chayanta. Llevaba consigo el prestigio de sus victorias, y el de las bayonetas de un ejército relativamente formidable, a la ciudad que se habia mostrado menos adicta al ejército porteño: no es pues de extrañar que se le hubiese recibido con aparatosa pompa.

Como era natural, Goyeneche hizo de Potosí su cuartel general y la base de las operaciones militares, con que se proponía llevar la guerra a las provincias del Rio de la Plata. Después de proveer al gobierno de Chuquisaca, nombrando de presidente de la audiencia al general don Juan Ramírez, fijó toda su atención en preparar la nueva campaña que meditaba, y para desembarazarse de los últimos restos del ejército de la patria que aún ocupaban el partido de Chichas, mandó una división a las órdenes de Picoaga.

Diaz Vélez tuvo que repasar precipitadamente La Quiaca, y Pueyrredón que habia sido nombrado para suceder a Balcarce en el mando del ejército, se vió precisado desde Jujuy a ordenar la quema de los campos y el degüello de los animales, a fin de contener la marcha del enemigo. No se llevó a efecto esta orden bárbara, porque Picoaga no siguió adelante con la persecución, ya no pasó de Yavi.

Montevideo foco de la reacción española, y el estado de la revolución en Buenos Aires.—La revolución se presentaba con mal aspecto. A las puertas mismas de Buenos Aires, Montevideo era el foco constante de la reacción española, y aunque habia prendido en la Banda Oriental la chispa revolucionaria, las divisiones intestinas que luego se produjeron, dividian la atención y debilitaban las fuerzas del gobierno. Este mismo habia experimentado trastornos que embarazaban su acción. Reunidos los diputados de las provincias argentinas, habian exigido y obtenido su incorporación en la junta de gobierno, resultando así un cuerpo monstruoso de diez y nueve miembros, cuando más que nunca se necesitaba la unidad de plan y la pronta expedición para atender a las exigencias de la guerra.

Una revolución tumultuosa produjo luego la exclusión de los antiguos miembros que componían la junta,

con excepción de Saavedra, que continuaba como presidente de ella. Otra evolución pacífica dejó el poder ejecutivo en manos de Chiclana, Passo y Sarratea. Esta junta, en cuya constitución ninguna parte tuvieron las provincias del Alto-Perú, tomó el nombre de gobierno supremo provisional. Uno de sus actos fué el extrañamiento de los mismos diputados de quienes recibiera el poder. Todas estas oscilaciones perjudicaban la acción y desprestigiaban la autoridad del nuevo gobierno, aunque se manifestaba enérgico en sus actos, para domínar la difícil situación en que se encontraba,

Estas innovaciones verificadas en poco más de un año producian en los pueblos interiores desconfianzas y vacilaciones, en la crísis porque atravezaban. Se despertaban a la vez las pasiones anárquicas que bien luego iban a cubrir de un lago de sangre el suelo argentino. Un poder vacilante siempre ¿cómo podia dar actividad. a su política y vigor a las operaciones militares? Hemos dicho que el nuevo gobierno era enérgico; pero esto no basta. La energia estalla ante los obstáculos, que sólo la fuerza, es decir la alta representación del poder en su acción física y en su ascendiente moral, puede superarlos.

Añádase a todo esto los embarazos y aún peligros que rodeaban a la capital del virreinato. El Paraguay habia resistido a sus armas y se presentaba con exigencias descentralizadoras; las naves españolas se enseñoreaban de las aguas del Plata; la princesa Carlota movia nuevas intrigas para colmar su ambición; las tropas portuguesas situadas sobre la frontera del Brasil se encontraban prontas a invadir la Banda Oriental. Montevideo resistia armado al gobierno de Buenos Aires. Y para hacer la situación más penosa, bajo todos respectos, el ejército auxiliar quedaba reducído a unos cuantos centenares de tropas desmoralizadas, que a su paso por el Alto-Perú, y mucho más en su fuga, habia excitado la animadversión de las poblaciones.

Sobre todo esto, el representante de la junta de Buenos Aires, con su política errada y nada sagaz, habia provocado una reacción poderosa en la opinión de las clases más influyentes por sus riquezas y posición.

Tal era el campo abierto delante de Goyeneche: lejos de encontrar obstáculos serios a la prosecución de su marcha triunfal, todo parecía concurrir a su victoria definitiva. Un acontecimiento inexperado vino a frustrar sus planes y a detenerlo a la mitad de su carrera: la revolu-

ción de Cochabamba, que volvió a inflamar el incendio en el centro de nuestras provincias.

Nueva revolución en Cochabamba: el coronel Estéban Arce ataca la plaza de Oruro y es rechazado; se repliega con sus fuerzas a Cochabamba; el brigadier Rivero enviado de Goyeneche.—El coronel don Estéban Arce puso en armas la populosa subdelegación de Cliza, y con una enorme masa de gente cayó sobre Cochabamba el 29 de octubre de 1811. Allende, sin combatir, entregó el mando y la guarnición. Bien luego se estableció una junta de gobierno compuesta de cuatro vocales, bajo la presidencia de don Mariano Antezana (1). Arce quedó de comandante general de las fuerzas que comenzaron a organizarse a toda prisa. Lo que más falta hacia eran armas, y para suplirlas se inventaron los célebres cañones de estaño, de los que el general Paz y otros contemporáneos hacen la descripción siguiente: Un cañón de nueve pulgadas de largo, con el oido reforzado con un botón de bronce, calibre de dos onzas, y peso de cinco libras dos onzas. Los muñones se aseguraban en una orqueta a la altura del hombro. Estaban pues destinados a suplir el fusil. Fuera de estos parece que se fabricaron también otros cañones de mayor calibre y peso para emplearlos en la artilleria. Unos y otros se vaciaron en estaño, por la abundancia del metal y facilidad de la fundición. Otra de las industrias de que se valió el genio cochabambino, fueron las granadas de mano, que se fijaban al extremo de una cuerda, con cuyo auxilio se las arrojaba a distancia, como con una honda.

Antes de un mes se encontraba Arce a la cabeza de tres mil caballos y doscientos infantes en disposición de invadir a Oruro. Desde Paria intimó rendición a la plaza guarnecida de trescientos o cuatrocientos hombres de línea. El coronel Socasa, que era el jefe de estos, prendió a los emisarios, que fueron don José Alban y el presbítero don Carlos Muriel, ahorcó el mismo dia al primero, y echó en un calabozo al segundo.

(1). Urcullu y Luis M. Guzmán ponen por vocales a don Casimiro Escudero, don Pedro Miguel Quiroga, don Juan Antonio de Arriaga, y don Toribio Cano. Sánchez de Velasco [Memorias M. S.] difiere completamente, pués designa a don José Miguel Cabrera, don Francisco Vidal, don Mariano Salamanca y don Manuel Vélez. Esto nos hace presumir que tal vez hubo algún cambio en el personal.

Irritado Arce con esta conducta tan fuera de las leyes de la guerra como de la humanidad, se propuso llevarlo todo a sangre y fuego, y ordenó a sus mal disciplinadas huestes el saqueo de la cíudad y el degüello de toda persona mayor de siete años. Esto mismo cedió en su daño, porque la población entera se levantó contra él y le resistió con todas las armas de que pudo disponer, entre las que se contaban dos culebrinas.

Las tropas de Arce circunvalaron la plaza, el 16 de noviembre de 1811, y la acometieron a la vez por todas las boca calles. Se trabó un combate de los más recios y obstinados; los cochabambinos iban ganando terreno y estrechando a los contrarios, cuando un repique general de campanas los puso en confusión, que luego se convirtió en precipitada fuga. Es que sorprendidos con aquella extemporánea señal de alegria, se preguntaban unos a otros la causa, hasta que a alguno se le ocurrió que no podia ser sino que desde las torres habian visto la aproximación de las fuerzas conducidas por Lombera en socorro de la plaza; la noticia corrió de boca en boca como evidente, y produjo la derrota, cuando Lombera aun no habia salido de La Paz.

Entre tanto Goyeneche, antes de emplear la fuerza, se habia propuesto otros medios de pacificación. Envió al brigadier Rivero, creyéndole aún influyente, para que con la persuación desarmase a sus paisanos. Sucedió lo contrario: Prendieron a Rivero y le sujetaron a estrecha prisión, y si no le sucedió cosa peor fué por consideración a sus antiguos servicios; más, con este motivo, aprisionaron a otros muchos, que creyeron realistas, o que de algún modo se hicieron sospechosos. De ellos, unos fueron confinados a Yuracarees, y otros continuaron presos en la cárcel (1). La insurrección de Cochabamba, no obstante el contraste de Oruro, se ensanchaba cada día y tomaba un aspecto amenazador; Goyeneche no pudo atender con el grueso de sus tropas a sofocarla, porque nuevos acontecimientos en las fronteras del sud exigieron su permanencia en Potosí.

1812 Batalla del 12 de enero en el rio Suipacha.— Diaz Vélez con más de ochocientos hombres de las tres armas, vino sobre Yavi, donde aun permanecía Picoaga, quien no quiso empeñar un combate por la inferioridad de sus fuerzas, y se replegó a Tu-

(1). Memorias de Sánchez de Velasco. M. S.

piza. Con el refuerzo de 400 hombres que tenia en este punto y los 800 que trajo de Yavi, contramarchó el jefe realista, y fué a colocarse en la margen izquierda de Suipacha. Como el objeto que se proponía Días Vélez era proteger el levantamiento de Cochabamba, no tardó, en adelantarse, y vino a campar en Nazareno, a la margen derecha de Suipacha. El 12 de enero de 1812, se decidió el general porteño a atacar la vanguardia del ejército realista en sus mismas posiciones; para lo cual era preciso que vadease el río, bastante crecido por la estación lluviosa. Bajo el fuego mortífero de la infanteria y artilleria enemiga, se habia propuesto verificar el pasaje, más una creciente repentina se llevó a muchos soldados y dejó a los demás en la imposibilidad de atraversarlo. La pérdida de los patriotas fué enorme, pues fuera de los que se llevó el rio y de los que quedaron tendidos en el campo, tuvieron 140 heridos.

Por la misma creciente, Picoaga sólo seis dias después se encontró en disposición de moverse en persecución de los patriotas. Iba a hacerlo, cuando llegó el mariscal don Pio Tristán, y le mandó suspender la marcha hasta que se incorporara el batallón Abancay, que estaba próximo. Diaz Vélez tuvo que retirarse, sin aguardar el ataque, y fué a situarse a Humahuaca, 45 leguas adelante. El convoy de los heridos no pudo seguirle en la marcha; Tristán lo dejó pasar libremente: acción digna de elogio, que Goyeneche la aprobó después, desde Potosí, en 29 de enero del mismo año de 1812, con estas palabras: «Ha merecido mi aprobación la política y piadosa resolución de U. S. de dejar continuar su marcha a los 140 heridos alcanzados por nuestras partidas, para que sirvan al arribo de sus domicilios, de escarmiento a los que permanezcan con el delirio de la revolución». Con razón dice el historiador Mitre que este rasgo honra a la humanidad.

La correspondencia de Goyeneche con el virrey cayó en poder de los guerrilleros, y fué luego a parar a manos de Pueyrredón; quedó así enterado este general en jefe del plan de Goyeneche, que intentaba reforzar su vanguardia hasta 3,000 hombres e invadir la provincia de Salta. En consecuencia, Pueyrredón levantó su cuartel general de Jujuy y retrocedió hasta Yatasto, 20 leguas más acá de Tucumán. Todo el ejército auxiliar, aun con los esfuerzos que se hicieron por aumentarlo, no llegaba 1,500 hombres.

Medidas administrativas de Goyeneche; en Chuquisaca tomó la plata labrada de las iglesias.—Pocas fueron las medidas administrativas de Goyeneche en Potosí, y más las del terror. Mandó formar proceso criminal sobre tres puntos: 1º. acerca de las decapitaciones de Nieto, Sanz y Córdova; 2º. sobre los confinamientos de los cincuenta y dos vecinos de aquella ciudad; y 3º. respecto a la saca de caudales de la Moneda; hizo desenterrar y celebrar pomposos funerales a Paula Sanz y Nieto; dió premios a los hijos y viudas de los potosinos que murieron en la matanza del 5 de agosto, y a los que mataron a los porteños. Bajo las órdenes del capitán Calvo y con la custodia de doce hombres, enviaba a disposición del virrey a seis presos, entre los que se encontraban los hermanos Nogales; el caudillo Baltazar Cárdenas sorprendió a la partida en el camino del despoblado, en el rio Marquez decapitó a Calvo, y con los presos puestos en libertad y con los soldados que los custodiaban engrosó sus guerrilleros, para asaltar pueblos indefensos, echarse sobre los caudales y bienes que pudiese, y estar en espectativa para exterminar las partidas que se desprendian con algún objeto.

El día 5 de mayo salió Góyeneche de Potosí, con cuatro mil hombres, para dirigirse a sofocar el movimiento revolucionario de Cochabamba, y con el fin de proporcionarse personalmente recursos para su numeroso ejército, entró a Chuquisaca, y a su llegada formó sus tropas en la plaza, y proclamó uno a uno a los cuerpos, repitiendo a todos: «sois dueños de vidas y haciendas». Después desnudó a las iglesias, bajo el título de empréstito, de cuanta plata labrada pudo. La catedral en el espacio de tres siglos habia ido acumulando cuantiosa riqueza. Tenia trece altares cubiertos de mallas de plata, diez arañas, los ambones, el púlpito, eran también de plata, doce enormes hacheros, blandones, andas, candelabros, y tantos otros objetos destinados al culto, eran todos del mismo precioso metal (1).

Dejando en la iglesia el servicio muy preciso, extrajo tantos miles de marcos de plata. Igual despojo hizo de las otras iglesias, comenzando por la de San Felipe (2). Fué este el primer despojo que se hizo a la Iglesia.

(1). En 1803 hubo proyecto para hacer de plata la verja de bronce que circunda la nave central.

(2). De esta sola iglesia se extrajeron unos 600 marcos en cuatro hacheros, diez y seis blandones, cuatro atriles y una lámpara.

Expedición del coronel Astete sobre Cochabamba y su retiro a Potosí.— Como el levantamiento de Cochabamba tomaba creces y se habia extendido no solo a toda la provincia, sino aún a Chayanta, Goyeneche mandó a pacificar este partido al coronel Astete, con un batallón de más de 600 plazas. Arce, luego del rechazo de Oruro, se encaminaba con la mayor parte de su gente a Chayanta, por el camino de Sorasora. En la altura de Huanuni topó con una oompañía que Astete mandaba a Oruro en busca del contingente para el sostén de la tropa, no trepidó en atacarla, no obstante la ventajosa posición en que se encontraba situada. La compañia, al mando de su capitán Venero, resistió valerosamente mientras tuvo municiones, pero concluyéndose estas se vió envuelta en la masa enemiga, y pereció toda, con excepción de solos dos tambores.

Adelantándose Arce sobre el pueblo de Chayanta, entró en acuerdos con Astete, que cediéndole el campo se retiró a Potosí, donde entró con solos 300 hombres habiendo perdido los demás en los combates que tuvo que sostener con los guerrilleros que le salian al paso y con la deserción.

CAPITULO OCTAVO

1812.—El levantamiento de los caudillos y la situación de Goyeneche ante el estado general de la revolución.—Correspondencia cambiada entre Pueyrredón y Goyeneche.—Plan de Goyeneche contra los guerrilleros.—Goyeneche levanta su campamento de Potosí y se dirige a Chuquisaca, donde se prepara para combatir a Cochabamba.—Goyeneche se mueve de Chuquisaca y Arce le sale al encuentro: batalla de Pocona.—Confusión en Cochabamba, el cabildo abierto pide la paz; los caudillos tumultuaron el populacho contra los emisarios.—Entrada de Goyeneche, heroica resistencia del pueblo, saqueo de la ciudad y fusilamiento de los caudillos.—Otras batallas parciales; Goyeneche dicta medidas militares de seguridad de Cochabamba y sale para Potosí.

El levantamiento de los caudillos y la situación de Goyeneche ante el estado general de la revolución.—Fué esta la época (principios de 1812) en que comenzaron a levantarse por todas partes los caudillos que después se hicieron célebres. En el partido de Tomina, los Valdas, naturales de Yamparáez, hacian sus primeras correrias, lo mismo que el terrible Calisaya. Don Miguel Taboada, subdelegado de Mizque, nombrado por la junta de Cochabamba, ponia en efervescencia toda aquella subdelegación, Manuel As-

cencio Padilla, el intrépido y valiente, comenzaba sus ensayos levantando a los indios de Quilaquila, desafiando a las tropas veteranas, desde las ásperas y casi inexpugnables alturas de Chataquila, volando de allá a interponerse entre Chuquisaca y Potosí, para interrumpir las comunicaciones y arrebatar los correos.

Padilla era natural de Moromoro, de hacienda más que mediocre para su condición, tenía su principal fortuna en las arrias con que gratuitamente habia acompañado a Castelli hasta Oruro. Temiendo la persecución de los realistas tomó tan a pechos la causa de la independencia, que bien pronto su nombre llegó a hacerse célebre y a causar terror. Diversas ocasiones se puso su cabeza a precio; otras veces se intentó ganarle con prómesas y dinero, sin que se consiguiera ni atemorizarle con lo uno ni ablandarle con lo otro. Los reveces le daban nuevo brío, los peligros le enardecian más; no conoció el miedo ni las incesantes fatigas le rindieron nunca. Su alma de fuego sólo era templada por el singular cariño de su esposa, casi siempre compañera en sus combates, y por la tierna solicitud por sus hijos, todos ellos muertos en las penurias de sus correrias.

Por la misma época tomaba ya consistencia la revolución en Tarija, que habia ya concurrido con sus escuadrones de lanceros a las batallas de Cotagaita y de Suipacha. El caudillo salteño, don Martin Güemes, se anticipó en 1810 a los movimientos del ejército auxiliar de Buenos Aires que venia en marcha y adelantó sus correrias hasta el Alto-Perú, prestando así servicios distinguidos, pero quedó en Tarija en 1811 cuando la expedición patriota penetró en aquel territorio. Rechazada esta en las líneas de Cotagaita, tuvo que retroceder sin municiones, quebrada y perseguida, hasta que sabedor su general en jefe que 100 soldados de Buenos Aires y otros tantos tarijeños, conduciendo ambos alguna carga de municiones venia a incorporárseles, resolvió hacer pie firme en Nazareno o Suipacha. El que conducia el convoy de Tarija, era el comandante de milicias con el grado de capitán don Martin Güemes, que hacia su aparición en la escena histórica. En tal clase, hallóse en la mencionada batalla de Suipacha, con los tercios tarijeños, en que se salvó la revolución, promoviendo la insurrección del Alto-Perú (1).

Más tarde, hemos visto ya, que, en 1811, estaba or-

(1). Historia de Belgrano, por B. Mitre, t. 2º. p. 263.

ganizada en Tarija la junta subalterna, que, en 13 de julio de aquel año, a la noticia del desastre de Huaqui, dirigió a sus habitantes y milicias, una valerosa proclama, enalteciendo el valor y la constancia de los tarijeños por la causa de la emancipación; y hemos visto también, que cuando el general Pueyrredón, corria en retirada con los tesoros de la moneda de Potosí, encontró en Tarija «el primer pais de amigos», que salvó los caudales del real erario y las fuerzas patriotas que lo conducian. Esto ocurria en los últimos días de septiembre de 1811.

Pequeñas partidas cruzaban el pais en todas direcciones, hacian imposible el tráfico del comercio, ponían en peligro la vida de los transeuntes, se precipitaban sobre los correos e interrumpian toda comunicacion. Si se las perseguia con fuerzas respetables, se daban aviso con fogatas en la cumbre de los cerros, y se dispersaban; si se desplegaban contra ellas fuerzas reducidas, caían sobre ellas por sorpresa, las atacaban, las dispersaban, y casi nunca daban cuartel a los prisioneros.

La situación de Goyeneche no era pues desembarazada. No podia dominar la revolución sino haciendo correr ríos de sangre. Aunque contaba con un ejército respetable, su atención principal se dirigía hacia el sud, donde tenia su vanguardia, con la cual creía, no sin fundamento, poder sojuzgar las provincias del Rio de la Plata. La princesa Carlota redoblaba sus intrigas, y le animaba a avanzar y obrar de acuerdo con Souza, general en jefe del ejército portugués situado en la Banda Oriental. El gobierno de Buenos Aires empleaba todos sus recursos en combatir el peligro más serio y más próximo que le amenazaba por parte del Uruguay, y se desentendía de reforzar las reliquias del ejército auxiliar estacionado en Yatasto.

Correspondencia cambiada entre Pueyrredón y Goyeneche.—En esta situación Pueyrredón abrió comunicación con Goyeneche. Con fecha 23 de febrero de 1812 le decía desde Jujuy:

«La América se ha visto repentina e inculpablemente abandonada a su peculiar cuidado, y tan quimérica es la resolución de la monarquía española en la dinastia de nuestro anhelo, como ilegítima, desautorizada y desvalida la augusta representación que se supone en el congreso de las cortes propiamente extraordinarias y poder ejecutivo de la regencia.......»

Después de esplanar que habiendo la España perdido su carácter nacional, y no debiendo las Américas ser parte integrante del imperio francés, concluye que estaba en el orden natural de las cosas que ellas proveyesen a su seguridad y a su independencia pacíficamente. Luego hace notar la grave responsabilidad que trae una guerra ruinosa y sangrienta, introduciéndose en ajeno territorio, sólo para oponerse a la forma provisoria de gobierno que se haya adoptado, y añade:

«Invadir con implacable irrupción unos pueblos hermanos, alegando especiosamente la provocación de Yuraicoragua, no es otra cosa que manejar estas hostilidades intestinas, por las vengativas reglas de una guerra entre enemigos los más extraños y rivales, sin embargo de haberse divulgado con demasiada notoriedad la transgresión de las órdenes impartidas por el gobierno a los jefes del campamento de Huaqui, para no atentar un paso sobre la línea de demarcación» (1)......

«Hasta ahora, continúa después, no se descubre qué potestad manda y autoriza esta furiosa guerra, ni hay más principio de conciencia que la perspectiva lánguida y feneciente de Cádiz y la Isla de León, al paso que ya están cansadas las prensas de publicar volúmenes acerca del derecho equivalente que tienen las Américas, para erigir juntas supremas, con la independencia que han mantenido Galicia, Valencia, Granada; porque todos convienen en que debemos organizarnos dentro de nuestra casa, para estar al cuidado de ella, y no ser presa de la rapacidad de algún poder extranjero»......

Pinta en seguida el aislamiento en que se encuentra Goyeneche con su ejército, y la opinión y recursos con que cuenta el gobierno del Río de la Plata.

«Hasta ahora, dice también, no se ha echado mano de la propiedad de los particulares, aun por modo de empréstito, y mucho menos con las alhajas del culto, ni de las riquezas de los templos y monasterios, y se cree que la fecundidad de recursos de la capital jamás dará lugar a la vulneración de estas inmunidades que colman de dignidad al gobierno de un territorio, que pudo arrojarse a los despechos, desde que se vió injustamente aco-

(1). En el párrafo que dejamos copiado textualmente, el mismo Pueyrredón desautoriza a nuestros historiadores, que han culpado a Goyeneche de haber él quebrantado el armisticio, como los desautoriza también Goyeneche en contestación privada a Pueyrredón.

metido en todas partes (1). Si estamos de acuerdo en los principios, especialmente en el constitucional de reconocer la monarquía española, siempre que se vea felizmente recuperada en Fernando VII, o algún legítimo sucesor, según las públicas atestaciones del gobierno del Río de la Plata, que nada despacha sin encabezar con el augusto nombre del rey, no me es posible atinar cuál es el juicioso designio de esta guerra. La humanidad y la razón se resisten escrupulosamente de las calamidades que acarrea el efímero progreso de las armas del Perú».

Continúa invitando a Goyeneche a la concordia, y entre otras cosas le dice:

«Está pués en manos de U. S. el economizar la sangre que debe derramarse irremediablemente, y el aplacar a tiempo las concusiones intestinas que de otro modo será preciso que adquieran un cuerpo monstruoso talvez indomable. La reparación de estos males no tiene más que el exclusivo antídoto de la absoluta cesación de hostilidades, siempre que U. S. tenga a bien mandar evacuar esas provincias, de cuyo formal mando poco o nada tiene que abdicar, supuesto que en el día está reducido a los cuatro estenuadísimos y forzados cascos de La Plata, Potosí, Cuzco y La Paz».

Le promete coadyuvar a su fácil retirada, y concluye con que de ese modo se dará lugar al congreso de diputados que provea a la suerte de América.

Si Castelli hubiese colocado en ese terreno la cuestión política, es seguro que otro rumbo habria seguido el desarrollo de nuestra independencia, y dado caso que no se hubiese evitado la guerra, no habria sido tan sangrienta, tan cruel, tan desastrosa y tan larga.

La correspondencia oficial de Pueyrredón fué acompañada de una carta confidencial, en la que, con el tono del afecto y confianza, robustece los argumentos que le propone en público, y le hace notar la desconfianza con que ven a Goyeneche los europeos, por ser americano, y la envidia con que miran su prosperidad y engrandecimiento.

Le insinúa también de un modo más explícito el que trabaje por la independencia del Perú:

«No hay gloria, le dice, paisano mío, que se iguale

[1]. En vista de las confiscaciones ordenadas por Castelli, de los donativos voluntarios pedidos por bando, y de los caudales llevados por el mismo Pueyrredón a costa de tantas víctimas, mucho habria que rebajar en las afirmaciones de éste.

a la que se adquiere enjugando el llanto de la humanidad, y esta es cabalmente la que se nos presenta. Volvamos, paisano amado, sobre nosòtros mismos........De propósito le acompaño ese difuso manifiesto, tirado con infinitas precauciones que ahora exige la sagacidad....... Pero usted sabrá darles todo el mayor valor que pide la ejecutiva importancia de realizar y poner en práctica las medidas relativas a la libertad del Perú. Emprenda usted su retirada por persuadida conveniencia política, moralidad y humanidad, y cuente que le sigo yo mismo.....hasta que usted descubra sus designios en Puno. Me aproximaré a La Paz, o fijaré mi cuartel general en Oruro, para auxiliar a usted en cuanto me pida. En mi persona tiene usted otro ejército a su mando, y no hay más que avisar cuanto le parezca, para que sin morosidad gravosa nos pongamos de acuerdo».

Goyeneche contestó a esta comunicación de Potosí, a 4 de marzo. Según él la independencia americana carecía de recursos para su conservación, pues carecía de aliados, armas y fuerzas; que el resultado necesario serían las continuadas convulsiones de los pueblos; que los gobiernos no serian otra cosa que la sucesión de partidos agitados, todos con promesas de felicidad, y sin alcanzar otra cosa que el desengaño y el arrepentimiento. Que la junta de Buenos Aires no podia dar esperanzas de seguridad y garantias, porque carecía de dignidad, decoro, verdad y plan.

«¿Podré yo proteger con mis operaciones, dice, un sistema que carece de estos fundamentos?........No quiero ocultar nada de mis intenciones a usted, ya que la franqueza de su carácter me abre margen a ello. Vamos a hacer la felicidad de la América, y a traerle una paz constante, análoga a nuestra situación; busquemos, reuniendo nuestras fuerzas, la garantía de la persona real de la augusta casa de Borbón, que sea digna por su mejor disposición de ponerse en Buenos Aires en calidad de regente, u otro título acomodado a su dignidad: reúnanse a su lado los diputados de todas las ciudades de América, poniendo por base la sujeción a la madre patria, interin los franceses no la dominen, y para su conocimiento de nuestras necesidades y convulsiones actuales, que aquella desgraciada metrópoli no conoce, diputénse sujetos de respeto que hablen de la necesidad de estas medidas a nombre de nuestros compatriotas, con la seguridad que los diputados del congreso propenderán en lo sucesivo al bien

común, que las circunstancias y los mismos negocios reclaman; y en el interin, reunidas nuestras fuerzas, conservemos el deseado equilibrio de la paz, restablezcamos el orden perturbado, y obre la providencia. Dimito desde este momento todo cargo honroso, exímaseme de toda representación por ahora y para siempre, y mientras se crea que puedo ser útil a mi cara patria, trabajaré con la condición de obtener mi retiro. Esto lo he pedido por ocho meses de todos mis cargos, incluso el de presidente del Cuzco».

Concluye pidiendo una conferencia en Suipacha o sus inmediaciones, si caso el plan que propone mereciese la aprobación del general patriota.

Replicó Pueyrredón, con fecha 27 de marzo, rebate las aseveraciones de que la independencia carezca de apoyo, y que el gobierno de Buenos Aires no tenga dignidad.

«Partiendo pués, dice también, del irrefragable principio de que la revolución de América no tiene ejemplar en la historia del universo, y que aun considerando este acontecimiento como una de las desgracias que podian venir al pais, debe juzgarse por un mal inevitable y necesario, es la más cruel temeridad, que sólo por la conservación de los virreyes nos despedacemos furiosamente»..........

«Se trata de un suceso infalible que no puede dejar de acontecer, ni debe tardar mucho, y es regla moral prevenir los males políticos, lo mismo que los físicos, emprendiendo con el respeto de las armas una transformación ordenada a modo de una saludable vacunación, que intercepta los estragos de la viruela»..........

«Pero sin embargo de que en el concepto de los maestros de la sana política, creo que ya es punto decidido, que todo sistema de opresión me resuelve con sinceridad y franqueza a conducirme ciegamente sobre el plan de usted, siempre que no se convenza de la mejor conveniencia y facilidad de mis propuestas, sometidas a su ejecutivo arbitrio, para una igualación provisoria sin olor de constitución formal por ahora».......

«Pero aquí es donde yo juzgo indispensable caer sobre la más interesante y grave reflexión con que debemos precaver el proyecto.......El intento es muy especioso con la palabra y con la pluma, pero quedo persuadido que a usted mismo se le presenta insuperable su ejecución en el pie suspicaz, vidrioso y desprendido, en que

se hallan los pueblos. En paralelo de su propuesta está reducida la mia a persuadir que mi gobierno se ha instalado con el mismo derecho que las juntas de España. Que no trata de independencia cuando protesta reconocer su integridad con el todo de la monarquia española, restaurada en su proclamado soberano, bajo de cuya representación y armas reales despacha provisionalmente, y que sobre estos principios, de ningún modo es reparable la igualación del Perú, erigiendo en Lima el gobierno interino, de probidad, que se tenga por adecuado y conveniente».

«La generosidad de U. quedará más airosa y laudable, si sólo se propone indicarlo desde Zepita, Puno, Cuzco o Arequipa, protestando no tomar otra parte o influjo en la nueva provisoria forma, que la inexcusable de sostener el orden con el respeto de las armas, mientras las cosas se entablan por el voto del vecindario de aquella capital, debidamente congregado y convocado»..........

«Elija, pues, usted el dar la paz a los pueblos por un rápido avenimiento como lo imploran la razón y la terneza, y lo espero de sus virtudes, o de lo contrario, será preciso que usted trace y ajuste el plan delicadísimo de regencia trayendo a Buenos Aires sin servidumbre extranjera un infante de la casa de Borbón, para que la ejerza con acuerdo del congreso de diputados de todas las ciudades de ambos virreinatos. Es necesario designar el príncipe más a propósito, adoptar los medios, modos y seguridad con que se le debe invitar y conducir, explicar las situaciones que hemos de conservar en el interin, y todo lo demás conveniente a la diestra ejecución de una empresa de tanta magnitud. Nadie tiene la inmediata experiencia que usted en medio de unos pueblos que, desde 809, ha visto conmovidos, dilacerados con mil desventuras, sólo por el *pretestado* sonido de la princesa Carlota».

Concluye adhiriéndose a la entrevista si se acepta su propuesta, o por la inversa, que se remita el plan trazado para conducirlo a Buenos Aires, suspendiendo entre tanto las hostilidades (1).

Quedó aquí esta interesante correspondencia que tiene el mérito de darnos a conocer los sentimientos, ideas y planes de los hombres que figuraban en primera línea

[1]. Revista de Buenos Aires, tomo 14.

en los campos opuestos. Desgraciadamente no tuvo ningún efecto en orden a la paz.

Plan de Goyeneche contra los guerrilleros.—Goyeneche meditaba el plan de sojuzgar a los guerrilleros que cruzaban en todas direcciones y tenian su principal foco en Cochabamba. Se propuso pues estrecharlos, reconcentrarlos, bajo la acción de fuerzas que partiendo simultáneamente de todos los puntos de un gran círculo convergiesen todas hacia el centro revolucionario. Huisi partió de la Laguna, y Alvarez de Santa Cruz, ambos para dirigirse por Vallegrande sobre Cochabamba. Aquí mismo se dirigió de La Paz el coronel Revuelta, por el camino de Ayopaya, donde sostuvo algunos encuentros sangrientos con pérdida de los patriotas. Lombera salió de Oruro a la cabeza de 1,200 hombres de línea y 800 indios al mando de Picoaga, y tomó su rumbo por Arque, derrotando a todos los guerrilleros, y reduciendo a cenizas el pueblo de Quirquiavi.

Al mando de 1,000 hombres mandó Goyeneche desde Potosí al coronel don Juan Imas, por el camino de travesia que pasando por Ocurí y Pitantora sigue la ruta de San Pedro. Este jefe de proverbial codicia y ferocidad, en gran parte de su camino se vió hostilizado por Padilla, que capitaneaba multitud de indios que apenas contaban con unos pocos malos fusiles. En varios encuentros la matanza fué horrorosa, de parte de los indios, que no podian menos que ceder el campo a la disciplina, a la superioridad de las armas y a las rápidas evoluciones de la caballeria. Padilla por último se vió precisado a dispersar su gente y a dirigirse a la Argentina, acompañado de pocos ginetes. De parte de los realistas no murieron tampoco menos de cien hombres.

Goyeneche levanta su campamento de Potosí y se dirige a Chuquisaca, donde se prepara para combatir a Cochabamba.—Ya hemos dicho que Goyeneche levantó su campo de Potosí el 5 de mayo, dirigiéndose a Chuquisaca, donde revistó sus tropas para seguir sobre Cochabamba por la ruta de Mizque, que llegando a Chuquisaca, formó su ejército de 4 000 hombres, con ocho piezas de campaña, en la plaza mayor, donde le proclamó ofreciéndole el saco de Cochabamba, habiendo él empezado por sacarse la plata labrada de las iglesias. De este modo Goyeneche no sólo tras-

pasaba la valla de moderación que hasta entonces se habia señalado, sino que además de un acto de perversidad imperdonable, daba un paso altamente impolítico e inexplicable. ¿Qué objeto podia proponerse? ¿alentar a sus tropas cuando su superioridad era incuestionable? ¿asegurarse de su fidelidad, cuando de ella estaba satisfecho?

La junta de gobierno de Cochabamba, desde su creación misma habia estado dividida en bandos y pareceres que debilitaban su acción y desprestigiaban su autoridad. Los mismos cuerpos que se levantaban, carecian de oficialidad competente, y mucho más de armamento adecuado. El coronel don Juan Manuel Gutiérrez habia sido enviado de Tucumán para instruir y disciplinar las tropas y dar forma a la resistencia; pero en un tiempo estrecho y con inconvenientes insuperables fué poco o nada lo que pudo arreglar. Desde un principio los que se alzaban de jefes de la revolución, en vez de instruir y disciplinar los cuerpos que improvisaban, se arrojaban a combatir ya en un punto ya en otro con las tropas que guarnecian las plazas. Sin plan y por lo mismo sin unidad, cada gobernador de partido obraba de su cuenta, cada caudillo se investia de poderes indefinidos, y emprendia la campaña donde y mejor le parecia; si algunas veces lograba hostilizar al enemigo, las más causaba perjuicios sin cuento a los transeuntes, al comercio, a las haciendas y a las poblaciones indefensas.

Goyeneche se mueve de Chuquisaca y Arce le sale al encuentro: batalla de Pocona.—No desmayó el patriota pueblo de Cochabamba, donde sobraban hombres y entusiasmo, pero faltaba armas y sobre todo dirección. Los dos caudillos de la revolución Arce y Antezana, estaban divididos por los celos del mando. En vez de concentrar sus fuerzas para salir al encuentro de Goyeneche, que era el enemigo grande que comandaba el ejército de más consideración, se dividieron por mitad el armamento y las fuerzas disponibles; que si estas eran hasta cerca de seis mil hombres de a pie y de a caballo, solo contaban con cuarenta cañones, de estaño casi todos, y 400 arcabuces de estaño igualmente, que se habian fundido en Cochabamba para suplir la falta de fusiles. El resto estaba armado con las formidables macanas o garrotes con que habian triunfado los valientes cochabambinos en los campos de Aroma.

Cuando el 14 de mayo Goyeneche se movia de Chu-

quisaca, Arce se encontraba en Cochabamba preparando nueva expedición para caer sobre Oruro. Tuvo que variar de plan y salir al encuentro del enemigo que iba a acometerle; pero sea porque Cochabamba se encontraba amagada por todos lados, sea por falta de concierto entre los caudillos, como hemos dicho; Arce sacó sólo las fuerzas que personalmente habia reunido, dejando a Antezana con las que de él dependian, esperando la división que mandaba Lombera.

El general patriota adelantó sus tropas hasta Pocona; a la aproximación de Goyeneche desocupó el pueblo y retrogradó a tomar posiciones en las alturas por donde sigue el camino hácia Cochabamba. Para la clase de tropas que mandaba Arce la situación no era la mejor. El terreno empinado y con bastante arboleda en la parte baja, inutilizaba casi completamente el empuje de la caballeria, en la que consistia la principal fuerza. Además, la altura se prestaba a ser flanqueada por ambos lados, y el ejército patriota no era el más apropiado para evolucionar convenientemente.

El 24 de mayo a las siete de la mañana fué atacado el ejército cochabambino situado en los altos de Pocona. Goyeneche, siguiendo el mismo plan con que habia vencido siempre, atacó de frente, al mismo tiempo que fuerzas escogidas ganaban la altura por los flancos. El ejército de Arce se vió envuelto, y después de un corto combate tuvo que replegarse en derrota.

Confusión en Cochabamba, el cabildo abierto pide la paz; los caudillos tumultuaron el populacho contra los emisarios.—Los primeros prófugos que llegaron a Cochabamba esparcieron el desaliento, la confusión y el desorden. La junta y el ayuntamiento se apresuraron a celebrar cabildo abierto; los habitantes, llenos de consternación, se decidieron a pedir la paz, y con tal objeto mandaron por emisarios al distinguido eclesiástico don Mariano Centeno, y al doctor Casimiro Escudero. Goyeneche, que aun no se habia movido de Pocona, se negó a sus proposiciones, exigiendo la rendición incondicional de la ciudad; aplacándose luego, concedió la paz y garantías, bajo la condición de que se le entregasen los caudillos y todo el armamento.

Impuestos los caudillos de la dura condición que se exigia y temiendo por sus vidas, tumultuaron al popula-

cho contra los emisarios. El doctor Escudero apenas pudo evadirse y salvar la vida entre la muchedumbre que le maltrataba. Aunque no llegaron a tál extremo con Centeno, porque respetaron su carácter y virtuosos antecedentes, sin embargo le ultrajaron de palabra.

El gobernador Antezana, temiendo por su vida y viendo el desenfreno del populacho, trató de ocultarse, y siendo acometido en su propia casa, tuvo que huir por los tejados. La ciega multitud le consideraba como a principal autor del compromiso. Los otros caudillos fugaron o se ocultaron, considerando su seguridad.

Reunidos algunos cabildantes y vecinos notables, resolvieron dirigirse otra vez a Goyeneche, implorando su piedad y su generosa beneficencia en favor *de la desventurada, de la infeliz Cochabamba*. Comisionaron para la entrega del oficio al mismo Centeno, acompañado de don Toribio Cano y de fray Manuel Cienfuegos, guardian de San Francisco, quienes dieron alcance a Goyeneche a las seis leguas de la ciudad, en la noche del 26 de mayo. Contestó el jefe realista, que la ciudad y provincia de Cochabamba quedaban bajo la protección del rey.

Las tropas abandonaron también sus cuarteles y sus armas y se dispersaron como mejor pudieron. La ciudad, sin autoridades, sin ningún resguardo, sin un hombre de carácter que contuviese a la plebe, se vió entregada a todos los excesos de un populacho frenético, empeñado en oponerse a la entrada de Goyeneche.

La multitud corrió a los cuarteles, se apoderó de las armas, rompió las puertas de las cárceles, engrosó sus filas con los malhechores, y so pretexto de buscar armas se entregó al saco de la casa de comercio de Valiente y otras muchas. En tan triste circunstancia, en vez de un hombre de espíritu que dominase a la muchedumbre para contenerla, sólo se presentó el genio del mal, encarnado en un hombre oscuro, un tal Mellizo, que capitaneaba las turbas para irritarlas más y conducirlas a los mayores excesos.

Atacaron el tesoro público, donde poco o nada encontraron, pero los archivos quedaron desbaratados. Publicaron un bando, mandando, pena de la vida, que se presentaran todos los que estaban en estado de tomar las armas.

El vecindario se acogió a los conventos y a los templos, llevando consigo sus bienes y cuanto pudo trasportar en tan críticos días. La plebe intentó sacar por la

fuerza a los que se habian refugiado en el convento de San Francisco, y sólo se contuvo a la vista del Santísimo, con que los padres se presentaron en la puerta. En fin, aún habrian sido mayores los desórdenes del populacho, si no se hubiese anunciado la pronta entrada del ejército realista.

Es deplorable que los emisarios no se hubiesen explicado acerca de la angustiosa situación en que dejaban la ciudad, y que ni en el oficio se dijese nada. Quizá se hubiesen evitado tantas calamidades y horrores.

Entrada de Goyeneche, heroica resistencia del pueblo, saqueo de la ciudad y fusilamiento de los caudillos.—El 27, a más de medio dia, se preparaba Goyeneche a hacer su entrada pacífica en Cochabamba; pero el pueblo habia resuelto perecer antes que rendirse, se reunió en la plaza pública en número como de mil hombres, y allí acordó defenderse hasta el último trance. Las mujeres de la plebe que se hallaban presentes, dijeron a grandes gritos, que si no habia en Cochabamba hombres para morir por la patria, ellas solas saldrian a recibir al enemigo. Estimulado el coraje de los hombres con esta heroica resolución, juraron morir todos antes que rendirse, y hombres y mujeres acudieron a las armas, se prepararon de nuevo a la resistencia; y tomaron posesión del Cerro de San Sebastian, inmediato a la ciudad, donde aglomeraron todas sus fuerzas y el último resto de sus cañones de estaño. Las mujeres cochabambinas inflamadas por un espíritu varonil, ocupaban los puestos de combate al lado de sus maridos, de sus hijos y de sus hermanos, alentándoles con la palabra y con el ejemplo, y cuando llegó el momento, pelearon también y supieron morir por su causa (1).

No estaba advertido Goyeneche, y cuando se aproximaba a la ciudad, aun creyó que eran salvas los primeros cañonazos que se le dirigieron de la colina de San Sebastian (2) donde se habia agolpado el populacho para hacerle fuego; pero el polvo que levantaron las balas, le hizo conocer luego su engaño. Inmediatamente ordenó el ataque a los cuerpos que venian a vanguardia, los que, como era natural, no tardaron en arrollar a la turba, que pudo todavía sostenerse dos horas en combate, y acabó

(1). B. Mitre. Historia de Belgrano.
[2]. Memorias M. ss de Sánchez de Velasco.

por huir en todas direcciones, dejando el campo sembrado de cadáveres. Los enemigos penetraron en la ciudad, haciendo fuego sobre todo viviente que encontraban o distinguían, y la carnicería fué espantosa.

Desbandándose los soldados se entregaron al pillaje y a todo género de excesos, sin obedecer las órdenes de sus jefes, ni la llamada de la corneta. Sólo después de algunas horas, al cerrar la noche, cesó tan brutal desenfreno (1), y aun entonces, los batallones que acuartelaron en los conventos de Santo Domingo y de San Agustin, se echaron sobre los bienes que en ellos habian depositado los vecinos (2).

«El mariscal Goyeneche, irritado con el ofrecimiento ajeno de lo ofrecido, y suponiendo que el ex-fiscal de la audiencia de Charcas, López Andreu, hubiese influido en la conmoción, se arrojó sobre éste, que casualmente salia de la iglesia matriz, donde se habia refugiado, y le descargó un golpe de espada que llegó a herirle, y luego le mando llevar preso» (3).

Al dia siguiente fué delatado Antezana, que disfrazado con el hábito religioso se encontraba en la Recoleta. Fué inmediatamente preso, sentenciado a muerte y

(1). Urcullu dice que el saco de la ciudad duró por cinco días. Según Sánchez de Velasco no pasó de la tarde del 27. Bartolomé Mitre [Historia de Belgrano y de la Independencia Argentina, cap. XVIII, pág. 75, t. 2º] dice que el saqueo de la ciudad fué por espacio de tres horas. Este autor concienzudo y generalmente prolijo, más antes (pág. 67) advierte en nota que: «Todos los documentos relativos a Cochabamba, existen originales o en copias autorizadas en el Archivo General, M. ss». Fuera de esto, el fusilamiento de Antezana no se verificó en medio del desorden, sino cuando las tropas se redujeron a la subordinación; esa ejecución tuvo lugar el 28, Corpus, al día siguiente de la entrada de Goyeneche. Cortés nada dice sobre el tiempo que duró el saqueo, pero pone en duda que Goyeneche hubiera tratado de evitarlo. Tanto Urcullu como Cortés nombran a Imas entre los que compusieron la junta de purificación, y cualquiera creerá que es el coronel sanguinario y cruel de que han hablado antes. No fué dicho coronel, sino el buen caballero Mendizábal Imas, que murió en un mineral por los años 42 o 43 asesinado por un ladrón que intentaba robarle y que nada encontró, porque Mendizábal Imas hacía la vida de un ermitaño, y nada poseia sino la estimación general de cuantos le conocian. (Monseñor Taborga).

(2). Goyeneche confiesa estos excesos en su parte; Torrente y García Camba los confirman.

(3). Memorias de Sánchez de Velasco. M. S. Otros historiadores dicen que Goyeneche atropelló al ex-fiscal Miguel López Andreu, a caballo, sable en mano, dentro del templo, a quien hubiera sacrificado en su furor salvaje, sin la piadosa mediación de los sacerdotes, que postrados de rodillas, le pidieron la gracia de la vida para este asilado en la casa del Señor.

ejecutado, sin darle más tiempo que el preciso para hacer sus disposiciones cristianas.

Se sabe por tradición que el vecindario hizo empeños por salvarle, procurando mover la piedad de Goyeneche con la orfandad en que iban a quedar los tiernos hijos del sentenciado; que Goyeneche prometió el perdón, bajo la condición de que Antezana al ir al patíbulo y pasar por bajo la ventana en que estaba él, vivase al rey Fernando VII; que Antezana rehusó la condición y marchó impertérrito al patíbulo.

Su cabeza clavada en una pica, se colocó en la plaza mayor, como también la de Ascui, que sufrió igual pena. Gandarillas, Ferrufino y Zapata, poco después sufrieron también el último suplicio, y sus cabezas se colocaron en los caminos públicos. Los demás caudillos huyeron o no pudieron ser aprehendidos.

Como el levantamiento de Cochabamba habia sido tan general, publicó Goyeneche un indulto a nombre del rey, exceptuando solamente a los *instigadores de la iusurrección*, que mandaba delatar y prender. Para los demás, estableció una junta de purificación, ante la que debian presentarse a prestar juramento de fidelidad a Fernando VII. Algunos que rehusaron hacerlo, o se les creyó sospechosos, fueron enviados presos a disposición del virrey Abascal.

Otras batallas parciales; Goyeneche dicta medidas militares de seguridad de Cochabamba y sale para Potosí.—Mientras Goyeneche se hallaba en Cochabamba, los patriotas de Ayopaya, que comandaba Baltazar Cárdenas, atacaron el pueblo de Sicasica, y fueron destruidos por el coronel don Joaquin Revuelta, el 2 de junio, quien les tomó ciento cincuenta caballos, una bandera y veintisiete prisioneros, que los remitió al Perú a disposición del virrey.

Uno de los caudillos derrotados en Pocona, don Miguel Taboada, se dirigia al sud con 300 hombres, y al pasar por Chuquisaca, les salieron al encuentro el día 7 de junio por la mañana una compañìa de *Migueletes* y los cívicos que estaban encuartelados, y los derrotaron a la entrada de la ciudad en el lugar llamado *Molles*. Diez y ocho prisioneros que les tomaron fueron fusilados en la tarde del mismo dia, por orden de don Antonio Landívar, jefe accidental de la plaza.

De los derrotados en *Molles*, unos fueron cogidos en

el pueblo de Tinguipaya, y de ellos ahorcados en Potosí el 20 de junio don Miguel Taboada, don Alejo Nogales, don Mariano Nogales y don Melchor Silva. La cabeza de Taboada se remitió a Chuquisaca, para que se pusiese en el lugar *Molles*. Otros cayeron en el pueblo de Suipacha, y de estos fueron ahorcados don Salvador Matos y don Manuel Millares, el 17 de julio, en la misma ciudad de Potosí.

Hácia esta misma época, Pumacagua regresaba al Cuzco talando cuanto encontraba a su paso.

Goyeneche envió a Chayanta 500 hombres, mandados por el codicioso y sanguinario coronel Imas, que asesinó a varias personas para apoderarse de sus bienes.

Quedó Lombera de gobernador intendente en Cochabamba con dos mil hombres, y formó otra comisión militar para continuar con las persecuciones. Salió Goyeneche con el resto de su ejército para Potosí, con el propósito de reforzar la división de su primo el brigadier don Pio Tristán, volviendo al empeño de invadir las provincias argentinas.

CAPITULO NOVENO

1812.—Belgrano general en jefe del ejército auxiliar del Alto-Perú.—Carácter y virtudes del general Belgrano: sus ideas y prácticas religiosas.—Situación del Alto-Perú y del ejército patriota en el momento que Belgrano toma su mando.—Perturbaciones políticas en el gobierno de Buenos Aires; el armisticio con el Brasil: encuentro de las avanzadas en el Rio de las Piedras.—La batalla de Tucumán, 24 de septiembre de 1812.—Operaciones subsiguientes a la batalla.—La grandeza de alma de Belgrano y la importancia de la batalla de Tucumán.—El nuevo gobierno de Buenos Aires es más favorable a Belgrano.—Negociaciones entre Belgrano y Goyeneche.—Incorporación de don José Antonio Alvarez de Arenales al ejército patriota en momentos que va éste a tomar la ofensiva.

Belgrano general en jefe del ejército auxiliar del Alto-Perú.—Tenemos necesidad de retroceder algunos meses en los acontecimientos históricos de 1812, para tomar desde el punto de partída la expedición del ejército auxiliar del General Belgrano al Alto-Perú.

Por una feliz coincidencia, el 27 de febrero, el mismo día en que Belgrano enarbolaba en el oscuro pueblo del Rosario la bandera azul y blanca a cuya sombra debia conquistarse la independencia argentina, era nombrado

en la capital de Buenos Aires general en jefe del ejército auxiliar del Perú.

El general don Juan Martin Pueyrredón que estaba encargado de este mando, pidió que se le nombrara un reemplazante por hallarse según él creia, próximo a morir, pero en realidad porque se consideraba incompetente para el puesto. Pueyrredón después de sus hazañas en las invasiones inglesas, se habia hecho notable por la atrevida retirada que efectuó desde Potosí después del contraste de Huaqui, llevándose todos los caudales reales que existian en la moneda a la cabeza de un pequeño destacamento, con el cual batió varias veces a los enemigos que le perseguian. Esta retirada, que ya hemos relacionado, hizo que el gobierno de Buenos Aires se fijase en él para confiarle el mando de las reliquias del ejército del Alto-Perú, en el cual no desplegó absolutamente ningún talento militar.

El mando del ejército del Perú no era de ambicionar: falto de hombres, de armas y de dinero, y con la árdua misión de contener un ejército triunfante, cuatro veces más numeroso, era difícil encontrar un general que tuviera la resolución de aceptar una responsabilidad tan seria, contando con tan mezquinos elementos de resistencia. Pero Belgrano era el hombre del sacrificio y del deber, asi es que, aun cuando se hallaba seriamente enfermo, no trepidó en aceptar el nuevo puesto que se le encomendaba, por lo mismo que al comunicarle su nombramiento se le avisaba, que por cartas y oficios interceptados al enemigo sabíase que Goyeneche reunia un ejército de más de tres mil hombres, para ocupar con él la provincia de Salta, y que en la imposibilidad de contenerle, se le prevenia se pusiera en retirada para salvar el material de guerra, evitando comprometer las pequeñas fuerzas puestas bajo su dirección. Estas instrucciones, dictadas en presencia de los peligros que amenazaban por el Oriente, despojaban el mando del ejército del Perú hasta de los estímulos de la gloria, e imponian a quien se encargase de dirigirlo, el triste y vergonzoso deber de presenciar la conquista del territorio sin disputar al enemigo el paso.

En cumplimiento de las órdenes del gobierno que le prevenian «ponerse en marcha sin pérdida de momentos para evitar una disolución que podia tener lugar», Belgrano tomó la posta el 1º. de marzo, tendido en un

carruaje a causa de sus dolencias. Acompañábanle tan solo sus ayudantes y ordenanzas.

Carácter y virtudes del general Belgrano; sus ideas y prácticas religiosas.—Para seguir al segundo ejército auxiliar en sus gloriosas campañas en las provincias argentinas, y en su carrera de desastres en el Alto-Perú, vamos a dar a conocer a su ilustre general don Manuel Belgrano, una de las más bellas y simpáticas figuras de los guerreros de la independencia americana, siguiendo o copiando textualmente los juicios intachables del general don José María Paz en sus *Memorias*, quien lo acompañó como oficial en las campañas del Alto-Perú, y cuyo testimonio es la mejor corona con que puede la historia honrar la memoria del inmortal Belgrano:

El general Belgrano, sin embargo de su mucha aplicación, no tenia, como él mismo lo dice, grandes conocimientos militares, pero poseía un juicio recto, una honradez a toda prueba, un patriotismo el más puro y desinteresado, el más exquisito amor al orden, un entusiasmo decidido por la disciplina, y un valor moral que jamás se ha desmentido............

El puesto del general Belgrano durante toda retirada, es eminente. Por más críticas que fuesen nuestras circunstancias, jamás se dejó sobrecoger del terror que suele dominar las almas vulgares, y por grande que fuese su responsabilidad, la arrostró con una constancia heróica. En las situaciones más peligrosas se manifestó digno del puesto que ocupaba, alentando a los débiles e imponiendo a los que suponìa pusilánimes, aunque usando a veces de causticidad ofensiva. Jamás desesperó de la salud de la patria, mirando con la más marcada aversión, a los que opinaban tristemente. Dije antes, que estaba dotado de un gran valor moral, porque efectivamente no poseía el valor brioso de un granadero, que lo hace muchas veces a un jefe ponerse al frente de una columna y precipitarse sobre el enemigo. En lo crítico del combate, su actitud era concentrada, silenciosa, y parecian suspensas sus facultades: escuchaba lo que le decian, y seguía con facilidad las insinuaciones racionales que se le hacian; pero, cuando hablaba, era siempre en el sentido de avanzar sobre el enemigo, de perseguirlo, o si él era el que avanzaba, de hacer alto y rechazarlo. Su valor era más bien (permítaseme la expresión) cívico que guerrero.

Era como el de aquellos senadores romanos, que parecian impávidos, sentados en sus sillas curiales.

En los contrastes que sufrieron nuestras armas bajo las órdenes del general Belgrano, fué siempre de los últimos que se retiró del campo de batalla, dando ejemplo y haciendo menos graves nuestras pérdidas..........

¡Honor al general Belgrano! El supo conservar el orden tanto en las victorias como en los reveses. Cuando él mandó en esos dias de luto y de desgracia, los paisanos y los indios venian pasiblemente a traer las provisiones al pequeño cuerpo que se retiraba; tan lejos de manifestarnos aversión, solo se dejaba percibir en lo general, un sentimiento de simpática tristeza. No hubo entonces riñas fratricidas, no pueblos sublevados para acabar con los restos del ejército de la independencia; nada de escándalos que deshonran el carácter americano, y manchan la más justa de las revoluciones...........

Hay aún más que decir en honor del general Belgrano. Hasta que él tomó el mando del ejército, se puede asegurar que la revolución, propiamente hablando, no estaba hecha en esas mismas provincias, que eran el teatro de la guerra. Cuando en principios de este mismo (1812), emprendió el general Pueyrredón su retirada con el ejército, nadie (con muy raras excepciones) se movió de su casa, y esos salteños y jujeños tan obstinados y patriotas, como valientes después, se quedaban muy pacíficamente para esperar al enemigo y someterse a su autoridad, sin excluir muchos empleados y militares, que no estaban en servicio activo. Cuando en agosto emprendió el general Belgrano la suya, la hizo preceder de un bando fulminante, mandando el completo abandono de los pueblos y lugares que debia ocupar el enemigo.......

Muchos han criticado al general Belgrano como un hipócrita, que sin creencia fija, hacia ostentación de las prácticas religiosas para engañar a la muchedumbre. Creo primeramenre, que el general Belgrano era cristiano sincero, pero aún examinando su conducta en este sentido por solo el lado político, produjo inmensos resultados. El concepto de incredulidad que se atribuia a los jefes y oficiales de nuestro ejército, y que tanto dañaba a la causa en estas Provincias Bajas, se fué desvaneciendo, y al fin se disipó enteramente; las personas timoratas se identificaron con los campeones de la libertad, y esta se robusteció notablemente; nuestras tropas se moralizaron, y el ejército era ya un cuerpo homogéneo con las poblacio-

nes, e inofensivo a las costumbres y a las creencias populares. Y, ¿qué diremos del efecto que este sabio manejo causó en las provincias del Perú, y en el mismo ejército real?

Goyeneche, aprovechándose hábilmente de nuestras faltas, habia (sin ser tan religioso como el general Belgrano) fascinado sus soldados (1), en términos, que los que morian eran reputados por mártires de la religión, y como tales, volaban directamente al cielo a recibir los premios eternos. Además de política, era religiosa la guerra que se nos hacia, y no es necesario mucho esfuerzo de imaginación, para comprender cuanto peso añadia esta última circunstancia, a los ya muy graves obstáculos que teníamos que vencer.

El general Belgrano, haciéndose superior a críticas insensatas y a murmuraciones pueriles, tuvo la firmeza bastante para seguir una marcha constante, que inutilizó las astucias de Goyeneche (2) y restableció la opinión religiosa de nuestro ejército.

Agregando a estos antecedentes la probidad del general Belgrano, su pureza en el manejo de los caudales públicos, su desinterés, su rectitud, puede decirse, que no solo dió nervio a la revolución, no solo la generalizó, sinó que le dió crédito y la ennobleció. Sin abandonarse a los extravíos de una desenfrenada democracia, era sencillo en sus costumbres, sumamente llano en sus vestidos (3), parco en su mesa, moderadísimo en todos sus gastos; despreciaba altamente las distinciones nobiliarias, y los

(1). Habiéndose pasado un soldado del enemigo, a nuestras filas, se desertaba para volver al ejército real, cuando fué capturado. Juzgado y convencido de espia, fué sentenciado a muerte. En medio del cuadro fatal, y a dos varas del suplicio, con una serenidad digna de un héroe dijo: *Muero contento por mi religión y por mi rey.*

(2). Cuando este entró en Chuquisaca, después de la retirada del doctor Castelli, no quiso ir a alojarse al palacio de la presidencia, que este habia habitado, sin que fuese antes purificado con exorcismos y otras preces de la iglesia; en consecuencia, fué una especie de procesión, en que los sacerdotes iban con ornamentos sagrados, incensarios, hachas encendidas, y abundante provisión de agua bendita, y solo cuando después de una larga y edificante ceremonia, se creyeron expelidos los malos espíritus, se dejó la casa habitable. ¿Creia esto Goyeneche? Nó; el pueblo sí.

(3). El general Belgrano hacia ostentación de costumbres e ideas enteramente republicanas, sin que dejaren de ser cultas y delicadas; vestia como un subalterno, y el ajuar de su caballo, nc se diferenciaba de otro cualquiera. Cuando en el año 16, volvió al ejército, después de su viaje a Londres, habia variado; vino decidido por la forma monárquica en la familia de los incas; sus maneras eran algo aristocráticas, y vestia como un elegante de Paris o de Londres.

que de alguna manera manifestaban apego a ellas, eran objeto de sus burlescas ironias. Estas disposiciones tuvieron, según el tiempo y circunstancias (hablo de su desprecio a las distinciones nobiliarias y sencillez republicana), alguna alteración, pero sin que en lo sustancial variase el fondo de su carácter...............

Como la batalla de Tucumán sucedió el 24 de septiembre, dia de Nuestra Señora de Mercedes, el general Belgrano, sea por devoción, sea por una piadosa galantería, la nombró e hizo reconocer por Generala del ejército. La función de iglesia, que se hace anualmente en su convento, naturalmente se habia postergado, y solo tuvo lugar un mes después. A la misa, asistió el general y todos los oficiales del ejército; predicó el doctor don Agustin Molina (obispo después), y al hacer mención de la batalla, elogió mucho a la caballeria, con lo que hizo hablar a los infantes, y quizá al mismo general Belgrano. Por la tarde fué la procesión, en la que sucedió lo que voy a referir.

La devoción de Nuestra Señora de Mercedes, ya antes muy generalizada, habia subido al más alto grado, con el suceso del día 24. La concurrencia era, pues, numerosa, y además, asistió la oficialidad y tropa, sin armas, fuera de la pequeña escolta que es de costumbre. Quiso, además, la casualidad, que en esos momentos entrase a la ciudad la división de vanguardia, que regresaba de la persecución de Tristán, y el general ordenó que a caballo, llenos de sudor y polvo, como venian, siguiesen en columna atrás de la procesión; con lo que se aumentó considerablemente la comitiva, y la solemnidad de aquel acto. No necesito pintar la compunción y los sentimientos de religiosa piedad que se dejaban traslucir en los semblantes de aquel devoto vecindario, que tantos sustos y peligros había corrido, su piedad era sincera, y sus votos eran sin duda, adeptos a la divinidad.

Estos sentimientos tomaron mayor intensidad cuando desembocó la procesión al campo de batalla, donde aún no habia acabado de borrarse la sangre que lo habia enrojecido. Repentinamente el general deja su puesto, y se dirige solo, hacia las andas, en donde era conducida la imágen de la advocación que se celebraba; la procesión para; las miradas de todos se dirigen a indagar la causa de esta novedad; todos están pendientes de lo que se propone el general, quien, haciendo bajar las andas hasta ponerlas a su nivel, entrega el bastón que llevaba

en su mano, y lo acomoda por el cordón, en las de la imágen de Mercedes. Hecho esto, vuelven los conductores a levantar las andas, y la procesión continúa majestuosamente su carrera.

La conmoción fué entonces universal; hay ciertas sensaciones que perderian mucho queriéndolas describir y explicar; al menos, yo no me encuentro capaz de ello. Si hubo allí espíritus fuertes que ridiculizaron aquel acto, no se atrevieron a sacar la cabeza.

Las monjas de Buenos Aires, a cuya noticia llegaron estos actos de devoción, los celebraron mucho, y quisieron hacer una manifestación al ejército, mandando obsequiosamente un cargamento de cuatro mil pares de escapularios de la Merced, los que se distribuyeron en esta forma:

Cuando se trató de mover el ejército para buscar al enemigo en Salta, a principios del año siguiente (1813), se hizo por cuerpos, los que después se reunieron en tiempo y oportunidad. Luego que el batallón o regimiento salia de su cuartel, se le conducia a la calle en que está situado el templo de la Merced. En su atrio estaba ya preparada una mesa vestida, con la imágen, a cuyo frente formaba el cuerpo que iba a emprender la marcha; entonces sacaban muchos cientos de escapularios, en bandejas, que se distribuian a jefes, oficiales y tropa, los que colocaban sobre el uniforme y divisas militares.

Es admirable que estos escapularios se conservasen intactos, después de cien leguas de marcha, en la estación lluviosa, y nada es tan cierto, como el que en la acción de Salta, sin precedente orden, y solo por un convenio tácito y general, los escapularios vinieron a ser una divisa de guerra: si alguno los habia perdido tuvo buen cuidado de procurarse otros, porque hubiera sido peligroso andar sin ellos..............

Hasta aquí el general Paz, que nos ha presentado bien caracterizada la noble figura del general Belgrano.

Situación del Alto-Perú y del ejército patriota en el momento que Belgrano toma su mando.—La derrota del Desaguadero hizo retroceder las armas triunfantes del primer ejército auxiliar, desde los confines norte del virreinato hasta la provincia de Salta. Los restos del ejército patriota habian evacuado completamente el Alto-Perú a consecuencia de esa derrota, dejando en pie la insurrección de Cochabamba.

Recapitulemos los acontecimientos hasta este momento. El primer triunfo de las armas patriotas fué el de Suipacha, el 7 de noviembre de 1810. El segundo, el de los heróicos cochabambinos en Aroma, el 14 de noviembre de 1810. Con esta acción quedó triunfante la revolución de la independencia en todo el virreinato del Rio de la Plata, desde Buenos Aires hasta el Desaguadero.

Después de una carrera de triunfos, los desastres en el Alto-Perú principiaron con la derrota de Huaqui, el 20 de junio de 1811. La insurrección de Cochabamba fué vencida muy luego en la batalla de Amiraya, (primera de Sipesipe), el 13 de agosto de 1811, y el afortunado Goyeneche entró triunfante a la capital de la heróica provincia, dos días después.

En seguida estableció su cuartel general en Potosí, dominando a Tarija y amagando con su vanguardia las fronteras de Salta por Humahuaca. A la cabeza de un ejército de 4,000 hombres, dos veces vencedor, Goyeneche habria emprendido un ataque decisivo sobre Salta, si el estado amenazador del pais, no bien subyugado aún, no hubiese paralizado sus operaciones. La revolución retoñaba en todo el Alto-Perú con mayor vigor, interceptando las comunicaciones del ejército realista con el virrey de Lima.

Esta insurrección expontánea de todos los pueblos, levantó por segunda vez a la indomable provincia de Cochabamba, y no obstante el contraste que sufrió en Oruro, se ensanchaba cada día y tomaba un aspecto amenazador.

Mientras tanto, los restos informes del ejército patriota se habian replegado a Salta, donde tomó su mando el general Pueyrredón. Con la mira de contener los progresos del enemigo y de prestar apoyo a Cochabamba, reforzó la vanguardia al mando del coronel Diaz Vélez, quien tomó la ofensiva sobre las avanzadas enemigas situadas en Yavi, con el jefe realista Picoaga, que se retiró a Tupiza.

El 12 de enero de 1812, el ejército realista estaba en la márgen izquierda de Suipacha, y el patriota, en la derecha, en Nazareno. Se resolvió Diaz Vélez a atacar la vanguardia realista en sus mismas posiciones. Estando vadeando el rio, bajo el fuego de las filas enemigas, una creciente repentina se llevó a muchos soldados, y los realistas triunfaron sin sacrificio. Seis días después, cuando Picoaga se disponia a caer sobre Diaz Vélez, llegó a su

campo el mariscal don Pio Tristán, con un batallón de refuerzo, y mandó suspender el ataque lisonjeándose con un éxito más completo. Previendo Diaz Vélez las consecuencias de la falsa posición que ocupaba, se retiró precipitadamente por Humahuaca a Jujuy.

Es este el momento en que Goyeneche se manifestó resuelto a invadir la provincia de Salta. Las cartas que participaban esta resolución cayeron en poder de guerrilleros y llegaron a manos de Pueyrredón, quien en vista de la inminencia del peligro se replegó a Tucumán, abandonando su posición de Jujuy.

En prevención de todo, el general patriota habia abierto una correspondencia directa con Goyeneche, sobre la base de la independencia y reunión de un congreso americano. Este arreglo o proposición fué rechazada por el general enemigo, en su respuesta, y apenas aceptada como materia a discutir, invitando al efecto a una conferencia en Suipacha. Pendiente la negociación, fué cuando Pueyrredón pidió su relevo, nombrándose en consecuencia al general Belgrano para reemplazarle en el mando.

Casi al mismo tiempo que el ejército patriota volvia la espalda, se pusieron en retirada las avanzadas realistas que habian alcanzado hasta Humahuaca, por que Goyeneche se decidió a dominar primero la insurrección de Cochabamba.

A mediados de marzo llegó Pueyrredón a Yatasto, cincuenta leguas a retaguardia de Humahuaca y veinte a vanguardia de Tucumán. El 26 llegó Belgrano al mismo punto, y tomó el mando de las tropas, después de dirigirles una proclama, exhortándolas a la constancia, a la subordinación y al respeto a los pueblos. Inmediatamente impartió sus órdenes para contramarchar y abrir de nuevo la campaña, de acuerdo con Pueyrredón, que ya también se habia decidido a continuar en el ejército, sin el comando en jefe y en vista de la retirada del enemigo. Entre los jefes con que contaba Belgrano, las dos figuras más prominentes eran las de los coroneles Eustaquio Diaz Vélez y Juan Ramón Balcarce; y entre los oficiales, contábanse como los más notables José María Paz y Manuel Dorrego.

Si la disciplina y el estado moral del ejército del Alto-Perú eran deplorables, su situación material era mucho más deplorable, y apenas alcanzaba a formar 1500 hombres.

La reorganización del ejército fué el primer trabajo

que acometió el general Belgrano, y habiendo resuelto volver a recuperar el terreno perdido en la retirada de Yatasto, se trasladó a Campo Santo, punto situado un poco a vanguardia de Salta. Allí estableció su campamento, avanzando sus destacamentos hasta los desfiladeros del Alto-Perú. Belgrano fué no sólo un general de circunstancias, sino el fundador de una escuela militar, que ha dado a la patria guerreros ilustres, dotados de grandes virtudes cívicas, y que se han distinguido por su capacidad para organizar.

Quería Belgrano abrir la campaña, y faltábanle hombres, armas y municiones. Queria ponerse en marcha a pesar de todo, y le faltaban elementos de movilidad. El gobierno, a pesar de sus reiterados reclamos, no le hacia llegar auxilio alguno. Al mismo tiempo los cochabambinos, próximos a sucumbir, le suplicaban con instancia se hiciese un amago que llamase al menos la atención del enemigo y dividiese sus fuerzas. «Me veo detenido con perjuicio de la causa, decia en mayo 6, y me es muy doloroso, que cuando nuestros hermanos del Perú están sacrificándose, esperanzados en nosotros, y con sólo la súplica que entretengamos al enemigo con nuestra presencia, dejándoles a ellos su destrucción, no pueda acceder a ella por una falta......Me hierve la sangre al observar tanto obstáculo, tantas dificultades, que se vencerian rápidamente si hubiese un poco de interés por la patria».

Movió el general Belgrano sus fuerzas del Campo Santo y estableció su cuartel en Jujuy, e hizo que Balcarce se adelantara hasta Humahuaca con una fuerte vanguardia. La vanguardia enemiga permanecia entre tanto en Suipacha.

Mientras tanto Cochabamba sucumbió por segunda vez, el 24 de mayo en la batalla de Pocona, y el 27 en el cerro de San Sebastian, como hemos visto ya.

La situación nunca habia sido más crítica; pero a imitación de la heróica Cochabamba, no por esto decayó el ánimo del general Belgrano. Su lenguaje en estas circunstancias fué digno: «Si es cierta, decia al gobierno, la pérdida total de Cochabamba, debemos esperar que el enemigo vuelva sus pasos contra nosotros, y será muy doloroso, muy contrario a nuestra opinión y muy perjudicial al espíritu público, si tenemos que dar pasos retrogrados, de que es indispensable la pérdida de intereses y perjuicios consiguientes a estos pueblos, que renovarán sus odios, si es que están amortiguados, o los aumentarán; pues cla-

marán como lo hacen los del interior (los del Alto-Perú) que los porteños sólo han venido a exponerlos a la destrucción, borrón que no debe caer en la inmortal Buenos Aires».

A mediados de julio, tuvo aviso que el enemigo había reforzado considerablemente su vanguardia de Suipacha, y que sus avanzadas batian el campo hasta la Quiaca. Todo anunciaba una próxima invasión.

Tal era la situación de la guerra de la independencia en el Alto-Perú, y la situación desesperada del segundo ejército auxiliar en el momento que se proponia operar sobre estas provincias.

Perturbaciones políticas en el gobierno de Buenos Aires; el armisticio con el Brasil; encuentro de las avanzadas en el Río de las Piedras.— El gobierno de Buenos Aires fijaba toda su atención en la Banda Oriental, y habia resuelto hacer un supremo esfuerzo para apoderarse de Montevideo, poniendo un ejército de seis mil hombres. En la imposibilidad de atender dos ejércitos a la vez, tuvo que condenar al de Belgrano a una especie de abandono. En tal situación no era de esperar que las miserables reliquias del vencido ejército del Alto-Perú, detuviesen la marcha triunfante de Goyeneche, que contaba con cuatriplicadas fuerzas.

Al mismo tiempo fermentaba una conspiración misteriosa en el centro del poder revolucionario, que bajo la activa dirección de Alzaga tomó grandes proporciones, con el plan de restablecer la preponderancia de la población española, y de constituir provisionalmente un gobierno independiente, que se pusiera en relaciòn con las cortes de Cádiz.

Precisamente en estas circunstancias y cuando el pueblo de Buenos Aires festejaba con santo entusiasmo el segundo aniversario del 25 de mayo, el 26 llegó el teniente coronel don Juan Rademaker, enviado extraordinario del príncipe regente del Portugal, que como queda dicho, tenia su corte en el Brasil. Su misión era ajustar un armisticio con el gobierno de Buenos Aires, y hacer retirar en consecuencia los portugueses que interceptaban el paso del Uruguay, sirviendo de antemural a la plaza de Montevideo.

Para la causa de la revolución, el armisticio era un verdadero triunfo, pues él importaba la caida de Montevideo; así es que el gobierno se apresuró a celebrarlo en la misma noche de la llegada del enviado.

En cumplimiento de lo pactado, el enviado Rademaker ordenó al general del ejército portugués don Diego de Souza, que evacuarse el territorio Oriental, y el gobierno patriota por su parte ordenó a Sarratea activase su marcha a poner sitio a Montevideo. El general portugués, que aguardaba de un momento a otro el estallido de la conspiración que se preparaba en Buenos Aires, y que esperaba ver avanzar por el norte las columnas triunfantes de Goyeneche, contestó de una manera evasiva, remitiendo a Rademaker las listas de suscripción de los conjurados.

No tardó en ser descubierta la conspiración de los españoles, que la sofocó el gobierno condenando a la horca a don Martin Alzaga, y fusilando, desterrando y secuestrando propiedades, durante un mes, según se adelantaba el proceso.

Pasado el peligro, empezó a manifestarse en el gobierno una desinteligencia, que de tiempo atrás se venía preparando, y que no podía dejar de producirse en un poder sin unidad, compuesto de tres miembros, con iguales facultades, no obstante que el carácter elevado de Rivadavia, dominaba moralmente en los consejos del gobierno. La situación apurada del ejército de Belgrano, dió origen a nuevas divisiones.

Tal era el estado político de la capital del virreinato a principios de agosto, en que la vanguardia realista, fuerte de más de tres mil hombres de línea y diez cañones de montaña, se ponía en marcha para invadir las provincias argentinas, en virtud de órdenes del virrey de Lima comunicadas a Goyeneche. Este confió el mando de tan brillante columna a su primo el general don Pio Tristán, natural de Arequipa, y a quien Belgrano habia conocido en España.

Tristán no era un hombre vulgar, pero tan joven como presuntuoso, y más valiente que capaz de dirigir una campaña, confiaba demasiado en el poder de sus armas, no vencidas hasta entonces, a la par que miraba con desdén a los enemigos que iba a combatir. Poseido de esta ciega confianza, se movió de Suipacha el 1º. de agosto, habiendo hecho adelantar su vanguardia fuerte de 800 hombres, al mando del coronel Huici (1).

---

[1]. No es exacto lo que afirma García Camba, que Tristán se habia movido sin orden de Goyeneche. Entre la correspondencia interceptada a los realistas está el oficio de Goyeneche, fecha 2 de agosto, en que le dice «que debiendo marchar sobre Jujuy y Salta le confiere *omnímodas facultades* en todos los casos».

Situado Belgrano en Jujuy con el grueso de su fuerza y con su vanguardia sobre Humahuaca, se hallaba en la más peligrosa situación, desde que contando sólo con 1300 hombres, marchaba sobre él un ejército de doble número, mejor armado y disciplinado y muy superior en la artilleria.

Belgrano mandó a tomar el mando de la vanguardia de Humahuaca a Diaz Vélez, en reemplazo de Balcarce, con prevención de que hostilizase al enemigo procurando retardar sus marchas, mientras él preparaba su retirada.

El 23 de agosto, a las cinco de la tarde, se movió de Jujuy el grueso del ejército patriota en dirección a Tucumán, y el 24 ocupó Jujuy el enemigo, cambiando en sus calles las primeras balas de la campaña, con la vanguardia patriota que se replegaba sobre el centro, de manera que seguía a su ejército, sirviéndole de retaguardia, combatiendo día y noche sin tener un momento de descanso. La retirada se hacia cada vez más difícil y la persecución más enérgica.

El 29 a la madrugada llegó Belgrano al Río Pasaje, a cincuenta leguas del punto de partida, e hizo alto para dar descanso a la tropa, y de allí ofició al gobierno comunicándole que iba a hacer pie firme en Tucumán.

La vanguardia realista resuelta a provocar un choque con la retaguardia patriota, badeó el Pasaje, y el 3 de septiembre, a dos leguas del Rio de las Piedras, cargó impetuosamente sobre ella poniéndola en fuga. Diaz Vélez mandó echar pie a tierra a los granaderos y dragones, y logró rechazar a las avanzadas triunfantes que se pusieron en retirada. Pero a corto trecho se encontraron con el grueso de su división, que en número de 600 hombres avanzaba en su protección. Alentados por este refuerzo, volvieron a la carga, sobre la retaguardia patriota y la pusieron en dispersión. En vano quiso Diaz Vélez organizar la retirada: las tropas se envolvieron con sus propios movimientos, y se vió obligado a ceder el campo dejando en poder del enemigo sus dos piezas de artilleria, dos oficiales y como cien soldados prisioneros, replegándose los que habian salvado en la mayor confusión y desorden, sobre el ejército, que estaba en una buena posición, a las dos leguas, con el general Belgrano, que desde el principio de la retirada venía espiando esta oportunidad.

No se atrevió la vanguardia realista a forzar la posición del ejército patriota; se contentó con tomar momen-

táneamente una altura al frente y tirotear a mucha distancia, hasta que visto que no avanzaba, hizo el general Belgrano salir dos guerrillas de cien hombres cada una, por los costados por donde el terreno era quebrado, y un destacamento de caballería por el camino que quedaba al centro. El costado derecho rompió el fuego, y a esta señal se lanzaron todos sobre el enemigo, poniéndolo en precipitada fuga, y fué perseguido, tomándole veinte prisioneros y matándole otros tantos. Las pérdidas del ejército patriota habian sido menores, y lo que importaba era el desenlace de aquella acción: la retirada del enemigo y la captura de algunos prisioneros después de mucho tiempo.

Es esto lo que se celebró como una importante victoria, no por el hecho de armas que fué pequeño, sino como un acto de trascendencia para el éxito de la campaña. Se alentó el ejército patriota y el enemigo se hizo más circunspecto en sus hostilidades a la retaguardia de aquel.

La batalla de Tucumán, 24 de septiembre de 1812.—Siguió su retirada el general Belgrano con todo su ejército, burlando la persecución del enemigo, y dirigiéndose a Tucumán, donde despachó al teniente coronel don Juan Ramón Balcarce, con el objeto de despertar el entusiasmo de los tucumanos, y ver si era posible organizar nuevos cuerpos de caballeria para aumentar su ejército. Los tucumanos correspondieron a las esperanzas del general.

El ejército realista avanzaba lentamente sobre Tucumán. Se movió su vanguardia de Metán, su jefe el coronel Huici adelantóse algunas cuadras de su columna seguido de dos ayudantes, y penetró imprudentemente en el pueblo de las Trancas, y allí fué hecho prisionero por una partida de paisanos armados, y mandado al cuartel general de Belgrano.

El mayor general Tristán, ofició a Belgrano, amenazando tratar a los prisioneros patriotas como fuese tratado Huici, y remitiendo a éste cincuenta onzas de oro. El general patriota, devolvió las cincuenta onzas para que se repartiesen entre sus prisioneros, obligándose a entregar a Huici igual cantidad.

Belgrano manifestó con entereza al gobierno de Buenos Aires, su resolución de esperar al ejército real en Tucumán, y librar una batalla decisiva. El gobierno no só-

lo desaprobó este plan, sino que le ordenó terminantemente que se retirase a Córdoba, y que si no podia salvar el ejército con sus parques, que inutilizara las armas, que quemara los víveres y destruyese cuanto pudiera ser útil al enemigo; pero Belgrano, a pesar de las reiteradas e imperativas órdenes, después de hacer notar las inconveniencias de ellas si llegaba a cumplirlas, resolvió esperar al enemigo fuera de la ciudad, apoyando su espalda en ella; cargar a las filas realistas a la bayoneta así que se presentasen, lanzar simultáneamente la caballería sobre sus alas; y en caso de contraste encerrarse en la plaza.

El 23, a la noticia de que el enemigo estaba en los Nogales y a la vista de sus avanzadas, que se habian aproximado hasta la media legua de su posición, formó su línea dando frente al norte; y en la noche se replegó de nuevo a la ciudad, luego que supo que el enemigo habia acampado y detenido su marcha. A las dos de la mañana volvió a salir y ocupó la misma posición.

El general español, mientras tanto, se preparaba a ejecutar su plan de ataque, inspirado por la confianza que le daba la superioridad numérica, en la suposición de que Belgrano en ningún caso se atrevería a tomar la iniciativa.

Toda la fuerza que Belgrano pudo llevar al campo de batalla no pasaba de 1800 hombres (1). A la distancia de tiro de cañón, mandó Belgrano desplegar en batalla las tres columnas de infanteria que tenia colocadas en línea de masas, y marchó sobre el enemigo con sus alas apoyadas sobre la caballeria, en circunstancias en que el ejército español se preparaba para recibir el ataque, no habiendo conseguido montar sino dos piezas de artilleria. Sin darle tiempo de reponerse de su sorpresa, la artilleria patriota rompió el fuego con el mejor éxito. La infanteria española que habia roto un impetuoso fuego de fusileria, vaciló bajo el fuego de la artilleria. El coronel español Barrera, mandó cargar a la bayoneta. La caballería patriota, al mando de Balcarce, inició la carga sobre la izquierda enemiga, y la infanteria se lanzó sobre el centro a paso de ataque y bayoneta calada, sin contestar al fuego que se le hacia. Este fué el golpe más audaz y oportuno que ordenó el general Belgrano.

[1]. Torrente confiesa la superioridad númérica de Tristán en la pág. 268 del tom. 1º, y en la 269 dice terminantemente, que los patriotas «contaban con poco más de la mitad de la fuerza del ejército español».

Mientras tanto los realistas habian triunfado en su derecha, arrollando la caballeria patriota de la izquierda, y derrotado la tercera columna mandada por Superi; de manera que, sin atención por su frente, formaron un gran martillo para atacar por el flanco el resto del ejército de Belgrano, que triunfaba en otros puntos.

Este fué el momento decisivo de la batalla. Rota la línea enemiga por tres puntos, derrotada su izquierda, conmovido su centro, y triunfante su derecha, la ventaja obtenida por una fracción de ella quedaba neutralizada; así es que, los vencedores de su derecha, tuvieron que seguir el movimiento retrógrado del resto de su ejército derrotado, a pesar de los esfuerzos de Tristán para rehacer su línea hecha pedazos.

Fué este un momento de espantosa confusión. La izquierda del ejército patriota que ya estaba deshecha, se encontró repentinamente dueña del campo con un gran número de prisioneros abandonados por el enemigo. La mayor parte de la infanteria del centro, seguida de su reserva, perseguía la victoria en desorden. La caballería tucumana, completamente desbandada, se ocupaba en lancear dispersos y saquear los lujosos equipajes del ejército real.

Luego que Belgrano vió que la caballeria de su derecha habia roto la línea enemiga y que su centro estaba firme, quiso trasladarse a la izquierda de su línea, para cerciorarse del estado del combate por aquella parte, cuando encontró al coronel Moldes, quien le informó que estaban cortados por la izquierda. Siguió camino al galope, el general, en compañia de este jefe, dirigiéndose al claro que los enemigos habian dejado a su frente, y por el cual habian penetrado los escuadrones patriotas. A poco andar, se encontró en medio de su caballeria dispersa, que más parecía una fuerza derrotada que vencedora.

A la noticia de la aparición del general en aquel campo de desorden, empezaron a reunírsele los dispersos. Todos gritaban: «hemos vencido al enemigo que teníamos al frente». Muy luego se presentó Balcarce seguido de un grupo de caballeria y dando vivas a la patria en señal de triunfo. Felicitó al general y le presentó como trofeo de la victoria un gran cuchillo, con una rica empuñadura en que estaba asegurada una de las medallas de oro, batidas en honor de Goyeneche.

Belgrano, no bien seguro del triunfo, después de reunir los dispersos y formar una columna de 200 hombres,

se encaminó con ella a la ciudad, de la que distaba una legua. Al atravesar el campo de batalla, encontró desmontadas dos piezas de artilleria, que eran precisamente las que el enemigo habia conquistado en la primera acción de las Piedras y que dejó abandonadas en su movimiento retrógrado. En los arrabales de la ciudad vió un grupo de infantes con alguna caballeria; luego esa fuerza le hizo fuego de cañón, sacándolo de la duda de que los que tenia al frente eran enemigos.

De acuerdo con los jefes superiores que estaban con él resolvió retirarse al lugar llamado «El Rincón», tres leguas al sur de Tucumán, para desde allí averiguar de la suerte del resto del ejército.

Lo que sucedió fué que en el avance impetuoso de la infanteria, habia hecho retroceder al enemigo, abandonando la mayor parte de su artilleria. El general Tristán, envuelto en la oleada de sus tropas fugitivas, sólo pudo rehacerlas como a una legua al sur del campo de batalla, sobre la base de una columna que no habia entrado en combate, por ser la destinada a cortar la retirada del ejército patriota. Desde este momento la superioridad volvió a estar de su parte, y trabó un ligero combate sin resultado. Las fuerzas patriotas viendo que podían comprometer la victoria del día, se replegaron sobre la plaza. Fué bien calculada esta retirada, llevando la dirección Díaz Vélez, Dorrego y Forest, cargando como trofeos de su victoria, cinco piezas de artilleria, el parque del ejército realista, las banderas de los regimientos Cotabamba, Abancay y Real de Lima, y muchos prisioneros, dejando el campo sembrado de cadáveres. Los siguió Tristán y se posesionó de los arrabales del oeste.

Dueño el general realista del campo de batalla, intimó rendición a la plaza, dándole dos horas de término, con la amenaza de entregar la ciudad a las llamas si no se entregaba a discreción. Diaz Vélez, instruido ya de que Belgrano batia la campaña con la caballeria reunida, contestó con arrogancia, provocándolo al ataque, y le amenazó que pasaria a cuchillo a los prisioneros si se quemaba un solo rancho de la ciudad.

Al día siguiente, el general Belgrano se puso en marcha sobre la ciudad a la cabeza de una columna de 500 hombre, que tenía ya la conciencia de las ventajas adquiridas, conduciendo gran número de prisioneros tomados en su recorrida. Estableció sus comunicaciones con la plaza por la parte del sur, y situóse frente a la línea

de Tristán, intimándole a su vez rendición, y proponiéndole la paz en nombre de la fraternidad americana. Tristán contestó con dignidad diciendo, que el ejército del Perú no aceptaría proposiciones vergonzosas mientras existiese un hombre en sus filas, prefiriendo la muerte a la ignominia.

El general Belgrano, no creyó prudente un nuevo ataque, y antes de acometer una masa de infanteria que representaba una fuerza igual a la suya, resolvió ocupar en la noche el arroyo de los Manantiales, esperando cerrar por este camino la retirada de los realistas. En la noche del 25 al 26, Tristán levantó silenciosamente su campo, y burlando la vigilancia de los patriotas, tomó fugitivo el camino de Salta.

Así terminó la jornada de Tucumán, una de las más gloriosas para las armas patriotas, quedando por trofeos de esta victoria 61 jefes y oficiales, con 626 individuos de tropa prisioneros, siete piezas de artilleria, 400 fusiles, tres banderas y dos estandartes, 450 muertos del enemigo, con todo su parque y bagajes. La pérdida de los patriotas fué de 80 muertos y 200 heridos (1).

Operaciones subsiguientes a la batalla. —El general Belgrano, así que supo la fuga del enemigo, destacó sobre él una columna de 600 hombres, compuesta de sus mejores tropas de infanteria y caballeria, y confió su mando a Diaz Vélez, ordenándole picase activamente su retaguardia.

La retirada del ejército español fué, si no tan gloriosa, por lo menos no menos enérgica que la de Belgrano pocos días antes. Sufrió el hambre, la sed y la fatiga. La persecución fué floja y no bien combinada; sin embargo, siempre obtuvo algunas pequeñas ventajas.

Desde la márgen izquierda del Pasaje, Diaz Vélez se adelantó al enemigo, tomando un camino distinto, con el objeto de ocupar la ciudad de Salta, que a la primera noticia de la victoria del Tucumán se habia pronunciado nuevamente en favor de la revolución. Esta reac-

(1). «Debo advertir—dice el general Paz—que por las singulares peripecias de este sangriento drama, es el de Tucumán, uno de los combates más difíciles de describirse», y no obstante que él estuvo de ayudante en el ejército patriota. Mitre dice que se han escrito nueve relaciones de la batalla de Tucumán, y ninguna de ellas completa: que la relación que hace el general Paz en sus Memorias, es de las mejores. Nos hemos servido de ambas, de las relaciones de los generales Paz y Mitre.

ción fué operada por los prisioneros de las Piedras, que se hallaban allí confinados, y que pusieron a su cabeza a don José Antonio Alvarez de Arenales, que desde el 25 de mayo de 1809 en Chuquisaca hacia por segunda vez su aparición en la escena revolucionaria.

El capitán Zelaya fué el primero que llegó a Salta con su avanzada de Dragones. Reforzado allí recibió orden de Diaz Vélez para dirigirse sobre Jujuy, donde el coronel español Socasa se habia refugiado a la cabeza de una guarnición con algunas municiones y los caudales del ejército realista. El 8 de octubre estaba Zelaya sobre Jujuy. Atacó al enemigo que estaba fortificado, y aunque su asalto fué llevado con vigor, fué rechazado por los realistas.

Regresó el capitán Zelaya a Salta. Esta ciudad fué muy luego ocupada por la división de Diaz Vélez, que después de dos dias de permanencia en ella, tuvo que abandonarla a la aproximación de Tristán; situándose en sus alrededores como en observación. Los restos del ejército español se fortificaron en la ciudad, y su jefe sumido en la mayor tristeza y lleno de vergüenza, pidió nuevos refuerzos a Goyeneche para vengar su derrota, cuando pocos dias antes mandaba publicar un bando, que sería ahorcado sin más forma de proceso, todo el que se atreviese a decir que su ejército habia sido vencido en Tucumán.

La columna perseguidora regresó a Tucumán a fines de Octubre, llevando 80 prisioneros rescatados, y 60 tomados al enemigo en diferentes encuentros.

Ya hemos dicho en otra parte el momento solemne en que llegó esta división a Tucumán: cuando cruzaba la procesión las calles de la ciudad, llevando en triunfo la imágen de Nuestra Señora de las Mercedes. A caballo y llena del polvo se incorporó la división de vanguardia a la procesión, la que siguiendo su marcha desembocó al campo de batalla, húmedo aún con la sangre de las víctimas.

Estos actos de pública devoción, que grangearon a Belgrano un crédito inmenso en aquellas poblaciones, cambiaron la faz de la revolución.

La grandeza de alma de Belgrano y la importancia de la batalla de Tucumán.— A las festividades religiosas siguieron las distribuciones de premios a los vencedores del 24 de septiembre. El gobier-

no decretó que se inscribiesen en una lámina de bronce los nombres de los muertos en la batalla, para ser fijada en la pirámide de Mayo; que los nombres de los que militaron en ella se registrasen en los libros de honor de los cabildos de Tucumán y Buenos Aires; que a las tropas se les diese un distintivo honorífico y a los oficiales un escudo con este lema: «*La patria a sus defensores en Tucumán*». A Belgrano, en premio de sus fatigas y del constante desvelo con que se habia empeñado en hacer brillar la virtud americana, se le acordó un eecudo de lámina de oro con el mismo mote. Al mismo tiempo se le expidieron los despachos de capitán general, cuando hasta entonces se le habia negado la confirmación de su grado de brigadier.

El modesto vencedor de Tucumàn, renunció el título de capitán general, y declinando el honor del triunfo, contestó al gobierno con estas notables palabras, que manifiestan el equilibrio de su alma, inaccesible a la vanidad y a la envidia: «Sirvo a la patria sin otro objeto que el de verla constituida, y este es el premio a que aspiro. V. S. tal vez ha creido que tengo un relevante mérito, y que he sido el héroe de la acción del 24. Hablando con verdad, en ella no he tenido más de general que mis disposiciones anteriores, y haber aprovehado el momento de mandar avanzar, habiendo sido todo lo demás obra de mi mayor general, de los jefes de división, de los oficiales, y de toda la tropa y paisanaje, en términos que a cada uno se le puede llamar el héroe del campo de las Carreras de Tucumán».

Ganar una batalla puede ser un accidente de la suerte variable de las armas, y no es la más alta gloria de un general; pero resolverse a afrontarse al enemigo después de una retirada de ochenta leguas; esperarle con menos de la mitad de sus fuerzas; dar la batalla contra sus instrucciones y las órdenes repetidas y perentorias de su gobierno, y triunfar, y después del triunfo rehusar la corona del triunfador y colocarla sencillamente sobre las sienes de sus compañeros de armas, y esto con sinceridad y sin ostentación, es un éxito de moderación de que la historia presenta pocos ejemplos.

Pero lo que hace más gloriosa esta batalla fué, no tanto el heroismo de las tropas y la resolución de su general, cuanto la inmensa influencia que tuvo en los destinos de la revolución americana, levantando los ya abatidos espíritus de los pueblos, y quebrantando por primera

vez las armas vencedoras del virrey de Lima, cuando Goyeneche pretendia y amenazaba llevarlas hasta Buenos Aires.

El nuevo gobierno de Buencs Aires es más favorable a Belgrano —Con la noticia de la victoria de Tucumán, con las ideas difundidas por San Martin y Alvear, que acababan de llegar de Europa, y bajo la dirección de Monteagudo, que fué el alma de este movimiento, el 8 de octubre se congregó el pueblo de Buenos Aires en la plaza, bajo la protección de la fuerza armada, y pidió al cabildo que reasumiendo la autoridad delegada por el pueblo el 22 de mayo de 1810, procediese a suspender la asamblea y hacer cesar al gobierno en sus funciones, creando un nuevo poder ejecutivo provisorio, con el deber de convocar inmediatamente un congreso general.

El cabildo, en nombre del pueblo, proclamó como miembros del nuevo gobierno, al doctor Juan José Passo, don Nicolás Rodríguez Peña y don Antonio Alvarez Jonte. Hallándose ausente Peña, entró provisoriamente don Francisco Belgrano, hermano del general.

Este triunvirato, nacido del seno de una revolución pacífica, se instaló, y quince días después expidió el decreto de convocatoria a la asamblea.

El nuevo gobierno, más favorable que el anterior para Belgrano, lo colmó no sólo de honores, sino que se apresuró a proporcionarle todos los elementos necesarios, a fin de que pudiera utilizar su reciente victoria.

Al mismo tiempo que se disponia la salida de nuevos refuerzos y pertrechos de guerra, con destino al ejército auxiliar del Alto-Perú, las banderas rendidas por los enemigos en Tucumán, eran paseadas en medio de aclamaciones por las calles de la capital. Tendidas las tropas desde la fortaleza hasta la arqueria de las casas consistoriales, el gobierno en persona, acompañado de todas las corporaciones, las llevó humilladas, como símbolos de la tiranía, fijándolas a la espectación pública en lo alto de los balcones del cabildo, donde permanecieron todo un dia, estimulando el entusiasmo público. Por la tarde fueron conducidas al templo de Nuestra Señora de las Mercedes, bajo cuyos auspicios se habian puesto los vencedores de Tucumán el día de la batalla. Estos espectáculos, hiriendo profundamente la imaginación del pueblo, despertaban el entusiasmo público, y contribuian eficazmente a formar el sentimiento de la nacionalidad.

Mientras tanto, los restos del ejército realista batidos en Tucumán, se atrincheraban en la ciudad de Salta, no perdiendo Tristán la esperanza de volver a tomar la ofensiva. Goyeneche lo reforzó con dos batallones, varias piezas de artilleria, y alguna caballeria, ocupando una de estas fuerzas la ciudad de Jujuy, como en reserva, y con el objeto principal de distraer la atención de los patriotas.

Negociaciones entre Belgrano y Goyeneche.—Por una singular coincidencia, casi al mismo tiempo (18 de octubre), que Goyeneche escribia al virrey de Lima manifestándole la conveniencia de proponer una transacción a los patriotas, Belgrano por su parte escribia a Goyeneche, con el aparente objeto de invitarle a que dejase en libertad a los pueblos, a fin de nombrar diputados para un congreso general, que resolviese la cuestión pacíficamente; pero principalmente, para hacerle conocer toda la extensión del desastre del 24 de septiembre, que suponía que Tristán pudiera ocultarle; sin que esto obste a que, en su deseo de poner término a la guerra, fuera hecha de buena fe la proposición, pues ella tuvo por origen sus frecuentes conversaciones con el coronel español prisionero, don Pedro Barreda.

El gobierno, al aprobar condicionalmente su conducta, le decía que «debia obrar ceñido a las circunstancias, en virtud de la conducta anterior y actual de los enemigos, que los colocaba fuera de la obligación de mantener con ellos todo tratado que no fuese dictado por la necesidad del momento».

Insistiendo sobre esto Belgrano, en términos que contrastan con otros escritos suyos, en que habia dicho que sólo el vigor y la fuerza afianzarian el triunfo de la libertad, el gobierno le decia (el 25 de noviembre) por último: «Goyeneche ya ha perdido todo derecho a tratar, puesto que no nos puede dar ningún género de seguridades; por lo tanto, todo lo que no sea con él una acción campal, debe ser una ejecución militar».

Goyeneche contestó al fin en estilo más correcto y en términos más comedidos que los empleados por Belgrano, con fecha 28 de noviembre, con la proposición por su parte de la paz sobre la base de la constitución española, recien promulgada por las cortes, diciéndole por conclusión: «Si V. S. quiere saber el voto público, pregunte de oficio a los cabildos y corporaciones, ¿qué desean? Yo

daré curso a sus oficios, y le satisfaré con el voto de la nobleza, del clero, regulares y comerciantes, que son la parte de donde dimana el orden y el equilibrio trastornado».

El general patriota cerró esta estéril negociación, declarando que solo a los pueblos competia aceptar o rechazar la constitución española, o darse la ley que quisiesen obedecer, agregando: «Retírese V. S. con sus bayonetas a la otra parte del Desaguadero, y entonces preguntaré a los cabildos y corporaciones qué es lo que desean».

En el intervalo de la negociación, Belgrano había despachado emisarios al Alto-Perú, con el objeto de promover la revolución, anunciando la próxima invasión del ejército auxiliar. No era esta una vana promesa. El general, contando por seguro un nuevo triunfo sobre Tristán, meditaba llevar sus armas hasta el Desaguadero, precisamente hasta el mismo punto de donde retrocedió Castelli con el primer ejército auxiliar, cuando en su vanidad, pensaba ya llegar a Lima. Estaba autorizado para ello, Belgrano, por el gobierno de Buenos Aires, que con este fin le mandó el regimiento número 1 de Patricios. El general, por su parte, aumentó su ejército con algunos prisioneros tarijeños, remitiendo el resto a Córdoba, y promoviendo una recluta, en las jurisdicciones de su dependencia.

Todo esto no bastaba, ni aun para ir a buscar a Tristán, mucho menos para llevar la guerra a tan larga distancia de su base de operaciones. Creia el general, que necesitaba para esto 4,000 hombres, a lo que el gobierno le observaba, que aunque con tal número de tropas se lograra llevar las conquistas de la revolución hasta los límites del Desaguadero, no le era posible realizar el envio de tropas suficientes a completar aquel número.

Hubo de resignarse el general Belgrano con esta situación, y contestó al gobierno: «En fin, haré cuanto esté a mis alcances, e iré a buscar al enemigo sea como fuere, con la esperanza de que la Divina Providencia empeñada en proteger nuestra causa, nos proporcionará las ventajas que necesita la patria».

Incorporación de don José Antonio Alvarez de Arenales al ejército patriota en momentos que va éste a tomar la ofensiva. —Por ese tiempo llegó a Tucumán don José Antonio Alvarez de Arenales, a quien ya hemos visto figurar en la revolución del 25 de mayo de 1809 en Chuquisaca, pero puede decirse que aquí recién vá a empezar su carrera

militar en los ejércitos de la patria. Habia sido sub delegado de Arque, en la jurisdicción de Cochabamba. Cuando el primer grito de independencia de Chuquisaca, concurrió a él como sub-delegado de Yamparáez, y fué nombrado por la audiencia revolucionaria comandante general de armas, y cuando vino el presidente Nieto y fué sofocada la revolución, fué mandado preso a Lima. Puesto en libertad y perseguido en seguida, regresó a Salta, lugar de su vecindario, donde era alcalde ordinario, cuando Tristán hizo su invasión. La revolución de los prisioneros en Salta, de que ya hemos hablado, lo tomó allí, porque no habia emigrado, sino que esperó tranquilamente al enemigo. Vuelto Tristán a aquella ciudad, Arenales habia permanecido oculto, corriendo los mayores peligros para evadirse de la persecución de sus enemigos, pues su calidad de español lo hacia doblemente odioso a ellos, hasta que pudo presentarse en Tucumán al general Belgrano, e incorporarse al ejército para marchar a Salta, en cuya victoria se halló.

Este hombre, austero en sus costumbres, estoico por temperamento y tenaz en sus propósitos, reunía a las virtudes civiles del ciudadano, los talentos del administrador y las calidades que requiere el mando militar en circunstancias difíciles. Su presencia fué un aliento para Belgrano, que simpatizó con este jefe, que allí principió su honrosa carrera en los ejércitos de la independencia, en que después prestó tan útiles servicios y en que adquirió victorias gloriosas, como las de Pasco y la Florida.

Al finalizar el año 1812, el ejército patriota se hallaba casi listo para tomar la ofensiva; el 28 de diciembre constaba de un total de 2,896 soldados, 166 oficiales y 7 jefes. El enemigo, mientras tanto, permanecía atrincherado en Salta, con 2500 hombres, fuera de la guarnición de Jujuy y de otros refuerzos que debian reincorporársele.

Antes de ponerse en marcha el general Belgrano, mandó hacer funerales por los muertos de los dos ejércitos en la batalla de Tucumán, a los que asistió personalmente con todo su estado mayor, enseñando prácticamente que los odios no deben pasar más allá del sepulcro, a la vez que consolidaba la opinión de religiosidad que iba adquiriendo su ejército (1).

[1]. Memorias del general José María Paz. T. I, cap. I. Historia de Belgrano, por Bartolomé Mitre. T. II. Caps. XIX y XX.

CAPITULO DÉCIMO

1813.—Avanza el ejército auxiliar sobre las provincias del Norte, y la jura de la bandera.—Movimiento y maniobras del ejército sobre Salta.—Batalla de Salta, 20 de febrero de 1813.—Rendición del ejército realista.—Retirada de Goyeneche; los juramentados en Salta y los pronunciamientos del Alto-Perú.—Se mueve el ejército patriota de Salta, despacha su vanguardia y fija su cuartel general en Potosí.—La asamblea acuerda un premio de 40,000 pesos a Belgrano, quien los destina para fundación de escuelas.

1813.—Avanza el ejército auxiliar sobre las provincias del Norte y la jura de la bandera.—El 12 de enero de 1813 movióse la primera división del ejército expedicionario, compuesta del batallón de cazadores y el número 2. El 13 salió el número 1, los Pardos y Morenos, el tren y los Dragones, y sucesivamente las milicias de Tucumán y demás fuerzas, hasta el número de 3,000 hombres. Las partidas exploradoras aclaraban el campo hasta el río de las Piedras, observando la línea del Pasaje, con sus reservas situadas en Yatasto. El punto general de reunión era el río Pasaje.

El 9 de febrero empezó el ejército a vadear el Pa-

saje, y el 11 estaba terminada esta operación, que determinaba su acción ofensiva. Se detuvo Belgrano en la márgen norte del rio, donde tuvo lugar la escena memorable de la jura de la bandera, precursora del nuevo triunfo que iba a obtener.

El día 13 de febrero el ejército formó un gran cuadro en la márgen del rio. Después de pasarlo en revista y anunciarle en breve arenga el objeto de aquel acto, el general Belgrano desenvainó su espada y dirigió una sencilla proclama al ejército, señalando la bandera de los defensores de la patria. En seguida prestó en presencia de las tropas el juramento, y tomándolo individualmente a los jefes de cuerpo, interrogó de nuevo a las tropas con las fórmulas prescritas, y tres mil voces repitieron al mismo tiempo: *¡Si juro!* Entonces, colocando su espada horizontalmente sobre el asta de la bandera, desfilaron sucesivamente todos los soldados, y besaron uno por uno aquella cruz militar, sellando con su beso el juramento que acababan de prestar.

Concluido el acto, se grabó a escoplo, en el tronco de un árbol gigantesco que se levantaba sobre la márgen del río, esta elocuente inscripción: «Río del Juramento» nombre que desde entonces se dió al Pasaje.

Movimiento y maniobras del ejército sobre Salta.—En la misma tarde del día 13 el ejército patriota continuó su marcha ya reunido. Distaba veinte leguas de Salta, y el enemigo no lo habia sentido aún. El 14 fué sorprendida por la vanguardia patriota, la avanzada real situada en Cobos. Los fugitivos que llevaron esta noticia a Tristán, no le pudieron informar si la fuerza que los habia atacado era una partida suelta o un destacamento del ejército patriota en marcha. El general realista no se atrevia a creer que Belgrano abriese la campaña en una estación tan desfavorable para las operaciones militares, y se persuadió que aquel era un hecho aislado.

Mientras tanto, el ejército patriota avanzaba su marcha sobre Salta. Del «Ojo del Agua», donde el camino se bifurca, desprendió su vanguardia por la izquierda en dirección a los Portezuelos, que era entonces la única entrada conocida a la ciudad de Salta, y Belgrano con el grueso del ejército siguió por el de la derecha a Lagunillas, donde acampó el 18, a tres leguas de su objetivo,

sin que el enemigo se hubiese dado cuenta de su itinerario.

El general español, persuadido al fin de que el ejército patriota marchaba sobre él, esperaba su ataque por los Portezuelos, donde habia concentrado su vigilancia, ciñéndose a la estricta defensiva; y al tener noticia del avance de la vanguardia del ejército argentino, se confirmó en esta creencia. En consecuencia, mandó fortificar y artillar aquel lugar, resuelto a cerrar el paso al enemigo y comprometerlo allá a la batalla.

La vanguardia patriota se adelantó hasta aquella posición, y al llegar a Higuerillas se encontró con la realista, y se trabaron inmediatamente algunas guerrillas. Mientras tanto, el general Belgrano, con el grueso de su ejército, tomó una senda oculta por la estrecha y fragosa quebrada de Chachapoyas, a retaguardia del enemigo. Por allí descendió al valle, y al amanecer del día 19 se hallaba en la hacienda de Castañares, a una legua de Salta, donde se le incorporó la vanguardia, que después de distraer al enemigo, retrocedió en la noche por la misma ruta de Chachapoyas.

El general Tristán, que ignoraba la existencia de este camino, al recibir el parte de que el ejército patriota ocupaba la retaguardia, se negó a creerlo y exclamó: ¡Solo que fueran pájaros! Cerciorado de la verdad, cambió inmediatamente de plan, trasladándose de Portezuelo al pie del cerro de San Bernardo, cubriendo la ciudad y dando frente al Norte, sin darse todavía cuenta exacta del plan del general Belgrano.

El ejército patriota, colocado al Norte de Salta, se interpuso entre esta ciudad y la de Jujuy, que contaba con una fuerza de 500 realistas, interceptando la comunicación de estos dos puntos militares y cerrando la retirada del ejército de Tristán al Alto-Perú.

Batalla de Salta, 20 de febrero de 1813. —El día 19 lo empleó el general Belgrano en dar descanso a su tropa, y en prepararla para una batalla que ya era inevitable. A las once de la mañana movióse resueltamente en dirección a Salta, que está situada en el centro del valle conocido en la historia de la conquista con el nombre de valle de Lerma, limitado por cadenas de cerros, que forman parte de los primeros contrafuertes de los Andes, dentro de los cuales está enclavado, y hacia el oriente, como a una milla de distancia de la ciudad, se

destaca el cerro de San Bernardo; por el occidente, como a dos leguas de distancia, levántase la inaccesible montaña de San Lorenzo. Entre el San Lorenzo y el San Bernardo, se desenvuelve la deliciosa planicie de Castañares, que asciende en suave plano inclinado hasta la hacienda del mismo nombre, donde se hallaba situado Belgrano con todo su ejército.

Después de descender la llanura, inclínose sobre su izquierda, con el objeto de descubrir desde las alturas la fuerza y posiciones del enemigo, lo que consiguió completamente, e hizo alto a la mitad del camino, cuando ya los dos ejércitos estaban a la vista, y entre ambos solo mediaban las guerrillas de sus avanzadas comprometidas en tiroteos.

La formación que llevaba el ejército patriota era en cinco columnas de infanteria; ocho piezas de artilleria divididas en secciones a retaguardia; dos alas de caballeria en la prolongación de la linea de batalla; y una columna de las tres armas, con cuatro piezas de artillería, formando la reserva.

Era más hábil la formación del ejército realista, y en la distribución de las diferentes armas habian sido mejor consultados los accidentes del terreno. Habia tendido su batalla de 3,500 hombres al Norte del zanjón que corta el camino de Jujuy por esa parte, formando dos líneas. Constaba la primera de tres batallones de infanteria, que apoyaban su flanco derecho sobre el cerro de San Bernardo, y tenian una avanzada de 200 hombres, colocada en lo más fragoso de la montaña, que cubierta por los accidentes del terreno; amagaba el flanco izquierdo del ejército patriota. Sobre la izquierda de su primera línea desplegó en formación de ala los 500 hombres de que constaba su caballería, precisamente donde podia obrar esta arma por la naturaleza del terreno. Al frente de la primera línea estaba la artillería compuesta de diez piezas. La segunda línea se componia de dos batallones en columna, y a retaguardia estaba la reserva y el parque.

En esta disposición permanecieron ambos ejércitos durante la tarde del 19, replegándose en la noche y dejando sus frentes cubiertos por las líneas de sus avanzadas.

Amaneció el día 20 de febrero de 1813, con tiempo nebuloso y lluvia alternada; pero luego se despejó el horizonte y apareció el sol en todo su esplendor. A pesar de la alarmante indisposición que sufrió en la mañana el

general Belgrano, pudo montar a caballo y se puso a la cabeza del ejército, que emprendió la marcha sobre el enemigo, llevando el mando de la primera columna de la derecha el teniente coronel don Manuel Dorrego, y sucesivamente por el orden de su formación, el comandante José Superi, y don Francisco Pico, el sargento mayor Carlos Forest y el comandante Benito Alvarez. La caballería de la derecha la mandaba el teniente coronel Cornelio Zelaya, y la de la izquierda el capitán Antonio Rodríguez. La infanteria de la reserva estaba a las órdenes del teniente coronel Gregorio Pedriel, y la caballeria a las del sargento mayor Diego González Balcarce, y del capitán Domingo Arévalo. La artilleria de la derecha la mandaba el teniente Antonio Giles; la del centro el de igual clase Juan Pedro Luna y Agustín Rávago; la de la izquierda, el capitán Francisco Villanueva, la de la reserva, el capitán Benito Martínez y el teniente de Dragones José María Paz, que llegó a ser uno de los primeros generales de la América. La derecha de la primera línea fué mandada por el coronel Eustaquio Diaz Vélez, y la izquierda por el coronel Martín Rodríguez; con la reserva marchaba el general Belgrano.

Roto ya el fuego de fusilería por parte del enemigo, el general Belgrano ordenó que Dorrego avanzase sobre la izquierda realista con dos compañías de cazadores, apoyadas por la caballería de Zelaya. Esta fuerza que fué a estrellarse contra el costado más fuerte del enemigo fué rechazada, a la vez que Diaz Vélez cayó herido, y perdiendo mucha sangre tuvo que retirarse del campo.

Acto contínuo mandó Belgrano que una columna de la reserva, a órdenes de don Silvestre Alvarez, atacase a la fuerza que ocupaba las faldas del San Bernardo y hacia grande daño a su izquierda con sus fuegos diagonales, y se trasladó personalmente a gran galope a la derecha de la línea privada de su inmediato jefe, que acababa de caer herido, y dirigiéndose al comandante Dorrego, le dijo: «Avance usted y llévese por delante al enemigo; pero no intercepte los fuegos de nuestra artillería».

Apoyado por la caballeria y sostenido por los fuegos de la artillería que le preparaban el camino, Dorrego recuperó el terreno perdido, y llevó la carga con tal vigor, que toda el ala izquierda del enemigo cedió a su empuje, y se desorganizó completamente, replegándose en desorden a la ciudad, con lo que dejó en descubierto el flanco que ocupaba. Tristán, con gran presencia de espíritu,

hizo cubrir este claro por los batallones de la segunda línea. El fuego se hizo general, y aquellos batallones, desmoralizados con la fuga de sus compañeros, se desordenaron y tomaron el mismo camino hacia la ciudad.

En el centro los realistas se mantuvieron con más firmeza, sostenidos por su artilleria concentrada; pero corriendo el peligro de verse envueltos, cedieron el campo precipitadamente, al empuje de las columnas mandadas por Superi y Forest, abandonando gran parte de su artillería y municiones, y dejando el suelo cubiertos de muertos y heridos.

El centro realista arrastró en su derrota a la reserva, y por este movimiento retrógrado quedó cortada y envuelta su ala derecha, compuesta de los batallones Real de Lima y Paucartambo. Solo la columna posesionada en las faldas del San Bernardo, hizo una heróica resistencia. Allí acudió oportunamente Belgrano con la reserva en apoyo de su ala izquierda, y bajo los fuegos combinados de la artilleria y la fusileria, tuvieron al fin que dispersarse aquellos últimos restos del ejército español, cuya mayor parte se rindió prisionera.

Cuando esto pasaba en el campo de batalla, del que habian desaparecido los realistas y los patriotas creian decidida la suerte de las armas con su victoria, un vivísimo fuego se sentia en la ciudad, donde la derecha vencedora, salvando el obstáculo del Tagarete, se precipitó como un torrente en pos de los fugitivos. El teniente Luna, arrastrando dos piezas de artilleria, apoyó este avance, que llevaron con encarnizamiento los comandantes Dorrego, Pico, Forest, Superi y Zelaya. Estas fuerzas avanzaron hasta cuadra y media de la plaza, cuyas avenidas estaban atrincheradas con palizadas, y se posesionaron del templo de la Merced, en cuya torre hicieron tremolar en señal de triunfo un poncho de colores argentinos, que hizo las veces de bandera.

Hacia tres horas que duraba el fuego, y en el interior de la ciudad todo era desorden, confusión y espanto. Tristán hacia esfuerzos inauditos por reunir sus fuerzas aterradas para defender sus trincheras, y solo una parte de ellas obedeció su voz; el resto refugiado en la iglesia catedral no queria salir de ella. Viendo Tristán la inutilidad de sus esfuerzos se resolvió a pedir capitulación, en momentos en que Belgrano se disponía a intimarle rendición, organizando un asalto formal sobre la plaza.

Rendición del ejército realista.— El parlamentario, que lo fué el coronel La Hera, se presentó a Belgrano con los ojos vendados, y al descubrirse, en actitud suplicante y en voz baja dirigió su proposicion al general vencedor. Este le contestó en voz alta y con benevolencia: «Diga usted a su general que se despedaza mi corazón al ver derramar tanta sangre americana: que estoy pronto a otorgar una honrosa capitulación: que haga cesar inmediatamente el fuego en todos los puntos que ocupan sus tropas, como yo voy a mandar que se haga en todos los que ocupan las mias». El parlamentario se retiró, y según la expresión del general Paz, testigo presencial, los patriotas se entregaron silenciosamente al placer de la victoria.

El fuego se suspendió por una y otra parte, y en la tarde ajustáronse las capitulaciones. Quedó estipulado, que al siguiente día saldrian de la ciudad los restos del ejército real con los honores de la guerra, y tambor batiente, y que a las tres cuadras rendirian las armas y entregarian sus pertrechos de guerra, obligándose por juramento, desde el general hasta el último tambor, no volver a tomar armas contra las Provincias del Rìo de la Plata, en las que se comprenden Charcas, Potosí, Cochabamba y La Paz; concedióse a los vencidos la devolución de sus prisioneros, en interés de que Goyeneche diese libertad a los que tenia del ejército patriota, hechos en diferentes acciones de guerra, desde el Dasaguadero inclusive; y permitió a la guarnición de Jujuy retirarse libremente con sus armas, imponiéndole por única obligación el no causar daño alguno en su tránsito al interior.

Firmadas las capitulaciones, ambos ejércitos permanecieron en sus posiciones, pasando la noche en vigilancia.

En la mañana del 21, dice el general Paz, los dos ejércitos estaban sobre las armas. El uno para desocupar la plaza, el otro para entrar en ella: el uno para entregar las armas, el otro para recibirlas. El tiempo seguía lluvioso. Serian las nueve cuando el ejército realista salió al campo formado en columna, llevando los batallones los jefes a su cabeza, batiendo marcha los tambores y sus banderas desplegadas. La tropa patriota que estaba fuera, los recibió con los honores correspondientes. A cierta distancia su columna hizo alto. Desplegando en línea el batallón que llevaba a la cabeza, empezó a desfilar por

delante del jefe y hombres que estaban apostados para recibir el armamento, que iba entregando hombre por hombre, juntamente con su cartuchera y correaje. Los tambores hicieron lo mismo con sus cajas, los pífanos con sus instrumentos, y el abanderado entregó finalmente la real insignia que simbolizaba la conquista y un vasallaje de 300 años, Sucesivamente, los demás cuerpos fueron entregando sus armas: la caballeria echó pie a tierra y rindió al pie de la bandera argentina sus espadas y carabinas: la artillería rindió sus cañones, sus carros y municiones. Así desfilaron 2,786 hombres de la graduación de general a tambor, elevando con sus propias manos el trofeo glorioso de la batalla de Salta, coronada por la bandera jurada en el Pasaje.

Desarmados enteramente los realistas, parecían una cosa muy diversa de lo que eran media hora antes; y volvieron a sus cuarteles, sin formación, en un tropel confuso que se asemejaba a una majada de corderos. Pero lo que más hería la imaginación de los espectadores, era ver retratados en sus semblantes las diferentes pasiones de que estaban animados. El despecho y rabia en algunos, en otros un furor concentrado y la vergüenza en todos; derramando muchos de ellos lágrimas, que no bastaba toda su fuerza a reprimir. La escena fué grave y verdaderamente sublime, sin jactancia, sin insultos por parte de los vencedores, que supieron respetar al enemigo caido, honrando dignamente el valor desgraciado. El general Belgrano dispensó a su humillado rival de la vergüenza de entregarle personalmente su espada, y recordando su antigua amistad, le abrazó tiernamente en presencia de vencidos y vencedores.

Los trofeos de esta victoria fueron: tres banderas, 17 jefes y oficiales prisioneros en el campo de batalla, 481 muertos, 114 heridos, y 2776 rendidos, incluso cinco oficiales generales, 93 de la clase de capitán a subteniente y 2,683 individuos de tropa; en todo, 3398 hombres, que componían todo el ejército de Tristán, sin escapar uno solo. Además 10 piezas de artilleria, cinco de ellas tomadas en el combate; 2188 fusiles, 200 espadas, pistolas y carabinas, todo su parque, maestranza y demás pertrechos de guerra. La pérdida del ejército patriota consistió en 113 muertos, 433 heridos y 42 contusos: en todo 578 hombres.

En medio del campo de Castañares fueron enterrados los muertos de ambos ejércitos, en una fósa común,

y sobre ella se levantó una gran cruz de madera con esta sencilla y elocuente inscripción: «Aquí yacen los vencedores y vencidos el 20 de febrero de 1813».

El general vencedor, al dar cuenta de esta victoria a su gobierno, le decía: «El Dios de los ejércitos nos ha echado su bendición: la causa de nuestra libertad e independencia se ha asegurado a esfuerzos de mis bravos compañeros de armas».

Algunos historiadores han divagado sobre si el general Belgrano sacó o nó de la victoria de Salta todo el fruto que pudo, y han criticado su conducta militar y política, por que se dejó arrebatar por los impulsos de una mal entendida generosidad, para esterilizar los efectos materiales de la victoria. No queda duda que el general patriota pudo completar su victoria con la rendición discrecional del enemigo, o por un asalto sangriento a las trincheras de la ciudad de Salta, hasta no dejar un soldado realista, en vez de abrir el camino de salvación a los que le pidieron gracia.

Los que así discurren, sin dejar de honrar el noble y sensible corazón de Belgrano, no toman en cuenta el fin político que se propuso, cual era el de inspirar a los vencidos con el espíritu de la revolución, comprometiéndolos por la gratitud, y hacer que penetraran desarmados al Alto-Perú como vanguardia de propaganda.

El general Belgrano al conceder la capitulación, había tenido en vista el ser americanos casi todos los soldados del ejército real, y siéndolo igualmente Tristán y Goyeneche, esperaba que esta consideración los decidiría a pronunciarse por la causa de la revolución:

Lo cierto es que la capitulación de Salta fué generalmente reprobada por los patriotas de Buenos Aires, en cuanto a Belgrano; y formalmente desaprobada por el virrey de Lima, por lo que respecta a Tristán, negando al mismo tiempo su confirmación al armisticio propuesto por Goyeneche.

Belgrano se quejaba de las acusaciones de que era el blanco, y justificando su conducta con los vencidos, escribia a su amigo Chiclana: «Siempre se divierten los que están lejos de las balas, y no ven la sangre de sus hermanos, ni oyen los clamores de los infelices heridos; también son esos los más a propósito para criticar las determinaciones de los jefes: por fortuna, dan conmigo que me rio de todo, y hago lo que me dicta la razón, la justicia y la prudencia, y no busco glorias, sino la unión de

los americanos y la prosperidad de la patria». En otra carta, decía desde Jujuy: «¡Quién creyera! ¡Me escribe otro por la capitulación, y porque no hice degollar a todos, cuando estoy viendo palpablemente los efectos benéficos de ella!»

Retirada de Goyeneche; los juramentados en Salta y los pronunciamientos del Alto-Perú.—Goyeneche que se encontraba en Potosí, con un ejército formidable, perdió la cabeza con la noticia de la derrota de Salta. Inmediatamente convocó una junta de guerra, y anunció su determinación de abandonar aquella ciudad y replegarse a Oruro. A pesar de encontrarse a 150 leguas al norte de Salta, y cubierto su frente por dos fuertes divisiones, la de Picoaga situada en Suipacha, y la de Tacón, que se retiraba de Jujuy a incorporársele, emprendió su retirada con tal precipitación, que por falta de acémilas se vió en la necesidad de mandar quemar una gran cantidad de municiones, sus tiendas de campaña y otros artículos de guerra, poniendo en libertad a más de cien prisioneros patriotas, que retenia en su poder. Esta determinación tenia por origen una carta que le habia escrito Tristán, diciéndole que pusiera a salvo su persona, retirándose por lo menos a Oruro.

Mientras tanto, los capitulados habian penetrado al Alto-Perú y esparcian la noticia de la catástrofe del ejército español en Salta, y predisponiendo a las poblaciones a la insurrección, «dedicándose algunos, dice Torrente, a pervertir el espíritu público, proclamando el brillo y el entusiasmo de las tropas de Buenos Aires, y pintando con los colores más halagüeños la causa que defendían» (1). «Muchos de ellos dice Garcia Camba, más imparcial y veraz, ímbuidos de ideas nuevas, fué voz pública que empezaron a promover conferencias y juntas clandestinas, de cuyas resultas se divulgaron especies subversivas que no dejarian de influir en la sensible deserción que menguaba las filas del ejército» (2).

Goyeneche temiendo el contacto de aquellos soldados, a quienes suponía contaminados con las ideas revolucionarias, dió órdenes anticipadas para que todos los juramentos fuesen detenidos antes de llegar a Oruro, reuniéndolos en el pueblo inmediato de Sepulturas. Allí se pre-

---

[1]. Historia de la Revolución Hispano Americana. T. I. pág. 349.

(2). Memorias de las Armas Españolas en el Perú. T. I, pág. 94.

sentó él con su estado mayor, y los proclamó con vehemencia, haciéndoles saber que estaban absueltos de su juramento por el arzobispo de Charcas y el obispo de La Paz, y los incitó nuevamente a tomar las armas y unirse a sus antiguos compañeros.

Sólo siete oficiales y 300 soldados se prestaron a esta sugestión, y con ellos organizó un cuerpo separado, en el que ya no podia confiar. Todos los demás se negaron a quebrantar su juramento, y siguieron su ruta a La Paz, Puno, el Cuzco y Arequipa, donde contribuyeron directa o indirectamente, a preparar el camino de los ejércitos libertadores.

En el momento que se alejó Goyeneche las provincias del sud del Alto-Perú volvieron a insurreccionarse, y en todas partes los patriotas tomaron nuevo brío: de Chichas y de Tarija mandaron fuerzas organizadas a reforzar el ejército de Belgrano. Potosì y Chuquisaca se pronunciaron inmediatamente por la revolución, sin esperar el auxilio de los vencedores en Salta, que no prosiguieron su victoria con el vigor y actividad que aconsejaba la situación. Cuando Belgrano era llamado con ansiedad por los patriotas de La Paz, de Cochabamba y Santa Cruz, explicaba su inacción ante su gobierno, diciéndole: «Después de una acción, tanto el que gana como el que pierde, queda descalabrado: así me sucede a mí», y añadia que tenia que componer el material, reemplazar hombres para ponerse en marcha, y que siendo la estación de las aguas, y hallándose los ríos crecidos, esto y mil otras causas «le impedían volar como quisiera, para aprovecharse del terror de los enemigos».

Se mueve el ejército patriota de Salta, despacha su vanguardia y fija su cuartel general en Potosí.—Después de algún tiempo pasado en Salta, que fué empleado en reorganizar los destacamentos diezmados por las bajas de la batalla y las enfermedades consiguientes, a mediados de abril avanzó Belgrano hasta Jujuy, dirigiendo los cuerpos de la vanguardia hacia Potosì. El gobierno de Buenos Aires lo incitaba a no perder momentos. Al acusar recibo de las notas en que le participaba los movimientos favorables de Chuquisaca y Santa Cruz, volvia a repetirle: «Nada es tan importante en estas circunstancias como la aceleración de las marchas del ejército auxiliador, a cuyo fin se hace necesario el último esfuerzo de actividad».

Pocos días después insistía con más formalidad sobre este punto, en estos términos: «Cuando el gobierno había creido puntualizadas las diferentes órdenes que ha librado, para que avanzaran rápidamente las divisiones disponibles del ejército que V. E. manda, ha visto en el contexto de su comunicación de 22 de abril eludidas sus esperanzas, fundadas en los auxilios que constan remitidos desde el Tucumán, en los recursos pecuniarios que se han proporcionado a V. E., y en las instrucciones que se le han remitido. Y se agrava más el desconsuelo de haberse frustrado las medidas más eficaces y ejecutivas que demandaba el estado de los pueblos evacuados por el enemigo, cuando se advierten sus asechanzas y maquinaciones, aprovechándose tal vez con buen suceso de las ideas menos favorables y que arroja el retardo de nuestras tropas.—Tenga V. E. presente que los enemigos han tenido auxilios y proporciones para llegar descansadamente, aunque en derrota, por el despoblado, desde Jujuy hasta Oruro, y que el ejército de la patria, después de dos meses y medio trascursados, por una parálisis de sus movimientos, no ha podido ocupar la villa de Potosí con 300 hombres a lo menos. Cuando los resultados están en contradicción con las medidas, no son las intenciones las que pueden salvar a los pueblos y llenar los grandes objetos de la campaña. Siempre que V. E. no se aproveche de la consternación moral que produjo la victoria, los efectos serán inevitablemente contrarios a los mejores sentimientos; pero será necesarío que supla la fuerza lo que dejó de hacer la oportunidad».

Acaso estas severas palabras eran merecidas, y el general no podia contestarlas sino avanzando con rapidez. A principios de mayo llegó la vanguardia patriota a Potosí, limitándose a desprender una gran avanzada de 500 hombres por el camino de Oruro, en observación del enemigo que aun permanecía allí reconcentrado. Esta avanzada, que adelantándose más de treinta leguas del cuerpo de reserva pudo fácilmente ser batida por los realistas, se replegó al fin a nueve leguas de Potosí, donde permaneció estacionada hasta que se abrió la nueva campaña. A esto, y a la remisión de 100 hombres de línea en apoyo del nuevo pronunciamiento de Cochabamba, se redujeron por entonces las operaciones de la vanguardia.

Belgrano permanecía en Jujuy activando la marcha del cuerpo de reserva, y hacia que todos los pueblos de su jurisdicción, incluso los del Alto-Perú, jurasen la asam-

blea general constituyente. Santa Cruz de la Sierra, con ocasion de festejar el 25 de mayo, trepidó si debia enarbolar o nó el estandarte real «por cuanto en él, decian, solo están grabadas las armas y trofeos de los reyes de España, cuya vista sería escandalosa para el pueblo en el aniversario de la feliz inauguracion de la patria», y sus autoridades consultaron a Belgrano, pidiendo instrucciones sobre este punto, o «que se les remitiese otro pendón en que se viesen las armas y trofeos de la soberana asamblea».

El general Belgrano activó sus preparativos, y a mediados de junio se hallaba con el resto del ejército en Suipacha. Antes de terminar el mes se hallaba en Potosí, y allí estableció su cuartel general. Los pueblos saludaron con entusiasmo su aparición en este nuevo teatro, que debia poner a prueba la fortaleza de su alma en una larga y no interrumpida serie de desastres.

La asamblea acuerda un premio de 40,000 pesos a Belgrano, quien los destina para escuelas.—Antes de seguir al general Belgrano en su carrera heróica y desgraciada del Alto-Perú, volvamos por un momento a Buenos Aires, donde la noticia de la victoria de Salta fué saludada con entusiasmo.

Las impresiones populares, a la vez que granjeaban a Belgrano nuevos y ardientes admiradores de sus virtudes y de su gloria, despertaban contra él celos y rencores ocultos. Los errores de la capitulación y su inacción después de la batalla, dieron ocasión a críticas y censuras, inspiradas más por la envidia que por el patriotismo; pero estas manifestaciones aisladas, fueron sofocadas por el entusiasmo público, que estalló a la vista de los trofeos conquistados en la batalla.

Habia remitido Belgrano a la capital las banderas tomadas al enemigo, pidiendo que una de ellas se le devolviese para ponerla a los piés de la Virgen de las Mercedes del Tucumán, Capitana generala del ejército. El pueblo en masa acudió a la plaza para presenciar la entrega de ellas a la municipalidad, la que se encargó de ofrecerlas a la soberana asamblea trasladándose a su salón de sesiones, y aquel acto tuvo una extraordinaria solemnidad.

La asamblea decretó que se erigiera un monumento para perpetuar el recuerdo de la victoria del 20 de febre-

ro, y que se ofreciera al general un sable con guarnición de oro, con la siguiente inscripción grabada en la hoja: «La asamblea constituyente al benemérito general Belgrano»; y además que se le diese un premio de 40,000 pesos.

Contestó Belgrano en un documento admirable, que pone de relieve su desinterés y la grandeza de su alma, que no podemos resistir a reproducirlo íntegro:

Desde Jujuy, con fecha 31 de marzo, decía, contestando al gobierno que le había comunicado los decretos de la asamblea: «El honor con que V. E. me favorece al comunicarme los decretos de la soberana asamblea, me empeña sobremanera a mayores esfuerzos y sacrificios por la libertad de la patria. Pero cuando considero que estos servicios, en tanto deben merecer el aprecio de la nación, en cuanto sean efecto de una virtud y fruto de mis cortos conocimientos dedicados al desempeño de mis deberes; y que, ni la virtud, ni los talentos tienen precio, ni pueden compensarse con dinero sin degradarlos; cuando reflexiono que nada hay más despreciable para el hombre de bien, para el verdadero patriota que merece la confianza de sus conciudadanos en el manejo de los negocios públicos, que el dinero o las riquezas; que estas son un escollo de la virtud que no llega a despreciarlas; y que, adjudicadas en premio, no sólo son capaces de excitar la avaricia de los demás, haciendo que por general objeto de sus acciones subrogue el bienestar particular al interés público, sino que también parecen dirigidas a lisonjear una pasión, seguramente abominable en el agraciado; no puedo dejar de representar a V. E. que,—sin que se entienda que miro en menos la honrosa consideración que por mis cortos servicios se ha dignado dispensarme la asamblea, cuyos soberanos decretos respeto y venero—he creído propio de mi honor y de los deseos que me inflaman por la prosperidad de mi patria, destinar los expresados cuarenta mil pesos, para la dotación de cuatro escuelas públicas de primeras letras, en que se enseñe a leer y escribir, la aritmética, la doctrina cristiana, los primeros rudimentos de los derechos y obligaciones del hombre en sociedad, hacia ésta y hacia el gobierno que la rige, en cuatro ciudades a saber: Tarija, ésta (Jujuy), Tucumán y Santiago del Estero, (que carecen de un establecimiento tan esencial e interesante a la Religión y al Estado, y aun de arbitrios para realizarlo,) bajo el reglamento que presentaré a V. E. y pienso dirigir a los respectivos cabildos».

El gobierno aceptó la generosa donación, y Belgrano cumplió su ofrecimiento de remitir el reglamento que debia regir las cuatro escuelas. Este documento que lleva fecha 25 de mayo de 1813, contiene algunas claúsulas notables. A cada una de las cuatro escuelas dotó con el capital de diez mil pesos.

El artículo 18 de este reglamento es digno de una mención especial, porque a la vez de ser un reflejo del alma bella de Belgrano, es una pintura acabada del ideal de un director de niños. Dice así: «El maestro procurará con su conducta, y en todas sus expresiones y maneras, inspirar a sus alumnos amor al orden, respeto a la religión, moderación y dulzura en el trato, sentimientos de honor, amor a la virtud y a la ciencia, horror al vicio, inclinación al trabajo, despego del interés, desprecio de todo lo que diga profusión y lujo en el comer, vestir y demás necesidades de la vida, y un espíritu nacional que le haga preferir el bien público al privado».

Esto escribia el vencedor de Salta, al mismo tiempo que se disponia a abrir su nueva campaña sobre el Alto-Perú.

El general Paz, en sus Memorias, hablando del premio de los cuarenta mil pesos que el congreso acordó al general Belgrano, y de la cesión que hizo éste para las escuelas, dice: «Nada de esto se ha realizado, y pesa sobre el Estado una rigurosa obligación; es de esperar que algún día se satisfaga, tanto porque es de estricta justicia, cuanto para llenar las disposiciones del donante. Esos pueblos, (Tarija, Jujuy, Tucumán y Santiago del Estero) le deben eterno reconocimiento......» (1).

El general Mitre, en su *Historia de Belgrano*, dice: «Esta cantidad fué impuesta en fondos públicos del seis por ciento, por decreto de 7 de mayo de 1824, distribuyéndolos entre las cuatro ciudades según la voluntad del fundador........Estos se han continuado pagando por trimestres desde entonces, y aunque algunas localidades dejaron de cobrarlos, estuvieron siempre a su disposición. Los que han dicho, pues, que el Estado no habia llenado esta deuda de gratitud, estaban mal informados, por no conocerse la existencia del expediente sobre este asunto, que original existe archivado en la oficina del Crédito Público de Buenos Aires, en el cual, y en los asientos

(1). Memorias Póstumas del General José María Paz. Segunda edición. T. I, pág. 68.

de sus libros, consta todo lo dicho; así como las gestiones que se hacian por parte de algunos allegados del general Belgrano para anular parte de esta donación, que es sin duda su más rica herencia, y que nunca desaparecerá» (1).

Sin embargo de esto, nos consta que no se ha pagado nada a la ciudad de Tarija. Hace años que la municipalidad acordó entablar gestiones ante el gobierno argentino reclamando la parte que le corresponde en esta herencia del general Belgrano «que nunca desaparecerá», y aun que se iniciaron, no llegaron a formalizarse.

Nada tiene que ver esto con la nacionalidad de Tarija, que entonces pertenecía al virreinato de Buenos Aires como todo el Alto-Perú. La donación del general Belgrano es expresa, a cuatro ciudades, entre las que está en primer lugar Tarija, cuya municipalidad está en el deber de reclamar tan noble herencia, en honor de la memoria del ilustre general Belgrano.



(1). Historia de Belgrano y de la Independencia Argentina por Baltolomé Mitre. Cuarta edición. T. II, pág. 198.



CAPÍTULO UNDÉCIMO

1813.—Belgrano en Potosí: estado del ejército patriota; renuncia de Goyeneche, es sustituido por el brigadier Pezuela.—Trabajos administrativos y militares de Belgrano; lámina de plata que le presentan las damas de Potosí, y su popularidad entre los indígenas. Plan de operaciones de Belgrano; descripción de la parte montañosa del Alto-Perú y de la pampa de Vilcapugio.—El ejército patriota se pone en marcha; situación del ejército real; el comandante Castro derrota a Cárdenas, y Pezuela toma la ofensiva.—Batalla de Vilcapugio.—La retirada.—Pérdidas de Vilcapugio.—Diaz Vélez en Potosí: el reto de Castro y la firmeza de Diaz Vélez.

Belgrano en Potosí: estado del ejército patriota; renuncia de Goyeneche, es sustituido por el brigadier Pezuela.—Era ya tiempo de que Belgrano penetrara en las provincias del Alto-Perú, donde era reclamado por la administración y la guerra, por la ansiedad de los patriotas y por la actitud del enemigo; todo hacia indispensable su presencia, que un mes antes habria decidido la campaña a su favor. Llegó a Potosí con la reserva de su ejército el 21 de junio, don-

de fué recibido con ruidosas y expresivas manifestaciones, y fijó allí su cuartel general.

Observan los críticos militares, y con razón, que si Potosí habia sido perfectamente elegido por Goyeneche, como punto militar, para llevar la guerra a las provincias bajas del Río de la Plata, no era por lo mismo el más indicado para obrar en sentido opuesto; además de que, estacionarse en él, mostraba desde luego timidez en el invasor, al abandonar al enemigo la mitad del pais, cuando tenia Belgrano abierto el camino que conduce a Cochabamba por los valles, que era por donde Goyeneche habia penetrado a esta provincia (en sentido inverso) en su última invasión. Era Cochabamba el centro que debia haber elegido el ejército patriota como la base de sus operaciones, tanto por la riqueza de sus recursos como por su decisión por la causa de la libertad, tomando de allí por el flanco a los enemigos situados en Oruro, obligándolos a replegarse ya fuese a La Paz, ya hasta los límites del Desaguadero, para reconquistar todo lo que había perdido Castelli.

Belgrano no creia contar con la fuerza suficiente para emprender operaciones más decisivas, pues solo tenía entonces poco más de 2,500 hombres. Sin embargo, el espiritu del ejército era excelente. La disciplina de la tropa era ejemplar, y desde que penetró en el territorio del Alto-Perú se hizo notar por la subordinación a sus jefes y por el respeto a las poblaciones. Belgrano infatigable y severo sobre este punto, tenía la inflexible dureza de un general romano, y no perdonaba la menor falta que pudiese relajar la disciplina o con tendencias al desorden. No era tan ejemplar el espíritu que animaba a una parte de los jefes y oficiales, que divididos por rencillas, o dando rienda suelta a sus malas inclinaciones, habían cometido ya algunos desórdenes, que obligaron al general a dictar medidas severas; siendo una de ellas, el retiro del comandante Dorrego, a quien echó de menos en el día del peligro.

Veamos ahora el estado del ejército realista. Después de la retirada de Goyeneche de Potosí, habia acantonado su ejército en Oruro, como queda dicho, reconcentrando todas sus divisiones diseminadas, las cuales podian ascender a un total de 4,000 hombres, que un mes después de la batalla de Salta no alcanzaban a 3,000.

Desalentado Goyeneche con los contratiempos, mostró que era un alma vulgar, incapaz de sobrellevar los

reveses de la fortuna, y ya no pensó sino en retirarse de una escena que solo le ofrecía trabajos, y en consecuencia elevó su renuncia al virrey de Lima, después de mediar entre ambos una correspondencia destemplada.

Abascal deseaba remover del mando a Goyeneche; pero su calidad de americano hacia que los soldados y los principales jefes, que eran nativos de América, le profesaran un verdadero afecto. Sucedió una ocasión que al circular la noticia de que el general se habia ausentado, el batallón del Cuzco tomó las armas y se dirigió tumultuosamente a su alojamiento, diciendo, los soldados, que no admitian el mando de otro jefe. En aquel estado de disolución, Goyeneche, que aspiraba más a gozar de la fortuna que habia adquirido, que a constituirse en jefe de un partido, calmó este desorden, y se retiró del ejército, delegando interinamente el mando en su segundo, el brigadier don Juan Ramírez.

Esto sucedía a fines de mayo, cuando la vanguardía del ejército patriota, al mando de Diaz Vélez, ocupaba Potosí. El primer pensamiento de Ramírez fué el de reconquistar esta plaza, pero la mayoría de sus jefes no fué de este parecer, fundándose en que aquel ejército era la última esperanza del Perú, y no debia exponerse antes de la llegada de nuevos refuerzos; además de que, añadian, no podian dejar sin grave peligro la inquieta provincia de Cochabamba a su espalda.

Ramírez volvió a insistir más tarde en su idea, y habia hecho ya algunos movimientos en tal sentido, cuando la amenazante actitud de Cochabamba, recientemente insurreccionada, le obligó a hacer alto a 30 leguas de Potosí y a replegarse hasta Oruro.

Mientras tanto, el brigadier don Joaquin de la Pezuela, nombrado general en jefe en reemplazo de Goyeneche, llegó el 1º. de julio al Desaguadero. Era este un hábil oficial de artillería, que tenia una larga experiencia en la guerra; y aunque militar rutinero, mostraba que era capaz de grandes resoluciones en el hecho de aceptar un mando tan difícil, que otros habian rehusado con timidez. Por todo auxilio recibió del virrey de Lima, 360 hombres, 10 piezas de artillería de a cuatro y 400 fusiles de repuesto, con lo cual se puso en marcha.

Apenas llegó a La Paz el nuevo general realista, ordenó que el ejército avanzara otra vez hasta Ancacato, punto situado a 23 leguas a vanguardia, en el camino que conduce a Potosí. El 7 de agosto llegó Pezuela a

Ancacato, donde se halló al frente de una fuerza compuesta de 2,700 infantes, 850 caballos y 18 piezas de artillería, sin comprender las guarniciones de Oruro y el Desaguadero, que ascendian a 700 infantes, 200 caballos y 20 piezas de artillería; en todo cerca de 4,500 hombres con 38 cañones. En breve se halló a la cabeza de 4,600 hombres de las tres armas.

Trabajos administrativos y militares de Belgrano; lámina de plata que le presentaron las damas de Potosí, y su popularidad entre los indígenas.—Desde que Belgrano estableció su cuartel general en Potosí, se contrajo con afán a la doble tarea de remontar y disciplinar el ejército, y arreglar la administración del Alto-Perú, de la que estaba encargado en su calidad de capitán general.

En lo militar, mandó hacer una recluta en las provincias de Potosí y Chuquisaca, con lo cual llenó los claros de sus batallones; dispuso que Zelaya pasara a Cochabamba a levantar allí un nuevo regimiento de caballería, y poner orden en su milicia; y estableció un tribunal militar para reprimir a los enemigos interiores, que no dejaban de trabajar subterráneamente con mucho tesón.

En lo administrativo, para la presidencia de Chuquisaca fué nombrado desde Buenos Aires, el brigadier don Francisco Antonio Ocampo. El general Belgrano nombró gobernador de la provincia de Potosí, al coronel don Apolinario Figueroa, patriota antiguo y vecino respetable de Salta; mandó de gobernador a la provincia de Cochabamba, al coronel don Juan Antonio Arenales, y con igual mando a la provincia de Santa Cruz, al coronel don Ignacio Warnes. La elección fué acertada; pues, no solo administraron estas provincias, con juicio y equidad, sinó que Arenales y Warnes, aun después de las desgracias del ejército auxiliar, las conservaron por algún tiempo, y lo que es más, hicieron la guerra al enemigo, y dieron dias de gloria a las armas de la patria, como veremos a su tiempo.

«El arreglo de la hacienda pública dice el general Paz—fué otro ramo que llamó la atención del general Belgrano, y que consiguió montar sobre un pie de regularidad, que hubiera no solo bastado a las necesidades del ejército, sinó para aumentarlo y proveerlo abundantemen-

te. La Casa de Moneda, que habia sido saqueada por Goyeneche, al retirarse, fué rehabilitada, y los primeros fondos con que el Banco empezó a girar, salieron de la comisaría del ejército, donde los habia conservado el general desde Salta, con este fin. Todo empezó a tomar un carácter de orden y de moralidad sumamente honroso al que lo prescribía, y altamente útil a aquellos pueblos, al progreso de la causa y al crédito del ejército. Preciso es decirlo francamente, la causa de la revolución, bajo la dirección del general Belgrano, recuperó en la opinión de los pueblos del Alto-Perú, lo que habia perdido en la administración del señor Castelli».

Arbitro absoluto, el general Belgrano, de un vasto territorio, no compartiendo con nadie la responsabilidad, su carácter adquirió cierta tirantez, que hizo que algunos de sus oficiales le calificasen de déspota; pero si cometió algunos errores de apreciación, siempre fué justo en el ejercicio del poder, moderado en sus aspiraciones, y duro como un espartano en el cumplimiento de su deber. Estas cualidades sólidas le granjearon la estimación y el respeto de los pueblos, aun en las clases más humildes de la sociedad, y el dia que la fortuna le traicionó, siempre el general Belgrano fué el hombre simpático de las masas.

Las damas de Potosí, que habian organizado algunas fiestas en su honor, quisieron que llevase de ellas un recuerdo duradero, y le presentaron en memoria de la libertad dada por él, una magnífica lámina de plata, del valor de 7,200 pesos fuertes, primorosamente cincelada. Belgrano, que nunca utilizó su posición en beneficio propio, aceptó el presente; pero lo regaló a la municipalidad de Buenos Aires, dando así una nueva prueba de desinterés (1).

La popularidad que adquirió entre los indios fué inmensa. En un pais como el Alto-Perú, en el que los indios constituyen la base de la población, y forman unidos a los cholos, que son los mestizos, lo que propiamente puede llamarse la masa popular, el elemento indígena era de la mayor importancia, y entraba por mucho como auxiliar activo de las combinaciones militares de Belgrano, y todo el pais estaba cubierto de indiadas militarizadas, armadas de palos y de hondas y de piqueros de a pie,

(1). Este cuadro es uno de los que al presente existen en el salón del Tribunal Superior de Justicia en Buenos Aires.

que obedecian las órdenes de caudillos que habian adquirido nombradia y hacian un activo servicio de vigilancia, interceptando las comunicaciones del enemigo, y lo mantenian en constante alarma.

La provincia de Chayanta, enclavada en la parte montañosa entre Oruro, Potosí, Cochabamba y Chuquisaca, era el cuartel general de estas tropas colecticias, poco temibles en el campo de batalla; pero que importaba mucho contar con ellas, sobre todo atendida la posición topográfica del territorio que ocupaban. Entre los caudillos que más ascendiente tenian sobre los indígenas, se contaba Baltazar Cárdenas, a quien Belgrano habia dado el título de coronel, y que a pesar de la caida de Cochabamba se habia mantenido firme en la provincia de Chayanta, refugiado en sus inaccesibles montañas.

Plan de operaciones de Belgrano; descripción de la parte montañosa del Alto-Perú y de la pampa de Vilcapugio.— A mediados de septiembre recibió Cárdenas órdenes escritas de Belgrano para moverse con sus fuerzas sobre el flanco del enemigo, a fin de concurrir a la vez al movimiento que en el mismo sentido debia efectuar el coronel Zelaya con las fuerzas de Cochabamba, que se suponía llegasen a 1,200 hombres, con instrucciones ambos para insurreccionar las indiadas a la espalda del ejército realista, previniéndoles que él marchaba a atacar al enemigo por el frente, y que ellos debian buscar su incorporación por su derecha. Cárdenas se movió de Chayanta con 2,000 indios desorganizados, al mismo tiempo que Zelaya de Cochabamba, y Belgrano de Potosí con todo el ejército.

Habia hecho adelantar emisarios a la costa del Perú, para insurreccionar las poblaciones de Arica, Tacna, Arequipa y Cuzco, para cortar las comunicaciones de Lima con el ejército realista que operaba en el Alto-Perú. El plan de Belgrano era hacer sucumbir Lima, para que la revolución de las provincias del Rio de la Plata se diera la mano con la de Quito y Nueva Granada. El plan era grandioso, pero a otro y no a Belgrano estaba destinada la realización de tan vastos designios.

El Alto-Perú está enclavado en medio de la gran cordillera de los Andes, dividiéndose en este punto en dos cadenas, de un espesor extraordinario, por la desviación hacia el Este del más gigantesco de sus ramales. Esta des-

viación determina los vastos sistemas hidorográficos del Amazonas y del Plata. La parte alta, que es la que conviene conocer, tiene dos caracteres pronunciados. Hacia el norte hasta los confines de Oruro, se extiende una dilatada llanura, formada por las grandes mesetas de los Andes, a más de doce mil piés sobre el nivel del mar, es cruzada por cadenas montañosas. Hacia el sur, desde las fronteras argentinas hasta Oruro, el suelo presenta la imágen del caos, en una serie no interrumpida de montañas amontonadas las unas sobre las otras, sin vegetación y sin corrientes de agua. Los puntos de intersección de estas montañas determinan los únicos caminos practicables de estas regiones, que a veces siguen el trazo de profundas grietas causadas por las convulsiones de la naturaleza. Estos caminos son precisos, y el viajero que los atraviesa, tan pronto asciende una cresta, como desciende a una hondonada, faldeando algunas veces la montaña por una vereda de granito, hasta descender nuevamente a un terreno encerrado entre dos montañas, lo que en el país se llama una quebrada, donde a veces corre un rio torrentoso. Tal es el aspecto que presenta el camino central desde Potosí hasta Oruro.

A doce leguas de Potosí, siguiendo el mismo camino, está la estrecha garganta de Leñas: allí tenía Belgrano su vanguardia, a órdenes de Balcarce. A veinte leguas está Lagunillas, especie de hondonada con un plano extenso; y allí debia reunirse todo el ejército patriota. Cinco leguas más adelante, dejando a la derecha las gargantas que conducen a Chayanta, está la pampa de Vilcapugio, donde debian encontrarse ambos ejércitos; y avanzando cuatro leguas, se dá con la entrada del valle de Ancacato, por donde debian buscar su incorporación Zelaya y Cárdenas con sus respectivas divisiones. A la izquierda del camino, marchando siempre en la misma dirección, se alza una cadena montañosa poco elevada, que limita la llanura de Oruro, y al pie de la cual pasa por el Oeste el camino del despoblado. Esta parte, en cuya prolongación se encuentran los pueblos de Poopó, Challapata y Condo, que domina la pampa de Vilcapugio, es el camino que debia traer el ejército español. Después de estas explicaciones solo nos resta decir que la pampa de Vilcapugio, que debía adquirir una trágica celebridad, es una llanura melancólica como de una legua de extensión, rodeada de altas montañas, interrumpida de trecho en trecho por moles cónicas, de granito de un aspecto severo

y majestuoso. En el centro de la pampa brota un ojo de agua, que se derrama en un arroyuelo que cruza la llanura de Oeste a Este, y este arroyuelo debia llevar sangre en vez de agua en un día que no estaba muy distante (1).

El ejército patriota se pone en marcha; situación del ejército real; el comandante Castro dcrrota a Cárdenas, y Pezuela toma la ofensiva.—El 5 de septiembre comenzó a moverse el ejército patriota de Potosí, marchando sucesivamente por divisiones hasta Lagunillas, donde operó su reconcentración. La fuerza que se reunió allí se dividia en seis batallones y un regimiento de caballeria, cuyo total ascendia a 3,500 hombres con catorce piezas de artilleria. A pesar de las malas condiciones del ejército nadie dudaba del triunfo, y Belgrano confiaba en el éxito de sus combinaciones, aun que echaba de menos a Dorrego y Zelaya.

El 27 de septiembre entró el ejército a la pampa de Vilcapugio, y estableció su campamento de Norte a Sur, apoyando la espalda en las montañas que lo separaban de Chayanta, y dando frente al Oeste. El 28 se corrió más a su derecha, cubriendo mejor sus flancos y su espalda con los accidentes del terreno. El 29 rectificó su posición y ejercitó su línea en las maniobras con que contaba vencer.

El enemigo estaba en Condo, a cuatro leguas de distancia, con más de 4,000 hombres, con 18 piezas de artillería. Belgrano observaba los desfiladeros por donde podría bajar el ejército realista, y esperaba confiadamente las divisiones de Zelaya y Cárdenas, resuelto a no comprometer la batalla mientras tanto, sin creer en la posibilidad de ser atacado. «Error muy notable, dice el general Paz, porque se colocaba en una posición en que no podía rehusar la batalla, por la inmediación en que estaba el enemigo, lo que no hubiera sucedido si él se conserva a más distancia; pues el movimiento del general Pezuela se hubiese sentido a tiempo de poder retirarnos, para esperar la incorporación de las fuerzas ausentes. Por lo menos debia haberse calculado que nuestra llegada a un punto tan inmediato al enemigo, fuese simultánea y no que mediasen días, como sucedió. Quizá el general Belgrano pro-

(1). Mitre—Historia de Belgrano. T. II, pág. 211.

cedió equivocado, por los partes de las distancias y jornadas que debia hacer la fuerza en cuestión, y de allí dimanó el error».

Es evidente, que Pezuela no pensaba tomar la ofensiva, hasta que uno de aquellos sucesos que trastornan las combinaciones en la guerra, vino a hacerle variar de resolución.

Cárdenas, obedeciendo las órdenes de Belgrano, habia asomado por Ancacato en los últimos días de septiembre, al frente de sus tropas montoneras. El comandante Castro, que estaba apostado en Pequereque, guardaba el camino de Oruro, observaba la salida de los desfiladeros de Cochabamba y Chayanta, mantenía libres sus comunicaciones con Condo, y estaba a cubierto de un golpe por las alturas interpuestas entre su posición y Vilcapugio. Cuando asomó Cárdenas por Ancacato, cayó sobre su informe muchedumbre y la dispersó completamente, haciendo en ella una espantosa carnicería. Castro, en esta posición, interceptaba las comunicaciones entre el ejército patriota y las fuerzas de Cochabamba; pero esto nada importaba, porque Zelaya habria pasado con su columna por encima de él. Lo que comprometió verdaderamente el éxito de la batalla, fué que, entre los papeles de Cárdenas, se encontró toda su correspondencia con Belgrano, por la cual el enemigo se puso en conocimiento de la combinación que lo amenazaba.

Desde ese momento, Pezuela resolvió tomar la ofensiva para evitar la incorporación de Zelaya, y preparó un plan de sorpresa sobre el ejército patriota. El 29 hizo replegar a un cuerpo de tropas avanzadas hacia Potosí por el camino del despoblado, y ordenó a Castro que se le incorporase el 1°. de octubre en el campo de batalla. El 30 a las doce del dia se puso en marcha el ejército real, y a las doce de la noche llegaba a la cumbre de la cuesta que domina la pampa de Vilcapugio. A las dos y media de la mañana empezó a descender la áspera pendiente. Las avanzadas patriotas situadas sobre Condo, divisaron con las primeras luces del alba las columnas españolas que descendian la cuesta, y trasmitieron su parte al general Belgrano, que no quería creerlo, hasta que al fin tuvo que rendirse a la evidencia, y mandó disparar el cañonazo de alarma, haciendo que el ejército formase a toda prisa.

Batalla de Vilcapugio.— El ejército patriota

formó en este orden: A la derecha el batallón de Cazadores, al mando del sargento mayor Ramón Echavarría. Los batallones 1°. y 2°. del N°. 6 a las órdenes de los comandantes Miguel Araoz y Carlos Forest, ocupaban el centro. Seguía el batallón de Pardos y Morenos con el coronel José Superi. A la izquierda el regimiento N°. 8, mandado por el coronel Benito Alvarez y el sargento mayor Patricio Beldón. Estos cuerpos formaban una línea de columnas en masa, tendida de Norte a Sur, dando el frente al Oeste. Los dos flancos de esta línea estaban cubiertos por dos alas de caballería, que situadas a retaguardia, se escalonaban con la línea general. El ala derecha estaba mandada por el coronel Diego Balcarce y el mayor Máximo Zamudio; la izquierda por los comandantes Bernaldes y Arévalo. A retaguardia del N°. 8, que ocupaba la izquierda, y como a distancia de sesenta pasos, estaba de reserva el regimiento N°. 1 a órdenes del coronel Gregorio Pedriel. La artillería, arrastrada a brazo por los indios, estaba distribuida por secciones en los intervalos.

«Aunque no se habian incorporado las fuerzas de Cochabamba, dice el general Paz, lo habian hecho dos o cuatro mil indios desarmados, y sin la menor organización, instrucción ni disciplina. De estos indios, una parte fué destinada a arrastrar los cañones, a falta de bestias de tiro, y los demás se colocaron en las alturas para ser meros espectadores de la batalla. Aquellos pobres indios, gozaron como Scipión, del grandioso espectáculo de una batalla, sin correr riesgos».

Al salir el sol divisóse a distancia el ejército real, que al descender al llano habia formado en batalla, colocando su caballería interpolada con la infanteria, y a retaguardia una reserva de las tres armas. Al romper su movimiento sobre los patriotas se plegó en columnas, y avanzó en este orden a banderas desplegadas, al son de la marcha granadera. Los rayos del sol reflejaban en sus bayonetas, y ambas líneas parecían envueltas por una aureola luminosa. A la distancia de media legua desplegó en batalla, y dividió su línea en tres cuerpos con cuatro piezas de artillería cada uno, manteniendo a retaguardia la competente reserva. En esta formación continuó ganando terreno y oblicuó un poco sobre su derecha, hasta ponerse frente a frente de la línea patriota.

Al observar Belgrano que el enemigo ganaba terreno sobre su derecha, se corrió sobre su flanco izquierdo, y a cierta altura, dando frente de nuevo al enemigo, efec-

tuó un cambio de dirección, adelantando su ala izquierda, con el objeto de mantener libres las comunicaciones con el camino de Potosí, que al parecer el enemigo tenía la intención de cortar.

Colocados ambos ejércitos en esta disposición, Belgrano desplegó en batalla, y rompió el fuego con su artilleria. A dos tercios de tiro de fusil hizo alto Puzuela, advirtiendo que su línea habia perdido su regularidad. En este momento rompióse un fuego horroroso por una y otra parte. Belgrano ordenó que toda su línea cargase a la bayoneta, apoyados sus flancos por la caballería. La derecha compuesta del batallón de Cazadores, avanzó bizarramente, y chocó con el batallón de Partidarios mandado por el coronel español La Hera, siguiéndose una lucha encarnizada, y el batallón de Partidarios fué hecho pedazos, su jefe cayó muerto, con tres de sus capitanes y cien soldados, cediendo los realistas el campo a los patriotas y dejando en su poder tres piezas de artillería. El centro español con su flanco izquierdo descubierto, pretendió sostenerse firme, pero atacado vigorosamente por el coronel Lombera y el comandante Zabala, cayeron heridos los jefes que lo mandaban, y la tropa se entregó a la fuga, arrastrando en su derrota a su reserva. En esta carga cayó gravemente herido el comandante Forest, quedando el centro patriota privado de su mejor jefe.

La masa desordenada de los realistas se dirigió hacia Condo, perseguida por los vencedores, y especialmente por la caballeria patriota de la derecha, que se adelantó sableando dispersos, después de deshacer un escuadrón de caballería que pretendió disputarle el paso, cayendo en las cargas que dió su comandante Bernaldez y dos capitanes. Pezuela, envuelto en la dispersión, hacia esfuerzos por contener la fuga de sus tropas derrotadas de su izquierda y centro. Eran las once y media de la mañana, y el general español daba por perdida la batalla, cuando advirtió que los vencedores detenían su persecución y se ponían en retirada, recibiendo poco después el aviso de que su derecha se sostenía valerosamente y con ventaja. Esta circunstancia cambiaba la escena, y Pezuela activó la reorganización de sus dispersos para volver al campo de batalla.

La causa de la retirada de las fuerzas vencedoras, fué un toque de llamada en la izquierda patriota, repetido por todos los cuerpos en señal de reunión, que hizo paralizar los movimientos ofensivos. Este toque repentino

a que generalmente se ha atribuido la pérdida de la batalla, fué un misterio; pero parece fuera de duda que fué ordenado por el sargento mayor de cazadores Ramón Echeverria. El hecho es que el pánico se apoderó de los patriotas, y se pusieron en retirada gritando: «¡Al Cerro! ¡Al Cerro! Aprovechó de este incidente Pezuela para volver al campo de batalla con los dispersos de la izquierda y centro, y varió la suerte de las armas.

La derecha realista mandada por los coroneles Picoaga y Olañeta chocó bravamente con el Nº. 6 del ejército patriota hasta hacerlo ceder el terreno. Su jefe el coronel Benito Alvarez se puso a la cabeza de sus soldados para conducirlos de nuevo a la carga; pero un balazo lo derribó del caballo mortalmente herido. El mayor Beldón acudió a tomar el puesto de su jefe, y otra bala le dió la muerte. El capitán Villegas tomó el mando del cuerpo, y también cayó muerto. Lo reemplazó el capitán Saravia, y fué herido de un balazo en el pecho. En este momento se oyó el toque de retirada, y la tropa se retiró con precipitación.

A la tenacidad de Picoaga en mantenerse en el campo de batalla, se agregó una circunstancia que vino a favorecer al ejército realista. El comandante Castro cumplió la orden de Pezuela de permanecer en Pequereque y entrar por Ancacato para acudir al campo de Vilcapugio al amanecer del 1º. de octubre. A las tres de la mañana se aproximó al campo patriota, y no observando ningún movimiento creyó que la combinación habia fallado, cuando solo se habia retardado; y se retiró a sus posiciones. Advertido más tarde por el fuego que oyó, acudió al campo de batalla y llegó cuando La Hera caia muerto, y el centro y la izquierda del ejército real huian en derrota. Castro no se detuvo, cargó por retaguardia dando con la presencia de su fuerza de refrezco ánimo a Picoaga.

No quedó en el campo de batalla más fuerza organizada que la vencedora de Picoaga, Olañeta y Castro, y cuando todo el ejército patriota estaba deshecho y dispersado, Belgrano tomó en sus manos la bandera argentina y echando pie a tierra, consiguió reunir los tambores y con una pequeña fuerza de la reserva subió a una de las alturas que tenia a su espalda, consiguiendo salvar un cañón. Engrosando por momentos su fuerza, cuando llegó a contar como 200 hombres, por dos veces quiso renovar con ellos el combate, pero en ambas fué rechazado.

Ya no habia que pensar en la victoria, sino en la

salvación. El general patriota lo comprendió así, y acordó con Diaz Vélez, que éste tomara el camino a Potosí para reunir los dispersos que habian llevado aquella dirección, mientras él se dirigía hacia Cochabamba con el resto, para buscar la incorporación de Zelaya.

Eran las tres de la tarde y habia concluido todo! Los restos del ejército patriota reunidos en el morro no alcanzaban a 400 hombres. El enemigo dueño del campo de batalla, no se atrevia sin embargo a atacar aquella posición y se limitaba a hacerle algunos disparos de cañón.

Belgrano, dirigiendo una mirada llena de consternación sobre el campo lleno de cadáveres, dijo estas palabras: «Soldados: hemos perdido la batalla después de tanto pelear: la victoria nos ha traicionado pasándose a las filas enemigas en medio de nuestro triunfo. ¡No importa! Aun flamea en nuestras manos la bandera de la patria».

La retirada.—Se ocupó después el general Belgrano de organizar la retirada, que debia efectuarse por una cordillera escarpada, colocando a la vanguardia a los heridos; en seguida se puso en camino la columna de derrotados, marchando a retaguardia de todos el general acompañado de un tamborcillo de órdenes.. A poco andar se incorporó a la columna un escuadrón de Dragones, con lo que se reunieron como 500 hombres.

Habia el peligro de que el enemigo guiado por los prácticos del pais, se adelantara a tomar los desfiladeros y les cortase la retirada, y en precaución de todo el general dictaba sus previsoras medidas. De trecho en trecho se hacia un alto, para dar descanso a la tropa, y recibir el último aliento de algún herido que expiraba. Más parecía aquel un convoy fúnebre que una marcha militar.

A las tres leguas de marcha se hizo alto en un paraje árido, donde encontraron dos cabañas abandonadas. Al amanecer continuó la marcha, en completa desorganización, por haberse adelantado el general, abatido por sus dolencias físicas, confiando el cuidado de la columna al jefe más antiguo. Al anochecer llegaron los restos del ejército de la patria a la rancheria de Caine. Allí estaba Belgrano, y al día siguiente, 3 de octubre, dirigió partidas en todas direcciones para reunir los dispersos y rezagados, utilizando los servicios de los indios, que proporcionaron víveres.

A las cinco de la tarde, los dos únicos tambores sal-

vados de la derrota, tocaron llamada, y acudió la tropa en armas a sus puestos. Formado el cuadro, se colocó al centro el general Belgrano, e hizo rezar devotamente el rosario, como se acostumbraba hacer ordinariamente. En seguida pasó revista, arengó enérgicamente a la tropa, fortaleciéndola en el contraste, y le manifestó su resolución incontrastable de continuar la campaña. «Sus palabras tuvieron un cumplido efecto, dice el general Paz testigo presencial, pués renació la esperanza, y todos se propusieron reparar el revés que habíamos sufrido».

El 4 se continuó la retirada hasta los ingenios de Ayohuma, incorporándose gran número de dispersos. El 5, descendió Belgrano con los restos de su ejército a Macha, donde fijó su cuartel general, y empezó a trabajar activamente en la reorganización de un nuevo ejército, para buscar un nuevo campo de batalla.

Pérdidas de Vilcapugio.—El contraste de Vilcapugio habia sido muy severo, y habria abatido otra alma menos bien templada que la del general Belgrano. Habia perdido todo su parque y artillería, más de 400 fusiles y sus mejores jefes; habia dejado tendidos en el campo como trescientos cadáveres de los vencedores de Tucumán y Salta, con muchos prisioneros, salvando únicamente mil hombres, entre los reunidos en Macha y Potosí, pues los demás se dispersaron.

El enemigo no habia quedado mejor parado. La pérdida de los realistas no bajaba de quinientos o seiscientos muertos y heridos. Los españoles confiesan una pérdida de 471 hombres; pero se sabe que fué mayor que la de los patriotas, y no podia dejar de serlo, pues a excepción de 600 a 700 hombres, todas sus demás tropas fueron derrotadas y perseguidas, y el batallón de Partidarios fué exterminado en su mayor parte. A la gran dispersión que sufrió el ejército realista, se agregaba la falta de cabalgaduras, que le impidió aprovecharse de la victoria persiguiendo al ejército patriota. «Es probable que algunos cientos de hombres, arrojados a tiempo, sobre nosotros, dice el general Paz, hubiera completado nuestro exterminio».

Los críticos militares que han juzgado la batalla de Vilcapugio, dicen que la victoria por parte de los españoles fué debida a circunstancias fortuitas, sin desconocer la incontrastable constancia de Picoaga. La victoria se escapó de manos de los patriotas, porque en el momento crítico faltaron jefes que se pusieran a la cabeza de la

persecución del centro y de la derecha donde habian vencido, como para sostener el ala izquierda, vigorosamente atacada por las mejores tropas del enemigo. La fatalidad de perder este costado sus mejores jefes, influyó mucho en la derrota, y salva en parte la responsabilidad de Belgrano. Pero a pesar de todo esto, siempre pesará sobre él la de no haber aprovechado las circunstancias favorables con que le brindó el enemigo antes de trabarse el combate; y sobre todo, la de haberse colocado en posición de no poder evitarlo, cuando dos días más le aseguraban tal vez la victoria.

Diaz Vélez en Potosí; el reto de Castro y la firmeza de Diaz Vélez.—El desastre de Vilcapugio corrió como un doloroso acontecimiento en el Alto-Perú, con rapidez asombrosa. Los primeros dispersos que llegaron a Chuquisaca anunciaron al presidente don Francisco Antonio Ortiz de Ocampo la gran desgracia del ejército patriota, diciéndole que todo estaba perdido y que ya nada habia que esperar. Pero muy luego supo el presidente de Charcas que Diaz Vélez estaba en Potosí a la cabeza de un buen cuerpo de tropas, y que el general Belgrano se habia situado con los restos del ejército sobre el flanco izquierdo del enemigo, fijando su cuartel general en Macha. Desde entonces se vió que el desastre no era irreparable.

Diaz Vélez, después de haberse separado de Belgrano en el campo de Vilcapugio, pudo reunir 400 dispersos que seguian aquella ruta, y llegó con ellos a Yocalla, seis leguas de Potosí, donde encontró al coronel Araoz con otros 500 hombres, de los que se desbandaron más de 300 esa noche. Se incorporaron ambos cuerpos en Potosí, formando un total de 600 soldados.

Pezuela, que habia perdido 1500 mulas y caballos en el curso de la campaña, no pudo aprovechar su victoria, y se limitó a destacar, cuando era ya tarde, a Olañeta con su batallón de cazadores por el camino del despoblado, y a Castro con su escuadrón por el de Potosí, por donde suponía que se hubiese retirado Belgrano.. El resto del ejército español se replegó a Condo. Hacia quince días que habia tenido lugar la batalla de Vilcapugio, y aun ignoraba Pezuela que el general Patriota, situado casí a su retaguardia, se ocupaba en reorganizar su ejército. ¡Tal era la fidelidad con que el país entero guardaba el secreto de sus movimientos!

A mediados de octubre apareció sobre Yocalla el escuadrón de Castro, quien dirigió a Diaz Vélez un reto quijotesco, desafiando con cien dragones a toda su división, con campo a su elección. Diaz Vélez, fortificado en la ciudad, y creyendo que aquella era la vanguardia de todo el ejército real, contestó al engreido guerrillero, que no le conocía sino por un perjuro a la capitulación de Salta, digno sólo de ser ahorcado si caia en sus manos.

Esta arrogante respuesta de Diaz Vélez impuso a sus perseguidores, que se replegaron a sus posiciones de Condo (1).



[1]. Memorias póstumas del general Paz. T. 1, cap. III. Historia de Belgrano por B. Mitre. T. II, cap. XXII. García Camba, Torrente y Parte de Pezuela.

CAPÍTULO DUODÉCIMO

1813.—La constancia de Belgrano en su campamento de Macha; el resultado feliz de las comisiones exploradoras y el capitán La Madrid.—Las proezas de este militar y los sargentos de Tambo Nuevo.—Incorporación de Diaz Vélez y de Zelaya; el ejército real toma la ofensiva y dispersa a Cárdenas y Lanza.—Los dos ejércitos se avistan; junta de guerra en Macha y divergencia de opiniones entre los jefes.—Descripción de Ayohuma; la fuerza respectiva de los ejércitos contendores y su orden de batalla.—Batalla de Ayohuma, 14 de noviembre de 1813.—Juicio crítico sobre Ayohuma y retirada de Belgrano a Potosí.—La retirada de Potosí y el bárbaro proyecto de hacer volar la Casa de Moneda.—La retirada a Jujuy.—El caudillo Güemes.

La constancia de Belgrano en su campamento de Macha; el resultado feliz de las comisiones exploradoras y el capitán La Madrid.—Situado el general Belgrano en su campamento de Macha, se dedicó con toda la eficacia de su celo a la formación de un nuevo ejército. Apenas habia llegado a aquel punto, circuló órdenes a los gobernadores, pidiéndoles hombres, armas, municiones, caballos y todo género de auxilios.

«El pais simpatizaba con nosotros—dice el general

Paz—y en lo general, se prestaba a toda clase de sacrificios. Es esta una prueba concluyente de los buenos efectos de la política del general Belgrano; pues, no solo no hubo esas sublevaciones en masa o en detalle contra los restos de nuestros ejércitos, sinó que todos concurrian a remediar nuestras desgracias y a reparar el desastre de nuestras armas».

El primero en contestar a Belgrano fué el general don Francisco Antonio Ocampo (el primer general del ejército libertador del año 1810), que era presidente de Chuquisaca, remitiendo a Macha refuerzos de hombres, artillería, municiones, abundancia de víveres y como doscientos caballos de pesebre que habian dado los ricos propietarios, y con los cuales se montó bien la caballería. El gobernador de Cochabamba, Arenales, procedió con igual prontitud, enviando todos los auxilios que pudo, y dirigiendo una enérgica proclama alentando a los pueblos. Desde Santa Cruz, no se dejó esperar la decisión de Warnes, gobernador de aquella provincia. Contestándole el general Belgrano le decía: «Con el contraste de Vilcapugio han creido que se repetía la escena del Desaguadero: se engañan, el ejército vive, y vive con su general para escarmentar a los enemigos, y triunfar de ellos Dios mediante».

Muy notables fueron las pruebas de patriotismo que dió la provincia de Chayanta, acudiendo de todos los puntos de su territorio hombres, niños y mujeres con sus ofrendas de artículos de guerra, víveres, ganados, cabalgaduras, forrajes, bálsamo y vino para los enfermos, y hasta objetos de lujo para los oficiales del ejército; y todo fué expontáneamente ofrecido por los indios de Chayanta. Belgrano, en recompensa de estos servicios, expidió un bando distribuyendo entre los proletarios y perjudicados por la guerra, las tierras del común, con lo cual acabó de afirmar su popularidad en aquella comarca.

Con esta cooperación de los pueblos y de las autoridades, que muestra el entusiasmo con que se sostenía la guerra de la independencia en el Alto-Perú, muy luego tuvo el ejército patriota un tren de artillería, parque bien provisto, buenos caballos para sus escuadrones, y almacenes de víveres para más de dos meses.

Mientras tanto, el enemigo, carecía de víveres y de elementos de movilidad, hallábase rodeado de poblaciones que le eran hostiles, y se encontraba como refugiado en las alturas de Condo. El general Belgrano supo aprove-

char de esta circunstancia, destacando montoneras y partidas en todas direcciones, para que estrecharan el círculo de acción del ejército realista. Comisionó a Cárdenas, Lanza y otros caudillos, para que con sus indios se encargasen de cortar sus comunicaciones con La Paz y el Desaguadero, y despachó a algunos oficiales de valor, para que hostilizasen de más cerca los destacamentos que aun no se habían reconcentrado a Condo.

Fué desde entonces que empezó a distinguirse el teniente de Dragones don Gregorio Araoz de La Madrid, que era uno de los jefes de estas partidas atrevidas de exploración y hostilidad al campo enemigo. Este fogoso y activo oficial, tenia las puerilidades de un niño y una audacia natural. No se distinguía por su talento militar, era incapaz de concebir un plan, pero tenia todas las calidades que se requieren para los más temerarios golpes de mano.

El general Belgrano supo utilizar las disposiciones de La Madrid.

Las proezas de este militar y los sargentos de Tambo Nuevo.—Un día llamó Belgrano al capitán La Madrid, y le dijo: «Escoja usted cuatro hombres de su compañía y marche a traerme noticias exactas de la vanguardia enemiga que está en Yocalla». Al poco rato volvió La Madrid con sus cuatro voluntarios y le dijo: «Mi general, ya estoy pronto y sólo falta que V. E. me dé un pasaporte para que se me permita entrar al campo enemigo, y poderle traer las noticias con la exactitud que desea». Belgrano le contestó sonriéndose: «Usted sabrá proporcionarse el pasaporte».

Partio La Madrid, guiado por un indio, por senderos excusados, y trasnochando con una gran nevada. Amaneció sobre el campo de Yocalla, donde se hallaba Castro con su división, y a cuatro cuadras de él, tomó prisionera una partida de cinco hombres, que habia salido a hacer su descubierta. Dos de estos prisioneros pertenecian a los juramentados en Salta.

Animado La Madrid con esta primera hazaña, quiso acometer otras, y destacó tres soldados de su partida, con el fin de reconocer el terreno, los que dieron con una guardia de infanteria enemiga, de un sargento, dos cabos y ocho soldados, por todo once hombres, que ocupaban un rancho y que vigilaban el camino. Era un punto

avanzado de otra fuerza mayor que pernoctaba a pocas cuadras.

Los tres valientes soldados patriotas descubrieron a los enemigos sin ser percibidos de ellos, por la oscuridad de la noche, y lejos de pensar en retirarse, combinaron su plan de ataque. La guardia enemiga, como queda dicho, ocupaba un rancho y estaba descuidada; tan solo el centinela vigilaba y estaba fuera. Los patriotas se distribuyeron en la forma siguiente: uno se dirigió rápidamente al centinela, que sorprendido, fué desarmado y rendido; el otro se apoderó de las armas que estaban recostadas a la pared, y el tercero con su carabina preparada y apuntada, intimó rendición a los demás, que yacían dormidos o medio dormidos dentro del rancho. Todos se rindieron y fueron maniatados por solo tres dragones, a quienes por recompensa se les hizo *sargentos de Tambo Nuevo*, que era el lugar que habia sido teatro de su hazaña. Estos valientes eran: José Mariano Gómez, tucumano, y Santiago Alvarracin y Juan Bautista Salazar, cordobeses.

De los once prisioneros se escapó el sargento, que con la oscuridad de la noche se dejó caer por un derrumbadero; y solo fueron conducidos al cuartel general los diez restantes. El general Belgrano quiso hacer un escarmiento con los dos juramentados de Salta, que le habian sido antes remitidos por La Madrid, y mandó fusilarlos por la espalda, y cortadas sus cabezas, se les puso un rótuló en la frente en que se leía en grandes letras: *Por perjuros*. Estas cabezas fueron remitidas con un refuerzo de ocho hombres a la avanzada de La Madrid, con orden de que fuesen colocadas a inmediación del enemigo, para escarmiento de los que habian traicionado la fe jurada.

Estaba ya La Madrid reforzado por los ocho dragones, cuando se le incorporaron aquellos tres valientes batidores, y avanzó en busca del grueso de los cazadores enemigos, que encontró ya en marcha. Trabóse un tiroteo en la oscuridad de la noche, y los realistas en la creencia de ser atacados por fuerzas superiores, se replegaron a la posta, y de allí a Condo. La Madrid emprendió también su retirada, pasó por el campo de Vilcapugio, donde colocó las cabezas de los dos juramentados en Salta, recientemente fusilados.

Incorporación de Diaz Vélez y de Zelaya; el ejército real toma la ofensiva y dispersa a Cárdenas y Lanza.— Apenas se habia

franqueado el camino entre Potosí y Macha, Diaz Vélez se dirigió al cuartel general, al que llegó con más de 500 hombres, dejando 250 de guarnición en Potosí. Encontró ya en Macha a Zelaya, que a la noticia de la derrota de Vilcapugio se habia replegado a Cochabamba, y volvió a salir con 300 hombres mal armados. Al mismo tiempo llegó el contingente del Valle Grande en número de 400 hombres, también mal armados. Todas estas fuerzas reunidas daban un total de 3,400 hombres: mil eran veteranos, y apenas dos mil podian considerarse de pelea.

De todos modos, la rápida reorganización del ejército hacia honor a la actividad y constancia de Belgrano, y el enemigo mismo le tributó por ello su admiración, comprendiendo al mismo tiempo con cuanta habilidad habia sabido poner a las poblaciones de su parte (1). Sin dejarse sorprender ni por un solo momento por el desaliento, Belgrano supo infundir a todos su espíritu; y así logró, al cabo de un mes después de la derrota de Vilcapugio, restablecer la confianza de los pueblos.

El general patriota, lleno de fe en el triunfo definitivo de la revolución, ocupábase en extenderla por toda la América del Sud. Con la vista fija sobre Lima, despachó nuevamente emisarios al Bajo Perú, con el objeto de preparar una insurrección general de los pueblos, asi que se moviese sobre el enemigo.

En los primeros días de noviembre ya se tuvieron noticias vagas, y después más positivas de que el ejército enemigo se movia sobre Macha, y el general Belgrano manifestó su resolución de dar segunda batalla. En efecto, el 29 de octubre Pezuela habia levantado su campo de Condo. Falto de medios de movilidad, hostilizado por las montoneras que circundaban su posición, privado de víveres y de forrajes, comprendió el general realista que era forzoso salir a toda costa de aquella difícil situación, antes que los patriotas se robusteciesen más, y se resolvió a tomar la ofensiva para jugar el todo por el todo.

Venciendo las más serias dificultades, el ejército real abrió la campaña, y marchando dos o tres leguas por día, llegó el 4 de noviembre a Ancacato, para penetrar a la provincia de Chayanta. En la cruzada de Condo a Ancacato batió a los caudillos Cárdenas y Lanza, que a la cabeza de numerosas indiadas habian sido destacados por

[1]. García Camba. *Memorias para la Historia*, etc. t. 1º pág. 106. Torrente, *Historia*, etc. t. 1º págs. 358 y 359.

Belgrano para cortar las comunicaciones del ejército real con el Bajo Perú. Alcanzados en Sicasica sobre el flanco izquierdo del camino, fueron completamente dispersados.

Los dos ejércitos se avistan; junta de guerra de Macha y divergencia de opiniones entre los jefes.—De Ancacato, pasando por Ancocruz y al través de los altos de Livichuco, el ejército real llegó el 8 a Cayampayani, distante ocho leguas de Macha. En diez días solo habia adelantado quince leguas de camino; y en ese sitio tuvo que permanecer tres días para esperar la incorporación de su parque que no habia podido seguir sus cortas jornadas. El 12, soportando una gran nevada, llegó el ejército a los altos de Taquiri, que dominan la pampa de Ayohuma, y desde allí pudo descubrir como a dos leguas de distancia el ejército patriota posesionado de unos altozanos, decidido al parecer a aceptar la batalla. El 13, el general español reconoció las posiciones de Belgrano, y dispuso todo para atacarlo en el día siguiente.

Ya hemos dicho, que desde que se supo el movimiento del enemigo, el general Belgrano habia manifestado su intención decidida de no esquivar el combate, no obstante que habia a este respecto divergencia entre los jefes patriotas, que se dividian en tres opiniones: unos estaban con la opinión del general; los más opinaban por la retirada, y algunos por que se emprendiesen operaciones secundarias antes de librar a una acción la suerte de la campaña. El coronel Perdriel que era de esta opinión, se abocó con Diaz Vélez que sostenía la conveniencia de replegarse a Potosí, y le manifestó sus ideas sobre el particular. Su plan consistia en evitar el combate que buscaba el enemigo, correrse por su flanco derecho, atravesar de Sud a Norte la provincia de Chayanta, tomar la retaguardia del enemigo y penetrar a las pampas de Oruro; asaltar esta villa, base de operaciones de los realistas, y apoderarse de su guarnición y depósitos, marchando inmediatamente sobre La Paz; y aterrando por esta maniobra al enemigo, a la vez que moralizaba su tropa, apoyar los movimientos del Bajo Perú, próximos a estallar.

Diaz Vélez trasmitió estas ideas a Belgrano, quien convocó con tal motivo a los generales y jefes de cuerpo en junta de guerra. Perdriel desenvolvió su plan. El ge-

neral le opuso los inconvenientes de la estación y los trastornos que produciria una retirada, y se manifestó seguro de la victoria. Computados los votos, la minoría estaba porque se atacase al enemigo; la mayoria por la retirada a Potosí. Algunos apoyaron la idea de Perdriel. El general cerró la discusión diciendo en tono que no admitia réplica: «Yo respondo a la nación con mi cabeza del éxito de la batalla», y en el acto impartió sus órdenes. En la noche se emprendió la marcha, y antes de amanecer el día 9, el ejército estaba acampado en las pampas de Ayohuma, donde lo había encontrado Pezuela, y que dista tres leguas de Macha.

Descripción de Ayohuma; la fuerza respectiva de los ejércitos contendores y su orden de batalla.—La pampa de Ayohuma es una meseta de la montaña del mismo nombre, que se desenvuelve en suave plano inclinado hacia el Noroeste, que domina por esta parte los altos de Taquiri, en cuya cima estaba el ejército español. Al pie de Taquiri corre el rio dividido en dos brazos, y paralelamente a él, se prolonga una lomada larga y angosta, que forma una especie de camino cubierto natural, dejando entre ella y el rio espacio suficiente para ocultar tres mil hombres plegados en columnas. Algunos montículos y cerros de bajo relieve se alzan en medio de la llanura, que es cruzada por el camino que de Macha conduce a Potosí, y por algunos hondos barrancos que siguen la inclinación del terreno. Hacia la parte de Potosí, y como a media legua de los montículos indicados, álzanse unas lomas pedregosas, que limitan la pampa por el Sudoeste, y a su pie corre un arroyuelo de poco caudal.

Situado el ejército patriota en medio de la pampa, dejaba estas lomas a espaldas de su izquierda, daba frente al rio y a los altos de Taquiri, cerraba el camino de Macha, ocupaba parte de los montículos, y apoyaba su derecha en la extremidad avanzada de un cerro, que cubria diagonalmente su retaguardia. Otro cerro de mayor elevación, pero desligado del anterior, quedaba a retaguardia de la línea. Del cerro en que se apoyaba la derecha de la línea, bajaba un barranco que cubria parte de ella, y en el cual se habian practicado ligeras cortaduras. Para descender al campo de batalla, el enemigo tenia que comprometerse en un angosto y escabroso sendero, cuyo

pie distaba menos de una legua de los montículos; atravesar el río, remontar la lomada que formaba el camino cubierto ya descrito, y entrar al llano, donde debia encontrar a su frente el obstáculo del barranco. Belgrano, que esperaba ser atacado por el frente, fiaba mucho en esta posición, y sin duda le habria proporcionado grandes ventajas, si no se hubiera anticipado a ocuparla, revelando al enemigo su plan, y suministrándole un conocimiento que lo habilitaba para burlar sus combinaciones. Puede decirse que esta imprudencia decidió la batalla, puesto que ella sugirió a Pezuela la combinación que en definitiva le dió la victoria.

Tales eran las posiciones de los dos ejércitos en la víspera de la batalla. El ejército patriota contaba con poco más de 3,000 hombres, y el español de 3,500, siendo superiores las condiciones de este bajo todos aspectos. La caballería patriota era doble en número respecto de la del enemigo, en cambio la infantería de éste era superior en igual proporción, y donde se notaba más la desproporción de las fuerzas era en la artilleria: los realistas contaban con un tren de diez y ocho piezas de a 4 y de a 6, y los patriotas apenas con ocho piezas de mala calidad y mal montadas del calibre de a 1 y de a 2.

La derecha de los patriotas, que como queda dicho estaba cubierta por el barranco y coincidia con la extremidad de un cerro, se componía del regimiento de Dragones y de los batallones Cazadores y Pardos y Morenos, mandando el primero el coronel don Diego Balcarce, y los segundos, el mayor Cano y el coronel Superi. Seguian los batallones Nº. 6 y Nº. 1, mandados por el mayor Benito Martínez y el coronel Perdriel, y a la izquierda la caballería de Cochabamba armada de lanza a órdenes de Zelaya. La artilleria se colocó en dos montículos de poca elevación y fácil acceso, situada entre la izquierda de los Cazadores, y entre el Nº. 6 y Nº. 1. La reserva se componía de la tropa inferior y peor armada.

El plan de Belgrano consistia en esperar el ataque en sus posiciones; dejar que el enemigo se comprometiese en la llanura, hasta que estrechado a su izquierda por el barranco que quedaba a la derecha de los patriotas se viera en la necesidad de ganar terreno y dirección opuesta, y entonces lanzar sobre su izquierda los lanceros de Zelaya, envolviéndola y tomando su espalda, al mismo tiempo que la infantería cargase a la bayoneta sobre el resto de la linea. Este plan justificaba hasta cierto pun-

to la confianza que el general tenía en la victoria, sin pensar que le saldria fallido.

Batalla de Ayohuma, 14 de noviembre de 1813.—En esta disposición y plegado en columnas, permaneció el ejército patriota hasta la madrugada del día 14. A las seis de la mañana, el ejército español empezó a descender en desfilada por la cuesta de Taquiri. El sendero era tan estrecho, que apenas cabian tres hombres de frente; y tan pendiente, que la artillería no podia bajar sino desarmada y a lomo de mula.

La Madrid, que se apercibió de esto, indicó al general Belgrano que se aprovechara de la oportunidad que le presentaba el enemigo, lanzándose sobre él, mientras la cabeza de la colnmna pisaba el llano y el resto se hallaba comprometido en el descenso de la cuesta. El general le contestó: «No se aflija usted: deje que bajen todos, para que no se escape ninguno. La victoria es nuestra».

Mientras tanto el enemigo descendió al llano, atravesó el rio y formó en columnas paralelas detrás de la lomada que se prolongaba paralelamente a él, ocultándose así a la vista de los patriotas. El ejército patriota por su parte, habia levantado un altar en el campo, y oia misa devotamente arrodillado ante el Dios de las batallas.

El ejército español tardó algún tiempo en reaparecer, y en vez de presentarse por el frente y remontar la loma que lo cubria, se corrió por su izquierda y apareció en columnas paralelas amagando la derecha de los patriotas.

Este movimiento inutilizaba el plan de Belgrano, quien, aceptando la batalla ya en condiciones desventajosas, tuvo que cambiar de frente sobre su centro retirando su ala derecha y avanzando su ala izquierda. Con este movimiento quedó dando el frente al enemigo, con su derecha apoyada inmediatamente al cerro que antes tenia casi a su espalda; con el barranco interpuesto entre ambas líneas, y sin espacio para desplegar la caballería de este costado.

El enemigo, al tiempo de correrse sobre su izquierda, habia destacado una guerrilla apoyada por un batallón de infanteria, con el objeto de tomar el cerro en que los patriotas apoyaban su derecha. Esta posición fué ocupada sin resistencia, y desde aquel momento pudo considerarse perdida la batalla. Belgrano se limitó a ocupar con la caballeria desocupada otro cerro que se encontraba más a retaguardia, que aunque más elevado que el anterior,

era tan inútil para el ataque como para la defensa. De este modo el enemigo interceptó el camino de Macha, que pasaba por entre los dos cerros, y se situó casi sobre el flanco de los patriotas.

Pezuela que con el grueso de su ejército se mantenía cubierto en parte por un pliegue del terreno, hizo avanzar a vanguardia sus 18 piezas de artilleria, y rompió con ellas un vivo fuego. Eran las diez de la mañana cuando empezó el cañoneo. La artilleria patriota pretendió contrarrestarlo; pero a demás de su inferioridad numérica, sus proyectiles apenas alcanzaban a recorrer la mitad de la distancia que separaba ambas líneas. Por cerca de media hora se prolongó el fuego de la artillería, dando tiempo a que los flanqueadores españoles ganasen terreno. La línea patriota a pesar de tantas desventajas, fué admirada por el enemigo. Según declaración del mismo Pezuela, ella soportó valerosamente el cañoneo que barria sus hileras, «manteniéndose con tanta firmeza como si hubiese creado raices en el lugar que ocupaba».

Cuando cesó el fuego de la artilleria enemiga, y su linea empezó a ponerse en movimiento, Belgrano dió por su parte la señal de ataque general. La infanteria patriota avanzó con denuedo, aunque no bien ordenada, a causa del barranco interpuesto que tuvo que atravesar, siendo recibida del otro lado de él, por los nutridos fuegos del enemigo ventajosamente posesionado. Aun así siguió avanzando la línea patriota, y a medio tiro de fusil rompió el fuego con una decisión que hizo creer por un momento en la posibilidad de la victoria.

Simultáneamente con el avance de la infanteria mandó Belgrano cargar a la caballeria de la izquierda al mando de Zelaya, la que se lanzó impetuosamente. Como este era el ataque que temia Pezuela, habia reconcentrado sobre su flanco derecho todo el grueso de su caballería, sostenida por dos batallones de infanteria con diez piezas de artilleria. Zelaya se estrelló contra esa masa, sufriendo los fuegos cruzados de los dos batallones y como ciento cincuenta cañonazos a metralla que le dispararon las piezas enemigas en el espacio de pocos minutos, y tuvo que retroceder.

A la vez que iniciaba sus cargas la caballería patriota, la linea de infanteria avanzaba a la bayoneta. En aquel momento sonó una descarga de fusileria casi a espaldas de la derecha: eran los flanqueadores enemigos, que posesionados del cerro en que ella se apoyaba, la tomaban en-

tre dos fuegos, obligándola a ponerse en fuga. El centro, que lo formaba el Nº. 6, se halló en el mismo caso, y siguió en dispersión el movimiento retrógrado. La izquierda española se lanzó sobre los dispersos, haciéndoles grandes estragos. El mayor Cano, comandante de Cazadores, y el coronel Superi, jefe de los Pardos y Morenos, quedaron muertos al frente de sus batallones. La izquierda compuesta del Nº. 1º. que al principio habia hecho flaquear al enemigo, tuvo que ponerse en precipitada retirada cuando vió descubierto su flanco. Toda la infanteria patriota habría quedado muerta en el fondo del barranco, si en aquel momento Zelaya, reorganizando sus destrozados ginetes, no los hubiese conducido nuevamente a la carga, paralizando la acción del enemigo, y dándole tiempo para que se salvase detrás del barranco. La caballería de la derecha al mando de Balcarce y de Zamudio, trasladándose al fin al costado izquierdo por orden del general, cooperó eficazmente a este objeto, aunque sin obtener ventajas positivas.

La batalla estaba perdida: no habia ya que pensar sino en la salvación. Belgrano auxiliado de Diaz Vélez, y corriendo ambos serios peligros, se ocuparon de reunir a los dispersos al abrigo del barranco, retirándose con ellos a las lomas pedregosas como a media legua del campo de batalla. Allí enarboló Belgrano la bandera del ejército y empezó a tocar reunión a la vista del enemigo. Este, quebrantado por más de tres horas de combate y por las pérdidas sufridas, dió tiempo al general patriota para que se le reuniesen como 400 hombres de infanteria, y como ochenta de caballería. Todo lo demás se habia dispersado o quedado en el campo de batalla: artillería, bagajes, parque, más de 500 prisioneros, entre ellos gran número de oficiales; cerca de 200 héridos y otros tantos muertos. El enemigo compró caramente esta victoria a costa de 500 hombres fuera de combata, de los cuales más de 200 muertos y como 300 heridos.

Juicio crítico sobre Ayohuma, y retirada de Belgrano sobre Potosí.— Este contraste, dicen los críticos militares, más severo que el de Vilcapugio, fué debido en gran parte a la ciega confianza de Belgrano antes de la batalla, y a sus errores en el curso de ella; aunque entró en mucho la superioridad de las aguerridas tropas españolas, con mejores jefes y oficiales que

los del ejército patriota, y sobre todo, la superioridad inmensa de su artillería. Él cargo más serio que puede hacerse a Belgrano es, no haberse sabido aprovechar de las faltas de su contrario, atacándolo en la bajada de la cuesta; y después, no haber tomado ninguna disposición acertada para neutralizar las maniobras que dieron por resultado la derrota.

El general Paz señala estas faltas, cree que militaban poderosas razones para opinar que el general Belgrano debió demorar la acción por algunos días, retirándose entre tanto, sobre Potosí o Chuquiseca, hasta que llegase la oportunidad, y concluye así:

«Respeto tanto la memoria del general Belgrano, que me he hecho una verdadera violencia para enumerar los errores que a mi juicio, se cometieron en esta desgraciada batalla; pero he debido hacerlo en obsequio a la verdad histórica y para instrucción de algún militar joven que pudiese ver esta memoria. Fuera de esto, es preciso considerar que estábamos en el aprendizaje de la guerra, y así como era el general Belgrano, en esa época era el mejor general que tenia la República. Estaba también falto de jefes, pues los mejores, por varios motivos, estaban ausentes; no tenia un solo hombre a quien pudiese deber un consejo, ni una advertencia. El general Belgrano estaba solo, y solo llevaba todo el peso del ejército».

Pero si en la batalla pudo padecer la fama del general, en la retirada vuelve a reaparecer el héroe de alma grande, que no se rinde bajo los golpes del infortunio. Situado con la bandera en la mano en las asperezas de la montaña, continuaba tocando reunión a los dispersos, en señal de que su general no los abandonaba, mientras el enemigo avanzaba para forzarlo en sus últimas posiciones. La retirada se hacia más difícil a medida que se aproximaban las sombras de la noche. Belgrano ordenó a Zelaya, que con los hombres de caballería salvados de la derrota, contuviera al enemigo, mientras la infanteria emprendia la retirada.

El bravo coronel supo cumplir esta orden de una manera que hará eterno honor a su memoria. Gracias a esta heróica resistencia, los restos del ejército patriota pudieron salvarse: habian ganado una hora de sol, y penetrado ya en los desfiladeros de la montaña. Zelaya, con un puñado de ginetes siguió cubriendo la retaguardia, conteniendo al enemigo en los desfiladeros, y haciendo una heróica ostentación en su poca prisa en abandonar el cam-

po del peligro. No todos los que le acompañaban tenian el temple de su alma, y a poco trecho solo estaban a su lado los capitanes Arévalo y don José María Paz, con quince o veinte soldados decididos, hasta que, al fin, al ponerse el sol cesó la persecución.

«El general don José María Paz, dice el general Mitre, que marchaba con el coronel Zelaya, al saber que su hermano don Julian habia perdido su caballo en la retirada del arroyo, volviendo al frente del peligro y encima del enemigo, consiguió salvar a su hermano abandonado por todos».

El día 15 llegaron los restos del ejército patriota a la quebrada de Tinguipaya, y allí acabó Belgrano de reorganizar sus rotos batallones, y estableció el orden más severo para las marchas sucesivas. Al ponerse el sol se pasó lista como de costumbre, y la mayor parte, muertos o cautivos, no respondieron al llamado. Después, el general mandó formar cuadro, y colocándose al centro como después de Vilcapugio, se rezó el rosario, como de costumbre «en señal de que la derrota en nada habia alterado los deberes del orden y la disciplina», según las palabras del general Paz.

El 16 de noviembre llegó Belgrano a Potosi a la cabeza de su columna de derrotados, y la recepción que le hizo el pueblo fué grave, digna y melancólica, a la vez que franca y hospitalaria.

La retirada de Potosí y el bárbaro proyecto de hacer volar la Casa de Moneda. —Belgrano concibió la idea de fortificarse en Potosí, pero tuvo que desistir de este intento ante las reflexiones que le hicieron sus jefes, y por que el enemigo no le habia dado tiempo para ello. Más activo esta vez que después de Vilcapugio, supo aprovecharse mejor de su triunfo, mandando ocupar con 500 hombres y artilleria la ciudad de Chuquisaca, y dirigió una columna de 800 hombres sobre Potosí, siguiendo muy luego Pezuela con todo el resto del ejército.

El general Paz dice «que no dejó de ocurrir en los días anteriores, el pensamiento de fortificar y defendernos en la ciudad, y en consecuencia se empezaron a fosear las calles, a distancia de dos cuadras de la plaza. No puedo asegurar si se pensó seriamente en ello, porque pudo ser un arbitrio para ocultar la retirada; de cualquier mo-

do el proyecto era insensato, y cuando más, probaría los deseos del general, de disputar al enemigo, hasta la última extremidad, aquellas importantes provincias».

«El 18, dice Mitre, evacuó el general la ciudad al frente de su pequeña columna de infanteria, dejando a su mayor general con las reliquias de la caballería formada en la plaza mayor, con orden de hacer volar el gran edificio de la Moneda, monumento de su antigua opulencia. Circunstancias independientes de su voluntad le impidieron llevar a cabo este bárbaro proyecto, cuya ejecución habria hecho más daño al crédito de la revolución que al enemigo, y cuya concepción indica ya el grado de la exaltación de las pasiones revolucionarias».

El cuadro de la salida del ejército a ponerse en salvo de la catástrofe misteriosamente dispuesta por los jefes, es una de las páginas admirables de la obra del general Paz.

Dada estaba ya la orden de encender la mecha guiante a la mina subterránea de la explosión. Iban a volar las dos manzanas de cal y piedra de la Casa de Moneda en el centro de la ciudad. Cerradas ya las férreas puertas del enorme edificio. Carreras por aquí y carreras por allá de ordenanzas y oficiales a caballo para hacer desalojar las calles y edificios vecinos sin decir por qué. Inútil obtener que enormes grupos del pueblo se apartasen de las calles más inmediatas, ni que las familias de las cercanías desocuparan sus casas. Fué menester ir soltándoles poco a poco lo que iba a suceder. Siempre inútil: el pueblo, si le arrojaban por un lado, aparecía por el otro. ¡Nadie creia en tamaño horror de parte de los huéspedes porteños! Paz dice:

«Nada bastó para persuadir al populacho, que se conservó impasible en su puesto. De las casas vecinas ví salir una que otra familia desolada, que corria sin saber a dónde, abandonando cuanto poseia; pero en lo general, puedo asegurar que no se movieron de sus casas, y que esperaron el resultado de aquel anuncio terrible».

No así los que consideraron indefectible la catástrofe. «El tiempo urge, la mecha arde, de un instante a otro la explosión», se decian. Y escapando las tropas a todo correr por una calle fueron a parar a un foso que interceptaba el paso; uno de esos que los jefes, o por estratajema de fortificación o con ánimo efectivo de defenderse dentro de la ciudad, habían hecho excavar en las

calles a cierta distancia de la plaza ¡Santo Dios! ¿Qué va a suceder?

«Poseidos del más grande sobresalto, tuvimos que volver a la plaza para buscar otra salida, temiendo a cada instante que sucediese la explosión y que una lluvia de gruesas piedras y otros escombros, cuando no fuese la misma explosión, viniese a sepultarnos, o cuando menos, a aplastarnos bajo su peso. Al fin, después de muchas excitaciones, dimos con una calle, donde el foso no estaba concluido y por donde salimos a la desfilada. Nuestra marcha precipitada no se suspendió hasta el Socavón, que está a una legua de la plaza, a donde llegamos al anochecer».

¿Cuesta arriba cuanto antes casi hasta llegar a media falda del cerro? ¿Por qué? Sensillamente, para darse todos el placer del emperador romano:

«Deseando gozar, en su totalidad, del terrible espectáculo de ver volar en fracciones un gran edificio y quizá media ciudad (tal era la idea que nos habia hecho formar), a consecuencia de una mina que iba a hacer su explosíón, durante el camino fuimos violentándonos para volver la vista a la Casa de Moneda, que dejábamos atrás. Aseguro que por mi parte no la separé ni un momento de la dirección en que quedaba, lo que me originó un dolor en el pescuezo, que me molestó dos o tres días».

Al cuarto de hora de haber llegado todos al Socavón, se tenía certidumbre de que la mecha había sido sustraida o inutilizada. Prosigue el incomparable general Paz:

«El general Belgrano, que no estaba lejos de nosotros, debió experimentar las mismas sensaciones, y cuando vió fallida la operación, hizo un último esfuerzo para realizarla. El capitán (coronel hoy) de artillería, don Juan P. Luna, se presentó a retaguardia con una orden para que se pusiese a su disposición veinte y cinco hombres, de los mejor montados, con los que debía penetrar en la ciudad y Casa de Moneda, para volver a poner la mecha encendida que le hiciese volar. Esto ya era imposible, pues el vecindario y populacho, que no querian ver destruido el más valioso ornamento de su pueblo, ver destruidas sus casas y sepultarse bajo sus ruinas, hubieran hecho pedazos al nuevo campeón y sus veinte y cinco hombres. Luna llegó a los suburbios, vió de lo que se trataba, y se retiró prudentemente; pudiendo asegurarse que la oferta, que habia hecho al general, de entrar otra vez a Potosí y

quemar el pueblo, le ganaría la benevolencia de su jefe, porque, como otras veces he dicho, éste era el carácter del general Belgrano».

Paz refiere que un oficial del ejército, mendocino, de apellido Anglada, y que se habia ganado la voluntad del general en jefe, estaba, por su empleo de mayor de plaza, en el secreto de la operación, y que él fué quien quitó la mecha, de acuerdo con realistas de la ciudad, traición sórdida, agrega, que se confirmaba seguidamente al verle de hoy más al servicio de los enemigos. Lo cierto es que el tal Anglada fué el salvador de Potosí.

Así fué la salida. Ya hemos dado noticias sobre la entrada. Sea la pesadilla de Castelli, sean presentimientos acerca del buen Belgrano, uno ve que en su actitud cuando la entrada no anduvo sin tino Potosí. Era un vecindario realista así por conveniencia como en agradecimiento al trato de los realistas. ¿Habia gran interés político y militar en traerle al servicio de la causa patriota? Urgía cuando menos disuadir y reducir a esas gentes. El general Paz reprobó altamente el proyecto frustráneo de hacer volar la Casa de Moneda; reprobó el método de salida: destruir.

Es lástima, como hemos dicho antes, que el entonces joven oficial Paz no hubiese venido al Alto-Perú en la expedición de Castelli. Así tendríamos hoy noticias precisas sobre las extorsiones y expoliaciones de esa soldadesca auxiliadora de la libertad de las provincias altas.

Los modernos narradores argentinos, todos a cual más nacionalistas y dados a jactancias marciales y estratégicas, gustan poco de ciertas páginas presenciales del general Paz (1).

La retirada a Jujuy.—Ocho días después que habia salido el general Belgrano, la vanguardia enemiga ocupaba Potosí, y en la mañana siguiente continuaba su marcha en persecución del ejército patriota, que seguía su retirada trabajosa en dirección a Jujuy, en el número de 800 hombres, últimos restos de los vencedores en Tucumán y Salta, y vencidos en Vilcapugio y Ayohuma.

El ano de 1813 habia comenzado bajo los más gloriosos auspicios, y terminaba de una manera tan desastrosa. Belgrano que habia entrado al Alto-Perú con los honores de un libertador y con los grandes prestigios que le

[1]. R. Moreno ¡Qué porteños aquellos!

dieron las batallas de Tucumán y Salta, retrocedia con su ejército despedazado. Al concluir el año se hallaba en Jujuy ocupado en organizar un nuevo ejército, y escribia a un amigo: «Las acciones de Vilcapugio y pampas de Ayohuma han sido crueles, y casi he venido a quedar como al principio».

Estas palabras significan que estaba resuelto a volver a empezar, y que no consideraba sus contrastes sino como tiempo y trabajos perdidos que podian resarcirse por la actividad. Asi lo manifiesta el hecho que a los pocos días contaba con un ejército de 1800 hombres, al mismo tiempo que llegaba a reforzarlo con el regimiento de Granaderos a caballo el coronel don José de San Martin, nombrado su segundo jefe. Entonces volvió a acordarse de Dorrego, a quien habia echado tantas veces de menos, y le llamó a su lado, devolviéndole su antigua confianza. Nombróle jefe de retaguardia, y puso bajo sus órdenes una compañia de infantería, la caballería de línea que se encontraba en Humahuaca, con un escuadrón de Granaderos a caballo: en todo como 500 hombres. Con esta fuerza fué encargado de disputar el terreno al enemigo triunfante que avanzaba sobre Salta a marchas forzadas, misión que supo llenar cumplidamente (1).

Belgrano entre tanto siguió replegándose con el grueso del ejército hacia Tucumán. A mediados de enero de 1814 se le incorporó San Martin con los refuerzos que traia de la capital, y en consecuencia de órdenes superiores lo hizo reconocer por segundo jefe del ejército. Cerca de Tucumán le alcanzó una nota del gobierno, haciéndole saber que se le habian retirado las facultades de capitán general de provincia, y quedaba simplemente con las de comandante en jefe del ejército. Al llegar a Tucumán, recibió otro oficio ordenándole entregar el mando del ejército al coronel San Martin, a consecuencia de petición hecha por el mismo Belgrano, y volvió él a ocupar su puesto de coronel del regimiento N°. 1. San Martin supo apreciar la abnegación y las grandes calidades de Belgrano, y desde entonces se profesaron recíproca amistad y admiración estos dos grandes hombres, los más grandes de la historia argentina.

El caudillo Güemes.—Por este tiempo empezó a distinguirse el teniente coronel don Martín Miguel Güe-

[1]. Memorias del general Paz, t. 1º cap. IV. Historia de Belgrano. Mitre, t. 2º cap. XXIII.

mes, que fué quien relevó a Dorrego como jefe de vanguardia. Este caudillo, hacia entonces parte de la oficialidad del ejército auxiliar y fué colocado en la frontera por el general San Martin. Aunque educado y perteneciente a una notable familia de Salta, manifestó siempre una tendencia a halagar las pasiones de las multitudes para conquistarse su afecto y dividirlas de las clases cultas de la sociedad, haciendo de ellas el pedestal de su elevación.

Era Güemes un arrogante oficial que habia empezado su carrera en el batallón Fijo de Buenos Aires, batiéndose con honor contra los ingleses en las jornadas de la Reconquista y la Defensa los años seis y siete. Fué uno de los primeros hijos de Salta que tomó partido por la revolución, enrolándose en un cuerpo de voluntarios que se formó allí. Colocado al frente de una partida suelta, se anticipó en 1810 a los movimientos del ejército auxiliar de Buenos Aires que venia en marcha y adelantó sus correrias hasta el Alto-Perú, prestando así servicios distinguidos, pero quedó en Tarija cuando en 1811 la expedición patriota penetró a este territorio. Rechazada ésta en las líneas de Cotagaita, tuvo que retroceder sin municiones, quebrada y perseguida, hasta que sabedor su general en jefe que 100 soldados de Buenos Aires y otros tantos tarijeños, conduciendo ambos alguna carga de municiones venian a incorporárseles, resolvió hacer pie firme en Nazareno o Suipacha. El que conducia el convoy de Tarija era el comandante de milicias con grado de capitàn don Martin Güemes, que hacia su aparición en la escena histórica. En tal clase hallóse en la mencionada batalla de Suipacha, en que se salvó la revolución, promoviendo la insurrección del Alto-Perú.

He aquí el retrato que de él hace el general Paz que le conoció particularmente:

«Poseia esa elocuencia peculiar que arrastra a las masas de nuestro pais, y que puede llamarse *la elocuencia de los fogones o vivaques*, porque allí establecen su tribuna. Principió por identificarse con los gauchos, adoptando su traje en la forma, pero no en la materia, porque era lujoso en su vestido, usando *guardamontes* y afectando las maneras de aquellas gentes poco civilizadas. Desde entonces empleó el bien conocido arbitrio de otros caudillos, de indisponer a la pleble con la clase más elevada de la sociedad. Cuando proclamaba, solia hacer retirar a toda persona de educación y aún a sus ayudantes, porque sin duda se avergonzaba de que presenciasen la impudencia con

que excitaba a aquellas pobres gentes, a la rebelión contra la otra clase de la sociedad. Este caudillo, este demagogo, este tribuno, este orador, carecia hasta cierto punto, del órgano material de la voz, pués era tan gangoso, por faltarle la campanilla, que quien no estaba acostumbrado a su trato, sufría una sensación penosa al verlo esforzarse para hacerse entender; sin embargo, este orador, vuelvo a decir, tenia para los gauchos tal unción en sus palabras, y una elocuencia tan persuasiva, que hubieran ido en derechura a hacerse matar para probarle su convencimiento y su adhesión.

«Era además Güemes, relajado en sus costumbres, poco sobrio, y hasta carecia de valor personal, pues nunca se presentaba en el peligro. No obstante, era adorado de los gauchos, que no veian en su ídolo, sinó al representante de la ínfima clase, al protector y padre de los pobres, como lo llamaban, y también, porque es preciso decirlo, al patriota sincero y decidido por la independencia: porque Güemes lo era en alto grado. Despreció él las seductoras ofertas de los generales realistas, hizo una guerra porfiada, y al fin tuvo la gloria de morir por la causa de su elección, que era la de la América entera» (1).

---

(1). Memorias Póstumas del General José María Paz. T. I. Cap. V.

CAPÍTULO DÉCIMO TERCERO

1814.—La persistencia y carácter de la insurrección altoperuana y e debilitamiento de los vínculos con las provincias del Río de la Plata.—Aparición de Arenales y Warnes, y las atrocidades de Goyeneche y Landívar.—Campaña de Arenales en Cochabamba y Santa Cruz de la Sierra; combates de San Pedrillo y la Angostura.—Batalla de La Florida y operaciones subsiguientes.—Nuevos levantamientos en el Alto Perú.—Mirada general del teatro de la guerra: toma de Montevideo: retirada del ejército invasor a las provincias argentinas: revolución del Cuzco: atrevido proyecto de Castro y su trágica muerte: San Martin deja el mando del ejército del Norte.—La insurrección del Cuzco y de varias provincias del Alto-Perú, obligó a Pezuela a diseminar su ejército.—El asalto a La Paz y la acción de Chacaltaya.—El mando del ejército argentino del norte.

La persistencia y carácter de la insurrección altoperuana y el debilitamiento de los vínculos con las provincias del Río de la Plata.—La derrota del Desaguadero, que decidió la suerte de la primera campaña de la revolución, y obligó al ejército argentino a evacuar el Alto-Perú, no quebrantó las energías de estas provincias. Los restos de

sus tropas remontadas con nuevos voluntarios se hicieron fuertes en su territorio y dieron todavía una nueva batalla en el campo de Sipesipe (agosto 13 de 1811) en que fueron derrotadas. El país quedó dominado por las armas del rey; pero no vencido. Dos nuevas derrotas en la segunda invasión, en los campos de Vilcapugio y Ayohuma (1813), no pudieron extinguir el fuego que alimentaba en las clases ilustradas el sentimiento de confraternidad americana, y en las clases populares, especialmente entre los indígenas, el odio contra sus antiguos opresores. Así es que, tanto en 1811, después de los desastres sufridos por la expedición de Castelli, como en 1813, al evacuar el país las tropas derrotadas a las órdenes de Belgrano, mientras una parte de la población las acompañaba en su retirada, la otra se mantenia en armas a la espalda del enemigo triunfante, esterilizando sus victorias y paralizando su avance.

La opinión pública siempre estuvo de parte de la revolución, así en la victoria como en la derrota. Pero la insurrección de las masas del Alto-Perú carecía de unidad, de plan y por consecuencia de eficacia militar. Con fortaleza para resistir y morir estoicamente en los campos de batalla y en los suplicios, y aun para triunfar algunas veces casi inermes, las muchedumbres insurreccionales del Alto-Perú ofrecen uno de los espectáculos más heróicos de la revolución sud-americana. A pesar de tantos y tan severos contrastes, no se pasó un solo día sin que se pelease y se muriese en esta alta región mediterránea.

Los desastres sucesivos de las armas argentinas en el Alto-Perú, si bien no destruyeron la solidaridad de causa, aflojaron los vínculos morales que unian sus provincias a las del Río de la Plata, contribuyendo, además, los acontecimientos que sobrevinieron más tarde. En 1814 aun perseveraban las provincias del Alto-Perú en su unión política con Buenos Aires, y mantenian en alto los pendones de la insurrección en propio territorio, a la espera de otro ejército auxiliar. Del éxito de esta nueva campaña iba a depender la unidad política del antiguo virreinato. Una nueva derrota debia producir una nueva solución de continuidad como en el Paraguay y la Banda Oriental, y determinar la creación de una nueva nacionalidad. San Martin la presentía por ese camino, o por lo menos consideraba la victoria difícil y muy costosa para los objetos inmediatos de establecerse sólidamente en este terreno, sacando recursos para ir adelante, y estéril para el objetivo

final, por cuanto según él, «la separación de las Provincias Altas y de las Provincias Bajas, era *hecho demostrable*, y sus intereses no tenian la menor relación».

Por dos veces los ejércitos argentinos habian penetrado triunfantes al Alto Perú, y por dos veces retrocedieron despedazados hasta las fronteras en que la nacionalidad argentina empieza a diseñarse geográfica, política y socialmente, por la naturaleza del suelo y por la homogeneidad de la raza. El nuevo general del ejército del Norte tenia que resolver si era posible y acertado militarmente emprender por tercera vez la ofensiva en el territorio del Alto-Perú, para convertirlo de nuevo en teatro de la guerra sud-americana.

El ejército que por dos ocasiones habia derrotado a los ejércitos argentinos, primeramente a las órdenes de Goyeneche, últimamente a las de Pezuela, y subyugado en ambas las provincias del Alto Perú, no habia conseguido domar el espíritu público. Dueños del campo de batalla, los realistas se sentían paralizados en medio de un país enemigo. En vano ensayaron el rigor más desapiadado para vencer esta resistencia que estaba en la atmósfera. Los suplicios se levantaron en todo el territorio dominado por las armas del rey, clavándose cabezas de insurgentes a lo largo de los caminos; los bienes de los emigrados fueron confiscados y vendidos en pública subasta; las poblaciones fueron saqueadas; se crearon comisiones militares que bajo el título de tribunales de purificación eran agentes de venganzas, y hasta se vendieron como esclavos a los dueños de viñas y cañaverales de la costa del Perú, los prisioneros de guerra de las últimas jornadas (1).

No por esto desmayó el espíritu varonil de los pueblos del Alto Perú. Su resistencia era indomable, la insurrección cundía a la menor señal, y hasta los indios armados de macanas, de hondas se lanzaban estoicamente a una muerte casi segura con la esperanza de que pronto serian vengados (2).

En tal situación, el general español sin poder retroceder ni atreverse a avanzar, se limitó a mantenerse con un pie en la frontera del Alto-Perú y otro en la de Salta.

(1). Urcullu: «Apuntes para la historia de la revolución del Alto-Perú», pág. 69.

(2). García Camba, hablando de las guerrillas del Alto-Perú en esta época [1814], dice: «No obstante las pérdidas que casi siempre sufrían, alimentaba su entusiasmo la esperanza de verse prontamente protegidos y aun vengados, por un poderoso ejército de la patria». (Memorias, etc., t. I, cap. VI, pág. 135).

Distribuyó convenientemente una parte de su ejército para asegurar las comunicaciones por su retaguardia, situó su cuartel general en Tupiza, y avanzó su vanguardia hasta Salta, a la espera de refuerzos del Bajo Perú para emprender operaciones decisivas. Esto no hizo sino empeorar la situación. Mientras el pais que quedaba a su espalda se insurreccionaba de nuevo y atacaba su retaguardia, otro pais animado de decisión, no menos indomable se levantaba en masa a su frente, dispuesto a disputarle el terreno, y atacar su vanguardia en Salta.

Bajo la protección de estos dos levantamientos populares, el ejército patriota reconcentrado en Tucumán, se reorganizaba y reforzaba, sirviendo de reserva a las guerrillas de Salta, e impedía que el enemigo acudiese con todo su poder a sofocar la insurrección del Alto-Perú. Sin estas diversiones el ejército derrotado en Vilcapugio y Ayohuma, habría sido batido nuevamente o tenido que retroceder ante la vanguardia triunfante del enemigo, aun con San Martin a su cabeza, quien lo comprendió así, y por eso desde el primer momento (bien aconsejado por Belgrano en esto) redujo su plan de campaña a fomentar la insurrección del Alto-Perú y a dar organización y consistencia a la guerra de partidarios por la parte de Salta.

Aparición de Arenales y Warnes y las atrocidades de Goyeneche y Landívar.— El general Belgrano, después de la derrota de Ayohuma, y al tiempo de evacuar el territorio del Alto-Perú (diciembre de 1813) habia dejado como gobernador de Cochabamba y comandante general de las armas patriotas a retaguardia del enemigo, al coronel don Juan Antonio Alvarez de Arenales. Al mismo tiempo, nombró de gobernador de Santa Cruz de la Sierra al coronel don Ignacio Warnes, subordinándolo en lo militar a Arenales. Solo dos hombres del temple de Arenales y Warnes podian encargarse de la desesperada empresa de mantener vivo el fuego de la insurrección en las montañas del Alto-Perú, después de tan grandes desastres, completamente abandonados en medio de un ejército fuerte y victorioso, y sin contar con más recursos que la decisión de poblaciones inermes y campos devastados por la guerra.

Ya conocemos los antecedentes y carácter típico de Arenales, que por la originalidad de sus hazañas es uno de los hombres más extraordinarios de la guerra de la independencia americana. Aunque nacido en España, ha-

bíase educado en Buenos Aires y se decidió con ardor por la causa de la emancipación desde su primer pronunciamiento en Chuquisaca el 25 de mayo de 1809, como comandante de armas. Perseguido a consecuencia de este suceso, permaneció prisionero en *Casas-matas* del Callao hasta que en 1812 las cortes de Cádiz abrieron las puertas de su prisión. Al tiempo de la batalla de Tucumán hallábase en Salta, donde encabezó un pronunciamiento patriota, que sofocado, fué para él motivo de nuevas persecuciones. Incorporado al ejército del general Belgrano en 1812, antes de la batalla de Salta, le acompañó en su expedición al Alto-Perú, manteniéndose durante toda la campaña sobre el flanco del enemigo en Cochabamba, y cooperó con inteligencia y energía al éxito de las operaciones. Tal era el gobernador de Cochabamba, destinado a insurreccionar el Alto-Perú a retaguardia del enemigo victorioso, cuyas calidades, aunque notables, no prometian ciertamente, al precursor y al maestro de una escuela de partidarios en Sud América.

En cuanto a Warnes, su papel, como se verá, es secundario respecto de Arenales dentro de nuestro cuadro histórico. Hijo de Buenos Aires que se habia distinguido en 1807 en la defensa de su ciudad natal combatiendo contra los ingleses (no obstante de ser descendiente de inglés como su apellido lo indica), Warnes debia ilustrarse más tarde con hazañas extraordinarias, muriendo como un héroe al frente de partidarios, en el mismo teatro ilustrado por Arenales, en cuya escuela se formó.

Durante la permanencia del general Belgrano en el Alto-Perú, tomóse prisionero en Santa Cruz de la Sierra al coronel español Antonio Landívar, que habia sido uno de los agentes más desapiadados de las venganzas de Goyeneche, y en consecuencia el general le mandó formar causa «no por haber militado con el enemigo en contra de nuestro sistema (dice en su auto) sino por las muertes, robos, incendios, saqueos, violencias, extorsiones y demás excesos que hubiese cometido contra el derecho de la guerra». Reconocidos los sitios en que se cometieron los excesos y levantaron los cadalsos por orden de Landívar, se comprobó la ejecución de 54 prisioneros de guerra, cuyas cabezas y brazos habian sido cortados y clavados en las columnas miliares de los caminos. El acusado declaró que sólo habia ajusticiado 33 individuos contra todo derecho, alegando en sus descargos haber procedido así por órdenes terminantes de Goyeneche, las que exhibió originales.

Tal es la causa que con sentencia de muerte fué elevada a San Martin, y que él mandó ejecutar, escribiendo de su puño y letra «cúmplase».

El proceso Landívar da una idea del modo como se hacia en aquella época la guerra en el Alto-Perú. Verdad es que las guerrillas sueltas, que por la independencia con que obraban unas de otras se denominaban «republiquetas» respondian a su vez con tremendas represalias, y marcaban su trayecto con cabezas cortadas que colocaban clavadas en altas picas a la orilla del camino que debian recorrer los realistas.

Según la expresión de un historiador contemporáneo de Bolivia, «la guerra tomaba cada día un aspecto más horrible; pero las escenas de sangre a nadie atemorizaban. Cinco años de combates y suplicios acostumbraron a los habitantes del pais a ver con serenidad las calamidades de una lucha encarnizada; nadie temia verter su sangre, y todos deseaban derramar la de sus contrarios» (1).

Tal era la guerra en que iba a tomar parte Arenales, acaudillando la quinta insurrección de la heróica Cochabamba.

Campaña de Arenales en Cochabamba y Santa Cruz de la Sierrra; combates de San Pedrillo y la Angostura.— Dominando el ejército realista el llano central y los valles circunvecinos del Alto-Perú, al poniente de la cordillera oriental, la posición de Arenales en Cochabamba era insostenible con los escasos elementos de que podia disponer; sólo le quedaba franco el camino de Valle Grande a su espalda, por donde podia ponerse en comunicación con Santa Cruz de la Sierra, a cuyo frente se hallaba Warnes y abrirse paso a las provincias argentinas por la parte del Chaco. A la vez podia tomar por la espalda a Chuquisaca o a Cinti, con sólo faldear los contrafuertes de los Andes al naciente, dejando Santa Cruz a su espalda, y marchar siempre por llanuras al abrigo de bosques y desfiladeros.

Arenales emprendió su retirada de Cochabamba a los 15 días de la batalla de Ayohuma (29 de noviembre) al frente de 60 fusileros, cuatro cañones de pequeño calibre, algunos pocos jineres y una inmensa muchedumbre armada de hondas y macanas que cubria la retaguardia y los

[1]. Cortés. «Ensayo sobre la historia de Bolivia», pág. 80.

flancos. Al principio trató de sostenerse en el inmediato valle de Mizque, pero, vivamente perseguido, tuvo que trasponer la cordillera oriental y situarse en las vertientes del naciente. Alcanzado en el pueblo de Chilón, consiguió rechazar a sus perseguidores, y continuó su marcha al Valle Grande con el objeto de hacerse fuerte allí, abriendo sus comunicaciones con Santa Cruz de la Sierra.

En Valle Grande, Arenales aumentó sus fuerzas, formando un batallón de infantería con 165 fusiles y dos escuadrones de caballería, y se le incorporaron algunos caudillos con sus partidas sueltas. La insurrección se propagó por todos los valles inmediatos de la cordillera oriental. Alarmado Pezuela con este movimiento que se producía a retaguardia, desprendió una columna de 600 veteranos con tres piezas de montaña al mando del activo coronel don José Joaquín Blanco, dándole orden de batir a Arenales, subyugar Santa Cruz y ocupar por el rey los territorios de Mojos y Chiquitos. En su marcha, encontró Blanco seis cabezas clavadas en señal de desafio por las guerrillas que dominaban los valles inmediatos.

El día 4 de febrero se encontraron en San Pedrillo, Blanco y Arenales. Después de tres horas de reñido combate, en que la victoria hubo de declararse por los patriotas, una parte de la tropa de Arenales huyó poseida de pánico, y los realistas quedaron dueños del campo y de la artilleria cochabambina, sin que la mortandad por una y otra parte fuese considerable. Blanco mandó pasar por las armas a los prisioneros y cortar la cabeza a tres jefes insurrectos tomados con las armas en la mano (1).

Blanco que solo habia avanzado con 300 hombres se replegó a Chilón para reforzar y volver a tomar la ofensiva. El infatigable Arenales (como lo llaman los historiadores españoles) se replegó hacia la frontera de Santa Cruz con los restos de sus fuerzas. Se puso en comunicación con Warnes, y auxiliado por él, se rehizo en el pueblo de Abapó sobre el Río Grande o Guapay. En el mes de marzo tuvo reunidos bajo su bandera 200 infantes armados, y montadas cuatro piezas de artillería, con lo cual se dispuso a disputar al enemigo la entrada a Santa Cruz.

Warnes, aunque habia auxiliado a Arenales, desconoció su autoridad superior militar, y separando de él sus fuerzas, formó una división como de mil hombres de las tres armas. Situóse en Horcas, a 90 kilómetros de la ciudad

(1). Torrente: «Historia, etc. t. II, pág. 12.

de Santa Cruz, adelantando su vanguardia a los pasos de la Herradura y Petacas en la cordillera, que se consideraban inexpugnables.

Al mismo tiempo que estas operaciones preparatorias tenian lugar, se sublevaban en favor de los patriotas los indios del Chaco a lo largo del Pilcomayo; los caudillos Cárdenas, Padilla y Umaña insurreccionaban al partido de la Laguna en la provincia de la Plata, y se conmovian de nuevo las poblaciones a espaldas de Blanco; quien, aunque vencedor en San Pedrillo, no se atrevia a atacar a Arenales con sus 600 veteranos, limitándose a guardar el Valle Grande y a mantener en jaque a Santa Cruz.

Para contrarrestar esta nueva insurrección, Pezuela se vió obligado a desprender otra columna más de 500 hombres al mando del coronel Benavente a efecto de obrar en combinación con la de Blanco, para operar en el distrito contiguo de Tomina, a fin de tomar entre dos fuegos a los insurrectos de la Laguna. No obstante las ventajas parciales que obtuvieron ambas columnas en Pomabamba (19 de marzo), cuya población fué reducida a cenizas; en Tarvita (el 11 de abril), en Molle-molle (el 13 de idem), y en Campo Grande (21 idem), Benavente quedó tan debilitado, que se vió forzado a mantenerse a la espectativa; mientras que Blanco diezmado por las fiebres intermitentes, tuvo que evacuar el Valle Grande, y a principios de abril que replegarse a Mizque, cuyas poblaciones se habian insurreccionado de nuevo, cortando sus comunicaciones (1).

Como se ve, no habian transcurrido aún tres meses después de la derrota de Ayohuma, y ya la oscura insurrección de Cochabamba y Santa Cruz se convertia en una verdadera guerra, que ocupaba la cuarta parte del ejército enemigo, amenazaba su retaguardia y paralizaba, en consecuencia, sus movimientos.

Al sentirse en Tomina la aproximación de la columna de Benavente que obraba en combinación con la de Blanco, Arenales acudió en auxilio de Umaña, sobre cuyo campamento se reconcentraban las fuerzas enemigas.

Esta revolución de caudillos en los partidos de La Laguna, Tomina y Azero, ha sido de las más heroicas y persistentes durante el año 1814, dirigida por don Manuel Ascencio Padilla, que es el tipo del guerrillero del Alto-

---

[1]. Torrente: «Historia» etc. t. II. ps. 12 y 16.—García Camba: «Memorias» etc. t. I, págs. 112 y 113.

Perú, quien dominaba su alma por el sentimiento religioso y era acompañado en sus correrías y campañas por su esposa la heroina doña Juana Azurduy, que como él alcanzó la corona de la gloria.

Auxiliado por Arenales y Umaña, o auxiliando Padilla a ambos, estuvo este valiente caudillo en 28 acciones de armas durante el año 1814, contándose entre estas los combates de Tarvita (4 y 19 de marzo) y la primera batalla de Carretas, que principió el 2 de mayo y duró siete días.

Esta acción fué de las más notables de las libradas por los guerrilleros, los que se retiraron del campo de batalla sin ser perseguidos, porque las fuerzas realistas de Benavente quedaron más destrozadas que las de Padilla (1). Ya volveremos a ocuparnos de las hazañas de este célebre guerrillero que alcanzó la más grande fama y murió heróicamente por la libertad de la patria.

Sigamos todavia a Arenales, el maestro de los guerrilleros, quien hallándose a mediados de abril en Sauces con el objeto de auxiliar a Padilla y Umaña, que estaban amenazados por una división enemiga de más de doscientos hombres al mando del coronel Benavente, que en combinacion con Blanco trataban de tomarlos en medio, tuvo parte de que Blanco, con un aumento de cuatrocientos hombres de línea, se dirigía a tomar Santa Cruz, y Arenales marchó precipitadamente a impedirlo. El 11 de mayo recibió otro parte, en que se le avisaba que a pesar de la gran dificultad que ofrecen los puntos de la Herradura y Petacas, donde el gobernador Warnes tenia puesta su vanguardia, habia pasado por ellos el enemigo, obligando a la retirada a las fuerzas patriotas, en busca de la columna de Arenales, quien, con esta noticia, marchó personalmente con una partida a cubrir la retaguardia del coronel Warnes, y lo encontró a las nueve leguas acompañado únicamente de los Pardos y Morenos, de un pequeño resto de fusileros mestizos, y de una compañía de naturales montados, porque toda la demás gente de cerca de mil hombres con que contaba, se habia quedado en Horcas, a las 18 leguas de la capital (2).

(1). Autobiografía del teniente coronel don Manuel Ascencio Padilla. Sus servicios en defensa de los sagrados derechos de la Patria, comprensivos desde el año 1809 hasta el de 1815.

[2]. Archivo General de la Nación. Partes oficiales y documentos relativos a la guerra de la independencia argentina. Publicación oficial. Tomo segundo, Buenos Aires. Taller tipográfico de la Penitenciaría Nacional. 1901.

Reunídas las fuerzas de Arenales y Warnes componian un número casi igual al del enemigo. En consecuencia, acordaron tomar la ofensiva y atacar a Blanco, que se habia posesionado de la ciudad de Santa Cruz, después de sostener un combate en la Angostura. Blanco, por su parte, alucinado por su triunfo, destacó 200 hombres en persecución de los dispersos, destinó 80 hombres a la custodia de la ciudad, y con el resto que alcanzarian a cerca de 600 hombres, de los cuales 300 eran de infantería de línea, marchó en busca de Warnes y Arenales. Aleccionado Warnes con sus recientes reveses, se habia subordinado por el momento a la autoridad de Arenales, reconociendo la superioridad de sus talentos militares. Arenales dispuso, de acuerdo con él, atraer a Blanco a un sitio reconocido de antemano, donde debía ser necesariamente batido.

Batalla de La Florida y operaciones subsiguientes.—La posición que ocupaban los patriotas les permitia maniobrar con ventaja y libertad. Hallábanse en el punto preciso en que se dividen los dos sistemas hidrográficos del Amazonas y del Plata, entre el Rio Grande o Guapay y el Pilcomayo; tenian sobre uno de sus flancos los últimos contrafuertes de la cordillera: marchaban por el llano y al abrigo de selvas espesísimas que eran sólo transitables por angostos desfiladeros, de manera que podian cubrir sus movimientos, preveer de antemano el camino preciso que traería el enemigo, y esperarlo o detenerlo donde mejor les conviniese. Sobre estas bases Arenales arregló su plan.

El 24 de mayo se descubrieron por primera vez las fuerzas realistas, en Pozuelos. Los patriotas ocupaban la boca de un desfiladero de bosque, por el cual continuaron su retirada con toda seguridad ocultando su fuerza, y dejaron a su entrada una partida de observación para cubrir la retaguardia y atraer al enemigo a la emboscada. El 25 al amanecer llegaron al lugar denominado La Florida en el Rio Piray.

El Río Piray (que no debe confundirse con el del mismo nombre perteneciente al sistema del Amazonas), tiene su origen en la cordillera de Tomina; corre del oeste al este y es de poco caudal. En el punto elegído por Arenales se levantaba sobre su márgen derecha una barranca como de dos metros de elevación; a su pie corria el rio

dilatándose en una playa; a su frente se extendia una ancha planicie; a derecha e izquierda dos cejas de un bosque coronaban la barranca; al centro un descampado, y a retaguardia, hacia el sur, el pueblo de La Florida que debia dar su nombre al memorable combate de ese día, librado en la misma fecha que hacia cinco años el pueblo de Chuquisaca dió el primer grito de independencia americana, teniendo por jefe de armas al mismo Arenales que dirige ahora en las selvas del oriente las huestes patriotas.

Arenales situó su artillería en el descampado. A uno y otro costado emboscó su caballería tomando Warnes el mando de la derecha con la división de Santa Cruz, y el comandante Diego de la Riva el de la izquierda, con la de Cochabamba. Al pie de la barranca y bajo los fuegos de la artilleria, abrió una trinchera, que disimuló con ramas y arena; allí emboscó su infanteria formada en ala y rodilla en tierra. Su fuerza total alcanzaba à 800 hombres. En esta disposición esperó el ataque.

A las once y media del mismo día 25 de mayo, se sintió un tiroteo en el desfiladero del bosque fronterizo por donde debia desembocar el enemigo: era la avanzada patriota que se replegaba disputando el terreno. Un cuarto de hora después, asomó la cabeza de la columna realista en actitud de combate y precedida de guerrillas. Esta columna la componian 300 hombres de infanteria de línea y como otros tantos de caballería, bien armados de carabina, lanza y sable y dos piezas de artilleria.

Al desembocar al llano, Blanco desplegó en batalla y adelantó sus guerrillas por los costados, apoyándolas con fuertes reservas de caballería, con el objeto de tomar a los patriotas por la espalda, y rompió el fuego con sus piezas de a 4. En seguida hizo avanzar su infanteria con fuegos sobre toda la línea. En este momento, abrió su fuego la artillería patriota por encima de su infantería atrincherada, que permanecia oculta según las órdenes de Arenales.—Blanco siguió impávido su carga.—Al entrar el enemigo a la playa del norte y vadear sus primeras guerrillas el río, la infanteria emboscada hizo una descarga general, y puesta súbitamente de pie avanzó sobre el humo a paso de ataque, suspendiéndose los fuegos de la artillería para no ofenderla. El avance fué tan gallardo y la evolución se ejecutó con tal rapidez, y fué tan oportunamente apoyado por un destacamento de flanqueadores que Arenales desprendió por la izquierda, que el enemigo, com-

pletamente envuelto, se puso en derrota, quedando en poder de los patriotas su artilleria y muerto en el campo el coronel Blanco.

Lanzado Arenales en persecución de los fugitivos, se adelantó imprudentemente del grueso de sus fuerzas. Un grupo que huia volvió caras, cargó sobre él y le postró en tierra, dejándole allí por muerto, traspasado de catorce heridas, de las que tres le cruzaban el rostro. Conducido en hombros de sus soldados al campo de la victoria, apenas pudo ser salvado (1). Los trofeos de esta batalla fueron:—dos banderas, dos cañones, doscientos fusiles, 100 muertos, 99 prisioneros que quedaron en poder de los patriotas, con sólo la pérdida de un muerto y 21 heridos incluso el mismo Arenales.

Esta fué la jornada de La Florida, que salvó a Santa Cruz, y aseguró por algún tiempo el dominio de los patriotas en el oriente del Alto-Perú e influyó poderosamente en los destinos de la revolución americana.

Conmemorando esta batalla gloriosa, que determinó la retirada del ejército realista que amenazaba invadir la República Argentina, el pueblo de Buenos Aires dió el nombre de La Florida a una de sus principales calles. Arenales fué elevado al rango de general y se decretó un escudo de honor con esta inscripción: *La Patria a los vencedores de La Florida*.

Apenas restablecido Arenales de sus heridas marchó con su división a posesionarse nuevamente del Valle Grande. Encontrándose con una división enemiga de 200 hombres, la derrotó en Postrer Valle (el 4 de julio), causándole grandes pérdidas y tomó 30 prisioneros. Hostilizado por dos divisiones y habiéndole negado Warnes (que volvió a Santa Cruz al día siguiente de la batalla de La Florida, abandonando a sus compañeros de gloria) los auxilios que le pidió para atacarlas, tuvo que comprometer el combate

[1]. En los Partes Oficiales y documentos relativos a la guerra de la independencia, etc., obra ya citada, encontramos el oficio de respuesta que dirigió el capellán fray Justo Sarmiento, del Piray, a las 8 de la noche del 25 de Mayo de 1814, al comandante general de la división de Cochabamba, don Diego de la Riva: «Visto el oficio de V. sin pérdida de momento me puse en este del Piray, donde me hallo yá con el Gefe que acaban de traerlo, malamente herido—Se servirá V. de mandarme en el acto un poco de vino para confortarlo, y los Botiquines que lleguen de igual modo. No dexe de mandar alguna gente que no somos más que cinco con el enfermo que se halla privado de los sentidos, yá por la demaciada efución de sangre, como por la gravedad de las heridas de la cabeza y cara y asi segun lo cierto dudo que este Señor llegue con vida hasta la mañana».

con una de ellas fuerte de 400 hombres, para impedir la reunión de ambas. La acción tuvo lugar en Samaipata (el 5 de agosto), donde fué batido Arenales con pérdida de la artillería; pero quedó fuera de combate la mitad de la columna enemiga que se vió en la imposibilidad de penetrar al territorio de Santa Cruz.

Con los restos de su división se concentró en los Sauces, reuniéndosele en la Laguna el comandante Manuel Ascencio Padilla (que tan famoso debia hacerse en esta guerra) a la cabeza de una columna de indios honderos, y obligó a la fuerza realista al mando de Benavente que operaba en Tomina, a replegarse a Yamparáez, amagando la comunicación entre Chuquisaca y Cochabamba. Rehecho un tanto, volvió a posesionarse del Valle Grande, amenazando a Totora en la provincia de Mizque, y mantuvo viva la insurrección en todos los valles desde allí hasta Chuquisaca.

Dieziocho meses sostuvo esta guerra extraordinaria y dió cuatro combates que costaron al enemigo 1,300 hombres entre muertos, heridos y dispersos. Al cabo de este tiempo entró triunfante en Cochabamba, rindió su guarnición, y se posesionó de Chuquisaca, incorporándose con 1,200 hombres al ejército argentino, que en 1815 efectuó más tarde la última gran campaña del Alto-Perú, que debía terminar desastrosamente en Sipesipe (1).

Nuevos levantamientos en el Alto-Perú. —Como si las derrotas, en vez de quebrantar, hubiesen dado nuevo temple a los resortes de la antigua energía, los pueblos dieron por todas partes señales de vida en el Alto-Perú, levantando con osadia el estandarte de la insurrección, y resistiendo a los ejércitos realistas con indomable coraje. Habia cundido ya el espíritu de libertad por todas las clases y castas, siendo todavía más vehemente entre los indios, a quienes el gobierno de Buenos Aires habia libertado del tributo. La opinión se habia ilustrado con la lectura de una multitud de libros que se introdujeron, con la prensa periódica libre de previa censura, y con los diarios de las discusiones de las cortes de Cádiz, que inculcaban la libertad, la igualdad y la soberania del pueblo. Por todas partes se difundian las ideas de independencia.

(1). Historia de San Martín y de la emancipación sud-americana, por Bartolomé Mitre. T. I, cap. V.

La violencia y la arbitrariedad, lejos de dominar la revolución, no hicieron más que encenderla. A fines del mes de junio, casi simultáneamente en el sud y en el norte del Alto-Perú, se menifestaron turbaciones de grande trascendencia. Don José Miguel Lanza proclamó la libertad en los valles de Ayopaya, don Ramón Rojas lo hizo en Tarija, don José Vicente Camargo en Cinti, y don Manuel Ascencio Padilla en la Laguna. Otro tanto hicieron los habitantes del partido de Porco, acaudillados por don José Ignacio Zárate y don Miguel Betanzos, quienes principiaron su revolución matando en Puna al subdelegado don Hermenejildo Zermeño, el 13 de julio, y dos días después en Ticoya a 25 soldados y un capitán que conducian municiones para Chuquisaca.

Ninguno de estos caudillos reconocia una autoridad superior a la suya, ní contaba con más fuerza que la que podia reunir con sus esfuerzos y prestigios. Obrando cada uno a discrecion amenazaba invadir las capitales de provincia, y hostilizaba al enemigo del modo que podia (1).

Mirada retrospectiva del teatro de la guerra: toma de Montevideo: retirada del ejército invasor a las provincias argentinas: revolución del Cuzco: atrevido proyecto de Castro y su trágica muerte: San Martín deja el mando del ejército del norte.— Las armas españolas, vencedoras en dos sucesivas batallas campales, ocupaban la jurisdicción de Jujuy y Salta, y amenazaban ocupar toda la frontera del norte del país argentino, con el ánimo de abrirse los caminos de la pampa que conducen al litoral del Plata y de operar en combinación con Montevideo.

En tal situación, el general San Martin tenia que hacer frente a la invasión realista que engreida con sus recientes triunfos amenazaba avanzar sobre Tucumán. Con arreglo a este plan, el general Pezuela, habia establecido su cuartel general en Tupiza, haciendo adelantar su vanguardia hasta Jujuy, al mando del general Ramírez. Al mismo tiempo formó dos batallones con los contingentes de los valles inmediatos de Chichas y Cinti. A su retaguardia escalanó convenientemente una parte de su ejército para mantener libres sus comunicaciones y sujetar las

[1]. Urcullu. Apuntes para la historia, etc.

poblaciones del Alto-Peró, dispuestas a sublevarse nuevamente sobre la base de las bandas armadas que aun se mantenian en las provincias de Cochabamba y Santa Cruz.

El ejército de Pezuela constaba de más de 4,500 hombres. La vanguardia compuesta de tres batallones y cuatro escuadrones con ocho piezas de artillería (próximamente 2,000 hombres) se posesionó sin resistencia de Jujuy, avanzando su caballería hasta la ciudad de Salta, y extendió sus avanzadas hasta el destruido fuerte de Cobos.

El general patriota que se había replegado sobre Tucumán con una fuerza como de 3,000 hombres regularmente organizada, en la imposibilidad de rechazar militarmente la invasión, se convirtió en maestro de escuela y en jefe de partidarios, hasta que por estos medios consiguió que el enemigo evacuara el país, sin necesidad de empeñar una batalla.

«La guerra no sólo ha de hacerse con las armas. sino también con la opinión», decía Belgrano a San Martin, en momentos en que esta gran verdad se comprobaba por hechos memorables, que eran la consecuencia de la fiel observancia de esa máxima. La revolución, vencida por las armas, triunfaba por la fuerza de la opinión en el Alto-Perú y en la línea de las operaciones militares. Los ejércitos realistas, al derrotar a los ejércitos patriotas, no habian podido quebrar el espíritu público, y dueños del campo de batalla o del terreno que ocupaban con sus armas, se sentian paralizados en sus operaciones y dominados por las poblaciones insurreccionadas a su frente y a su retaguardia.

La provincia de Salta, con su caudillo Güemes, se constituyó en vanguardia del primer ejército argentino que vino en auxilio del Alto-Perú. Ensanchó la zona avanzada de vigilancia de la revolución hasta Tupiza, interceptó los caminos, hostilizó al enemigo, hizo penetrar sus espías hasta Potosí. Destacado luego en Tarija, concurrió oportunamente con un refuerzo de hombres y municiones a la batalla de Suipacha en el año de 1810, primera y última victoria de los ejércitos argentinos en el Alto-Perú. En 1814 fueron tenaces las resistencias de Güemes para detener estacionada en Salta a la vanguardia realista, que no se atrevia a destacar fuerzas más allá de esta ciudad, donde el coronel Castro perdió 45 prisioneros en un avance que hicieron sobre ella los guerrilleros de Güemes. Todas las operaciones del enemigo en el espacio de tres me-

ses se redujeron a avanzar con una fuerte columna hasta el punto de Cobos.

Recien en el mes de mayo, considerando Pezuela completamente dominada la resistencia de Arenales por el desastre de San Pedrillo y otras ventajas obtenidas sobre él por sus tenientes, se puso en marcha hacia Jujuy, seguido de dos batallones, con el objeto de avanzar hasta el Tucumán, y abrir comunicaciones con la plaza de Montevideo, para obrar en combinación con ella. El 27 de mayo llegó a aquella ciudad, y a mediados de julio se trasladó con todo su ejército a Salta, después de hacer practicar un prolijo reconocimiento de todo el país. Preparábase a abrir su nueva campaña sobre Tucumán, cuando llegó a su noticia la rendición de la plaza de Montevideo: de la que se habian apoderado los patriotas por capitulación del 20 de junio, mandando el ejército sitiador el general Alvear.

Esta triste nueva, la del triunfo de Arenales en La Florida, su marcha consiguiente sobre Chuquisaca, y el estado alarmante de todos los pueblos del Alto-Perú, le hicieron suspender todo movimiento agresivo, y consultó al virrey sobre el repliegue del ejército a sus antiguas posiciones, tomando algunas medidas preventivas en tal concepto. El 23 de julio le contestó el virrey «autorizándolo plenamente para disponer el repliegue desde Jujuy hasta Cotagaita, y aun más adelante si era menester, escogiendo todos los parajes más defendibles que presentase el camino de la Sierra; pero que en último evento no debia cederse sino palmo a palmo el terreno hasta el Desaguadero, término de ambos virreinatos».

En retirada ya el ejército español, que levantó su campamento el 4 de agosto de Cobos, recibió Pezuela la noticia de la revolución del Cuzco, que se propagó muy luego entre sus soldados, llenándolos de desaliento. Fué en estas circunstancias cuando el coronel don Saturnino Castro, concibió el atrevido proyecto de sublevar el ejército realista y pasarse con él a las banderas de la revolución, a las que siempre debió pertenecer; pero habiéndose frustrado completamente su plan, fué preso y fusilado en el pueblo de Moraya, y murió así a manos de sus antiguos correligionarios políticos, traidor a su patria y perjuro a su fe.

Pero antes que los sucesos que acabamos de reseñar tuviesen su completo desenvolvimiento, el general San Martin habia dejado el mando del ejército del norte, desapa-

reciendo del teatro de la guerra, envuelto en un misterio, que proyecta su sombra sobre esta fase de una vida tan llena de secretos recónditos.

«Al principiar el invierno de 1814 se habia generalizado en el ejército, que aquejaba al general una dolencia al pecho. Poco después salió al campo, y luego de estar cerca de un mes en una estancia, partió para Córdoba, con pretexto siempre de buscar temperamento adaptado a su estado de salud. Por entonces se dudaba de la certeza de la enfermedad, pero luego fué de evidencia que ella era un mero pretexto para separarse de un mando en que no creia deber continuar. La razón era el convencimiento que adquirió de que la facción que se entronizaba en Buenos Aires, no le era favorable y que le escasearia los recursos con que habia de sostener el ejército, mientras venía a suplantarlo, cuando llegase la ocasión, otro general más favorecido; es decir, cuando fuese tiempo de obrar ofensivamente. Esta facción era la que formaba, y en que a la vez se sostenía, el joven general don Carlos M. Alvear, que de subalterno que habia sido del general San Martin, se elevaba rápidamente y amenazaba escalar el primer puesto» (1).

La verdad es que desde el principio fué ingrato a San Martín el mando del ejército del norte. Tres meses después de posesionado de su cargo de general en jefe del ejército auxiliar del Perú (22 de abril), escribía sigilosamente a su amigo íntimo don Nicolás Rodríguez Peña, lo siguiente: «No se felicite con anticipación de lo que yo pueda hacer en ésta: no haré nada, y nada me gusta aquí. La patria no hará camino por este lado del norte que no sea una guerra defensiva, y nada más; para esto bastan los valientes gauchos de Salta con dos escuadrones de buenos veteranos. Pensar en otra cosa es echar al pozo de Ayrón hombres y dineros. Ya le he dicho a U. *mi secreto*. Un ejército pequeño y bien disciplinado en Mendoza para pasar a Chile y acabar allí con los godos, apoyando un gobierno de amigos sólidos para concluir también con la anarquía que reina. Aliando las fuerzas pasaremos por el mar a tomar a Lima: ése es el camino y no éste. Convénzase, hasta que no estemos sobre Lima la guerra no acabará».

Al abandonar por siempre este escenario, llevaba San Martin la visión clara del gran plan de campaña continen-

(1). Memorias Póstumas del General José María Paz.

tal que germinaba en su cabeza, y el 10 de agosto de 1814, a solicitud suya, fué nombrado gobernador intendente de Mendoza, cuna del ejército de los Andes, que tantas glorias dió a la revolución de la independencia americana, y que inmortalizó al general San Martin, que lo mandó (1).

La insurrección del Cuzco y de varias provincias del Alto-Perú, obligó a Pezuela a diseminar su ejército.—Ya hemos dicho que el 3 de agosto de 1814 estalló en el Cuzco una terrible insurrección, que llegó a extenderse a Arequipa, Huamanga, Andahuaillas, Puno y La Paz, derrotada unas veces y vencedora otras; y aunque al fin fué sofocada, contribuyó eficazmente, a la par de la resistencia opuesta en todo el Alto-Perú, como en Tucumán y Salta, a hacer desistir al enemigo de su proyeto de invadir las provincias bajas del virreinato.

Fué un gran movimiento popular el del Cuzco, que activó el fuego de la revolución en todo el Alto-Perú, y aun en las provincias argentinas. Acaudillávalo el indio Mateo Pumakahua, cacique elevado al rango de general por sus servicios contra la gran sublevación de Tupac-Amaru treinta y cinco años antes. Este descendiente de la raza conquistada que habia estado al servicio de los conquistadores, reunió en torno suyo no solo a los indígenas y mestizos, sinó también a una gran parte de los criollos, secundados por los Angulos, que al fin proclamaron la independencia del Bajo Perú, dando a este movimiento un significado verdaderamente americano.

Esta insurrección del Cuzco era formidable, y obligó al ejército espanol del Alto-Perú a debilitarse considerablemente a fin de acudir a sofocarla. Con el fin de someter el Cuzco al dominio del rey, envió Pezuela al general don Juan Ramírez con una división, que salió de Tupiza el 17 de septiembre (2). Envió también, dentro de los ocho días siguientes, una partida a Tarija y otra a Cinti, lugares más inmediatos a su cuartel general. Estas dos partidas fueron destruidas por los caudillos Rojas y

[1]. Historia de San Martin y de la emancipación sud-americana, B. Mitre. T. I, cap. VI.

(2). Al alcalde provincial del Cuzco don José Antonio Paredes, que se encaminaba a Chuquisaca, se le prendió en Oruro, y porque llevaba consigo una proclama de los Angulos, se le ahorcó y cortó la cabeza, que fué puesta en la torre de la Matriz, dentro de una jaula de fierro.

Camargo, habiendo muerto en Cinti de un balazo el coronel Narzo, cuzqueño, que mandaba esa partida.

Para sofocar el levantamiento del partido de Porco, salió de la guarnición de Potosí un escuadrón, con dos compañias de infanteria al mando del comandante don Pedro Antonio Rolando, cuzqueño, que en vez de buscar a los insurgentes se entretuvo en saquear y quemar los pueblos, asesinando hasta a mujeres y niños.

Era pues, verdaderamente crítica la situación del general español, que debilitaba su ejército dividiéndolo en partidas que acudian por todas partes a sofocar el ya incontenible pronunciamiento de los pueblos.

El asalto a La Paz y la acción de Achocalla.—Pumakahua se propuso llevar la revolución por todas partes; y para invadir la provincia de La Paz destacó 400 fusileros, con dos culebrinas y seis cañones de a cuatro. Salieron del Cuzco a mediados de agosto a las órdenes del coronel don Mariano Pinelo, quien trajo de su consejero y director al cura de la catedral doctor don Ildefonso Muñecas, tucumano. El 11 de septiembre tuvieron su encuentro con las compañías que estaban de guarnición en el Desaguadero, y las derrotaron; el jefe de estas fuerzas, que era el coronel don Joaquin Revuelta, se retiró a La Paz, abandonando la artilleria y todo cuanto contenian sus bien provistos almacenes.

El 22 se pusieron los insurrectos en el Alto de la ciudad de La Paz, en donde se hallaba de gobernador intendente el brigadier marqués de Valde Hoyos, con 200 hombres de tropa, otros tantos decididos realistas que se armaron y cuatro piezas de artillería de a cuatro. Las calles estaban cerradas con trincheras.

El día 24, a las 6 de la mañana, atacó Pinelo la ciudad, que hizo una resistencia vigorosa; pero ayudado por los patriotas del pueblo, tomó la plaza a viva fuerza, e hizo prisioneros al gobernador, a los jefes y oficiales, y a muchos vecinos de los que hicieron fuego de las trincheras. Los primeros fueron puestos en la casa pretorial y los segundos en el cuartel.

Valde Hoyos, en previsión de una derrota y suponiendo que Pinelo y sus jefes se alojaran en la casa pretorial, habia minado con barriles de pólvora y cajones de cartuchos sus principales habitaciones, encargando a persona de su confianza que encendiera la oculta mecha, siem-

pre que los cuzqueños obtuvieran el triunfo. Más, hallándose el gobernador, con 22 jefes y oficiales de su tropa, custodiado en la misma casa, su agitación fué inmensa: entró a la sazón don Juan Manuel Muñecas, hermano del cura, y ofreció sus servicios a Valde Hoyos: éste se apresuró a revelarle el secreto, pidiéndole los sálvase. Bajó Muñecas con precipitación y cortó la mecha oportunamente.

Esa pólvora y esos cajones se trasladaron al cuartel en la mañana del 28, donde un incidente imprevisto produjo la explosión, que sepultó bajo los escombros del edificio a la tropa y a los prisioneros.

Sorprendido y agitado el pueblo con tal siniestro, acudió a la plaza, y clamó una voz: «¡Traición de los realistas!......Mina......traición......! No fué menester más para excitar el ciego furor de un pueblo por largo tiempo vejado y oprimido. La multitud embriagada de cólera prorrumpió en gritos de venganza, y se dirigió a la prisión del gobernador, a las casas de los realistas y hasta a los templos, haciendo una horrible matanza, principiando por sacrificar con crueldad a Valde Hoyos. ¡Día de horror, de atrocidades y barbarie excecrables! ¡Cuadro espantoso de sangre y desolación! Nada pudo salvar a las víctimas.

Cesó la matanza y el saqueo de las casas de los realistas, cuando se esparció el falso rumor de que las fuerzas enemigas que comandaba el general Ramírez se aproximaban. Temiendo a éstas, esa misma tarde salió el coronel Pinelo con sus tropas para el Desaguadero, para engrosarlas con las milicias de Puno, dejando la ciudad de La Paz a discreción de la plebe.

Rehecha la división de Pinelo con las fuerzas de Puno, volvió con la determinación de acometer a Ramírez, que estaba a la cabeza de la división con que Pezuela lo habia enviado desde Tupiza. Tuvieron su encuentro el día 2 de noviembre de 1814 en el llano de Chacaltaya, y después de reñido combate la victoria se pronunció por las armas realistas. Los guerrilleros de Pinelo huyeron desvandados, abandonando 148 fusiles, toda la artillería y la bandera que trajeron del Cuzco. Muñecas pudo reorganizar una columna de 200 paceños, y se retiró al partido de Larecaja, donde se sostuvo fuerte y realizó muchas hazañas hasta el año 1816 en que fué cobardemente victimado.

Ramírez entró a la ciudad de La Paz el 3 por la mañana; mandó fusilar un quinto de 108 prisioneros, e

impuso al vecindario grandes contribuciones de dinero. Sobrepujó en crueldad a la plebe, y mandó por orden general, que todo individuo de su ejército andara armado, para castigar con la muerte *cualquier desacato*. Las más culpables de desacato fueron las mujeres que defendieron alguna prenda o su honor.

Carranza, comandante del Desaguadero, invitó a Ramírez a ocupar aquel punto, ofreciéndole su cooperación y todos los elementos de que podía disponer, por lo que apresuró su marcha, dejando a don José Landaverí de gobernador en la provincia de La Paz, con una compañía de guarnición y cuatro piezas de artillería. Salió para el Perú a mediados de noviembre, fusilando a cuantos encontró en el camino, sin advertir que su excesiva severidad en esas circunstancias podia comprometer la existencia de los prisioneros que Pumakagua hizo el día 9 de noviembre en el combate de Cangallo, cerca de Arequipa; y así fué en efecto, que, en represalía, el general don José Angulo hizo pasar por las armas en el Cuzco al mariscal de campo don Francisco Picoaga, al gobernador intendente de Arequipa coronel don José Gabriel Moscoso, y a otros oficiales prisioneros (1).

El mando del ejército argentino del norte.—Cuando dejó el general San Martin el comando del ejército argentino que, desde las derrotas de Vilcapugio y Ayohuma, se habia concentrado en Tucumán, el mayor general don Francisco Fernández Cruz quedó mandando interinamente ese ejército, hasta que en julio de 1814 llegó el general don José Rondau, a quien habia relevado Alvear en el mando del que sitiaba a Montevideo. Después de haber estado Rondeau algunos años al frente de esta plaza, sitiándola, tuvo que ceder su puesto al general Alvear, cuando, reducida su guarnición a la desesperación por falta de víveres, era una consecuencia inmediata su rendición; de este modo fué defraudado aquel de una gloria que le era debída, para adjudicarla al último. Esto mismo queria hacerse en el ejército del Alto-Perú, y lo evitó con respecto a su persona el general San Martin, por su voluntaria separación. El general Rondeau, dotado de una inimitable bondad, admitió por segunda vez un mando precario.

Desde que llegó el nuevo general, todo empezó a re-

[1]. Urcullu. Apuntes.

sentirse de la flojedad de su carácter, y la disciplina, más que nada, empezo a relajarse.

Rendida la plaza de Montevideo, el general Alvear fué nombrado general en jefe del ejército que se habia estacionado por más de un año en Tucumán, y con el que se iba a emprender la tercera expedición auxiliar al Alto-Perú. La mayor parte de las tropas que habian estado en el sitio de Montevideo, marcharon a Tucumán, de modo que en los últimos meses del año se habían incorporado a este ejército 2,300 hombres.

«Las circunstancias eran las más bellas para abrir la campaña,—dice el general Paz, que pertenecía a las filas del ejército patriota,—por la situación crítica de los españoles en el Perú, donde las ideas de independencia habian penetrado haciendo prosélitos, no solo en los pueblos, sino entre los jefes del ejército mismo». Al efecto cita la insurrección de Pumakahua y Angulo en el Cuzco, que obligó a Pezuela a destacar al general Ramírez con una gruesa división a más de doscientas leguas a su espalda, para sofocar aquella insurrección, y recuerda que en el mismo cuartel general de Pezuela se tramaba una conspiración a cuya cabeza estaba el célebre coronel don Saturnino Castro, que descubierto cuando precipitaba su movimiento, fué fusilado en Moraya. «Ignoro dice el general Paz, las causas que influyeron para que nada hiciese el general Rondeau en protección de Castro; pues, no se movió la fuerza que pedía, y cuando llegó el caso se vió solo y abandonado».

A principios de diciembre se hallaba en Jujuy el cuartel general del ejército patriota, cuando se pronunció entre sus principales jefes una conspiración contra la autoridad del general Alvear, intimando a Rondeau que continuase con el mando, resistiendo su entrega y desobedeciendo al gobierno que lo habia confiado a Alvear, quien venia ya en marcha, y sabiendo en el camino lo que habia sucedido en el ejército, regresó a Buenos Aires, donde se hizo nombrar director supremo, habiendo hecho su dimisión el señor Posadas.

Esta fué la vez primera que el ejército desconoció la autoridad del gobierno, advirtiendo que fué con un motivo puramente personal. Con tal antecedente, las tropas se desmoralizaban a grandes pasos, y todos los ramos de la administración se resistian de los vicios inherentes a un estado de cosas semejante; de modo que el ejército parecia encaminarse a su disolución.

El general Rondeau habia destinado a la vanguardia algunas tropas, que bien dirigidas, podian haber prestado muy buenos servicios. Lanzadas al acaso y mandadas por Güemes, vagaron inútilmente por lugares desiertos y acabaron por replegarse a la posición de Humahuaca. Se acantonó todo el ejércitó en los pueblecillos de Tilcara, Huacalera, Uquia y Humahuaca. El cuartel general estaba en Huacalera, y la vanguardia en Humahuaca, a las órdenes del coronel don Martin Rodríguez.

Asi principiaba la tercera expedición auxiliar argentina a las provincias del Alto-Perú, con un ejército sin cabeza y sin nervio.



CAPÍTULO DÉCIMO CUARTO

1815. Estado de la Europa a principios de 1815.—Noticias sobre el general Rondeau y los principales jefes del tercer ejército auxiliar argentino.—La composición de los ejércitos y la sorpresa del Tejar.—Segunda batalla de Carretas, 4 de abril de 1815.—Sorpresa del Puerto del Marqués.—Indisciplina e insubordinación.—La relación del general Paz marca dos puntos en la historia: la retardación de la independencia del Alto-Perú y el comienzo de su segregación de Buenos Aires.

Estado de la Europa a principios de 1815.—Toda la Europa se hallaba conmovida por un acontecimiento extraordinario. Napoleón habia abandonado su retiro de la isla de Elba a fines de febrero; y el 20 de marzo volvió a ceñirse la corona, que hacia poco habia abdicado en presencia de las fuerzas aliadas posesionadas de París. Los soberanos de las potencias coligadas contra Napoleón, que reunidos en Viena habian abierto sus conferencias el 3 de octubre de 1814, hicieron un paréntesis al arreglo del mundo, para desenvainar nuevamente la espada contra el enemigo común. La europa entera se

puso en armas otra vez, invocando el principio de la legitimidad.

La Inglaterra era como siempre el alma de esta nueva coalición, y su causa identificada a la de los reyes contra los pueblos, le imponía el deber de adoptar una política distinta de la que hasta entonces habia seguido respecto de la emancipación de las colonias americanas.

Esta nación, que durante el cautiverio de Fernando se habia mantenido neutral entre la metrópoli española y sus colonias, aparentando mediar entre ellas y las Cortes reunidas en Cádiz, a fin de sacar las mayores ventajas posibles para su comercio, no vaciló un momento en sacrificarlas a las que le brindaba la vuelta de Fernando VII, el cual agradecido a la potencia que le devolvia el trono de sus mayores, nada podía negarle. En consecuencia, el día 5 de julio de 1814, firmóse en Madrid un tratado entre la España y la Inglaterra, en que se estipulaba que «en el caso que el comercio con las posesiones españolas de América fuese abierto a las naciones extranjeras, su Majestad Católica prometia que la Gran Bretaña sería admitida a comerciar con dichas posesiones a la par de la nación más favorecida». Poco después, (el 28 de agosto del mismo año) se firmaban entre ambas potencias tres artículos adicionales al anterior tratado, estipulándose en uno de ellos que: «deseando su Majestad Británica que las discordias que se habían suscitado en los dominios de su Majestad Católica en América cesasen enteramente, y que los súbditos de estas provincias volviesen a la obediencia de su legítimo soberano, se comprometia (la Inglaterra) a tomar las medidas más eficaces para impedir que sus súbditos proporcionasen armas, municiones u otro artículo de guerra de cualquier género que fuese, a los insurgentes de América» (1).

Los soberanos coaligados contra Napoleón habían desconocido siempre la validez de la abdicación y de las renuncias de Carlos IV, en Aranjuez y en Bayona, considerándolas como el resultado de la coacción. Por consecuencia, mientras Napoleón fuese dueño de la Francia, no podian dejar de reconocer en Carlos IV al legítimo soberano de España y de sus Indias. Después de la primera caida de Napoleón la situación no era la misma. Pose-

[1]. Tanto respecto de este artículo adicional, como del tratado de 5 de julio, véase Martens, *Nouv. Rec. de Traités*, tomo 4º, pág. 118 a 119, y 122 a 123.

sionado Fernando VII del trono español, asegurado éste del apoyo de la Inglaterra, y sin que ningún interés moviera a los soberanos de la coalición a apoyar a Carlos IV contra su hijo, comprendió el monarca caido que no le quedaba sino resignarse a su destino; y en consecuencia, el 14 de enero de 1815, firmó en forma de declaración una especie de pacto de familia, por el cual cedia la corona de España en favor de su hijo, bajo la condición de que se le asegurase una pensión de doce millones de reales al año; conservando durante su vida y la de su esposa, el título y las prerrogativas reales, como sagradas y anexas a sus personas en cualquier punto donde residiesen.

Este pacto, ratificado por Fernando el 4 de marzo, es decir, cuando Napoleón de regreso de la isla de Elba, marchaba triunfante sobre la capital de su imperio, perdia mucho de su importancia para los soberanos coaligados en presencia de la reaparición de aquel hombre extraordinario en la escena del mundo. Este acontecimiento volvia a colocar a Carlos IV en situación ventajosa, dando nuevo vigor a las declaraciones anteriores hechas por sus aliados respecto de su abdicación y sus renuncias, de las que el pacto de familia no era sino un resultado.

Para ser consecuente con esas declaraciones y para mantener en todo su vigor el principio de la legitimidad por ellos proclamado, no podian dejar de reconocer en Carlos al legítimo soberano de España y sus Indias, temerosos de que se echase en brazos de Napoleón.

Fué en esta época que el gobierno de Buenos Aires, a cargo del director Posadas, envió a Europa a Belgrano y Rivadavia, en misión especial, a proponer bases de un arreglo pacífico sobre las cuestiones de América. Los comisionados, envueltos por los acontecimientos de Europa y por las intrigas de Sarratea, solo pensaron en asegurar a todo trance la independencia de las Provincias Unidas, y se persuadieron que solo podrian obtener este resultado haciendo concesiones a las ideas monárquicas, y llegaron a proponer a Carlos IV la institución de un reino en las Provincias del Rio de la Plata, y cesión consiguiente a su hijo el infante don Francisco de Paula.

El proyecto de los comisionados argentinos, en que comprometieron su nombre y que ha esparcido sobre su fisonomía una sombra misteriosa, fracasó por efecto de la batalla de Waterloo (18 de junio 1815). Este acontecimiento hizo fallar el plan por su base. Carlos IV rechazó

las proposiciones, cuando ya no pudo contar con el apoyo de Napoleón, que habia sido destronado, y su subsistencia dependia de la corte de España. Declaró terminantemente Carlos IV, que su conciencia le mandaba no hacer nada que no fuese favorable al rey Fernando VII, que según dijo, tanto tino habia mostrado para gobernar (1).

Así se frustró el primer proyecto de fundar una monarquía en América, contrariando los principios democráticos que habian sido la base de su revolución por la libertad, y de la guerra de la independencia que duraba ya seis años.

Cuando la estrella de Napoleón comenzó a eclipsarse, el rey José Bonaparte habia sido arrojado de España por los heroicos esfuerzos del pueblo, y las cosas llegaron al tratado de 11 de diciembre de 1813, el cual restituyó a Fernando VII el cetro por el que tanto habia suspirado. De vuelta a España (marzo de 1814), Fernando, q ue encontró el pais debilitado por la guerra de la independencia, manifestó en un principio una franca adhesión al nuevo régimen implantado en España durante su ausencia, puesto que dijo: «marchemos todos, yo, el primero, por la via constitucional». A pesar de una declaración tan terminante, no tardó en abolir la constitución de 1812, persiguiendo con terrible encarnizamiento a los que habian contribuido tan poderosamente a conservarle y devolverle íntegro su trono.

Fernando VII mandó disolver las Cortes y destruyó todas las reformas que durante su ausencia se habian introducido; declaró nulos los decretos de las Cortes de Cádiz «como si no hubieran pasado tales actos y se quitasen de en medio del tiempo».

Desapareció la libertad de imprenta y reinaba la anarquia. No es de extrañar, pues, que cundiera el descontento, especialmente en el ejército. El despotismo se desenfrenó a tal extremo, que se calcula en 6,000 las personas que durante aquel reinado perecieron en el patíbulo por opiniones políticas, y en 15,000 los proscriptos arrojados de la Península en 1814. ¿Qué podian esperar los americanos que se colocaron en la alternativa de perecer o de independizarse del gobierno español?

En tales condiciones, el duelo a muerte entre el virreinato del Perú, y el virreinato del Río de la Plata con-

---

(1). B. Mitre. Historia de Belgrano. T. 2º Cap. XXV.

vertido en Provincias Unidas, volvió a recomenzar. Como siempre, el Alto Perú fué el palenque, cuyo dominio se disputaron ambos contendores, como procurando herirse en el corazón.

Noticias sobre el general Rondeau y los principales jefes del tercer ejército auxiliar argentino,— Hemos explicado ya las causas porque el general Alvear no pudo tomar el mando del ejército del Alto-Perú, que le negó su obediencia, precipitando su caida. Hallábase al frente de este ejército auxiliar el general don José Rondeau, nacido en Buenos Aires en 1773. Era un hombre de recto juicio, pero sin las luces de la inspiración, de porte grave y carácter algo apático, de alma serena, reconocido por todos como un patriota abnegado y virtuoso, y un soldado de buena escuela. Habia hecho sus primeros ensayos militares en las guerras de frontera contra indios y portugueses, acreditándose de bravo. Fué uno de los defensores de Montevideo en 1807, de donde pasó a Inglaterra prisionero. En la guerra de la Península contra Napoleón, se habia distinguido como oficial de caballería bajo las órdenes de Blacke y del marqués de la Romana. Restituido a su patria en 1810, ofreció su espada a la revolución, y formó el primer cuerpo de caballeria regular de los ejércitos de la independencia conocido con la denominación de Dragones de la Patria. Como general habia mandado con acierto y gloria los dos sitios puestos a Montevideo, batiendo a su guarnición fuera de murallas en la batalla del Cerrito, y estrechando el asedio con perseverancia y método. Ya se ha visto como el general Alvear le arrebató el honor de entrar triunfante a la plaza, cuya rendicion habia preparado.

A pesar de lo depresivo del relevo, el general Rondeau, moderado por temperamento y exento de ambiciones políticas, habria cedido por segunda vez a Alvear el puesto del honor, si no se hubiese dejado dominar por los jefes principales del ejército. Estos se empeñaron en sostenerle a todo trance en el mando, llegando hasta desconocer la autoridad del gobierno y separar de él a los jefes adictos a Alvear, que eran precisamente los más capaces. Desde ese momento, el general en jefe convertido en instrumento de sus subordinados, fué obedecido a condición de no mandar, y la moral y disciplina del ejército se relajó completamente. Esto mostraba que Rondeau carecía del temple del hombre de mando, no teniendo por

otra parte las inspiraciones del guerrero, ni los talentos del organizador militar, como lo manifestó después. Si al menos una voluntad fuerte y una inteligencia superior hubiese prevalecido en sus consejos, esta mala constitución del ejército habria podido corregirse quizá, pero sus principales tenientes no le eran superiores.

El coronel don Martin Rodríguez, que estaba al frente del circulo que lo sostenía, era un buen patriota, de más corazón que cabeza, sin aptitudes para concebir una operación de guerra, ni para ejecutarla. Pagola y Forest, valerosos jefes de infanteria, eran dos atolondrados, que hacian gala de insubordinación y de despreciar la autoridad del general. Don Rudecindo Alvarado y don Diego Balcarce, hombres de orden en el campamento y de energía en el combate, eran de carácter irresoluto, y su instrucción militar no sobrepasaba al nivel de los rutineros.

El mayor general del ejército don Francisco de la Cruz, el más capaz de todos en otro sentido, con conocimientos científicos y talentos de organizador, aunque de un carácter recto y un juicio sólido, era un espiritu sin iniciativa, que cumplia su deber con honor llegado el caso, pero que se amoldaba a las situaciones (1).

La composición de los ejércitos y la sorpresa del Tejar.—Bajo estos tristes auspicios, el ejército auxiliar del Perú, en entredicho con el gobierno y sin plan ni actividad en sus movimientos, abrió desde Jujuy la tercera campaña sobre el Alto-Perú. Constaba de más de 4,000 hombres de las tres armas y dos baterias de artillería. Estaba compuesto de cinco batallones de infanteria, y de los regimientos de caballería Granaderos a caballo y Dragones de la Patria. La vanguardia, como queda dicho, la cubria el comandante Güemes con las milicias de Salta, unidas a dos escuadrones de caballeria de línea. Su maniobra preliminar fué escalonarse en la quebrada de Humahuaca a principios de febrero de 1815, tomando el mando de la vanguardia don Martin Rodríguez.

El 19 de febrero intentó este jefe un reconocimiento por el frente a la cabeza de un escuadrón y acampó en el Tejar, sin tomar precauciones. Sorprendido por una división enemiga, fué hecho prisionero con toda su tropa,

(1). Véase «Memorias» del general Paz, t. I. cap. V, y Mitre, Historia de Belgrano, t. II, cap. XXVII.

salvándose únicamente el capitán don Mariano Necochea. Este bizarro oficial, saltando sobre su caballo se lanzó sable en mano y rompiendo las filas de los enemigos que lo cercaban, logró escapar y llevó la noticia de lo sucedido al cuartel general.

Mandaba el ejército español el general Pezuela, el cual tenía su cuartel general en Cotagaita y se hallaba mal preparado para recibir una invasión. Constaba toda su fuerza de 4,500 hombres, de los cuales como 2,500 dispersos en destacamentos lejanos, habiendo tenido que desprender una columna de 1,200 hombres con cuatro piezas de artillería, al mando de su segundo el general Ramírez, para hacer frente a la formidable insurrección del Cuzco. Por lo tanto, Pezuela sólo contaba con poco más de 2,000 hombres bajo su inmediato mando en Cotagaita. En tal situación, el general español se dejó persuadir por su prisionero don Martin Rodríguez, quien le hizo concebir la esperanza de un arreglo, si lo ponía en libertad bajo su palabra de honor, con la condición de ser canjeado. Accedió a ello Pezuela, esperando sin duda ganar tiempo para reconcentrar sus fuerzas.

Segunda batalla de Carretas, 4 de abril de 1815.—Pero antes que estos sucesos tuvieran su completo desarrollo, y aun antes que el tercer ejército auxiliar argentino hubiera resuelto abrir sus operaciones sobre el Alto-Perú, se luchaba aquí heroicamente por la libertad. Ya hemos visto la campaña admirable que habian sostenido en el año anterior Arenales y Warnes en Cochabamba y Santa Cruz, como Padilla y Umaña en la Laguna, Rojas en Tarija, Camargo en Cinti, Lanza en los valles de Ayopaya, Zárate y Betanzos en Porco, hasta obligar a Pezuela a dividir su ejército y a alzar su campamento de Cobos, hasta donde habia avanzado amenazando al ejército patriota de Tucumán.

Cuando Pezuela volvia con su aguerrido ejército sobre el Alto-Perú, todos estos caudillos y cien más, sostenian una encarnizada lucha, matando y muriendo, sin dejar de pelear ni un solo dia, y hostilizando al formidable ejército español, mientras avanzaba el tercer ejército auxiliar.

Dejemos por un momento a esta expedición organizada y que ya en el mes de febrero habia sufrido la sorpresa del Tejar, al aproximarse a las fronteras del Alto

Perú, para ver lo que pasaba en los días siguientes en Chuquisaca, siguiendo el orden cronológico de los sucesos.

Desde los últimos dias de marzo de 1815 reinaban en Chuquisaca la agitación y el terror, consiguientes a los aprestos militares que se hacian para resistir al insurgente Padilla, que avanzaba con un considerable número de fuerzas, amenazando asaltar la plaza en la que el 25 de Mayo de 1809 se diera el primer grito de emancipación americana, que desde entonces tantas veces se habia levantado como otras tantas habia caido bajo la opresión española. El 30 de marzo, Padilla, habia ocupado Tarabuco, y al siguiente día Yamparáez.

El brigadier don Miguel Tacón, presidente de la real audiencia, no contaba con las fuerzas suficientes para salir al encuentro del enemigo que lo asediaba, y sus aprestos eran solo para defenderse, fortificándose dentro de la ciudad, cuando el 31 de marzo recibió, casi juntamente con la noticia del avance de Padilla, un oficio del coronel realista don Pedro Antonio Rolando, que noche antes habia ingresado en el pueblo de Yotala, con una fuerte división que conducía a Potosí, en el que le anunciaba la aproximación de Padilla a la capital, y le ofrecía su apoyo contra el terrible insurgente.

Aceptó Tacón el ofrecimiento de Rolando, y decidiéndose en el acto por la ofensiva, le ordenó que, sin entrar en la ciudad, fuese a esperarlo en el lugar llamado Lloke-kasa, donde él se le incorporaría con las fuerzas de su mando.

Decidido Tacón a salir contra los insurgentes, contando con el poderoso apoyo de Rolando, encomendó el gobierno de la ciudad al oidor de la real audiencia doctor Manuel José de Reyes, dejando una guarnición de 25 escopeteros al mando del teniente coronel don Manuel Boza.

Las fuerzas del brigadier Tacón se componian de estos cuerpos de línea: Escuadrón «Dragones», mandado por el teniente coronel don Pedro Echeverria; Escuadrón «Lanceros», a las órdenes del teniente coronel don Francisco Ostria; un cuerpo de infanteria, que tenia por jefe al coronel don Francisco Maruri. Más dos piezas de artilleria del calibre de uno.

A estas fuerzas se agregaban dos cuerpos formados de civiles, de la guardia urbana o de milicias: el escuadrón «Voluntarios distinguidos», compuesto de jóvenes e

individuos particulares adictos a la causa del rey y mandados por el Alguacil Mayor de la Real Audiencia de Charcas y coronel de milicias don Manuel Antonio Tardío y Agorreta; y el escuadrón de «Lanceros Urbanos», formado de comerciantes y artesanos, mandado por don Pedro Cárdenas (1).

En la madrugada del día 2 de abril, pasó revista Tacón de sus fuerzas en la plaza mayor de Chuquisaca, y después de dirigirles una entusiasmadora proclama, las hizo desfilar por el camino a Yamparáez. En Lloke-kasa se reunieron con las tropas disciplinadas del coronel Rolando. El mismo día por la tarde, llegó la fuerza realista a Yamparáez, de donde se retiraron los patriotas lentamente, perdiendo terreno palmo a palmo y escaramuzeando sus guerrillas de caballería, con la vanguardia enemiga.

Tacón descansó el día 3 en Yamparáez, formando su plan de operaciones, y el 4 a la madrugada salió en busca de los patriotas que lo esperaban posesionados en el ya famoso cerro de Carretas.

Las fuerzas con que contaba Padilla eran estas: un

---

(1). Estuvo en esta batalla, comandando un escuadrón de caballería lijera del ejército realista, el cura de Miculpaya, doctor don Felipe Antonio Iriarte, ilustre sacerdote, que desempeñó los cargos de rector de la Universidad de San Francisco Xavier, y de provisor eclesiástico del arzobispado de La Plata, llegando a ser más tarde un abnegado y ardiente patriota.

El cura Iriarte es una de las figuras más descollantes de la revolución americana, desde el momento que se decidió por ella. Dos meses después de la batalla de Carretas, el 24 de junio de 1815, estando de provisor eclesiástico, por ausencia del arzobispo Moxó en Cochabamba, dirigió, de Potosí, un manifiesto a sus *compatriotas*. En este notable documento, dice Iriarte, que él tuvo que aparentar ser realista, por servir mejor a la causa de la libertad; que con su artificio libró a más de cien patriotas del sacrificio; que al fin las circunstancias rompieron las cadenas opresoras que lo coartaban, lo que le permitia hacer causa común con sus paisanos los altoperuanos para vengar los ultrajes a la patria. En consecuencia fué elegido diputado por Chuquisaca al congreso de Tucumán de 1816, del que fué una de sus figuras más prominentes, y llegó a ser presidente de aquella ilustre y célebre asamblea que proclamó la independencia de las Provincias Unidas del Rio de la Plata.

El 25 de Mayo de 1817, al conmemorar en Tucumán aquella fecha dos veces gloriosa, el cura Iriarte pronunció una oración en el templo, en presencia del general Belgrano, a quien hizo derramar lágrimas.

Mientras los historiadores del Alto-Perú se acuerdan del ilustre y benemérito cura doctor Felipe Antonio Iriarte sólo para decir que estuvo en la batalla de Carretas como realista, y agraviar en su persona al clero altoperuano, que prestó los más grandes servicios en la guerra de la independencia: honran su memoria los argentinos y quisieran disputar su cuna.

escuadrón de «Caballería lijera», mandado por el comandante don Jacinto Cueto; el batallón «Leales» a órdenes de doña Juana Azurduy; el batallón «Cazadores de infanteria», mandado por el capitán Torres, y un cañón de a 4, manejado por Berdeja.

Seguian las columnas montoneras, mal armadas, de Míranda, Serna y Zalazar, (fraile franciscano) y masas de indios armados de chuzos, hondas y macanas, comandadas por Carrillo y Calisaya, que solo podian servir para engañar y distraer al enemigo en el combate.

El 4 a las 10 de la mañana, Tacón movió su campo y se detuvo en la finca de Ichupampa, situada al pie de la serranía de Carretas, con objeto de arreglar su plan de batalla, y estudiar las posesiones de los patriotas: notó que en el camino real llamado de la *abra*, se habian formado dos líneas cortas de infanteria, con objeto sin duda de resguardar el paso del desfiladero, cubierto de montoneras y muy abundante de galgas. Por este lugar podian los independientes tomar la retaguardia de los realistas, y Tacón confió la defensa de este importante punto a tres escuadrones de caballeria y a 50 fusileros de infanteria.

En el último cerro de la izquierda se formó la línea realista en batalla, porque en la cumbre de esta eminencia y subsiguientes, bullían los montoneros. Rolando a la derecha, Ostria al centro y Maruri a la izquierda de la línea, la dirigian, y la sostenian en las extremidades de ambas alas, los «Lanceros» y los «Dragones».

Empezó el combate, que fué porfiado y sostenido con vigor por una y otra parte. Tres asaltos consecutivos fueron rechazados por los guerrilleros, que en medio de una gritería infernal y un certero fuego de infantería, empujaban enormes pedrones que parecía que el cerro se venía abajo, tal era el ruido que producían las galgas que destrozaban a los soldados de Tacón y Rolando. Después de cinco horas de combate, la división de Rolando, nervio principal del ataque, acompañada de los cuerpos de Ostria y Maruri, tomó el flanco derecho, asaltando las posesiones y parapetos de los guerrilleros, y combatiendo con ellos pecho a pecho, los que se retiraban de un lugar para dominar otro. Al fin, los soldados de Ostria con su jefe a la cabeza, lograron dominar por completo las posesiones enemigas, llegando a la cumbre de ellas.

Los guerrilleros patriotas se retiraron hasta el pueblo de Tarabuco, pasando de allí a Saropaya, en cuyas

fuertes posiciones se detuvo Padilla esperando a sus adversarios, que no pasaron de Tarabuco. Cansado Padilla de esperarlos, se retiró al pueblo de Tacopaya, donde encontró al coronel Arenales, que procedente de Valle Grande lo esperaba en ese lugar, y ambos caudillos, sin ser molestados, siguieron su viaje a La Laguna.

Rolando, regresó de Yamparáez a Potosí, con su división destrozada, y Tacón a Chuquisaca, donde mandó habilitar algunas casas para que sirvan de hospitales de sangre, por haberse llenado con los heridos en el combate de Carretas, el hospital de Santa Bárbara (1).

Volvamos ahora a seguir los pasos del tercer ejército auxiliar argentino.

Sorpresa del Puerto del Marqués.—«Estábamos ya en abril y era tiempo de movernos, dice el general Paz en sus Memorias, porque era preciso, era indispensable hacer algo para no disolvernos. Se pensó, pues, seriamente en ello, pero sin combinación, sin plan y casi hasta sin discernimiento».

Pinta en seguida el estado deplorable en que se encontraba el ejército, en completa desorganización por su inmoralidad y la relajación de la disciplina. Son extensas pàginas las que dedica Paz a este asunto de exponer los vicios de aquella expedición militar, condenando severamente los excesos de la indisciplina. Siente un positivo pesar al tener que expresarse de un modo que no favorece al ejército a que él pertenecía; pero le es forzoso, bajo pena de faltar a la verdad histórica que se ha propuesto observar, y dá este juicio severo, que es como resumen de cuanto dice al respecto: «El general en jefe parecía un *ente* pasivo y casi indiferente a lo que pasaba a su alrededor. Fuera de las órdenes de rutina, de esas generalidades vulgares, no se vió ni una sola providencia salvadora, un solo rasgo que denotase un espíritu superior, ni un relámpago de genio. Se nos dijo una vez en Humahuaca, y creo que algo hubo, que habia reunido los jefes y que haciendo patentes los malos efectos de la anarquía e indisciplina que reinaba entre ellos, se ocupó de los medios de repararla, proponiendo medidas enérgicas. Muchos nos alegramos sinceramente y deseábamos ayudarle con todas nuestras fuerzas; pero vana esperanza: las cosas continuaron como antes».

[1]. General Ramallo—Batallas de la guerra de la independencia altoperuana.

«Los desastres que hemos sufrido—continúa Paz—han sido efecto de errores, por lo general, en los que mandaban, y mas que todo, de nuestra ignorancia y de ese estado de anarquía en que nos constituia la misma revolución. Sin eso, nuestros ejércitos, desde sus primeros pasos, hubieran vencido y llevado triunfante el estandarte de la libertad, por toda la extensión de la tierra que conquistó Pizarro. Bien lo merecian esos bravos soldados que durante catorce años habían combatido la miseria, el hambre, el clima y las armas españolas. Si sus sufrimientos se prolongaron y si al fin no fueron felices, pues que otros vinieron a terminar la obra que ellos habian comenzado, no es culpasuya, sínó de la fatalidad de nuestro destino.

«El periodo de nuestras campañas en el Alto-Perú, que voy describiendo, es de los más estériles en hechos gloriosos y de los más fecundos en sucesos desagradables......»

Sigamos la relación de los acontecimientos.

Pasaron cerca de dos meses antes que el ejército patriota abriese resueltamente su campaña. En los primeros días de abril emprendió su movimiento en masa, inclinándose a la izquierda por el camino del despoblado. Desde la altura del Tejar, desprendió una columna de 500 hombres de infanteria y caballería, acompañada por los milicianos de Salta al mando de Güemes, con el objeto de sorprender un destacamento como de 250 realistas que se hallaba en el Puerto del Maiqués (cerca de Yavi). La empresa se logró felizmente (17 de abril) quedando vengada la sorpresa del Tejar, y en poder de los patriotas como cien prisioneros, y en el campo varios muertos y heridos (1).

A la noticia de este contraste, Pezuela levantó precipitadamente su campo de Cotagaita el 21 de abril, tomó el camino del despoblado, atravezó la cordillera nevada de los Frailes y se situó en Challapata, en observación del camino de Potosí, y cubriendo las provincias de Cochabamba, Oruro y La Paz, con sus comunicaciones francas por el Desaguadero. A la vez hizo replegar las guarniciones de Potosí y Chuquisaca, con orden de incorporár-

[1]. El general Paz dice que fueron como 130 los muertos, y de los 100 prisioneros las tres cuartas partes estaban heridos, sin que en el ejército patriota hubiese pérdida alguna. «La victoria no era difícil,dic e Cortés, pero la carnicería fué bárbara y horrorosa».

sele, disponiendo se le reuniera la división de Ramírez, vencedora ya de Pumakahua.

En cumplimiento de estas órdenes, las tropas realistas evacuaron las plazas de Potosí y de Chuquisaca. La guarnición de Potosí salió el 26 de abril, a medio día, y el 28 por la mañana entraron a la Villa los indios de Porco guiados por Zárate y Pedro Betanzos, hijo de Miguel, que murió días antes en una refriega: hicieron robos de poca consideración en dos casas, y cometieron otros desórdenes, que habrian sido mayores, si el 1º. de mayo no ocupa la plaza el general Cruz con 400 Dragones.

Indisciplina e insubordinación.—Estamos siguiendo en esta relación las *Memorias Póstumas* del general don José María Paz (1) que estuvo en el Alto-Perú como oficial en las campañas de los dos últimos ejércitos auxiliares, con Belgrano y Rondeau. Es lástima que no hubiese venido en la expedición de Castelli. Así tendríamos hoy noticias precisas sobre las extorsiones y expoliaciones de esa soldadesca auxiliadora de la libertad altoperuana.

Los historiadores y narradores argentinos, todos a cual más nacionalistas, si bien citan al general Paz con respeto, teniéndolo por un verídico historiador y muy severo en sus juicios, no hacen referencia de ciertas páginas en que condena los excesos de los ejércitos auxiliares para hostilizar enemigos o procurarse recursos, atentando contra las personas y bienes de los altoperuanos realistas.

En el punto de la relación histórica en que nos encontramos, en el momento en que el tercer ejército auxiliar argentino ingresa al Alto-Perú en 1815 con el general Rondeau, hay en las *Memorias* del general Paz un capítulo titulado «Indisciplina e insubordinación», que contiene las causas que ocasionaron el descalabro de esa expedición, «desastre tanto más triste por tratarse de soldados valerosos y sobrevenir de allí gran ruina a la patria en el Alto-Perú».

---

[1]. Dichas *Memorias* son rarísimas en su primera edición, hecha en Buenos Aires en 1855, un año después de la muerte del general Paz [22 de octubre de 1854]. La segunda es de lujo, en La Plata, año 1892; y la tercera, en Buenos Aires, año 1917. El tomo primero interesa al estudio de la independencia altoperuana en el periodo de los ejércitos argentinos.—Consta en él todo lo que estos hicieron, aunque sin éxito, y cuenta el memorialista, como testigo muy autorizado, las tropelias y expoliaciones de aquellos auxiliares del Alto-Perú.

No estaba todavía el pais agotado enteramente cuando vino el ejército de Rondeau.

Al acercarce a Potosí, el ejército argentino desprendió una vanguardia respetable a ocupar aquella ciudad que se reputaba como un emporio de riquezas. Nuestro testigo ocular, con pena suya, pues le desprendian de su regimiento, fué enviado a retaguardia al servicio pasivo de aguijonear y contener rezagados. Esto paró con pena la atención del joven oficial pundonoroso y de buena conducta. Oigámosle un desahogo sincero:

«Diré también que habia más que sentimientos; pues me asaltaba la sospecha de que mis jefes inmediatos querian separar, en los momentos de entrar a aquella rica población, a un hombre cuyos principios severos, que ellos conocian muy bien, seria un censor importuno de cualquier acto irregular y de cualquier desarreglos en punto a intereses. Sin decir que esta fuese la intención de todos los jefes, creo no equivocarme en pensar que fué la de algunos».

La tropa comenzaba a cometer en el camino robos o más bien dicho salteos. Entre otros uno atroz y escandaloso: a un vecino le arrancaron con violencia setecientos u ochocientos pesos en dinero. El general en jefe conoció la urgencia de reprimir estos atentados de sus tropas. El joven Paz fatigó tropa y caballos en correrias contra hombres sueltos que se hacian los quedadizos para entregarse al pillaje con abuso de sus armas. Hízolo con celo «arrostrando, dice, el desagrado de algunos oficiales que por sí o sus asistentes querian que quebrantase mi consigna».

En Potosí ya fué otra cosa. Las extorsiones y exacciones primeras se hicieron conforme a ordenanza, es decir, por administración militar. El objeto era con los bienes muebles—raices nó—de los vecinos realistas presentes o emigrados, para proveer al sostén de las tropas.

A los pocos días nuestro joven oficial tuvo que salir de Potosí con su compañia a Chuquisaca. Estaba allí su regimiento con el jefe, coronel don Martin Rodríguez. Este obtenia además en dicha ciudad el gobierno de la provincia de Charcas, con el título de Presidente. Pero no ha tenido porqué lamentar, aquella marcha, la ciencia y conciencia de los hechos de entonces. El capitán Paz tuvo cuidado de consignar en sus *Memorias* la palpitante notoriedad pública de las escenas escandalosas de Potosí. Afirma con seguridad lo que le contaron sus compañeros

y que él no ha podido ver con sus propios ojos. Es fuerza limitarse a anotar aquí solamente muy poco de todo eso.

Habian los realistas escondido alhajas, chafalonia, vajilla, efectos de ultramar, ropa de calidad, oro y plata sellados o en tejos o barras etc., etc., en fin, cuanto les fué posible, en edificios particulares y en monasterios de monjas. Pelotones de soldados salidos de sus cuarteles o del retén a practicar requisas, rebuscos, extracciones y acarreos ponian diariamente en alarma toda la ciudad. Al practicar las operaciones en el interior de los edificios el azoramiento de las religiosas y la angustia de las familias. Un tribunal que se denominó de Recaudación y admitia denuncios, señalaba las personas despojables y los sitios del asalto.

Dar con «tapados» o tesoros era, de las operaciones de esos dias, la más importante de todas. Un hallazgo hubo de cien mil pesos, tres cuartas partes en moneda sellada y lo demás en tejes de oro. Requirió manipulación laboriosa sacarle de debajo de la tierra donde estaba echado a granel; llevarle a granel en parihuelas a la casa del Tribunal; arrojarle a granel a la *pila* o fuente de la casa para quitar a las piezas el barro; trasladarle a granel ya lavado para dejarle a granel en el almacén de depósito.

El tribunal no gustaba de cuenta y razón ni en lo grande, como se ve. Se concibe lo demás. Se conciben también las exageradísimas inculpaciones de rapiña a cual más estimulantes y llamativas. Así hubo de palparlo el general en jefe muy pronto.

«Como una prueba, dice Paz, de la informalidad con que manejaban estos caudales, referiré lo que me contó el capitán entonces, y después coronel, don Daniel Ferreira, a cuya narración dí entero crédito.

«Llegó a la casa donde tenia sus sesiones el Tribunal, en los momentos en que se hacia el lavatorio del dinero de que acabo de hacer mención; era presenciado por el coronel Quintana, Presidente del Tribunal, quien le dijo: «Ferreira ¿por qué no toma U. algunos pesos?» Este, aceptando el ofrecimiento, estiró su gigantesco brazo, proporcionado a su estatura, y con su tamaña mano, tomó cuanto podia abarcar. Quintana repitió entonces: «¿Qué va usted a hacer con eso? tome usted más». Entonces Ferreira, sacando su pañuelo, puso en él cuanto podia cargar, que probablemente serian algunos cientos. Por este hecho, que creo verdadero, júzguese lo demás. Entre

tanto, estoy persuadido que Quintana creia un acto de perfecta justicia, remunerar de este modo a un buen soldado y honrado patriota, como era Ferreira; y éste quedó muy agradecido y encomiaba la generosidad del coronel Quintana».

El «negocio de los tapados iba generalizándose tanto», y «hubiera descendido a las clases subalternas y hasta a la tropa», que el general Rondeau tuvo que sacar fuera de la ciudad los cuerpos para acantonarlos en algunas haciendas. El cuartel general se situó en Mondragón. Con lo que tal vez se evitó una disolución del ejército por obra del pillaje y la rebatiña generales. Bastaba con el hurto y robo de los jefes. Así, por ejemplo, del tesoro de cien mil pesos, antes referido, ingresó a la caja del ejército menos de la mitad. La otra parte se habia deslizado de la manera que se ha visto, no menos que mediante las naturales sustracciones de peones conductores, excavadores, vigilantes, etc. etc.

«Fuera de los señores del Tribunal de Recaudación, dice Paz, se constituyeron en pesquisadores de Tapados, varios coroneles y jefes de cuerpos. Cada uno buscó sus corredores y los lanzó en busca de noticias, las que adquiridas, procedian a la exhumación de los objetos enterrados. Lo que se encontraba de valor se guardaba muy corrientemente, y luego se avisaba al Tribunal para que viniese a recoger trastes, ropas y otros objetos de menos importancia».

¡Basta respecto de Potosí! (1).

«Lo que refiero de Potosí, lo sé por notoriedad y la voz pública; de lo que pasó en Chuquisaca, soy testigo ocular», dice Paz, y continúa:

«En Chuquisaca poco o nada hubo de entierros, pero sí muchos depósitos en los conventos de monjas y beaterios, que son bastantes.

«Una tarde fueron comisionados los jefes de mi regimiento para ir a los conventos de Santa Clara y Santa Mónica a registrarlos (después de allanada la clausura por la autoridad competente) para extraer las alhajas y efectos de toda clase que hubiese depositados. Se hizo un buen acopio de todo, se guardó en la sala principal de la Casa de Gobierno o Presidencia, a granel y sin cuenta ni razón. Era tanta la informalidad, y quizá estudiada

(1). Págs. 225 a 233, 1er. t. Memorias Póstumas del general José Maria Paz.

imprecaución, que teniendo dos puertas en los extremos opuestos, dicha sala, no se habian recogido y guardado las llaves. Una de esas puertas caía a la secretaria, y me acuerdo haber sorprendido a un funcionario, que habia abierto misteriosamente esa puerta y se habia introducido al salón. La otra no estaba mejor guardada, aunque cayera a las piezas que ocupaba el Presidente.

«Muy luego se vieron los efectos de este desorden, pues hasta algunos oficiales subalternos empezaron a derramar dinero y a gastar un lujo enteramente desproporcionado a sus haberes. Varios de ellos, que solo eran tenientes o alféreces, tiraron las guarniciones y vainas de fierro de sus espadas para hacerlas de plata; se cargaron de uniformes lujosos, e hicieron a las damas buenos regalos; esto sin contar lo que disipaban sobre la carpeta.

«Hago memoria de don Raimundo Hereña, amigo mío, que tenia tienda de negocio: me habia mostrado un sable antiguo de vaina de zuela, con guarniciones y conteras de plata, de añeja hechura; un día me sorprendió con decirme que lo habia vendido en el valor de quinientos pesos, cuando no valia la décima parte; para convencer mi incredulidad, me manifestó un collar de perlas, y me dijo: «Un ayudante me ha dado en cambio del sable estas perlas, que han sido tasadas en quinientos pesos». Con lo que me convenció de la exactitud de su referencia. El ayudante debía gastar muchos pesos más para medernizar el sable.

«Otra vez me sorprendí al ver a unos cuantos soldados de mi compañia, con chalecos nuevos de un riquísimo terciopelo verde; me informé reservadamente de la procedencia de esta lujosa mercadería, y supe que al conducir a la Presidencia varios cajones de costosos efectos, dejaron caer intencionalmente uno para que se hiciera pedazos, como sucedió. Un soldado tomó una pieza de terciopelo, como otros tomarian otras cosas, vendió una parte a vil precio, y lo demás lo distribuyó en cortes de chalecos, a varios de sus compañeros. Adviértase que siendo el soldado de mi compañia, no quise ni debí penetrar más en el asunto ni menos corregirlo.

«He entrado en estos pormenores, omitiendo otros, para mostrar el grado de indelicadeza en que estábamos, siendo muy sensible manchar el papel con hechos de que es preciso avergonzarse. Quizá algunos se reirán si llegasen a leer esto; sea en hora buena, que se burlen de lo que ellos llamarán escrúpulos o nimia minuciosidad, pero

les contestaré que habiendo yo sufrido tanto, por efecto de estos desórdenes, me creo con derecho a referirlos, para decir que los reprobé.

«Sin promover la indisciplina, sin ofender ninguno de los deberes militares, me uní a unos cuantos oficiales honrados y decentes, para hacer oposición a este torrente de desmoralización, que amenazaba hundirnos en un abismo de desconcepto y de desprecio; los tenientes don Tomás Tejerina y don Lorenzo Lugones fueron los que principalmente me acompañaron en esta honrosa asociación; ella no combatia con palabras, sinó con su ejemplo, y nos abstuvimos de reproches que hubieran herido a muchos».

Estalló la división entre los oficiales que seguian el camino del mal obrar. Se unieron algunos para hacer una violenta representación contra el mayor del cuerpo, íntimo del coronel gobernador, don Martin Rodríguez. Para éste y demás jefes, que en busca de adhesiones habian tolerado los desórdenes de sus oficiales, el intento «fué un golpe de la más terrible sorpresa». Paz no quiso suscribir tan escandaloso acto de insubordinación. Todo se acalló con ciertas medidas y el envio de dos oficiales a la disposición del general en jefe, entonces en Potosí.

«¿Para qué causar con más pormenores?», dicen las *Memorias Póstumas* respecto de Chuquisaca. Es también lo que cumpliria decir para terminar estas anotaciones. Pero es el caso que una noche, a las siete, nuestro fiel informante, el capitán Paz, era llamado a la Presidencia y recibió allí de boca de don Martin Rodríguez, a presencia de un indio, la orden perentoria e instantánea que sigue: «Este hombre que es albañil, dice haber hecho en el convento de las Claras, una obra para ocultar unos fardos o cajones que ignora lo que contienen; vaya usted ahora mismo, y sirviéndole él de guia, extraiga el depósito y traiga cuanto encuentre, con una partida de tropa armada, que llevará al efecto». Y el caso, como se vé, a mérito del oficial comisionado, no es para pasarlo en silencio.

¿Era aquello para poner a prueba la solidez de sus principios? ¿Era para taparle la boca con la propia mordedura del sebo? No lo sabia. Apresuradamente se proveyó de dos buenos testigos de sus actos. Entró en el monasterio y se expidió pésimamente. Se dejó burlar a sabiendas, porque fué ese su propósito. «No podia declinar la comisión que se me encargaba, dice el capitán Paz,

pero al aceptarla me propuse probar que mis acciones guardarian perfecta conformidad con las doctrinas que todos me conocian».

«Nada hice; y si entonces me quedó algún pesar por no haberme conducido con más celo, después me he alegrado: pues, estoy cierto que esos efectos, cualquiera que fuese su valor, en nada hubiesen servido para las necesidades públicas ni del ejército».

¿Qué no hizo nada? Nos ha dejado con este motivo una de las más hermosas páginas de las *Memorias*, que no las tiene pocas (1).

Es en las *Memorias* un episodio gallardamente contado el relativo a las monjas clarisas de Chuquisaca. En esta «instantánea» fotográfica uno ve allí la entrada del joven capitán; le rodean y embaucan—porque quiso noblemente dejarse embaucar—seglaras y monjas metidas al uso de esos tiempos a realistas o patriotas.

«Entre las monjas que salieron a la *portería*, dice Paz, estaba una linda moza, cuya edad no llegaría a treinta años, cuya frezcura y lozanía igualaban a la regularidad de sus facciones y a las gracias de toda su persona». Era natural de Córdoba, es decir, de la misma provincia que Paz, y se llamaba sor Pilar Moyano. Después de los cumplimientos de estilo, preguntó con vehemencia al joven capitán si era cordobés, y oyendo su contestación áfirmativa. repuso con amargura: *Jesús! No me deshonre usted.* Pudo disimular su incomodidad el capitán, pero no tanto que no se apercibiera de ella la linda moza, sor Pilar la cordobesa, quien cruza decires y desagravios con su paisano alusivos al vejamen, hasta quedar «los mejores amigos del mundo».

«Aquellas benditas madres creyendo sin duda, dice nuestro amable y culto capitán, que en aquel caso les era permitido mentir, aseguraron que ninguna clase de efectos habian permanecido allí ocultos; yo que tenia pocas ganas de encontrarlos (después de haber dado con la puerta que habia estado tapiada y acababa de ser abierta, con los escombros a lado) me dí por satisfecho, pero haciéndoles entender muy urbanamente, que conocía su juego y que no era el juguete de sus artificios, por otra parte

[1]. «Siempre creí que esta obra y el *Facundo* de Sarmiento son las producciones más notables de la literatura argentina»—dice René Moreno en sus anotaciones *¡Qué Porteños Aquellos!*—que tenemos a la vista, en que ha trascrito y tomado más notas que nosotros de las *Memorias* del general Paz.

muy honrosos, pues correspondian a la confianza que habia hecho el depositante».

Por fin, el joven militar Paz, hablando de la ciudad de los tres nombres coloniales y que tanto amaban los españoles, dice así:

«Creia que en aquella ciudad, célebre por su cultura, su clima, la hermosura de sus damas, su ilustración y su patriotismo, se celebraria con solemnidad el 25 del mes de. América; pero nada hubo que se pareciese a nuestras fiestas cívicas, y me convencí de que la Revolución no habia penetrado en los corazones de la multitud. El 25 era precisamente el día de *Corpus*, y la gran función de iglesia, pomposa procesión y suntuosos altares, hizo toda la solemnidad del día. Si no fuera ajeno de mi propósito, me detendria en la descripción de esa fiesta religiosa que se hace con la más ostentosa magnificencia, tanto por los adornos de la rica Catedral, cuanto por el numeroso personal que se emplea».

Suspendemos aquí las citas de las *Memorias* del austero general Paz, de las que omitimos muchos pasajes que condenan con mayor severidad los excesos de la soldadesca de los ejércitos auxiliares (1) que vinieron por tres veces en protección del Alto-Perú, o sea de las Provincias Altas del Virreinato de Buenos Aires, constituido desde el principio de la revolución en Provincias Unidas del Rio de la Plata, y otras tantas fueron destrozados por el poder de las armas españolas.

La relación del general Paz marca dos puntos en la historia: la retardación de la independencia del Alto-Perú y el comienzo de su segregación de Buenos Aires.—La mengua militar que se acaba de poner de manifiesto fué re-

[1]. Precisamente en esos días de extorsiones y de malos manejos, recibió don Martin Rodríguez, del gobierno de Buenos Aires, sus despachos de brigadier. Como presidente habia intrigado con la municipalidad, dice Urcullu, para que adoptando el gobierno federativo antes de conseguir la independencia, lo nombrase supremo director de la provincia de La Plata, y el 10 de agosto se presentó en el cabildo a jurar el cargo, lo que «el pueblo llegó a saber por las salvas con que se festejó su recepción. La calamidad más grande no habria acongojado tanto a los amantes de la libertad como este hecho imprevisto: la mitad de la provincia estaba ocupada por el ejército de Pezuela: el general Ramírez, después de haber sometido las provincias del Cuzco, Arequipa y Puno al dominio del rey, habia entrado en Oruro el 25 de julio trayendo más tropas de las que llevó al Perú. Debilitar la acción del gobierno, dividir el pais en tales circunstancias era entregarlo infaliblemente al enemigo. Quince días duró la farsa del nuevo direc-

probada por el gobierno, los dirigentes y el vecindario superior de Buenos Aires. Aunque inexpertos en los negocios, hombres cultos eran todos y políticos de buena ley como autores de la revolución de Mayo de 1810, entre los que figuraban en primera linea personajes educados en Chuquisaca y que no podian menos que tener cariño por esta tierra americana en la que habian recibido las primeras ideas de libertad. Pero los antecedentes que dejamos anotados fijan dos puntos muy marcados en la historia: las causas de la retardación de la independencia del Alto-Perú, y las de los comienzos de su segregación del Virreinato de Buenos Aires para constituir una nacionalidad aparte.

Los argentinos fueron facilísimamente revolucionarios y se emanciparon en cabildo abierto por unanimidad de votos. Móviles comerciales e industriales imperiosos y palmarios los llevaron a la posesión de la libertad. Buenos Aires, capital del virreinato, con tesoro y poder, dominó sin esfuerzo a las poblaciones aisladas en la inmensa llanura, entonces pobrísima y hoy emporio de riquezas.

En los altoperuanos el anhelo de independencia penetró al influjo de motivos menos tangibles al vulgo. Esta era una sociedad heterogenea en un todo colonial y aquí adentro, donde la población y la tierra estaban suculentamente poseidas por los dominadores desde las cinco ciudades agrupadas en la gran meseta. Asi y todo, aquí tuvo lugar el primer grito de insurrección, conmoviendo desde ese momento profundamente el pais, y la lucha fué larga y porfiada hasta el último día de la revolución.

---

tor, porque bien instruido Rondeau de cuanto habia pasado en Chuquisaca, nombró a don Juan Antonio Fernández gobernador intendente de La Plata, llamó a Rodríguez al ejército, y ordenó la restitución de los depósitos, lo que no se pudo cumplir en todo, porque mucho se habia sustraido.....» [Apuntes págs. 80 y 81].

El general Paz, después de decir que se aumentaron las aspiraciones de Rodríguez con su ascenso extraordinario a brigadier y que no ocultaba su ambición de sustituir a Rondeau en el mando, tratando ya de la salida de la división de Chuquisaca para trasladarse al teatro de la guerra, informa así: «El presidente general Rodríguez, sin dejar la presidencia, quiso participar de los peligros y de las glorias que obtuviese el ejército, y se aprestó también para la marcha» habiendo salido en los primeros días de agosto con los honores de presidente.

Después de describir la batalla de Venta y Media, dice el mismo general Paz: «La reputación del general Rodríguez sufrió un golpe terrible, y desde entonces todos sus sueños de ambición se hicieron imposibles. Lo conoció él, y solicitó dejar el ejército para volver a su presidencia de Chuquisaca. El general Rondeau se lo concedió inmediatamente, librándose así de un rival incómodo.

Vinieron auxiliares del sud, sin ser llamados y no hicieron amable ni próspera la causa de la patria. No vinieron cuando se les llamó en hora oportuna a poner en el sepulcro a los realistas, tomándolos de frente, por el centro y retaguardia; no vinieron, nó porque no quisieran, sino porque estaban desorganizados después de su segundo desastre, porque desde San Martin temió al poder español en el Alto-Perú, donde los auxiliares argentinos habian sufrido ya dos derrotas completas.

El virreinato de Buenos Aires habia establecido la comunidad política de estas dos naciones, las Provincias Argentinas y el Alto-Perú, no obstante la disconformidad topográfica y las desemejanzas regionales. Si llegó a romperse esa unidad, como llegó a suceder antes con el Paraguay, y después con la Banda Oriental, culpa fué de los estadistas argentinos, y no de los altoperuanos.

Cada vez que Chuquisaca se vió un momento libre de realistas declaraba no seguir otro partido que «el sistema de la capital», lo que queria decir adhesión y sometimiento a la autoridad de Buenos Aires. Los tercios armados de Cochabamba, provincia patriota en masa, no reconocieron nunca otro gobierno supremo que el de Buenos Aires. Esto mismo en Santa Cruz, y más en Tarija, que se pronunció por la revolución inmediatamente de saber el pronunciamiento del 25 de Mayo de 1810 en la capital del virreinato. Los montoneros de las «republiquetas» del Centro y del Sud recibian y cumplian órdenes de Belgrano, de San Martin y demás generales en jefe, expedidas desde Tucumán, y allí dirigian los partes de sus batallas y hazañas.

Hasta mucho tiempo después de la independencia, no se cantaba otro himno nacional que el argentino. Cuando en las retretas de Ayacucho o del 6 de Agosto preludiaba la banda de músicos el himno boliviano, el pueblo en coro interrumpía cantando:

«Oid mortales el grito sagrado........»

Era el himno que Arenales y Warnes hicieran cantar en Cochabamba y Santa Cruz, Belgrano y Rondeau antes de las batallas de Vilcapugio y Ayohuma, de Venta y Media y Sipesipe, y Güemes y La Madrid en sus correrias por el sud.

No hubo ni un solo día siquiera en que el Alto-Perú procediese como el Paraguay firme y resueltamente procedió desde el primer instante. No hay un acto ni un documento en que el partido patriota altoperuano hubie-

se desconocido la representación de sus diputados en el congreso argentino hasta el último día (Febrero 12 de 1820) de la existencia política de los Estados Unidos de Sud-América.

«Entre tanto, después de la aciaga separación de 1825, tan insistentemente predispuesta por los porteños propiamente dichos, tan combatida por el honrado Arenales, tan fomentada por el funestísimo Olañeta con prueba oratoria de agravios y motivos políticos de despique, como si a los hombres de estado no cumpliese destruir esas madrigueras de reptiles a filo de olvido o a piedra de cimiento, diga Bolivia ¿cuál su único buen vecino, tolerante, inofensivo, sin demandas ni pleitos, generoso aún en mitad de esa prepotencia que Alberdi nombraba «el egoismo de Buenos Aires», ¿cuál sino Argentina?» (1).

No se olvide que a las noticias del general Paz, calladas obstinadamente por los historiadores argentinos, se ha atribuido la importancia de una confesión. Es confesión tan expresa como tácita en el proceso, el proceso historiográfico de los ejércitos argentinos que acudian al Alto-Perú a auxiliarle, pero también a detener a los realistas que desde aquí estuvieron amagando y aún acosando fieramente la retaguardia de la revolucion rioplatense.

Después de estas reflexiones a que nos han dado lugar las noticias del general Paz, sobre el estado de «in disciplina e insubordinación» del tercer ejército auxiliar argentino, volvamos al punto en que lo dejamos, para seguirlo en sus operaciones.

[1]. René Moreno. ¡Qué porteños aquellos!

CAPÍTULO DÉCIMO QUINTO

1815.—Operaciones de los ejércitos beligerantes.—Combate de Venta y Media (20 de Octubre de 1815).—Batalla de Viloma, 2ª de Sipesipe (29 de Noviembre de 1815).—La retirada del ejército argentino.—Consecuencias de la derrota de Sipesipe.—Crueles persecuciones después de la derrota de Sipesipe.—Idea separatista de Buenos Aires en el Alto-Perú.—Warnes en Santa Cruz y el combate de la Quebrada de Santa Bárbara [7 de octubre de 1815].

Operaciones de los ejércitos beligerantes.—El ejército argentino ocupó el país que le abandonaba sin resistencia el enemigo, y permaneció por más de cuatro meses en inacción (desde Abril a Septiembre), proveyéndose de lo necesario para continuar su campaña, en las ciudades de Chuquisaca y Potosí. Aquí supo el general Rondeau la caida de Alvear y su nombramiento de director supremo del Estado, de cuyo puesto excusó recibirse hasta no dar cuenta del enemigo. En sustitución fué nombrado director provisional el general Alvarez y Thomas.

Mientras tanto la división de Ramírez aumentada hasta el número de 2,000 hombres, se ponia en marcha des-

de el Cuzco en busca de la incorporación de Pezuela, y un batallón de Chilotes desembarcado en Arica venia a reforzarlo, trayéndole armamento y municiones.

Por su parte el infatigable Arenales, anticipándose a las operaciones del ejército, invadia a Cochabamba y ocupaba su capital a la cabeza de 800 hombres de infanteria y caballeria medio organizados y una multitud de indios armados de hondas, picas y macanas. Situado así sobre el flanco del enemigo, promovia la sublevación de la provincia de Chayanta en masa y obligaba a la vanguardia realista a reconcentrarse. Pero casi simultáneamente (mes de julio) llegaron al cuartel general realista en Challapata la división Ramírez y el batallón de Chilotes. Pezuela se encontró entonces al frente de más de 4,000 hombres. La sublevación del Cuzco estaba domada y el pais a su espalda pacificado. La faz de la campaña habia cambiado.

En septiembre se movió el ejército patriota por el camino real que de Potosí conduce a Oruro al través de ásperas montañas y largos desfiladeros. A la altura de Chayanta se inclinó sobre su derecha y tomó acantonamientos, poniéndose en comunicación con Cochabamba. Allí permaneció por el espacio de un mes, en cuyo intervalo el coronel Arenales le trajo el contingente de dos batallones de más de 400 plazas cada uno, que se incorporaron al ejército bajo la denominación de Regimiento número 12. Por efecto de las bajas por enfermedades, deserciones y la disminución que produjo en las filas el regreso de los milicianos de Güemes desde el Puesto del Marqués, el ejército de Rondeau apenas ascendia a 4,000 hombres, no obstante el refuerzo de Arenales.

El movimiento del ejército patriota hizo presumir a los realistas que el plan de Rondeau era acordonarse desde Llocalla (camino de Potosí) a Paria (camino de La Paz), aislarlos de la parte más abundante del país, y aprovechándose de la buena disposición de los naturales que obstruian los caminos, privarlos de todo recurso, lanzarse en seguida sobre Oruro, cortar sus comunicaciones con el Desaguadero y obligarlos a una batalla en condiciones desventajosas. Pezuela lo previno y trasladó su cuartel general a Sorasora, lugar estratégico, cubriendo a Oruro, y atendiendo a La Paz por medio de una fuerte división que situó en Paria, a la vez que amenazaba a Chayanta con otra división que estableció en Venta y Media, a cuatro leguas de distancia de la vanguardia patriota, pero en aptitud de poderla proteger

oportunamente, guardado contra toda sorpresa en posiciones escogidas.

Combate de Venta y Media (20 de Octubre de 1815).—El general argentino se mantenía entre tanto a la espectativa, en la inteligencia de que Pezuela estaba atrincherado con el grueso de su ejército, y fluctuaba entre aventurar un ataque o prolongar la defensiva. Una funesta inspiración de don Martin Rodríguez vino a sacarle de esta incertidumbre. Según los partes del capitán de avanzada, La Madrid, la división española de Venta y Media no pasaba de 300 hombres. Un reconocimiento del coronel don Diego Balcarce al frente de la caballeriá confirmó este parte. En consecuencia Rodríguez proyectó una sorpresa, y Rondeau la autorizó aunque con repugnancia, con prevención de no arriesgar nada si la fuerza excedia del número calculado (1).

La división de realistas que se trataba de sorprender, se componia de dos batallones, y un escuadrón, y estaba mandada por el famoso brigadier don Pedro Antonio de Olañeta. El general La Madrid en sus «Observaciones», pág. 67, persiste en que no fueron dos los batallones españoles de Venta y Media, como lo afirma el general Paz en sus «Memorias». García Camba mejor informado, y que más bien debía suponérsele interesado en disminuir la fuerza realista, dice expresamente en sus «Memorias», t. I. pág. 163, que los batallones eran dos, el de Partidarios y Cazadores, y además un escuadrón.

La división patriota que se destinó a la sorpresa, se componía de 350 infantes del batallón de Cazadores, al mando de su jefe el mayor don Rudecindo Alvarado, y 200 hombres de caballeria del regimiento de Dragones, a órdenes del mayor don José María Paz, por que su jefe el coronel Balcarce los esperaba en la avanzada en compañía de La Madrid, quien esa noche se incorporó con su compañía a la fuerza expedicionaria.

Se emprendió el movimiento en la madrugada del 19, y al anochecer llegó la columna al punto que ocupaba la avanzada, de donde solo distaba cuatro o cinco leguas a Venta y Media. Desde allí la operación fué mal

[1]. Parte de Venta y Media, del brigadier don Martin Rodríguez, del campamento de Apachiguata, 20 de Octubre de 1815—Archivo de la Nación.—Partes oficiales y documentos relativos a la guerra de la independencia argentina. Tomo Segundo, págs. 156 y 157.

conducida, los guias se extraviaron en la noche y faltó la dirección, porque el brigadier Rodríguez se vió violentamente atacado por una enfermedad repentina.

A las tres de la madrugada estaba la división patriota a las inmediaciones de Venta y Media, sin que hasta entonces hubiese sido sentida por el enemigo, e hizo alto en la quebrada para prepararse al combate. La columna permaneció inmóvil y perplejo el general, que continuaba indispuesto. Se impacientó el coronel Balcarce e interpeló a Rodríguez sobre la falta de iniciativa, cuando se oyó un fuerte tiroteo a corta distancia. Era el capitán La Madrid que con su compañía atacaba la avanzada realista. Se le mandó otra compañía a reforzarlo, que fué la del capitán don Julián Paz. El ataque y la sorpresa habian sido tan felices, que ochenta o cien hombre de que se componia la guardia avanzada, fueron completamente acuchillados. Solo salvaron unos cuantos hombres, con el alférez don José Maria Valdez, célebre en la historia con el nombre del coronel Barbarucho.

Recien entonces se movieron los Dragones, mandados por Balcarce, mientras Paz fué en busca del batallón de Cazadores, perdido en la oscuridad de la noche, y dió con él a pocas cuadras que marchaba a la vanguardia, a la vez alcanzó a distinguir un grupo de caballeria que marchaba a la derecha paralelamente a la infanteria: era La Madrid con su compañía. Se acercó Paz y le preguntó donde era Venta y Media, y señalándole con el brazo le indicó la dirección, añadiendo que ya alcanzaba a columbrarse la torre de la iglesia, cuando el crepúsculo principiaba a aclarar el horizonte.

En ese momento hizo notar el mayor Paz a Alvarado, que un batallón realista se hallaba sobre el flanco derecho de sus Cazadores, lo que advertido por este jefe, hizo variar la posición de su tropa sobre el flanco izquierdo, y con este movimiento dió frente al enemigo e hizo avanzar su línea de tiradores. Todo este movimiento como la marcha de la tropa se hacia a toque de tambores.

El batallón realista se tendió en batalla y adelantó sus guerrillas, rompiendo el fuego con mucha ventaja sobre los patriotas, que no podian hacer un fuego nutrido por temor de ofender con él a sus propias guerrillas que se habian adelantado y ascendian por la colina.

El mayor don José María Paz y el capitán La Madrid atacaron la izquierda realista con una fuerte y bien dirigida carga de caballeria, con el objeto de cortar su

comunicación con el pueblo, que a no dudarlo era su punto de retirada. Apercibidos los realistas, atravesaron precipitadamente la llanura que separa las lomas, y ocuparon la más elevada. La Madrid siguió amagando el flanco, procurando ganar la altura antes que el enemigo, para facilitar el avance del batallón de Alvarado.

El enemigo se detuvo primero, luego se agrupó y arremolinó en el mayor desorden, tratando de formar cuadros para contrarrestar el avance de la caballeria patriota, que a pesar del mal terreno cargaba con decisión y denuedo, cuando en la cresta de la segunda altura, se dejó ver de improviso otro batallón, que tomando a los patriotas a boca de jarro, los abrazó con sus fuegos. Los «Dragones» de Paz y de La Madrid no tuvieron más recurso que zafar por entre los dos cuerpos enemigos, para descender la loma por el otro costado del que la habian subido.

Cuando descendieron la predicha loma, acribillados por un diluvio de balas, encontraron al pie de la lomada al coronel Balcarce que reunia sus Dragones para dar otra carga, como lo verificó, sin embargo de la posición del enemigo, casi inexpugnable para la caballería. Ya incorporado el mayor Paz al regimiento, se encontró en esta nueva carga, en la cual vencieron la primera loma y llegaron casi hasta el pie de la segunda, donde se habian reunido ya los dos batallones enemigos, los que colocados en muchas filas, la coronaban perfectamente, pudiendo además disparar todos por la rápida pendiente del terreno. El fuego fué entonces más vivo, y en pocos minutos habrian desaparecido todos los patriotas, sin la rápida retirada que se vieron obligados a practicar.

Rechazados finalmente hasta el bajo, se quiso envano reorganizar el cuerpo; la tropa no se prestó a esta operación, que el movimiento ofensivo del enemigo hacia por otra parte imposible. El batallón de Cazadores que se encontraba formado, empezó un movimiento retrógrado y principió a desbandarse, sin haber disparado un tiro, fuera de la compañía de volteadores. El enemigo siguió avanzando, y la derrota se hizo general y completa, dejando los patriotas en el campo como cien muertos y otros tantos prisioneros, (casi todos de infanteria) con más de 300 fusiles, salvando apenas la caballeria (1).

(1). Véase «Memorias» del general Paz, «Observaciones de La Madrid», «Memorias» de Camba, Historia de Belgrano por Mitre.

En este combate fué herido el mayor don José María Paz, tan célebre después, quedando manco para toda su vida, y el brigadier don Martin Rodríguez perdió para siempre en él su reputacion militar.

El general Pezuela, que el día del combate acudió con una parte de su ejército a sostener a su vanguardia atacada en Venta y Media, quiso sacar provecho de aquella ventaja que acababan de obtener sus armas, y movió inmediatamente su ejército en busca del patriota en Chayanta. Rondeau hubiera tenido que aceptar la batalla o emprender una retirada precipitada, a no ser una espantosa nevada que cubrió los caminos y obligó al ejército real a hacer alto.

Desde ese momento Rondeau resolvió replegarse a Cochabamba, aumentar allí su ejército, mantenerse a la defensiva en posiciones convenientes, mientras le llegaba el refuerzo de una división de mil hombres que a marchas forzadas venía a incorporársele a las órdenes del general don Domingo French. En consecuencia emprendió una retitada precipitada de Chayanta, por caminos escabrosos, aun antes de hacer adelantar sus depósitos.

Pezuela por su parte, que hasta entonces se había mantenido a la estricta defensiva a la espera de mayores refuerzos, se decidió a tomar la ofensiva, aprovechando el efecto moral de Venta y Media. Casi al mismo tiempo que Rondeau levantaba su campo en los primeros días de Noviembre, se dirigía por otro camino más directo en su busca, bajaba a los valles de Cochabamba por la cuesta de Tapacarí, cubriendo en su movimiento a Oruro y procuraba salir a vanguardia del ejército patriota, interponiéndose entre él y Cochabamba.

Batalla de Viloma, 2a. de Sipesipe (29 de Noviembre de 1815).—Al pie de la cuesta de Tapacarí se levanta una alta serranía. En medio de ella se abre una áspera quebrada, que conduce a la pampa de Sipesipe, ancha llanura rodeada de altas y escabrosas montañas, en cuyo centro se levantan algunas lomas aisladas al pie de un suave plano inclinado, que domina la planicie. Allí hizo alto el ejército patriota, a cuatro leguas de Cochabamba, y se resolvió a esperar al enemigo, considerándose inexpugnable.

Pezuela amagó un ataque por la quebrada; pero encontrándola bien defendida, se corrió por su izquierda con

el grueso de sus fuerzas y coronó las altas montañas de aquella parte, que se consideraban impracticables y que llevan el nombre de Viloma, famoso desde entonces. Desde la altura descubrió el general realista la posición y la fuerza del ejército patriota, penetrando desde luego su plan, que era defender la boca de la quebrada por donde se creía únicamente posible el ataque.

El 27 de Noviembre empezó a descender el ejército español las fragosidades de la cuesta de Viloma, que conducen al valle de Sipesipe. Rondeau, apercibido oportunamente de la operación, habia acudido a disputar el paso; pero una bateria enemiga situada en una meseta a media cuesta, protegia el descenso de los realistas, que pasaron la noche en aquel ancho escalón de la montaña. El 28, el ejército real continuó su descenso superando inmensas dificultades bajo el fuego de los batallones patriotas que disputaban palmo a palmo el terreno. Consiguieron al fin establecerse en el llano sobre la boca interior de la quebrada cuyo peligroso ataque habian evitado, y tendieron su línea casi paralelamente a la que ocupaban los patriotas.

El ejército argentino, coronando con artilleria las lomas aisladas del centro del llano, estaba situado al pie del suave plano inclinado que lo domina, emboscado en las huertas de la hacienda de Sipesipe y parapetado en parte por algunas tapias. A su derecha tenía el cauce seco de un rio. En tal posición, si el ataque se hubiera empeñado por el frente, era probable que la victoria se hubiese pronunciado por los patriotas.

En la tarde del 28 hizo Pezuela un reconocimiento sobre la derecha patriota, empeñándose un fuerte tiroteo que se prolongó hasta entrada la noche. En la mañana del 29 practicó un movimiento de flanco fuera de tiro de cañón, se corrió en columna sucesiva por su izquierda, formó cuadro, arengó a sus tropas, y desplegó su línea de batalla dando frente al cauce seco del rio ya señalado. Por este bien combinado movimiento se colocó sobre la derecha de Rondeau, neutralizando en gran parte las ventajas de su fuerte posición.

El general patriota al iniciarse el movimiento del enemigo, ejecutó con precisión un cambio de frente. Por este movimiento, la loma o morro principal, quedó colocado al centro, dominando siempre el llano del otro lado del barranco o cauce seco, el cual fué cubierto con guerrillas de infanteria apoyadas por los fuegos de artilleria que ata-

caban los despliegues de las columnas realistas (1). A retaguardia se estableció la infanteria, cubierta por los accidentes del terreno. La caballeria se situó sobre ambos flancos en actitud de cargar oportunamente, y esta fué la única disposición que indicara una intención más allá de la estricta defensiva.

Pezuela avanzó resueltamente, y desplegado en batalla sufrió el fuego de artillería; desalojó a los tiradores patriotas del barranco, se lanzó sobre la derecha de la posición, que tenazmente defendida al principio, hubo de ceder al fin a su empuje. Mientras tanto, la derecha realista se corria en desfilada a lo largo del indicado barranco, y vigorizaba el ataque a la vez que amagaba la izquierda argentina. Rota la derecha de los patriotas y en inacción su izquierda, la batalla estaba completamente perdida.

Los que han atribuido esta derrota a órdenes dadas a destiempo o mal ejecutadas, parecen no haber comprendido que la batalla estaba perdida antes de darse. Era un ejército desmoralizado, sin cabeza y sin nervio, que se mantenia a una estricta defensiva en una posición que creyó equivocadamente inexpugnable. Atacado en ella por donde no lo esperaba, tuvo que obedecer a todos los movimientos ajenos, y empeñado el fuego, lo libró todo a la resistencia pasiva contra un enemigo resuelto a avanzar a todo trance. Sólo así se explica como Pezuela pudo ejecutar su marcha de flanco casi dentro del tiro de cañón de los patriotas, y avanzar impunemente desplegado en línea de batalla con fuegos sobre la marcha, sin ser atacado en su avance por una o más columnas, oportunamente lanzadas bajo la protección de una artillería superior en posición y calidad. Estas faltas cometidas por el general español y que con razón los militares han criticado, prueban empero, que, en la resolución del avance estuvo la victoria, y en la falta orgánica de iniciativa de parte de los patriotas, estuvo la derrota.

El general Rondeau procuró contener al enemigo triunfante haciendo jugar activamente su artilleria, bien dirigida por el comandante don Pedro José Luna y los capitanes Peralta y Giles. Al mismo tiempo ordenó al batallón número 9 que se retiraba en formación, volviese caras, lo que ejecutó bravamente y en orden el coronel Pagola; aun-

(1). Parte de Sipesipe por Rondeau.

que envuelto muy luego en el desorden del batallón número 1, tuvo que ceder, dejando gran parte de su tropa tendida en el campo.

El orden de la batalla, según lo habia dispuesto el general en jefe, colocaba al regimiento número 9 a la derecha y en seguida el número 1; más, el coronel Forest se creyó agraviado y habia cedido con repugnancia la colocación que pretendia pertenecerle. Cuando recibió la orden para descender la colina y practicar el cambio de frente prescrito, se adelantó al número 9 y se colocó dejando un intervalo para que este lo ocupase, quedando él entonces a la derecha de la línea. El coronel Pagola, que mandaba el número 9, quiso dirigirse a tomar la derecha del número 1, pero en aquellos momentos, en que el enemigo se movia avanzando ya, le pareció más prudente, y con razón, encajonar en el claro que le habían dejado, antes que entrar en una disputa perniciosa: así lo hizo. En este cambio hubo una clásica desobediencia, que pudo por sí sola, comprometer la batalla.

Viendo Rondeau la inutilidad de estos esfuerzos, y que su izquierda era al mismo tiempo forzada por la derecha enemiga, procuró reconcentrar la resistencia en el morro; pero tuvo que desistir de ello, porque ya nada habia que hacer sino salvar los restos dispersos. Dirigióse a galope a los dos escuadrones de granaderos a caballo, que se habian retirado en orden del flanco derecho, y ordenó personalmente a los comandantes Rojas y Necochea que cargasen sable en mano para contener al enemigo. Estos dos jefes eran dignos de recibir tal orden. Cargaron con irresistible denuedo sobre la infanteria, paralizaron una parte de ella, hicieron retroceder otra, acuchillaron la caballeria enemiga, obligándola a refugiarse desmontada a retaguardia de sus batallones; y con ocho oficiales heridos y una pérdida de más de cincuenta hombres de tropa entre muertos y heridos, dieron tiempo a que se salvase una gran parte de los dispersos. Al mismo tiempo, el mayor La Madrid volviendo al campo de batalla con una parte de los dragones que se retiraban ordenados, cargó sobre las partidas perseguidoras del enemigo, y las obligó a replegarse, concurriendo así a que se salvara mayor número de dispersos.

La pérdida de los patriotas pasó de mil hombres entre muertos, heridos y prisioneros, dejando en el campo una bandera (la del número 7), nueve piezas de artilleria

y como mil quinientos fusiles (1). La pérdida confesada por los españoles fué de 32 muertos y 198 heridos.

La retirada del ejército argentino.— No obstante que la persecución no alcanzó a más de tres leguas, la retirada fué desordenada, casi individual: nadie mandaba, nadie obedecia. El general Rondeau habia salido del campo de batalla, arrastrado como todos, por el desorden de la derrota; pero lo admirable es que solo iba acompañado de dos o tres de sus ayudantes, sin que un solo individuo de tropa aumentara su comitiva. ¿Era que el general en jefe huyese de ponerse en contacto con los miles de dispersos, que por diversos caminos y sendas seguian la misma dirección, o era que el prestigio del general habia sufrido un menoscabo tan terrible que nadie quería reunírsele? Lo cierto es que el general llegó solo a Chuquisaca, después de haber andado más de ochenta leguas, sin que en diez o doce días que duró esta travesía, se oyese impartir una sola orden suya, ni invocar su nombre, ni se recibiese el menor acto o disposición de su parte, sino para reparar, para hacer al menos que no fuese tan completo el desastre.

El general don Francisco Cruz, mayor general del ejército, habia recibido una herida en un brazo, que le obligaba a ocuparse de su curación. Solo el coronel Zelaya pudo reunir un cuerpo de cuatrocientos hombres y marchó con cierta regularidad. Este fué el núcleo sobre que empezó en Chuquisaca a reorganizarse el ejército.

En Chuquisaca permanecieron los restos del ejército unos cuantos días, hasta que se hizo sentir la proximidad del enemigo. El general habia salido poco antes a Yotala, ordenando que fuese allí la reunión del ejército, allí se hizó, si puede llamarse reunión un amontonamiento de hombres, de bagajes, de mujeres, de familias, etc.

Ante este espectáculo desconsolador, exclamaba el general Paz: «¡Qué comparaciones haciamos con esas retiradas del general Belgrano, en que habiendo dejado tres cuartas partes de su ejército en el campo de batalla, salvaba la que le quedaba, conservando la disciplina y el honor de nuestras armas! ¡Qué comparación con aquella

(1). Rondeau no señala el número de sus pérdidas. Pezuela, Camba y Torrente fijan cifras exageradas. Tomamos este cálculo de Mitre, que tiene por base el número del ejército argentino, que apenas llegaba a 4,000 hombres.

espantosa fuga en que habiéndose salvado todo el ejército, se perdió en su mayor parte por la inepcia y la más crasa incapacidad!

«Aun habia otra ventaja que pudo aprovecharse, y era la adhesión que siempre manifestó a nuestra causa, más que ninguna otra provincia del Perú, la de Cochabamba, lo que hubiese contribuido eficazmente, si el general y los jefes hubieran manifestado una pequeña parte de ese espíritu, de ese celo y de esa energía en la desgracia, de que les habia dado ejemplo el general Belgrano.....»

Desde Yotala emprendió su retirada el ejército destrozado, dejando a Potosí a la derecha y tomando por el pueblo de Puna y Tumusla, para reunirse en Escara, cinco leguas antes de llegar a Cotagaita, con una pequeña división que llevaba de Potosí el gobernador don Apolinario de Figueroa.

Durante esta marcha estalló con más fuerza que nunca, la división entre algunos jefes y el general en jefe; el ejército estaba dividido en dos bandos, de los cuales el uno sostenia al general, y el otro le hacia oposición.

En Tupiza se detuvo el ejército algunos días, continuando la marcha para volver a hacer alto en Moraya. Cuando el enemigo volvió a aproximarse, siguió la retirada hasta la quebrada de Humahuaca, donde se fijó definitivamente. Allí encontró una hermosa división compuesta de los regimientos de infanteria números 2 y 3 a las órdenes de los coroneles Bustos y French, que venia de Buenos Aires a reforzar el ejército de Rondeau, y aun que habia sufrido considerable deserción, pasaba de mil hombres veteranos su fuerza actual, con seis cañones.

Es fuera de duda que cuando comprometió la batalla de Sipesipe, el general Rondeau ya tenia conocimiento de que venia esta división en su auxilio. ¿Por qué no diferirla entonces, retirándose hasta recibirla? Aun después de perdida la batalla, si se hubiese hecho la retirada cual convenía, si se hubiera salvado los elementos que debieron salvarse, si se hubiera restablecido la disciplina, el ejército argentino hubiera estado en aptitud, con el refuerzo mencionado, de resistir al enemigo y dar una segunda batalla, si no es que tomaba la ofensiva.

Fuera de la división de que hemos hablado, el gobernador de Salta (Güemes) habia adelantado otra de milicianos para cubrir la vanguardia, la que se incorporó al

ejército en Moraya y fué destinada a Salo, a cuatro leguas de Tupiza en el camino a Cotagaita, donde fué sorprendida, sin tiempo para ensillar, por no tener descubierta, dejando en el campo 64 prisioneros con algunos muertos, dispersándose el resto. El coronel Juan José Campero, más conocido con el título aristocrático de Marqués de Yavi y de Tojo, señor de un vasto territorio adyacente a la frontera argentina, se levantó en armas con todos sus feudatarios, organizando a su costa un cuerpo de tropas, y cubrió con él la boca superior de la quebrada de Humahuaca, con lo que dominó el camino del despoblado y mantuvo las comunicaciones con el país insurreccionado.

Consecuencias de la derrota de Sipesipe.—La derrota de Sipesipe, a que los realistas llamaron victoria de Viloma, fué después de Huaqui la más desastrosa de la guerra de la independencia. Dominada por la expedición de Morillo (antes destinada al Rio de la Plata) lo que después se llamó Colombia, desde el Atlántico al Pacífico: sojuzgado Chile, rota la unidad del virreinato de Buenos Aires constituido en Provincias Unidas del Rio de la Plata, el Alto-Perú quedaba solo y aislado, y Sipesipe parecía ser el último golpe dado a la revolución americana.

Apenas habia podido reorganizarse en Humahuaca el ejército derrotado en Sipesipe, que contaba ya con más de 2,000 hombres, cuando fué comprometido en una vergonzosa y desastrosa guerra civil. El comandante don Martín Güemes, que después de la acción del Puesto del Marqués, en la que se halló con sus gauchos, se retiró a Salta, se hizo dueño absoluto de la provincia, se apoderó sin resistencia del poder y se hizo elegir gobernador intendente ejerciendo presión sobre el cabildo, y declaróse independiente de hecho.

A la llegada de las reliquias del ejército que habia sufrido su desastre en Sipesipe, Güemes presentóse en una actitud hostil y recelosa, haciendo gala de insubordinación cometiendo otros actos irregulares que parecian el principio de una abierta rebelión, al extremo de llegar a persuadir alos realistas que era un auxiliar con el cual podian contar en caso de invasión.

Rondeau que se habia replegado con la infanteria a Jujuy, dejando la caballería en Humahuaca, y ocupados

por las milicias del pais y del marqués de Yavi los puestos avanzados del Potrero, de Casabindo y Tarija, vió desaparecer en su marcha el resto de los trescientos diez milicianos de Güemes, que se dispersaron después de la sorpresa que sufrieron en Salo.

Algunos vecinos de Salta mal avenidos con Güemes, incitaban al general en jefe que acudiera en auxilio del pueblo para sacudir la autoridad del caudillo. Lo cierto es que se creó una situación tirante, y Rondeau a la cabeza de 2,000 veteranos se decidió a castigar los desmanes de Güemes. Se movió con todo su ejército sobre Salta, ordenando a dos escuadrones de dragones que se hallaban en Tucumán, se le incorporasen en aquel punto. Estaba declarada la guerra civil.

A los primeros pasos comprendió Rondeau que estaba en un pais enemigo: todos los habitantes se habian reconcentrado al torno de su caudillo. Al llegar a los altos de la Caldera, a seis leguas de Salta, las guerrillas salteñas rompieron el fuego sobre el ejército, continuando las hostilidades hasta el campo de Castañares. Desde allí contínuó avanzando hasta el punto de los Cerrillos (seis leguas al sur de Salta), donde se había reconcentrado Güemes con todas sus fuerzas. Rondeau reducido al terreno que pisaba, falto de víveres y de forrajes, escaso de caballeria para dominar la campaña, recibió allí la noticia de que de los dos escuadrones de dragones que esperaba, el uno habia pasado a Jujuy, y el otro habia sido rendido por las tropas de Güemes en el Campo Santo, a inmediaciones de Salta.

Reducido a este extremo, el general Rondeau tuvo que capitular haciendo una especie de tratado, mediante el cual le dieron víveres para su ejército, le volvieron los prisioneros y le dejaron volver a Jujuy, de donde habia salido ufano pocos días antes, quedando Güemes reconocido en su gobierno, con todos los desertores del ejército, que desde antes y entonces habia patrocinado, habiendo aumentado su armamento con lo que pudo tomar en la campaña, y orgulloso con un triunfo que excedia a sus esperanzas.

El ejército volvió a Jujuy con todas las humillaciones de una derrota. El general Rondeau, considerándose desautorizado ante el país, renunció el mando del ejército, pero se dió por resentido cuando supo que antes de proveer a su renuncia se le habia nombrado por sucesor al general Belgrano.

Después del triunfo de Güemes, la permanencia del ejército en Jujuy era imposible; así es que el general interino, que lo era French, se apresuró a obedecer la orden que le habia trasmitido el general Belgrano de replegarse a Tucumán.

El poder argentino volvió a concentrarse con el ilustre Belgrano en Tucumán, y las provincias del Alto-Perú se resignaron a continuar solas la guerra de su independencia, enardeciendo su patriotismo y sin doblegarse con los contrastes que habian sufrido.

Crueles persecuciones después de la derrota de Sipesipe.—Al día siguiente de la batalla de Viloma entró Pezuela a la ciudad de Cochabamba; el general don Juan Ramírez se dirigió con una división sobre la ciudad de Chuquisaca, y el general don Pedro Antonio de Olañeta sobre Potosí, con tres cuerpos de tropa. Pezuela mandó fusilar en la hacienda de la Chimba a tres prisioneros; los demás fueron conducidos a Oruro por un batallón, el cual se empleó después en perseguir a los patriotas de Ayopaya; pero inútilmente, porque el jefe de estos, don José Miguel Lanza, se burló de la impericia del coronel don Sebastián Benavente, que mandaba ese cuerpo, y lo diezmó sin comprometer un choque decisivo.

Se vendieron en las costas del Perú los prisioneros del batallón octavo que era de libertos. Se impusieron enormes gavelas a los habitantes de las ciudades y de los pueblos. Se reinstalaron los tribunales de purificación, formados de personas resentidas que buscaban la venganza, y que no contentas con derramar sangre inocente, se complacian en hacer el mal con refinamiento de ferocidad. Las tropas realistas asaltaban las casas de los patriotas, las saqueaban y destrozaban los muebles y hasta las paredes; arruinaron las cosechas y las plantaciones, asolaron los campos causando una completa destrucción de las propiedades.

Grande y general irritación trabajó los ánimos, representándose por doquiera síntomas de inquietud y despecho. Acudir a las armas fué el único remedio que se consideró capaz de contener tanta perversidad; y los caudillos que en el año anterior conmovieron el ejército real, viendo que sus filas se aumentaban cada día con nuevos prosélitos, volvieron a tomar su actitud amenazadora con más empeño.

Pero no venian los excesos solo de los realistas, sino también de los ejércitos auxiliares y de las autoridades nombradas por el gobierno de Buenos Aires, que con sus extorsiones hacian odiosa la causa de la independencia. Don Martin Rodríguez, que después del desastre de Venta y Media, debido exclusivamente a su mala inspiración e impericia militar, volvió a Chuquisaca en clase de gobernador, tuvo aviso de la derrota de Viloma, el día 1º. de diciembre, por haber llegado en la mañana de ese día el oficial Claudio Baptista. Inmediatamente mandó prender a varios individuos del comercio y a otras personas pudientes, a quienes impuso forzosa contribución de dinero; se cuidó poco de averiguar la opinión de éstas, lo que le importaba era que pudiesen hacer efectiva la cantidad impuesta

Cometió otro alentado, que indignó más a la opinión pública. De propia autoridad depuso al asesor de la intendencia, nombrado por el supremo gobierno, sin otro motivo que el deseo de reemplazarlo con don Severo Malavia. El cabildo se negó a darle posesión, y esto bastó para que Rodríguez mandase prender a los capitulares y los hiciese salir de la ciudad a pie (1).

Asi desapareció el tercer ejército regular argentino destinado a auxiliar la independencia del Alto-Perú; desapareció dejando nuestras principales ciudades y plazas en poder del vencedor, y dejando recuerdos odiosos por sus atropellos y extorsiones, como los que dejó el ejército de Castelli. Un ejército vencedor ocupaba las provincias situadas entre el Desaguadero y La Quiaca, y amenazaba las provincias bajas. Desde entonces, dice un historiador, «la guerra tomó el aspecto de una explosión; pintarla en sus detalles, seria contar y fijar en su dirección los proyectiles que arrastra en su violencia la erupción de un volcán».

Idea separatista de Buenos Aires en el Alto-Perú.—El ejército argentino auxiliar del Perú habia gastado sus fuerzas. El espíritu juvenil que lo animó en Suipacha, la moral y la disciplina de que dió pruebas en Vilcapugio y Ayohuma, todo se habia debilitado y relajado en la última campaña del Alto-Perú y durante su vergonzosa permanencia en Jujuy. Los nuevos elementos venidos de la capital, que en este trascurso de tiempo se

[1]. Urcullu.—*Apuntes.*

le habian incorporado, lejos de robustecer su constitución, contribuyeron a viciarla, como se ha visto. Las repetidas derrotas de las armas de la revolución en el Alto-Perú, habian quebrado su resorte, y desacreditado las empresas militares por este camino. Aquel atrevido plan de campaña de los primeros días de la revolución, de marchar en son de guerra hasta Lima, atravesar en triunfo el Desaguadero, insurreccionando los pueblos a su paso, era ya imposible. En los primeros pasos de la propaganda revolucionaria después de Suipacha, y aun antes de Sipesipe, tal vez habria sido posible llevar la acción militar de la revolución hasta las costas del Bajo Perú; pero después de Sipesipe, faltaban para ello los elementos materiales, y sobre todo las fuerzas morales.

Después de Sipesipe, las clases ilustradas del Alto-Perú estaban decididas a formar una nación aparte, no obstante que las masas populares, y sobre todo los indígenas, persistian en mantener viva la insurrección, levantando con manos débiles aunque heroicas los abatidos pendones de la revolución argentina (1).

El plan de formar el Alto-Perú un estado independiente después de Sipesipe, solo ha sido tomado en cuenta por un solo historiador. Urcullu, en sus «Apuntes para la historia de la revolución del Alto-Perú, hoy Bolivia», dice: «Desde esa época (Sipesipe) se formó por los patriotas el proyecto de hacer un Estado independiente de las provincias del Alto-Perú; sin embargo por amor a la vida muchos emigraron para el sud.

«La separación de Buenos Aires debia hacerse amigablemente, como se hizo y cual hacen dos hermanos que salen de la casa paterna para establecer nuevas familias. La sangre de los argentinos habia corrido mezclada con la de los altoperuanos en defensa de una misma causa. Juntos enarbolaron los mismos pendones, juntos batallaron, juntos cayeron, juntos triunfaron. Todos se ligaron con un mismo juramento, uno fué el objeto, uno el empeño. Las simpatías por el gran pueblo argentino eran grandes, y lo serán mientras haya patriotismo en los hombres, y mientras la verdad y la buena fe conserven apreciadores.

«En cuanto al virreinato del Perú no cabia cuestión alguna a este respecto. Separadas de él estuvieron estas provincias por la ley; estaban mucho más por el odio que

[1]. Mitre, Historia de Belgrano. T. 2º págs. 413 y 414.

engendró la guerra destructora que hacian los peruanos realistas, y por la crueldad con que llevaron por todo el ámbito de ellas la desolación. Crueldad que más tarde subió hasta un punto increible».

Concluye el mismo autor, en una nota de la obra citada, y en la misma página 85: «Se ha dicho en Lima y en otras partes que la República Boliviana ha sido obra de los libertadores Bolívar y Sucre; esto no es exacto, ellos se vieron forzados al reconocimiento de su independencia y obligados a su protección por gratitud. El empeño de estos pueblos por emanciparse era ardoroso y general entónces»

Mucho antes que el historiador altoperuano, escribía el general San Martín, el 24 de agosto de 1816, una carta a Godoy Cruz, en que le dice: «No hay una verdad más demostrable que lo que Ud. me dice de la separación del Perú (Alto) de las provincias baxas: esto lo sabía muy de positivo desde que estuve con el mando de ese ejército; y de consiguiente, los intereses de estas provincias con las de arriba no tienen la menor relación».

Ya conocemos la opinión de San Martin a este respecto. En 1814, dejó la jefatura del ejército auxiliar del Perú, después de haberlo organizado en Tucumán y en vísperas de abrir la tercera campaña, porque en su concepto «la patria no hará camino por este lado del norte que no sea una guerra defensiva», y su inspiración y su amor a la gloria le señalaban el camino de los Andes para libertar a Chile y al Bajo Perú. Después de Sipesipe, cuando San Martin organizaba en Mendoza el ejército de los Andes, que inmortalizó su nombre, el gobierno de Buenos Aires volvió a nombrarlo general en jefe del ejército auxiliar del Alto-Perú, y renunció el cargo, indicando el nombre del general Belgrano, que en efecto fué nombrado.

Mientras tanto, en esos días de prueba para el Alto-Perú, sus diputados se incorporaban al congreso de Tucumán, manifestando su adhesión a la revolución de Mayo y al pueblo argentino. Esa ilustre corporación fué la que declaró la independencia de las Provincias Unidas del Rio de La Plata, el 9 de julio de 1816, y esa acta inmortal está suscrita por los representantes del Alto-Perú, siendo secretario el doctor Mariano Serrano, diputado por Chuquisaca.

Warnes en Santa Cruz y el combate

de la quebrada de Santa Bárbara (7 de Octubre de 1815).—Para cerrar este capítulo con los sucesos de 1815, necesitamos retroceder pocos meses en el orden cronológico que seguimos, y trasladarnos al oriente de Santa Cruz, a Chiquitos, donde triunfaban las armas de la patria.

Los dispersos de la división Blanco que pereció en la Florida, y trescientos soldados más que estaban a las órdenes del comandante Udaeta se metieron a la provincia de Chiquitos, y se pusieron a disposición del gobernador don Juan Bautista Altolaguirre.

Apenas tuvo conocimiento Warnes de esta concentración de fuerzas realistas en el extremo oriental de la provincia de su gobierno, resolvió atacarlas, y en 27 de agosto de 1815 dirigió en Santa Cruz a las tropas de su mando la siguiente proclama:

«Soldados de la patria: Nuestros hermanos de Chiquitos nos llaman, y nuevas glorias se nos presentan para adornar el Templo de la Libertad de estas Provincias. La nueva campaña que vamos a emprender bajo los auspicios del Todo-Poderoso que tan a descubierto nos manifiesta su protección, vá a poner fin a los estragos de la guerra civil. Que pueda yo conduciros de la mano ante la presencia de nuestro Excmo. Supremo Director y General en Xefe D. José Rondeau para que conozca los héroes libertadores de la América del Sud, y que al pasar por entre nuestros conciudadanos, fixen sus ojos en vosotros y admiren vuestra constancia y valor. Juremos vencer, y la victoria nos coronará de laureles para que vivamos en unión y libertad».

Al dirigirse al pueblo de Santa Cruz, le decía: «Me hallo próximo a dirigirme a la Provincia de Chiquitos, y sacar a nuestros hermanos de la dura opresión que padecen baxo la tiranía del enemigo. Estoy satisfecho y lleno de la mayor confianza que mientras que yo maniobre con mis tropas en aquella Provincia, os mantendréis quietos conservando la paz en que actualmente estáis».

Salió el coronel Warnes de la ciudad de Santa Cruz en los primeros días del mes de septiembre, a la cabeza de su división compuesta de las tres armas, y después de una larga y penosa marcha de treinta y cinco días por entre montes y caminos inundados de agua, llegó el 7 de octubre (1) a la estancia de Santa Bárbara, a las tres

---

(1). Urcullu y copiándolo los demás historiadores, dicen que la

leguas del pueblo de San Rafael, capital de la provincia de Chiquitos. Cuando llegó la división patriota, ya se habian encontrado en aquel lugar las guerrillas de las avanzadas, y el empuje fué tan violento, que la vanguardia patriota arrolló a la realista, la que se replegó al atrincheramiento que tenia formado en la quebrada.

Apenas cesó el fuego por media hora, en cuyo tiempo pudo Warnes desplegar sus tropas del modo siguiente: dividió la caballería en tres secciones, la primera al mando del comandante del primer escuadrón de dragones don Saturnino Salazar, con una compañía de su mismo escuadrón de carabina y sable, dos de lanceros del segundo y tercer escuadrón, y una guerrilla fuerte de 50 infantes al mando del alferez don Gregorio Pasos, para que desfilando por el costado izquierdo del enemigo, hiciese un medio círculo y penetrase por el monte hasta ponerse a retaguardia del campo y atrincheramiento realista. La segunda sección al mando del capitán de dragones don José Olivera, con tgual número de dragones y lanceros, y sin guerrilla alguna de infanteria, se dirigió por el costado derecho, practicando por la inversa la operación del medio círculo, hasta encontrarse con la línea del comandante Salazar, de un modo que ambas secciones, no solo resistiesen al enemigo por el frente, sino que también formasen en circumbalación a retaguardia del enemigo. La tercera sección estaba al mando del teniente coronel don Melchor de la Villa Guzmán, que era el segundo jefe de la división, como el más caracterizado después del coronel Warnes, y fué colocada a retaguardia de la infanteria, para sostenerla con tropas de caballeria, la que se dividió en tres columnas con las filas abiertas para poder desplegar por la izquierda en ala a su frente prolongando la línea, que tenia dos piezas de artilleria de a 2 en el centro, y una de a 4 en cada costado. El parque de municiones y equipajes se colocó a retaguardia de la reserva, escoltado por una compañía de lanceros.

Avanzó el centro desplegando la infanteria sobre el enemigo, y sufriendo un fuego vivo de artilleria y fusileria, llegó hasta el borde del atrincheramiento de las fuerzas realistas, al mismo tiempo que las secciones de los

batalla de Santa Bárbara se dió el 27 de Noviembre de 1815. El parte oficial de Warnes, dirigido a Rondeau del cuartel general de San Rafael el 14 de Octubre, dice que la acción tuvo lugar el 7 de ese mes. Rondeau recibió el parte en su cuartel general de Sipesipe el 22 de Noviembre, y el mismo día lo trasmitió a Buenos Aires.

costados habian formado el círculo a retaguardia del enemigo, el que se vió cerrado por todas partes.

El empuje de los patriotas fué incontenible, y horrorosa la carnicería que hicieron una vez que se apoderaron de las trincheras; fueron víctimas desde el jefe y gobernador de la provincia don Juan Bautista de Altolaguirre, que murió de una lanzada, hasta el último soldado. Udaeta con unos pocos lograron escapar por el monte y a todo correr llegaron a Matogroso, provincia del Brasil. Entre el 7 y 8 de octubre se recogieron más de 300 cadáveres del campo enemigo, y en los dias siguientes fueron encontrados muchos más en los montes; el parte de Warnes dice: «me propuse contarlos para dar una noticia exacta de los muertos, y a pesar de haber comisionado a seis oficiales los contaran, no pude conseguir por tantos como conducia la caballería los más de ellos corrompidos». Los patriotas, según el mismo parte, no tuvieron más pérdidas que 3 muertos y 25 heridos (1).

Los trofeos de aquella victoria fueron 4 piezas de artillería, más de 200 fusiles, las municiones, tiendas de campaña y equipajes del enemigo.

El golpe fué mortal y tan decisivo, que en toda la provincia de Santa Cruz se alzó triunfante la causa de la libertad.

[1]. El parte oficial de Warnes no dice el número de las tropas con que combatió: pero dice que los enemigos pasaban de 5,000 comprendiendo la indiada de flecheros que atacó a los patriotas por retaguardia.

CAPITULO DÉCIMO SEXTO

1816.—El año de 1816 en América.—Situación del ejército realista en el Alto-Perú cuando La Serna reemplaza a Pezuela.—Guerra de las republiquetas, su carácter e importancia.—Distribución topográfica de la insurrección del Alto-Perú.—Antecedentes históricos y noticias sobre los caudillos.—Auxilio poderoso que prestan las republiquetas del Alto-Perú a las provincias argentinas: su reorganización después de Sipesipe y el gran error de Rondeau.—Los jefes españoles al frente de las republiquetas.

El año de 1816 en América.—El año de 1816 fué un año de prueba para toda la América del Sud, especialmente para el Alto-Perú, que desde la derrota de Sipesipe parecía que habia quedado solo en la palestra del continente americano. Desde Méjico hasta el cabo de Hornos imperaban las armas españolas. Morillo habia dominado el virreinato de Santa Fe y la capitanía general de Venezuela desde el Atlántico al Pacífico, Bolívar se hallaba emigrado en la Jamaica. El virrey Apodaca dominaba a Méjico, recibiendo de manos de su antecesor Calleja la revolución casi del todo sofocada. Un ejército español más fuerte que el de los Andes, ocupaba a Chi-

le. El Alto-Perú sojuzgado por los vencedores de Sipesipe, y abandonado por sus aliados impotentes era la base de operaciones del ejército realista que amenazaba por el norte a las provincias bajas del virreinato de Buenos Aires. La corte de Portugal establecida en el Brasil, ocupaba la Banda Oriental y se posesionaba de Montevideo, atraida por la anarquia y obedeciendo a las miras de su política ambiciosa. El viejo virrey Abascal, que habia iniciado la reacción realista en 1809, triunfaba de un extremo a otro del continente, y sólo le faltaba para completar su obra invadir las fronteras argentinas y llevar sus banderas victoriosas hasta Buenos Aires. Pezuela, el vencedor de Vilcapugio, de Ayohuma y de Sipesipe, se preparaba a dar el golpe final.

Año de prueba y de congojas, de descomposición y de reacción para el Alto-Perú, que se entregaba a sus propias fuerzas. Nada podia esperar del ejército auxiliar que se habia retirado a Tucumán, débil en número, quebrantado por una larga serie de derrotas y enervado por las humillaciones que le habia infligido Güemes, era impotente para medirse con su enemigo victorioso, y hasta para cubrir las fronteras argentinas.

Ese ejército al retroceder humillado, recibió las más tristes nuevas. El mayor La Madrid, a quien habia destacado desde Moraya a Tarija con cuatro dragones, con el objeto de reunir dispersos, se habia visto obligado a replegarse de este punto, después de obtener algunas ventajas sobre fuerzas del enemigo que habia intentado atacarlo. Camargo, uno de los caudillos más prestigiosos de la insurrección del Alto-Perú, que hasta entonces se habia sostenido en el valle de Cinti (cuyo nombre lleva hoy en su honor) habia sido destrozado, clavándose su cabeza en un madero. Uriondo, el más arrojado ayudante en el campo de Sipesipe, y pariente del marqués de Yavi, que operaba en Tarija en combinación con las fuerzas de La Madrid y Camargo, se habia visto obligado a seguir el movimiento retrógrado, abandonando el terreno al enemigo. Padilla, el guerrillero famoso, que a la cabeza de millares de partidarios habia tenido en jaque a Potosí y Chuquisaca, después de algunas ventajas y de serios contrastes, se habia visto obligado a refugiarse en las montañas del Oeste. Las fuerzas del marqués de Yavi, al amago del enemigo, abandonaban sus posiciones de Casabindo y Padcaya. El enemigo, triunfante en todas partes, y resuelto al parecer a seguir adelante, ocupaba

a Tarija, amenazaba el flanco y la boca de la quebrada de Humahuaca, estableciendo su cuartel general sobre las fronteras del país argentino.

Tal era la situación del Alto-Perú al comenzar el año 1816, cuyos acontecimientos vamos a seguir después del cuadro general que acabamos de trazar.

Situación del ejército realista en el Alto-Perú cuando La Serna reemplaza a Pezuela.—Volvamos ahora al ejército realista, al que hemos perdido de vista después de su gran triunfo de Sipesipe.

Pezuela, vencedor en el campo de batalla de Vilcapugio, Ayohuma y Sipesipe, pudo considerarse dueño del Alto-Perú. Empero, el pais vencido, pero no dominado, se resistia a prestarle obediencia. En los valles apartados, en lo alto de las montañas y hasta en los caminos públicos, se mantenía viva la insurrección, que habia precedido a la revolución argentina, y que no la abandonaba en la hora de la desgracia. Por muy ensoberbecido que estuviera con sus triunfos, Pezuela comprendia, que no era fácil invadir un pais, que en peores condiciones habia dado cuenta de sus ejércitos en Tucumán y Salta, y sobre todo antes de pacificar y asegurar su retaguardia. El virrey Abascal era de opinión de avanzar inmediatamente, aprovechando el prestigio de la reciente victoria. Pezuela, más cauto que Goyeneche y Tristán después del Desaguadero, consideraba pocas sus fuerzas, y creia prudente esperar las nuevas tropas que de la expedición de Morillo a Costa Firme debian desprenderse para reforzar las del Perú. Esto era a principios de 1816 (1).

En medio de estas trepidaciones fué elevado Pezuela al virreinato del Perú. Más ansioso de gozar de sus triunfos en la corte colonial de Sud-América, que de completarlos fuera de las fronteras del Alto-Perú, se apresuró a delegar el mando en su segundo el general Ramírez, el cual por experiencia propia conocia ya, que la empresa no era tan llana. Con esta alteración en el mando, las operaciones del ejército español quedaron paralizadas.

Coincidió con esto la sublevación casi general del pais. En San Lucas, en Potosí, en Tarija, en Cinti, en Charcas, en Cochabamba, en Larecaja, la insurrección popular resurgía potente, acaudillada por Lanza, Padilla,

[1]. General Camba. Memorias para la historia de las armas españolas en el Perú. T. I. págs. 200 y 201.

Uriondo, Camargo y otros caudillos, mientras Santa Cruz de la Sierra se mantenia en armas al oeste del cordón de la cordillera oriental, con su indomable gobernador Warnes a la cabeza. En tal situación Ramirez se vió obligado a reconcentrar todas sus fuerzas a su cuartel general de Santiago de Cotagaita, dejando en el resto del pais las guarniciones estrictamente necesarias para mantener el dominio militar y las comunicaciones de las divisiones entre sí, y avanzó su vanguardia hasta Yavi en observación de las fronteras argentinas.

Tal era la situación del ejército realista del Alto-Perú, cuando el general La Serna se recibió de su mando en 1816, trayendo el refuerzo de las tropas peninsulares que Pezuela esperaba para abrir operaciones decisivas. Con él venian los batallones de Estremadura, de Gerona, y algunos otros cuerpos que unidos a los Húsares de Fernando VII y los Dragones de la Unión, representaban para la España una historia de triunfos inmortales, y figuraban a su frente los nombres de Gerónimo Valdez, de Espartero, de Carratalá, de Rodil y de otros, que acababan de vencer a los primeros soldados del mundo mandados por el gran Nopoleón. Estas tropas invencibles y estos ilustres veteranos venian a medirse con los montoneros y los caudillos del Alto-Perú, que llegaron a perturbar su estrategia y muchas veces a anular sus conocimientos técnicos sobre la guerra.

El nuevo general español venia precedido de una gran reputación. Habia hecho con distinción la guerra en Africa, en el Rosillón y la última de la Península; tenia conocimientos profesionales, y era menos aferrado que Pezuela a la rutina militar. Humano, liberal en sus ideas políticas, con aptitudes administrativas y valor personal, era sin embargo débil en el mando e irresoluto para adoptar un plan y llevarlo a ejecución. Imbuido de principios teóricos, que habia visto aplicar en otro teatro, no conocía el país, y a la vez que despreciaba al enemigo que iba a combatir, dudaba que los medios de que disponía fueran suficientes para llevar a cabo la empresa. Persuadido de que el nervío del ejército realista, lo constituian los batallones peninsulares, no supo apreciar el temple del arma que tenia en sus manos, desconociendo la importancia de los cuerpos americanos que le obedecian y que hacia más de seis años sostenian la guerra en el propio territorio. Esto le enajenó desde luego la buena voluntad de los naturales, lo cual contribuyó mucho a quitar a la

lucha su carácter de guerra civil, dándole el de una guerra nacional contra soldados extranjeros (1).

Entre los jefes figuraba en primera línea el general Pedro Antonio Olañeta, discípulo de la escuela de Goyeneche y Tristán, y por lo tanto rival de la preponderancia de los militares europeos. De traficante se habia elevado al rango que ocupaba, acaudillando la reacción contra los patriotas, y como jefe permanente de vanguardia, era respecto de La Serna en el Alto-Perú, lo que Güemes respecto de Belgrano en Salta. Tenía por segundo a su cuñado el coronel Guillermo Marquiegui, natural de Salta, y ambos eran decididos por una invasión inmediata sobre las provincias argentinas.

Guerra de las republiquetas, su carácter e importancia.—Es esta una de las guerras más extraordinarias por su genialidad, la más trágica por sus sangrientas represalías, y la más heroica por sus sacrificios oscuros y deliberados. Lo lejano y aislado del teatro en que tuvo lugar, la multiplicidad de incidentes y situaciones que se suceden en ella fuera del círculo del horizonte histórico, la humildad de sus caudillos, de sus combates y de sus mártires, ha ocultado por mucho tiempo su verdadera grandeza, impidiendo apreciar con perfecto conocimiento de causa su influencia militar y su alcance político.

Como guerra popular, la de las republiquetas precedió a la de Salta y le dió el ejemplo, aunque sin alcanzar igual éxito. Como esfuerzo persistente, que señala una causa profunda y general, ella duró quince años, sin que durante un solo dia se dejase de pelear, de morir, y de matar en algún rincón de esta elevada región mediterránea. La caracteriza moralmente el hecho de que, sucesiva o alternativamente, figuraron en ella ciento dos caudillos más o menos oscuros, de los cuales solo nueve sobrevivieron a la lucha, pereciendo los noventa y tres restantes en los patíbulos o en los campos de batalla, sin que uno solo capitulara, ni diese ni pidiese cuartel en el curso de tan tremenda guerra (2). Su importancia militar puede medirse más que por sus batallas y combates, por la influencia que tuvo en las grandes operaciones milita-

---

[1]. Torrente «Hist. de la Rev. Hisp. Am. t. II págs. 207 y 208. Camba «Memorias», etc. t. I. págs. 223 y 224.

(2). Urcullu «Apuntes para la Revolución del Alto-Perú». Cap. VI, pág. 93.

res, paralizando por más de una vez la acción de ejércitos poderosos y triunfantes.

El primer grito de insurrección de la raza indígena y el primer grito de independencia de la raza criolla sud-americana, fué dado en el Alto-Perú. Un año antes que estallara en Buenos Aires la gran revolución de 1810, la docta ciudad de Charcas fué la primera que dió la señal de la insurrección el 25 de Mayo de 1809, y días después respondió temerariamente La Paz, con la guerra y los martirios primeros de la independencia continental. Uno de los mártires, hombre oscuro del pueblo, gritó al subir a la horca: ¡«La téa que he encendido no se apagará jamás!» (1). Sus miembros despedazados, lo mismo que los de sus compañeros de causa, fueron clavados en las pirámides de piedra que en los caminos marcan las leguas. Allí permanecían aún como padrones de escarmiento, cuando antes de cumplirse un año, el grito profético de los revolucionarios de La Paz dado el 16 de julio de 1809, fué repetido en Buenos Aires el 25 de Mayo de 1810. Desde entonces y hasta la época que hemos llegado en nuestra narración, el Alto-Perú fué el palenque en que se batieron americanos y realistas. Tres ejércitos argentinos trajeron sucesivamente sus armas a este territorio, obteniendo un triunfo, sufriendo cuatro derrotas, y evacuándolo vencidos por tres veces consecutivas.

En medio de estas alternativas, la opinión de los pueblos del Alto-Perú acompañó constantemente a sus auxiliares en la guerra de la emancipación, así en la prosperidad como en el infortunio. Hemos visto ya, cómo la heroica Cochabamba precedió con su alzamiento a las armas de la revolución argentina, respondiendo al triunfo de Suipacha con el de Aroma; cómo después de la derrota de Huaqui se alzó sola por dos veces por no doblar el cuello ante la espada del vencedor; y cómo se alzó por seis veces consecutivas, manteniendo en alto los pendones de la insurrección popular, aun sin esperanza de triunfo. Hemos visto cómo, después de Vilcapugio y Ayohuma, la insurrección se mantuvo indomable en Cochabamba, en Mizque, en Santa Cruz de la Sierra, en Tomina, en la Laguna y Pomabamba, acaudillada por Arenales, por Warnes y por Padilla, paralizando las operaciones del vencedor por su frente, y obligándolo a distraer la mitad de su ejército para cubrir su retaguardia amenazada. Por último, hemos visto,

(1). Cortés. Historia de Bolivia, pág. 31.

que después del gran triunfo de los españoles en Sipesipe, la insurrección resurgió más enérgica y valiente en los valles y las montañas del norte, del centro y del oriente, asumiendo las proporciones de una verdadera guerra, que impidió así al vencedor llevar adelante inmediatamente su plan de invadir las Provincias Unidas, lo que dió tiempo a éstas para declarar su independencia, organizar sus elementos de acción, hacerse invencibles dentro de sus fronteras, y llevar a su vez la guerra fuera de su territorio reconquistando a Chile y amenazando al Perú.

Lo más notable de este movimiento multifirme y anónimo es que, sin reconocer centro ni caudillo, parece obedecer a un plan preconcebido, cuando en realidad sólo lo impulsa la pasión y el instinto. Cada valle, cada montaña, cada desfiladero, cada aldea, es una republiqueta, un centro local de insurrección, que tiene su jefe independiente, su bandera y sus termópilas vecinales, y cuyos esfuerzos aislados convergen sin embargo hacia un resultado general, que se produce sin el acuerdo previo de las partes. Y lo que hace más singular este movimiento y lo caracteriza, es que las multitudes insurreccionadas pertenecen casi en su totalidad a la raza indígena o mestiza, y que esta masa inconsistente, armada de palos y de piedras, cuyo concurso nunca pesó en las batallas, reemplaza con eficacia la acción de los ejércitos regulares ausentes, concurriendo a su triunfo como va a verse, con sus derrotas más que con sus victorias. (1)

Distribución topográfica de la insurrección del Alto Perú.—Durante el año de 1816, este movimiento insurreccional y tumultario, se localizó principalmente en seis puntos del territorio del Alto Perú, y se hizo fuerte en ellos, desafiando el poder de las armas españolas. Al norte de La Paz y sobre las márgenes del Desaguadero y del lago de Titicaca, se organizó y mantuvo una insurrección de indígenas, con su cuartel general en Larecaja, que extendía sus correrias hasta Omasuyos, interceptando los caminos con el Bajo Perú por aquella parte. Al centro se establecieron tres indomables republiquetas, que envolvian a Cochabamba por el sur, el norte y el oriente, pululando a su alrededor innumerables bandas de partidarios. Era la principal de estas la de Ayopaya, que amenazaba los caminos de La Paz y Oruro, mante-

(1) B. Mitre. Historia de Belgrano. T. II. Cap. XXXIII.

niéndose atrincherada en sus inexpugnables montañas y libre a su espalda la retirada al territorio de los Mosetenes y Yuracarés, que linda con el de Mojos. La otra tenía su asiento en Chayanta, interceptando las comunicaciones entre Oruro y Potosí, y entre Cochabamba y Chuquisaca, y que por falta de una retirada segura, fué facilmente dominada varias veces. La tercera de las tres republiquetas que circundaban a Cochabamba, era la de Mizque, que mantenía sus comunicaciones con Santa Cruz de la Sierra por Vallegrande (otro centro de insurrección), y por su izquierda con Tomina, cuartel general de otra republiqueta limítrofe.

Desde Tomina hasta Pomabamba, entre el Rio Grande o Guapay y el Pilcomayo, se extendía una confederación de republiquetas, las cuales amenazaban las fronteras de Charcas, teniendo su retirada franca sobre el Chaco boreal. Al rededor de Potosí, interceptando los caminos entre esta ciudad y Chuquisaca, y los de ambas con Cochabamba se interponían numerosas bandas de partidarios, cuyo centro estaba en Porco y Siporo, y se extendian hacia el sur ligándose con las insurrecciones de los valles y altiplanicies inmediatos. Al oriente de la segunda cadena de los Andes, cubierta por este gigantesco ante mural y apoyándose su espalda en las selvas de Mojos y Chiquitos, estaba la gran republiqueta de Santa Cruz de la Sierra, que hacia tres años se mantenia en armas, desafiando el poder español.

Por último desde Tarija a Chuquisaca, entre el Piicomayo y el rio de San Juan, ligándose al poniente con la insurreccion de Tarija y al oriente con la de Tomina, se extendia otra línea de republiquetas con sus retiradas abiertas sobre el Chaco central. Cada uno de los valles de esta línea que derraman sus aguas en el Pilcomayo, cada cordón de sierras, cada depresión del terreno, era una republiqueta, un foco de insurrección permanente, formando el núcleo de ellas la que tenía su asiento en la quebrada de Cinti. (1)

Con esta distribución topográfica de las fuerzas insurreccionales del Alto Perú en 1816, podrá comprenderse, que situado el grueso del ejército español en Cotagaita, su frente estaba cubierto por el rio de San Juan que se derrama en el Pilcomayo, y que por lo tanto, Potosí y Chu-

[1]. Veáse el mapa de la República de Bolivia por Ondarza y Mugía, año 1859.

quisaca eran los puntos fuertes de su línea por la izquierda, formando Cinti un ángulo entrante. El extremo de esta línea se hallaba amagado por el frente, por el flanco y por la retaguardia, por las republiquetas de Cinti inmediatamente y por las de Pomabamba y la Laguna en su prolongación, las cuales circundaban a Chuquisaca. Las republiquetas que circundaban a Potosí y Cochabamba, quedaban situadas a reteguardia del centro de esta linea. La de Muñecas al norte, sobre el Titicaca, era un punto aislado que no formaba sistema con las demás. La de Santa Cruz de la Sierra, aunque aislada también por la barrera de los Andes orientales, era la base y la reserva de la línea de insurrección, que se extendía desde Vallegrande y Mizque hasta la Laguna y Pomabamba, y por lo tanto una seria amenaza sobre la retaguardia de los realistas. [1[La de Tarija tenia importancia especial, porque se comunicaba por el norte con la de Cinti, prestándole su apoyo, amagando la línea del rio de San Juan; por el oriente con la de Tomina guardando su retirada sobre el Chaco central: y por el sur en comunicación con las insurrecciones de Yavi y de Salta, como avanzada que detenía la invasión del ejército español sobre las provincias argentinas.

Antecedentes históricos y noticias sobre los caudillos.—Cuando en 1815 el ejército argentino al mando del general Rondeau, invadió por tercera vez el Alto Perú, la insurrección popular de las republiquetas se hallaba de pie y triunfante en los grandes centros que le hemos señalados.

El cura Muñecas dominaba en Caupolicán, Omasuyos y Larecaja al oriente del gran lago, cuna del imperio de los Incas. Todos los indios de esta agreste región obedecian su voz, y hacia un año que se mantenian en insurrección.

El doctor Ildefonso Muñecas, natural de Tucumán, se hallaba de cura del Sagrario del Cuzco cuando en 1814 estalló la sublevación de Pumakahua, en la que tomó parte. Hombre de inteligencia y de acción, se hizo notar desde luego como uno de los más ardientes tribunos de la revolución.

Cuando el cacique Pumakahua se lanzó con su terrible indiada sobre Arequipa, Muñecas, como secretario del sargento Pinelo, elevado de golpe a coronel, marcharon so-

(1) Mitre. Obra citada. T. II, págs. 561, 562 y 563.

bre La Paz, al frente de 400 hombres. Derrotado Pinelo por los españoles, Muñecas se retiró, con algunos otros oficiales y emigrados de La Paz a los bosques de Larecaja, donde logró sublevar a todos los habitantes de esa región, que gobernaba como cura y jefe militar, siendo el eslabon que unia a los insurgentes del Alto Perú con los de las provincias argentinas del norte.

Desde Larecaja, a principios de 1815, empezó sus correras sobre Puno y La Paz, procediendo de acuerdo con los caudillos Monroy, Cureri y Carrión, compañeros suyos en la derrota de Pinelo. Estos fueron batidos en los altos de Paucarcolla, por lo que Muñecas volvió a internarse en Larecaja, rodeando el lago de Titicaca por el norte y sublevando de paso toda la región de Omasuyos, y amenazando por el extremo opuesto los departamentos de Puno y La Paz. El caudillo se mantenia en comunicación con Rondeau, como puede verse por la siguiente noticia aparecida en Buenos Aires el 2 de diciembre de 1815:

«Con la última correspondencia del general del ejército auxiliar del Perú ha llegado a manos del gobierno un oficio pasado por el doctor don Ildefonso de las Muñecas, comandante de las tropas independientes del interior, al coronel del regimiento número 12, don Juan Antonio Alvarez de Arenales, desde su cuartel de Ayata, con fecha 31 de agosto, en el que manifiesta haber circulado a los pueblos de Puno, Arequipa y Cuzco los papeles remitidos por el general de dicho ejército y que, conducido aquel digno y benemérito patriota por el santo celo de la libertad, no pierde arbitrio para desvanecer las miras de los agentes del despotismo. Embaraza la recluta de soldados que intenta el general Pezuela: ha contenido muchas partidas suyas inferiores en armamento, y por aviso de su sargento mayor sabia haber hecho fugar hasta Puno al subdelegado de Guancané, en el Collado, donde se le tomaron algunos fusiles. Los esfuerzos nobles del doctor Muñecas contínúan con eficacia, y sus resultados preparan un camino ventajoso a nuestras armas por la comunicación que ha abierto con el general del ejército auxiliar, bajo cuya protección dirigirá sus movimientos. Balcarce» (1)

Los realistas le perseguian a muerte y en enero de 1816, mandaron en su persecución una partida de unos 400 hombres. El valiente cura aceptó el reto y después de treinta y cinco dias de hostilidades, los españoles evacuaron

(1). «Gaceta» N. 32.

el territorio, quedando él dueño de la parte oriental del gran lago, como lo comunicaba a Rondeau, según se desprende del parte de éste al gobierno:

«El bizarro patriota doctor don Ildefonso de las Muñecas desde su cuartel de Ayata, me comunica hallarse enteramente libre aquel partido de más de 400 enemigos que por el espacio de mes y cinco dias se han estado tiroteando con sus partidas fugando al fin, después de pérdidas considerables» (1)

Los españoles no podían conformarse con que un simple cura, capitaneando una indiada inculta e indisciplinada, tuviese en jaque a sus veteranos, por lo cual organizaron una tercera expedición conbinada contra el *impío*. Una columna partió de La Paz a las órdenes del comandante Aveleira, y otra desde Puno mandada por el coronel Agustín Gamarra. Quien se fije en el mapa de Bolivia, fácilmente comprenderá la estrategia española. Rodeaban el lago en sentido opuesto y se proponían encerrar a Muñecas sobre la cordillera de Sorata. Desgraciadamente el plan español surtió el efecto que sus autores esperaban. El coronel Gamarra batió enteramente a Muñecas en la cordillera de Cololó, el 27 de febrero de 1816, tomándole un centenar de prisioneros. Todos fueron pasados por las armas, y las cabezas de los oficiales colgadas en los pueblos que rodean el lago, para escarmiento y terror de los indios. La medida surtió su efecto, al menos por el momento, pues los mismos indios que habian seguido al cura Muñecas le entregaron a los españoles con otros treinta compañeros más que habian logrado escapar de las uñas de Gamarra.

Los compañeros de Muñecas fueron sacrificados; él, como sacerdote, fué conservado para llevarlo al Perú a fin de que fuera degradado, según lo prescribe el ritual católico, y entregado al brazo secular, ahorcado por traidor a la patria. El general Pezuela mandó al capitán Pedro Solar, limeño, para que se hiciera cargo del prisionero y lo llevara al Perú. Al llegar a un parage, entre Tiahuanaco y Huaqui, hizo alto la tropa que custodiaba a Muñecas, y éste, desensillado su caballo, para que también descansara, se sentó en su montura y se puso à rezar en su breviario. Hallábase entretenido en el cumplimiento de este sagrado deber, cuando sonó un tiro, y Muñecas, herido por la espalda, cayó muerto. Era el 7 de mayo de 1816. El que tantas veces había luchado frente a frente contra la

(1). Gaceta, Nº 57, 27 de abril de 1816.

tropa española moria fusilado por la espalda, como un cobarde.

El general Pezuela, en marcha ya para Lima, como virrey, para satisfacer la opinión pública, mandó levantar un sumario del que resultó, según parte del mismo Pezuela al virrey Abascal, que el hecho fué casual (1). Lo explicaba el sumario diciendo que el tiro que mató a Muñecas se le escapó involuntariamente a un soldado, mientras trataba de sujetar una mula inquieta. Eso se dijo, pero, como escribe muy bien Mendiburu, nadie lo cree (2).

Don Manuel Ascencio Padilla, el tipo característico del guerrillero del Alto-Perú, dominaba con sus armas el territorio comprendido entre el Río Grande y el Pilcomayo, bajo la dirección de Arenales, a quien habia acompañado en sus últimas operaciones. Nacido en Chayanta, tenía a la sazón 43 a 44 años de edad (3). Habia empezado su carrera de partidario en 1812, realizando hazañas que le grangearon nombradía entre los patriotas, y hallándose con Belgrano en las batallas de Tucumán y Salta, siendo herido en la primera de ellas. Después de Ayohuma se mantuvo en el Alto-Perú, al frente de algunas bandas de partidarios, y sublevó el distrito de la Laguna, donde estableció el cuartel general de su republiqueta. Acompañábale en sus correrias su esposa doña Juana Azurduy, que llegó a hacerse tan famosa como su marido por su valor, sus hazañas y por su ascendiente sobre los naturales.

Esta heroina era nacida en Chuquisaca el 8 de mar- de 1781, educada en un convento, casada con Padilla, de gallarda presencia, rostro hermoso, y tan valiente como

---

[1]. Gaceta de Lima del 11 de junio de 1816.

(2). Mendiburu. Diccionario histórico biográfico del Perú. T. V, pág. 380.

[3]. Velasco Flor. en las «Vidas de Bolivianos célebres», dá noticias biográficas sobre Padilla, págs. 15 a 40, y dice que nació en Chayanta el 29 de septiembre de 1773. El general Ramallo, mejor informado, en la biografía de «Los Esposos Padilla», publicada en el «Boletín de la Sociedad Geográfica Sucre», T. VI, dice que Manuel Ascencio Padilla nació en Chipirina, heredad de sus padres Melchor Padilla y Eugenia Gallardo, el 28 de septiembre de 1774; que Chipirina es una finca situada en la Provincia de Chayanta, cantón de Moromoro, que en ese tiempo pertenecía al departamento de Chuquisaca. Agrega el biógrafo, que don Melchor Padilla, hacendado y vecino de Chayanta, tenia relaciones con los Caris y otros que secundaron la célebre rebelión de Gabriel Tupac-Amaru: que en aquella guerra cruenta de razas habia presenciado tantos horrores el joven Manuel Ascencio Padilla, que juró un odio implacable al dominio español, germinando desde entonces en su tierno corazón los sentimientos de libertad.

hermosa. En los combates vestia una túnica escarlata con franjas y alamares de oro y un ligero birrete con adornos de plata y plumas blancas y celestes (1).

Las primeras empresas de Padilla fueron felices, y le conquistaron el predominio de todas las republiquetas de aquella región, las cuales obedecían sus ordenes; llegando a reunir más de 4000 hombres bajo su bandera. Para contener sus correrias se habia levantado un fuerte en el pueblo de Presto, a 15 leguas de Chuquisaca. En enero de 1815, Padilla atacó el fuerte, guarnecido por una compañía del batallón Centro, y fué rechazado de las trincheras. Ufana la guarnición con su triunfo, salió a desafiarlo en campo abierto, y fué batida por él, obligándola a rendirse a discreción. Batido a su vez en la Laguna a fines de marzo del mismo año, vino entonces en su auxilio la división de Arenales, que era la más bien organizada de todas aquellas republiquetas (2).

[1]. En los *Partes Oficiales y Documentos relativos a la Guerra de la independencia argentina*, T. segundo. pág. 202, encontramos la «Recomendación del mérito de Juana Azurdui de Padilla», que de Tucumán, el 26 de julio de 1816, dirigió el general don Manuel Belgrano al Exmo. Sor D. Juan Martin de Pueyrredón. Supremo Director del Estado. Dice así: «Paso a manos de V. E. el diseño de la Bandera que la amazona D. Juana Azurduy tomó en el Cerro de la Plata como a once leguas al E. de Chuquisaca, en la acción a que se refiere el Comandante D. Manuel Ascencio Padilla, quien no dá esta gloria a la predicha, su Esposa, por moderación; pero que por otros conductos fidedidignos me consta que ella arrancó de las manos del Abanderado ese signo de la tiranía, a esfuerzo de su valor, y de sus conocimientos en la milicia poco comunes a las personas de su sexo.

«Los Españoles que hacen alarde de su crueldad; que derraman la sangre americana en nuestros dias hasta comprobarnos con sus hechos las relaciones que parecen fubulosas del Obispo Las Casas, promueven y exitan las almas a tal grado con sus atrocidades, que nos dan la complacencia de que presentemos al mundo entero estos fenómenos para que se convenzan las Naciones Europeas, y principalmente esa obstinada, que cada vez más gana nuestro odio, de que ya la América del Sud no será más la presa de su codicia rastrera.

«Recomiendo a V. E. a la Sra. Azurduy ya nominada, que continua en sus trabajos marciales del modo más enérgico, y a quien acompañan algunas otras más en las mismas penalidades, cuyos nombres ignoro, pero que tendré la satisfacción de ponerlos en consideración de V. E. pues que ya los he pedido. Dios guarde a V. E. muchos años».

Mitre dice, que este vago testimonio de Belgrano, se halla en contradicción con los mismos documentos a que se refiere, y lo desautorizan los errores en que incurre; que la bandera fué tomada por la división Zerna en Tarabuco, donde se rindió el batallón del general cuya bandera fué la tomada; que en el Cerro de la Plata, que dista del Villar menos de una legua, no se dió ningún combate; que si Belgrano quiso exaltar el mérito de la heroina, ésta no necesita de una gloria usurpada para brillar en las páginas de la historia.

(2). Cortés. Historia de Bolivia, pág. 60. Camba, t. I, pág. 139.

Unidos Arenales y Padilla, mantuvieron viva y pujante la insurrección desde Vallegrande hasta Yamparáez, teniendo en constante jaque a la guarnición de Chuquisaca, a la vez que interceptando las comunicaciones entre esta ciudad y Cochabamba. De este modo, Arenales nombrado gobernador de Cochabamba después de Ayohuma, habia maniobrado alrededor de la cadena oriental de la cordillera, replegándose por Vallegrande, en sostén de los desfiladeros de Santa Cruz de la Sierra, triunfando en la Florida, reconquistando el terreno perdido, ya vencido ya vencedor, acudiendo en auxilio de Padilla y subordinándolo a su plan. Cerró al fin el círculo de su gloriosa campaña entrando a Cochabamba, que habia sido su punto de partida, al mismo tiempo que el ejército argentino volvia a pisar el territorio del Alto-Perú, después de 18 meses de ausencia.

El coronel don Ignacio Warnes gobernaba y dominaba en Santa Cruz de la Sierra. Descendiente de inglés y de argentina, nacido en Buenos Aires, como queda dicho, habia empezado su carrera militar como cadete del regimiento de Blandengues de Montevideo. En la clase de teniente, habia asistido a la *Defensa* de Buenos Aires contra los ingleses, en 1807. Enrolado en los primeros ejércitos de la revolución, acompañó a Belgrano en las campañas del Paraguay, Tucumán y Salta, recibiendo los despachos de teniente coronel en 1811. Después de la desgraciada campaña de Vilcapugio y Ayohuma, fué nombrado por Belgrano en 1813 gobernador intendente de Santa Cruz de la Sierra, puesto en que debia morir e inmortalizarse. Evacuado el territorio del Alto-Perú por las tropas argentinas, formó en Santa Cruz una división de las tres armas, con la cual pretendió por sí solo defender su territorio; pero derrotado en los desfiladeros de la cordillera por las fuerzas españolas que se destacaron sobre él, tuvo que alistarse con sus restos en la división de Arenales, cuya autoridad militar habia desconocido antes. Fué así como asistió a la batalla de la Florida en Mayo de 1814, después de la cual regresó a la ciudad de Santa Cruz, en la que restableció su dominio, obligando al gobernador español Altolaguirre, que la habia ocupado por el rey, a replegarse con su guarnición al territorio de Chiquitos. Warnes marchó en su persecución, lo derrotó en Santa Bárbara el 7 de octubre de 1815, quedando muerto Altolaguirre de una lanzada, y obligó a su segundo Udaeta a emigrar a Cuyabá. Dueño absoluto desde en-

tonces de aquella provincia, que gobernaba con dureza, haciendo temer su autoridad, se hallaba a la cabeza de 700 a 800 hombres de las tres armas con cinco piezas de artilleria, sirviendo de base y de reserva a la insurrección que se extendia en el resto del pais. Tal era su situación cuando el ejército argentino se posesionó de Cochabamba antes de Sipesipe (1).

En Ayopaya, distrito montañoso situado entre Cochabamba, La Paz y Oruro, habia establecido su republiqueta el famoso guerrillero don José Miguel Lanza, natural del Alto-Perú y muy práctico del terreno. Esta comarca se prestaba así por su situación especial como por sus accidentes, a una ventajosa guerra ofensiva y defensiva de partidarios. Todo el país es una serranía elevada, cortado por quebradas estrechas y profundas, por cuyo fondo corren torrentuosamente los ríos que lo bañan, y van a derramarse en el Beni al oriente de la cordillera. Todos estos ríos y quebradas, están pobladas de bosques, y hacia el norte, todo el país es una espesa selva. Por lo tanto, siendo este territorio inexpugnable por su configuración, era a la vez que una amenaza sobre el camino de Oruro y La Paz, un puesto avanzado del ejército patriota sobre el flanco y a retaguardia de los realistas situados en Oruro.

En el valle de Cinti dominaba el coronel don Vicente Camargo. Su fortuna, su genio emprendedor y la importancia militar del punto que ocupaba, le habian dado el dominio de todas las republiquetas de los valles adyacentes desde el Pilcomayo hasta Cotagaita, así es que su nombre era famoso aun antes que el martirio lo ilustrase.

Alarmados los españoles por el desarrollo que tomaba la republiqueta de Cinti, prepararon contra ella una expedición formal. Al efecto organizaron una columna de las tres armas, bajo el mando del coronel Enezarro y el comandante Jaúregui. Esto sucedía en febrero de 1815, tres meses antes que el ejército de Rondeau invadiese el Alto Perú. Camargo sin tropas organizadas y sin armas con que disputar el campo, tuvo que ceder a los primeros choques, con bastantes pérdidas, y dispersó sus fuerzas en las montañas, con orden de acudir al primer llamado,

---

(1). Urcullu, ob. cit. págs. 83 y 84. Cortés. Hist. de Bolivia pág. 55. Paz, Mem. t. I, pág. 270 y 271.—Mitre. Hist. de Belgrano. t. II. pág. 566.

señalándoles los puestos que debian ocupar. Hecho esto, dejó comprometerse a la columna española en el ameno valle de Cinti, espiando sus movimientos desde las alturas. Cuando los que se consideraban vencedores se replegaban cargados de botin y arreando los ganados de la comarca, se reconcentraron rápidamente los indios de la Loma, Culpina y Quiriquira, coronaron los desfiladeros que necesariamente tenía que atravesar el enemigo, y cayeron súbitamente sobre su retaguardia, cortándola. El coronel Enezarro que acudió con un destacamento en protección de ella, fué muerto de una pedrada, quedando envueltos en la derrota 40 soldados que le acompañaban. El resto de la columna poseido de pánico, se entregó a la fuga, arrojando sus armas, quedando muchos prisioneros y el botin rescatado en poder de Camargo. Los últimos restos perseguidos, se precipitaron en dispersión al rio de la Palca Grande, donde perecieron muchos ahogados, yendo los demás a llevar la triste nueva al inmediato cuartel general de Cotagaita. Desde entonces habia quedado Camargo en quieta posesión del ángulo entrante que forma Cinti sobre la línea del rio de San Juan, dominando a su espalda los desfiladeros que forman los contrafuertes de los Andes, a cuyo pie se extienden bosques del Chaco central.

Los valles de Tarija estaban dominados por multitud de caudillos, principiando por el coronel don Juan José Fernández Campero, marqués de Yavi y de Tojo, que tenía a su cargo la comandancia general de la Puna, mandando a sus numerosos colonos y a tropas colecticias que sostenía a su costa. Resguardaba éste, como jefe de avanzada, a la provincia de Salta, donde se mantenía el gobernador y caudillo Güemes, deteniendo el constante amago del ejército realista, que desde Cotagaita pretendia invadir las provincias argentinas

El teniente don Francisco Guerrero custodiaba la frontera entre Santa Victoria y Tarija, colocado en el punto intermedio de Cuyambuyo. El capitán don José Ignacio Mendieta estaba situado en Tariquia; y estos dos oficiales de milicias, servian de avanzada y de resguardo a los pueblos de Concepción y de Padcaya (1) a la cabeza de cuya insurrección se hallaban los caudillos Ramón Rojas y su sobrino Manuel Rojas (2). El primero de estos

(1). Pascaya dicen los partes y documentos de esa época.
(2). No se debe confundir a estos caudillos, Ramón Rojas el primero, y Manuel Rojas el otro, de la insurrección de Tarija, con otros

fué un caudillo valeroso, que murio en la pelea, y se hizo notable en la defensa de la villa de Tarija, precisamente en la que dió la vida cuando la atacó y tomó posesión de ella el general Olañeta el 5 de abril de 1816. En la misma región estaba el capitán Matias Guerrero, con 200 hombres, cerrando el paso de la cuesta de Rejara que baja de la puna al pueblo de Camacho.

El caudillo más popular entre los gauchos y gente del campo, era el audaz y famoso moto don Eustaquio Méndez, que llegó a tener un dominio tan grande en el partido de San Lorenzo, que formó allí su republiqueta, desde donde hacia sus correrias y asaltos a la villa de Tarija y cortaba su comunicación con el norte.

En un oficio que pasó el comandante don Francisco Uriondo, de Tarija a 15 de noviembre de 1816, al jefe de vanguardia don Martin Güemes, comunicándole sus operaciones desde Toldos, en marcha a la retaguardia y en persecución de la división del coronel Marquiegui, siguiendo por Padcaya y Concepción, hasta tomar posesión de la villa de Tarija, recomienda particularmente al comandante Méndez, «quien ha sido el terror de los enemigos». En el mismo oficio, el comandante Uriondo acompaña una lista de las divisiones que operaban en esos días en los valles de Tarija. La división del Bermejo tenia por jefes al sargento mayor don Miguel Vidal y al capitán don Ignacio Mendieta; la de San Lorenzo, al comandante de división don Eustaquio Méndez y al comandante de línea don Ramón Cabrera; la de Salinas, al capitán comandante de ejército don Francisco Subiria, y al capitán de línea don Martin Espinosa (1).

del mismo apellido que figuraron en la misma época: don Juan Ramón Rojas, comandante de granaderos a caballo en Sipesipe: ni con Manuel Rojas, edecán del general Rondeau, que figuró después en el ejército de los Andes; ni con José María Rojas, director del parque de artillería que fundió los cañones de batalla de la revolución; ni con el coronel Paulino Rojas que también se hizo notable en la guerra de la independencia. Hay todavía el comandante don Juan Antonio Rojas, que figuró por el lado de Tarija en la batida y persecución por retaguardia, que practicó en noviembre de 1816, sobre la vanguardia de Olañeta, que desde Yavi se replegó a Tarija por la quebrada de Socochа.

(1). Los oficiales eran estos: división del Bermejo: capitán Mariano Prodel, id Matias Guerrero, id Juan Estevan Soto, id José Gabriel Ontiberos, id Juan Estevan Garay, id Fermín Baca, Ayudantes: Pedro Raya, Pantaleón García, teniente Manuel Orgaz, subteniente Roque Gómez, id Juan José Aparicio.—División de San Lorenzo: capitán Pedro Tejada, teniente Juan José Ballexos, alferez José Perales. —División de Salinas: capitán Juan Ruiz, teniente Francisco Cueto, alferez Felipe Prada, id Mariano Benavides, id Juan Baca.—Es copia, Toribio Tedín, secretario.

El que llegó a imponerse como jefe de todas estas divisiones y caudillos que las comandaban en los distintos partidos que formaban la republiqueta de Tarija, fué el teniente coronel don Francisco de Uriondo, notable caudillo por su inteligencia y valor, que habia peleado por la independencia desde 1810, en Cotagaita y Suipacha en un escuadrón de caballeria de tarijeños.

Era Uriondo natural de Tarija (1), pariente del marqués de Yavi, activo y bastante inteligente, que había militado en los ejércitos de la revolución con Belgrano en las batallas de Tucumán y de Salta, y que asistió a la batalla de Sipesipe como ayudante de campo del general Rondeau. Sus correrias y guerrillas en Tarija le dieron nombre, cuando era ya famoso en las fronteras de Orán y del Chaco.

Puede juzgarse de la importancia de Uriondo, por el empeño que puso La Serna en seducirlo, cuando vió malograda su empresa de sorprenderle en Tarija, por su rápida retirada. La Serna se dirigió a él escribiéndole una carta, en que le decía:

«Muy Sr. mio: su nacimiento y demás circunstancias, me han hecho créer no estar demas el incluirle la adjunta proclama, pues por élla se cerciorará de que mis miras, y deseos no son otros que la tranquilidad de estos desgraciados paises; y hechar un velo sobre los yerros ó extravíos de algunos de sus habitantes. Me lisonjeo de que mi humanidad, y benignidad es bien conocida en el poco tiempo que hace llegué a este continente, como asimismo de que V. debe estar ya bien desengañado de lo quimérico que es el sistema de gobierno que quieren establecer los de Buenos Aires. En este supuesto si V. no está obcecado presentese donde le acomode, seguro de que disfrutará de las gracias que en mi proclama prometo, de que olvidaré lo pasado, y de que se le acogerá sin faltar a nada de lo que ofrezco. Con este motivo saluda a V. el general del exército real del Perú».

Uriondo le contestó en el acto, el 11 de diciembre de 1816, de su «cuartel general sobre la marcha», una extensa carta, en que le decía:..... «Por una proclamación solemne que hizo ese pueblo (el de Tarija) en mi persona, fuí yo constituido gobernador de esta provincia. Mis

(1). Del pueblo de Concepción, hoy capital de la provincia Avilés, donde existen aun numerosas familias que llevan el apellido del ilustre caudillo.

primeras atenciones se entretuvieron en una prolixa, y escrupulosa especulación de su estado. Revestido de una ternura qual debe acompañar no a un xefe padre, pero aun al más desaforado tirano; lloré con instancia sus desgracias, y protesté a la faz del cielo el vengarlos. Esperé de este el realizarlas; mas como la providencia no obra según el período con que solicitan los hombres sus antojos, si solo como previenen los dictámenes de su justicia y misericordia, no ha llegado hasta este día el caso de practicarlas, pero cuente V. E. que en todo evento en que una suerte lisonjera franquee a mi espada un solo momento de dicha, será para emplearla en la más tirana garganta de los gobernantes de esta infeliz provincia, que atropellando todas las leyes justas, han provocado a los cielos, han infamado hasta los extremos mas degradantes las armas del rey, que precian defender, han hollado con crueldad los sagrados de la humanidad; se han burlado de los sentimientos del honor; y recopilando en sus personas quantos vicios groseros pueden caracterizar a los mayores malvados, se han presentado como tales, al robo, al deguello, al incendio, al sacrilego exceso de saquear los templos, y a quanta otra extravagancia no es capaz de atreverse el abismo......Tome V. E. un puntual extracto de la conducta de un Labin y de sus oficiales, de un Baez, y de sus acompañantes y disculpará en esta provincia esa energia tenaz con que se presenta, quiza no ya como una defensa de la patria, sí, como protectora obligada de su vida, de su honor, de sus hogares, y de sus intereses, quando se suponga el partido de la patria como injusto, quando sean convencidas las provincias de su error en esta parte, quando finalmente se ahogen en los torrentes más desgraciados que trae consigo la revolución, ellas siempre empeñarán los últimos sacrificios para quitar de su vista a esos tiranos que con capa de defensores del rey, y de la religión, son unos bostezos del infierno, capaces ellos solos de fomentar por todos los siglos revoluciones aun mas feroces.......... Con que vea V. E. si podré yo sin entrar en un público atentado pasar a la compañía de esos criminosos cuyo exterminio, espera quiza de mi mano esta ofendida provincia.—Si antes de este permite mi escasa suerte que mi infortunado contraste ponga mi vida a los filos de una espada vencedora, tendré la gloria de ser víctima entre la empresa de empeñar mis afanes en la destrucción de esas fieras enemigas de la rectitud y la justicia. Esta resolución propia de un hombre revestido

de los sentimientos de humanidad no se opone señor a la obligación que impone V. E. con su beneficencia a la voluntad más reconocida de este su servidor atento».

Por este documento ya se puede juzgar de la altivez y de la cultura intelectual del teniente coronel don Francisco de Uriondo, jefe de los caudillos de la republiqueta de Tarija, y teniente gobernador de aquella provincia, que jugó un papel importante en la guerra de la independencia, sirviendo como de eslabón y de baluarte de las provincias del Alto-Perú y de las Argentinas (1).

Por fin, el comandante La Madrid, a quien ya conocemos, vino a formar entre los heroicos caudillos del Alto-Perú. Después del desastre de Sipesipe siguió la retirada con Rondeau hasta Chuquisaca. De esta ciudad fué mandado en comisión por el presidente don Martin Rodríguez, hacia el Rio Grande, en observación del enemigo, con solo 10 dragones. Regresó al tercero día cuando Rondeau había evacuado ya esta plaza, al saber que una división enemiga, a órdenes de Olañeta, venía en persecución de los restos del ejército derrotado. Apenas desalojada esta plaza, se sublevó la plebe y encarceló a algunos soldados y a dos oficiales patriotas, para entregarlos al jefe realista que se aproximaba. Tuvo conocimiento La Madrid, quien habia aumentado su fuerza hasta 22 hombres y penetró a la ciudad; llamó al alcaide y le mandó que le entregara los individuos del ejército que habia en la cárcel. Se excusó el alcaide con que necesitaba orden del juez. La Madrid lo amenazó con fusilarlo, y en el acto le entregó más de 20 hombres de tropa y dos oficiales. Marchó inmediatamente el jefe patriota, y llegó a Cinti con cerca de 100 hombres. Las autoridades del pueblo y especialmente el coronel Camargo se empeñaron en que se quedara para defender con ellos aquella republiqueta. La Madrid dejó su fuerza como una prenda del cumplimiento de su palabra, y partió con solo 16 dragones, prometiéndoles volver a los ocho días.

Alcanzó al general Rondeau en Moraya, y le dió cuenta de su compromiso. El general le otorgó el permiso, pero apenas le dió por compañero al valiente teniente Mariano García y a ocho hombres que acababan de llegar presos de Tarija. Salió indignado La Madrid, y llegó a

(1). Las noticias que acabamos de dar sobre los caudillos de Tarija, las tomamos de los «Partes oficiales y documentos relativos a la independencia argentina». T. II.

Cinti con 14 hombres bien montados, y al día siguiente marchó a Culpina con el coronel Camargo y la fuerza que le habia dejado (1).

Auxilio poderoso que prestan las republiquetas del Alto-Perú a las provincias argentinas; su reorganización después de Sipesipe y el gran error de Rondeau.—Esta imponente actitud de las republiquetas del Alto-Perú era la que habia paralizado la acción de Pezuela después de Vilcapugio y Ayohuma; la que le obligó a desistir de la invasión que en 1814 inició sobre Salta y Tucumán; y la que facilitó la invasión del ejército argentino en 1815, asegurándole desde luego el dominio del país desde la Quiaca hasta los confines de Cochabamba, mientras el enemigo permanecia aislado en Oruro y La Paz.

Al abrir Rondeau su campaña sobre el Alto-Perú, Muñecas se hizo sentir por la espalda de Pezuela, y embarazó la recluta que habia mandado hacer el general español por aquella parte. Zárate, caudillo de la republiqueta de Porco, se posesionó de Potosí a la cabeza de 4,000 indios, cometiendo muchos desórdenes. Chayanta le precedió en su marcha levantándose en masa. Arenales en combinación con Padilla y Camargo, tomó posesión de Chuquisaca, invadió a Cochabamba, obligó al enemigo a reconcentrarse en Oruro, y presentó al general argentino al establecer su cuartel general en Chayanta, un contingente de más de 800 hombres, sobre cuya base se formó el regimiento número 12 de que ya hemos dado noticia (2).

Después de la derrota de Sipesipe, todos estos contingentes se dispersaron en el pais, replegándose los caudillos a sus respectivas republiquetas. El general vencido, menos previsor que Belgrano después de Ayohuma, no se cuidó de dictar ninguna providencia, y dejó entregada la insurrección del Alto-Perú a su suerte. Fué este un grande error. Si al menos el general Arenales hubiese quedado al frente de la insurrección, él habria podido, con su autoridad moral sobre las republiquetas, con el respeto que infundia al enemigo y con sus grandes calidades de

---

[1]. Memorias del general La Madrid. T. I, págs. 91 a 93.

[2]. Gaceta de Buenos Aires, Nos. 23, 26, 29, 32 y 36. Camba. t. I, pág. 152.

guerrero y administrador, darles la cohesión que les faltó después, renovando en el mismo teatro sus anteriores hazañas; pero no recibió Arenales orden alguna y siguió al ejército derrotado en su retirada.

No quedó más centro militar organizado que el de Santa Cruz de la Sierra, y este mismo hubo de ser anarquizado por la única providencia que el general argentino dictó respecto de las republiquetas. Sea por indicaciones de Arenales, con quien Warnes habia quedado en desacuerdo después de la batalla de la Florída; sea a petición de un partido local del mismo Santa Cruz, que reclamó su remoción quejándose de la dureza de su gobierno, el hecho es, que el general nombró para reemplazarle al coronel don Santiago de la Carrera, antiguo gobernador intendente de Córdoba y natural de esta ciudad, que en 1813 habia conducido los auxiliares argentinos a Chile, y a la sazón formaba parte del ejército del Perú. El coronel Carrera llegó a Santa Cruz en circunstancias en que Warnes se hallaba comprometido en su expedición a Chiquitos, y se recibió sin oposición del gobierno de la provincia, pero sin fuerza moral ni material que lo apoyase. El partido de Warnes, que era poderoso, tramó una conspiración contra el nuevo gobernador, sublevó la plebe, y Carrera fué muerto por los amotinados. Poco después regresó Warnes, triunfante de la expedición de Chiquitos, y reasumió de hecho el gobierno, en los momentos en que el ejército argentino era vencido en Sipesipe (1).

Empero que Warnes fuese un hombre de temple heroico, no tenía ascendiente sobre las republiquetas al poniente de la segunda cordillera, ni poseia las altas cualidades de Arenales, además de que jamás habia manifestado aspiraciones de ensanchar el círculo de sus operaciones fuera de los límites de la provincia de su mando, con la cual se habia identificado, y en cuya defensa debia rendir su vida. Camargo era simplemente un caudillo local, que sólo tenía importancia en las fragosidades de Cinti. Las aspiraciones de Lanza no iban más allá de la quebrada de Ayopaya. Padilla, el más popular de todos los caudillos de las republiquetas del centro, era activo, valiente, ejercía dominio sobre las multitudes y los jefes que las acaudillaban, pero carecía de los talentos del administrador y del guerrero, no obstante sus proezas y las seña-

[1]. General Paz, Memorias, t. I, págs. 270 y 271.

ladas ventajas que alcanzó en la guerra de partidarios, que continuó sosteniendo por su cuenta con los mismos elementos salvados del campo de la derrota.

Los más gruesos trozos de los dispersos, acompañaron a Padilla en su retirada después de Sipesipe. Con ellos volvió a organizar su antigua republiqueta en Tomina, entre el Río Grande y el Pilcomayo, estableciendo su cuartel general en la Laguna, que se convirtió en el principal foco de la insurrección. Empero, esta insurrección sólo era popular entre los indígenas, y sólo entre ellos y los mestizos se reclutaban sus fuerzas, permaneciendo el resto de la población ajeno al movimiento, cuando no hostil, y contribuyó a crear este alejamiento los excesos que cometieron los dispersos (1).

A los dos meses de la derrota de Sipesipe casi todo el pais se hallaba sublevado, y a los tres meses las republiquetas tomaban de nuevo la ofensiva sobre las tropas españolas. El general vencido recibía en un mismo día en Jujuy los partes de casi todos los caudillos de la insurrección altoperuana, en que le daban cuenta de su situación y le pedian sus órdenes. Muñecas le escribia desde su cuartel general en Ayata, que se mantenía firme en Larecaja. Padilla le anunciaba desde Yamparáez su marcha sobre Chuquisaca. Camargo le decía que proyectaba invadir a Potosí y Oruro y pedia armas para ello. Betanzos, le escribia desde Colpa, que habia interceptado el camino entre Potosí y el cuartel general español en Cotagaita. Uriondo, nombrado teniente gobernador de Tarija, le participaba que se mantenia firme y se preparaba a resistir la división situada al otro lado del rio de San

(1). Esto dice el historiador argentino B. Mitre, y todavía sita en apoyo de sus palabras las del P. Fr. José Indalecio Salazar, franciscano, que acompañó a Padilla en esta campaña, y que en una carta escrita en Pomabamba el 29 de septiembre de 1815, decía: «Con motivo del fatal acontecimiento de Sipesipe y la ignominiosa conducta de los derrotados, que venian saqueando y matando por los pueblos que transitaban, sin distinción de patriotas ni de realistas, los más de los vecinos del Alto-Perú han conspirado incautamente contra la causa de la Patria. Han quedado tan resfriados y displicentes los corazones de los hombres, que no se advierte entre ellos más entusiasmo que rivalidad y desunión. Aun los más sensatos están persuadidos, que el ejército grande que puede venir de abajo con el lisonjero objeto de protejer estas provincias sobremanera extenuadas, las hará sufrir mayores males tal vez que los pasados. En este conflicto no quedó sino la división de la frontera de Tomina y de la Laguna al mando de Padilla, que se conservó hasta el mes de Agosto con admiración de sus rivales».

Juan (1). La resistencia popular continuaba pues en todo el Alto Perú.

Los jefes españoles al frente de las republiquetas.—Pezuela, mientras tanto, consideraba el pais subyugado y pacificado; y persuadido de no dejar a su espalda enemigos que lo hostilizasen, ni tener a su frente ejércitos que pudiesen contener su avance, se disponía a llevar adelante su plan de invasión a las provincias argentinas. Al efecto, inmediatamente después de Sipesipe, adelantó su vanguardia al mando de Olañeta hacia la frontera de Salta y Tarija; reforzándola con un regimiento de infanteria a las órdenes del general don Antonio María Alvarez y dos escuadrones de caballeria al mando del coronel don José Melchor Lavin. Sucesivamente distribuyó las guarniciones para asegurar la ocupación militar, destinando algunas columnas expedicionarias a fin de apagar las últimas chispas del incendio que daba por extinguido. Guarneció convenientemente con tropas veteranas las ciudades de La Paz, Oruro y Cochabamba: destinó al general Tacón con el primer regimiento a Potosí, y al coronel don Santos La Hera con el batallón Centro a Chuquisaca. Al mismo tiempo, dispuso, que el coronel don Javier Aguilera con su batallón de Fernando VII, pasara a remontarse en Vallegrande, con el objeto de expedicionar sobre Santa Cruz de la Sierra y reducir a la obediencia del rey esta provincia.

La Hera, era un oficial precavido en el campamento, sólido en el campo de batalla, constante en los reveses, y poseia buenos conocimientos militares. Tacón gozaba de alta reputación como jefe, aun cuando nunca tuvo ocasión de acreditar su valor en la guerra de América; era de un carácter sombrío, duro con el pais que gobernaba, e implacable con los enemigos vencidos. La figura más original era la de Aguilera. Hijo del Alto-Perú, nacido en Santa Cruz de la Sierra, habia estudiado teología en Chuquisaca. Obeso, de ojos rasgados inyectados de sangre, de una voluntad de hierro y animado de pasiones profundas, era un hombre de un valor feroz, digno de medirse con Warnes. Alvarez, era peruano y hermano del general don

[1]. Todo esto consta en el oficio que dirigió el geaeral Rondeau al gobierno de Buenos Aires, de Salta a 27 de Marzo de 1816, con referencia a las comunicaciones que habia recibido de los caudillos.

Ignacio Alvarez Thomas, que acababa de ser Director supremo de las Provincias Unidas; por su valiente comportamiento habia sido ascendido a brigadier en el campo de batalla de Sipesipe. Lavin, era argentino, nacido en Entre-Rios de padre español que lo envió a estudiar en Chuquisaca, donde al estallar la revolución se enroló bajo la bandera realista: valiente, friamente cruel, activo en sus movimientos y ardiente en la pelea, era un enemigo terrible antes y después del triunfo (1). Sucesivamente aparecerán en esta guerra, bajo las banderas del rey, otras figuras que haremos conocer, siendo por el momento los anteriores los que inmediatamente van a entrar en escena.

[1]. B. Mitre, Historia de Belgrano. T. II, cap. XXXIII.

CAPITULO DÉCIMO SÉPTIMO

1816.—Expedicion de Cinti; combates de Culpina y Uturungo.—Retirada de La Madrid y su desastre en el rio San Juan.—Combates de Aucapuñima y Arpaja; muerte de Camargo.—La guerra a muerte.—Tarija en la guerra de la independencia.—Ocupación de Tarija por los realistas.—La republiqueta de Ayopaya y el levantamiento de Chayanta.—Otra vez Padilla en acción y sus asaltos a Chuquisaca.—Combates de Tarabuco y la Laguna.—Sitios de Chuquisaca por Padilla.—Combates de la Laguna y el Villar; muerte de Padilla.—Elogio de Padilla y de su viuda.

Expedición de Cinti, combates de Culpina y Uturungo.—Casi simultáneamente con la distribución de fuerzas y de mandos territoriales que hizo Pezuela, marchó él con el resto del ejército a establecer su cuartel general en Cotagaita, amagando la frontera argentina. Aun no habia establecido sobre ella sus avanzadas, cuando empezaron a estallar en todo el pais levantamientos parciales, que, según el historiador español ge-general Camba, actor en aquella guerra, llenaban el vacío que las tropas realistas dejaban a retaguardia. No les dió desde luego la importancia que realmente tenian; pero llamó seriamente su atención el hecho de que los habitan-

tes de Cinti y de los valles inmediatos de Santa Elena, Ingaguasi y Culpina hubiesen levantado de nuevo el pendón de la insurrección sobre su flanco izquierdo, y sobre la misma frontera que debia formar la base de las operaciones invasoras. La atención se convirtió en alarma cuando corrió la voz que el famoso Camargo la acaudillaba, y que estaba allí el renombrado mayor La Madrid, cuyas empresas temerarias le hacian respetar de sus enemigos.

La Madrid se hallaba en efecto con Camargo, situado precisamente sobre el flanco izquierdo de la línea que los españoles debian ocupar a lo largo del rio de San Juan. Después de Sipesipe, habia reunido allí algunos dispersos del ejército, y formado con ellos un escuadrón de caballeria de 80 hombres y una compañía de 50 infantes medio armados. Hecho esto se habia trasladado al cuartel general argentino en Moraya, regresando inmediatamente con la autorización para hostilizar al enemigo por aquella parte. Camargo, con sus indios armados de hondas y macanas, le había ofrecido opoyarlo. La Madrid, que nunca habia mandado en jefe un cuerpo de tropas tan numeroso, se creía en aptitud de medirse con todo el ejército español y esperaba impaciente el día de la pelea, que no tardó en llegar, con novelesca gloria para su ardiente coraje, pero con mengua de sus aptitudes para el mando en jefe.

Los españoles destacaron sobre Cinti a fines de enero, una columna de infanteria y caballería, compuesta de un batallón y un escuadrón, como 500 a 600 hombres, al mando del brigadier don Antonio María Alvarez. Los atalayas de los cerros anunciaron a Camargo que la columna penetraba a Cinti, por la parte superior, camino de Potosí. Inmediatamente se hizo la señal de alarma, encendiendo hogueras en lo alto de las sierras de Santa Elena y Cinti, qne forman el valle de este nombre, a cuyo fondo por el sud corre el río Pilaya afluente del Pilcomayo.

A inmediaciones del Pilcomayo, sobre su márgen izquierda y apoyándose en la sierra de Santa Elena, están los ingenios de Culpina, situados entre dos cerros, a cuyo pie se extiende una campiña de media legua de ancho y como una legua de largo, adecuada a las maniobras de caballeria. Allí esperó La Madrid a sus contrarios el 31 de enero de 1816, con su caballería formada en batalla en campo abierto y sus infantes destacados. Los indios sostenian esta actitud encaramados en los cerros

inmediatos, fuera del tiro de fusil. Sólo un héroe a lo Carlos XII, dice el general Mitre, con cascos a la gineta, podía adoptar esta disposición de combate, y solo él podia realizar las extraordinarias hazañas que vamos a narrar.

El enemigo asomó por el este, formado en columna, con dos alas de caballeria en la prolongación de sus flancos, y a media cuesta desprendió a su frente una guerrilla de infanteria. La Madrid salió a su encuentro en la planicie intermedia de los dos cerros, y fraccionó su fuerza en dos ataques falsos, el uno con los infantes por la derecha y el otro con 16 ginetes por la izquierda, manteniéndose él en el centro con el grueso del escuadrón, fuerte de 64 hombres, en actitud de carga. A los primeros tiros desaparecieron las alas de La Madrid. El delirio del combate se apoderó desde aquel momento de él. Al frente de 10 hombres cargó en protección de los 16 ginetes de la izquierda, mientras el enemigo avanzaba hasta ponerse a tiro del escuadrón, hiriendo algunos de sus soldados. Entonces La Madrid vuelve a ponerse al frente de su caballeria, la proclama y manda tocar a degüello. La columna hace alto, y la primera fila de la cabeza hinca rodilla en tierra calando bayoneta. Sobre la línea de cazadores, todo el escuadrón vuelve caras, y deja en el campo cinco o seis muertos, llevando siete heridos. Solo tres soldados, José Santos Frias, *puntano*, Gregorio Jaramillo, *salteño*, y Juan Manzanares, *paraguayo*, siguen acompañando en la carga a su heroico y temerario jefe, el cual, dando espuelas a su caballo, se lanza sobre la línea de fuegos, recibe una descarga, y aparece pocos momentos después con sus tres soldados a retaguardia de la columna, enarbolando en la punta de su espada una pequeña bandera argentina, que era la señal de reunión, sin haber sufrido más que una contusión.

Rehecho el escuadrón, bajo la protección de los indios de Camargo, que coronaban las alturas, avanzó sobre el campo que poco antes ocupaban los españoles, y donde habian dejado sus equipajes a cargo de una guardia. La columna contramarchó en protección de ella, y La Madrid salió de nuevo a su encuentro en dos grupos, los cuales se corrieron por los flancos sin chocar, dejando él su caballo muerto con cinco balazos y tres bayonetazos sobre la línea de la primera fila. Los españoles, asombrados de aquel valor tan insensato como estéril, gritaban: ¡No lo maten! ¡Alto el fuego! al ver a un hombre solo y a pie, corriendo por el campo con la espada en la mano.

Debió su salvación al oportuno auxilio que le prestaron sus no menos valerosos compañeros Frias, Jaramillo y Manzanares, quienes lo levantaron en ancas, cogiéndole uno por el corbatín y otro por el faldón de la casaca. Sin intimidarse por estos fracasos, rehizo por segunda vez su escuadrón, bajo la protección de los indios, y volvió con él al campo de batalla, situándose a corta distancia del enemigo, que se habia posesionado de la casa de los ingenios.

Llegó la noche y se pasó en alarma por una y otra parte, (1º. de febrero) un copioso aguacero impidió que siguieran las hostilidades. Esta interrupción fué favorable a los patriotas. Las avenidas del rio San Juan habian impedido que se reuniesen oportunamente los contingentes de Camargo; pero en la noche de este día se le presentaron 150 naturales, con lo cual reunió una división de más de 400 honderos, que inmediatamente ocuparon sus puestos de combate en las alturas.

Aquí empieza a intervenir un nuevo elemento y una nueva táctica: el indio rústico superará en inteligencia y previsión al general español y al paladín argentino. Las montañas serán a la vez las murallas y los proyectiles de los nuevos combatientes, y sin más armas que los brazos, ni más municiones que las piedras del camino, fijarán la victoria de la manera más extraordinaria.

Amaneció el día 2, y el enemigo escaso de municiones, pues no habia llevado sino la de las cartucheras; falto de víveres, pues todos los ganados habian sido retirados; y viendo que por momentos engrosaba el número de indios que coronaban los cerros inmediatos, juzgó prudente emprender su retirada hacia el pueblo de Cinti, por el camino de las alturas para precaverse de una celada. La configuración del terreno le obligó, empero, muy pronto, a descender al fondo del valle y entrar a la profunda y escarpada quebrada de Uturungo, paso preciso y el camino más corto para remontar el valle. Apenas la columna se comprometió en este paso, empezaron a llover piedras disparadas desde las alturas por los honderos de Camargo. Los españoles contestaron con descargas cerradas por mitades, y continuaron su peligrosa marcha recogiendo sus heridos. Los indios parecieron intimidarse, y huyeron en desbandada. Más adelante el camino se estrechaba, siendo necesario pasarlo en desfilada, y faldear un empinado despeñadero situado sobre el flanco

derecho. Allí estaba Camargo emboscado con los indios que habían hecho ademán de huir.

Luego que la columna se hubo prolongado en aquella angostura, se oyó repentinamente un espantoso fragor: la montaña pareció deshacerse en su cima y conmoverse en su base. En seguida resonaron alaridos de triunfo en lo alto y lamentos y maldiciones en el fondo del precipicio. Eran las armas de la republiqueta de Cinti, que intervenian en el combate; eran las formidables *galgas* de los antiguos peruanos, que aplastaban la columna española. Peñascos de gran volumen y de muchas toneladas de peso, que requerian la fuerza de 40 o 50 hombres para ser removidas, se desprendian de la cima, rodaban por la pendiente casi perpendicular del despeñadero, arrastraban a su paso multitud de piedras de distinto tamaño, se sucedian sin interrupción, y caian al fondo rompiendo la columna española en varios pedazos, que se agitaban en el estrecho sendero como los fragmentos de una serpiente. Al mismo tiempo, la caballería de La Madrid picaba su retaguardia, completando la derrota.

El pánico se apoderó de los realistas, que huyeron de carrera tendida y en desorden, dejando en el campo como 60 muertos, 74 fusiles útiles, varios caballos ensillados y mulas cargadas, quedando el suelo sembrado de miembros humanos y armas destrozadas.

Así perseguida a pedradas de altura en altura, y dejando algunos rezagados, la columna fugitiva llegó el día 3 hasta el río de la Palca grande, que estaba a nado, y tenia necesariamente que atravesar para llegar al pueblo de Cinti. Allí fué alcanzada y obligada a precipitarse en su corriente, ahogándose algunos soldados. Siguió apresuradamente su marcha, cruzó el pueblo de Cinti sin detenerse, trepó las alturas de su izquierda para esquivar la persecución, y pocos días después entró con la mitad menos de su fuerza en el cuartel general de Cotagaita, a la sordina, con su bandera arrollada (1).

(1). Esta relación ha sido tomada de los partes oficiales de Camargo y La Madrid, extractados por el general Rondeau en oficio de 18 de febrero de 1816, de Guacalera, inserto en las págs. 192 a 196 del T. II, de los «Partes y documentos oficiales» etc.—El primer aviso de este combate lo dió el teniente coronel don Francisco de Uriondo, teniente gobernador de Tarija, en oficio de 13 de febrero, desde el Potrero, al coronel don Juan José Fernández Campero, quien lo trasmitió al general Rondeau.—El general La Madrid relaciona esta campaña en sus «Observaciones», desde la pág. 83 hasta la 97.—Torrente, en su «Historia« t, II, pág. 213 consagra al hecho pocas líneas, confesando

Tal fué la memorable campaña donde los valerosos caudillos Camargo y La Madrid recogieron inmarcesibles laureles.

Retirada de La Madrid y su desastre en el río San Juan.—La Madrid, dice el historiador argentino Mitre, incapaz de concebir ni ejecutar un plan metódico, y mucho menos de sujetarse a una guerra defensiva, se separó de Camargo el día 5 de febrero, llevándose los prisioneros de Uturungo y Cinti, que pasaban de veinte, en busca de nuevas aventuras en Tarija, donde a la sazón operaba Uriondo. Los españoles, por su parte, profundamente alarmados por el desastre de Alvarez, y la presencia de tan temerario jefe sobre su flanco, destacaron sobre él una columna compuesta de un batallón, un escuadrón y algunos destacamentos de la vanguardia de Olañeta, a fin de cortarle la retirada del rio San Juan, reuniéndose al efecto en el pueblo de este nombre más de mil hombres de infanteria y caballeria (1). El 12 de febrero por la mañana, se encontró La Madrid con la caballeria enemiga, mandada por el tránsfuga argentino Eustaquio González, y después de un combate desatinado, con pérdidas de una y otra parte, se vió obligado a arrojarse al rio de San Juan a nado, perdiendo allí sus prisioneros y algunos hombres que se ahogaron. Así descalabrado alcanzó hasta Tarija, y al frente de 150 hombres llegó al cuartel general de Jujuy, rodeado de una aureola de gloria aventurera que debía ser funesta a la causa de la revolución en lo futuro (2). Camargo quedó solo en la republiqueta de Cinti.

que Alvarez se vió *sumamente estrechado* y en la necesidad de retirarse, y que este contraste dió nuevo pábulo a la insolencia y altivez de los caudillos La Madrid y Camargo.—Gamba, en sus «Memorias», t. 1. pág. 192, dice que el combate del 31 fué obstinado, que los españoles consumieron en él la mayor parte de sus municiones, que Alvarez se vió obligado a retirarse sosteniendo tremendos choques el 2 y 3 de febrero, que fué perseguido hasta Cinti y entró a Cotagaita «con alguna pérdida», agregando: «aunque debió ser mayor la del enemigo»—Urcullu, cambiando la fecha, dice que el 30 de enero los dos batallones del regimiento del Cuzco al mando de Alvarez, fueron batidos y derrotados por Camargo en el río de San Juan.—Cortés, dice que en febrero de 1816, Alvarez sostuvo en Santa Elena, Culpina y Tirahoyo repetidos y temerarios choques contra Camargo, hasta que casi destrozados sus dos batallones, tuvo que retirarse al cuartel general de Cotagaita.

[1]. Torrente «Historia» citada, t. II pág. 213.

[2]. La Madrid, en sus «Memorias», pág. 102 y siguientes, dice lo que queda relacionado, pero satisfecho de su hazaña. Refiere ctro encuentro que tuvo al salir de Tarija, «con una fuerza considerable

Combates de Aucapuñima y Arpaja; muerte de Camargo.—El descalabro que sufrió la división del brigadier Alvarez en la quebrada de Uturungo, desconcertó al general Pezuela, y para calmar el mal efecto que esta derrota produjo en su ejército, organizó una nueva expedición sobre Camargo, cuya dirección encomendó al comandante don Buenaventura Centeno, al frente del batallón Chilotes, llamado también de Castro; los restos del 1er. regimiento del Cuzco; un escuadrón de su propia guardia, de la caballeria de Vigil, mandado por el capitán don Andrés Santa Cruz, y ordenó al coronel Olarria que protegiese esta expedición con 200 infantes y 200 ginetes sacados de la guarnición de Potosí.

Centeno, después de arrollar algunas avanzadas, se posesionó del pueblo de Cinti, con la pérdida de unos 20 hombres, y se encontró allí con Camargo, que al frente de más de 2,000 indios de honda y palo y algunos fusileros, puso sitio al referido pueblo, ocupando las alturas inmediatas.

La situación de Centeno era desesperada, y habría tenido probablemente que rendirse o que emprender una retirada tan desastrosa como la de Alvarez, si oportunamente no hubiese acudido en su auxilio la columna de Olarría, situada a prevención en la Palca Grande. Camargo se replegó entonces a Culpina, apoyando su retaguardia en la sierra de Santa Elena. Centeno tomó de nuevo la ofensiva por el frente, mientras Olarría marchaba

---

de las dos armas», a órdenes del coronel Vigil, teniendo él ya sus Húsares en más de 150 hombres, con los dispersos que se le reunieron y muchos voluntarios tarijeños. Dice que Vigil se atrevió a perseguirlo, «lo que le costó caro», porque lo puso en completa fuga con pérdida de más de 20 hombres. Después de este encuentro siguió hasta Jujuy, donde llegó con 196 plazas, que Rondeau distribuyó entre los demás cuerpos, y mandó a La Madrid a Tucumán a formar otro escuadrón.—El general Mitre se refiere en su relación al oficio de Rondeau de 24 de enero de 1816; y ese oficio, publicado en la pág. 190 de los *Partes y documentos*, con el título de *Combate de San Juan*, dice que «La Madrid ha conseguido nuevas ventajas sobre la caballería enemiga a órdenes de González, la que hacia parte de una división de 600 hombres situados en el pueblo de San Juan; que La Madrid debía pasar el río bajo la protección de 200 soldados tarijeños que envió el teniente gobernador de Tarija», y que aprovechó un momento favorable y «el ardor de su victoriosa tropa» para cargar sobre el escuadrón enemigo, matándole 20 soldados y dos oficiales. Rondeau refiere el primer encuentro; pero no dice nada del desastre del jefe argentino en el paso del río. El mismo La Madrid dice en sus «Memorias»: «no me era posible vacilar entre tirarme al río a nado fuera del paso que estaba ya ocupado por el enemigo o caer en sus manos con toda mi fuerza»...

por el camino de San Juan para cortar la retirada de los defensores del valle. El terreno fué disputado palmo a palmo: a medida que Centeno se internaba hacia Culpina, las fuerzas de Camargo le tomaban la retaguardia y lo hostilizaban por los flancos, interceptándole sus comunicaciones, cortándole los víveres y obligándolo al fin a encerrarse en el pueblo de Santa Elena, lo que hizo fracasar su combinación con la columna de Olarría.

Apenas Centeno se encontró como encerrado en las sinuosidades en cuyo laberinto está el pueblo de Santa Elena, se vió rodeado de una nube de enemigos, que lanzándole piedras lo provocaban a la lucha y le gritaban llenándolo de injurias. El jefe español comprendió que estaba perdido si no tomaba la iniciativa y se decidió a llevar el ataque.

En consecuencia, el 27 de marzo dividió sus fuerzas en dos columnas, y avanzó sobre los cerros de Aucapuñima, donde se habia establecido Camargo. La primera columna fué rechazada por tres veces, teniendo Centeno que acudir con la segunda en su auxilio, y empeñóse con tal motivo un combate encarnizado a bala, bayoneta, piedra y macana, que el mismo Centeno refiere en su parte oficial a Pezuela, de 8 de abril de 1816, de este modo:

«Duró la acción una hora, y aseguro, sin la menor exageración, que jamás he visto despecho ni energía semejante a la de estos enemigos, que asaltaban los fusiles como si no ofendiesen.—Los soldados mezclados ya con ellos andaban en una continua lucha forcejando de las armas que se les queria quitar de las manos, y como el diluvio de piedras y el arrojo y precipitación de aquellos no daba lugar a la continuación del fuego, fué preciso combatir a bayoneta calada».

«Nunca, dice el general Mitre, ningún enemigo ha hecho un elogio mayor de su enemigo».

Asegura Centeno que el resultado fué la derrota de Camargo, dejando en el campo como cuarenta muertos, siete prisioneros y cuatro fusiles; pero agrega a renglón seguido, que «dispersos (los indios) en cinco grupos, por diferentes rumbos y despeñaderos, se pusieron a la vista en número de dos mil hombres», confesando por su parte una pérdida de 120 hombres entre muertos, heridos y contusos. Centeno mandó pasar por las armas a los siete prisioneros, entre los cuales se encontraba el caudillo Rudecindo Avila, cuya cabeza fué mandada clavar en el camino de Culpina. Más tarde le trajeron otro caudillo,

llamado Manuel Diaz, a quien según sus propias palabras «hizo pasar a palos y pedradas, a usanza de ellos».

La verdad es que la columna española estaba perdida, según lo confesó oficialmente a Pezuela el mismo jefe realista ocho dias después, en estos términos: «Los enemigos, valientes, sagaces y engreidos con los sucesos anteriores, posesionados de unas ventajas capaces de combatir todo nuestro ejército, y que por más que me empeñase, me era necesaria la pérdida y aniquilación en los continuos ataques que me presentaban con aumento de fuerzas y de entusiasmo, me persuadian una desairada resulta: ya no teníamos con que desayunarnos, porque nos cortaron todos los recursos. En este estado y en medio de las más tristes cavilaciones, quiso Dios protejerme» (1). Así como el elogio al enemigo habia sido explícito, la confesión de la derrota no podia ser más franca.

En tal situación se presentaron al jefe español dos indios, comprados a precio de oro por un vecino de Cinti, que hasta entonces habia pasado por patriota (2). Estos traidores desertaron del campo patriota, se presentaron a Centeno el 2 de abril, le dieron noticia puntual de la fuerza, de sus preparativos de defensa y del plan de ataque que meditaba Camargo, comprometiéndose a guiarlo por el único sendero por donde la montaña era accesible. En consecuencia la infanteria española se puso en marcha sigilosamente a las 8 de la noche, apostando su caballeria en la llanura, en que se levanta el gran cerro que servia de fortaleza a los de Cinti, y al cual los naturales dan el nombre de Arpaja.

A la madrugada del día 3 se hallaban situados los realistas sobre una eminencia que domina la posición, y desde ella se precipitaron con ímpetu, tomando de sorpresa el campamento patriota. Siguióse una matanza horrorosa. Camargo, que procuró defenderse a pie, cayó herido de un balazo y fué tomado prisionero. El mismo Centeno lo degolló en el acto, cabiendo la misma suerte a su segundo Villarrubia y a su asesor Centeno. La cabeza

(1). Parte oficial de Centeno a Pezuela, de 3 de abril de 1816.

(2). Es Mitre el único historiador que ha dado el nombre de este traidor que se llamaba Manuel Fernández Baca, y dice que es el mismo a quien se refiere La Madrid en la pág. 98 de sus «Observaciones», con motivo de un caballo nadador que le regaló al salir de Cinti. Los traidores que vendieron a Camargo, agrega el mismo Mitre en su *Historia de Belgrano*, en una nota de la pág. 584, t. II, fueron José Marquez y su sobrino. Estos tres nombres están citados por el mismo Centeno en su parte de 3 de abril.

de Camargo fué remitida al cuartel general de Cotagaita, y clavada allí en un palo. Más de novecientas víctimas fueron sacrificadas en el campo de batalla y en los cadalsos, y en seguida fueron saqueadas y quemadas las haciendas (1).

La importancia de este triunfo puede medirse por la que le dió el mismo Centeno: «La increible sorpresa, dice, y destrucción de Camargo y su ejército, todo es debido al manifiesto milagro de Nuestra Señora del Carmen. Ella nos ha prosperado más allá de lo que creiamos. El completo triunfo, a que yo mismo parece que no quiero persuadirme, sus circunstancias misteriosas y los resultados tan satisfactorios como funestos, no caben todavía en mi creencia, porque jamás pensé concluir con esta expedición, aunque tuviese redoblada fuerza» (2).

Así sucumbió heroicamente la republiqueta de Cinti, y su caudillo Camargo, que ilustró su nombre con el martirio. El pueblo de Cinti, capital de provincia, se llama hoy *Camargo*, en honor y perpetua memoria del héroe de aquella guerra.

La guerra a muerte.— Cuando todo parecía concluido, no bien hubo evacuado el batallón de Chilotes el valle de Cinti, volvieron los indios a levantarse en masa. El subdelegado, al frente de alguna tropa y del paisanaje armado, salió a batirlos y cayó en una emboscada, fué muerto aquél de una pedrada y bárbaramente mutilado en seguida, sucumbiendo todo el destacamento. Al mismo tiempo, era mayo de 1816, se sublevaron los indios de la contigua comarca de Vilacaya y Vitiche, atrincherándose en el cerro de Ñuqui: los de Puna y San Lucas seguian su ejemplo y el caudillo Betanzos interceptaba el camino entre Potosí y el cuartel general de Cotagaita obrando en combinación con los caudillos de Porco, Cardoso y Fuentes. Nuevas fuerzas expedicionarias salieron contra ellos. El cerro de Ñuqui fué tomado y retomado dos veces por los españoles, matando a todos los prisioneros. En Vitiche los primeros 15 indios que se tomaron fueron muertos a palos, cabiendo igual suerte a 11 más que cayeron en seguida. El pueblo de San Lucas fué entregado a las llamas en castigo de su rebeldia.

---

[1]. Mitre. Hist. de Belgrano, t. II, cap. XXXIII.—Urcullu, «Apuntes», pág. 98.—Camba, t. I, págs. 201 y 202. Torrente, t. II, pág. 207.

(2). Parte citado.

Los habitantes de Cinti fueron despojados de sus últimos ganados. La guerra a muerte recrudecía. Cardoso y Fuentes fueron batidos, sus partidarios pasados a cuchillo, y sus cabezas clavadas al lado de la de Camargo (1).

Sedientos de la sangre de los pueblos, era mayor su ansia de asaltar las propiedades. La guerra se hizo con más furor todavia a los bienes, sin perdonar los sagrados de la iglesia: desde el primer jefe hasta el último soldado todos aspiraban a enriquecerse como en los tiempos de la conquista y se ensañaban contra las poblaciones que no tomaban parte en las contiendas. Tacón se entregó al saco e incendio de los pueblos del partido de Yamparáez so pretexto de castigar el levantamiento de los de Tomina; los jefes realistas rechazados de Ayopaya robaron y quemaron los pueblos de los partidos de Sicasica, Poopó y Carangas. Los amantes y los enemigos de la libertad eran igualmente perseguidos como tuviesen bienes. En suma, no había más derecho que el del más fuerte, y se ostentaba con insolencia la ferocidad, pues en las hojas de servicio se hacia constar el número de cabezas cortadas a los insurgentes.

La rebelión se propagó con admirable rapidez. Todos los naturales errantes y desesperados, sin recursos de ninguna especie y sin contar el número de sus enemigos se arrojaron a la lid en una guerra a muerte. Los caminos se llenaron de emboscadas, y los soldados que salian a merodear eran aniquilados, siempre que se presentaba una oportunidad para ello. Solo el furor de una guerra popular en que no se calculan los sacrificios; solo el entusiasmo de un levantamiento nacional podia equilibrar lucha tan desigual.

Los sacerdotes no se contentaron con ofrecer desde el santuario el incienso y las oraciones al Dios de los ejércitos, sino que se mezclaron con los combatientes en la hora del sacrificio, y presentaron sus pechos desnudos a una muerte segura, para fortalecer con su presencia y su ejemplo y asistir con su ministerio a sus hermanos. Las

---

[1]. Camba. «Memorias», t. I. págs. 204, 205 y 210. Este testimonio español dice: «Véase por esta muestra el carácter de ferocidad que la guerra habia tomado......Los comandantes de los cantones de Vitiche y de Cinti hicieron algunas correrias sobre los grupos de indios alzados, dispersándolos siempre y cogiéndoles porción de ganado, que venía a ser para dichos indios el castigo más sensible. Tal era el carácter singular de esa guerra generalmente poco conocida y menos apreciada en Europa».

matronas, las tiernas vírgenes inflamaron con su entusiasmo el valor de los guerreros, participaron de sus riesgos, e impávidas entre los horrores y la carnicería o murieron varonilmente, o consolaron en los últimos momentos al que espiraba (1).

Tarija en la guerra de la independencia.—Si la guerra de las republiquetas del Alto-Perú es todavía oscura y poco conocida, como dicen todos los historiadores, la participación que tomó en ella la provincia de Tarija, desde 1810, permanece aún más oscura y menos conocida. Desde entonces era el centro disputado entre las bajas y altas provincias del virreinato de Buenos Aires; y a unas y a otras servia como de antemural, deteniendo las invasiones de los ejércitos españoles, por un lado, o protegiendo el avance de los ejércitos patriotas, por el otro. En este empeño sus caudillos tan pronto eran auxiliares poderosos de las jurisdicciones de Salta, Jujuy y Orán, que entonces formaban la provincia de Salta, a órdenes del gran caudillo Güemes, como volvian en protección del norte, combinando sus operaciones con los distritos de Cinti y de Chichas, o en apoyo de las republiquetas del oriente, asegurando la retirada de los más esforzados caudillos Arenales y Padilla por el Chaco, manteniendo el paso libre al Pilcomayo y al Bermejo, a la vez que sus comunicaciones con los ejércitos auxiliares argentinos que avanzaban en protección del Alto-Perú, que era el teatro de la guerra.

Tarija debe su importancia en la guerra de la independencia a su situación geográfica, a su fisonomía especial como territorio, y a la conveniencia de los beligerantes de ocupar militarmente ese pais como frontera estratégica, que era como la línea precisa de operaciones de todo movimiento ofensivo y defensivo, y punto preciso para ambos contendientes que se disputaban su posesión.

Todavia, en 1821, el intendente de guerra don Manuel Antonio Baez, contestando con fecha 8 de febrero, a las observaciones contra la administración de los caudales por la comisaria del ejército real, correspondiente al año 1816, en un extenso escrito, entre otras cosas, con referencia a Tarija, decía:

«Con respecto a Chichas no se conoce una Hacienda

[1]. Urcullu. «Apuntes», págs. 90, 91 y 92.

en que haya tenido intervención el ramo económico del Exeto. Hasta en esto se ha portado con una torpeza sin igual. Todo és prueba seguramente de su inteligencia, de su atención, y amor por el servicio. *Entremos en adivinanzas.* Talvez sería su intención hablar del Marquesado de Yavi que hallándose situado en su mayor parte en Frontera enemiga como Santa Victoria, Cochinoca y puestos del despoblado; y la otra en Tarija con Toxo, Angostura y demás nombres tampoco ha tenido la Intendencia del Exeto. que disponer de ellas, corriendo su administración por Mayordomos y Administradores de la Casa según las órdenes del Marqués.

«Se deliberó en 1816 que estas Fincas fuesen manejadas baxo la inspección de la Intendencia para que sirviesen de algo al Exeto. con motivo de que a fin de 1813 o muy a principios del siguiente se pasó a los enemigos el referido Marqués, no habiéndose podido antes tratar de esto por los movimientos militares que se ofrecieron; y se determinó nombrar a Dn. Gerbacio Molina para ese efecto. Nunca llegó el caso de que corriese con lo más mínimo, admitiéndose en su lugar a Dn. N. Eguía pariente del mismo Marqués. En esta época se le hizo prisionero en la feliz sorpresa de Yavi y conducido a Lima consiguió la libre poseción de sus Fincas arto destruidas por las continuas inbaciones de los Insurgentes; la disperción de sus Indios, y el abandono de sus Dependientes.

«Las Haciendas citas en Tarija pertenecientes a otros Emigrados en Paises revolucionados y que sirven o se hallan bien en ellos, son administradas baxo la inspección de aquel Ayuntamiento y sus productos son muy exciguos: porque *habiendo sido su Territorio generalmente el Teatro de una obstinada guerra, han sido regularmente saqueadas y taladas* por los enemigos. Por otra parte consistiendo sus aprovechamientos en frutos industriales y de labranza la vez que los Insurgentes han sido repulsados, ninguna utilidad se ha podido sacar de ellos. Desde fin de 1816 hasta la fecha se organizó de nuevo este Gobierno (destruido el intruso que lo ocupaba) y por el corren cuantas noticias sean deseables en el particular, con independencia del ramo de Hacienda del Exeto......» (1).

El territorio de Tarija habia sido pues, según el testimonio español, el teatro de una obstinada guerra, y sus

---

[1]. M. S. del archivo de Monseñor Taborga, publicado en «Documentos inéditos para la Historia de Bolivia».

haciendas saqueadas y taladas. Allí pelearon multitud de caudillos oscuros cuyos nombres no ha guardado la historia.

La guerra de la independencia se sostuvo en Tarija con obstinada bravura, extendiéndose por todas sus fronteras, y allá mandaban a combatirla a los más veteranos y aguerridos cuerpos de las tropas reales. La importancia que dieron a ese territorio los ejércitos españoles lo prueba que lo rodearon por todas partes, y lo ocuparon y evacuaron repetidas veces, siempre en lucha encarnizada con sus caudillos. El más autorizado testimonio español (1) dice que, «como la aparición de partidas enemigas por el frente de la línea de ocupación del ejército real hacia temer por la conservación de Tarija, que formaba la izquierda y se estimaba importante, salieron para dicha villa el segundo regimiento y los escuadrones de San Carlos y Blandengues».

Y sin embargo, el pueblo de Tarija no conserva en sus fastos históricos la fecha precisa del día de su primer pronunciamiento por la causa de la libertad, o por «el gran sistema de Buenos Aires», como decian los tarijeños de aquella época. No hemos podido encontrar en nuestros estudios un documento que señale la fecha en que el cabildo y el vecindario de Tarija dieron el primer grito de independencia, aunque no queda duda sobre que tuvo lugar en el mes de junio de 1810. Este fué el año de la libertad, en que se pronunciaron todos los pueblos del virreinato de Buenos Aires, habiéndolos precedido solo Chuquisaca y La Paz en 1809.

Con respecto a Tarija, hay un documento oficial que lo asegura así: la proclama que hemos reproducido ya en el capítulo sexto de este volumen, de la «junta subalterna de Tarija a los moradores y milicianos de ella y sus partidos», compuesta de los patriotas José Antonio de Larrea, Francisco José Gutiérrez del Dozal y José Manuel Núñez de Pérez, es de 13 de julio de 1811, y dice: «Valerosos tarijeños. Desde los *primeros momentos en que supistéis* que la inmortal Buenos Aires trataba de defender la patria de la esclavitud y tiranía en que ha gemido por tres siglos, *manifestastéis* vuestra adhesión a ese gran sistema......»

En los primeros momentos en que se supo la revolución del 25 de mayo de 1810 en la capital del virreina-

[1] Camba. T. I, págs. 208 y 210.

to, Tarija manifestó su adhesión a ella. Esos primeros momentos los podemos fijar en una fecha correspondiente a mediados del mes de junio de aquel año. El 23 de ese mes se supo en Chuquisaca la revolución de Buenos Aires, y es seguro que llegó antes la noticia a Tarija, por la vía de Salta. De manera que se puede fijar con precisión, el 15 de junio de 1910 como el día del primer pronunciamiento de Tarija.

Pero continúa la célebre proclama: «cuando alguno de los pueblos circunvecinos se disponía a sofocarlo, en su nacimiento, vosotros le distéis lecciones de patriotismo, jurando derramar vuestra sangre para sostenerlo. Así lo cumplistéis. La patria os llamó a Santiago en su defensa (27 de octubre de 1810), y volvistéis a vencer. Allí peleastéis con unas tropas veteranas, aguerridas y superiores en número; y a pesar de estas ventajas que debía asegurarles la victoria, las obligastéis a encerrarse en sus trincheras. En Suipacha (7 de noviembre de 1810) os cubristéis de gloria, ganando una victoria que dió una nueva fuerza y energía a nuestro sistema......»

Esta proclama, que fué un llamamiento de la junta de gobierno al patriotismo del pueblo tarijeño después de la derrota de Huaqui, que puso en peligro la revolución, confirma los partes de las batallas de Cotagaita y de Suipacha, donde pelearon tropas regulares y organizadas de tarijeños en escuadrones de caballeria, lo que prueba que la revolución estaba ya afianzada en Tarija, de tiempo atrás, cuando mandaba sus tercios guerreros a reforzar el primer ejército auxiliar argentino.

Ocupación de Tarija por los realistas. —Ya hemos dicho que el jefe de los caudillos de la republiqueta de Tarija era el teniente coronel don Francisco Uriondo. En 1816, cuyos acontecimientos estamos narrando, tenia su campamento en el Potrero, desde donde cuidaba la frontera argentina. El 24 de febrero de aquel año, destacó una partida de su dependencia al cargo del capitán don Juan Antonio Rojas, que avanzó sobre el pueblo de Mojo, donde tenía su cuartel el comandante de una enemiga, muy superior en número, don Luis Farfán, a quien batió, tomándole 20 prisioneros, 24 fusiles, 2 pares de pistolas, 4 sables, 50 animales, 30 monturas, matándole 14 soldados y haciendo huir a los demás (1).

(1). Partes oficiales, pág. 196, t. II

El 27 de marzo comunicaba el general Rondeau, que el teniente coronel don Francisco Uriondo, con ciento y tantos hombres armados, que habia llevado desde el Potrero, se encontraba en Tarija en compañía del sargento mayor La Madrid, preparándose a resistir y a combatir la división situada al otro lado del Rio San Juan (1).

Ya hemos dicho que después de Sipesipe, Pezuela adelantó su vanguardia al mando de Olañeta hacia la frontera de Salta y Tarija, reforzándola con un regimiento de infanteria a las órdenes del general don Antonio María Alvarez y dos escuadrones de caballeria al mando del coronel don Melchor Lavin, que fué el enemigo más encarnizado de los patriotas de Tarija. Obedecía este plan al pensamiento de invadir las provincias argentinas, cuando consideraba el general español subyugado y pacificado el Alto-Perú.

Simultáneamente con la derrota y muerte de Camargo, atacó Olañeta la villa de Tarija el 5 de abril de 1816, tomando posesión de ella después de un reñido combate en que murió el caudillo don Ramón Rojas; pero los que lograron salvarse se retiraron al monte bajo la dirección de don Manuel Rojas, sobrino del muerto, a quien reemplazó como valeroso caudillo, y de ahi hostilizaban constantemente a la guarnición de la plaza.

Pocos días después se estableció en Tarija el coronel Lavin con sus escuadrones de caballería y un cuerpo de infantería. Uriondo, que preparaba operaciones sobre la línea de San Juan, se vió obligado a replegarse a Concepción y Padcaya, donde perseguido por Lavin y después de algunos combates, se concentró en Baritú sobre la frontera de Orán. Solo quedaron sobre Tarija los caudillos locales Méndez y Mendieta, al frente de sus respectivas partidas, que obligaron a Lavin a mantenerse en cautelosa vigilancia, encerrado dentro de la villa. Animados por algunos sucesos parciales, los caudillos combinaron un ataque sobre Tarija, al cual solo concurrió Mendieta, quien fué derrotado, dejando en el campo un cañón que llevaba y algunos muertos y prisioneros.

Olañeta dejó la villa de Tarija y se trasladó al despoblado con el objeto de desalojar al marqués de Tojo de su posesión de Casabindo, obligándolo a replegarse sobre Yavi, donde lo esperaba la derrota. En su lugar he-

---

(1). Partes oficiales, pág. 198, t. II.

mos de dar noticias de estos acontecimientos que dejamos aquí apuntados.

La republiqueta de Ayopaya y el levantamiento de Chayanta.—Mientras tanto, la republiqueta de Ayopaya resistia valientemente bajo la dirección de Lanza, haciendo frecuentes incursiones sobre el camino de La Paz y Oruro. Una columna realista compuesta de fuerzas de Cochabamba y Oruro fué dirigida contra él, intentando el gobernador de Oruro, Benavente, forzar la posición que ocupaba, a la cabeza de 70 fusileros; pero las terribles galgas volvieron a funcionar, y los invasores huyeron despavoridos, dejando en el campo 20 muertos. Una nueva expedición, compuesta de un batallón al mando del comandante Lezama, tuvo la misma suerte que la anterior (1). Sin enemigo que combatir, privado de todo recurso para subsistir, perdida entre sus fragosidades, la columna expedicionaria se vió obligada a contramarchar, teniendo que hacerlo por uno de los muchos desfiladeros que cortan la comarca. Allí la esperaba emboscado uno de los tenientes de Lanza, llamado Chinchilla, el cual la atacó de improviso, haciéndole perder una parte de su fuerza (2). Desde entonces la republiqueta de Ayopaya fué declarada invencible, y Lanza se sostuvo en ella hasta 1825 en que los americanos triunfaron en la guerra de la independencia y se constituyó la República de Bolivia.

Los de Chayanta se sublevaban por sexta o séptima vez, y armados de hondas y de macanas ponian en campaña 200 hombres, que no tardaron en ser dispersados, sin dejar por esto de continuar la guerra en pequeñas partidas y aun individuales.

Otra vez Padilla en acción y sus asaltos a Chuquisaca.—Hemos dejado a Padilla con su antigua republiqueta reorganizada con los dispersos de Sipesipe, entre el Pilcomayo y el Rio Grande o Guapay, amenazando a la vez a Cochabamba y Charcas. Con su cuartel general en la Laguna y su vanguardia en Yamparáez, mantenia comunicaciones por Mizque y Vallegrande, con Santa Cruz de la Sierra, y apoyaba su espalda en el Gran Chaco en toda la extensión de las fronteras por aquella parte, desde Tomina a Pomabamba.

---

[1]. Camba, t. I, pág. 203 y Urcullu, págs. 86 y 88.
(2). Cortés. Ensayo, pág. 69.

Preciso es recordar que cuando dejó el mando del ejército real el teniente general don Joaquín de la Pezuela, marqués de Viloma, promovido a virrey de Lima, en reemplazo de don Fernando de Abascal, marqués de la Concordia, el ejército del Alto-Perú fué encargado interinamente al presidente de la real audiencia de Charcas, teniente general don Juan Ramírez y Orosco, motivo por el cual fué también encargado interinamente de la presidencia de la real audiencia, el jefe del batallón «Centro», coronel don José Santos La Hera, el que a su vez fué reemplazado en el comando del cuerpo por el teniente coronel don Baldomero Espartero. Intendente y gobernador de La Plata fué nombrado el coronel don Vicente Sardina, siendo jefes de las fuerzas de la plaza, el comandante don Felipe Rivero y el coronel de milicias y alguacil mayor de la real audiencia de Charcas, don Manuel Antonio Tardío y Agorreta.

Hacemos notar esta circunstancia para que se comprenda la importancia de esta guerra, cuando se mandaban a ella jefes de tanta importancia, que a su regreso a la Península figuraron en primera línea en la política española, tanto que Espartero fué regente del reino y duque de la Victoria.

Noticioso Padilla de la partida del general Ramírez, y de que Chuquisaca solo estaba guarnecida por 300 hombres del batallón «Centro» y un cañón, al mando de La Hera, marchó rápidamente sobre este punto, con su ejército compuesto de 4,000 indios armados de hondas y garrotes, y como 300 fusileros. Llegó el 9 de febrero de 1816 y ocupó los suburbios de la ciudad, penetrando en algunas de sus calles, al mismo tiempo que La Hera prevenido de su aproximación celebraba una junta de guerra, para proveer a la defensa.

La resistencia que opuso el jefe español, auxiliado por el vecindario armado, fué vigorosa, consiguiendo rechazar los ataques que los partidarios llevaron sobre sus posiciones con gran valentía, pero con poca eficacia desde que no habían logrado la sorpresa. Llegó la noche y los insurgentes se posesionaron de la *Recoleta*, la loma de *Aullagas* y la falda del cerro *Churuquella*.

En los días 10 y 11 se renovaron las tentativas de asalto, animados los sitiadores por la mujer de Padilla, que en persona recorría los puestos más avanzados bajo el fuego de los de la plaza. A los tres días, convencido el jefe patriota de la inutilidad de sus esfuerzos para apoderarse

de la ciudad, resolvió replegarse sobre Yamparáez, donde estableció nuevamente su vanguardia al mando de su teniente el comandante don Jacinto Cueto, antiguo capitán del ejército y natural de Chuquisaca (1).

Combates de Tarabuco y la Laguna — Pezuela destacó en auxilio de Chuquisaca, al batallón «Cazadores del General», vulgarmente llamado de los Verdes por el color de su uniforme, y que era mandado por el mayor don Pedro Herrera, oficial valiente pero señalado por sus crueldades contra los partidarios, a quienes miraba en menos. Reforzado La Hera, se puso en campaña con los dos batallones y alguna caballería; obligó a la vanguardia de Cueto en Yamparáez a replegarse, llevándose por delante las fuerzas inconsistentes que lo apoyaban, en circunstancias en que Padilla recorría su línea de retaguardia, desorganizada por querellas intestinas y amenazada por algunos indios del Chaco aliados con los españoles.

Al anuncio, acudió Padilla prontamente, y se situó con su división en San Julián, a una legua del pueblo de la Laguna, del cual se había posesionado La Hera. Su presencia restableció la moral, y sus acertadas disposiciones correspondieron a la gravedad de la situación. Situado en San Julián, al oriente de la Laguna, escalonó por su izquierda las demás divisiones, formando con ellas un cuarto de círculo, de manera de interponerse entre Chuquisaca y los invasores. A su valerosa mujer doña Juana Azurduy, la situó al sud, en el Villar, cubriendo su izquierda. Tenía esta a sus órdenes una guardia de amazonas, que siempre la acompañaba, con 30 fusileros criollos, y 200 indios armados de hondas, palos y flechas. En Sopachuy, prolongando la curva hacia el occidente, estableció al comandante Cueto, que cubria antes la vanguardia de Yamparáez, con 40 fusileros, 30 lanceros y 500 indios de toda arma. En Tarabuco, que era el punto peligroso, que cerraba el camino entre la Laguna y Chuquisaca, situó al comandante don José Zerna, natural de Cochabamba, al frente de 30 fusileros y 2,000 indios, sobre los cuales tenia un gran ascendiente, y de quienes dice el mismo Padilla, que les señaló este puesto porque «con sobrada energía, amor e intrepidez por la sagrada causa

(1). Camba, t. I, pág. 193. Torrente, t. II, pág. 212 y 213. Relación del Padre Salazar, en las *Partes* ya citados.

de la patria, miraban con desprecio sus vidas por oprimir al enemigo intruso, e interceptar sus correspondencias». La división de Tarabuco supo corresponder a esta confianza.

En esta disposición se rompieron las hostilidades el 3 de marzo de 1816, con algunas guerrillas y combates de posiciones, en que si bien Padilla tenia que ceder el terreno, los españoles llevaban con frecuencia la peor parte. Convencido La Hera de la ineficacia de estas hostilidades, empezó a maniobrar en el sentido de cortar la retaguardia de Padilla, atacando el punto atrincherado del Villar. Doña Juana Azurduy lo mantuvo valerosamente, saliendo al encuentro del destacamento español, y lo rechazó matándole 15 hombres. Igual suerte cupo al destacamento que atacó el puesto de Sopachuy mandado por Cueto.

La situación de los realistas empezó a hacerse crítica. Interceptadas sus comunicaciones, sin objetivo que combatir, y escasos de municiones y de recursos, La Hera despachó la compañía de tiradores del Centro con el objeto de ir a buscar a Chuquisaca lo que le faltaba. La compañía, después de batirse un día entero, tuvo que regresar a la Laguna, dando parte que no habia podido romper el cerco. Despechado La Hera, dispuso que saliesen tres compañías del batallón de los Verdes, al mando del comandante Herrera, quien aceptó la comisión, prometiendo llevarse por delante a los partidarios. Desde que salió de la Laguna hasta que llegó a Tarabuco, el batallón Verdes tuvo que abrirse paso a sangre y fuego. En Tarabuco lo esperaba Zerna con sus 2,000 indios, teniendo a sus órdenes a los caudillos Ildefonso Carrillo, Pedro Calisaya y Prudencio Miranda (1). Allí se empeñó el combate el 12 de marzo de 1816. Agotadas sus municiones, Herrera intentó formar cuadro, tomando en sus manos la bandera; pero los indios de Zerna «se fueron a las manos de los fusiles y se los quitaron de la mano», según la ex-

---

(1). El general Ramallo dice que este combate fué en *Cumpati*, lugar situado entre la serranía de *Carretas* y el pueblo de Tarabuco, Urcullu incurre en el error de la fecha, muy frecuente en este autor, diciendo que la acción tuvo lugar el 12 de mayo, «al pasar el batallón de los Verdes por Tarabuco». El combate tuvo lugar el 12 de marzo de 1816, según el parte que pasó el coronel Padilla al general Rondeau, de Tomina, con fecha 24 de abril del mismo año, y atribuye la gloria a Zerna, que era quien mandaba en Tarabuco.—*Partes oficiales*, t. II, págs. 198 a 201.

presión de Padilla, obligando a los realistas a rendirse a discreción.

El batallón fué muerto a garrotazos, siendo pasados por las armas Herrera y trece oficiales más. Escapó de la matanza únicamente un tambor, y quedó en poder del vencedor la bandera que simbolizaba sus antiguos triunfos (1).

Sitiado La Hera en la Laguna, pudo rechazar los ataques que sucesivamente le llevó Padilla; pero al tener la noticia de la catástrofe del batallón Verdes, comprendió que estaba perdido si no abandonaba inmediatamente aquella mala posición. En consecuencia, emprendió precipitadamente su retirada, saliendo del pueblo a las doce de la noche. Fué vivamente perseguido por el espacio de seis días, hasta las inmediaciones de Chuquisaca, sin dejar un momento las armas de la mano, y casi sin comer ni dormir en el trascurso de esa penosa marcha, en que sufrió algunas pérdidas, según refiere el mismo Padilla en su parte.

El general Tacón salió de Potosí en auxilio de La Hera, a la cabeza de una columna de las tres armas, consiguiendo que Padilla se concentrase en Yamparáez. Sin intentar ningún movimiento decisivo, se limitó a algunas correrias contra las poblaciones indefensas, teatro de la insurrección, incendiando aldeas, pasando a cuchillo a sus habitantes y volviendo a Chuquisaca con los despojos sangrientos de tan cobarde campaña, clavados en las puntas de sus bayonetas (2).

Estas atrocidades en vez de amedrentar a los revolucionarios, no hacian sino encender el furor de los combatientes, y provocar las represalias. El mismo historiador español Camba, refiriéndose a esta época y callando estos excesos, dice: «la revolución progresaba visiblemente y Padilla engrosaba asombrosamente su facción». Y el historiador altoperuano Urcullu, dice: «Detestable fué la conducta de Tacón con las personas más inofensivas de la ciudad de La Plata. Mandó prender más de 200 personas y las arrojó a Oruro y a Potosí. Salió contra Pa-

(1). Ya hemos dicho que el general Belgrano al mandar a Buenos Aires el parte de Padilla, atribuye la toma de la bandera a doña Juana Azurduy, incurriendo en un error, porque la bandera fué tomada por la división Zerna, cuando doña Juana estaba comandando las fuerzas del Villar. No necesita la heroina de una gloriausurp ada para brillar en las páginas de la historia.

(2). Urcullu, págs. 89 y 90.

dilla llevando 800 hombres de tropa, y sin dejar en la plaza un soldado, ni tampoco una arma. Su objeto fué que la ciudad se ocupase por los insurgentes, con el fin de volver a saquearla. Cuando llegó a Yamparáez tenia al enemigo a tres leguas de distancia en el punto de Carretas, y en vez de ir a buscarlo se alejó, saqueando y quemando la población. Hizo un paseo militar a la redonda de Chuquisaca......y volvió a la ciudad dejando el rastro lamentable de sangre, violencias y crímenes espantosos...... Precisadas las gentes a abandonar sus bienes y la tierra amada, acudian por centenares a la voz del primero que los llamaba a vengar tan espantosa barbarie: todos los naturales errantes y desesperados, sin recursos de ninguna especie, se arrojaron a la lid en una guerra a muerte».

Sitios de Chuquisaca por Padilla.—Debilitada la línea realista sobre la frontera argentina por las atenciones de la guerra de las republíquetas, en circunstancias en que Ramírez se recibía interinamente del mando del ejército, el nuevo general consideró prudente reconcentrar sus fuerzas en Cotagaita, y dejar a su retaguardia las guarniciones estrictamente necesarias para mantener la ocupación militar. Como Chuquisaca solo quedase cubierta por el batallón Centro y un escuadrón, Padilla cargó nuevamente sobre la ciudad. La Hera salió resueltamente a su encuentro al frente de 600 hombres, y después de una acción indecisa que tuvo lugar el 28 de mayo de 1816, obligó al caudillo insurgente a replegarse a Yamparáez.

No habían pasado muchos días, cuando Padilla volviendo sobre Chuquisaca a la cabeza de cuatro mil indios, ocupó sus suburbios y le intimó rendición. Acompañaban al jefe patriota su esposa doña Juana Azurduy y los caudillos Estéban Fernández, Jacinto Cueto, Baltazar Cárdenas, Pedro Calisaya, José Zerna, Prudencio Miranda, Agustin Ravelo, Manuel Torres, el doctor Bayo y otros; los que se posesionaron de todos los caminos que conducen a la ciudad sitiándola completamente. Padilla situó su cuartel general en la Recoleta, en compañía de doña Juana y de algunos de los más notables de su comando.

Gobernaba a la sazón la provincia el coronel Vercolme, hombre de poco espíritu, siendo La Hera simple comandante de armas. La desinteligencia que reinaba

entre ambos jefes, Vercolme partidario de la defensiva dentro de los reductos que hizo construir a una cuadra fuera de la plaza, y La Hera que queria salir fuera de las trincheras en busca del enemigo, hubo de aumentar los conflictos de la plaza sitiada, que pronto empezó a sufrir escasez de víveres.

Como el sitio se prolongaba y alentaba la audacia de los sitiadores que campeaban en la población, llegando hasta las inmediaciones de la plaza, La Hera adoptó resueltamente el sistema de salidas, y merced a la superioridad de sus armas y a la disciplina de sus tropas, obtuvo algunas ventajas parciales, especialmente en las del 20 de junio, en que logró alejar la línea del bloqueo (1).

A principios de julio volvió Padilla a estrechar el cerco de la ciudad, ocupando los dos cerros que la dominan. El 11 de ese mes intentó un ataque por seis puntos distintos, a la cabeza de seis mil indios, reservándose el mando inmediato de una de las columnas, donde había reconcentrado todas sus armas de fuego, que no pasaban de 200 entre fusiles y carabinas. Observado esto por La Hera, salió a su encuentro al frente de tres compañías de infantería, un escuadrón de caballeria y dos piezas de artillería, y consiguió rechazarla, replegándose inmediatamente a sus trincheras, protegido por el resto de la guarnición. No por esto mejoró su situación, pues Padilla ensanchando su círculo del asedio, siguió rodeando la ciudad e interceptando todos los caminos, a la vez que los índios de Chuquisaca y Potosí sublevados en masa, cortaban todos los recursos (2).

Salian frecuentes destacamentos en busca de subsistencias, los cuales sostenian recios combates con los sitiadores, alternando el éxito en favor de una y otra parte. Se renovó el ataque con más fuerza por parte de los patriotas; el comandante Ravelo se aproximó a la ciudad, y salió a rechazarlo La Hera con el batallón «Puna», y Tardio con los «Notables». Los insurgentes trabaron la batalla en retirada, atrayendo a los jefes realistas hasta Catalla. Entre tanto Padilla, con el grueso de sus fuerzas, asaltó la ciudad por las calles que bajan de la Recoleta a la plaza príncipal, obligando a los realistas a retroceder y a refugiarse en sus trincheras hasta el pie de las que los persiguió doña Juana Azurduy.

(1). Camba—Memorias, t. I, págs. 207, 208 y 209.

(2). Parte oficial de Bercolme al general Ramírez, de 12 de julio de 1816.

Avisado La Hera, volvió con precipitación con sus fuerzas en protección de la ciudad, y del Gallinero (1) destacó al coronel Tardío a fin de que acudiese a la pampa de *Mesa Verde*, donde se trababa otro combate. Agorreta tomó la quebrada que pasa por el Gallinero, y por ella llegó ocultando sus fuerzas a Mesa Verde, en el momento que el cuerpo realista era destrozado, y López de Quiroga, a quien le habian matado su caballo, era cogido prisionero con muchos de su escuadrón. Tardío salvó a López y a los que cayeron con él, rescató las armas y cabalgaduras perdidas, haciendo además prisionero a un capitán Rosario, de nacionalidad inglesa, que servía desde algún tiempo en el comando de Padilla.

Desde allí se dirigió Tardío, cortando la pampa, a la Recoleta con su escuadrón; pero Padilla le salió al encuentro y lo atacó con tal bravura que lo arreó hasta las trincheras de la plaza. En su retirada tomaron los guerrilleros la calle del Colegio Colorado y la de la presidencia, y Tardío que pudo rehacerse, salió de sus trincheras y tomó otra calle para cortar al enemigo, lo que logró hacerlo a una distancia de dos cuadras de la plaza, donde trabó combate con una columna que comandaba el doctor Bayo, con el que se batió y pudo desarmarlo y cogerlo prisionero; luego siguió persiguiendo a esa columna hasta el pie de la loma de Aullagas, donde encontró a doña Juana, que lo hizo volver cara y huir con su gente.

Todos los prisioneros fueron fusilados esa tarde en la plaza principal, incluso el doctor Bayo y el capitán Rosario (2).

Ese día fueron rechazados los montoneros por todas partes, y en cierto momento, todos se replegaron a la loma de Aullagas, de donde se distribuyeron para ensanchar el radio del cerco, ocupando caminos y sendas, interceptando víveres y cortando toda clase de recursos.

Así permaneció Padilla sobre la ciudad de Chuquisaca con el dominio de su territorio adyacente, desde fines de mayo hasta principios de agosto, en que Tacón vino nuevamente en su auxilio a la cabeza de una fuerte columna de las tres armas, cuya base la formaban dos batallones. Su marcha desde Potosí, fué un continuado combate costándole no poco trabajo penetrar a la ciudad si-

[1]. Hoy *El Paraíso*.

[2]. General Ramallo—Batallas de la guerra de la independencia.

tiada (1). Padilla se replegó otra vez a Yamparáez, desde donde continuó la insurrección, llamando seriamente la atención de los realistas con su amenazadora actitud.

Combates dc la Laguna y el Villar; muerte de Padilla.—El general español comprendió, que mientras la republiqueta de Padilla se mantuviera en pie, Chuquisaca sería siempre el foco inextinguible de la insurrección, sin que se pudiera contar con la capital del Alto-Perú, y sin que el ejército realista pudiera dar un paso adelante sin exponerse a perder la base de sus operaciones. Casi la mitad de sus fuerzas estaban exclusivamente empleadas en hacer frente a sus ataques, sosteniendo en el espacio de seis meses una larga serie de combates, ya prósperos, ya adversos, sin obtener más resultado que salvar el recinto de las ciudades que ocupaban las tropas españolas. En tal situación, un ataque de frente, como el que La Hera habia llevado anteriormente con resultado tan desastroso, no podía prometer mejor éxito, a menos de operar con fuerzas respetables, y aun asi, tenía que ser necesariamente incompleto, desde que los partidarios tenian libre a su espalda la retirada sobre la frontera del Chaco, y el apoyo, bien lejano, de Santa Cruz de la Sierra. En consecuencia resolvió abrir nueva campaña sobre Tomina, siguiendo distinto plan, empleando al efecto dos divisiones de ejército, que en número total de 3,000 hombres de tropas regulares debian atacar por el frente y por la retaguardia a la vez.

El coronel Aguilera estaba ya situado en Vallegrande con el batallón Fernando VII, con el objeto de expedicionar sobre Santa Cruz de la Sierra. Las alarmas producidas por las empresas de Padilla, le habian impedido llevar adelante su proyectada invasión, por temor de dejar descubierta a Cochabamba, cuya espalda protegia desde allí, dominando a Mizque y atendiendo a Tomina, centro de la insurrección de las fronteras. Sobre esta base se contó para abrir contra Padilla la nueva campaña combinada. Su posición un poco a retaguardia de Tomina, le permitia invadir ese territorio por uno de sus flancos. Cortando la retirada de los partidarios situados en Yamparáez y la Laguna, daba así lugar a las tropas que salieran de Chuquisaca a obrar con más eficacia por el fren-

---

[1]. Torrente. *t.* II, págs. 223 y 224.

te. Al efecto, Aguilera remontó su batallón hasta el número de 600 hombres de fusil, agregando dos cañones y algunos escuadrones de lanceros cochabambinos, con lo cual tuvo bajo sus órdenes mil hombres, a cuyo frente pasó el Rio Grande en dirección a la Laguna (1). Al mismo tiempo, Tacón se movía de Chuquisaca con una columna de 2000 hombres, compuesta de tres batallones y dos escuadrones con dos piezas de artilleria (2).

Tan formidables preparativos se dirigian contra un hacinamiento de hombres, sin organización militar, armados sólo de palos y de piedras, que apenas contaba con un mal cañón y 200 fusiles con escasas municiones!

La campaña contra Tomina se abrió a principios de septiembre de 1816, sorprendiendo La Hera con el batallón Centro, una avanzada de partidarios situada en Tarabuco. Padilla, al sentir la doble invasión, se replegó en orden hacia la Laguna. Dejando sobre Tacón las divisiones de indios de Zerna, Miranda, Carrillo y Zárate, salió con sus mejores tropas y todos sus fusiles disponibles, al encuentro de la columna de Aguilera, que habia ocupado aquel punto, entrando por el Pescado. Ambas fuerzas se encontraron el 13 de septiembre a inmediaciones de la Laguna. Padilla provocó el combate con más gallardía que acierto. Desplegó su infanteria en campo descubierto, y amagó un falso ataque por el frente, al mismo tiempo que su caballeria entraba por la retaguardia del enemigo. Apenas inició este movimiento falso, Aguilera cargó resueltamente sobre él, trabándose en seguida un reñido y desordenado combate, en que la infanteria patriota hubo de ceder el campo, aunque no del todo deshecha. Amparada por las fragosidades del terreno y protegida por la caballería, que habia quedado intacta, pudo emprender su retirada, perseguida por ambos flancos por el espacio de dos leguas, sin que la derrota se pronunciara completamente (3).

Al día siguiente (14 de septiembre) llegó Padilla al Villar con parte de sus fuerzas, a medio día. Cueto y Ravelo habian tomado distintas rutas a fin de recoger y proteger a los dispersos. La tropa llegaba en fracciones, ren-

---

[1]. Informe del P. Salazar, publicado en los Partes oficiales de la guerra de la independencia, t. II, págs. 212 a 217. Parte del comandante Cueto, de 9 de octubre de 1816, págs. 218 a 221.

(2). Camba, t. I, pág. 215.

[3]. P. Salazar, Informe citado.

dida y deshecha, para entregarse al descanso después de la ruda jornada.

El Villar, que dista nueve leguas de la Laguna, es un pueblo habitado por indios, donde existe un Sagrario, que todos los comarcanos reverencian. Aquel era el punto de reunión que Padilla habia señalado a sus tropas, y allí estaba doña Juana Azurduy atrincherada, con un cañón ligero y la reserva de municiones. Sucesivamente llegaban en desorden las compañías, fatigadas por la pelea y la marcha del día anterior, y se entregaban imprudentemente al descanso sin tomar ninguna precaución (1).

Mientras tanto, Aguilera, poniéndose a la cabeza de un grueso destacamento de caballería bien montado, cargó repentinamente sobre el Villar el 14 a las 3 de la tarde. Sorprendido Padilla, trató de reunir los suyos, ayudado por su valiente esposa doña Juana, y se trabó una porfiada pelea, en la que se mezcclaron los enfurecidos combatientes: fué larga y el encarnizamiento terrible, más de mil hombres habian caido muertos o mortalmente heridos. Aguilera hechó a tierra a Padilla de un sablazo y le mató: este incidente decidió la victoria en favor de los realistas. La mujer de Padilla dotada de un ánimo varonil salió de la refriega con dos heridas, y se retiró al valle de Segura seguida de algunos patriotas.

El fiero vencedor insultó la desgracia de los vencidos, ejecutando cuantos actos le sugería su barbarie para hacer más cruel la suerte de esos infelices. Setenta y seis prisioneros murieron en el mismo día fusilados unos, lan-

[1]. No existe ninguna descripción de este combate, dice Mitre, quien sigue la relación del P. Salazar y el parte del comandante Cueto; documentos que tenemos a la vista y que ya hemos citado. Tacón, en su parte oficial no dá ningun pormenor, y se sujeta a él Torrente, historiador español. Camba, por lo general tan exacto, supone tres dias de combate y nada adelanta sobre ellos. El historiador boliviano Cortés, dice que el combate duró dos dias, y éste como Urcullu, L. M. Guzmán, Córdova, Camacho, Ordoñez, López y Crespo, dicen que la pelea fué porfiada y larga, con un encarnizamiento terrible, que más de mil hombres cayeron en el campo entre muertos y heridos: que la victoria se decidió por los realistas sólo cuando Aguilera mató a Padilla. El general Ramallo sigue a estos historiadores en un estudio mas detenido, en su obra «Guerrilleros de la independencia. Los esposos Padilla,» y en su libro «Batallas de la guerra de la independencia.» Todos están de acuerdo en que las fuerzas de Tacón y de Aguilera se reunieron en la Laguna, y que después de combinar un plan, Tacón cedió a Aguilera la ejecución de la empresa y los honores de la victoria. Fuera del informe del P. Salazar y del parte de Cueto, no hay sino las relaciones verbales y la tradición, que pudo recogerlas Urcullu, contemporáneo del célebre suceso.

ceados otros, y los más a palos acompañados de torpes imprecaciones. Fray Mariano Polanco, religioso de misa cogido con arma en mano, fué remitido a la ciudad de la Plata para que previa solemne degradación de sus órdenes se le ahorcara, con objeto de imponer terror al clero. Por falta de obispo que ejecutase la ceremonia fué despachado a Lima por el coronel don Pascual Vivero, que estuvo de presidente de Chuquisaca; y el virrey lo condenó a presidio perpetuo en la carraca de Cádiz. Polanco logró seducir a la tripulación del buque que lo conducía, la sublevó contra su capitán, y llevó la embarcación a Buenos Aires en uno de los primeros meses del año 1818 (1).

Esta es la primera relación del historiador altoperuano, y sobre ella han formado la trama histórica los demás, con coloridos más o menos vivos.

Se abalanzaron los combatientes unos contra otros, con una ciega obstinación. La victoria permaneció largo tiempo indecisa. La sangre de estos enfurecidos gladiadores, habia corrido mezclada en hondos surcos. Las víctimas que pasaban ya de mil, caian una tras otra en las opuestas filas de los combatientes, sin que nadie cediese el puesto. ¿Cómo se decidiria este vasto duelo a muerte? Aguilera lo decidió. Echó a tierra de un balazo a Padilla, y le mató después. Sus huestes sin caudillo, cediendo al pánico, se desbandaron en tropel. La derrota se hizo general (2).

Padilla desesperado, se entregó a la fuga, acompañado de su esposa. Estaba a su lado el Padre Mariano Suárez Polanco, que le seguia a todas partes como capellán, secretario y ayudante de campo, armado de carabina y pistolas (3). Aguilera, precedido de algunos oficiales, se lanzó en persecución de Padilla dando riendas a su brioso caballo. Doña Juana que habia quedado un poco a retaguardia, iba a caer prisionera, cuando advirtiéndolo su esposo, vuelve sobre sus pasos, descarga sus dos pistolas, carga en seguida con sable en mano sobre los oficiales que la acometian, y consigue salvarla. En aquel momento llega Aguilera, descarga un pistoletazo sobre Padilla, le derriba del caballo, ordena al Padre Polanco, que no lo habia desamparado en aquel trance, que lo

[1]. Urcullu, págs. 95 y 96.
(2). L. M. Guzmán. Hist. de Bolivia, págs. 27 y 28.
[3]. Parte oficial de Tacón al gobernador de La Plata.

absuelva, ejecutado lo cual, el feroz Aguilera le corta con su propia mano la cabeza. En la persecución, una de las mujeres que formaban la guardia de amazonas de doña Juana, es alcanzada, y equivocándola con ella, la degüellan (1).

El general Ramallo dice, que entre los oficiales que acompañaban a Aguilera, estaba el arriero Mariano Ovando, que servia como guia en la división, que fué quien asestó dos balazos a Padilla, como su enemigo personal, cuya muerte habia jurado; y en la biografía del caudillo, publica una carta del doctor A. Tufiño, del pueblo de Padilla, fecha julio de 1903, quien dice que, sin pretender impugnar la afirmación de todos los historiadores sobre que Aguilera fué el victimador de Padilla, le trasmite la revelación que le hizo Ovando, el año de 1882, cuando contaba 105 de edad, declarándole que fué él quien descargó los dos tiros sucesivos de pistola que derribaron al caudillo, y «encontrándolo exánime, se asomó con el puñal a cortarle la cabeza, acto que trató de impedírselo el intruso Padre Polanco, que habia fugado delante de él, después de la esposa de Padilla, a pretexto de prestarle los auxilios espirituales; pero una amenaza enérgica y resuelta de su parte, apartó de la escena al desgraciado sacerdote...... La cabeza del caudillo fué presentada a Aguilera, quien la llevó a la Laguna.....»

Esta revelación personal, que pudiera ser una jactancia del anciano más que centenario, está contradicha por las informaciones siguientes:

El P. Salazar en su relación ya citada, dice: «En la fuga no se oyeron más tiros que dos que hizo Padilla para defender a su esposa, que iba a caer prisionera, y desenvainando el sable por último recurso, contra los oficiales que la acometian, tuvo la desgracia de que lo hiriera una bala de pistola, lo derribara del caballo y dejara muerto, sin haber tenido un soldado o un oficial que lo socorriera—Doña Juana Azurduy, su esposa, escapó, degollando los enemigos otra mujer que la acompañaba, por creer que era ella, colgando las dos cabezas en el pueblo de la Laguna».

Tacón en su parte oficial ya citado, dice: «Fr. Mariano Suárez Polanco, inseparable compañero de Padilla, no se movió de su lado con carabina y pistolas hasta que

(1). Mitre. Hist. de Belgrano, t. II, pág. 599.

le vió caer del caballo, se le mandó absolver, como lo ejecutó».

Torrente en su Historia de la Revolución Hispano Americana, t. II, pág. 226, dice: «Aguilera que habia derrotado a las gavillas del indomable Padilla, cortando con su propia mano la cabeza de este feroz insurgente.........» «Camba, t. I, pág. 215 dice que Aguilera fué quien mató a Padilla de un pistoletazo.

Tacón en su parte oficial al general Ramírez, de 27 de septiembre de 1816, dice: «Padilla fué muerto a manos del comandante Aguilera, y la cabeza permanecerá sobre una pica en la plaza de este pueblo (La Laguna) para perpetuo escarmiento de los traidores. En el mismo paraje han sido pasados por las armas sesenta y siete de los tomados prisioneros. La pérdida de muertos del enemigo en el campo, y los ejecutados puede pasar de 700».

Tal fué el trágico fin del valeroso coronel Padilla. Su muerte fué festejada en el cuartel general de Cotagaita por los realistas, y se decretó la acuñación de una medalla para los vencedores.

Tacón, después del combate del Villar, marchó de gobernador a Potosí, en tanto que Aguilera se dirigía a Santa Cruz, a combatir a Warnes.

El elogio de Padilla y de su viuda.— El elogio de Padilla y de su viuda, fué hecho por sus mismos enemigos en sus documentos oficiales. El general en jefe español decía al virrey de Lima, al dar cuenta de las derrotas de la Laguna y del Villar: «La fortuna habia acompañado a aquel caudillo (Padilla) desde poco después de las primeras convulsiones política de estas provincias. En más de cinco años de sedición y todo género de hostilidades, habia adquirido un riesgoso ascendiente en los naturales de ellas, y no pocos recursos para conservarlos insurrectos. En distintas ocasiones tuvo la audacia de invadir la ciudad de La Plata, hallándose ésta con respetable guarnición, y la mantuvo en asedio por algunos meses. Su mujer, con despecho y ánimo superior a su sexo, se ha presentado al frente de sus huestes insurgentes en muchas acciones» (1).

El gobierno de Buenos Aires, por decreto de 13 de agosto de 1816, dió gracias a nombre de la patria a doña Juana Azurduy, y expídió a favor de ella el despacho

(1). Parte del general Ramírez al virrey de Lima, de 13 de octubre de 1816.

de teniente coronel de milicias partidarias de los Decididos del Perú. Al remitir el gobierno el despacho al general Belgrano, en oficio de la misma fecha, le decía: «El Gobierno, en justa recompensa de los heroicos sacrificios con que esta virtuosa americana (Juana Azurduy) se presta a las rudas fatigas de la guerra en obsequio de la libertad de la Patria, ha tenido a bien decorarla con el despacho de teniente coronel que acompaño, para que pasándolo a manos de la interesada, le signifique la gratitud y consideración que han merecido al Gobierno sus servicios, igualmente que a los demás compatriotas que la acompañan».

Después de la sangrienta derrota, los restos de las tropas de Padilla se retiraron a Pomabamba, sobre la frontera del Chaco, y en el punto denominado de Segura se reunió una junta de guerra, a la que asistió doña Juana en su calidad de teniente coronel de los ejércitos de la patria con que el Gobierno de las Provincias Unidas la habia condecorado por sus hazañas, y vestida de luto por su ilustre esposo votó a la par que los demás capitanes. En ella se acordó confiar el mando de la insurrección al comandante don Jacinto Cueto, a quien conocemos ya, el cual nombró por su segundo al mayor don Estéban Fernández, natural de Potosí que habia acompañado a Padilla en todas sus empresas (1). A su tiempo volveremos a ocuparnos de la suerte de los restos de esta republiqueta.

Doña Juana se retiró de Pomabamba siguiendo el camino desierto por la frontera, fué recibida por Uriondo en Tarija con los honores debidos y se retiró a Salta donde permaneció hasta 1825. Terminó sus días en Chuquisaca en 1862 gozando de una pensión concedida por el congreso boliviano (2).

El pueblo de la Laguna, donde la cabeza de *Padilla* fué puesta por escarnio en una pica, lleva hoy su nombre ilustrado por sus hazañas y su martirio, como el de Cinti el de *Camargo* y Cololó el de *Muñecas*.

---

[1]. Parte de Cueto ya citado.

[2]. Don Manuel N. Trelles en su «Cuestión de límites de la República Argentina y Bolivia», inserta quince documentos relativos a los servicios de Padilla y de su esposa, con motivo de reclamar esta sus sueldos devengados.

CAPITULO DÉCIMO OCTAVO

1816.—El congreso de Tucumán y la declaración de la independencia de las Provincias Unidas.—Programa de los trabajos legislativos y debate sobre la forma de gobierno.—Debate de la prensa, Pazos Kanki y derrota de la indea monárquica.—Los diputados por el Alto-Perú al Congreso de Tucumán y breves rasgos biográficos de los que concurrieron a sus sesiones.

El congreso de Tucumán y la declaración de la independencia de las Provincias Unidas.—Mientras tanto el congreso reunido en Tucumán, habia proclamado solemnemente la independencia y soberanía de las Provincias Unidas del Rio de la Plata, o sea del virreinato de Buenos Aires, considerando incluidas en el nuevo Estado o Nación a las provincias del Alto-Perú, que enviaron a sus representantes a aquella ilustre corporación.

El congreso de Tucumán, a cuyo lado iba a ponerse Belgrano, era en la época a que hemos llegado, la última esperanza de la revolución; el único poder revestido de alguna autoridad moral que representase hasta cierto punto la unidad nacional. La reunión de este congreso

era pues, la última áncora echada en medio de la tempestad; y este célebre congreso salvó la revolución, y tuvo la gloria de poner el sello a la independencia de la patria.

La revolución que derribó a Alvear del mando y disolvió la asamblea del año 1813, impuso al nuevo gobierno la obligación de convocar un congreso general, que se ocupara de dictar la Constitución del Estado, que debia reunirse en un punto céntrico del territorio, para no despertar los celos de las localidades contra la capital, según decía el bando del cabildo de Buenos Aires de 18 de abril de 1815.

En virtud de este compromiso, el Director dirigió circulares a las provincias, invitándolas a reunirse en congreso, precisamente en los momentos en que Artigas se ocupaba en reunir una especie de congreso federal en Paysandú. El Paraguay se mantuvo en aislamiento. Córdoba, la Banda Oriental, Entre Ríos y Corrientes, y poco después Santa Fé, se plegaron a la poderosa influencia del caudillo de la federación. Sólo la provincia de Cuyo, la de Tucumán y las del Alto-Perú, contestaron al llamamiento de la capital. Poco después Córdoba se prestó a enviar diputados al congreso, aunque se reservó el uso de su soberanía interior; tardó más en seguir este ejemplo la provincia de Salta, que bajo la influencia de su caudillo Güemes, se mantenía en un estado casi independiente. Sobre esta base ya fué posible pensar en la reunión de un congreso nacional, y se determinó como punto de su residencia la ciudad de Tucumán, que entonces podía considerarse como el centro del antiguo virreinato.

Los diputados nombrados por los pueblos principiaron a reunirse en Tucumán a principios del año 1816, y abrieron solemnemente las sesiones del congreso el día 24 de marzo de aquel año, con las dos terceras partes de sus miembros presentes.

Como en todas las asambleas políticas de la revolución, el elemento legista y clerical predomina en la composición del congreso de Tucumán, lo que se explica no sólo por la mayor ilustración que debia suponerse en aquellas clases, sino también por haberse decidido desde muy temprano en favor de las nuevas ideas, los clérigos, los frailes y los abogados, que se constituyeron en sus ardientes apóstoles. Entre los sacerdotes figuraban en primera línea: don Antonio Saenz, que reunía a una razón clarísima, la habilidad y la voluntad suficiente para influir en

las deliberaciones de una asamblea; Fray Justo de Santa María de Oro, alma angélica, en quien los dotes del corazón y de la cabeza estaban armónicamente equilibrados; Fray Cayetano Rodríguez, el ilustre y fiel cronista del congreso; y Fray Pedro Ignacio Castro Barros, que sostenía con fanatismo su doble propaganda política y religiosa. Entre los abogados, marchaban a la cabeza, los doctores don Juan José Passo y José Mariano Serrano, que eran a la vez los dos escritores y los dos oradores más notables de aquella corporación (1).

Hablando don Nicolás de Avellaneda, del acta de la independencia de las Provincias Unidas de Sud América, suscrita en San Miguel del Tucumán, el 9 de julio lio de 1816, dice: «Leamos ahora sus nombres.... Son eclesiásticos en su mayor parte y doctores todos de Córdoba y Chuquisaca...... No conocían los libros con que la Francia habia removido los espíritus en el siglo diez y ocho, y si los acontecimientos de su revolución llegaron a sus oidos, habia sido solamente para inspirarles un santo horror.—Van a emanciparse de su rey y toman todas las precauciones para no emanciparse de su Dios y de su culto......»

El congreso presentó en su origen la apariencia de un cuerpo homogeneo, por la circunstancia de estar animados todos sus miembros del sincero deseo de dar impulso a la revolución, consolidar la unión de los pueblos, y poner término a la anarquía que era un obstáculo para los progresos de la guerra y de la paz. Así decia al abrir sus sesiones: «Los representantes de las Provincias Unidas no han podido desentenderse del clamor universal de los pueblos, viendo armada la negra tempestad que va a descargar sobre ellos, y se han decidido a no defraudar sus esperanzas, presentando a la faz de las Provincias una autoridad que resuelva la incertidumbre de las opiniones, y calme los recelos que inspiraban necesariamente unos gobiernos que jamás concentraron dignamente el poder y la voluntad general de los que debian prestarle sumisión» (2).

[1]. Juan José Passo hizo sus estudios en Chuquisaca, donde se recibió de abogado en 1791. José Mariano Serrano, nacido en Chuquisaca y diputado por esta provincia.

[2]. *El Redactor del Congreso Nacional.* Nº 1º. En este periódico, redactado por fray Cayetano Rodriguez, se insertaba un estracto de las sesiones, haciendo preceder cada número de consideraciones políticas, que tenian un carácter oficial, pues el redactor hablaba siempre a nombre del Congreso.

No obstante esta unidad de miras, en lo relativo a poner término a los males de la situación, muy luego se diseñaron en el Congreso tres entidades colectivas, que hacian augurar próximas divisiones. Los diputados de Buenos Aires formaban una falange, que levantó el pendón del centralismo, en oposición a los diputados de las provincias argentinas acaudillados por los de Córdoba, que se inclinaban al federalismo. La tercera entidad la componían los diputados del Alto Perú, que tenían por director al doctor Serrano, el más hábil de ellos y de más prestigio en el congreso. Estos tenian el propósito común de trasladar la sede del gobierno al interior del Perú, y restablecer si era posible la antigua monarquía de los incas, por lo mismo que explicaban la revolución por las crueldades de los españoles con los indios en la época de la conquista; pero este grupo de diputados del Alto-Perú se sometió a la influencia de los diputados de Buenos Aires en las cuestiones capitales. Como se ve, el congreso, si bien tenía uniformidad de miras en cuanto a la necesidad de consolidar el orden y fortalecer la unión de los pueblos, disentía en cuanto a los medios de obtener este resultado; y la mayor parte de los diputados, en vez de considerarse los representantes de los intereses de la nación, se consideraban los representantes de sus respectivas localidades.

Contaba el congreso con la opinión de la mayoría de los pueblos, donde su instalación se celebró con entusiasmo, jurando obedecer sus decisiones. El congreso supo levantarse a la altura de la situación, dando nueva vida a la revolución y nuevo ser a la patria americana, por un acto vigoroso, que hará eterno honor a su memoria. Tal fué la declaratoria de la independencia.

El congreso de Tucumán, dió oidos al clamor universal de los pueblos, que pedian la emancipación de la España, y declaró a la faz del mundo, la existencia de una nueva nación. Reunido en su sala de sesiones el día 9 de julio de 1816, se puso a discusión la cuestión de la *Independencia del Pais*, señalada en el programa de sus trabajos: un pueblo numeroso llenaba la barra. Don Narciso Laprida presidia la sesión. Formulada por el secretario doctor Mariano Serrano diputado por Charcas la proposición que debia votarse, interrogó a los diputados. *¿Si querian que las Provincias de la Unión fuesen una nación libre e independiente de los reyes de España*? Todos a la vez, y poniéndose espontáneamente de pie, contestaron por acla-

mación que SI, «llenos del santo amor de la justicia», según las palabras del acta, y uno a uno sucesivamente reiteraron su voto por la independencia del pais, «en medio de los aplausos y de los vítores del pueblo, que presenciaba aquel acto memorable. Extendióse en seguida el acta, en la que, «invocando al Eterno que preside el universo, en nombre y por autoridad de los pueblos que representaba», el congreso declaró solemnemente: «que era voluntad unánime de las Provincias Unidas de Sud América romper los violentos vínculos que las ligaban a los reyes de España, recuperar sus derechos, investirse del alto carácter de nación libre e independiente, quedando de hecho y de derecho con amplio y pleno poder para darse las formas que exigiere la justicia».

«Al fin llegó el día en que se disolviesen los lazos políticos que unian al virreinato de Buenos Aires con la España—dice el historiador altoperuano Urcullu.—La inesperada noticia de haberse declarado la independencia de las Provincias Unidas de Sud América, agitó sobremanera el espíritu público, llenándolo de esperanzas: se extendió rápidamente y creció la fermentación. El 24 de marzo de 1816 (1) se instaló en la ciudad del Tucumán el congreso de los diputados elegidos por las provincias, habiéndose aumentado en el año anterior el número de los que debian concurrir por el Alto-Perú. Ese cuerpo soberano compuesto de personas de saber y de mayor influencia en los pueblos, proclamó el 9 de julio del mismo año la

[1]. El 25 de marzo dice Urcullu: El 24 y el 25 de marzo, marcan los acontecimientos memorables de las dos fechas, «El primer rayo del sol del dia 24 de marzo de 1816 al dorar las cumbres del Aconquija, y antes de dilatarse iluminando los bosques y llanuras, fué saludado con una salva de ventiun cañonazos. En ese día el Congreso soberano de las Provincias Unidas hacia por fin su instalación», dice Nicolas de Avellaneda.—«Reunidos por primera vez los diputados a las nueve de la mañana, en la sala de sus sesiones, determinaron la fórmula del juramento que debían prestar, eligiendo en seguida para su presidente provisorio al Dr. Dn. Pedro Medrano.»—«El presidente prestó el juramento en manos del más anciano, y después todos los diputados se dirigieron al templo para invocar las bendiciones de la Providencia sobre sus deliberaciones, con aquella fe sincera que santifica los actos humanos, asociando la política a la religión. Así pasó el día 24, severó y religioso.» «Al dia siguiente, el Congreso resolvió hacer pública su instalación... Entre las aclamaciones del pueblo...entre dos alas compactas formadas por la multitud, el Congreso se trasladó desde el lugar de sus sesiones al templo de San Francisco. Allí se cantó una misa en acción de gracias al Dios de la Patria, soberano autor de tanto bien, entonando luego los diputados, por una inspiración espontánea, el cántico del supremo regocijo, *Te Deum laudamus.* El alma de aquellos hombres se elevaba sin esfuerzo hacia Dios».

solemne declaración en virtud de la cual, las Provincias Unidas del Río de la Plata se constituian en Estado libre e independiente. El congreso hizo una manifestación pública de la necesidad que compelia a las provincias a tomar tal resolución.

«Este acto unánime del congreso fué recibido y se juró sostener por el pueblo y por el ejército, con las más sinceras aclamaciones de alegria. Fué a la verdad un acto que requeria grandeza de alma nada común: pues aunque los argentinos habian tenido sucesos felices en la Banda Oriental del Plata, la mitad del virreinato estaba ocupada por las armas del rey; Chile, el Perú. Tierra firme, el continente todo se hallaba entonces sometido al gobierno de la Península, y el pueblo de Buenos Aires esperaba de un dia para otro una escuadra y un ejército imponente.

El 21 de julio se juró solemnemente la independencia en la sala de sesiones del congreso (1) con asistencia de todas las autoridadas civiles y militares de Tucumán, protestando todos ante Dios y la patria, *promover y defender la libertad de las Provincias Unidas, y su independencia del Key de España, sus sucesores y metrópoli, y de toda otra dominación extranjera, prometiendo sostener este juramento, hasta con la vida, haberes y fama* (2).

Programa de los trabajos legislativos y debate sobre la forma de gobierno.— En un principio tuvo el congreso de Tucumán que luchar con

[1]. La sala en que sesionó el congreso era un edificio colonial, situada en las proximidades de la plaza principal. Es una sala de 16 varas de largo por 6 ½ de ancho y se conserva como en los dias del año 1816, adornada con los retratos de los congresales y las placas de las peregrinaciones patrióticas. Está guardada como una reliquia histórica bajo una armazón de cristal para preservarla de los rigores de la intemperie. Lo hemos visitado por tres veces con profunda veneración.

[2]. En el *Acta Secreta* de 19 de julio de 1810, se lee lo siguiente: «Reunidos los señores Diputados que se anotan al margen, en la Sala del Cougreso a la hora acostumbrada, resultó todo lo que consta en el acta pública de este dia, se mandó despejar la barra, y tomando la palabra el Sr. Medrano pidió, que pues se había de pasar al ejército el acta de la Independencia, y fórmula del juramento de ella, después de las expresiones—*sus suceros y metrópoli*—se agregase—y de toda *otra dominación extranjera.*—Dando por razón que de este modo se sofocaria el rumor esparcido por ciertos hombres malignos, que el director del Estado, el general Belgrano, y aun algunos individúos del Soberano, Congreso, alimentaban ideas de entregar el país a los portugueses, y fué aprobado.»

la oposición de Güemes, quien luego se avino con Rondeau; preocupóse después de la creación de un impuesto para auxiliar al ejército del Alto-Perú; del envio de una expedición para sofocar el movimiento de la Rioja, que se habia declarado independiente de Córdoba; del nombramiento de una misión a don José Artigas, para convencerlo de la conveniencia de que las provincias que le obedecian enviaran sus diputados al congreso. También nombró una comisión de diputados para redactar el reglamento constitutivo que debía regir el Estado.

En medio de muchas atenciones, de un sin número de noticias alarmantes y de toda clase de dificultades, el congreso nombró director supremo del Estado al general Pueyrredón.

El congreso formuló en las sesiones de junio un programa para contraer sus deliberaciones, entre cuyos puntos figuraban los siguientes: dar un manifiesto a los pueblos, exponiendo los males que acarrean sus divisiones intestinas; el deslinde de las facultades del congreso y tiempo de su duración; discusión sobre la declaración de la independencia política; la adopción de la forma de gobierno, y decretada la forma, un proyecto de constitución; plan de arbitrios permanentes para sostener la guerra mientras durara, y proporcionar armamentos a las milicias, etc., etc.

Después de algunas deliberaciones sobre el número de votos que debia hacer sanción en asuntos trascendentales, el congreso aclamó la independencia de las Provincias Unidas, en la forma que queda expuesto.

Pero la independencia no importaba sino la declaración de un hecho consumado. Este hecho no tenía un significado claro, mientras no se fijase la forma de gobierno, mientras no se proclamase un principio superior que subordinara la política a su acción reguladora. Así que, a los tres días de declarada la independencia—el 12 de julio—con motivo de proponer el presidente que se abriera el sello de la nación, se suspendió proceder a ello por haber observado un diputado «que convenia esperar a que se adoptase la forma de gobierno a que debian ser alusivas las armas y timbres». Entonces hizo moción el diputado Azebedo, para que desde luego se diese principio a la discusión sobre la forma de gobierno que debía adoptarse, pronunciándose por su parte en favor de la *monarquia temperada*, bajo los auspicios de la dinastia de los In-

cas, con designación de la ciudad del Cuzco, para sede de la proyectada monarquía (1).

En la sesión del 15, Fray Justo de Santa María de Oro, declaró que para proceder a fijar la forma de gobierno, era preciso consultar previamente a los pueblos, limitándose por el momento a dar un reglamento provisional; y que en caso de procederse sin aquel requisito a adoptar el sistema monárquico constitucional, a que veia inclinados los votos de los representantes, pedia permiso para retirarse del congreso. La discusión se trabó sobre este punto, y el Padre Oro sostuvo obstinadamente su opiniòn, siendo esta la única protesta que se levantó en aquel congreso contra la adopción inmediata de la forma monárquica (2).

En la sesión del 19, el diputado Serrano hizo su profesión de fe monárquica abjurando sus principios republicanos, y dijo que «aunque habia sido partidario del gobierno federal, por creerlo el más a propósito para el progreso y felicidad de las Provincias Unidas, después de meditar seriamente sobre la necesidad del orden y de la unión, la rápida ejecución de las leyes etc., se habia decidido por la monarquía temperada, que conciliando la libertad del ciudadano y el goce de los derechos principales del hombre con la salvación del pais, la hacia preferible a toda otra forma en la crisis en que se hallaban envueltos», declarándose sin embargo contra la dinastia de los Incas. Fué apoyado por los diputados Passo y Azebedo; insistiendo éste sobre la dinastía de los Incas (3).

A su vez, hizo igual declaración el diputado Castro Barros, pretendiendo declarar «que el sistema monárquico constitucional era el que el Señor dió al pueblo de Isrrael, el que Jesucristo instituyó en la Iglesia, el más favorable a la conservación y progreso de la religión católica, y el menos sujeto a los males que afectan a los demás; que sentada esta base, el orden hereditario era preferible al electivo, y que en consecuencia debian ser llamados los Incas al trono de sus mayores, del que habian sido despojados por la usurpación de los reyes de España. Varios diputados del Alto-Perú apoyaron al orador, y añadieron que debia desde luego declararse al Cuzco la ca-

(1). Redactor del Congreso Nacional, núm. 10, pág. 2.
(2). Redactor del Congreso, núm. citado, pág. 3.
(3). Redactor del Congreso, núm. citado, pág. 4.

pital del reino, oponiéndose a este último varios diputados, que consiguieron paralizar la votación (1).

El diputado Serrano, aunque monarquista, rechazaba la restauración del trono de los Incas, fundado en que, la misma idea promovida no hacia mucho por Pumakahua en el Cuzco, lejos de producir el resultado que se suponía seguro, que era adherir los indígenas del Perú a la causa de la independencia, produjo el efecto contrario en aquella ocasión; que uno de los males inmediatos de tal idea, era la regencia interinaria que forzosamente debía establecerse; que sería promover una nueva guerra entre los diversos pretendientes al trono; y por último, por las dificultades que se presentaban para crear sobre tal base una nobleza, deduciendo de esto, que antes de todo debia pensarse en crear la fuerza que debía dar el triunfo sobre el enemigo (2).

Otra de las pocas voces que se levantó contra la adopción del sistema monárquico, fué la del diputado Anchorena.

El congreso, sin duda se apercibió que sus palabras no encontraban eco en el pueblo, y obligado a ocuparse de otros intereses más premiosos, contrajo sus afanes a objetos más dignos y a necesidades más prácticas.

El proyecto de restauración de la antigua monarquía de los Incas, como coronación de la revolución americana, fué promovido por Belgrano y acogido por el congreso de Tucumán, según se ha visto. Bien que extravagante en la forma e irrealizable en los medios, esta era una idea que estaba en la cabeza de muchos pensadores. El momento no era el más a propósito para discusiones abstractas.

Sin tradiciones propias de sociabilidad, sin nociones claras en política, sin preparación para el propio gobierno, y con instintos de independencia nativa, que nacian vivaces de un patriotismo indígena, las colonias americanas sublevadas daban como una de las causas de la revolución, las crueldades de los antiguos conquistadores españoles contra los indios americanos, declarando a los primeros, usurpadores de su suelo y verdugos de su raza.

En este espíritu está concebido el *Manifiesto* del congreso de Tucumán de 25 de octubre de 1817, cuyo título es: «Sobre el tratamiento y crueldades de los españoles,

[1]. Redactor, sesión del 5 de agosto.

[2]. Redactor, núm. citado, pág. 6.

motivando la declaración de la independencia de las Provincias Unidas de Sud América». En él se dice: «Desde que los españoles se apoderaron de estos países, prefirieron el sistema de asegurar su dominación, exterminando y degradando. Principiaron por asesinar a los monarcas del Perú, y después hicieron lo mismo con los demás régulos y primados que encontraron. Los habitantes del país (los indios) queriendo contener tan feroces irrupciones, fueron víctimas».

Tal era la noción que se tenía de la guerra de la independencia, tal la pasión que se inoculó desde su origen, y tal la fuente en que bebían sus inspiraciones los poetas a la par de los publicistas y gobernantes. En sus proclamas, en sus boletines, en sus bandos, en sus manifiestos, en los artículos de su prensa periódica, en sus cánticos guerreros, los patriotas de aquella época invocaban con entusiasmo los manes de Manco-Capac y de Atahuallpa.

Simultáneamente con la discusión del congreso sobre la forma de gobierno, se publicaba en Buenos Aires un escrito en que se exaltaba la memoria de José Gabriel Tupac-Amaru, ligando su malograda empresa treinta y seis años antes, con los propósitos y aspiraciones de la revolución sudamericana.

Fué Belgrano quien enarboló la bandera de la monarquía y enroló bajo ella al congreso de Tucumán. San Martín aceptó la idea monárquica, pero más cauto que Belgrano no hacia ostentación pública de sus opiniones, ni procuraba imponerlas a sus amigos.

Belgrano, penetrado de la bondad de su idea, y persuadido de buena fe, que la mayoría del país lo mismo que la del congreso la aceptaba como una solución, se apresuró a proclamarla ante la milicia de Tucumán, en el acto de jurar la independencia el 27 de julio. En su proclama dijo: «He sido testigo de las sesiones en que la misma soberanía ha discutido acerca de la forma de gobierno con que se ha de regir la nación, y he oido discutir sabiamente en favor de la monarquía constitucional, reconociendo la legitimidad de la representación soberana en la casa de los Incas, y situando el asiento del trono en el Cuzco; tanto que me parece que se realizará este pensamiento tan racional, tan noble, y tan justo, con que aseguramos la losa del sepulcro de los tiranos».

En seguida, el 2 de agosto, dirigió otra proclama a los *Pueblos del Perú*, y en términos más explícitos les de-

cía: «Os he hecho saber y os he enseñado las causas y razones por que peleamos. Ya está resuelta, escrita y jurada nuestra separación e independencia, arrancándola de las manos y poder de esas bestias. Ya nuestros padres del Congreso han resuelto revivir y revindicar la sangre de nuestros Incas para que nos gobiernen. Yo, yo mismo he oido a los padres de nuestra patria reunidos, hablar y resolver rebosando de alegría, que pondrán de nuestro Rey a los hijos de nuestros Incas» (1).

Güemes, el caudillo de Salta, aceptando la indicación de Belgrano, dirigió el 6 de agosto, otra proclama patriotera y jactanciosa a los pueblos del Perú, explotando la idea como medio de propaganda revolucionaria y dilatación de su influencia personal.

Debate de la prensa, Pazos Kanki y derrota de la idea monárquica.—El pueblo que habia asistido indiferente a las deliberaciones monárquicas del congreso, ignorando sus acuerdos secretos, se alarmó con la insolente proclamación de Belgrano; y a pesar de que los hombres más importantes del país aceptaban la idea; a pesar de que no se ignoraba que los dos generales que mandaban los dos únicos ejércitos de la nación, pensaban como ellos, y a pesar de la respetable autoridad del congreso con que se escudaba, el sentimiento público reaccionó poderosamente, y el congreso, los generales y los políticos que habian enarbolado tan atrevidamente la bandera monárquica, tuvieron que retroceder de su empeño.

Existian ya en Buenos Aires en aquella época cinco imprentas, que publicaban ocho periódicos, y se abrió un debate ardiente sobre la forma de gobierno que debian adoptar las Provincias Unidas, y fué un alto peruano (2) quien dió el golpe de gracia a la idea monárquica.

Este fué Pazos Kanki. Su verdadero nombre era Vicente Pazos Silva, al que se agregó el de Kanki por la mezcla de sangre indígena que visiblemente llevaba en sus venas. Hijo de La Paz en el Alto-Perú, su niñez la habia pasado en medio de la autóctona raza aimará, cuya lengua aprendió con perfección, aprendiendo a la vez a odiar a la antigua raza quichua conquistadora y opresora de sus hermanos étnicos, y por consecuencia la domina-

[1]. Mitre. Historia de Belgrano. T. II, págs. 429 y 430.
[2]. Por burla llamaban a los peruanos *los peruleros*.

ción de los incas del Perú. Amigo del famoso doctor Cañete, y del doctor don Mariano Moreno a quien habia conocido en Chuquisaca, se trasladó a Buenos Aires a practicar leyes, vivió del producto de sus escritos, siendo entonces presbítero. Sin duda con tal motivo se relacionó con don Manuel Moreno, hermano del famoso repúblico, con cuyas ideas políticas simpatizó, ligándose estrechamente con Moldes y con el canónigo don Pedro Pablo Vidal, miembro de la asamblea del año XIII. En 1812 fundó «El Censor», periódico destinado a sostener ideas liberales, que tuvieron su repercusión en las provincias del interior, aunque por entonces todavía no manifestase tendencias a la independencia ni profesase principios republicanos. Acusado el periódico por el gobierno y absuelto por la junta protectora de la libertad de imprenta, vióse envuelto en persecuciones, y desterrado posteriormente por conexiones que se le suponían con planes disolventes atribuidos al coronel Moldes, cuyo espíritu inquieto y odio hacia lo que él llamaba la oligarquía de la capital, soplaba el fuego de la discordia, propagando ideas descentralizadoras mal digeridas.

Trasladado Pazos Kanki a Londres, se relacionó allí con don Manuel Sarratea, de quien obtuvo informes sobre la negociación relativa al infante don Francisco de Paula y los planes monárquicos de Rivadavia, en el sentido de prevenirlo fuertemente contra el general Belgrano. En 1816 regresó a Buenos Aires sin sotana y casado, con comunicaciones de Sarratea para el Director supremo, trayendo al mismo tiempo una imprenta, en la que fundó «La Crónica Argentina».

Era Pazos Kanki de carácter excéntrico, de moralidad equívoca, con un juicio desequilibrado y una inteligencia bastante cultivada y activa, nutrida con fuertes lecturas. En los últimos años que habia pasado en Inglaterra, se habia familiarizado con las instituciones británicas, interpretadas por los demócratas republicanos, especialmente por Tomás Payne, cuyas doctrinas profesaba. Con estos antecedentes, con las prevenciones que traia respecto de tenebrosos planes de monarquía, que se atribuían a los hombres que le habian perseguido, o contra los cuales estaba prevenido por los informes parciales de Sarratea, se comprenderá que la «Crónica Argentina» tenía que ser adversa al plan de Belgrano (1).

---

(1). Hemos creido conveniente tomar de la Historia de Belgrano

La «Crónica Argentina», redactada por Pazos Kanki, como queda dicho, fué el primer órgano de prensa que inició resueltamente el debate, levantando en alto el lábaro republicano, y rompiendo fuego sobre la bandera monárquica enarbolada por Belgrano y Güemes bajo los auspicios del congreso. Tomando por tema sus proclamas, y la invitación hecha por el «Redactor del Congreso» para que los ciudadanos manifestasen sus opiniones respecto a la forma de gobierno, publicó un artículo en tono tan magistral, con tal posesión de su asunto, con tan lógica exposición de hechos y claridad de doctrina, con tan acerada como culta ironía, a la vez que con tan calorosa y profunda convicción de principios, que desde luego se impuso a la opinión, como una fórmula de lo que todos veian, pensaban y querian. Hay artículos de periódico, que tienen la importancia histórica de un libro, y este es uno de ellos.

El articulista de la «Crónica Argentin», al tomar por tema las proclamas de Belgrano y Güemes, manifiesta que de pronto las habia recibido como «una metáfora política para designar el imperio argentino»; pero que muy luego habíase convencido que se hablaba con seriedad «esperando precisamente la víspera de la promulgación de la independencia, para clavar un puñal en el corazón de las Provincias Unidas». Ligando el plan a los rumores que sobre monarquía circulaban, y dándole el carácter de una conjuración tenebrosa para «variar la opinión de los pueblos, haciéndoles abandonar el proyecto de constituir una república por todos deseada», toma valiente y tranquilamente la defensa de las democracias a las que se atribuia «una anarquía inherente a su constitución». Desmiente la acusación con el espectáculo «del gobierno floreciente de Norte América en el propio continente americano, de cuyas instituciones y reglas se habia procurado apartar a los pueblos para buscar su felicidad en domicilio más lejano». Con tal motivo agregaba: «Allí vemos una democracia sin desorden, y no es tan fácil presentar aristocracias sin insolencia, ni monarquías (aun constitucionales, si es que puede haber alguna fuera de Inglaterra) sin tiranía y sin usurpación».

por Mitre estos apuntes biográficos de un personaje secundario alto peruano, que no figura en nuestra historia y que brilló como ninguno en el solemne debate de la prensa de Buenos Aires sobre la forma de gobierno que más convenía a estos paises americanos, una vez declarada su independencia.

Sentada así la cuestión, presentaba las proclamas de Belgrano y Güemes «como una manzana de nuevas discordias, arrojada por la mano de dos jefes al frente de fuerza armada en presencia de los grandes deberes que les estaban encomendados». Establecida esta premisa protestaba no creer que el congreso «pensase en instituir una dinastia como la de los Incas, que ningún derecho tenía para reinar sobre los americanos, habiendo dejado de existir como casa de príncipes hacia 300 años, sin legar a la posteridad sino vástagos bastardos y sin consideración en el mundo, y solo existia en la historia de Garcilaso y en los poemas de Marmontel». Ampliando esta salvedad, dice que «anticiparse al voto del congreso (que debia respetarse una vez pronunciado) era una ligereza criminal, que suscitaba un germen de divisiones y guerras intestinas, violentando en cierto modo la libertad del cuerpo soberano, protegido por las bayonetas de que disponía el general Belgrano».

Haciendo en seguida la enumeración de las graves y complicadas cuestiones que envolvía la fijación definitiva de la forma de gobierno, daba una severa lección a los proclamadores, diciéndoles: «Estas cuestiones no deben decidirse por los generales, sino por la razón, por el convencimiento y por el voto libre e ilustrado de los ciudadanos». A la merecida lección seguía la ironía, y aludiendo a las últimas derrotas de Belgrano sin mencionarlas, le decía: «Mejor sería que se dejase de escribir y ganase batallas; que es para lo que está constituido, no sea que perdiéndose las provincias por incuria, nos veamos al fin en estado de no poder ser cosa alguna».

Elevándose de la ironía personal al sarcasmo histórico político, presenta la imagen de «un Rey de burlas, hechura de la irreflexión y el capricho, sacado de una choza, o del centro de la plebe, como en un romance o en una comedia, porque se habian acabado los tiempos en que los pueblos inocentes ofrecian coronas a viejos venerables y prudentes ancianos que reposaban bajo la sombra de una encina, porque los reyes no se hacen por nadie sino por ellos, y por eso usaban *Dei gratia*», agregando que, «seria un prodigio más grande que el que ejecutó la divinidad resucitando el cadáver infecto de Lázaro después de tres días de corrupción, restituir a la vida después de 300 años el esqueleto inmundo de la dinastía de los Incas».

Demostrando con el raciocinio más elemental, que

la casa de los pasados Incas no podia reatar la libertad de los presentes «para constituir el gobierno más justo y conveniente, con arreglo a sus costumbres y su ilustración, con menoscabo de sus derechos, ligando a tal enajenación la libertad y los derechos de su posteridad», establece la línea divisoria de la raza indígena y de la raza criolla, presentando como un peligro el ejemplo de la preponderancia de la raza negra en Santo Domingo. Considerando el plan bajo su faz práctica y de actualidad, demostraba brevemente que él no proporcionaria una ventaja mayor que la que se lograria gobernándose por un sistema como el norte-americano, y que por el contrario, ofrecía los más graves inconvenientes y peligros para el presente y futuro.

Reservando para más adelante hacer la exposición metódica de sus ideas de gobierno, dice por último: «Nadie en el mundo fué tan insensato y falto de amor propio para constituir reyes de propia voluntad: los que existen han empezado por la fuerza; y si en algunos de ellos ha concurrido la libre elección de los pueblos, ha sido en virtud de un contrato. Sólo los judios han elegido rey voluntariamente». Y agregaba en un artículo posterior, que estos mismos lo habian efectuado por ciego envilecimiento, a pesar de las profecias de Samuel, que comunicó al pueblo las palabras de Dios. «Estas serán las atribuciones del Rey, que mandará sobre vosotros: os arrancará vuestros hijos para que le sirvan de lacayos: los destinará para su servicio en clase de soldados y para que guarden su persona; los empleará en el trabajo de sus campos; os quitará también vuestras hijas para que sirvan a sus objetos personales: os despojará de vuestras propiedades para repartirlas a sus domésticos y favoritos: os recargará de tributos y contribuciones, quitándoos para su capricho vuestros esclavos y ganados, y últimamente vosotros mismos seréis esclavos del Monarca. *Vos eritis ei servis*. Entonces clamaréis envano contra el Rey, el Señor se hará sordo a vuestros clamores».

Jamás después de los tiempos en que Moreno y Monteagudo estaban al frente de la prensa argentina, se habia oido un lenguaje más viril, una argumentación más contundente, un poder de persuación más eficaz, empleando alternativamente la lógica, el ejemplo, el sarcasmo, la pasión y el pavor por los destinos futuros del pueblo, envuelto todo en reminiscencias biblicas, vulgarización de principios fundamentales y alusiones históricas.

A este prólogo magistral siguió una serie de artículos, en que Pazos Kanki agotó la cuestión bajo todas sus faces, sosteniendo la polémica con sus contendores, hasta obligar tanto a ellos como a los sostenedores del paso inconsiderado de Belgrano, a encerrarse en la defensiva de su conducta, y a plegar su bandera.

La discusión estaba agotada; la opinión hecha y triunfante. La idea monárquica estaba derrotada por el razonamiento; el plan dinástico del Inca anonadado bajo la rechifla pública. El congreso retrocedió ante esta actitud. La idea de la independencia se hizo desde enton-inseparable de la idea de una república, que habia nacido con la revolución iniciada en el Alto-Perú (1).

Los diputados del Alto-Perú al Congreso de Tucumán y breves rasgos biográficos de los que concurrieron a sus sesiones. —De los veinte y ocho diputados que suscribieron el acta de la independencia de las Provincias Unidas en Tucumán el 9 de julio de 1816, catorce fueron de los que hicieron sus estudios y obtuvieron títulos en la célebre universidad de San Francisco Xavier de la capital de los Charcas, en la que se concibió el pensamiento revolucionario.

Los diputados por el Alto-Perú fueron los siguientes:

1. Doctor José Mariano Serrano, diputado por Charcas y secretario del congreso.
2. Doctor José Severo Malavia, diputado por Charcas.
3. Presbítero Doctor Mariano Sánchez de Loria, diputado por Charcas.
4. Doctor Pedro Ignacio Rivera, diputado por Mizque.
5. Presbítero Doctor José Andrés Pacheco de Melo, diputado por Chichas.
6. Doctor Pedro B. Carrasco, diputado por Cochabamba, que se incorporó al congreso el 17 de agosto, razón por la que no aparece su firma en la declaratoria de la independencia del 9 de julio.
7, Presbítero Doctor Felipe Antonio de Iriarte, diputado por Charcas, que se incorporó al congreso el 6 de

(1). Mitre—Hist. de Belgrano. V. cap. XXIX.

septiembre, por lo que tampoco figura su nombre en el acta inmortal.

8. El coronel y marqués don Juan José Fernández Campero, elegido diputado por Chichas en unión del presbítero doctor don Andrés Pacheco de Melo. En la sesión del 7 de abril, la sala declaró válida la elección del diputado Campero y suficiente el acta enviada por la junta electora, ordenando la incorporación del electo; pero éste no se incorporó, porque estaba sosteniendo la insurrección de Yavi como jefe de vanguardia de Güemes, hasta que sufrió el completo desastre en el combate de Colpayo, que relacionaremos en el capítulo siguiente.

A estos ocho representantes del Alto Perú, podemos agregar el nombre del doctor Estéban Agustín Gascón, natural de Oruro y elegido diputado por Buenos Aires.

Vamor ahora a trazar breves rasgos biográficos de los diputados que concurrieron al Congreso de Tucumán, particularmente en lo que se refiere a sus opiniones y al papel que desempeñaron en esa célebre corporación política (1).

Doctor don José Mariano Serrano.— Nació en Chuquisaca el 8 de septiembre de 1788. Estudió derecho en la universidad de San Francisco Xavier de esta ciudad, uno de los centros de la ilustración del continente, y se recibió de abogado el 11 de marzo de 1811.

En plena lucha por el ideal de la independencia, el joven Serrano se alistó en las filas de sus compatriotas que defendian la idea que habia de llevarlos a ser un pueblo libre después de largo batallar.

Padeció persecuciones y emigró a la provincia de Tucumán. La ciudad de Chuquisaca lo nombró representante en la asamblea general constituyente que se reu-

---

[1]. Con motivo de la celebración del primer centenario de la declaración de la independencia de las Provincias Unidas por el Congreso de Tucumán el 9 de julio de 1816, se han divulgado las biografías de los signatarios de aquel memorable acontecimiento político en la historia de América. Tenemos a la vista tres apreciables opúsculos: «Congresales de 1816» [apuntes biográficos] por Enrique Udaondo. Buenos Aires 1916.—«La Independencia.» Apuntes tomados de la Revista «De nuestra Historia,» dirigida por el presbítero José Ignacio Yani. Buenos Aires, julio de 1916—«Figuras históricas. Diputados alto-peruanos en el Congreso Constituyente de Tucumán,» por José Macedonio Urquidi. Cochabamba, julio de 1916.

nió en Buenos Aires, el ano 1813, en cuyo seno descolló entre los mejores diputados.

En 1815 figura como uno de los autores del estatuto provisional para la dirección y administración del Estado, trabajo que formuló en unión de los doctores Medrano, Gascón, Sáenz y Anchorena. El mismo año fué elegido diputado por Charcas al próximo congreso nacional que debia de reunirse en Tucumán al año siguiente. Estuvo presente desde la primera reunión de los diputados, y fué nombrado secretario juntamente con Passo. Tomó parte en las deliberaciones del congreso y firmó como diputado el acta de 9 de julio, y la refrendó en su carácter de secretario.

En una de las primeras sesiones hizo moción para que creara un impuesto con que hacer frente a las necesidades urgentes de la patria; y expuso: que los pueblos del Alto-Perú, a pesar de las espantosas desolaciones de la guerra, obraban con un heroismo constante y conforme al que habian dado pruebas desde el principio de la guerra; que sus esfuerzos detenian al enemigo en su marcha sobre las provincias argentinas, poniéndolas en actitud de separarse y librándolas con su sangre de su ocupación y ruina; pero que su constancia, sus bravuras y sus sacrificios serian reducidos a un doloroso estado de nulidad, igualmente lamentable a todos los puntos del territorio, si en el momento no se les apoyaba sólidamente, con un auxilio inmediato y poderoso, que mejorase la situación de todos; que obrando en consonancia con ellos, habia gente, armas, municiones y todo lo preciso, a excepción sólo de numerario. Manifestó entre otras consideraciones, «que él no podia creer que un impuesto dirigido a conseguirlo para objetos tan sagrados y de tanta trascendencia, fuese recibido con desagrado por los pueblos de estas provincias, pues ellas tenian a la vista las innumerables exacciones, que sin intermisión sufren los pueblos del Alto-Perú, tanto de los ejércitos nuestros, cuanto de los enemigos que saquean y aniquilan los fondos públicos y privados, en venganza del inalterable amor a la libertad, que forma la divisa de sus habitantes» (1).

Concluyó este discurso recomendando su consideración en bien común, pasando el congreso a sesión secreta a pedido del mismo Serrano; y el diario de sesiones

(1). «El Redactor del congreso nacional,» núm. del 19 de abril de 1816.

publicó una exhortación en apoyo de la moción antes mencionada.

En la misma sesión en que se firmó el acta de la independencia, presentó al congreso en unión de dos de sus colegas una serie de materias para su discusión durante la época en que se sesionara.

Al decretar el congreso la impresión del acta de la independencia, acordó, dice el «Redactor», que se impriman tres mil ejemplares: mil y quinientos en castellano, mil en quichua y quinientos en aimará, quedando el diputado Serrano encargado de hacer la traducción a estos idiomas indígenas del Alto Perú.

Al tratarse la cuestión de la forma de gobierno que debia adoptar el país, el diputado Serrano se pronunció por la monarquía temperada, como queda dicho.

El diputado Serrano formó parte de la comisión nombrada por la cámara para la revisión del reglamento que debía darse al poder ejecutivo, y posteriormente figuró en la comisión que formuló el proyecto de constitución.

En la sesión del 13 de mayo de 1817 hizo renuncia de su diputación y del cargo de secretario cuando fué reelegido, fundándola en la imperfección de los poderes de su pueblo comitente y en el estado de su salud. La cámara rechazó la renuncia, y le eligió para presidirla en turno.

Presentó dos mociones notables: una para fijar un término mínimo de duración al director, opininando que debia ser de tres años, sin perjuicio de lo que dispusiera la constitución; la otra era referente a la morosidad de los despachos judiciales, proponiendo que los escritos llevaran fecha del dia de su presentación, sirviendo esto de cargo contra los jueces morosos; ambas mociones recibieron aprobación unánime de la cámara. En el mismo mes del año siguiente volvió a desempeñar la presidencia.

Presentó otro proyecto para que las provincias no puedan retirar sus diputados sin antes haberlos reemplazado. Por encargo de la cámara redactó el «Manifiesto del Congreso de las Provincias Unidas de Sud América a sus habitantes», refutando los cargos que publicó en un libelo el doctor Pedro José Agrelo.

«No es posible—dice el biógrafo argentino don Enrique Udaondo—seguir al diputado Serrano en su vasta y fecunda actuación parlamentaria, dado el límite que nos hemos trazado al hacer este trabajo, por eso nos concre-

tamos a dar una idea de su participación en los debates y proyectos del congreso».

Mocionó para que se declararan elegibles para la magistratura a los abogados que no estuvieran incorporados en la cámara de justicia y que constara haberse recibido y pertenecido a la cámara de Charcas.

Cuando se recibió en Buenos Aires (1) la noticia de la victoria de Maipo, en medio de la alegría de todo el pueblo, que se agolpó a la sala de sesiones, el diputado Serrano propuso que el soberano cuerpo nacional, decretara honores al general San Màrtin que inmortalizaran su nombre, y le enviara las felicitaciones por la brillante victoria; moción que fué aprobada por aclamación (2).

En su calidad de vicepresidente del congreso suscribió la constitución unitaria en abril de 1819, y en septiembre del mismo año, presentó su renuncia después de cinco años de servicios en la asamblea constituyente, junta de observación y el congreso de que formaba parte, con la salud quebrantada, el abandono de sus inteseses y lejos de su patria; renuncia que fué aceptada.

Al emprender viaje a Tucumán, en misión política, en compañía del general don Marcos Balcarce, fué apresado y enchalecado con tiras de cuero fresco, en jurisdicción de Santa Fe, y conducido junto con el general, a presencia del caudillo entrerriano Ramírez, jefe de los montoneros (3).

Libertado de la prisión del caudillo mencionado, siguió viaje a Tucumán. Allí fué nombrado y figuró como ministro asesor y secretario de Araoz y luego del gobernador González, el año 1821. Por esa misma época influyó para que se prestara auxilio de tropas a las provincias del Alto Perú y fué enviado a la provincia de Salta para que procurara obtener algunas ventajas del general realista Olañeta, con motivo del armisticio que ajustaba este jefe con el coronel Saturnino Saravia; pero su misión no tuvo buen éxito, ni lo alcanzó su proyecto de expedición armada (4).

Tres años después sirvió en calidad de secretario del

---

(1). El congreso dejó de sesionar en Tucumán a principios de 1817 para trasladarse a Buenos Aires, donde prosiguió sus deliberaciones hasta el advenimiento de la anarquía, el año XX.

[2]. Sesiones del 18 y 21 de abril de 1818.

(3). General Paz. Memorias, t. I, pág. 362.

(4). «Historia de la república de Tucumán,» por Ricardo Jaimes Freyre, págs 130 y 131.

gobierno de Salta, al ilustre vencedor de la Florida, general Alvarez de Arenales, a quien acompañó de auditor de guerra de la fuerza expedicionaria que pasó a las provincias del Alto-Perú para batir a Olañeta en el Desaguadero.

Instalada la asamblea del Alto-Perú de 1825, Serrano, representante de Chuquisaca, tuvo la alta honra de haber sido elegido su presidente.

El gobierno de Bolivia, con fecha 1º. de junio de 1826, lo nombró ministro plenipotenciario cerca del argentino, y se encontraba en Buenos Aires cuando tuvo lugar la incorporación de Tarija a Bolivia. Serrano se retiró manifestando la gratitud de Bolivia a la República Argentina y a su jefe por los servicios que recibió en la lucha por la independencia, y particularmente por la conducta noble, generosa y franca del congreso de aquel pais que dictó la ley de 9 de mayo de 1825, dejando a las provincias del Alto-Perú en plena libertad para disponer de su suerte, según crean convenir mejor a sus intereses y a su felicidad.

Serrano tuvo la suerte de suscribir el acta de la independencia de dos naciones: a más de la del año 1816 de las Provincias Unidas del Rio de la Plata, fué signatario de la de su patria, el año 1825, cuya asamblea constituyente presidió.

Suspendemos aquí las notas biográficas del doctor José Mariano Serrano, todavía de larga y notable figuración en la historia de la República de Bolivia, porque solo nos proponemos presentar a los diputados del Alto-Perú al congreso de Tucumán en sus servicios a la causa de la independencia americana.

Doctor José Severo Feliciano Malavia. —Nació en la ciudad de Chuquisaca el 15 de mayo de 1787. Pertenecía a una familia distinguida y se educó en su ciudad natal, en la «Universidad mayor, real y pontificia de San Francisco Xavier». Malavia recibio las borlas del doctorado el 7 de septiembre de 1811. Terminada su carrera, entró de lleno a tomar parte en los sucesos políticos que se desarrollaban en esa época tan accidentada.

Cuando en 1815 el brigadier don Martin Rodríguez fué nombrado presidente de Charcas, figuró el joven doctor Malavia de asesor del cabildo de la ciudad y de la intendencia. No obstante que desempeñaba ya las funcio-

nes de secretario de gobierno, el cabildo se negó a darle posesión en la parte que le correspondia, como a asesor de dicho cuerpo, considerando que no lo encontraba con la idoneidad ni méritos precisos para «un cargo de tanto pulso».

Urcullu dice que Rodríguez depuso al asesor de la intendencia nombrado por el supremo gobierno, sin otro motivo que reemplazarlo con Malavia; que el cabildo se negó a darle posesión, y que esto bastó para que Rodríguez mandase prender a los capitulares y los hiciese sacar de la ciudad a pie (1). Lo cierto es que a ambos, al presidente y su asesor, se les acusó de arbitrariedad, y los cabildantes elevaron queja al director supremo por este y otros atropellos cometidos durante su gobierno.

Ejercía Malavia el cargo de asesor letrado cuando fué electo diputado por Chuquisaca. A principios de 1816 marchó a incorporarse al congreso de Tucumán, y se halló en la sesión de instalación como también en la histórica del 9 de julio.

Al tratarse de la forma de gobierno que debía elegirse para el país, sostuvo la monarquía de los incas, apoyando al doctor Thames.

Durante sus periodos legislativos figuró cuatro veces en la mesa directiva del congreso, presidiéndolo en turno en julio de 1818 y en noviembre de 1819. Intervino en la sanción de diversas leyes y formó parte de la comisión encargada de organizar causa al coronel Moldes, electo diputado por Salta.

En un notable discurso del 3 de enero de 1817, hízose eco de los clamores de su pueblo por las crueldades ejercidas por los realistas, reclamando que se ordenara a Belgrano intime a los españoles cesasen en sus vejaciones sobre vecinos indefensos y débiles mujeres, so pena de proceder lo mismo los patriotas.

Informó por encargo del congreso, en el reclamo de los vecinos de Cuyo, pidiendo se gravara con derechos el alcohol introducido de Chile, y se fomentase la industria regional; asunto que ocupó varias sesiones y asumió proyecciones de política interprovincial.

Trasladado el congreso a Buenos Aires, presidió la sesión en que, conmemorándose el segundo aniversario de la declaración de la independencia, asistió el director supremo don Juan Martin de Pueyrredón, pronunciando un

(1). Apuntes, pág. 84

hermoso discurso. Contestóle el presidente doctor Malavia con una intensa alocución en que rememoraba las circunstancias difíciles en que se reunió el congreso y proclamó la independencia el 9 de julio; recordó la histórica conferencia de Pueyrredón con San Martín en Córdoba, haciendo justicia a ambos por haber dado libertad a Chile.

Al comenzar la discusión del proyecto de constitución, el diputado Malavia dirigió la palabra al congreso encomiando la importancia de la obra que se iba a emprender, en cuyos debates intervino hasta su sanción, en abril de 1819.

Cuando el director Pueyrredón presentó por tercera vez la renuncia de su cargo, el diputado Malavia hizo el elogio de su acción administrativa, y fué nombrado en comisión con el presidente y vice de la cámara para significarle en nombre del congreso el reconocimiento de la nación por su laudable conducta en su administración.

Fué autor de la moción destinada a mejorar la situación militar del pais para vigorizar su defensa contra las fuerzas de España que todavía subyugaban a estas provincias.

Poco antes de disolverse el congreso, el diputado Malavia dirigió un manifiesto a los pueblos desvirtuando y protestando enérgicamente contra la especie de que el congreso estaba en inteligencias con la corte del Brasil.

Cuando el cabildo de Buenos Aires se echó encima la enorme responsabilidad de disolver el congreso y deponer al gobierno nacional, fué el diputado Malavia una de las víctimas de ese furor, «que no ha sido apellidado anarquista, porque fué obra de los hombres de la metrópoli». Reducido a prisión estuvo alojado con sus colegas en la Casa de la Curia, hasta que el gobernador Ramos Mejía, con autorización de la cámara provincial le levantó el arresto.

No obstante de tener autorización para regresar a su patria, se quedó en Buenos Aires ejerciendo su profesión de abogado; y fué entonces elegido diputado a la legislatura provincial, y elegido por sus colegas secretario de la corporación.

Desempeñaba este cargo, cuando fué nombrado secretario del general Las Heras, para conducir ante el virrey del Perú la convención preliminar de paz estipulada en Buenos Aires con los comisionados del gobierno español el 4 de julio de 1823.

Realizada en Salta la conferencia de los generales Las Heras y Espartero, se trasladaron a Tupiza a esperar órdenes, cuando el virrey La Serna resolvió el regreso inmediato de la misión argentina sin entrar en negociaciones de ninguna clase.

Terminada esta misión, continuó el doctor Malavia como secretario de la legislatura provincial de Buenos Aires, hasta 1825 en que volvió a Bolivia.

Presbítero doctor Mariano Sánchez de Loria.—Nació en Chuquisaca el 24 de septiembre de 1777, y se educó en su ciudad natal. Fué elegido diputado por Chuquisaca al congreso de Tucumán de 1816, al que se incorporó en la sesión de 5 de junio, y al hacerlo, se le auxilió, a moción de su colega doctor Serrano, con la suma de trescientos pesos, como a otros diputados cuyos pueblos comitentes no habian podido disponer de fondos para costearles el viaje.

Su firma aparece en tercer lugar en la célebre acta de la proclamación de la independencia, en esta forma: «Dr. Mariano Sánchez de Loría, Diputado por Charcas».

Los biógrafos del doctor Mariano Sánchez de Loría, dicen que este se educó en la famosa universidad de Chuquisaca, que obtuvo el título de abogado, que a poco de concluir su carrera contrajo matrimonio, y habiendo enviudado, se ordenó de sacerdote.

No aparece su nombre en la matrícula del «Foro boliviano» de abogados, y sólo encontramos a su padre don Pedro Sánchez de Loría, graduado en 1770; pero, en la matrícula de doctores en teología, en 28 de noviembre de 1798, está el nombre de Mariano Sánchez de Loría, que recibió dicho título en el día indicado.

Fué elegido diputado por Charcas al congreso de Tucumán, y suscribió el acta memorable del 9 de julio. Figuró en la comisión revisora que debia arbitrar los recursos necesarios para el sostenimiento del ejército. En las discusiones sobre la forma de gobierno, estuvo por la monarquía temperada, queriendo renovar el antiguo imperio del Cuzco.

Trasladado el congreso a Buenos Aires, en 1817, desaparece el diputado doctor Mariano Sánchez de Loría, no obstante que se encontraba en aquella capital, pues el congreso, con motivo de las discusiones sobre la sanción de la constitución, en julio de 1818, le ordenó su

asistencia a las sesiones, y en noviembre le reiteró la orden; pero no volvió a sentarse más en su banca de diputado.

Sus biógrafos dicen, que debio ser por esta época que perdió a su esposa, y desengañado del mundo se consagró a Dios ingresando en la milicia clerical.

«Sánchez de Loría, como Juan Bautista Oquendo, orador y lingüista, como el célebre cura tucumano Ildefonso Muñecas, como el cura de Sicasica, José Antonio Medina, y como tantos otros patriotas, perteneció desde entonces al clero del Alto-Perú».

Más tarde figuró como canónigo de la catedral de Chuquisaca, y murió de cura de Tacobamba, en la provincia de Puna, departamento de Potosí.

Doctor Pedro Ignacio Rivera (1).—Nació este patricio altoperuano, de origen noble, en la ciudad de Mizque, el año 1753. Terminados los estudios elementales, cursó leyes en la renombrada universidad de Charcas, y obtó el grado de doctor en derecho civil, el 10 de octubre de 1793. En Mizque figuró como jefe de milicias con el grado de coronel.

Pasó luego a la villa de Oruro en calidad de minero y azoguero, donde desempeñó el cargo de síndico procurador general de su cabildo, y en tal carácter suscribió el documento por el cual el cabildo de Oruro obsequió una lámina de oro y plata a la ciudad de Buenos Aires, en recuerdo de su triunfo inmortal contra los invasores ingleses el año 1807.

El doctor Rivera fué uno de los promotores y actores de la revolución de Chuquisaca el 25 de mayo de 1809, habiendo dejado escrita una descripción de aquellos sucesos históricos con que principió la guerra de la independencia americana. Fué el mediador entre el pueblo y la audiencia, y esa participación le acarreó persecusiones, las que también relacionó en un memorial que presentó a la autoridad estando enfermo en el hospital de betlemitas en Buenos Aires.

Concurrió al congreso que se reunió en Buenos Aires el año 1813, como diputado por Mizque, como «vecino revestido de las calidades necesarias, con la proporción de hallarse en el día en ella (en Buenos Aires), queda a

(1). La biografia más completa de este patricio alto peruano, es la escrita por el historiógrafo don José Macedonio Urquidi. Nosotros solo daremos un resumen.

esta ciudad únicamente la angustia de no encontrarse ramo, o arbitrio para establecer a su diputado la renta con que debe subsistir......»

Se incorporó a la asamblea en la sesión de 23 de octubre y desde ese día intervino en las deliberaciones, ligando su nombre en la sanciòn de sus leyes más importantes, y suscribiendo sus manifiestos en unión de sus cuatro colegas de Potosí y Charcas.

Ese mismo año el cabildo de Buenos Aires dispuso el modo como se habia de dar a la nación un gobierno general provisorio y un congreso que dictara la constitución permanente, nombrando sus diputados con arreglo a lo dispuesto por el estatuto provisional.

Las provincias del Alto-Perú nombraron sus representantes al congreso de 1816 que se reunió en Tucumán. La ciudad de Mizque volvió a honrar con sus sufragios a su hijo el doctor Rivera, quien presentó sus poderes que el congreso dió por legítimos en la sesión del 26 de marzo, siendo elegido vicepresidente por unanimidad de votos «para hacer las veces del presidente en caso de enfermedad u otros justos motivos».

En la sesión del 24 de abril, el señor Rivera reiteró la moción pendiente del diputado Serrano sobre la necesidad de auxiliar con prontitud al ejército del Perú. En la sesión memorable del 9 de julio sufragó por la independencia y la aclamó con sus colegas firmando el acta. Tratando de la forma de gobierno, estuvo por la monarquía temperada bajo la dinastia de los antiguos incas.

El doctor Rivera desempeñó diversas comisiones en el seno del congreso, y la presidencia de ese cuerpo durante el mes de julio de 1817, tocándole presidirlo en el primer aniversario de la declaratoria de la independencia, con cuyo motivo concurrió a la sala el director supremo acompañado de las autoridades y de numeroso pueblo. El diputado Rivera contestó a la arenga del general Pueyrredón con un elocuente discurso.

Rivera, intervino en las discusiones y sanción de la constitución del año 1819, figurando en diversas comisiones de la cámara.

Pertenecía al congreso, cuando este cuerpo, cediendo a la intimación del cabildo de Buenos Aires, se disolvió a fin de evitar mayores complicaciones al iniciarse el caos de 1820.

Disuelto el congreso, Rivera permaneció en Buenos Aires, y en 1826, desde allí dirigió una *representación* vin-

dicatoria al Gran Mariscal de Ayacucho, haciendo constar que fué *el primero que levantó la voz de la libertad en América*, y su proceder patriótico en la memorable insurrección chuquisaqueña del 25 de mayo de 1809, que inició la guerra de emancipación colonial. Es este un notable documento histórico.

El doctor Pedro Ignacio de Rivera falleció en Buenos Aires, el 16 de febrero de 1833, a los 80 años de edad.

El presbítero doctor José Andrés Pacheco de Melo.—Nació el 17 de octubre de 1779 (1). Cursó sus primeros estudios en una escuela elemental de Salta, donde tuvo por condiscípulo a Juan Martin de Güemes, y luego en el seminario conciliar de Nuestra Señora de Loreto en Córdoba, donde recibió las órdenes sagradas hasta el presbiterado, a fines de 1801, de manos del obispo Moscoso (2).

En ejercicio de su sagrado ministerio, fué nombrado cura en el Alto-Perú, de la población de Libilibi, en la provincia de Chichas, de la arquidiócesis de La Plata, y ejerció su noble apostolado cumpliendo como verdadero ministro de Cristo las funciones de pastor de almas.

Es por demás conocida la cooperación eficacísima que prestó el clero americano al movimiento emancipador y el prestigio inmenso que llegó a tener en todo el territorio de las Provincias Unidas y muy particularmente en las del Alto Perú, y solo teniendo en cuenta este antecedente,

---

[1]. El historiador Dominguez en su Historia Argentina [pág. 482] cuenta a Pacheco de Melo y a Manuel Antonio Acevedo entre los representantes naturales del Alto Perú.—Don Enrique Udaondo, biógrafo de Pacheco de Melo, dice que era oriundo de Salta, y agrega en una nota: «Anteriormente se ha dicho que era oriundo de Bolivia, y ahora tomamos este dato de la revista «Güemes,» que redacta en Salta la ilustrada escritora doña Benita Campos, Nº 49 del 9 de julio de 1910.» Lo extraño es que Udaondo no dé a conocer el motivo porque la escritora salteña cree que Pacheco de Melo era su paisano.—El mismo Udaondo, en la obra que publicó con Beccar Varela, sobre la significación histórica de las calles y plazas de Buenos Aires, precisamente el mismo año de 1910 a que se refiere el descubrimiento de la escritora salteña, en el t. II, pág. 99, dice: «*José Andrés Pacheco de Melo.*—Sacerdote Natural de Tupiza, capital de Chichas, Bolivia, nació el 27 de julio de 1760. En su primera juventud pasó a Córdoba, en cuya ciudad ingresó al seminario conciliar......»

[2]. No podemos asegurar la exactitud de estos datos, que los tomamos de Udaondo. Lo que tenemos por seguro es que, el 7 de febrero de 1808, se recibió en Chuquisaca de doctor en teología, según consta de la matrícula de bachilleres, licenciados y doctores en teología.

se explica la adhesión que encontró en 1810 el representante oficial de la junta gubernativa de Buenos Aires, doctor Castelli, al cruzar el territorio que hoy pertenece a Bolivia.

Todos los curas, con raras excepciones, tenían la adhesión más profunda por la revolución, habiendo sido sus servicios grandes, reconocidos por una autoridad nada sospechosa por cierto en esta materia, como el doctor Castelli, ultra liberal, que con sus excesos acarreó gran desprestigio a la causa de la revolución, quien dijo en el parte de la batalla de Suipacha al mencionar a los indios: «Conozco que sus disposiciones son ventajosas, y que bajo la dirección de unos curas cuya adhesión al nuevo gobierno me es constante, a excepción del de esta villa (Tupiza), no dudaré que estos me sean adictos sin violencias».

Entre los que habian promovido esa obra, se contó, como dejamos dicho, al cura Pacheco de Melo, quien auxiliaba a los jefes del ejército.

En 1815 se hallaba en Potosí y en 10 de agosto escribía a su amigo el coronel Güemes encareciéndole influyera a fin de que se le remitiesen armas para los ejércitos:

«......Aquí me tienes en esta villa, disfrutando del rigor de este temperamento, que me recibió con dos piedras en la mano......; estoy muy cerciorado de la necesidad con que este señor general te pide las armas, tiene en su ejérto sobre mil hombres sin armas. Camargo tiene mucha gente sin ellas; Arenales y Warnes están en camino a reunirse a Macha, traen mucha gente desarmada y de todas partes están con la misma cantinela: conozco, en efecto, la urgencia con que solicitan los fusiles y tú no debes retardarlos un momento, sin hacerle responsable a la nación».

En seguida le dá consejos de amigo sobre el modo de conducirse en las circunstancias difíciles porque atraviesa el pais, y respecto a su persona dice: «Yo descanso siempre sobre el testimonio de mi conciencia y estoy persuadido de mi buena comportación en los asuntos públicos de mi pais, siempre seré un eterno defensor de sus derechos, sin apoyar los abusos que corrompen la sociedad; este será el modo de hacer felices a los pueblos».

En octubre de 1815, el cura Pacheco de Melo fué elegido diputado por la villa de Tupiza, al congreso de Tucumán, en unión del coronel Juan José Fernández Cam-

pero, que no se incorporó a la célebre asamblea, como hemos dicho ya.

No obstante que, en la sesión del 7 de abril de 1816, la sala declaró suficiente el acta enviada por la junta electoral y ordenó la incorporación de los electos, se produjo un incidente, porque se objetó que la villa de Tupiza no podia reunir la junta electoral careciendo de ayuntamiento, y que esa formalidad le correspondía a Potosí, con lo cual se postergó la admisión del diputado Pacheco de Melo hasta la sesión de 21 de junio, en que, después de largos debates declaró el congreso que debía ser admitido, y se incorporó en la sesión siguiente.

El diputado presbítero doctor José Andrés Pacheco de Melo, proclamó la independencia en la sesión del 9 de julio, y firmó el documento memorable en nombre del pueblo que representaba. En el debate sobre la forma de gobierno, estuvo por la monarquía constitucional. Apoyó el proyecto de acreditar un enviado extraordinario ante la corte romana, para atender los asuntos relativos al bien espiritual del Estado, e intervino en diversas discusiones.

El doctor Pacheco de Melo presidió el congreso en turno durante el mes de abril de 1818, en el cual celebró una sesión extraordinaria en conmemoración de la victoria de Maipo. El director supremo del Estado pronunció una bella arenga, a la que contestó el presidente del congreso con un discurso de elevados conceptos.

Cuando se discutió el proyecto de constitución, el diputado Pacheco de Melo se preocupó eficazmente del estado de los indios, y quedó consignado en el artículo 128 que los indios, siendo iguales en dignidad y en derechos a los demás ciudadanos, gozarán de las mismas preminencias y serán regidos por las mismas leyes, quedando abolido el tráfico de esclavos y prohibida su introducción en el territorio del Estado.

El presbítero Pacheco de Melo propuso al congreso la creación de escuelas para los indios. Siguió participando de los debates que precedieron a la constitución del año 1819, al pie de la que está su nombre. Formó parte del congreso hasta su disolución, a principios de 1820, en que la arbitrariedad de un gobernante le impuso guardar arresto con todos sus colegas. El gobernador Ramos Mejía, decretó su libertad, y Pacheco de Melo se dirigió á Córdoba, donde fué nombrado mediador entre los gobernadores de Catamarca, Santiago del Estero y Tucumán,

cuyas provincias estaban en guerra. Desempeñó con el mejor éxito esta delicada misión, negociando y firmando la paz.

Después aparece Pacheco de Melo en Mendoza, el año 1823, de ministro interino y luego en propiedad, de la administración del general don Pedro Molina, bajo la cual se realizaron progresos importantes, hasta que se produjo una aguda crisis económica, ocasionada por la escases de numerario, que obligó a la dimisión al gobernador Molina. El nuevo gobernador volvió a nombrar de ministro secretario a Pacheco de Melo; pero dos meses después este gobierno tuvo la misma suerte que el anterior, y por la misma causa.

Un año después, a mediados de 1825, aparece el prócer como mediador entre el gobernador de San Juan y la provincia revolucionada.

Aquí desaparece la simpática figura del presbítero doctor Andrés Pacheco de Melo, sin que se hubiese podido saber donde terminó su vida.

Doctor Pedro B. Carrasco (1).—Nació en la ciudad de Cochabamba el 14 de julio de 1780. Pertenecía a distinguido linaje, oriundo de España. Cursó los estudios de medicina en la universidad de Lima, hasta recibir el título de doctor. En tiempo de las invasiones inglesas, aparece en Buenos Aires de cirujano del famoso regimiento de Patricios, que comandaba el ilustre patriota potosino don Cornelio Saavedra.

En 1808 volvió a Cochabamba, de teniente de protomédico de aquel distrito. En 1809 estuvo en Chuquisaca en la memorable insurrección inicial del 25 de mayo, y fué uno de los más ardientes partidarios de ese movimiento de emancipación. Alistado en la lucha patriótica, tomó parte en el movimiento y pronunciamiento de

---

(1). Ni Enrique Udaondo, ni José Ignacio Yani han publicado en sus libros de biografías de los «Congresales de 1816,» la de Pedro B. Carrasco, porque sólo han consagrado sus apuntes biográficos a los signatorios del acta de la independencia. Uno y otro, Udaondo y Yani, hacen referencias al diputado Carrasco, en las biografías de Castro Barros y de Darregueyra, con motivo de comisiones que encomendó el congreso a estos tres diputados.—Beccar Varela y Udaondo, dedican breves líneas a Carrasco, diputado por Cochabamba, en «Plazas y calles de Buenos Aires, significado histórico de sus nombres,» t. I, pág. 168. José Macedonio Urquidi, principia su libro «Diputados alto peruanos en el congreso constituyente de Tucumán,» con la biografía de Pedro B. Carrasco, diputado por Cochabamba, cuya figura se ha esmerado en realzar como buen paisano.

Cochabamba el 14 de septiembre de 1810. Triunfante la revolución en la batalla de Aroma, Carrasco marchó a Potosí como representante del nuevo gobernador de Cochabamba, a felicitar a Castelli por el triunfo de Suipacha. Castelli lo nombró ministro tesorero de las reales cajas de Cochabamba.

En el proceso que se siguió sobre la campaña desgraciada del Desaguadero, Carrasco declara que es profesor de medicina, que acompañó al doctor Castelli en La Plata, Potosí y Cochabamba. Probablemente acompañó a Castelli en su retirada desastrosa desde el Desaguadero hasta Buenos Aires, cuando en 1812 aparece de cirujano mayor del segundo ejército auxiliar argentino que condujo al Alto Perú el general Belgrano.

Fué elegido diputado por Cochabamba al congreso de Tucumán de 1816, al que se incorporó el 17 de agosto, razón por la que no aparece su firma en el acta de la independencia suscrita el 9 de julio. En el mes de septiembre del mismo año desempeñó la presidencia en turno de dicha corporación.

Con motivo de sucesos políticos de resonancia, que repercutieron en el seno del congreso, en la sesión del 1º. de enero de 1817, la corporación resolvió nombrar una comisión de tres diputados a fin de asesorar en esas circunstancias al director supremo Pueyrredón, compuesta de los señores Carrasco, Darregueyra y Castro Barros.

Esta comisión destinada a dirigir conjuntamente con el director las relaciones con el imperio del Brasil, fué portadora de las últimas instrucciones del congreso, una de las cuales era ajustar un tratado de comercio con ese país, sobre la base del reconocimiento de la independencia, y en caso negativo, conseguir alguna promesa secreta garantizada por Inglaterra o los Estados Unidos. Otro de los puntos era comunicar al ministro argentino en el Brasil instrucciones de acuerdo con los sucesos que se desarrollaban durante la invasión que llevó ese imperio al territorio del Uruguay.

La medida más acertada que dió la comisión del congreso fué impedir la declaración de guerra a los portugueses, a la cual se hallaba inclinado el director, sin renunciar, por eso, a mantener una actitud digna y enérgica respecto de la corte del Brasil.

Por este tiempo la opinión pública estaba desmoralizada con diferentes rumores e incertidumbres sobre la

marcha del gobierno, y la comisión legislativa entró de lleno a cumplir su misión de consejera y deliberante.

Reincorporado al congreso el doctor Carrasco, tomó parte en varios debates parlamentarios. Trasladado el congreso a Buenos Aires, en 1818 fué elegido vice presidente, y suscribió la constitución de 1819. Pronunciada la anarquía, en 1820 se disolvió el congreso, y Carrasco siguió la suerte de todos los diputados. Quedó en Buenos Aires, donde dejó de existir (1).

Presbítero doctor Felipe Antonio de Iriarte.—Nos parece que hemos dicho lo bastante de este ilustre personaje, en una nota del capítulo décimo cuarto, y no será de más apuntar en esta sección de biografias, los actos más notables de su fecunda vida, por lo mismo que, notamos en algunos de nuestros historiógrafos, marcada prevención contra él, sólo por haber sido sacerdote y haber estado con los realistas en la batalla de Carretas.

No podriamos asegurar cuál fué el lugar de su nacimiento. El doctor Abecia dice: «El rector de la universidad (en 1813) era el famoso cura argentino doctor Felipe Antonio de Iriarte, provisor del arzobispado, jefe de la caballería en el combate de las Carretas a las órdenes de Tacón, fué más después exaltado patriota» (2). Mientras Carrillo (3) afirma que es jujeño, el doctor don Julián Toscano, vicario general de la diócesis de Salta (4), lo cuenta entre el clero tucumano. «Cura rico de la jurisdicción del arzobispado de La Plata», lo llama don Manuel Moreno (5).

En la «Matrícula estadística de abogados», aparece recibido de doctor en derecho ante la real audiencia de

(1). «Falleció en Buenos Aires, después de la caida de Rosas,» dicen Beccar y Udaondo. «Dejó de existir cuando la caida del tirano Juan Mel, Rosas, en Buenos Aires, el 13 de julio de 1839, a los 50 años de edad, «dice Urquidi, incurriendo en dos errores. El mismo autor ha dicho que Carrasco nació en 1780, y ahora que murio en 1839, de 50 años de edad, cuando de una a otra fecha suman 59 años. Mayor es el error de afirmar que Rosas cayó en 1839, cuando fué trece años después, el 13 de febrero de 1852, que la batalla de Monte Caseros dió en tierra con el poder de Rosas. En lo que están de acuerdo Beccar y Udaondo con Urquidi, es en que Carrasco murió después de la caida de Rosas, y si es así, debió ser a los 72 años de edad.

(2). Boletin de la Sociedad Geográfica. 1908.

(3). Jujuy etc. Apuntes para su historia civil, pág. 340.

(4). La independencia argentina y el clero nacional.

[5]. Vida y memorias del doctor don Mariano Moreno, pág. 36.

Charcas, el 22 de octubre del año 1789, sin que hubiese sido todavía presbítero. Según el cuadro de bachilleres, licenciados y doctores en cánones, recibió el título de doctor en Sagrada Teologia, el 6 de noviembre de 1806, también en esta universidad real y pontificia de Chuquisaca, siendo ya entonces presbítero (1).

Antes, en 1803, habia ido a Busnos Aires mandado por el arzobispo San Alberto, con una comisión de agitar un pleito que seguian en cuerpo los curas de la arquidiocesis, contra algunas providencias de la real audiencia, que los habia oprimido en sus derechos. «Durante su estadía adquirió grande opinión de literatura»; habia asistido a las conclusiones que el joven don Mariano Moreno había defendido en el Colegio de San Carlos; y «el cura, amante decidido de los talentos, se declaró protector del joven Moreno, le empeñó su palabra que su suerte corria por su cuenta», y lo trajo a su costa a la universidad de Chuquisaca.

Este sacerdote, a quien debió, Mariano Moreno su carrera y preparación que lo puso en condiciones de ser el alma de la revolución de Buenos Aires, era el doctor don Felipe Antonio de Iriarte (2).

Después de haber sido rector de la universidad de San Francisco Xavier, en 1813, en 1815, aparece de provisor del arzobispado de La Plata, y en ese carácter dirigió en Potosí un manifiesto a sus compatriotas, explicando su conducta anterior, y dice que las circunstancias le obligaron a aparentar ser realista, en servicio de su pueblo; que así redimió a más de cien hombres del sacrificio,

---

[2]. En una biografía del presbítero Felipe Antonio de Iriarte, publicada en el apéndice del libro «Influencia del clero en la independencia argentina,» por monseñor Agustin Piaggio, se dice, con referencia a los Apuntes biográficos del mismo personaje, por Caraffa, que Iriarte doctórose en sagrada teología, en 1782, en la Universidad de Córdoba. No hemos podido comprobar este hecho, y subsiste nuestra duda. Hemos recorrido la «Nómina de los matriculados en teología, desde 1768, publicada en el 3er. volúmen de los «Anales de la Universidad Nacional de Córdoba,» por el R. P. Fr. Zenón Bustos, y encontramos que en 23 de febrero de 1779 se inscribió Felipe Iriarte en el tercer año del Colegio de Monserrat, y en abril 21 de 1782. Felipe Antonio de Iriarte se recibió de bachiller en teología. En el «Bosquejo histórico de la Universidad de Córdoba,» por Juan M. Garro, aparece que Felipe Antonio de Iriarte recibió el grado de doctor en derecho canónico, el año 1782. Consta que se recibió de abogado en Chuquisaca, en 1789, cnando aun no era presbítero, y que recibió el título de doctor en sagrada teologia el 5 de noviembre de 1806, también en esta nniversidad, siendo ya presbítero.

(2). Arengas y escritos de Mariano Moreno. Prefacio XXIII.

valiéndose de una combinación artificiosa, de la que se le ha acusado como un crimen; que jamás perdió de vista el amor a la América y sus preferentes derechos, e invita a todos a vengar los ultrajes de la patria, y a trabajar por su felicidad.

Al dirigirse a sus compatriotas del Alto-Perú, les dice: «paisanos mios, las circunstancias pudieron romper las cadenas opresoras que coartaban mi libertad, ya estoy entre vosotros». Asi se presenta como hijo nativo del Alto-Perú.

Cuando escribió este manifiesto, el 24 de junio de 1815, (1) el presbítero Iriarte era provisor del arzobispado: el arzobispo Moxó estaba en Cochabamba ocupado de establecer un convictorio de estudios eclesiásticos, cuando se le intimó la orden de destierro expedida por el general Rondeau. En su viaje, de Mojotoro se le condujo por Yamparáez, sin permitirle la entrada en Chuquisaca por temor que se amotinara el pueblo. De Caiza escribió su última carta pastoral a sus diocesanos, con fecha 18 de septiembre de 1815; en ella se queja amargamente de la injusticia que se le hacía

Los patriotas creyeron en la sinceridad del doctor Iriarte, y le eligieron diputado al congreso de Tucumán, al que se incorporó como representante de La Plata, en la sesión del 6 de septiembre de 1816; viéndose privado, por su retardo, del honor de que su firma figure al pie del acta de la independenria. Después de prestado el juramento de estilo y el de sostener la independencia del pais «dirigió una alocución al soberano congreso, expresando los motivos de haber retardado hasta el día de su incorporación; a que contestó el presidente haciéndole entender que la soberanía estaba satisfecha de los sentimientos que lo animaban, y que no desmentiría la confianza de su pueblo comitente» (2).

El doctor Iriarte no tardó en descollar por su talento y elocuencia en la augusta asamblea, como lo prueba el hecho de que «en la sesión del 20 de septiembre se le nombrara en comisión, con los diputados Rivera (de Mizque) y Godoy, para rever, informar y presentar proyectos de resoluciones acerca de todos los recursos de particulares pendientes»; y el próximo 2 de octubre, antes de cum-

[1]. Publicado en la Gaceta de Buenos Aires, Nº 26, de 21 de octubre de 1815.

[2]. Redactor del Congreso.

plirse un mes de su incorporación, el congreso le eligiera su presidente. En ese carácter firmó el manifiesto cuya redaccion se le encomendara explicando los motivos que habia tenido el congreso para resolver su traslación a Buenos Aires.

De las condiciones de Iriarte como orador nos podemos formar una idea leyendo la oración que pronunció en Tucumán el 25 de mayo de 1817, en presencia del general Belgrano, a quien arrancó lágrimas.

«Recibido de abogado, dice monseñor Piaggio, defendió siempre el derecho con ilustración, cimentando sólidamente su reputación de sacerdote ilustrado, que le valió el llegar a ser canciller de la famosa universidad de San Francisco Xavier de Chuquisaca».

«No debe sorprendernos, pues, que un sacerdote de tan relevantes prendas y de tan reconocido patriotismo, hubiese sido buscado por el pueblo de Jujuy para que le representara en el congreso que debía reunirse en Córdoba para tratar de reunir en una sola familia a las provincias que, por triste ironía, se llamaban Unidas, cuando la desunión las hacia mirarse mutuamente, no sólo como extrañas, sino como enemigas».

Recibió los poderes el diputado Iriarte y se dirigió a Córdoba, donde le sorprendió la muerte, el 13 de de agosto de 1821, cuando la patria podia esperar tanto de él todavía.

«Iriarte, dice Carrillo, era de los más avanzados talentos de sus dias, orador eximio, pensador sesudo, defensor piadoso de la raza indígena, por cuyos derechos sentía un respeto insinuante; abogado famoso, sacerdote intachable, coronado de todas las virtudes del evangelio».

Y concluye Juan M. Gutiérrez: «Aun no tiene labrado el pedestal de su merecida memoria; la patria recien puede buscar su página honrosa; porque el viento de nuestras querellas ha llevado en pedazos a nuestros viejos próceres».

CAPITULO DÉCIMO NOVENO

1816.—Expedición a Santa Cruz de la Sierra, batalla del Pari y muerte de Warnes.—Nuevos levantamientos en Cinti y combate de Cañashuaico.—Ejecuciones de Ricafort en La Paz.—Tarija se declara teatro de la guerra.—El general La Serna se recibe del ejército español.—Se resuelve la invasión a las provincias argentinas y el primer movimiento de La Serna es sobre Tarija.—El marqués de Yavi y la sorpresa de Colpayo.—Falsa retirada de la vanguardia realista y la derrota de Yavi.—La vanguardia realista invade por Humahuaca.—La guerra en Tarija.

Expedición a Santa Cruz de la Sierra, batalla del Pari y muerte de Warnes.—Hemos dejado en el Villar al sanguinario coronel don Francisco Javier Aguilera, a la cabeza de su división, después del combate del 14 de septiembre de 1816 y de la cruel victimación de don Manuel Ascencio Padilla. De allí se dirigió al Vallegrande, a reforzar su ejéccito y a desarrollar el plan de campaña sobre Warnes, que hacia tiempo le habia sido encomendado.

El 21 de noviembre de 1816 (1) se presentó Aguilera

[1]. El 21 de noviembre, dice el capitán Mariano Rendón, presente en la batalla.—El comandante Mercado, presente también y sucesor de Warnes, repite la feeha del 21, en parte a Belgrano. El 22 dice Urcullu. El 27 dice Camba y lo repite Cortés. Debe estarse a la fecha de los dos testigos presenciales.

a la vista de la ciudad de Santa Cruz de la Sierra a cabeza de más de 1200 hombres de las tres armas. Allí lo esperaba Warnes al frente de mil hombres poco más o menos. Vestido con un chaleco morado oscuro con vivos blancos; un sombrero blanco de fieltro, de fábrica de la tierra, bajo de copa y emplumado; con botas largas de cuero curtido a usanza del pais, y con espada a la cintura, recorrió a caballo su línea, y esforzando la voz exclamó: «*¡Soldados! ¡Vencer o morir con gloria!*» Un grito frenético de entusiasmo fué la contestación del ejército cruceño, compuesto en su mayor parte de mestizos, que hacia cuatro años militaban bajo su bandera.

Los soldados de caballería, armados de lanzas, y vestidos de cuero curtido de pies a cabeza, semejaban guerreros antiguos cubiertos de armaduras. La infanteria, con camisas blancas, de algodón del país, y una montera de cuero en forma de yelmo, presentaba un aspecto igualmente uniforme y no menos pintoresco que el de la caballeria. Su bandera era la celeste y blanca de las Provincias Unidas.

La ciudad de Santa Cruz de la Sierra como ya se sabe, está fundada en lo alto de una barranca, y por esto llevaba antiguamente el nombre de *San Lorenzo de la Barranca*. El Pari, arroyo de vertientes y que se pierde en los bañados del Piray, corre de occidente a oriente, forma un ángulo recto al tomar la dirección norte al pie de la barranca, y el vértice es el punto más cercano de la ciudad, cuyo arrabal occidental rodea. El camino real, que atraviesa en su longitud el campo llamado el Pari, queda a la derecha del arroyo, que corre entre palmeras, cidrales y arbustos silvestres, que se espesan en su margen izquierda. A la derecha se avanzan algunos grupos de vegetación arbórea formando islotes que se extienden hasta la ancha pradera, la cual debía dar su nombre a la batalla de ese día.

En el campo y como a 800 varas del arrabal del oeste de la ciudad, tendió Warnes su línea, apoyando su derecha sobre el arroyo, dando frente al este y cerrando el camino real, que en sentido opuesto traía Aguilera. Colocó su artillería en el centro, emboscando una parte de ella en las isletas y renovales, y cubrió su izquierda con la caballeria.

A las once de la mañana desplegó Aguilera su línea a tiro de pistola, paralelamente a la de Warnes y en la misma disposición. Simultáneamente ambas líneas avan-

zaron la una sobre la otra. La caballería cochabambina fué envuelta en el choque y huyó en completa dispersión, perseguida de cerca por la de los cruceños. El batallón de Fernando VII, dirigido por Aguilera en persona, abrió un fuego nutrido y mortífero sobre la infantería cruceña, que a las primeras descargas se echó al suelo, huyendo su comandante. Warnes a caballo y sable en mano, la estimuló enérgicamente a seguir adelante, y el combate se trabó con encarnizamiento a la bayoneta. Desgraciadamente en aquel momento fué herido Warnes en una pierna, y una bala le mató al mismo tiempo el caballo, que cayó apretándolo. Esta caida decidió la batalla. La tropa lo creyó muerto, y sin jefe que la dirigiese, volvió la espalda y se dispersó por las márgenes del Pari, dejando a su general abandonado en el campo de batalla.

Un soldado español le atravesó el pecho con su bayoneta, y un pistoletazo en la cabeza lo ultimó. Así murió Warnes a quien el historiador español Torrente llama: «el formidable Barnes, que exaló el postrer aliento sobre un montón de cadáveres».

En la tarde del mismo día retornaba la caballería cruceña al campo de batalla, después de haber casi exterminado a la enemiga, y encontrándose con el enemigo triunfante, fué completamente derrotada a su vez.

Esta victoria costó cara a los realistas, que sufrieron una pérdida de casi la mitad de su ejército, según el historiador español Camba, o sea 400 hombres, y más del doble de este número, según nuestros historiadores (1).

En la tarde de ese mismo día entró Aguilera en la ciudad de Santa Cruz, con sólo 200 hombres que habian quedado de su división. Del ejército de la patria los que

---

[1]. Parecen exageradas las relaciones de nuestros historiadores sobre este episodio, siguiendò todos a Urcullu dominado por la indignación contra el feroz Aguilera. El autor citado dice: «Fué el combate más obstinado y sangriento durante la guerra, respecto al número de tropas que hubo en él: antes de la acción ascendian ambos ejércitos a tres mil hombres, y de estos solo doscientos entraron con Aguilera a la ciudad al cerrar la tarde del mismo día, quedando los demás tendidos en el Pari». Agrega Luis M. Guzmán: «habian quedado en el campo 2800». García Camba dice sobre la batalla del Pari, en el t. I, pág. 220: «Los enemigos se batieron con una obstinación increible, pero la habian con el esforzado Aguilera, a quien sin embargo causaron la pérdida de la mitad de su ejército, es decir, cerca de 400 hombres y 7 oficiales fuera de combate, porque el terreno favorecía mucho a los rebeldes». Si nuestros historiadores acaso exageran las pérdidas de Aguilera, es seguro que Camba las disminuye.

no perecieron en el combate, se dispersaron en la selva.

El feroz Aguilera hizo colocar la cabeza de Warnes sobre una pica en la plaza principal de la ciudad, y en el espacio de menos de cuatro meses mandó fusilar 914 personas de toda edad y sexo.

Con Santa Cruz de la Sierra y la muerte de Warnes, cayó la última de las grandes republiquetas del Alto-Perú, que por el espacio de un año habian inmovilizado todo el ejército español vencedor en Sipesipe, y distraido más de la mitad de su fuerza en expediciones lejanas, combates, batallas y guarniciones, impidiéndole realizar su invasión sobre las provincias argentinas. En este año, que fué el de 1816, se declaró la independencia argentina, como queda dicho, se remontó el ejército del Perú, se organizó la resistencia de Salta, se preparó la expedición de Chile, se robusteció el espíritu público y se salvó la revolución.

Todo esto fué debido en gran parte a los varoniles esfuerzos y a los oscuros sacrificios de las heroicas republiquetas del Alto-Perú, que sin armas, sin recursos, aisladas del resto del mundo y hasta entre sí mismas, combatiendo, muriendo y matando día a día sin los estímulos de la gloria ni la esperanza de triunfar, sostuvieron durante trece meses la diversión más importante y más útil de que haga memoria la guerra americana, a cuyo éxito definitivo sirvieron así con sus victorias como con sus derrotas (1).

De los cuatro señalados campeones de esta guerra, cuyas cabezas fueron clavadss en los cuatro puntos cardinales del territorio del Alto-Perú, marcando la extensión que la insurrección abrazaba, Camargo y Padilla eran bolivianos; Muñecas y Warnes, argentinos. Ellos representan en su olvidada historia, que apenas hemos bosquejado, el consorcio de la revolución argentino-peruana a la par que la solidaridad en la lucha y en el martirio (2).

Nuevos levantamientos en Cinti y combate de Cañashuaico.— No por esto se extinguió el fuego de la insurrección popular. Ayopaya se mantenía como siempre inexpugnable en sus montañas, con Lanza a la cabeza. En los valles de Cochabamba se levantaron nuevos caudillos, entre los cuales llegó a hacer-

[1]. Véase «Memorias» del general Paz, t. I.
(2). Mitre. Historia de Belgrano, t. II, cap. XXXIII.

se famoso el indio Lira, que vencido varias veces, mantuvo viva en su territorio la resistencia. Los restos del ejército de Santa Cruz escapados de la derrota del Pari, se replegaron, una parte de ellos, al pueblo de Abapó al Este del Rio Grande, desde donde continuaron la guerra de partidaiios a las órdenes del comandante don José Manuel Mercado, obteniendo algunos triunfos parciales, mientras que la otra parte se dirigió a Mizque y Vallegrande, interceptando las comunicaciones de Aguilera, y lo aisló en medio de su sangrienta victoria (1). A lo largo de las fronteras del Chaco, la insurrección volvió a extenderse con nueva energía.

Digimos antes, que los derrotados en la Laguna y el Villar se habian replegado a Pomabamba, y nombrado por jefe superior al comandante Cueto. A pesar de este aparente acuerdo, la anarquía se introdujo entre los jefes, y la antigua republiqueta de Padilla perdió toda cohesión con su muerte, disolviéndose en grupos armados, que se extendieron a lo largo de las fronteras (2). Uno de estos grupos era mandado por el comandante don Estéban Fernández, a quien se agregaron con sus fuerzas los comandantes Zerna, Prudencio, Miranda y el mayor don Agustín Ravelo al frente de un escuadrón de dragones regularmente organizado. Era Ravelo hijo de Buenos Aires, había concurrido a las empresas de Padilla sobre Chuquisaca distinguiéndose en ellas, y como antiguo oficial del ejército argentino, en cuya escuela se habia formado, era el hombre de guerra más señalado de aquella columna, cuyo nervio constituía.

Fernández atravesó el Pilcomayo, se corrió a lo largo de la frontera del Chaco, y se situó en la Loma, promoviendo desde allí la insurrección de Santa Elena, amenazó el valle de Cinti, ocupado por la columna de O' Relly. A la aparición de este refuerzo, los indios de Cinti, que se habían sometido pidiendo papeletas de indulto, volvieron a insurreccionarse, y se concentraron en gran número en la sierra de Santa Elena. O' Relly, que se hallaba en Culpina, marchó sobre ellos al frente de un batallón y un escuadrón, y se situó en el pueblo de Santa Elena, sin haber encontrado un solo habitante en su camino. Los insurrectos, apoyados por el escuadrón de Ra-

[1]. Camba, t. I. pág. 220.—Urcullu, pág. 98.

(2). Parte de don Mariano Acebo, comandante de los partidarios de Cinti, a Belgrano, de 16 de octubre de 1816.

velo, ocuparon las alturas de Santa Elena, estableciéndose sólidamente en el inmediato cerro de Cañashuaico. Los españoles quedaron así sitiados con sus comunicaciones interceptadas, y se vieron obligados a replegarse a Culpina, abriéndose paso con sus armas, con la pérdida de unos pocos muertos y 24 heridos de piedra, fuera de los contusos.

Los indios al disparar sus piedras, daban grandes alaridos, y rompian las papeletas de indulto que pocos días antes habian obtenido, y las lanzaban al aire con muestras de desprecio (1). Esto sucedía a fines de diciembre de 1816, en circunstancias en que el ejército español invadía a Salta y Fernandez era nombrado por el general Belgrano jefe superior de la insurrección de las fronteras del oeste, en sustitución de Padilla.

Ejecuciones de Ricafort en La Paz.— A fines del año 1816, el virrey Pezuela mandó al coronel don Mariano Ricafort, con tres batallones, con destino a Tupiza, encargándole que castigara a su paso al pueblo de La Paz, por los sucesos del 28 de septiembre de 1814, que no le parecian suficientemente vengados. Estaba ya de antemano formada por el gobernador Landaveri y su asesor Pablo Gutiérrez, la lista de las personas que se reputaban patriotas, designando las calles y casas donde vivian.

Al llegar a La Paz, dijo Ricafort: «No he de dejar más tesoros que lágrimas». Circumbaló la ciudad con las tropas, hizo sacar de sus casas a los patriotas para conducirlos a las cárceles y a los cuarteles, y mandó fusilar a 21 por la espalda como a traidores, colgándolos después en la horca. Cometió otros actos de barbarie, de los que se resiste a dar testimonio la historia, como hacer pasear por las calles a hombres y mujeres, desnudos de medio cuerpo arriba, pegándoles de azotes (2).

A las señoras les impuso una multa equivalente al valor de todos sus bienes, con pena de muerte si no se hacia efectiva, para lo que vendieron algunas hasta las casas en que habitaban.

Después de todo género de maldades y violencias y de los atropellos más inauditos cometidos durante los me-

---

(1). Camba, t. I. págs. 234 y 235. Diario de Fernández dirigido a Belgrano con fecha 12 de abril de 1816.
(2). Urcullu, pág. 99.

ses de noviembre y diciembre de 1816, salió de La Paz el cruel Ricafort, cumpliendo su palabra de no dejar más tesoros que lágrimas, llevando 700,000 pesos arrancados a los patriotas (1).

Tarija se declara teatro de la guerra.— La guerra era ya larga: durante más de un año los caudillos heroicos del Alto-Perú habian detenido la invasión del ejército español sobre las provincias argentinas, dando lugar a la organización del ejército de Belgrano en Tucumán, y al de San Martín en Mendoza, para dar libertad a Chile y al Perú.

El primer paso del ejército vencedor en Sipesipe fué sobre Cotagaita (24 de marzo de 1816), desde donde se propuso Pezuela concluir con la pacificación del Alto-Perú, «por cuyos desdichados pueblos sus feroces tenientes echados a manera de lobos como en los días de Goyeneche, iban sembrando el terror y la muerte. Tacón y Lavín se pintaron para ello esta vez. El primero, enviado a Charcas contra las muchedumbres de Padilla, dió al saco y al fuego los pueblos indefensos. Tacón regresó a Chuquisaca cargado de los bienes que arrebató aun a personas inofensivas: cabezas de mujeres y de niños clavadas en las bayonetas fueron los trofeos que el feroz Maroto ostentó a la vista de una ciudad consternada».

Lavin, bravo y sanguinario por naturaleza y por escuela, enviado sobre la provincia de Tarija, venció en el primer encuentro y penetró donde su tropa hizo ostentación de llevar atadas a la cola de sus caballos las cabezas de los vencidos que habian degollado, mientras él, para no ser menos, hizo fusilar a 89 infelices vecinos que tomó en sus casas, en la misma ciudad (2).

El ejército de la patria que reorganizaba Belgrano en Tucumán, no inspiraba a Pezuela temor alguno, porque le habia hecho morder el polvo por tres veces consecutivas, como porque estaba mandado por un general como Belgrano, por quien Pezuela sentía el más vivo desdén, estando en su concepto, en condiciones de no poder operar ofensivamente (3).

Cuidando siempre su retaguardia y temeroso de nue-

---

(1). Ordóñez López y Crespo, pág. 171.—Historia de Güemes por el Dr. Bernardo Frías, t. III, pág. 768.

[2]. Oficio de Uriondo a Güemes. Partes oficiales y documentos relativos a la guerra de la independencia. T. II.

[3]. Torrente, t. II, págs. 214 a 216.

vos alzamientos del Alto-Perú, avanzó Pezuela un paso más, situándose en Moraya, y ordenó a Olañeta, su general de vanguardia, adelantara sus columnas sobre Yavi.

Antes de dirigirse Olañeta a Yavi, determinó pasar personalmente a Tarija, como lo hizo a principios de abril, y entró a aquella plaza después de reñido combate en el que murió heroicamente el comandante don Ramón Rojas, de lo que ya nos hemos ocupado.

El 10 del mismo mes de abril recibió Pezuela su ascenso a virrey del Perú, no pensó ya más en ser general y tomó inmediatamente camino a Lima, dejando interinamente en su lugar al general Ramírez, mientras llegaba el general La Serna.

Entre tanto Tarija se declaraba teatro de la guerra. Por junio, las fuerzas realistas posesionadas de la villa, se encontraron fuertemente acometidas por las partidas de Uriondo; y tales fueron sus apuros, que ocurrieron al expediente de encerrarse en la plaza, al abrigo de sus trincheras, mientras corrìan en demanda de socorro al cuartel ganeral. El socorro les vino; llegaron el escuadrón San Carlos y el cuerpo de Blandengues.

Reforzados así los realitas, Olañeta, dejando sus tropas en la villa, regresó a su puesto, quedando el coronel, don José Melchor Lavin de comandante general de la plaza. Entonces, más fuertes, salieron al campo, y en sucesivos combates batieron las guerrillas patriotas, las que se replegaron sobre Orán y Bermejo.

Creyéronse con esto triunfantes los de la plaza, y tan confiados en la pasificación de la provincia, que uno de los cuerpos auxiliares regresó al cuartel general. Pero Uriondo, al replegarse y fijar el suyo en Orán, asiento de su gobierno, habia escalonado sus fuerzas en distintos puntos de fácil comunicación; así fué que, a poco de su retirada reaparecieron sus escuadrones, causando a los enemigos admiración en viéndolos cómo se dispersaban al ser atacados de récio y desaparecían de la vista, y cómo volvian a presentarse reunidos en otro paraje, cual si fueran una bandada de pájaros, y renovaban el combate. De esta suerte, sin mayor daño, «Uriondo jugaba con ellos», causando al enemigo diarias pérdidas y aniquilando sus caballerías no obstante que Lavin, a la usanza española decía que nunca tenía muertos entre los suyos (1).

(1). Partes oficiales, t. II, págs. 228 y 229. Bernardo Frías, Historia de Güemes, t. III, cap. XXIX.

Mantenía Uriondo, con su sistema, en constante alarma y movimiento al campo español, de suerte que aquello que parecía triunfo ante los ojos realistas en el momento impensado en que quedaban dueños del campo no era más que una evolución de la táctica del hábil caudillo tarijeño.

En el mes de agosto, apenas se apercibieron los audaces guerrilleros que se hallaban diseminados en toda la provincia, que había salido de la villa el segundo regimiento, se reunieron convocados por Uriondo, en Canasmoro, y sublevaron todo el pais. Lavin los atacó con bravura, dividiendo sus fuerzas, y tuvieron lugar combates en Concepción, en Orozas, en Yesera, en Pilaya y Cuyambuyu. El combate de Yesera había sido muy reñido, y Lavin se habia puesto en serios conflictos al verse tan fuertemente acometido, que tuvo otra vez que concentrarse en la plaza dentro de trincheras, hasta reforzar su guarnición.

Conociendo Lavin la audacia de los guerrilleros y a pesar de que estaba bien atrincherada la población no se encontraba seguro de una repentina acometida. Los montoneros tarijeños eran en su mayor parte de a caballo, y su actividad tan prodigiosa, que tan pronto estaban a las puertas de Tarija, como en las márgenes del Bermejo o en las del río San Juan. Si eran derrotados desaparecían y pronto volvian a presentarse por una dirección opuesta a la que fugaron.

No obstante que Lavin había ya recibido en esos dias el refuerzo de un escuadrón de Cazadores y de alguna infantería, el 14 de octubre, los caudillos Méndez, Rojas, Mendieta, Avilés y Garay, atentos al llamado de su jefe el coronel Uriondo, que había sido nombrado gobernador de Tarija, se reunieron en las proximidades de la ciudad, y con un cañonazo dieron aviso de su llegada, como desafiando a sus adversarios.

Salió Lavin con sus escuadrones de Cazadores y Blandengues, con más una columna de infantería en busca de los insurgentes, y los encontró formados en batalla, como 500 caballos y 700 infantes, en el lugar llamado *Guerrahuaico*. Los acometió furiosamente, y los independientes lo esperaron a pie firme, trabándose una lucha encarnizada. Lavin se puso en apuros, pero logró al fin arrollarlos, matándoles más de 100 hombres, haciendo muchos prisioneros y cogiéndoles 73 fusiles, el cañón de campaña

y considerable número de caballos ensillados (1).

Lavin entró en la villa, que habia dejado a cargo de su segundo, el comandante Germán, en la tarde de aquel día, llevando amarradas en las colas de los caballos, las cabezas de los prisioneros que habia hecho degollar en el campo de batalla, parodiando, dice un historiador, al salvaje Atila rey de los Hunos.

El general La Serna se recibe del ejército español.— Cuando así luchaba Tarija, como la última de las republiquetas del Alto-Perú y como la avanzada de Güemes, que se sostenía en Salta como jefe de vanguardia, que cubria el ejército que Belgrano organizaba en Tucumán, el general don José de La Serna se recibió del mando del ejército español, el 19 de septiembre de 1816, trayendo fuerzas peninsulares con ilustrados jefes.

El nuevo general en jefe, se dirigió al cuartel general de Tupiza. Su noble corazón quedó profundamente consternado, en presencia de la línea de devastación, que el fuego y el hierro de la guerra habian trazado en su vasto itinerario, de más de 300 leguas, desde Arica donde desembarcó.

La Serna se sintió hondamente conmovido, y resolvió atenuar, en lo posible, los males que habian pesado sobre estos desventurados pueblos. Apenas posesionado del poder, expidió una amnistía general; ordenó el sobreseimiento de los juicios; la libertad de todos los encausados políticos; llamó al seno de sus hogares a todos los emigrados; prohibió las confiscaciones y mandó la devolución de los bienes existentes de los patriotas; restableció la disciplina militar en toda su severidad, castigando las depredaciones de los soldados que no pagaban el valor de las especies que tomaban; en una palabra, proclamó para las personas y las cosas el imperio del derecho.

Una política tan liberal y humana, puso de parte suya todas las simpatías, y hubiera tal vez aplazado para más remota época el momento de la emancipación, si aun hubiera sido tiempo; pero se habia ya vertido mucha sangre, se habian arraigado enconos profundos; y después de todo, los pueblos del virreinato de Buenos Aires ha-

[1]. Camba, t. I, pág. 216.

bian proclamado su independencia y se llamaban *Pueblo Soberano* (1).

Se resuelve la invasión a las provincias argentinas y el primer movimiento de La Serna es sobre Tarija.— El virrey Pezuela, que como general en jefe después de Sipesipe hallaba que era arriesgada la empresa de invadir a las provincias argentinas, instaba desde Lima a La Serna que la tentase al menos. Obraba en su ánimo para proceder así, la amenaza del ejército de los Andes, que bajo las órdenes de San Martín se disponía a invadir Chile. Pensaba él, y así se lo escribia a La Serna, que era conveniente un movimiento ofensivo, no precisamente con ánimo de conquista, sino para efectuar una poderosa diversión que retrajese a San Martin de su empresa, avanzando al efecto hasta Tucumán, o Santiago del Estero si fuese posible. La Serna, menos resuelto, pero más juicioso que Pezuela, le objetaba: que para decidir con probabilidad un movimiento tan trascendental, debian tenerse en cuenta los funestos resultados de las invasiones anteriores al pais argentino, así como los progresos que este habia hecho en su organización militar y espíritu público; agregando la consideración militar, de que la base de operaciones no estaba bien asegurada, y que la operación proyectada en nada influiría, o influiría muy tarde, en los planes de San Martín, obrando a tan largas distancias (2).

Vencido al fin por la opinión de una parte de su ejército y por la insistencia del virrey, que le trasmitió sobre el particular órdenes terminantes, se decidió La Serna por la invasión, no obstante de tener insurreccionado su flanco izquierdo —la provincia de Tarija—lo que lo ponía en riesgo de perder sus comunicaciones.

El general La Serna creyó entonces conveniente revistar por si los valientes cuerpos de la vanguardia y darles las gracias por su excelente conducta, y así lo verificó en Yavi el 26 de noviembre, habiendo dejado a Tupiza el 24. Después de conferenciar con Olañeta y hacerse conocer de sus tropas pasó el 27 a Tojo y Libilibi, donde se le incorporaron el batallón Gerona y una compañía del segundo regimiento. En el acto resolvió marchar con es-

[1]. Urcullu, págs. 101 y 102. Luis M. Guzmán, Historia de Bolivia, págs. 29 y 30.
(2). Camba, t. I, págs. 220, 221 y 222.

ta fuerza a Tarija, con el doble objeto de reconocer la topografía del pais, y volver a ocupar aquella villa y provincia, que el escuadrón de San Carlos y el segundo de Cazadores, mandados ambos por el coronel don Antonio Vigil, habian abandonado en el concepto de que todo el ejército de Belgrano avanzaba sobre el español, habiendo vuelto a caer en poder de Uriondo.

El general en jefe emprendió su movimiento el 28 de noviembre y campó el 30 en los molinos de Tolomosa, tres leguas de Tarija. A media noche volvió a ponerse en marcha con el ánimo de sorprender al gobernador enemigo Uriondo; pero este habia de antemano enviado a Salinas su gente y equipages, y aquella misma noche se retiró él también con pocos caballos, operando un movimiento rápido y frustrándose así el proyecto del general La Serna. Entró éste sin embargo el 1º. de diciembre en Tarija para poner orden en los negocios de la provincia, y en el mismo dia llegó también del rio de San Juan el escuadrón de Cazadores que mandaba Vigil (1).

Malograda la empresa de La Serna, se dirigió a Uriondo, escribiéndole una carta, fechada en Tarija el 14 de diciembre, en que procuraba seducirlo. Ya hemos reproducido este documento en otro capítulo (décimo sexto), y el noble rechazo de Uriondo.

Descripción geográfica del teatro de la guerra.—Para comprender mejor las operaciones militares que ya habian tenido lugar en la frontera y las que van a seguir, es necesario dar a conocer el teàtro de la guerra.

Encerrado el Alto-Perú entre las dos cadenas de la cordillera de los Andes, que se bifurcan en el Bajo Perú y corren paralelas hasta que al llegar al pais argentino se reunen en un solo cordón paralelo al Pacífico, el sistema oragráfico de Salta es el punto de unión de ambas cadenas por el Sur. La cadena oriental que corre de Norte a Sur, forma al llegar a Potosí el notable nudo de montañas conocido con el nombre de Porco, el cual divide las aguas del Amazonas y del Plata. Los diversos ramales de este nudo, inclinándose desde allí oblicuamente al poniente, al cortar casi perpendicularmente las altiplanicies o mesetas que se desenvuelven entre las dos cadenas montañosas ya señaladas, y forman estos ramales otros tantos

[1]. Camba, t. I, pág. 218.

contrafuertes o estribos de la cadena central que va a terminar en el Cabo de Hornos recorriendo longitudinalmente toda la América del Sur. Dentro de la última de estas ramificaciones se halla enclavado el territorio de Salta, Jujuy y Orán, que linda a la vez con la altiplanicie boliviana y la pampa argentina. La cadena oriental al inclinarse al oeste en el nudo de Porco, y antes de llegar a Salta y Jujuy, orillea las llanuras de la cuenca del Plata, y sus contrafuertes forman los amenos valles que descienden gradualmente al nivel horizontal del Chaco, y derraman sus aguas en el Pilcomayo y el Bermejo, cuyos afluentes alimentan, y dividen a la vez a la altura de Abra Pampa, Yavi y Tarija, línea divisoria de las dos regiones, como lo era de los ejércitos beligerantes en aquella época.

Dentro de los últimos relieves del terreno y la red de afluentes del Bermejo, se halla enclavado el territorio de Nueva Orán, teatro de las operaciones que referiremos adelante. La Provincia de Salta (incluyendo el territorio de Jujuy y Orán) era, pues, el único punto por donde las Provincias Argentinas y las del Alto-Perú se tocaban, siendo por lo tanto la puerta que habia que forzar para penetrar hasta el Tucumán bajando de las regiones montañosas. Tal era el punto cuya guarda estaba encomendada al ejército popular de Salta acaudillado por Güemes.

Conocido el relieve general del terreno, se comprenderá mejor su importancia estratégica, desde que se sepa que sólo por tres caminos es accesible la Provincia de Salta. Estos tres caminos son: 1º. el de Tarija, al nordeste o derecha de Salta, que aunque puede conducir hasta Jujuy, atravesando oblicuamente el valle del Bermejo, tenía entonces por objetivo inmediato a Orán; 2º. el del despoblado, o sea la última planicie del llano central del Alto-Perú, situado en la extremidad Noroeste a la izquierda de Salta, puna frígida a 3,500 y 4,000 metros sobre el nivel del mar; 3º. el central de la Quebrada de Humahuaca, donde llegan también los dos anteriores, que desde la región montañosa conduce directamente a los valles de Jujuy y Salta.

La quebrada de Humahuaca es un valle angosto, en cuya garganta superior está situado Yavi, y en cuyo plano inferior a la salida del desfiladero, se encuentra la ciudad de Jujuy. Por el centro de esta quebrada corre de Norte a Sud el rio Grande de Jujuy, y al llegar a la altura de la ciudad de este nombre forma un ángulo, se inclina al Oriente y va a derramarse en el Bermejo, reci-

biendo el tributo de las aguas de varios rios que descienden de la Sierra de Zenta y Santa Victoria. Forman esta quebrada o valle prolongado, dos sistemas de serranías paralelas, que son como murallas que la limitan por el Oriente y el Poniente. Esta o sea la de la izquierda, se comunica con la puna en la parte superior con Abra Pampa. La del Oriente, o sea de la derecha, la forman dos sierras ligadas entre sí, que limitan por esa parte el valle del Bermejo, dentro del cual está enclavado el territorio de Orán. Una de estas dos sierras es la de Santa Victoria que se liga a la de Tarija, la cual corta las aguas del Bermejo y del Pilcomayo, y la otra es la de Zenta en cuya extremidad Sud está situado Jujuy. Entre la sierra de Santa Victoria y de Zenta, se desenvuelve la altiplanicie llamada Abra de Zenta, único punto por donde pueden comunicar fácilmente el valle del Bermejo y la quebrada de Humahuaca, siendo este el camino que conduce a Nueva Orán y Tarija, y viceversa. En la prolongación de este camino, marchando hacia la población de Nueva Orán, situada sobre la margen derecha del Bermejo, se encuentra el valle de San Andrés, y hacia el Norte en rumbo a Tarija, el de Santa Victoria al oriente de la sierra de este nombre.

Ahora se comprenderá cómo, situada la vanguardia realista en Yavi, con sus reservas en Tupiza y Suipacha, dominaba por la parte superior la boca de la quebrada de Humahuaca, a la vez que la entrada del camino del despoblado, pudiendo mantener francas por su izquierda las comunicaciones con Tarija. Se comprenderá igualmente, que los patriotas dueños de la quebrada, podian avanzar y retroceder con seguridad, y obrar a la vez por ambos flancos, ya tomando el camino del despoblado, ya internándose a Tarija por el valle del Bermejo (1).

El marqués de Yavi y la sorpresa de Colpayo.—Desde el mes de agosto de 1816 en que Belgrano se recibió del mando del ejército, empezaron las alarmas de invasión a Salta. Daban origen a estas alarmas los movimientos ya directos ya laterales de la vanguardia realista al mando de Olañeta situada en Yavi, que unas veces avanzaba hasta el pueblo de Humahuaca, otras se corría hasta Casabindo por el despoblado, o in-

(1). Mitre. Hist. de Belgrano, t. II, cap. XXXI.

troducía sus partidas al valle del Bermejo atravesando por los boquetes de Santa Victoria. Para neutralizar estos movimientos, Güemes dispuso que Uriondo avanzase por su derecha hasta Tarija con un destacamento de partidarios, tomase posesión del punto y se mantuviese en él apoyando la insurrección de los naturales, que se mostraban decididos por la revolución. Ya hemos visto cómo habia llenado su comisión, hasta que el mismo La Serna lo obligó a retirarse a las Salinas. Servia de punto de apoyo a esta fuerza destacada, el comandante don Manuel Eduardo Arias, caudillo local del valle del Zenta, que tenía su cuartel general en San Andrés, quien vigilaba al mismo tiempo la serranía de Santa Victoria o Yavi. Por su izquierda reforzó al marqués de Yavi, situado en la altiplanicie del despoblado, con algunas partidas de *dragones infernales* y gauchos a cargo del capitán don Juan Antonio Rojas, nombrando segundo jefe de la división volante del marqués al comandante Quesada, desertor del ejército de Rondeau, que tenía reputación de buen oficial de línea. Al centro y a lo largo de la quebrada de Humahuaca situó la vanguardia escalonada, confiando su mando general y el de todos los puestos avanzados al comandante don José María Pérez de Urdininea, natural del Alto-Perú y jefe valiente y entendido en guerra. En esta disposición el honor del primer choque parcial cupo a la división del marqués de Yavi.

Don Juan José Fernández Campero Maturana del Barranco, Pérez de Uriondo, Hernández de la Lanza, Marqués del Valle de Tojo, Vizconde de San Mateo, Comandante General de la Puna y Coronel del primer regimiento Peruano, etc., etc., (1) que tales eran los títulos que él mismo se daba en sus bandos y proclamas, más conocido por marqués de Yavi, era español por su noble estirpe, americano de nacimiento y patriota por elección aunque sus inclinaciones fuesen más bien aristocráticas que republicanas y sus tendencias más peruanas que argentinas.

Este opulento señor feudal se habia decidido por la revolución desde el principio. Hombre de hábitos sedentarios, de poca energía y sin disposiciones militares, era sin embargo por los recursos de que disponía y por la popularidad de su nombre en el Alto-Perú, un valioso contingeute, que cooperaba de una manera eficaz precisamen-

(1). **Memorias del general Paz, t. I, pág. 291.**

te allí donde era más necesario, es decir, sobre la frontera donde el marqués tenía sus vastos estados. Estos se extendían desde el despoblado hasta Yavi y Tarija, donde pacian sus innumerables ganados cuidados por numerosos feudatarios. Después de Sipesipe habia levantado a su costa un crecido número de tropas, que denominó Regimiento Peruano, con el que evolucionaba fantásticamente, dándose el título de Coronel Mayor, con despachos por el rey de coronel de milicias. Con esta división cubrió la frontera mientras el ejército de Rondeau permaneció en Jnjuy y a su retirada no trepidó en ponerse a órdenes de Güemes, obrando en todo de perfecto acuerdo con él.

A los primeros anuncios de invasión, estableció su cuartel general en Casabindo, centro de la altiplanicie del despoblado; pero desalojado de allí por un movimiento ofensivo de Olañeta, tuvo que ponerse con el resto de sus fuerzas bajo la protección de la vanguardia al mando de Urdininea, avanzando hasta Abra Pampa sus partidas interpoladas con los gauchos y los Infernales de Güemes.

Los realistas, confiados en su superioridad y en la impunidad de sus anteriores movimientos ofensivos, avanzaban en sus excursiones hasta la línea de Abra Pampa. Hasta allí se adelantó desde Talina, el 14 de septiembre, un destacamento montado, como de 80 a 100 chicheños, desprendidos de la vanguardia de Olañeta, y acamparon en el punto llamado Colpayo. Señalada su presencia por los espías del marqués, salieron en su busca los capitanes Rivera y Cala, cada uno con 30 hombres de fusil de la división peruana, y el teniente Falangiani con 10 Infernales. A las 12 de la noche se pusieron a retaguardia del enemigo, y esperaron que saliese la luna para dar el golpe. Antes del amanecer del 15 entraron al ataque los patriotas con 20 hombres pie a tierra conducidos por el capitán Rivera, mientras el capitán González con el resto a caballo atacaba las cabalgaduras. Los chicheños aunque sorprendidos se defendieron valientemente, y posesionándose de una pequeña altura rompieron el fuego sobre los agresores.

Vigorosamente atacados, fueron todos hechos pedazos, muriendo a manos de Rivera por no querer rendirse, el comandante don Pedro Zavala que mandaba el destacamento, y a su lado un oficial con 15 soldados más. Fueron los trofeos de este encuentro dos tambores, un pífano, el armamento y fornitura de los vencidos, y 13

prisioneros, entre ellos un oficial, salvándose el resto por la oscuridad de la noche (1).

La noticia de este contraste de vanguardia llegó al cuartel general de Cotagaita en momentos en que La Serna se recibía del mando, quien enseñó a las partidas realistas a ser más cautos; pero no obró en el ánimo del nuevo general, como se ha visto en su carta a Uriondo, ni curó la petulancia de los recien llegados, que solo aprenderían a respetar a sus enemigos a costa de lecciones más dolorosas aún.

Pocos días después las partidas patriotas obtenian algunas ventajas parciales al norte de la Sierra de Santa Victoria, entre ellas la destrucción de un cuerpo acaudillado por un cura de Yavi que se titulaba teniente coronel, quien habia levantado allí el pendón realista dando a sus soldados la denominación de *Angélicos*, en contraposición a los *Infernales* de Güemes. Este hecho tuvo lugar el 24 de septiembre, aniversario de la batalla de Tucumán. Así se inició esta nueva y famosa guerra (2).

Estos pequeños triunfos infaturaron por demás a los patriotas. El marqués se creyó un verdadero general vencedor, y avanzó su campo hasta Miraflores, a inmediaciones de la vanguardia enemiga.

Falsa retirada de la vanguardia realista y la derrota de Yavi.—Güemes que dirigía las operaciones a setenta leguas a retaguardia, se persuadió que los españoles estaban alebronados. Coincidió con esta creencia un movimiento precipitado de la vanguardia realista, la que, desde el punto de Yavi en que se encontraba, abandonó repentinamente su posición y sus equipos, retirándose casi en fuga a Moraya por la quebrada de Sococha. A la primera noticia de esta retirada, Güemes ordenó que se concentrasen todas las partidas de vanguardia sobre el núcleo de la división del marqués, y persiguiesen al enemigo por su retaguardia «tomase el camino que tomase». Escribiendo con este motivo a Belgrano le decía: «Por la cobardía del enemigo no hemos podido poner en ejecución en el todo los planes que en copia le dirigí en mi anterior. La retirada la han hecho

(1). Partes Oficiales, t. II, pág. 204. Camba, t. I, pág. 213. Camba dice que los chicheños eran solo 50 hombres, confiesa la derrota y la muerte de dos oficiales y algunos soldados, otros prisioneros y los demás dispersados debiendo su salvación a la oscuridad.

(2). Partes Oficiales, pág. 208.

sin más motivo que el haber sabido que se movian las divisiones de mi mando. Hemos desconcertado sus planes». Esta retirada misteriosa, fué celebrada como un gran triunfo, y pagada con una triste derrota.

A la cabeza de una división de 600 hombres, el marqués de Yavi, reforzado por los Infernales y gauchos de Güemes, movió su campo de Miraflores. El 14 de noviembre de 1816, entró triunfante al pueblo de Yavi con 500 fusileros. Habia sido precedido por su segundo Quesada, al frente de 100 hombres de caballería armados de chuzas, quien avanzó sus partidas exploradoras hasta la Quiaca, estando ya el capitán Rojas a la entrada de la quebrada de Sococha para vigilar el camino de Tupiza, único que podia traer al enemigo, según instrucciones de Güemes.

Entregadas las fuerzas patriotas a una ciega confianza y halagadas por el saqueo de los equipajes, abandonaron todos los puestos de observación y se reconcentraron en Yavi, no obstante que Rojas avisó que el enemigo hacia correrías por la altura de Tojo.

He aquí lo que habia sucedido y explica el misterio de la retirada de la vanguardia, que por algunos se consideró como un ardid de guerra.

El general Olañeta al frente de un batallón y un escuadrón se habia trasladado a Tarija con el objeto de recoger algunos ganados, dejando al mando de la vanguardia a su segundo. Poco después de su salida, empezaron a correr voces de que Belgrano con el ejército de Tucumán fuerte de 6,000 hombres avanzaba sobre el Alto-Perú, corroborando estos rumores la reconcentración y avance de la división del marqués y de las partidas de Güemes. La Serna alarmado se preparó a salir a su encuentro con las fuerzas disponibles, ordenando que la vanguardia fuese reforzada inmediatamente con dos batallones; pero antes que estos llegaran, la vanguardia se habia puesto en precipitado retroceso hacia Moraya. Allí la encontró Olañeta, quien al primer aviso habia acudido con su columna expedicionaria, y desandando el camino de Sococha, marchó decididamente sobre Yavi (1).

El 15 por la mañana, salieron algunos soldados de Yavi a recoger leña, y seis de ellos cayeron prisioneros del enemigo. Uno de estos prisioneros logró fugarse y llevó la alarma al campamento del marqués, en circuns-

(1). Camba, t. I, pág. 217.

tancias que éste se hallaba oyendo misa. Inmediatamente, el enemigó apareció haciendo fuego. Desde este momento todo fué confusión. Una parte de los soldados del campamento que estaba a la orilla del pueblo, se hizo fuerte en un cerro, donde se resistió, causando algunas pérdidas al enemigo; pero vigorosamente atacados fueron pasados a cuchillo. Otra parte se reconcentró a la plaza, donde nada pudo organizarse, a pesar de hallarse allí Quesada.

Al tumulto salió el marqués a la plaza, en momentos que pasaba por ella el oficial don Bonifacio Ruiz de los Llanos, comandante de las avanzadas de Güemes, montado en pelos en un caballo flaco enfrenado. El marqués atribulado le grito: «Ruiz ¿qué haré? ¡fovoréceme!»—Ruiz de los Llanos le cedió generosamente su caballo, costando trabajo hacerle montar por su mucha corpulencia. Una vez a caballo, le recomendó tratase de reunir la tropa, y se puso en salvo; pero en aquel momento a la voz de «nos cortan por la zanja!» (que era la izquierda por el lado del río, por donde en efecto aparecía una columna) todos huyeron. Ruiz a pie, pudo alcanzar al marqués que huia y montar de un salto en ancas; pero viendo que su compañero no podía sostenerse, se bajó, y consiguió tomar una mula ensillada, que dió a su jefe, cambiando con él cabalgadura.

Cuatro hombres se habían reunido con el marqués, los que eran perseguidos por siete ginetes. Al llegar a una zanja, después de haber caido el marqués más de una vez de su montura, todos la salvaron menos él, que a instancias de sus compañeros sólo se decidió a hacerlo cuando los perseguidores estaban a media cuadra, y cayó de espaldas al intentarlo. Inmediatamente cargaron los enemigos y le intimaron rendición, y él poniéndose de pie declaró que estaba rendido.

A excepción de los excesos en el acto de la pelea, el enemigo no abusó de su victoria. Tomó como 300 prisioneros, entre ellos el comandante Quesada, de los cuales solo uno fué ejecutado, por ser un caudillo indio, a quienes los españoles no daban cuartel (1).

---

(1). Partes Oficiales, t. II, págs. 241 y siguientes. Partes de Güemes de 22 y 27 de noviembre de 1816. Carta de don Bonifacio Ruiz como testigo personal. Id de don Gaspar Aramayo de 16 de diciembre de 1816. Memorias del general Paz, t. I, págs. 291 y 292. Camba, t. I, págs. 217 y 218.

El comandante José Miguel Lanza, que a la cabeza de un escuadrón y algunas cargas de armas se había adelantado hasta Tojo, con el intento de promover la insurrección, fué también batido por una columna que desprendió Olañeta en su alcance. Los restos de las fuerzas derrotadas se replegaron por diferentes caminos a la Quiaca, volviendo a ocupar sus antiguas posiciones. El desgraciado marqués, prisionero, fué sometido a un consejo de guerra como coronel del rey, tratándosele empero, con benevolencia. Remitido a España por la vía de Panamá, murió en el camino, mártir de una gran causa, a la que sirvió de todo corazón y por la cual se sacrificó.

Estos contrastes, haciendo más cauto a Güemes, no quebraban su soberbia. Al anuncio que le trasmitia Urdininea de que el enemigo avanzaba resueltamente, y que lo suponía en el pueblo de Humahuaca, o en Guacalera, escribía a Belgrano: «Ya están dadas las órdenes relativas a la defensa que se ha de hacer; están cubiertos los principales puntos y en movimiento todas las divisiones de mi mando. Descanse V. S. en mis cuidados; ellos vienen engañados o seducidos, y su ruina será el escarmiento. Nuestra situación es hoy más ventajosa, y la estación la más favorable con respecto a caballadas y demás artículos, asi es que me felicito y lo felicito, porque creo que la patria será en breve libre» (1). Por esta vez Güemes tenía razón en confiar, y el éxito justificó este noble y arrogante leguaje.

La vanguardia realista invade por Humahuaca.—Desde el 24 de diciembre estaba la vanguardia enemiga en posesión del pueblo de Humahuaca. Su movimiento fué tan rápido y bien combinado, que consiguió sorprender la partida que se hallaba allí, escapando tan solo uno de los diez gauchos que la componían, el cual llevó la alarma a las avanzadas patriotas que se replegaban, recibiendo Güemes el aviso a los siete días del suceso. Persuadido por los anteriores movimientos falsos de Olañeta, que este era un simple simulacro de invasión, escribía a Belgrano: «Seguramente intentan incomodarnos con falsos amagos, creyendo que de este modo nos distraerán y obligarán a abandonar nuestras atenciones; pero se engañan. Tiempo ha que todo está dis-

(1). Parte de 29 de diciembre.

puesto de un modo que a mi primera voz se presenten los bravos que les han de hacer sentir todo el peso del rigor y de la justicia, sin que en el entretanto llegue este dichoso día se separen de sus labores, de sus talleres, ni del lado de sus familias» (1).

En previsión de una invasión, el comandante general de vanguardia Urdininea tomó sus disposiciones. Cedió al enemigo en la quebrada de Humahuaca el terreno que no podía disputarle, se replegó con su reserva de Infernales a Guacalera, y tendió su línea de avanzadas en Uquia sobre el pueblo de Humahuaca a cargo del jefe de ellas don José Gavino de la Quintana. En el alto del despoblado, estableció su vigilancia, aclarando el campo hasta Abra Pampa, y oubrió el camino de Pumamarca para prevenir una sorpresa por su izquierda. Ordenó al comandante Manuel Eduardo Arias que con las fuerzas de su cargo se pusiera en campaña y amagase el flanco izquierdo del enemigo por la Abra de Zenta.

A la vez, acudian a sus puestos de combate los gauchos de la Quebrada, y coronaban las fragosidades de la sierra de Zenta al poniente, desde Guacalera hasta Tumbaya, asegurando la retirada, y daban tiempo a Güemes para que a su voz se levantase el pais en masa, en la oportunidad que indicaba (2).

Al mismo tiempo que este puñado de gauchos acaudillados por jefes oscuros ejecutaban estos movimientos defensivos, el general San Martin iniciaba su gran campaña continental, escalaba los Andes y marchaba en busca del ejército español en Chile. Así, pues, el objeto de la invasión del ejército realista estaba frustrado casi simultáneamente cón su primer movimiento (3).

En esta disposición se cerró el año 1816, tan fecundo en acontecimientos en la guerra de la independencia.

La guerra en Tarija.—En posesión y dueña ya del cuartel avanzado del enemigo en Humahuaca, dejaremos allí un espacio a la división realista, pasando a ver lo que ocurría al mismo tiempo por la parte de Tarija, cuyos movimientos estaban enlazados con este, como partes de un mismo acordado plan.

---

(1). Oficio de Güemes de 30 de diciembre de 1816. Parte del comandante de avanzadas don José Gavino Arias de 23 de diciembre.

[2]. Partes de Urdininea de 24 y 25 de diciembre de 1816.

[3]. Mitre. Historia de Belgrano, t. II, cap. XXXI.

En Tarija la guerra habia recrudecido, reanudándose vigorosamente las hostilidades.

Ya hemos apuntado el asalto que hicieron los montoneros de Tarija en el pueblo de Santa Victoria al destacamento de 60 hombres mandados por el teniente coronel de *Angélicos*, que lo era el cura Zerda, sustituido en la parroquia de Yavi, y que, en su ardor realista, habia levantado este cuerpo, bautizándolo con aquel nombre celeste en contraposición y reto a los *Infernales* de Güemes. Teniendo conocimiento de ellos el teniente José Miguel Valdivieso, comandando una partida de ocho hombres armados de fusil, y alguna otra gente a solo garrote, cayó el 24 de septiembre sobre los Angélicos, en su mismo cuartel de Santa Victoria. Hizóles seis muertos, tomóles veintitres fusiles, municiones, lanzas, sables y demás armas; treinta y cinco caballos, cantidad de vacas, aperos y víveres, llevándose a su campo, para mayor explendor, veintinueve prisioneros, el cura entre ellos. «El Dios de los ejércitos, exclamó Güemes al conocer este brillante paso, protege visiblemente la sagrada causa de América. Nuestra Generala acredita del mismo modo su protección, pues en el glorioso día de su festividad la hemos experimentado con el desengaño de nuestros liberticidas».

Más adelante de Santa Victoria, rumbo a Tarija, el teniente Guerrero, con otra partida, aprisionaba al comandante de las Salinas don Francisco Alicedo, habilitado del escuadrón de Lavin, con diez soldados.

Para que el ataque fuera simultáneo en toda la línea, Güemes habia instruido a Uriondo de su plan, ordenándole expedicionara sobre Tarija, y del sistema de guerra que debía hacerse y de los medios y recursos de que se habría de valer para realizarla, sometiéndolo para su cumplimiento a las responsabilidades más serias (1).

Los enemigos también se habian apresurado a prepararse. A últimos de septiembre, Marquiegui, y en los primeros de octubre Olañeta, habian pasado a sostener la posición de Tarija invadida por Uriondo, reforzando con nuevos cuerpos a Lavin, como hemos visto ya, que estaba apurado y encerrado en la plaza, y con el objeto decidido «de concluir de una vez con las republiquetas que hostilizaban aquella villa» (2). Los guerrilleros que dirigian los ataques más frecuentes sobre la plaza y sus al-

(1). Partes Oficiales, t. II, pág. 225.

[2]. Partes Oficiaies t. II, pág. 239.

rededores, eran los capitanes José Ignacio Mendieta y Eustaquio Méndez, que fué el terror de los enemigos. Este arrojado caudillo, natural de San Larenzo, hoy capital de la provincia Méndez, desde su campo de Carachimayo, sorprendia muy a menudo las partidas realistas que salian a recorrer la tierra; y hasta noviembre, se habia aventurado a asaltar por dos veces la ciudad con una temeraria osadia. La primera vez llegó hasta la misma plaza y cuartel enemigo, acompañado sólo de veinticuatro hombres bien montados, dando una carga repentina, matando a doce y tomándoles sus fusiles, con una pérdida de su parte de solo dos. La segunda la hizo con quince hombres: arrebató cincuenta cabezas de ganado y logró cuatro fusiles y algunos caballos; mató a cuatro y salió sin pérdida.

Entre tanto Mendieta se apoderaba de una remesa de dinero, del equipaje de Aramburú y otrós jefes, y lo que era más agradable, de ocho sables de lujo, con lo que se iban aperando, según la corriente expresión de los campecinos tarijeños. Pero el 11 de octubre tuvo un gran descalabro. Habia convenido con Méndez en dar un formidable ataque a Tarija. Se convino hora y sitio para reunir las fuerzas, y Méndez acudió a la cita; más a su presencia, el grueso del enemigo salió de la plaza a batirlo, por lo que Méndez, viéndose solo, tomó por más prudente el camino de retirarse a sus cuarteles. Mendieta, que vino más tarde, mandando 500 hombres, trató de ganar la plaza y no pudo, viéndose rechazado con gran pérdida de sus tropas y un cañón.

Irritado Güemes con esta pérdida, que por sus circunstancias se atribuia sólo a faltas de Mendieta, citó a este compareciera ante su cuartel de Humahuaca, para que fuera juzgado militarmente, fundándose en que, «de haberse observado en la guerra una conducta inflexible con estos jefes, decia, no se llorarian tantas desgracias. Les ha parecido a estos que la vida de los hombres vale un bledo, y los sacrifican a su antojo y fines particulares; debiendo, por el contrario, economizar en cuanto se pueda la sangre de nuestros hermanos, y sólo derramarla cuando lo exija el imperio fatal de las circunstancias».

Estando en estas operaciones, los realistas fueron sorprendidos por la orden de replegarse al cuartel general, que motivara la noticia de que se movia Belgrano con todo su ejército de Tucumán en invasión al Alto-Perú. Olañeta, en consecuencia desocupó la plaza de Tarija con lo

principal de sus fuerzas, dejando una guarnición para entretener a los caudillos.

Por su lado, haciendo un último y desesperado esfuerzo, Marquiegui levanta su campo de Santa Victoria el 6 de noviembre, para acudir en socorro de su cuñado el general Olañeta, y buscar también su protección, tratando de reunírsele en el valle de Concepción.

Uriondo que lo siente, y que lo tenía a la vista desde su campamento del Baritú y desde sus avanzadas en los Toldos, levanta su campo y ordena a todas sus partidas la concentración en este punto para perseguir al enemigo por retaguardia. Güemes, que es informado de que el movimiento realista tiene también por objeto atacar a Uriondo, dispone que el comandante Arias acuda en su auxilio, marchando a ocupar la quebrada de San Carlos, y se ponga bajo sus órdenes.

Estas operaciones que se realizaban por Tarija, sucedian al tiempo mismo—es de notarse—que el marqués comenzaba su campaña sobre Yavi. La división de Marquiegui que se alejaba hacia Tarija, se formaba de 280 hombres de caballería, pero que al presente cabalgaban en burros. Iba con el propósito de llegar al valle de la Concepción, más al norte de Santa Victoria, en cuyos alfalfares pacian las extenuadas y deshechas caballerías de Olañeta; más Uriondo que lo seguia de cerca, logró alcanzar su retaguardia en la cuesta de Cachimayo, donde la acometió, matándole siete hombres.

Siguiendo marcha el enemigo llegó al valle de la Concepción, donde tomó campo. Aquí Uriondo resolvió atacarlo de nuevo. Para ello dividió su fuerza en dos columnas: la una, a las órdenes de Mendieta, cayó de improviso sobre una avanzada de treinta hombres que puso en completa derrota, y la otra, mandada por el ayudante Pedro Arraya, jefe de la avanzada de los Toldos, se internó hábilmente hasta las inmediaciones del campamento de Marquiegui, arrebatándole veinticinco cabezas de ganado.

Llegó la noche, Uriondo, reconcentrando sus fuerzas, se disponía a dar un asalto general al campo realista, cuando notándolo Marquiegui, muy temeroso del peligro que le venía encima, abandonó la posición precipitadamente, tomando rumbo a Tarija a hacer su incorporación con las fuerzas de aquella plaza.

Olañeta habia salido días antes de la villa, e iba en camino al cuartel general. El escuadrón San Carlos y el

2º. de Cazadores, dejados sin duda en protección de la plaza, salieron también el 11 de noviembre, en union de Marquiegui, siendo perseguidos tenazmente por las partidas patriotas hasta la cima de la cuesta, doce leguas de la plaza.

La pérdida del enemigo durante este último periodo de guerrillas se calculaba en 250 hombres; pero la sufrida desde que ocupó Tarija subía a mucho más de 400, según los partes de Uriondo. La deserción por su lado, no habia ido en menos, siendo más considerable en Tarija que en cualquier otra parte por las condiciones de sus valles.

El orgullo español no podia reconocer la causa verdadera de las calamidades que habia sufrido en aquella región, que era el valor de los caudillos que lo habían atacado y la decisión de todo el pais por la causa de la independencia; y fué a atribuirla a los jefes vencidos, desahogando en ellos su impotente furor. Así fué degradado el comandante Malacabeza por el mal resultado que obtuvo en el combate de San Lorenzo contra Méndez, pues el cuerpo con que hizo el ataque se componía de 150 soldados, y se retiró con solo seis. Aramburú fué separado por idéntica causa del comando de su escuadrón de San Carlos, que de 180 hombres con que entró a Tarija, salió con cuarenta y tres.

Y al fin de tanto lidiar y de tanto heroismo, la miseria y las privaciones recompensaban tantos servicios. Los oficiales de Uriondo se encontraban «enteramente desnudos»; por lo que, desesperado su jefe, pasó a imponer una contribución a los vecinos afiliados a la causa real. Ni estos mismos habian escapado de la ruda mano de Lavin, que llegó a quitar a las señoras de Tarija todas las capas coloradas, muy en moda en esa época, entre la gente civil, para cubrir con ellas sus tropas de caballería, y luego, no bastando estas, recogió todas las restantes de diverso color.

Por lo que hace a las tropas, Tarija ya no tenia con que sostenerlas, porque el enemigo, durante sus repetidas entradas y larga permanencia, habia empobrecido el pais hasta el exceso (1).

Ya hemos de ver cuánto hicieron todavia los guerrilleros tarijeños en esta célebre campaña por el lado de Orán y el Bermejo, distrayendo al ejército español en su invasión sobre las provincias argentinas.

---

[1]. Doctor Bernardo Frías. Historia de Güemes, t. III, págs. 780 a 794.

CAPÍTULO VIGÉSIMO

1817.—Plan de operaciones de La Serna: expedición de Marquiegui a Orán; Olañeta ocupa Jujuy: la fuerza de los beligerantes.—Combate de la columna de Marquiegui en Orán: sale Olañeta en su protección; reunión de los dos jefes.—La Serna entra y fortifica Humahuaca: concentración del ejército realista y sitio de Jujuy: combate de San Pedrito.—Planes de Belgrano y la expedición de La Madrid al Alto-Perú.—Toma de Humahuaca por Arias.—Nuevas columnas de realistas sobre Orán: hostilidades y ataques a la ciudad atrincherada de Jujuy.—El derecho de gentes.—Operaciones en Orán y regreso de las columnas expedicionarias.—El ejército español sobre Salta: heroica defensa del camino: La Serna situado en Salta.—Combates de los Cerrillos, de Gauna, del Bañado, de Pulares y del Rosario: nuevas hostilidades de los gauchos.—Retroceso del ejército español y su desastrosa retirada al Alto-Perú.

Plan de operaciones de La Serna; expedición de Marquiegui a Orán; Olañeta ocupa Jujuy; la fuerza de los beligerantes. —Una vez decidido a la invasión, el general La Serna tomó sus medidas con rapidez, previsión y energía. Considerando peligrosa la permanencia sobre su flanco de las fuerzas de Uriondo en Tarija, y la de los partidarios que

de acuerdo con él mantenían la insurrección en los valles inmediatos, organizó una expedición que consiguió dominar todo el país por esta parte hasta las desiertas fronteras del Chaco. Simultáneamente, Warnes era batido en Santa Cruz de la Sierra, y casi todas las insurrecciones que agitaban el interior del Alto-Perú, eran sofocadas u obligadas a refugiarse en las montañas.

Urgido La Serna por órdenes apremiantes del virrey Pezuela, no tuvo tiempo de reunir sus divisiones destacadas, y ordenando que oportunamente se le incorporasen las que debian concurrir a la invasión, dispuso todo para penetrar por la quebrada de Humahuaca. Al efecto ordenó a Olañeta, que con la vanguardia reforzada iniciase el movimiento al frente de cuatro batallones, dos escuadrones y cuatro piezas de artillería, próximamente dos mil hombres.

Posesionado Olañeta del pueblo de Humahuaca, avanzó hasta Hornillos, y desde allí desprendió por su izquierda a Marquiegui con un batallón y un escuadrón, con instrucciones de penetrar por la Abra de Zenta, dominar el inmediato valle de San Andrés, dar la vuelta por Nueva Orán, batir el valle del Bermejo, y pasar en seguida a incorporársele en Jujuy, hacia donde se puso en marcha el 4 de enero de 1817, arrollando a su paso las partidas que le disputaban el terreno. El 6 entró triunfante a Jujuy, con pérdida de algunos hombres, y enarboló allí el estandarte del rey de España. La ciudad estaba casi desierta; solo habian quedado las mujeres, destinadas a servir de espías, los ancianos que no podian moverse, un párroco, un ciego, y un lego a quien fué preciso prohibir tocar las campanas, porque se descubrió que sus repiques servian de señal a los patriotas que sitiaban la plaza (1).

El pais en masa se habia levantado como un solo hombre a la voz de Güemes. Todos los hombres aptos para llevar armas, montaron a caballo y acudieron a ocupar sus puestos en la campaña. Las subsistencias y los elementos de movilidad fueron retirados a largas distancias. Los habitantes todos de la provincia de Salta, formaban un ejército múltiple y compacto en toda la extensión de su territorio.

El día que el enemígo ocupaba a Tumbaya, Güemes escribia a Belgrano: «El enemigo sigue con paso firme su marcha: hoy estará en Jujuy. La Divina Providencia me

[1]. Camba, t. I. pág 230.

hace concebir fundadas esperanzas de que la patria se cubrirá de glorias». Al enarbolar Olañeta el estandarte real en Jujuy, volvia a escribir Güemes: «El enemigo ocupó Jujuy y se me avisa marcha a ocupar esta plaza (Salta). Tengo por esta vereda puestas las fuerzas convenientes que lo hostilicen, y luego que lleguen a este punto, dentro de corto tiempo, tendré la satisfacción de avisar que queda escarmentada la ambición de ese bárbaro: ellas me aseguran el éxito» (1). A medida que la situación se hacia más solemne, el lenguaje del caudillo se hacia más profético, y para honor de la heroica provincia de Salta y en premio de su confianza, el resultado debia justificar la profecía.

Para apreciar mejor este glorioso resultado, se hace necesario dar una idea de la fuerza y de los elementos materiales de los beligerantes, así como de los medios puestos en acción por una y otra parte en tan extraordinaria guerra.

El ejército con que La Serna inició y terminó su invasión por la quebrada de Humahuaca, ascendía a 2800 infantes, 700 ginetes y 12 piezas de artillería, a los que se agregaron después como 1,000 hombres de ambas armas; en todo cerca de 4500 hombres de las mejores tropas del mundo; incluso los aguerridos soldados americanos de Olañeta que militaban bajo su bandera (2). El ejército de Belgrano en Tucumán, aunque inferior en número y calidad, se habia retemplado algún tanto en su disciplina; y alcanzando a más de 3,000 hombres al tiempo de la invasión, podía disputar el terreno a un enemigo que no llegaría hasta él sino sumamente debilitado por las hostilidades de su vanguardia popular. Entre estas dos masas organizadas se desenvolvia desordenadamente al parecer, la insurrección de Salta, con su espalda apoyada en Tucumán y haciendo frente al invasor.

El frente de la linea de insurrección se extendia diagonalmente, desde los valles del noroeste de Salta en Chicoana hasta Nueva Orán sobre el Bermejo, cubierta por el rio Grande de Jujuy, manteniendo libres sus comunicaciones de un extremo a otro. A su izquierda, estaban los depósitos de ganados y caballadas ocultos en lugares escabrosos; a su centro a retaguardia, estaba el cuartel general de Güemes con las milicias circunvecinas; a la reta-

[1]. Partes Oficiales. Oficios de Güemes de 6 y 7 de enero de 1817.

[2]. Camba, t. I, págs. 220 y 243.

guardia de su derecha, estaba el desierto del Chaco, inaccesible a los invasores.

Al frente de esta extensa línea, y en contacto inmediato con su centro, apoyándose en la reserva de Salta, estaban todas las partidas que componian antes la vanguardia del despoblado y de la quebrada de Humahuaca, reforzada por los Dragones infernales y algunas partidas de Orán, que se habian condensado al derredor de Jujuy y la sitiaban bajo la dirección de Urdininea. Al oriente de la sierra de Zenta y a vanguardia de la misma línea, estaban destacadas las fuerzas voluntarias del comandante don Manuel Eduardo Arias, con su cuartel general en el valle de San Andrés, amagando el flanco de Humahuaca por el Abra de Zenta, y dándose la mano con Uriondo situado sobre la frontera de Tarija que linda con el Chaco.

Ahora se comprenderá la importancia del movimiento de la columna de Marquiegui. Su objeto era asegurar el flanco izquierdo de la línea de comunicaciones del invasor, desalojar a Arias de los valles laterales hasta Orán, cortar las comunicaciones entre Arias y Uriondo, dominar el valle del Bermejo, envolver la línea de insurrección de Salta por su derecha, que era el punto más débil, y darse la mano en Jujuy con la invasión iniciada por Humahuaca, asegurándose así dos líneas de comunicación, y franquear la vía por donde debian llegar nuevos refuerzos al ejército español (1).

Combate de la columna de Marquiegui en Orán; sale Olañeta en su protección; reunión de los dos jefes.—Mientras tanto, la columna de Marquiegui, que habia penetrado al territorio de Orán por el Abra de Zenta, se encontraba con las fuerzas de Arias en el valle de San Andrés. Por tres días consiguió Arias detener su avance, del 7 al 10 de enero, causándole algunas pérdidas y sufriéndolas también. Al fin tuvo que ceder el paso y se replegó hasta la ciudad de Nuevo Orán, hostilizando constantemente a los expedicionarios, que después de algunos encuentros parciales le obligaron a evacuar la población. En tal situación llamó a sí a todas las partidas de su jurisdicción, que habian acudido sobre Jujuy al mando del capitán don Mariano Benavides; se pu-

(1). Mitre. Hist. de Belgrano, cap. XXXI.

so de acuerdo con Uriondo en la frontera de Tarija, y pidió refuerzos a Güemes, quien le mandó una división de gauchos al mando del capitán don Juan Antonio Rojas. Estas fuerzas se interpusieron entre la columna de Marquiegui posesionado de Orán, y la columna de Olañeta que ocupaba a Jujuy.

Para reincorporarse Marquiegui con Olañeta, tenía que recorrer un trayecto de sesenta leguas, al través de un pais cruzado de ríos caudalosos que desembocaban en el Bermejo y en el rio Grande de Jujuy, cubierto por un bosque elevado y espesísimo en el espacio de veinticinco leguas. Los gauchos, prácticos del país, dirigidos por Arias, Rojas y Benavides, disputaban por el frente el terreno palmo a palmo; corriéndose por las estrechas veredas de los bosques protegidos por sus guardamontes. Dispersándose, reconcentrándose, defendiendo los pasos precisos de los ríos, sin dar un momento de descanso a Marquiegui, obtenian en cada encuentro ventajas parciales, aunque sufrian también pérdidas por su parte.

Así hostigado y desmoralizado, llegó Marquiegui el 17 de enero al río de las Piedras, donde tuvo que sostener un recio combate para franquearlo. El 19 llegó al río Negro, donde se encontró al frente de más de 500 gauchos, que volvieron a atacar su columna en todas direcciones, lo que se repitió el día 20, «poniéndole en la más comprometida situación», dice el historiador español García Camba. Marquiegui estaba en inminente peligro: habia perdido más de un tercio de su fuerza durante la expedición, y aun le faltaban como 25 leguas para llegar a Jujuy, debiendo encontrarse en este camino con mayores fuerzas que la habrian sin duda rendido.

Cuidadoso Olañeta por la suerte de Marquiegui, del cual no tenía noticia alguna, resolvió salir en su auxilio, calculando según el itinerario marcado encontrarse con él en Ledesma, a 30 leguas de Jujuy. El 12 de enero se puso en marcha con dos batallones y un escuadrón dejando fortificada la ciudad al mando del coronel Olarria. El 20 se encontraron ambas columnas en la Reducción a 20 leguas de Jujuy, y tres días después entraron juntas a la plaza sitiada. Quince días duró la expedición de Marquiegui, y hacia 20 que Olañeta habia invadido el territorio argentino, y en tan corto espacio de tiempo se demostró prácticamente, que siendo las tropas españolas sólidas, valerosas y constantes en la fatiga, no dominarían jamás sino el territorio que paisaban.

La Serna entra y fortifica Humahuaca; concentración del ejército realista y sitio de Jujuy; combate de San Pedrito.— La Serna, mientras tanto, con el resto del ejército seguía los pasos de su vanguardia y llegaba el 14 de enero al pueblo de Humahuaca. Impuesto de la situación militar, comprendió que no tenía más línea de comunicación con su base de operaciones que el camino de la misma quebrada, y que para mantenerla franca era necesario asegurarla. En consecuencia resolvió fortificar el pueblo de Humahuaca, que por su posición dominaba el Abra de Zenta, único punto por donde el camino podia ser interceptado desde el valle de San Andrés, que ocupaba nuevamente Arias.

Al efecto formó una batería en el cementerio de la iglesia, que artilló con seis piezas, cerró las boca-calles de la población, estableció dentro de las trincheras el hospital, el parque y los depósitos, y encomendando su defensa a una parte del batallón del Cuzco incorporada recientemente al de Gerona, siguió su marcha para Jujuy, donde se reunió pocos días después con Olañeta ya de regreso de su expedición.

El ejército reconcentrado en masa en Jujuy, se encontró sitiado, desprovisto de cabalgaduras y subsistencias y con todo el pais insurreccionado a su alrededor. Desde este momento el éxito de la campaña no podia ser dudoso, ni aun para el mismo La Serna, puesto que no pudiendo vencer la resistencia popular de Salta, menos posible le era ir a provocar a Belgrano a una batalla campal, y dejaba un pais insurreccionado a su espalda, con pérdida total de su base de operaciones y su línea de comunicaciones.

Desde el mismo día que Olañeta ocupó a Jujuy, quedó establecido el bloqueo de la ciudad. Urdininea, reconcentrando todas las partidas que formaban su vanguardia, reunidas a los milicianos de la Quebrada y alrededores de Jujuy, estableció al contorno un cordón de guerrillas. El enemigo, con toda su caballeria apoyada por infanteria salió de la plaza, y a vivo fuego consiguió ganar algún terreno para dar suelta a sus cabalgaduras. Urdininea se replegó al rio Blanco, y sucesivamente al Campo Santo, sosteniendo guerrillas diarias.

En el Campo Santo se hizo Güemes ver por primera vez de sus soldados de vanguardia, siendo saludada su

presencia con inmenso entusiasmo, a pesar de los trabajos y miserias que soportaban. Véase como él mismo narra su visita: «Ayer he recorrido los campamentos del Campo Santo: he hablado con Urdininea y socorrido por mi mano, aunque con escasez, a la infeliz tropa, que tanto ha estado al frente del enemigo. Su triste situación me ha consternado viéndolos enteramente desnudos, pero siempre dispuestos a la lucha» (1).

Reforzada la línea del bloqueo, se convirtió en un verdadero sitio. El enemigo encerrado en el recinto de la ciudad, tuvo que comprar a costa de sangre derramada en combates diarios, los víveres, los forrajes y hasta el campo en que durante el día pacian sus cabalgaduras.

El 6 de enero salió de Jujuy un escuadrón de caballería protegido por una compañía de infantería del batallón Estremadura con el objeto de forrajear en los potreros de alfalfa de San Pedrito, en las cercanías de la plaza. Una parte de los forrajeadores se ocupaba en cortar pasto, mientras los demás a caballo y con las armas en la mano protegian la operación cubiertos por un cerco. De improviso se presentaron a su frente dos escuadrones, que desprendieron guerrillas sobre ellos provocándolos al combate. Eran los infernales y los gauchos dirigidos por el comandante Juan Antonio Rojas, el cual viendo que los españoles se disponian a atacarlo, cargó resueltamente, sufriendo dos descargas que le derribaron seis hombres, entre ellos dos oficiales. La pelea que se siguió fué encarnizada. El resultado fué quedar en el campo 100 cadáveres de los forrajeadores, y tomar siete prisioneros.

Los vencedores se ocupaban en recojer los despojos del campo de batalla, cuando vieron a su frente un piquete de quince hombres a caballo, tan gallardos y bien vestidos, que Rojas los tomó por oficiales. Era la guardia de prevención de Dragones de la Unión, que al primer aviso del compromiso de sus compañeros acudia en su auxilio, cuando ya todos habian sucumbido. Mandábala el capitán Arregui, quien al frente de sus quince hombres hizo prodigios de valor y murió peleando al lado de sus compañeros. El combate habia durado cerca de dos horas, y las columnas enemigas de la plaza marchaban sobre Rojas con artillería, cuando este emprendió su reti-

---

(1). Partes Oficiales. Oficio de Güemes a Belgrano de 26 de enero de 1817.

rada llevando por trofeos las armas de los vencidos (1).

Este suceso, que por sus accidentes trágicos hizo profunda sensación en el ejército invasor, fué celebrado como un gran triunfo en todo el país.

Planes de Belgrano y la expedición de La Madrid al Alto-Perú.—Meditaba al mismo tiempo el general Belgrano un movimiento militar con parte sus tropas, para cooperar más eficazmente a las operaciones de Güemes. Era su ánimo desprender de su ejército una división volante de las tres armas que penetrara al Alto-Perú, cortase el camino militar de Humahuaca entre Suipacha y Yavi, amagase el flanco descubierto de las posiciones de Tupiza y Cotagaita, y avanzando hasta Oruro si era posible, dominase esta parte del pais, insurreccionando nuevamente todas las poblaciones altoperuanas.

Llamada así fuertemenre la atención del ejército invasor, pensaba que le obligaría a evacuar el territorio argentino, o por lo menos atraer sobre la columna expedicionaria una parte considerable de él, haciendo correr la voz de que era un cuerpo de ejército fuerte el que operaba a su espalda, por efecto de que se habia levantado otra vez en masa el Alto-Perú, donde se habia concentrado la guerra hacia ocho años, sin permitir a los ejércitos españoles su avance sobre las provincias argentinas.

Para ejecutar este plan, algo vago, que no pasaba de ser una diversión parcial, se fijó el general Belgrano en el comandante don Gregorio Araoz de La Madrid, a quien conocemos ya bastante, poniendo bajo sus órdenes una columna de 400 hombres de las tres armas, compuesta como de 250 ginetes de húsares, dragones y milicianos de Tucumán, dos compañias de infantería montada en mulas, de 50 hombres cada una, y dos piezas de artillería de montaña. Esta pequeña columna se puso secretamente en marcha el 3 de marzo, tomó desde las Trancas el camino de las cuestas, y atravezó el valle de Calchaquí cubriéndose por la línea de insurrección de Salta. Guiado por una partida de baqueanos de Güemes trepó la meseta del despoblado por la quebrada del Toro y se puso sin ser sentida sobre la retaguardia del enemigo, cortan-

(1). Partes Oficiales. Parte de Rojas de 6 de marzo de 1817. Torrente, t. II, pág. 299 confiesa 110 muertos, y Camba, t. I, pág. 232 lo repite, elogiando la dirección de Rojas y el comportamiento de su tropa.

do su línea de comunicaciones a la altura de Yavi (1). A su tiempo continuaremos la historia de esta famosa expedición, que corresponde a las operaciones del Alto-Perú.

Para proteger el movimiento de La Madrid y concurrir a las operaciones ulteriores de Güemes, dispuso Belgrano que el coronel Bustos con su regimiento número 2 avanzase hasta el rio del Valle, al sur de Salta, con orden de cooperar con las fuerzas de Güemes, en el caso que el ejército enemigo emprendiera su retirada. Güemes, que se prometia buenos resultados de la expedición de La Madrid, era de opinión que el regimiento de Bustos debia dirigirse sobre Orán, reforzándolo con la caballería que allí operaba a órdenes de Arias, Rojas y otros caudillos, hostilizando así con más eficacia las columnas volantes que los españoles habian desprendido de Jujuy. Pero Belgrano, firme en su plan y con arreglo a sus instrucciones, «ordenó a Bustos, que sólo en el caso de que el enemigo se retirase, sacrificara todo y marchase a la vanguardia a tomar con su cuerpo la dirección de la persecución».

Estos movimientos no tuvieron la aprobación del gobierno de Buenos Aires, el cual queria que el ejército de Tucumán se mantuviera concentrado, remontándose y en actitud de hacer frente a todas las emergencias posibles; por lo que, el regimiento de Bustos recibió orden de replegarse, sin alcanzar la contra orden a la división de La Madrid, por estar comprometida ya en sus operaciones.

Toma de Humahuaca por Arias.—El desastre de San Pedrito habia aconsejado a La Serna reconcentrar todo su ejército en Jujuy. Esta reconcentración hizo más difíciles sus subsistencias y la conservación de sus cabalgaduras. Para dilatar su campo, estableció cantones fortificados en las inmediaciones, los que eran atacados por los patriotas en diarios combates y guerrillas, que no les daban un instante de descanso y que les causaban pérdidas de consideración, impidiendo la entrada de víveres a la plaza.

En tal situación La Serna esperaba los refuerzos que habia pedido a Tarija, Potosí y Chuquisaca, con ánimo de avanzar hasta la ciudad de Salta, cuando se recibió en Jujuy la noticia de que la línea de Humahuaca habia sido cortada con el exterminio de la guarnición que la cus-

(1). Memorias del general Paz, t. 1, pág. 312. Observaciones de La Madrid, pág. 115.

todiaba y pérdida de toda su artillería y depósitos de guerra.

El comandante Manuel Eduardo Arias, se habia vuelto a posesionar de San Andrés después de la concentración de Marquiegui y Olañeta en Jujuy. Desde allí mantenía libres sus comunicaciones con Uriondo en la frontera de Tarija, adelantaba sus partidas sobre Santa Victoria y vigilaba la quebrada de Humahuaca desde el Abra de Zenta, observando todos los movimientos de la línea de comunicación española, cuyo único punto accesible por el flanco estaba garantido por el pueblo de Humahuaca, atrincherado y artillado.

El comandante Arias, después de haber consultado su plan con Güemes, movió su campo de San Andrés sobre el camino del Abra de Zenta. Toda su fuerza se componía de 150 hombres. El 1°. de marzo estaba a una legua de Humahuaca, sin haber sido sentido por el enemigo: dividió su columna en tres fracciones, confiando la primera al capitán Hilario Rodriguez, con orden de marchar al asalto de la batería. La segunda la confió al teniente Manuel Portal, con orden de entrar a sangre y fuego al cuartel de la guarnición. Arias se hizo cargo del tercer grupo, para acudir con él en protección de los otros dos, según las circunstancias.

Apenas amaneció se dió el asalto. A las cinco, los enemigos subieron a la torre, y desde ella sostuvieron un vivo fuego hasta las seis y media de la mañana, en que se rindieron a discreción, bajo la amenaza de ser pasados a cuchillo, quedando dueño de la plaza el valiente Arias.

Esta noticia que sólo recibió La Serna tres dias después, cayó como un rayo en el cuartel general de Jujuy.

Nuevas columnas de realistas sobre Orán; hostilidades y ataques a la ciudad atrincherada de Jujuy.—El general español comprendió que la línea de comunicaciones con el Alto-Perú estaba perdida, y que era necesaria una nueva campaña para restablecerla, antes de seguir adelante. Inmediatamente dispuso saliesen dos columnas expedicionarias: la úna directamente a las órdenes de Olañeta y Marquiegui con destino a Nueva Orán, con el objeto de cortar la retirada a Arias y rescatar si era posible los prisioneros; la otra, por el camino de la quebrada de Humahuaca, con el mismo objetivo, bajo la dirección del coronel Centeno, com-

puesta de un batallón y dos escuadrones. El 9 de marzo llegó Centeno a Humahuaca, donde encontró los cadáveres insepultos y la población totalmente abandonada, siguió por el Abra de Zenta a operar en combinación con Olañeta, que habia tomado el camino de Ledesma. Ya veremos la suerte que cupo a estas dos columnas en actual. marcha, y mientras tanto volvamos sobre Jujuy.

Con la ausencia de estas dos columnas quedó debilitada la guarnición de Jujuy. Creció la audacia de los sitiadores y sus guerrillas estrecharon el cerco hasta sobre las mismas calles, lo que obligó a La Serna a cerrarlas con trincheras.

Nuevos contingentes habian reforzado el sitio, y con ellos los sitiadores se propusieron dar un golpe como el de San Pedrito a los forrajeadores españoles. Prepararon para el 12 de marzo una emboscada; pero prevenido el general don Gerónimo Valdez, salió de la plaza al frente de una columna y los batió en su misma emboscada, causándoles una pérdida de más de 30 hombres a costa de 13 muertos y heridos de su parte. Esta ventaja fué compensada por parte de los patriotas, quienes arrebataron el mismo día de la plaza 200 mulas (1).

El día 13 todos los puestos avanzados de los españoles fueron atacados, y perdieron un comandante muerto y veinticinco soldados entre muertos y heridos, bien que quedaron dueños del campo. La pérdida de los patriotas no fué menor. El 14 de marzo continuaron los tiroteos. El 15 se renovó el combate, en que los españoles fueron atacados por fuerzas superiores. El general Valdez acudió con toda la caballería disponible y dos piezas de artillería, y logró dominar a los patriotas.

Mientras tanto, el comandante Pachi Gorriti con su escuadrón de lanceros y de la partida del capitán Torino, cargaba sobre las trincheras de Jujuy, «con el arrojo más sorprendente», dice el historiador español Camba. El choque fué vivísimo y habria quedado la ventaja tal vez por los españoles, si el capitán Antonio Martínez, al frente de 25 hombres de la escolta de La Serna, no hubiese salido imprudentemente al encuentro de Gorriti. Todos ellos quedaron muertos en el campo sin que la infantería pudiese protegerlos. Salvóse únicamente el oficial herido, un trompeta y un soldado que fueron hechos prisioneros. La pérdida de los españoles en esta jornada fué de 28 muertos

[1]. Camba, t. I, pág. 241.

y 12 heridos según confesión propia, y además 17 prisioneros, de ellos dos oficiales (1).

El derecho de gentes.—Este golpe acabó de abatir la soberbia española, y La Serna, por primera vez en la guerra americana, reconoció la beligerancia de los patriotas con arreglo al derecho de gentes. Hasta entonces el general español habia sostenido como principio indiscutible, que los revolucionarios americanos eran rebeldes, a quienes no amparaban ni las leyes de la guerra. Empero, aparte de las atrocidades que se cometian con los partidarios del Alto-Perú, dando lugar a sangrientas represalías, la guerra se habia hecho con regularidad.

Al iniciarse la invasión a las provincias bajas, Belgrano se habia dirigido a La Serna proponiendo cangear al marqués de Yavi por dos coroneles españoles que tenía prisioneros, declarando que los fusilaría si aquel fuese ejecutado. El general español habia contestado que era público y notorio el buen trato que habia dado a los oficiales y soldados prisioneros, «sin embargo—agregaba—de que es una cosa sabida, que sólo las tropas regladas y que dependen de una nación cuyo Gobierno está reconocido por los demás, son los que tienen derecho a ser tratados con las consideraciones que un prisionero de guerra merece. Esta es una verdad y no lo es menos que el cange es inadmisible» (2). El tono y la teoría cambiaron con la fortuna.

Sabiendo Güemes que el capitán prisionero en el combate del 14 era sobrino de La Serna, dirigió a éste un oficio participándole, que el oficial y el soldado que con él habían caído prisioneros, iban mejor de sus heridas y se hallaban cuidadosamente atendidos. La Serna contestó: «Siento como debo la pérdida de tan dignos compañeros de armas, pero al mismo tiempo me ha servido de satisfacción, el saber se asista tanto al capitán como al lancero, que igualmente se halla herido y prisionero con cuanto necesitan para su curación. No esperaba menos de un sujeto de las circunstancias de V.; y no dudo que en todos casos procurará se trate al desgraciado con la humanidad que el derecho de gentes exige, estando seguro que por mi parte trataré al prisionero con la hos-

(1) Camba, t. I, pág. 242.
(2). Oficio de Belgrano a La Serna de 3 de enero de 1817 y contestación de La Serna de 14 del mismo mes y año.

pitalidad y dulzura que es justo», acabando por proponer un cange de prisioneros clase por clase.

La contestación de Güemes fué arrogante. A pesar de la independencia real con que obraba, no era hombre de abatir la autoridad de su general ante el enemigo, ni olvidar la injuria que en él se habia inferido a su patria y a su causa, y así se lo enrostró con dureza: «Pudiera resolver sobre el cange de prisioneros que V. me indica; pero como no ha mucho que en igual propuesta que dirigió a V. mi digno General, se negó V. temerariamente, he tenido a bien consultarlo sobre el particular. Aquel paso poco político es causa de este tropiezo». Y terminaba diciéndole: «Estoy satisfecho de la humanidad y lenidad que a V. caracteriza, pero no así de sus subalternos Centeno y otros, autores de excesos: sobre todo, y asegurando que mis armas son protectores de la inocencia, nivelaré mi conducta con la que V. observe. Y he concluido».

La réplica de La Serna es notable. «Permítame V., le escribía, que le diga que el lenguaje de su carta del 25 que acabo de recibir, es un poco extraño, tanto en llamar impolítica la que escribí al general Belgrano sobre el cange del marqués de Tojo, como en afectar demasiado calor en materia de opiniones. Yo prescindo de esto, pués las opiniones son tan diversas como los semblantes de los hombres, pero no puedo prescindir de declarar que estaba bien distante de negarme al cange, pues proponía uno general; y no debo dudar de que así como jamás paso los límites que previene la moderación, tampoco tolero expresiones poco decorosas al carácter que represento. Ninguno de los excesos que me dicen han cometido mis subalternos, ha llegado a mi noticia. Mi conducta será siempre la misma, sea cual fuere la suerte de las armas, pues ni me ensoberbecen los sucesos favorables, ni me abaten los adversos».

Güemes, al elevar la anterior correspondencia al conocimiento de su general, le hacia observar: «No dejará V. E. de notar el distinto tono con que hoy se produce aquel jefe (La Serna), al en que estaban concebidas la proclama y oficio que dirigió desde Tarija. Ya aquel general se dá a conocer desengañado, y convencido de la firmeza y bravura de los americanos por los derechos que legítimamente sostienen. Ya hoy confiesa un derecho de gentes en toda guerra, sea cual fuere; el que desconoció inicuamente con nosotros en los indicados oficios y procla-

ma, marcados con el sello de la soberbia, de modo que con el tiempo habrá de confesar mal de su grado, la justicia de nuestra causa» (1).

Legítima era la concentrada satisfacción que encierran estas palabras: era un triunfo de la civilización.

Operaciones en Orán y regreso de las columnas expedicionarias.— Mientras tanto, las columnas expedicionarias de Centeno y Olañeta, seguían en persecución de los vencedores de Humahuaca. La columna de Centeno, que habia tomado el camino de la quebrada, penetró a Orán por el Abra de Zenta, y desde el valle de San Andrés siguió su marcha con dirección a Nueva Orán por la estrecha senda de un bosque espesísimo, donde sólo encontraron bandadas de patos silvestres. Antes de llegar al arroyo de Santa Cruz se le presentaron nueve prisioneros de los de Humahuaca, que sin duda habian quedado rezagados, los que dieron noticias del punto donde Arias habia enterrado los cañones; pero por falta de acémilas no pudieron cargarlos.

El 16 de marzo ocupó a Nueva Orán, vivamente hostilizada por sus flancos y retaguardia, por las partidas de Benavides destacadas por Arias, que cercaron la población. Por la mañana del mismo día había salido de allí Olañeta en persecución de Arias, quien con el convoy de prisioneros se retiraba a ponerlo en seguridad en la frontera del Chaco, tomando la vuelta por el rio de San Francisco. Centeno con sus cabalgaduras estenuadas y su tropa fatigada, no pudo operar en combinación con Olañeta, y después de tomar seis días de descanso, se vió obligado a emprender su retirada por el camino que había traido, abandonando parte de sus enfermos. Al regresar al valle de San Andrés, lo encontró ya ocupado por una partida de gauchos, que se retiró a la aparición de su vanguardia. Era la avanzada de la división de Arias, que se proponía cerrarle el paso.

El 29 siguió su marcha la columna española y llegó a el Abra de Zenta, en cuya marcha perdió gran parte de sus mulas y caballos por efecto de la hierba venenosa para las bestias, que abunda en aquellos campos. El 30, al tiempo de franquear el Abra, se encontró al frente de una división como de 300 gauchos, que solo cedieron el paso ante los fuegos de la infanteria. Al descender a Hu-

(I). Oficio de Güemes a Belgrano, de 3 de abril de 1817.

mahuaca y continuar su marcha, encontró abandonadas todas las poblaciones. Estaban los expedicionarios sobre el cuartel general de Jujuy, de donde habian salido como un mes antes, y ninguna noticia habian tenido hasta entonces de su ejército.

Alarmado por este silencio, el jefe de estado mayor de la columna, que lo era el teniente coronel don Antonio Seoane, se adelantó con una partida de ocho húsares a fin de tomar noticias. Al día siguiente, 3 de abril, al continuar la vanguardia su marcha, cargó sobre ellos un destacamento de 50 gauchos, arrebatando en un repelón unos cuantos soldados de los húsares de Fernando VII y desapareció con su presa. El 4 al llegar al Volcán, encontraron los cadáveres de dos soldados de la escolta de Seoane, el cual habia caido en una emboscada y se hallaba prisionero. En la misma noche llegaba a las inmediaciones de Jujuy la cabeza de la columna de Centeno, sosteniendo un combate con los sitiadores. Las fuerzas de la plaza atraidas por el tiroteo, tuvieron que salir al encuentro a fin de proteger su entrada. Hacia un mes cabal que habia salido de aquel punto, y regresaba a su punto de partida, estenuada, sin caballos, y con una pérdida de cuarenta a cincuenta hombres entre ellos su jefe de estado mayor.

En cuanto a la columna de Olañeta, después de llegar hasta la misión de San Francisco, sin conseguir dar alcance al convoy de prisioneros, se habia visto obligada a retrogradar a Nueva Orán, a donde llegó dos días después de la salida de Centeno. Allí se encontró con las partidas al mando de Rojas destacadas por Güemes para hostilizarlo y cortar su comunicación con Jujuy. En tal situación emprendió su retirada, después de sufrir algunas pérdidas; fué vivamente hostilizado por la retaguardia y por los flancos por los guerrilleros de Rojas, habiendo perdido al llegar al rio de Ledesma, el 30 de marzo, como 80 hombres entre muertos, heridos y prisioneros. Tal fué el fruto de esta segunda expedición, que afirmó para siempre el dominio de las partidas patriotas en el territorio de Orán, quedando a merced de ellas las líneas de comunicación con el Alto-Perú por Humahuaca y Tarija (1).

Todo esto hacia más critica la situación de La Serna en Jujuy después de la pérdida de Humahuaca, y ella

---

(1). Parte de Rojas de 31 de marzo de 1817. Camba, t. I. pág. 237 y sig. Torrente, t. II. págs. 302 y 303.

se agravaba por la carencia de víveres. Para proveerse de algunos ganados en pie, dispuso que una columna de 230 hombres entrase a la quebrada al mando del coronel La Torre, con orden de proporcionárselos a toda costa. Esta columna salió batiéndose desde la ciudad, hostilizada activamente por la división de Saravia que cubria la boca inferior de la quebrada, y tuvo que atrincherarse al llegar a Yala, donde pasó la noche del 1°. de abril. Al día signiente se encontró con otra columna española que bajaba del Alto-Perú, al mando del coronel don Vicente Sardina, la cual se componía del 2°. batallón del regimiento Estremadura (que desde entonces tomó el nombre de Real Alejandro), y el 2°. escuadrón de Cazadores, conduciendo municiones, numerario y correspondencia. Sardina era portador de nuevas y apremiantes órdenes del virrey Pezuela para avanzar a todo trance en la dirección de Tucumán, teniendo en mira paralizar la invasión de San Martin sobre Chile, a quien se creia todavía en Mendoza.

Antes de dar cumplimiento a estas órdenes, La Serna quiso dar un golpe sobre los sitiadores, a fin de proteger la reincorporación de la división de Olañeta, de la cual no tenía noticia desde Orán, donde la había dejado Centeno comprometida.

Al efecto dispuso que el general don Gerónimo Valdez, al frente de una columna de 600 hombres de las tres armas, partiese en la dirección de Orán. Esta expedición fué más feliz que la anterior, sorprendió a la división del comandante Corte, le tomó como 80 prisioneros y siguió su marcha en protección de Olañeta, que se reconcentró en Jujuy pocos días después.

El ejército español avanza sobre Salta; heroica defensa del camino; La Serna sitiado en Salta.—El ejército con que La Serna emprendió la invasión sobre Salta, fuerte como de 2,500 hombres, se componia de los dos batallones del Imperial Alejandro (antes Estremadura), el batallón Gerona, los escuadrones de Húsares de Fernando VII, el de Dragones de la Unión, el de Cazadores a caballo y el de Granaderos de la guardia, con cuatro piezas de artillería de montaña.

Salió de la plaza en tres columnas con banderas desplegadas y en disposición de combate. Inmediatamente se movió a su encuentro la división de don Apolinar Saravia, que cubria el camino de Salta, la que empezó a fustigar la columna por los flancos y por la retaguardia,

dispersada en pequeños grupos, sosteniendo a la vez fuertes guerrillas. Sucesivamente los grupos y las guerrillas se fueron multiplicando, con refuerzos de partidas gauchas que acudian de todos los puntos del horizonte, que disputaban el terreno con más energía y más éxito cada vez. Así hizo el ejército español su primera jornada hasta la Cabaña.

Al día siguiente se renovó la marcha y el combate. Como el terreno es montuoso y cortado por ríos y barrancos, los gauchos prácticos de él, se aprovechaban de sus menores accidentes, apareciendo ya en grupos ya individualmente sobre los flancos de la columna enemiga, disparando sobre ella sus armas, y picando tenazmente su retaguardia sosteniendo el paso de los ríos sin descansar ni dar descanso de día ni de noche.

Al tercer día de marcha, 15 de abril, al llegar a la Caldera, todas las partidas se condensaron sobre la cabeza de la columna invasora, en actitud de disputar el paso. Cinco compañías de cazadores del Gerona e Imperial Alejandro, con gruesas reservas de caballeria, se dispersaron en cazadores para despejar el tránsito. Los gauchos cargaron sobre ellos, y viéronse forzados los españoles a formar grupos dobles para sostenerse, aun teniendo por reserva un ejército que los apoyaba a tiro de fusil. Así desembocó el ejército realista al campo de Castañaras, gran llanura que en suave plano inclinado se extiende hasta la ciudad de Salta.

Las guerrillas patriotas siguieron en retirada, disputando con tesón el terreno, bajo los fuegos de las guerrillas de la infanteria enemiga. A su retaguardia, y en actitud de defender la entrada de la ciudad, se veia una línea de caballería, como de 1,200 hombres. Por esta vez Güemes estaba a su cabeza; pero no era su ánimo presentar batalla, sino hacer simple alarde.

Asi es que, cuando La Serna se formó en tres columnas con la infanteria y la artilleria al centro, haciendo jugar dos de sus piezas, y la caballería cargó por la derecha, aquella línea se disipó como una nube, y el ejército invasor se encontró con las mismas guerrillas que desde Jujuy lo estaban fustigando día y noche, las cuales disputaron la entrada hasta las calles de la ciudad, batiéndose denodadamente en ellas, y cediendo únicamente a la presión de la masa (1).

---

[1]. Camba, t. I, pág. 244 a 246. Torrente, t. II. págs. 303 y 304.

Dueño La Serna de Salta, volvió a encontrarse en idéntica o peor situación que en Jujuy: sin víveres, con escasos medios de movilidad, y dueño únicamente del terreno que pisaba. Una banda de gauchos, mantenía encerrado dentro de una ciudad, al ejército más aguerrido de Sud-América.

Cuando esto sucedia, llegó a oidos de La Serna, que La Madrid habia penetrado al Alto-Perú para insurreccionar el pais a su espalda, y que San Martin, después de escalar los Andes, habia triunfado en Chacabuco y era dueño de Chile. Desde este momento comprendió el general español, que siendo imposible todo movimiento ofensivo, lo era igualmente conservar el terreno invadido, y que la retirada era un movimiento impuesto por la necesidad y aconsejado por la prudencia militar. Pero a todo evento se empeñó en procurarse los elementos de movilidad de que carecía, poniéndose en lucha con la fatalidad, al perseverar en su errado sistema.

El 17, el 18 y el 19 salieron sucesivamente de Salta tres columnas expedicionarias. Mandábanlas los coroneles Vigil, Castro y Carratalá. Desde los suburbios de la ciudad empezaron a ser tiroteadas por las partidas patriotas, que las acompañaron por su flanco y retaguardia, sin permitirles abandonar su formación ni extenderse por el campo. Después de reunir algunas reses y mulas en los alrededores tuvieron que regresar con pérdida de algunos hombres.

Combates de los Cerrillos, de Gauna, del Bañado, de Pulares y del Rosario; nuevas hostilidades de los gauchos.—Vista la ineficacia de este medio, se resolvió por La Serna la salida de una espedición formal con destino al Bañado, a donde se habia retirado Güemes con el grueso de su fuerza, y donde creia estuviesen reconcentrados los ganados. Componian la columna destinada a esta operación, el batallón Gerona fuerte de más de 500 plazas, como 180 hombres de caballeria y una pieza de artillería, bajo el mando del coronel Sardina, siendo jefe de estado mayor el comandante Bernardo La Torre.

El 20 de abril por la noche se puso en marcha con dirección al valle de Calchaquí. Todas las guerrillas inmediatas que formaban la división del comandante Burela, se reconcentraron en los Cerrillos. Allí empezó el 21

el combate que debía durar dos días. La división realista, formada en masa, continuó su marcha, llevando por su flanco derecho las guerrillas patriotas que no dejaron ni por un instante de hostigarle. Al llegar al punto llamado la casa de Gauna, se unió a Burela la división de Pedro Zabala, y ambos reunidos tentaron una carga que produjo una confusión momentánea en las filas enemigas, pero tuvieron que ceder el terreno los patriotas.

Al aproximarse los realistas a las casas del Bañado, descubrieron formada a su frente una línea de 500 caballos. Era la división de Pablo Latorre reforzada, que parecía esperarlos en actitud de combate. Sardina tomó sus disposiciones y avanzó de frente en orden cerrado, protegiendo su derecha por la compañía de granaderos del Gerona, la que tendió su guerrilla flanqueadora. Al iniciar los realistas su ataque, salieron de un bosque inmediato la partida de Infernales de Rojas y la de gauchos del alferez Leytes, y cargaron sobre los tiradores del Gerona, que fueron instantáneamente pasados a cuchillo, sin que su reserva pudiera protegerlos, ni aun impedir que fuesen despojados de sus armas y vestidos (1). La linea de caballeria patriota se disipó como una nube, según su táctica, y se perdió en los bosques y escabrosidades del terreno.

Dueños los españoles de las casas del Bañado, encontraron allí algunos hombres desarmados, tal vez dejados de intento, los que informaron que el ganado que buscaban habia sido retirado hacia la quebrada de Escoipe. En consecuencia, contramarcharon sobre su derecha y tomaron la dirección de Chicoana. Los patriotas, que habian preparado varias emboscadas, cargaron decididamente sobre la retaguardia y los flancos de la columna, que resistió bravamente el triple ataque. Pero simultáneamente cargaron Rojas y Leytes sobre la cabeza, haciendo una descarga que derribó mortalmente herido al coronel Sardina, tendió en el suelo a casi toda la banda de música del Gerona y deshizo sus primeras filas. De parte de los patriotas cayó muerto el alferez Leytes, y heridos algunos soldados.

El mando de la columna española, profundamente conmovida por este golpe, recayó en el coronel Vigil. Los ataques sucesivos sobre ella se continuaron hasta el anochecer, hora en que alcansó la boca de la quebrada de

(1). Camba, t. I. pág. 250.

Escoipe, donde no encontró el ganado que buscaba. Sin atreverse a penetrar en ella por temor de que los patriotas le cortaran la retirada pasó la noche en alarma, sin encender fuegos.

Al dia siguiente al amanecer, inició su movimiento retrógrado hacia Salta desde el cerro Pulares. Al romper la marcha se adhirieron a su flanco izquierdo y a su retaguardia las tenaces divisiones de Burela y Zabala, hostilizándola eficazmente. A cierta altura se adelantó Burela y preparó cinco emboscadas a lo largo del camino que debía llevar. Todas estas emboscadas produjeron más o menos su efecto, especialmente la última a cargo del teniente Olivera, que le causó algunas pérdidas.

Salvadas las emboscadas, los españoles desembocaron en la llanura del Rosario, con su caballeria a vanguardia. Allí se habian reconcentrado las divisiones patriotas, en número como de 1,000 hombres; cargó impetuosamente la caballería gaucha y arrolló a la de los realistas, hasta obligarla a refugiarse deshecha dentro de las filas de su infanteria.

La columna expedicionaria quedó circumbalada. El batallón Gerona formó el cuadro, colocando en el medio la camilla en que agonizaba Sardina y todos sus heridos. Rompió el fuego al grito de ¡Viva el rey!, consiguiendo rechazar los ataques de los patriotas. En la misma formación continuó su retirada, presentando una masa compacta a los fuegos de las guerrillas patriotas. Asi continuó sin descanso la persecución desde el Rosario hasta los Cerrillos, donde se habia iniciado el combate el día antes.

Desde este punto continuó la columna española su marcha con menos zozobra, aunque siempre perseguida hasta las inmediaciones de Salta, de donde salió otra columna para proteger su entrada. Algunas horas después expiró el coronel Sardina (1).

Juntamente con este golpe, La Serna recibió la confirmación oficial de la pérdida de Chile y de los progresos que la expedición de La Madrid hacia en el Alto-Perú.—Desde este momento la evacuación de Salta quedó decidida. Pero mientras tanto necesitaba dar de comer a

[1]. Ante las contradicciones de los partes de Güemes con las relaciones de las historiadores españoles Camba y Torrente, dice Mitre que ha conservado sobre este y otros puntos de esta famosa guerra, la información del general boliviano don José María Pérez de Urdininea, que formaba entonces parte del ejército de Salta.

su tropa, que sufría escasez. Para retrogradar necesitaba elementos de movilidad de que carecía. Al efecto hizo salir una columna de las tres armas con dos piezas de artillería, al mando del general Valdez, con el objeto de sorprender a Güemes a quien suponían descuidado, durmiendo sobre sus laureles, y al mismo tiempo proporcionarse ganado y caballadas.

Valdez salió de la ciudad el 29 de abril, marchó hasta la embocadura de la quebrada del Toro, y en medio de un vivo tiroteo que duró todo el día, logró apoderarse de algunas reses, mulas y burros cuyo número total no alcanzaba a cien, y con estas presas emprendió su retirada vivamente hostilizado.

Esta ventaja la pagaron caramente. El mismo día dos partidas destacadas de las divisiones de Saravia y de Zabala, arrebataron 150 mulas que se hallaban al pasto en las orillas de la ciudad. Pocos días después, el 1º. de mayo, toda la caballería realista fué atacada mientras forrajeaba en una quinta de los alrededores. Siguióse un reñido combate, en que si bien los patriotas fueron rechazados, causaron la pérdida de catorce hombres, a costa de una pérdida mayor por su parte (1).

Estos golpes irritaban y humillaban a los altivos soldados españoles al verse no sólo hostilizados, sino provocados y burlados en medio de su poder. El general García Camba, el más verídico historiador español y actor en esta guerra, dice: «Los enemigos habian llevado su osadía al extremo de enlazar y arrastrar con sus caballos algunos centinelas sobre sus mismos cuerpos de guardia, y este nuevo método de ofender, causó singular horror».

Desde este momento, el ejército invasor, militarmente impotente contra la insurrección popular, estaba moralmente vencido por ella.

Retroceso del ejército español y su desastrosa retirada al Alto-Perú.— Disipadas todas las esperanzas con que se habia abierto aquella campaña y sintiendo que la situación empeoraba por momentos, La Serna se resignó a retroceder a los 19 días de haber ocupado la ciudad de Salta. El 4 de mayo por la noche salió sigilosamente de la ciudad la primera columna, conduciendo el convoy de heridos y el parque.

(1). Camba, t. I, pág. 253.

En la madrugada del 5 siguió La Serna con el resto del ejército, y en una marcha forzada de nueve leguas se puso en los Sauces, mitad del camino de Jujuy, picando su retaguardia partidas de guerrilleros. A la media noche sintióse un pavoroso tropel de carreras de caballos, que hacian estremecer el suelo; de tiros y alaridos en todas direcciones. Una masa informe y negra produciendo un ruido extraño, avanzaba con vertiginosa celeridad sobre el campamento español, que estaba defendido por un barranco. Los realistas tomaron las armas y rompieron el fuego. La masa que avanzaba se dividió en dos y se corrió por los costados del campamento, que se iluminaron súbitamente por los fuegos de dos líneas de tiradores. Eran las partidas de gauchos de la retaguardia que ensayaban un nuevo género de hostilidad, lanzando sobre el campo realista manadas de yeguas cerriles con cueros secos atados a la cola, simulando un ataque general.

Aun cuando los españoles sólo tuvieron algunos heridos y la pérdida de algunas mulas y caballos, su imaginación quedó profundamente herida por esta estratagema, que sus historiadores llaman diabólica.

El 6 continuó la marcha y se renovó el tiroteo a lo largo del camino. Fué necesario que Valdez en persona al frente de las compañías de cazadores, despejara el camino, con pérdida de algunos hombres y caballos. En el mismo día 6 entró La Serna a Jujuy, y por segunda vez el ejército español se vió reconcentrado y encerrado en su estrecho resinto.

Continuaron las hostilidades en los alrededores de Jujuy, repitiéndose las emboscadas, las guerrillas, los destacamentos tomados prisioneros y los diversos convoyes interceptados, que dieron por resultado decidir la definitiva retirada de los invasores. Según las palabras del historiador Camba allí presente, «las cosas habian llegado a punto que la pérdida de tiempo podia comprometer la suerte del ejército y consiguientemente la de todo el Perú». La inmediata y pronta retirada fué unánimemente resuelta en una junta de guerra que al efecto convocó La Serna (1).

El 13 de mayo, antes de cumplirse los seis meses de iniciada la invasión, rompió su retirada la primera columna de evacuación, en custodia del parque y el hospital, al mando del brigadier Olañeta. Llevaba por misión

[1]. Camba, t. I, pág. 255.

posesionarse de un punto de la quebrada, a fin de asegurar la retirada y proporcionarse a la vez algunos ganados para la marcha. Seis dias tardó en llegar a Tilcara, donde se fortificó. En el trayecto fué vivamente hostilizada. El mismo día que esta columna salía de la plaza, eran atacados por las partidas de Rojas apoyadas por la división de Saravia, los forrajeadores españoles y cuatro compañías del Gerona que los protegía. Una de estas compañías pretendió contener con sus fuegos el avance de los Infernales de Rojas; pero sobre la primera descarga estuvieron encima de ella, la acuchillaron, y tomaron trece prisioneros, incluso a su capitán Joaquín Gómez de la Barreda, siendo los trofeos de esta victoria 33 fusiles y cartucheras, tres sables, un clarin y cuatro caballos ensillados.

La Serna no podía activar la evacuación, porque tenía que esperar a que la columna que se habia fortificado en Tilcara, le devolviera sus mulas de carga, a fin de poder moverse, «tan triste era el estado del ejército al regresar a las posiciones del Alto-Perú que habia dejado!» exclama con este motivo el general español García Camba, que se hallaba presente, y sentía aun estremecerse la vieja fibra realista al consignar en sus páginas estos pormenores treinta años después.

El 21 de mayo fué evacuada totalmente la ciudad de Jujuy por el resto del ejército mandado por La Serna. Desde la ciudad hasta el rio León, marchó en medio de un fuego sostenido de guerrillas, que le causaron algunos heridos, agotando sus últimas fuerzas en pequeños combates. «Era doloroso, dice el general español ya citado, ver y contemplar el estado lamentable en que se retiraban estas tropas tan valientes, tan sufridas, tan constantes, y que habian batido y dispersado a sus contrarios; pero era tal la naturaleza de esta guerra, que el vencedor salía perdiendo más que el vencido» (1).

Mientras la columna de La Serna seguia penosamente su marcha, la división de Arias tenia asediado el campamento de Tilcara. Olañeta, que se había separado de su división al frente de una fuerte columna de infantería y caballería con el objeto de reunir algún ganado, encontró una resistencia tan enérgica, que se vió forzado a retroceder, y después de haber perdido doce hombres, apenas pudo entrar al campamento fortificado de Tilcara,

(1). Camba, t. I, pág. 256.

protegido por otra división del coronel Carratalá que salió en su auxilio.

El 1°. de junio se halló reunido todo el ejército español en Tilcara. El 2 continuó el grueso del ejército su retirada, y quedó Olañeta con su división para cubrir la retaguardia.

Afortunadamente para los españoles, los caballos de los guerrilleros patriotas rendian los últimos alientos en la persecución, asi es que al llegar al pueblo de Humahuaca, solo eran hostilizados por algunas partidas ligeras, que los siguieron hasta el límite del despoblado que separa la región argentina de la del Alto-Perú.

Las últimas partidas perseguidoras llegaron hasta Socoсha, tomando prisioneros y recogiendo despojos; y hasta una partida volante desprendida por uno de los flancos desde Livilivi, se adelantó a la columna en retirada, y sorprendió en el pueblo de Tupiza a su guarnición, causándole algunas pérdidas y la obligó a encerrarse en el reducto (1). Así terminó esta famosa campaña.

---

[1]. Mitre. Hist. de Belgrano, cap. XXXII. Partes Oficiales. Parte de Güemes de 9 de julio de 1817. t. II, págs. 468, 469 y 470, que dice: «El teniente coronel teniente gobernador de Tarija D. Francisco Uriondo, con fecha 11 del pasado Junio me trascribe el parte que con la de 8 del mismo, le dá el comandante de la partida del centro D. Manuel Uriondo desde el pueblo de Livilivi: su contenido es, avisar, haber sorprehendido a los enemigos el viernes anterior a las 6 de la mañana en el pueblo de Tupiza, y que después de un vivo fuego abandonaron vergonzosamente el puesto que ocupaban y se refugiaron al reducto que tenían en el cementerio: dexando en el primero treinta y tantos muertos, quince caballos ensillados, y los fusiles de los muertos: que de su parte resultó herido de bala el ayudante D. Pedro Arraya en un muslo, y en las quixadas; y el alferez D. Juan José Aparicio, habiéndole muerto el caballo al primero, y quatro soldados heridos. Que con notlcia que tuvo que el enemigo se reforzaba para buscarlo, se había replegado al expresado pueblo de Livilivi y se dirigía a Yavi, con el objeto de reunirse a las demás partidas y continuar sus hostilidades contra los que van en retirada.»



CAPITULO VIGESIMO PRIMERO

1817.—Restauración de la republiqueta de Padilla, y combates de la Laguna y las Garzas. Ojeada retrospectiva sobre la campaña en Tarija.—Expedición de La Madrid al Alto-Perú.—Batalla de la Tablada y toma de Tarija.—Injusticia de La Madrid con los caudillos tarijeños.—Primeros resultados de las victorias de La Madrid en Tarija.—Aventuras de La Madrid: sorpresa al escuadrón de López; combates de Chuquisaca, Yamparáez y Sopachuy.—Retirada de La Madrid a Tarija.—Las correrias de La Madrid en Tarija, protegido por los caudillos de la provincia.—Juicio sobre la expedición de La Madrid al Alto-Perú.—El general La Serna y el ejército realista otra vez en el Alto-Perú.—Nueva invasión a Humahuaca.—Viva persecución a los caudillos.

Restauración de la republiqueta de Padilla, y combates de la Laguna y las Garzas.—Volvamos a las campañas del Alto-Perú en 1817.

Ya hemos dicho que a la muerte del gran caudillo don Manuel Ascencio Padilla, su antigua republiqueta perdió toda cohesión, disolviéndose en grupos armados, que se extendieron a lo largo de la frontera. Uno de estos grupos era mandado por el comandante don Esteban Fernández, a quien se agregaron con sus fuerzas los comandantes Zerna, Prudencio, Miranda y el mayor don Agus-

tín Ravelo al frente de un escuadrón de dragones regularmente organizado.

Fernández, atravesó el Pilcomayo corriendo a lo largo de la frontera del Chaco, y se situó en la Loma, promoviendo la insurrección de Santa Elena y amenazando el valle de Cinti, ocupado por la columna de O' Relly. Los insurrectos, apoyados por el escuadrón de Ravelo ocuparon las alturas de Santa Elena, estableciéndose en el cerro de Cañashuaico, desde donde atacaron a los realistas, que se vieron obligados a replegarse a Culpina, abriéndose paso con sus armas.

Esto sucedía a fines de diciembre de 1816, en circunstancias en que el ejército español invadia a Salta y Fernández era nombrado por el general Belgrano jefe superior de la insurrección de las fronteras del oeste, en sustitución de Padilla.

En febrero de 1817 emprendió Fernández su marcha, con el objeto de reorganizar la antigua republiqueta de Padilla, y el 24 del mismo mes se posesionó de Pomabamba a la cabeza de 250 hombres de infanteria y caballería.

Sabedor allí que los españoles ocupaban los puntos de Tarabuco y la Laguna, donde habian construido dos reductos, marchó sobre ellos, destacando por su derecha una partida a fin de promover la insurrección del pais a lo largo de la frontera. Tarabuco estaba guarnecido por dos compañías de infanteria, que Zerna obligó a replegarse en fuga hasta Chuquisaca.

En la Laguna estaba el coronel Maruri con una compañia de infanteria y otra de milicias con alguna caballeria, y sobre este punto marchó Fernández en persona, a la cabeza de 150 hombres y 50 naturales que se le habian reunido. Maruri salió a su encuentro y el 15 de marzo se trabó la pelea, en la que fueron completamente derrotados los realistas, dejando en el campo muchos muertos, viéndose obligados a encerrarse en el reducto artillado, con pérdida de parte de los patriotas de dos muertos y diez heridos, entre estos el mayor Ravelo.

El pueblo de la Laguna, que se hallaba bajo los fuegos del cañón del reducto, fué tomado a viva fuerza por los dragones de Ravelo que echaron pie a tierra. Al llegar a la plaza, los indios lanzaron un grito de furor y de venganza a la vista de la cabeza de Padilla, su querido y nunca olvidado caudillo, que aún permanecía allí clavada en una pica. Sin que nadie pudiera contenerlos,

se lanzaron furiosos al saqueo, costando a Fernández no poco trabajo evitar mayores extragos (1).

El infatigable La Hera acudió con el resto del batallón Centro en auxilio de Maruri, que ya iba a sucumbir después de doce días de sitio rigoroso. Fernández, reconcentrando todas sus fuerzas, a que se habian unido más de 400 naturales, se situó a poca distancia, en la pampa de las Garzas, y allí esperó al enemigo.

El 19 de marzo de 1817 se avistaron ambas fuerzas, constando la de los patriotas de cerca de 700 hombres mal armados, y la de los españoles de 400 de buenas tropas con dos piezas de artillería mandadas por el comandante Baldomero Espartero, tan famoso después en España.

La infantería patriota ocupó el centro de su línea y rompió el fuego dentro del tiro de fusil. El plan convenido era atacar al mismo tiempo al enemigo por ambos flancos con la caballería situada en las alas. Desgraciadamente, a los primeros tiros de cañón cayó herido el comandante Miranda, y su ala no concurrió al ataque simultáneo. A pesar de esto, y de hallarse aun sufriendo de su herida, Ravelo se lanzó intrépidamente a la cabeza de sus dragones sobre la infanteria española, a la que obligó a formar cuadro, abriendo un claro, pero fué rechazado por el fuego de la artilleria, y recibió un casco de metralla en el brazo. «La acción fué reñidísima, dice el historiador español Camba, porque los facciosos eran en gran número; pero la Hera los batió, poderosamente auxiliado por el certero fuego de dos piezas de artilleria que dirigía Espartero y 80 hombres montados que capitaneaban don Felipe Ribero» (2).

Otro historiador español, Torrente, que se distingue por el odio y desprecio con que habla siempre de los americanos, pinta esta acción así: «Atacados (los españoles) con la más ciega confianza e irritante orgullo, hubieron de desplegar un increible grado de vigor y firmeza para resistir las impetuosas cargas de los contrarios; el choque fué obstinado y sangriento, cada cual puso de su parte todo el fuego y el entusiasmo que sugieren el furor y la desesperación; pero heridos los caudillos Prudencio y Ra-

---

[1]. Diario militar del comandante Fernández publicado en *Partes Oficiales*, t. II, págs. 569 a 580.

[2]. Camba. Memorias,t. I, pág. 260.

velo, se perdió el nervio principal de las filas de los rebeldes» (1).

El resultado fué la dispersión de la columna de Fernández, cuyos restos se reunieron en el inmediato punto del Villar, porque los vencedores ni aun intentaron perseguirlos. Por el contrario, se replegaron a la Laguna, destruyeron el reducto y se reconcentraron en Tarabuco; volviendo muy luego los patriotas a recuperar el terreno perdido, la insurrección se extendió nuevamente a lo largo de las fronteras (2).

Ojeada retrospectiva sobre la campaña en Tarija.—Ya hemos dicho que cuando se resolvió la invasión del ejército español sobre las provincias argentinas, el primer movimiento de La Serna fué sobre Tarija, con el propósito de sorprender al gobernador de aquella provincia, don Francisco Uriondo. Malograda la empresa porque el caudillo tarijeño en rápido movimiento se retiró a las Salinas, le dirigió una carta el general español, procurando ceducirlo, sin conseguir tampoco este intento.

Acompañaron en esta expedición al general en jefe del ejército español, los batallones «Gerona» y «Estremadura», los «Dragones de la Unión» y los «Húsares de Fernando VII», como para realizar una gran empresa militar y atacar una plaza de primer orden. Conoció La Serna la importancia de conservar esa plaza, que lo ponía en comunicación con el interior del Alto-Perú, especialmente con las provincias de Chichas y de Cinti, a la vez que cubria las extensas fronteras del Chaco y de Orán. Al retirarse, dejó de gobernador de la provincia de Tarija, al brigadier don Antonio María Alvarez; pero este renunció pronto el mando por motivos de salud, y fué reemplazado por el coronel don Mateo Ramírez, mandado del cuartel general de Tupiza.

Este jefe llevó consigo dos compañías de los regimientos 1º. y 2º. de línea, sobre cuya base debía organizar nuevas fuerzas, y un escuadrón de caballería que mandaba el teniente coronel don Andrés Santa Cruz, entonces oficial del ejército real, sobre el que habia recibido orden de formar un regimiento, reclutando soldados de entre los acreditados ginetes tarijeños.

---

[1]. Torrente, t. II, pág. 307.

[2]. Diario de Fernández ya citado.

Tan luego como Ramírez tomó posesión del mando de la provincia, comenzó a organizar sus fuerzas; pero Uriondo acudió desde el partido de Salinas con 400 hombres y se aproximó a la villa. Salió Ramírez a su encuentro y lo alcanzó en las inmediaciones de Santa Ana, donde se trabó un sangriento combate, perdiendo en él Uriondo la mitad de su gente. Volvió a replegarse a Salinas, dejando cerca de 200 hombres en el campo.

Ramírez entró vencedor a Tarija, y en previsión de nuevos ataques de los tenaces guerrilleros, avanzò su línea hasta el valle de la Concepción, a donde mandó 80 hombres de caballeria y 50 infantes de línea a órdenes del teniente coronel Santa Cruz, con instrucciones de aumentar el efectivo de este destacamento.

Expedición de La Madrid al Alto Perú. —Tal era el estado de la insurrección popular del Alto-Perú, cuando la expedición de La Madrid penetrando en su territorio, cortó la línea de comunicaciones de los invasores de Salta a la altura de Yavi. La Madrid, faltando a sus instrucciones, en vez de operar por el despoblado, se inclinó sobre su derecha, dejó a su izquierda el rio y la quebrada de Sococha y determinó dirigirse sobre Tarija, dando como causal de esta variación la falta de cabalgaduras para llenar aquel objeto (1). «De este modo, dice el historiador Mitre, una simple diversión se convertia en una verdadera operación de guerra ofensiva, sin base, sin plan y sin más objetivo que la buena o mala estrella del aventurero jefe de aquella expedición».

La expedición de La Madrid, que tenia por segundo al mayor de artillería don Antonio Gilés, partió de la plaza de Tucumán el 18 de marzo de 1817, con encargo de dirigirse a la ciudad de Oruro. A los ocho días llegó al valle de San Carlos, donde le dió alcance un oficial de milicias de Tucumán, conduciendo 74 caballos de buen servicio, y un oficio del general Belgrano, en que decía a La Madrid, que eran esos los únicos caballos buenos de que podia disponer.

En ese acto resolvió el jefe expedicionario variar de direccion, separándose de las instrucciones que habia recibido, y contestó a su general diciéndole que él sabria

[1]. Memorias del general Gregorio Araoz de La Madrid, publicación oficial, Buenos Aires, 1895, t. I, pág. 116.

proporcionarse las cabalgaduras necesarias en Tarija, para una marcha tan dilatada y expuesta; y continuó su viaje, tomando la dirección hacia los campos del Marqués de Yavi, por Casabindo, con el ánimo de atravesarlos y dirigirse a Tarija.

A la altura de Cangrejillos, una de las partidas de la expedición sorprendió un destacamento enemigo, el 8 de abril, que de Tupiza se dirigía con comunicaciones al ejército invasor de Salta, matando seis soldados y un oficial, de los doce que lo componían, y tomando prisionero el resto, sin que uno solo escapase.

Casi al mismo tiempo que La Madrid comunicaba al cuartel general de Tucumán esta primera hazaña de su expedición, le alcanzó una comunicación del general Belgrano, reprochando duramente su falta de cumplimiento a las instrucciones militares que le habia dado. La Madrid se dió por ofendido, considerando injusto el reproche, y continuó su marcha, «resuelto a sacrificarse para hacer conocer a su general el acierto de su deliberación» (1).

Desde la altura de Cangrejillos tomó el rumbo del noroeste, y marchando con suma rapidez dia y noche, trasmontó la sierra bajando la cuesta del Inca, y entrando por la quebrada de Tolomosa, penetró al territorio de Tarija por la abra llamada Puerta del Gallinazo. Allì se le reunió el caudillo don Eustaquio Méndez, con más de 100 hombres de caballería, los más naturales de San Lorenzo. Estos, conocedores del pais, sirvieron desde allí de avanzada, y secuestraron a màs de 100 personas de ambos sexos, que encontraron en el camino, a fin de que no dieran noticia de su marcha.

Así avanzó cubierta por la vanguardia del guerrillero tarijeño la división expedicionaria de La Madrid, sin que se hubiese sospechado su presencia en aquellos lugares, hasta que el 14 de abril se presentó sobre las alturas que dominan la villa de Tarija (2).

---

[1]. Memorias ya citadas, t. I, págs. 117 y 118.

(2). Urcullu, *Apuntes*,, pág. 104, dice que el 4 de mayo de 1817, cincuenta dragones mandados por el capitán Juan José García, batieron y tomaron prisionero un escuadrón de cien hombres, que se replegaban a la villa de Tarija al mando del capitán don Andrés Santa Cruz, y que el día 5 llegó La Madrid a Tarija.—Las dos fechas, que han repetido todos nuestros historiadores, son inexactas, correspondiendo al 14 y 15 de abril de 1817; como es inexacto que cayó prisionero Santa Cruz, quien se hallaba en Tarija.—Tenemos a la vista los partes de La Madrid, fechado en Tarija el 18 de abril, el del ge-

Batalla de la Tablada y toma de Tarija.—La villa de Tarija estaba guarnecida por un batallón de Granaderos del Cuzco, mandado por el coronel don Mateo Ramírez. Se habian levantado trincheras en los contornos de la plaza y estaban atrincheradas las principales entradas «trincheras fuertes y bien construidas por dirección del mismo general La Serna». En el inmediato valle de Concepción estaba acampado un escuadrón, protegido por 50 hombres de infantería, del cual era jefe el teniente coronel don Andrés Santa Cruz, tan célebre después, quien por un accidente se hallaba aquel dia en Tarija. La Madrid, en la dirección que llevaba, dejó a Concepción a su derecha, interponiéndose entre ambas fuerzas, y amagó a la villa por la parte del Este. En la quebrada colectó algunas cabalgaduras y pudo acelerar su marcha. El 14 avistó Tarija, y cuando se apercibió Ramírez que tenía fuerzas enemigas al frente, creyó que era una partida de Uriondo, y se apresuró a salir a su encuentro, diciendo: «Vamos a desparpajar e esos gauchos» (1).

En esos momentos la columna patriota descendía de la Tablada, cuando las tropas realistas empezaban a pasar el rio. La Madrid mandó desmontar los cañones y formar en batalla su infantería, rompiendo el fuego, rio por medio. Intimidado Ramírez por los cañonazos, se reconcentró a la plaza.

La Madrid ocupó el morro de San Juan que domina la villa, estableciendo en él sus dos piezas de artilleria, ocupó los suburbios, e intimó rendición al enemigo, en estos términos: «Si en el término de media hora no se rinde usted a discreción, con la división de su mando, tanto usted como ella, serán pasados a cuchillo. Dios guarde a usted muchos años. Puerta de Gallinazo, abril 14 de 1817. Gregorio Araoz de La Madrid. Señor comandante de la guarnición de Tarija D. Mateo Ramírez».

La respuesta inmediata de Ramírez fué esta: «He recibido su oficio de usted en el que se me impone pena

---

neral Belgrano, de Tucumán, de 26 de abril, el de don Bernabé Araoz, gobernador de Tucumán, fecha 2 de mayo, la carta de La Madrid a don Bernabé Araoz, de Tarija el 18 de abril, el parte del capitán José Alejandro Carrasco, de Tarija, 17 de abril, otro parte de Belgrano, de Tucumán, a 3 de mayo, el parte del general don Francisco de la Cruz, de Tucumán, el 1º de mayo, y los oficios de intimación de La Madrid y las respuestas del comandante de la guarnición de Tarija don Mateo Ramírez. Todos estos documentos están publicados en los «Partes Oficiales», etc. obra ya citada, t. II, págs. 416 y siguientes.

(1). Memorias de La Madrid, t. I. pág. 118.

de ser pasado a degüello con la guarnición de mi mando, si en el término de media hora no me entrego a discreción. Los oficiales de honor solo por tirar cuatro tiros no se entregan a discreción; lo haré solo cuando me queden veinte hombres, y estos sin municiones útiles para batirse. Dios guarde a usted muchos años. Tarija, y abril 14 de 1817. El gobernador de esta plaza Mateo Ramírez—Señor D. Gregorio Araoz de La Madrid comandante de la división que se me presenta al frente en el campo de esta Villa».

Durante la noche del 14 de abril, continuó el fuego sobre la plaza y la caballeria patriota ocupó todas las salidas del pueblo, donde se situaron los guerrilleros tarijeños que se habian incorporado conducidos por sus caudillos. Dice el general La Madrid que esa noche fueron tomados varios chasquis que mandaba Ramírez a las fuerzas que guarnecian Concepción, y a las del general Vivero que se encontraba en el partido de Cinti, pidiéndoles auxilio, y que el teniente coronel don Andrés Santa Cruz, repetidas veces hizo inútiles esfuerzos para salir de la villa para traer las fuerzas de su comando (1).

Al día siguiente, 15 de abril, por la mañana, se presentó en el campo denominado de la Tablada, la fuerza de Concepción, que al ruido de los cañonazos acudia en auxilio de la plaza en número de 50 ginetes y 50 infantes. Mandábala el segundo de Santa Cruz, llamado Malacabeza. Anoticiado de ello La Madrid, dejó el asedio de la plaza a su segundo, el mayor don Antonio Gilés, y salió personalmente al encuentro de la columna enemiga al frente de sus húsares. Lo siguieron el capitán Lorenzo Lugones, sus ayudantes Manuel Cainzo y Victorio Llorente y algunos más que se incorporaron en el trayecto.

Los realistas de la villa ocuparon torres y techos para presenciar la contienda, alistándose a salir de sus trincheras para atacar por retaguardia a La Madrid; pero los guerrilleros, que durante esa noche y el día anterior se incorporaron a la expedición, mandados por Uriondo, Méndez, Avilés y demás caudillos, ocuparon la cuenca del rio Guadalquivir, batiéndose bravamente con los granaderos del Cuzco, sin dejarlos salir de sus trincheras. Sin el oportuno concurso de los caudillos tarijeños, hubiera sido tomada la retaguardia de los patriotas por las tropas de la plaza.

[1]. Memorias, t. I, pág. 119.

Cuando llegó La Madrid al sitio del combate se convenció de la superíoridad del número de sus enemigos: la caballería se le venía encima, precedida de los infantes desplegados en tiradores. Entonces, mandó a su ayudante Llorente, con orden de pedir a Gilés destaque la primera compañía de húsares al mando de su capitán Mariano García.

Dice La Madrid, que comprendió él, que volver las espaldas en espera del refuerzo pedido era desanimar a sus soldados, que nunca lo habian visto sinó cargando en prímera linea, por lo que ordenó a Lugones que con 14 hombres ataque por la izquierda, y con los otros a Cainzo cargue por la derecha, y con el resto por el centro dando la voz de: «Carabinas a la espalda, sable en mano y a degüello, a ellos que son unos cobardes». Se lanzaron los patriotas como un huracán sobre los realistas. Agrega La Madrid, que en el destacamento enemigo venía un capitán Vaca, cinteño, al que conocia mucho, y que este al verlo y oir su voz dió media vuelta y echó a correr aterrado, que el escuadrón compuesto en su mayor parte de milicianos lo siguió en su huida,

El combate fué tan rápido, que cuando llegó al campo el capitán García con sus húsares, encontró que habian sido tomados 40 prisioneros. Recorriendo La Madrid el campo encontró 63 muertos, y agrega que él no perdió sino al negro herrador que marchaba a su lado y que solo tuvo cinco heridos (1). Se distinguió en este encuentro, el capitán Lorenzo Lugones, que en calidad de aventurero seguía la expedición.

Regresó La Madrid envanecido de tan prodigioso y rápido triunfo, y se incorporó a Gilés que ocupaba el alto de San Roque con las tres compañías de infantería y las dos piezas de artilleria. Mandó a los prisioneros que estaban levemente heridos, que penetraran a la plaza y contaran el desastre que habian sufrido, trasladándose él con la artillería al morro de San Juan. Acto seguido dirigió una segunda intimación a la plaza, previniendo al jefe de ella, que las comunicaciones en que pedia auxilios a Cotagaita, a Potosí y Cinti habian sido interceptadas, y le dió de plazo cinco minutos para decidirse.

El jefe español, olvidando su arrogante respuesta an-

---

(1). Memorias, t. I, págs. 120 y 121. Citamos a La Madrid, de valor heroico innegable, pero cuya relación exagerada y jactanciosa inspira poca confianza. En sus Memorias dice que fueron 63 los muertos del enemigo, y en su parte 65.

terior, contestó que, aun cuando tenía fuerza suficiente para sostenerse, pedía capitulación, y se entregaba prisionero con su guarnición sin más condiciones que los honores de la guerra, garantías para los paisanos a quienes habia obligado a tomar las armas, y el uso de la espada para los oficiales, con seguridad para sus bagajes.

En el acto contestó La Madrid, del Alto de San Juan, admitiendo la rendición de la plaza, bajo los tres artículos propuestos, «en la inteligencia de que ahora mismo deberá salir con toda la guarnición a rendir las armas al campo de las Carreras, situado al este del pueblo, con sus respectivos jefes y oficiales». (1).

En consecuencia, en el mismo día rindieron sus armas en el campo de las Carreras, 3 tenientes coroneles (entre ellos Santa-Cruz), 18 oficiales y 274 soldados, siendo los trofeos de este triunfo 400 fusiles, 114 armas de toda especie, 5 cajas de guerra y muchos otros pertrechos militares.

El general Belgrano cuando recibió el parte de la toma de la importante plaza de Tarija, felicitó efusivamente a La Madrid por el éxito de su empresa, confiriéndole el grado de coronel efectivo, y premió con el ascenso de un grado a los que concurrieron a ella.

Después de la rendición de la plaza, se dedicó el vencedor a reorganizar su división. Los patriotas tarijeños le proporcionaron caballos, armas, municiones y cuanto género de bagajes pudiera necesitar para proseguir la campaña. Sesenta jóvenes tarijeños voluntarios se incorporaron a la expedición, dándose de alta en el escuadrón Húsares.

Una vez que terminó sus aprestos el jefe patriota, y después de una permanencia de 20 días en Tarija, dejando el mando de la plaza y de la provincia toda a don Francisco Uriondo, el 5 de mayo de 1815, emprendió viaje con rumbo a Potosí, al frente de una división de mas de 400 hombres de las tres armas, siendo acompañado de algunas partidas de guerrilleros con sus respectivos caudillos.

---

(1). Son varias las contradicciones que se encuentran entre el parte oficial y las Memorias del mismo La Madrid. En su parte dice que hizo la segunda intimación a la plaza con el capitán García, y en sus Memorias, que mandó a su ayudante Manuel Cainzo. Cualquiera que haya sido, es de suponer que fué también el portador de la respuesta del jefe de la plaza; pero, en sus Memorias, t. I, pág. 122, dice que el jefe enemigo en persona se le presentó en compañía del ayudante Cainzo, con el pliego de proposiciones de capitulación, lo que es inverosímil, y no hace referencia alguna de hecho tan notable en su parte oficial.

Injusticia de La Madrid con los caudillos tarijeños—Con razón dice el general Ramallo, que la lectura del parte oficial en que La Madrid dá cuenta de su triunfo al general Belgrano entraña una injusticia que no sabemos cómo calificar.

En ese documento recomienda y aplaude la bravura de sus tropas, elogiando hasta a los cadetes que fueron con él desde el Tucumán, y no dice una sola palabra de la actitud resuelta y oportuna de los valerosos guerrilleros tarijeños que con él tomaron la plaza, contribuyendo eficazmente al éxito de la empresa.

Méndez, desde la cuesta del Inca, lo auxilió con 100 guerrilleros a caballo, con cuya cooperación pudo ocultar sus movimientos al enemigo. Fueron los guerrilleros de Méndez los que impidieron que persona alguna les tomara la delantera a Tarija, secuestrando en el camino a más de 100 personas de ambos sexos. Uriondo se incorporó el día 14 con 1,000 montoneros de los comandos de Mendieta, Rojas y Avilés; estos hicieron el servicio de seguridad en los caminos y contorno de la villa, y no dejaron pasar a los emisarios que envió Ramírez a Concepción, Tupiza y Cinti. Conocedores de las más extraviadas sendas su vigilancia era irremplazable por los soldados de La Madrid, que no conociendo el terreno en el que operaban, no hubiera sido extraño que pasando los emisarios mandados por el jefe realista hubiesen acudido Lavin, O' Relly, o Vivero en su auxilio, y La Madrid no hubiese podido conservar la plaza en su poder los 20 dias que quedó en ella.

Por otra parte, el número de montoneros el día 15 fué abrumador, porque en la noche del 14 se incorporaron todas las partidas que merodeaban por esos contornos. Hemos visto cómo guardaron la retaguardia de La Madrid cuando fué al encuentro de las tropas reales a la Tablada, y es por eso que la rendición tan pronta de las trincheras obedeció al cúmulo de los montoneros que se presentaron al rededor de ellas, porque Ramírez pudo haberse batido sin mucho esfuerzo con los soldados de La Madrid, cuyo número apenas superaba al de la guarnición, siendo en mucho superior en calidad y disciplina la de los renombrados granaderos del Cuzco.

Por temor a los montoneros, al verlos en tan gran número y apoyados por las tropas de línea, dictó Ramírez el artículo 3o. del tratado que como capitulación man-

dó a La Madrid, que decía: «que entren a la plaza sólo las tropas de línea», precisamente porque los realistas temían a los montoneros más que al fuego, porque estos no daban ni recibian cuartel, y tenian muchos agravios que vengar. Por esto, quiso Ramírez capitular cuanto antes con el héroe argentino, quien en justicia debió haber dicho algunas palabras de aliento, elogiando la conducta valerosa y patriota de los hijos de Tarija, que tan esforzadamente coadyuvaron a su victoria. Pero no se ve en el parte una sola palabra de justicia para ellos, y ni siquiera se menciona su concurrencia (1) a la toma de la villa de Tarrja, cuya plaza quedó a cargo de ellos cuando para proseguir su campaña la desocupó La Madrid (2).

Primeros resultados de las victorias de La Madrid en Tarija.—La noticia de la rendición de Tarija, fué la primera que tuvieron los realistas de la expedición argentina, y cayó como un rayo en las provincias del Alto-Perú. La fama abultó su importancia, dando a La Madrid un cuerpo de tropas de dos mil hombres, suponiendo una combinación con el ejército de Tucumán, por la vía de Orán, lo que hizo cundir por todo el pais la alarma en unos y la esperanza en otros.

Los jefes españoles, completamente sorprendidos, en la ignorancia de la suerte del ejército de La Serna, en medio de poblaciones dispuestas a la insurrección, podian contar por lo pronto con las guarniciones fijas de Potosí, Chuquisaca y Cotagaita, y algunas columnas volantes sobre Cinti y el rio San Juan, que reunidas alcanzaban a 1800 hombres de línea, diseminados desde Tupiza hasta Tarabuco.

El general Ricafort, que mandaba en Potosí, que habia sido el verdugo de los americanos en el Cuzco y La Paz, era empero un militar inteligente y resuelto, y fué el primero que se puso en campaña al frente de un batallón y varios piquetes, con cuya fuerza se adelantó hasta Tupiza. O' Relly, con dos batallones y una compañía

(1). Leyendo el parte de La Madrid, encontramos que apenas hace mención del capitán de gauchos de Santa Victoria, José Antonio Ruiz, y de los capitanes Esteban Garay, de las milicias de San Luis de las Salinas, y Matías Guerrero, de las de San Lorenzo, Al concluir, dice: «El Capellán Dr. D. Agustín de la Serna, no se ha separado de mi lado y me ha servido de mucho».

[2]. Rectificación histórica. Batalla de la Tablada, por M. Ramallo.

de caballeria, ocupó sucesivamente las alturas de Cinti con una columna volante.

Estos movimientos mostraban que los jefes esperaban un ataque de frente, y que precaviéndose contra él, extendían su línea defensiva, esquivando su izquierda en previsión de un avance por Cinti, a fin de mantener así el dominio del camino de comunicaciones con Humahuaca, a la vez que proteger a Chuquisaca.

La Madrid por su parte, como queda dicho, remontó su columna con 60 voluntarios tarijeños y 130 prisioneros cuzqueños, y dispuso que los grupos de partidarios que se le habian reunido y los insurrectos de Cinti se adelantasen a entretener a Ricafort, O' Relly y Lavin, llamando su atención. En seguida encomendó a Uriondo la defensa de Tarija, y se puso en campaña con el grueso de su fuerza en dirección a Potosí, desistiendo de su primera idea de operar por Cinti, donde a la sazón se hallaba el coronel Azebey al frente de la insurrección patriota, al que dió orden de buscar su incorporación (1).

Lanzándose La Madrid por caminos extraviados, trasmontó las sierras, con su artilleria a brazo y sus caballos de la rienda, y maniobró hábilmente entre las dos columnas enemigas, poniéndose a retaguardia de ellas. Ricafort, reforzado con la columna que desde Jujuy habia despachado La Serna custodiando el correo, fué el primero que se apercibió de esta extratagema, y acudió prontamente a cubrir a Potosí. Sabedor La Madrid de este movimiento por las comunicaciones que habia interceptado, y de que una columna al mando del comandante Ostria debia marchar en auxilio de Chuquisaca, tomó a la altura de los baños termales de Don Diego, el camino que desde Potosí conduce a aquella ciudad. A mediados de mayo La Madrid atravesaba el Pilcomayo, habiendo franqueado más de 80 leguas sin ser sentido, al mismo tiempo que O' Relly, que quedaba a retaguardia de su derecha, anunciaba oficialmente que lo tenía a la vista.

(1). Cuando Mariano Acebo era jefe de partidarios en Cinti, Asebey que se hallaba al lado de Güemes, fué nombrado por éste en noviembre de 1817 jefe de la Laguna en sustitución de Padilla y Belgrano confirmó el nombramiento, pidiendo para él el grado de coronel de milicias, que le otorgó el gobierno. Asebey fué hasta Cinti y regresó enfermo a Orán, siendo nombrado entonces, don Estéban Fernández jefe de la insurrección de las fronteras. Cuando Fernández marchó a Pomabamba, Asebey pasó a Cinti y relevó a Acebo en el mando de los partidarios de este punto, y allí se hallaba cuando tuvo lugar la expedición de La Madrid a quien se incorporó despues, como se verá.

Aventuras de La Madrid: sorpresa al escuadrón de López; combates de Chuquisaca, Yamparáez y Sopachuy.— La Madrid se dirigía a Chuquisaca, cuya guarnición, según afirma el general Paz, (1) era mucho menos importante en calidad y número, que la que acababa de vencer en Tarija, al paso que la fuerza libertadora se había duplicado con los voluntarios que habia reunido. El 20 de mayo, al tiempo de penetrar a la quebrada de Yotala, al desembocar la de Totacoa, donde existe una cuesta que acorta el camino y viene a caer a la finca de Cabezas, desde cuyas alturas se domina Chuquisaca, la avanzada patriota señaló la presencia de una fuerza de caballeria enemiga que descendia por el mismo camino (2). Era el escuadrón denominado de la Laguna, perteneciente a la guarnición de Chuquisaca, que exploraba el camino en sentido opuesto, y que por uno de aquellos acasos, que no son raros en los paises montañosos, donde los caminos son precisos y cerrados, se encontraba con su enemigo, cabalmente en la intersección de dos de ellos. Los realistas, al divisar desde la altura la columna patriota, hicieron alto y parecieron vacilar. Entonces La Madrid, ordenando a su tropa que no hiciera movimiento alguno, se adelantó a gran galope, y agitando un pañuelo blanco, les gritó: «Bajen, que es el auxilio de Potosí». El jefe enemigo, que lo era el comandante don Eugenio López, persuadido que aquella era la columna de Ostria, descendió apresuradamente seguido de algunos oficiales, y grande fué su humillación y sorpresa, cuando a los gritos de *¡Viva el rey!* dados por los patriotas, se vió rodeado y obligado bajo pena de la vida a ordenar a su tropa que descendiera al llano, intimación a que tuvo que resignarse mal de su grado. La tropa, alucinada como su jefe y engañada por él, quedó prisionera, sin que fuera necesario, como dice el general Paz, dispa-

(1). Memorias, t. I, pág. 312.

[2]. Ningún historiador ha fijado el punto preciso de este encuentro. La Madrid dice en sus Memorias que fué en el lugar que iba a «subir la cuesta de Cachimayo, que conduce a las alturas de Chuquisaca», y la que está al frente de Yotala. El general Paz en sus Memorias, duda si fué en el mismo pueblito de Cachimayo, aun que supone que fué en él. Urcullu dice: «Cuando La Madrid salía de la quebrada de Totacoa, para el pueblo de Yotala». Según esto, si como lo afirma Urcullu, La Madrid salía de la quebrada de Totacoa, y si como La Madrid dice, la tropa realista descendía una cuesta desde las alturas de Chuquisaca, el encuentro tuvo lugar en el punto que hemos indicado.

rar un tiro, desenvainar un sable ni derramar una gota de sangre. Fué este el último golpe de fortuna de una expedición, en que el acaso más que la previsión habia intervenido hasta entonces.

En la misma noche del 20 se puso la expedición sobre Chuquisaca, y ocupó el alto de la Recoleta que domina la ciudad, donde se estableció la artillería. La población estaba entregada al descanso, al amparo de sus fuertes trincheras artilladas, bien que no contase con más guarnición que 100 hombres de línea. El resto de su guarnición que lo componía el batallón Centro y las compañías de Maruri, estaba acantonado en Tarabuco, a las 12 leguas de Chuquisaca, haciendo frente a la insurrección de la Laguna, que aun se mantenía en pie a las órdenes de Fernández y Ravelo. Si en aquel momento La Madrid hubiese resuelto el ataque, es probable que hubiese tomado la plaza por sorpresa; pero temiendo los desórdenes que podrian producirse en medio de la oscuridad, espero a que amaneciera, persuadido que ella se rendiría como Tarija a la segunda intimación.

Desde la posición que ocupaba la artillería patriota en la Recoleta, enfilaba las dos calles de la ciudad que desembocan en la plaza principal, (1) y en esta dirección se apuntaron las dos piezas. Al rayar el alba, juntamente con el toque de diana de los de la plaza, retumbaron los cañones de la Recoleta, en medio de los vivas de los patriotas, que según el plan convenido debian a esta señal situarse a dos cuadras de las trincheras y esperar órdenes. Precisamente la señal de alarma de la plaza eran dos cañonazos, en previsión de las frecuentes incursiones de las republiquetas a que estaba expuesta, asi es que, inmediatamente sus defensores acudieron a ocupar sus puestos. Mayor fué la alarma, cuando a la primera intimación, se supo que era un jefe tan renombrado como La Madrid el que estaba al frente. Los vecinos fueron llamados a tomar las armas, y la defensa se organizó en las trincheras y edificios adyacentes a una cuadra de la plaza mayor (2).

Rechazada dignamente la primera intimación, y no

(1). Calles de la Audiencia, que llega a la esquina de la Catedral, y de Santo Domingo, hoy Calvo.

[2]. Dice La Madrid en sus Memorias, t. I, pág. 131, que ordenó al capitán García, viniese con 8 hombres escogidos, para que sirvieran de guías a la compañía de tarijeños, del escuadrón de húsares, que mandó dividir por mitad: 30 al mando de su capitán Mendieta, el caudillo tarijeño, que debian atacar por la vereda de la derecha, y los otros 30 a órdenes del capitán García, por la izquierda.

contestada la segunda, dió La Madrid la señal de ataque. En previsión de esto habia hecho circundar la ciudad por 300 indios que se le habian reunido, distribuyendo su fuerza en seis destacamentos que debian atacar por seis partes distintas, y lanzarse a un asalto franco por las ca lles, sin ligar estos ataques entre sí y sin prevenir ninguna reserva. Los asaltantes recibidos a bala y metralla y fuego de fusil de las torres, de los balcones, de las arpilleras del resinto fortificado y de los tambores que lo flanqueaban, (1) fueron rechazados en todos los puntos a cien varas de las trincheras, dejando algunos muertos, y con trabajo pudo ser salvada una pieza de artillería, que hubo de ser tomada en una salida parcial que intentaron los sitiados.

La pérdida de los españoles fué de 22 hombres, y la de los patriotas pasó de 30 entre muertos y heridos, siendo mayor la que sufrieron por dispersión, y sobre todo, por la desmoralización que se introdujo en sus filas.

Rechazado La Madrid de las trincheras de Chuquisaca, defendidas heroicamente por el vecindario más que por la guarnición, «no por afecto a la causa real, dice el general Paz, sino por defender sus personas y propiedades, que creian amenazadas por una turba indisciplinada», retiró sus columnas a la Recoleta, sin que el enemigo hubiese dado un paso fuera de trincheras para perseguirlo. Esa misma noche emprendió viaje con toda su columna, en busca de nuevas aventuras, a ver lo que la fortuna podia dar.

Hemos dicho antes, que La Hera se hallaba en Tarabuco al frente del batallón Centro con algunos otros piquetes y dos piezas de artillería, cuya fuerza total pasaría de 400 hombres bien organizados y bien mandados, siendo el segundo de La Hera el comandante Espartero. La Madrid se puso en marcha en su busca, con el objeto de batirlo, al frente de 600 hombres escasos y desmoralizados.

El campo de Yamparáez, que tenía que atravesar para el efecto, es una llanada accidentada, con anchos horizontes, limitada al poniente por una sierra, del otro lado de la cual se encuentra Tarabuco. Grandes ondulaciones y pequeñas quiebras lo cortan en todo sentido, y monto-

---

[1]. Teniamos que sufrir, dice La Madrid, Memorias, t. I, pág. 132, los fuegos que se nos hacía desde los balcones y las torres de la plaza, y sufrir las piedras, y tachos de agua hirviendo que nos arrojaban desde las ventanas.

nes de riscos de grandes dimensiones, desparramados como al acaso, le dán un aspecto fantástico y melancólico. Serian las cinco de la tarde cuando la columna patriota penetró en este campo. Allí hizo un corto descanso y al ponerse el sol continuò su marcha. Una partida de ocho batidores con 20 indios vaqueanos iba a la cabeza; seguian, un destacamento de 16 carabineros, y más a retaguardia el resto de la fuerza en columna sucesiva. La infanteria llevaba el centro y con ella iba la artilleria a lomo de mula, y por fin los prisioneros y los heridos.

Como dos horas antes de amanecer, y próximos a la cuesta que debían ascender, los patriotas fueron sorprendidos por una descarga de puntería a quema ropa, que introduciendo el pánico en la caballeria, que marchaba a la cabeza, la puso en dispersión. Siguióse a esto un vivo tiroteo y toques de tambores y corneta, que anunciaban la presencia de una fuerza enemiga sobre el flanco. Eran 100 hombres de la división de Tarabuco, al mando del capitán Felipe Rivero, que en ese mismo día habia salido con el objeto de expedicionar sobre una reunión de indios que se creía inmediata. Al descender la cuesta, el oficial que los mandaba descubrió a los exploradores de La Madrid que se habian desviado del camino para vivaquear, y más a retaguardia una tropa en marcha, cuyo múmero no pudo apreciar en la oscuridad, pero que sospechó fuesen enemigos. Apartándose del camino que seguía, se situó sobre uno de sus costados, dominando una especie de desfiladero formado por dos montículos de peñascos. Al comprometerse la cabeza de la columna patriota en este paso, dieron los centinelas españoles el grito de *¿Quién vive?* y a la contestación: *¡La Patria!* partió la primera descarga.

La Madrid, como de costumbre avanzó resueltamente a la cabeza de dos hombres, cargó sable en mano sobre los enemigos y fué rechazado; volvió a intentar nuevo ataque con algunos infantes, siguiéndose un tiroteo que acabó de desorganizar la columna patriota. Los españoles, apercibidos de la superioridad de la fuerza con que se batian, se pusieron en retirada por el camino que habian traido, llevando algunos prisioneros, y fueron a dar la voz de alarma en Tarabuco.

Al amanecer el 22, el campamento patriota ofrecia el aspecto de una completa derrota. Algunos muertos se veian tendidos en el lugar del combate, más de un tercio de la fuerza se habia dispersado, la artilleria extraviada, y

una parte de los soldados había perdido sus armas. Felizmente pudo encontrarse la artillería y reunír la mayor parte de los dispersos; con lo cual volvió La Madrd a su insanable optimismo, y mandó tocar dianas en señal de triunfo, despachando comunicaciones en todas direcciones con el anuncio de su victoria. Restablecido aparentemente el orden, la expedición siguió su interrumpida marcha, y al día siguiente llegó a Tarabuco que encontró abandonado.

La Hera, oportunamente prevenido, había evacuado el reducto. Desde el cerro de las Carrëtas, pudo observar los movimientos de La Madrid el día 22. Maniobró en consecuencia corriéndose por uno de sus flancos, y llegó el 23 a Chuquisaca, donde esperó la incorporación de la columna de O' Relly, que ya estaba en marcha en persecución de los expedicionarios.

La Madrid, en vez de aprovechar útilmente el tiempo que los enemigos le dejaban libre, mientras operaban su reconcentración, se empeñaba en buscar nuevas aventuras, contando tal vez con algún nuevo golpe de fortuna. Habiéndosele incorporado en Tarabuco la división de partidarios de la Laguna, a las órdenes de Fernández y Ravelo, y la de Cinti a las del coronel Asebey, volvió a encontrarse al frente de una columna como de 700 hombres, sin contar los indios que lo acompañaban. Con este contingente, se creyó en aptitud de volver a tomar la ofensiva; y después de descansar tres días en Tarabuco, emprendió nuevamente su marcha sobre Chuquisaca, en cuyos alrededores se situó acompañado de gran muchedumbre de indios que figuraban un ejército. La Hera, como un león enjaulado, ansiaba por salir a su encuentro con su división; pero sus instruciones se lo prohibian, y el presidente de Chuquisaca, que lo era don Pascual Vivero, se oponía a ello, en la suposición de que La Madrid tenía realmente la fuerza que aparentaba.

En esta situación aquívoca se pasaron otros tres dias A fines de mayo, los indios que tenia apostados en las alturas del Pilcomayo, camino a Potosí, anunciaron a La Madrid que la columna de O' Relly, fuerte de más de 1000 hombres en su mayor parte de infantería, se aproximaba a reunirse con La Hera en Chuquisaca, recibiendo al mismo tiempo la noticia de que La Serna con el ejército invasor a Salta regresaba al Alto-Perú. En tal conflicto, La Madrid se decidió como de costumbre por el peor de todos los partidos. Sin plan, sin probabilidad ninguna de

éxito, y agravando más una situación perdida, salió al encuentro de la columna de O' Relly, con ánimo de batirla por sorpresa en la quebrada del Pilcomayo, huyendo de la columna de La Hera, que era la más débil, la cual inmediatamente salió tras sus huellas, y le cerró la garganta delante de la cuesta de Cachimayo, combinando su movimiento con O' Relly.

El jefe patriota, maniobró con tan escaso tino y tan poca prudencia ante ambas columnas, separadas por la distancia de cuatro leguas a lo sumo, que, al intentar volver sobre La Hera, se encontró el 7 de junio frente a 1500 hombres que le obligaron a emprender la retirada precipitada, con sus cabalgaduras en mal estado. Perseguido hasta la cuesta de las Carretas, llegó a los dos días a Tarabuco, y desde allí emprendió una fuga ordenada, marchando día y noche sin comer y sin dormir.

A los tres días de penosa marcha, 11 de junio, como a las nueve de la noche, penetraron por una estrecha garganta a un valle circular, extenso, apacible, de suave temperatura y alfombrado de ricos pastos. A su fondo, se descubria en medio de la oscuridad una elevación cortada horizontalmente, como una meseta, en cuya falda se diseñaba a manera de decoración un pueblito, cuyos árboles se destacaban en el fondo de un cielo sereno. Todo convidaba al descanso, y hombres y caballos exahustos de fatiga, se rindieron al sueño sin que el jefe tomase ninguna precaución. Aquel lugar era Sopachuy, que debía ser el sepulcro de la expedición.

A las 8 de la mañana del día siguiente, 12 de junio de 1817, el campamento patriota despertó al estrépito de descargas cerradas, que se sucedian sin interrupción. Era el activo La Hera y su segundo Espartero, que con el batallón Centro y un escuadrón de caballeria, habian tomado la vanguardia, y marchando por el flanco derecho de la columna patriota con el intento de cortarle la retirada en Sopachuy, desembocaban en la quebrada por uno de sus flancos. Desde este momento todo fué confusión, y la derrota se declaró antes de poder organizar la resistencia. Todos huyeron, con abandono de la artilleria y una bandera, y dejaron en poder del enemigo como trescientos hombres entre muertos, heridos y prisioneros, rescatando los vencedores los suyos. Según el mismo La Madrid, los primeros que abandonaron el campo fueron sus jefes principales. Distinguiéronse en la retirada, que con sus derrotados restos emprendieron al frente del enemigo, el mayor

Ravelo y el capitán Lugones, que con sus guerrillas de retaguardia salvaron el honor de aquella desastrosa jornada (1).

Este fué el último combate de la última invasión de las armas argentinas en el Alto Perú. Desde ese dia la separación entre las Provincias Argentinas y las del Alto-Perú, fué un hecho definitivo.

La Hera, satisfecho con su triunfo y mal de cabalgaduras, se replegó a la Laguna, y O' Relly a Chuquisaca, donde se colgó por 24 horas en la horca la bandera tomada en Sopachuy.

Retirada de La Madrid a Tarija.—La Madrid pudo ejecutar así con más descanso su retirada, franqueando en cuatro días las 21 leguas que median entre Sopachuy y Pomabamba a donde llegó el 16 de junio de 1817 a la cabeza de 150 hombres, últimas reliquias de la expedición que habia rendido a Tarija, sitiado dos veces a Chuquisaca, tomado cerca de 400 prisioneros y sublevado el pais en su caprichoso trayecto. Desde Pomabamba continuó su marcha orillando las fronteras por los valles del Pilcomayo y del Pilaya, y atravesó los llanos de Culpina, llegando a Tarija en el más lastimoso estado, en circunstancias en que una división española al mando de Ricafort maniobraba a fin de cortarle la retirada.

Esta división tomó posición de la villa de Tarija el 11 de julio de 1817. La Madrid, en combinación con Uriondo pretendió disputar el terreno; pero después de algunos movimientos falsos y encuentros sin resultado, fracasó también en este empeño. «Con la noticia de que La Madrid tomó la dirección de Tarija, dice el historiador español García Camba, el general en jefe La Serna, ya en Tupiza, activó la salida del brigadier Ricafort para aquella provincia con los dos batallones del Imperial Alejandro, el escuadrón de Cazadores y dos piezas de artillería, no solo con el fin de someterla otra vez a la legítima obediencia, sino con el designio de poder salir al encuentro a La Madrid, cosa a la verdad muy dificil de conseguir

---

(1). A consecuencia del parte de La Madrid sobre esta jornada, en que acusaba a los indicados jefes y otros oficiales de cobardía, se formó un consejo de guerra, que los absolvió, haciendo el debido honor a La Madrid. El general Paz dice en sus Memorias, que no se encontró personalmente en esta campaña, pero que se informó prolijamente de los sucesos, con motivo de ser el defensor de uno de los oficiales juzgados en el consejo de guerra, y que puede hablar con conocimiento de causa.

en un país tan extenso, tan montuoso y del cual eran tan prácticos los enemigos. Vagaban por allí las facciones de los cabecillas Uriondo, Méndez, Garay, (1) Rojas y Guerrero» (2).

Las correrias de La Madrid en Tarija, protegido por los caudillos de la provincia. —La Madrid llegó a Tarija y sin detenerse pasó al valle de Concepción, de donde mudó su campamento a Toldos, y allí se fortificó como para permanecer largo tiempo, organizando su fuerza y haciendo curar a sus enfermos con un médico que le mandó de Tucumán el general Belgrano.

El 7 de julio oficiaba de Santa Ana al comandante don Juan Rojas, jefe de la división patriota situada en Yavi, ordenándole que venga con sus fuerzas a reunírsele en el punto indicado de Santa Ana, si sus instrucciones no se lo impedian, y que lo socorra con municiones de las que se encontraba escaso. En la misma comunicación decia La Madrid, que estaba reponiendo sus cabalgaduras para salir a buscar al enemigo si no se atrevía a presentársele.

Con fecha 10, desde la villa de Tarija, el gobernador don Francisco Uriondo, decía al mismo comandante Rojas: «Esta tarde entra el enemigo a esta plaza», y le pedía, por encargo de La Madrid, que acuda en auxilio de la infeliz provincia, con las partidas que estaban a sus órdenes; y concluía comunicándole que La Madrid ha marchado a situarse en el valle de Concepción, debiendo él pasar esa misma tarde a Santa Ana, para guardar la retaguardia de la columna patriota y amagar de cerca al enemigo.

El 21 de julio se dirigía La Madrid de su campamento de Toldos, al general Belgrano, dándole parte oficial de varios movimientos y tiroteos con el enemigo en la provincia de Tarija.

El 14 de ese mes se presentó el coronel Vigil en las

---

[1]. Garay fué derrotado y muerto en Chocloca, en agosto de 1817, juntamente con un teniente y seis soldados, tomándole 40 prisioneros con algunos carabineros y 60 caballos.

[2]. General Paz, Memorias, t. I, cap. VIII. La Madrid, Memorias, t. 1, págs. 114 y siguientes. Mitre. Hist. de Belgrano, t. II, cap. XXXIII. Urcullu, Apuntes, etc, págs. 104 a 107. Cortés. Hist. de Bolivia, págs. 78 a 80. Camba, t. I, pág. 261 a 264. Partes Oficiales, t. II, págs. 416 a 426.

cercanías del pueblo de Padcaya, con una columna realista, y salió a su encuentro el capitán Mendieta. A la vez, Uriondo con la división de su mando, se situó en la cuesta de Orosas, mientras La Madrid, con su segundo el mayor Ravelo y 40 hombres bien montados, reconocian la fuerza enemiga, a la que encontraron a las ocho cuadras del pueblo de Padcaya, en marcha formada en dos columnas su infanteria y con 80 hombres de caballería a la cabeza.

La fuerza patriota rompió los fuegos batiéndose en retirada y disputando la entrada del enemigo al pueblo, aprovechando de sus posiciones ventajosas en los desfiladeros y barrancos del camino, hasta que cayó muerto de un balazo el valiente capitán patriota Colet, por haberse precipitado demasiado al encuentro del enemigo.

Reconocida la superioridad de la fuerza española, que según La Madrid no pasaba de 800 hombres, los guerrilleros patriotas se retiraron con rapidez a su campamento de Toldos.

El enemigo ocupó el pueblo de Padcaya, teniendo su avanzada en Orosas, hasta el día 17 de julio, en que se retiró a la villa de Tarija, por haber tenido noticia de la aproximación del comandante Rojas por la parte de Camacho, y de que el comandante Méndez habia entrado a la villa, matando siete soldados y un oficial, y tomando once prisioneros con parte de los equipajes.

Evacuado el pueblo de Padcaya por las tropas españolas, inmediatamente fué ocupado por el capitán Ferreira, con 16 hombres de la columna de La Madrid, y el guerrillero don Matias Guerrero con sus partidarios.

Todavia en este parte se presenta La Madrid dominado por su incorregible optimismo, porque pide a Belgrano el auxilio de 300 mulas, y más municiones y armamentos para aumentar sus fuerzas «y dar un golpe mortal a los tiranos, sin que lo sientan». Concluye por pedir al general Belgrano un capellán, o título de tal para el cura de Padcaya don Juan José Mendieta, hermano del caudillo Mendieta, entonces capitán de húsares.

A la vez, el general Belgrano daba grande importancia a las operaciones de La Madrid y de los caudillos tarijeños, que eran los únicos que por esos dias distraian al ejército español. En oficio de 10 de octubre, decía Belgrano al gobierno de Buenos Aires: «Suspensos por algún tiempo los progresos de las armas de la nación, en las inmediaciones de la villa de Tarija se renuevan hoy con el

mismo entusiasmo y energía que anteriormente». Se refiere el general argentino a partes de La Madrid y de Uriondo «que demuestran los movimientos del enemigo en retirada y la sorpresa que ha experimentado por el sargento mayor don Juan Antonio Rojas en las cercanías de la villa de Tarija, perdiendo caballos, ganado de abasto, fusiles, hombres muertos y porción de heridos».

El gobernador de la villa de Tarija teniente coronel don Francisco Uriondo, desde su campamento de Padcaya, con fecha 24 de septiembre, decìa al general Güemes: «Desde el día 14 hasta esta fecha se nos han pasado del enemigo tres sargentos y cuarenta soldados con diez y siete fusiles. Estos están contestes en sus declaraciones, que la tropa se halla muy disgustada, que en acercándose nuestras partidas se vendrán muchos más; que el enemigo trata de retirarse, y que el coronel Marquiegui ha salido ya con 400 hombres y el hospital, y las familias. Estos mismos pasados aseguran que el general La Serna ya no tiene el mando del ejército, y que Olañeta está mandando interin llega Ramírez de Lima que viene a tomar el mando. Hoy mismo he hecho marchar al comandante Rojas a sorprender la caballada, que la tienen a media legua de la villa: si se logra, este golpe que no lo dudo queden imposibilitados de su caballerìa por su retirada, y los perseguiré entonces hasta donde me sufran los animales, con los infernales y gauchos».

Al día siguiente, 25 de septiembre, el mismo gobernador don Francisco Uriondo, daba parte desde su campamento de Padcaya, comunicando el éxito de la comisión que encomendó al comandante Rojas, quien sorprendió en la Tablada, en las proximidades de la villa de Tarija, a una compañía de 90 hombres que custodiaba la caballada, y después de una resistencia tenaz por parte del enemigo, le mató 12 hombres, a más de algunos herídos que fueron conducidos a la plaza; tomó después 139 cabezas de ganado vacuno, seis caballos ensillados y cinco fusiles. Cuando el enemigo salió de la villa con toda su fuerza, Rojas estaba en retirada, y no pudo ser alcanzado porque la columna española estaba a pie.

A la vez comunicaba La Madrid, desde su campamento de Toldos, que los enemigos que ocupaban la provincia de Tarija se hallaban en tal estado de miseria, que no podrian sostenerse quince días más sino recibiàn algún refuerzo; que el ganado que sacaron de las Cajas lo habia remitido Ricafort a Cotagaita. Avisaba que Rojas

se había situado en Concepción, con su partida y algunas más de las de Uriondo; que el capitán Segovia ocupaba Santa Ana con 80 hombres de la división y 50 milicianos, y el capitán García con 50 húsares reunido con el comandante Méndez, estaba en Sella, del partido de San Lorenzo; todos en comunicación y de acuerdo para cargar sobre la villa (1).

Cerca de cinco meses permaneció La Madrid en su campamento de Toldos, al que puso el nombre de *Villa La Madrid*, moviendo y animando a los caudillos y guerrilleros tarijeños, haciendo él repetidas escursiones y amagos de asalto sobre la villa de Tarija, y replegándose siempre sobre su inexpugnable cuartel general, hasta que, en el mes de noviembre, tuvo que refugiarse en Orán, prendiendo fuego a su amada Villa La Madrid, para que no aprovechara al enemigo. En Orán recibió orden del general Belgrano para replegarse a Tucumán (2).

Al cumplirse los diez meses de campaña, en diciembre de 1817, regresaban a Tucumán los mutilados restos de la expedición, que tan famosa se habia hecho por sus fantásticas marchas, sus gloriosos triunfos, sus extraordinarias aventuras y severas derrotas. En cuanto a su jefe, condecorado con el grado de coronel por la toma de Tarija, sus compañeros de armas, dice el general Paz, «hicieron justicia a su valor; pero no juzgaron así de su capacidad, creyendo que no habia sido acertada la dirección dada por él a las operaciones, ni tenido la firmeza y habilidad necesaria para conservar la disciplina, tan precisa en una campaña ofensiva y lejana» (3).

Los comandantes don Francisco Uriondo y Rojas, después de proteger la retirada de La Madrid, volvieron a reconquistar el terreno perdido por éste, obligando al enemigo a reconcentrarse en Tarija, y lo hostilizaron sin descanso, arrebatándole las caballadas por atrevidos y bien combinados golpes, con lo que se demostró prácticamente las importantes ventajas que de la malograda expedieron podrian haberse reportado, al haber sido mejor conducida.

Al mismo tiempo, el comandante don Esteban Fernández y el mayor Ravelo, volvieron a establecer su campamento a inmediaciones de Santa Elena, y desde allí apo-

---

[1]. Partes Oficiales. t. II, págs. 479 a 485.
(2). La Madrid. Memorias, t. I, págs. 157 a 171.
[3]. General Paz, Memorias, t. I, pág. 319.

yaban nuevamente la insurrección de Cinti. Tal era la situación del Alto-Perú al concluir el año de 1817.

Juicio sobre la expedición de La Madrid al Alto-Perú.—Nuestros historiadores dán tanta importancia a la expedición de La Madrid, que algunos la califican como la campaña del cuarto ejército auxiliar argentino.

El plan concebido por el general Belgrano al desprender esa *división volante* sobre el Alto-Perú, fué amagar, Oruro, centro de la línea de operaciones de los ejércitos realistas, con el fin de distraer al enemigo por su retaguardia, llamando la atención del ejército que en esos momentos invadía las provincias argentinas con el general La Serna, obligándolo a la retirada.

La Madrid desobedeció las órdenes de su general en jefe, para operar de su cuenta y lanzó su división en guerra ofensiva. Ya hemos visto que sus primeros pasos fueron brillantes, pués cortando la línea de operaciones del enemigo, rindió la guarnición de Tarija, haciéndola prisionera. Era una verdadera sorpresa para los cuerpos españoles destacados en las guarniciones, encontrar a su frente tropas regulares y disciplinadas. La expedición de La Madrid cayó como un rayo sobre la plaza fuerte de Tarija, dando valiosos resultados.

Después de esta victoria, se dirigió a Chuquisaca, cuya guarnición era mucho menos importante en calidad y número, que la que acababa de vencer, al paso que la fuerza libertadora se habia duplicado con los voluntarios de Tarija y los que habia reunido en su camino. Para colmo de felicidad, apresó La Madrid un lindo escuadrón enemigo, sin que se salvase un hombre, sin disparar un solo tiro, sin desenvainar un solo sable y sin derramar una sola gota de sangre (1).

Alentado por este lance tan raro en la guerra, atacó las trincheras de la plaza de Chuquisaca, de las que fué rechazado, y aquí comenzaron sus contrastes. Este primer descalabro decidía de la campaña: la expedición iniciada bajo tan favorables auspicios, estaba irremisiblemente perdida; como se habria perdido aun cuando hubiese logrado apoderarse de Chuquisaca, sobre todo, dirigida por un hombre de tanto corazón y tan poca cabeza como La Madrid.

La expedición concebida por Belgrano como una sim-

(1). General Paz, Memorias, t. I, pág. 312.

ple diversión a espaldas del enemigo, no tenía mas objeto que llamar la atención del ejército invasor de Salta, obligándole a la retirada, sin abandonar el ejército de Tucumán la actitud defensiva que le estaba forzosamente impuesta. Desde que el movimiento ofensivo sobre Tarija no pudiese ser eficazmente apoyado, con la decisión y los medios suficientes para sostener a todo trance las posiciones conquistadas, él no podia tener más importancia que la que le dieron las primeras ventajas que se alcanzaron por sorpresa. Lós españoles, para quienes la posesión de Tarija era de la más alta importancia, por ser el único punto donde podian remontar su caballada, habrian acudido allí con 1,000 a 1,500 hombres de buenas tropas, con los cuales no podía competir la columna argentina, y es evidente que entonces la ofensiva habria tenido que retroceder ante fuerzas superiores.

Dada esta situación, lo mejor habria sido sin embargo, mantenerse en Tarija, formar allí con las gentes del país un cuerpo de ejército bien montado, y disputar el terreno hasta donde hubiese sido posible, llenando asi los objetos de la diversión. De este modo, se daba una base sólida de operaciones en Orán, manteniendo francas sus comunicaciones con Salta, y podía maniobrar libremente desde Tarija hasta Pomabamba al exterior de las fronteras del Chaco, con un punto de apoyo fijo para las insurrecciones de Tarija, de Cinti, de Yamparáez y de la Laguna; se habilitaba para hostilidades más seguras y eficaces, y sin comprometer nada, obtenía todo lo que de una expedición aislada podia esperarse.

Este plán metódico, ejecutado por Arenales o por el comandante don José María Paz, cuyas calidades superiores para mandar y combinar con acierto los movimientos militares, aun no eran conocidas por el general Belgrano, era el único que podria haber dado algunos resultados; pero él era incompatible con la ciega heroisidad de La Madrid, a la cual faltaban las luces de la previsión y la fortaleza de la paciencia.

Lanzándose La Madrid al interior del país en busca de aventuras, a la cabeza de una expedición de 600 a 700 hombres mal armados y mal organizados, perdía su base de operaciones sin esperanza de conquistar otra mejor; entregaba Tarija al enemigo y anonadaba la insurrección de Cinti. Aun salvando de ser batido en su marcha, por una de las divisiones realistas, superiores en fuerza y calidad. se exponía a perderse irremisiblemente, cualesquiera que

fueran las ventajas parciales que alcanzara. La insurrección del país que recorriese, aun suponiéndola en masa, no podía dar ningún resultado.

Sirviendo con sus derrotas y sus victorias a la causa de la independencia, después de paralizar la acción del ejército español triunfante en Sipesipe, las republiquetas del Alto-Perú habian sucumbido una tras de otra, heroicamente, perturbando las más de las veces la táctica de los guerreros peninsulares. Padilla habia reunido hasta 6,000 hombres, habia alcanzado victorias señaladas, habia mantenido en jaque por algunos meses a Chuquisaca, y al fin habia sido deshecho por un destacamento de caballería. Warnes en Santa Cruz, al frente de una provincia más guerrera y de un ejército mejor pertrechado, habia sido vencido por un número de fuerza poco más o menos igual a la suya. Sólo quedaba la insurrección aislada de Ayopaya, fuerte dentro de sus desfiladeros, pero sin acción sobre el país, y la insurrección debilitada de la Laguna, Tomina y Yamparáez, que mejor podia ser apoyada por Pomabamba al exterior de la frontera del Chaco, que yendo en su busca por entre fuerzas enemigas. En cuanto a la insurrección de Cinti, ella estaba limitada a sus fronteras por la parte del Chaco, y abandonar a Tarija, quitándole la fuerza que le daba nervio, era, como lo hemos dicho, lo mismo que anonadarla.

Esto es considerando las mal calculadas operaciones de La Madrid, del punto de vista militar. En el orden político, sus consecuencias tenian que ser más desastrosas aún. Lanzarse al interior de un pais para promover una insurrección, apoyándola por una débil expedición, que apenas podia hacer frente a un batallón realista, y que cualesquiera que fuesen las ventajas que alcanzara, debía estrellarse contra el primer obstáculo, era despertar una esperanza vana, sacrificar estérilmente generosas abnegaciones, desalentar la guerra de partidarios, y comprometer para siempre el crédito de las armas argentinas en el Alto-Perú, entregando al pais extenuado y sin esperanza en manos del enemigo, como sucedió.

A pesar de que la fortuna ciega favoreció por demás a la expedición; a pesar de que pudo llegar a Chuquisaca por sorpresa, burlando la vigilancia de los realistas y rendir por acaso en su tránsito un escuadrón, la expedición estaba irremisiblemente perdida, aun cuando se hubiese apoderado de esta ciudad, como lo hemos dicho antes, porque los españoles alarmados ocurrian ya con fuer-

zas superiores para darle el golpe de gracia, ya fuese vencido o vencedor sobre sus trincheras.

Después del rechazo de Chuquisaca, no le quedaban a La Madrid sino tres partidos. O bien retroceder a Tarija, para buscar su base de operaciones perdida, por la margen izquierda del Pilcomayo, y penetrando por los llanos de la frontera de Cinti, a fin de evitar el encuentro de las columnas españolas que le perseguian; o bien trasladarse a Tomina, para apoyar la insurrección de la Laguna, que aun sostenian Fernández y Ravelo y hacerse así una base de operaciones; o bien buscar nuevas aventuras, a ver lo que la fortuna podía dar. Como de costumbre, se decidió por el último, que era el peor de todos, y que debía convertir el rechazo al frente de Chuquisaca, en un desastre vergonzoso (1).

Los severos juicios del general don José María Paz, que han servido de guía a la crítica que antecede, sobre los desastres de la expedición de La Madrid, concluyen así: «El general Belgrano no participó de ese modo de pensar, pués lo acogió (a La Madrid) distinguidamente y lo llenó de sus gracias» (2).

Y después de todo, se detiene el juicio histórico de reproche a la conducta precipitada de La Madrid, ante su «ciega heroicidad», incontenible en su espíritu aventurero y en su enagenación por las glorias militares y la causa de la independencia. Los primeros pasos de esta expedición fueron brillantes y legítima la fama que conquistó con la rendición de Tarija, como fueron positivas las ventajas que obtuvo y las glorias que alcanzó la provincia de Tarija con los heroicos esfuerzos de sus caudillos que rodearon a La Madrid y lo acompañaron en la desgraciada campaña, en sus triunfos como en sus descalabros; que lo sostuvieron después en su cuartel general de Toldos, y lo protegieron en su retirada a Tucumán.

Hablando de la toma de Tarija, un hijo de aquel suelo, el más querido para nosotros, lleno de entusiasmo al conmemorar el primer centenario de aquel acontecimiento, se expresa así:

«Muy grandes fueron las ventajas obtenidas para la causa de la emancipación americana con esta acción. Con la toma de Tarija por La Madrid se volvió a levantar

[1]. Mitre. Hist. de Belgrano, t. II, págs. 610 a 621.

[2]. Paz, Memorias, t. I, pág. 319

contra los realistas el valle de Cinti, y el general La Serna se encontró en una situación desesperante: confinado en Jujuy, rodeado por todas las fuerzas de Güemes, privado de víveres y sin movilidad ni acción decisiva sobre su frente, descubierto en sus dos flancos, cortada su retaguardia por La Madrid, que amenazaba a Potosí y Chuquisaca, y sin comunicación ni medios de abrírsela por su espalda, estaba viendo por horas que era imposible permanecer así, y de todo punto indispensable replegarse sobre Tupiza y Cotagaita.

«Y a esta situación que venia a dar en tierra con la estrategia y los planes del general La Serna, habia que agregar el quebrantamiento moral de las tropas realistas, que hacia ocho años que combatian denodadamente, sin poder apagar el fuego de la insurrección que cundía de día en día y amenazaba dar fin con el poder de España sobre la América.

«Esta memorable acción de armas, llena de sangrientos episodios, de hazañas y aventuras de esos héroes de leyenda, es digna de figurar al lado de los acontecimientos más notables de la historia de los pueblos y de ser cantada en una epopeya. Al conmemorar el centenario de tan excelsa victoria, elevemos nuestras plegarias al Dios de las naciones y dirijamos nuestros votos a los manes de la patria, para que su acción protectora haga que la civilización y el progreso irradien su luz vivificante sobre esta tierra de promisión.

«Tarija conserva en la pàgina de oro del libro de sus glorias, la acción de la Tablada del año 1817, y los nombres de los héroes que lucharon hasta obtener ese brillante triunfo se hallan esculpidos en algo que perdura mucho más que en el mármol y en el bronce: en la memoria imperecedera y en el corazón de los nobles hijos de la tradicional villa sevillana de Luis de Fuentes» (1).

El general La Serna y el ejército realista otra vez en el Alto-Perú.—Con el ejército de La Madrid terminaron las batallas campales en el Alto-Perú; más esto no fué parte a atenuar el ardor del espíritu público en favor de la causa de la emancipación americana. Los patriotas en la imposibilidad de organizar grandes ejércitos, se hacian guerrilleros, batiéndose en todas partes, de todos modos y contra todos los realistas.

(1). Carlos Paz. Centenario de La Tablada. Tarija, 1917.

Desde mediados del año 1817, el cuartel general estaba en Tupiza, donde se había adelantado el general La Serna, y llegó el 17 de junio, deseoso de saber el estado en que se encontraba el Alto Perú. Seguidamente fueron ocupando las tropas los cantones de la línea de donde habian partido a la desastrosa campaña de Salta, hasta que el 10 de julio llegaron a Mojo los cuerpos que conducia el brigadier Olañeta.

Habia vuelto el general La Serna a Tupiza, perseguido y fatigado por los gauchos que le causaron inmensos daños. Vino sin hallar víveres ni albergue en medio de una sublevación general, y comiendo carne de llama y de burro (1). Perdió 4000 hombres sin una acción de guerra, y si no es Olañeta sucumbe en la cordillera al rigor del hambre y de la intemperie; pues este general y el escuadrón de San Carlos, que estaban a sus órdenes, conocian el pais a palmos, lo guiaron y lo proveyeron de ganado. Olañeta fué a la vanguardia, y regresó siempre a la retaguardia del ejército.

Instalado el general La Serna en Tupiza e impuesto de lo que había pasado en estas provincias durante su ausencia, mandó a Tarija al coronel don Mariano Ricafort con una división en persecución de La Madrid y de los caudillos de aquella provincia que maniobraban en combinación con el jefe argentino. Ricafort ocupó la villa de Tarija y el partido de las Salinas; pero siempre molestado y perseguido por las partidas de guerrilleros que le privaron de recursos.

Los demás caudillos quedaron de hecho en suspensión de hostilidades, porque La Serna se vió en la necesidad de arreglar y disponer de nuevo su ejército sobre las reliquias que pudo salvar de la expedición a Salta. No tenia caballos ni monturas, ni equipo de clase alguna para tomar la ofensiva en tantos y tan distintos puntos (2).

Nueva invasión a Humahuaca.—Simultáneamente con los movimientos de Tarija, Olañeta, a la cabeza de una columna de 1000 hombres invadia nuevamente por Humahuaca, en el mes de agosto de 1817. Esta operación sin alcance ulterior tenia simplemente por objeto de parte de La Serna, acreditar que los realistas no se habian retirado de Salta por temor de los gauchos.

(1). Camba, t. I, pág. 258.
(2). Urcullu, pág. 108.

La provincia de Salta, extenuada y exhausta de caballos, no podia oponer una seria resistencia al avance de esta columna, que merced a las fuertes posiciones que ofrece la quebrada y con sus flancos cubiertos, pudo llegar el 1º. de diciembre hasta Uquía. Hasta allí le hizo frente el comandante Arias, manteniéndose constantemente a su vista, al frente de una corta y mal montada división de gauchos. En una de las guerrillas se encontraron al habla Arias y Olañeta, y éste invitó al jefe patriota a pasarse con su tropa. Arias le contestó con un tiro de fusil, y al dar cuenta de este hecho, dice: «Nadie se pasa, a pesar de hallarse muchos de mis soldados en cueros vivos». Desde Tilcara, volvió Olañeta a replegarse al pueblo de Humahuaca, siempre observado y hostilizado de cerca por los gauchos.

Este alarde de La Serna, que contaba no encontrar a su frente sino guerrillas de gauchos mal armados, ofrecía a Belgrano la ocasión de obtener sobre Olañeta una ventaja señalada, destacando sigilosamente sobre la quebrada una columna ligera de su ejército, para obrar en combinación con las partidas de Güemes. En tal sentido, habia tomado sus medidas, y se proponía llevarlas a ejecución, cuando recibió orden del gobierno de Buenos Aires para desprender al interior una parte de sus fuerzas, a fin de garantir el orden en la república.

Desde este día, el ejército argentino auxiliar del Alto-Perú quedó perdido para la guerra de la independencia.

Viva persecución a los caudillos.—En el mes de octubre salió de Potosí otra columna al mando del coronel don Antonio Rolando contra el famoso Lira que no cesaba de combatir por la causa de la independencia en los pueblos de la provincia de Cochabamba. Por este tiempo habia el brigadier Ricafort alcanzado y batido en Chocloca y San Agustin de Tarija a los insurrectos reunidos de la provincia con la pérdida del caudillo Garay, un teniente, seis soldados y ocho caballos muertos y 40 prisioneros con algunas carabinas, 60 cabezas de ganado vacuno y 600 de lanar. Poco después se supo que el coronel Rolando alcanzó igualmente y batió en Tapacarí al caudillo Chinchilla y otros que se habian unido, causándoles alguna pérdida en hombres, armas y caballos.

Por consecuencia de la viva persecución que por to-

das partes experimentaban los insurrectos, los caudillos Arias, Mercado y Vélez, acosados por el coronel Rolando del lado de Cochabamba, dieron en Mojocoya con el escuadrón del coronel Ostria, que cogió prisioneros a los dos últimos, debiendo Arias su salvación a la mayor carrera de su caballo, con un teniente y 16 soldados, y les tomó 96 armas de fuego, y muchos pertrechos de guerra, 26 caballos y la correspondencia que conducian.

En los primeros días de diciembre el teniente coronel Villegas sorprendió en el mismo pueblo de Mojocoya al cabecilla Callejas y se apoderó de todas sus armas. Por el lado de Tarija, el capitán Vaca alcanzó al caudillo Guerrero en la cuesta del Inca y lo hizo prisionero. Finalmente, el brigadier Olañeta avisaba desde Humahuaca a mediados del mismo diciembre que, después de varios encuentros con Arias, habia logrado reunir mucho ganado para las atenciones del ejército, y que corrian noticias de que las provincias de Córdoba y Santiago del Estero se resistian de nuevo a obedecer al gobierno de Buenos Aires. Tal era el estado de la guerra por parte del Alto-Perú al finalizar el año 1817 (1).

(1). Camba, t. I, págs. 265 y 266.

CAPITULO VIGÉSIMO SEGUNDO

1818.—La guerra de la independencia ameriaana en 1818.—Ojeada retrospectiva, la nueva invasión a Salta y su retirada; combate de Acoyte.—El paso de los Andes y las batallas de Chacabuco y Maipu; su influencia decisiva en la guerra de la independencia americana.—Guerra implacable a los caudillos y de pillaje a los bienes.—La guerra recrudece en la provincia de Tarija, combates de los caudillos.—La expedición del general Canterac a las Salinas y a las Misiones de Tarija.—Nuevas expediciones del Coronel Vigil a las Salinas y del brigadier Olañeta al rio Bermejo.—Siguen los desastres de los patriotas en el Alto Perú.—Don Eustaquio Méndez.—Temores por el lado de Chile; prevenciones del virrey Pezuela, su desacuerdo con La Serna y la renuncia de éste.

La guerra de la independencia americana en 1818.— En tanto que el cuarto ejército mandado por las provincias del Rio de la Plata se retiraba de las del Alto Perú, maltrecho y poco menos que derrotado, llegaba a estas el de La Serna tan quebrantado y deshecho después de la expedición a Salta, que tuvo necesidad de guardar por muchos meses una actitud meramente defensiva en el cuartel general de Tupiza. No parecia sino que la fortuna se complacía en humillar aquellas legiones que alternativamente pasaban la raya austral de los Charcas, las unas para derrocar la independencia

en los pueblos del Plata, las otras para protegerla en los del Alto Perú.

Mientras tanto, en la camarilla que rodeaba al virrey Pezuela, era mal vista y acremente motejada la conducta militar y política de La Serna. A su templanza y moderación con los rebeldes, a su generosidad con los vencidos, a su honradez para cumplir sus pactos y promesas, atribuian los realistas exaltados la prolongación de la guerra, llegando en sus cargos hasta designarle como traidor a su patria y a su rey.

Las colosales proporciones que por aquel tiempo habia tomado la guerra de la independencia hispano americana; los triunfos de Bolivar en las inmensas comarcas que riega el Magdalena y el Orinoco; los de San Martín y O' Higgins en el reino de Chile; la guerra marítima que con tan buena fortuna habian iniciado y proseguian los independientes de Buenos Aires, iban estrechando más y más el campo de las operaciones y de los recursos de los partidarios de la metrópoli, que en su despecho imaginaban ser inoficiosa toda transacción, inoportuna toda clemencia, y funestísima toda contemporización (1).

Ojeada retrospectiva, la nueva invasión a Salta y su retirada; combate de Acoyte.—Como se recordará, después de rechazada gloriosamente por Güemes la gran invasión de La Serna sobre Salta, la vanguardia española al mando de Olañeta, fuerte de 1000 hombres, habia vuelto a invadir por la quebrada de Humahuaca en agosto de 1817, y salido a su encuentro el comandante Arias, obligándolo a replegarse al pueblo del mismo nombre. Con tal motivo, Belgrano se proponía abrir operaciones parciales sobre la quebrada, cuando al finalizar el mismo año recibió la orden de acudir con su ejército a tomar parte en la guerra civil.

El comandante Arias continuó con sus valerosos gauchos haciendo frente a la nueva invasión y obtuvo algunas ventajas parciales, a costa de pequeños reveces. La vanguardia realista mientras tanto, se limitaba a ejecutar marchas y contramarchas desde Tilcara hasta Hornillos, sosteniendo contínuas guerrillas.

La correria de Olañeta no tenia mas objeto que man-

(1). Sotomayor Valdéz. Estudio histórico de Bolivia, págs. 35 y 36.

tener la actividad de las hostilidades de vanguardia, preparando una nueva invasión hasta Tucumán, para el caso en que una reciente expedición que había salido de Lima al mando del general Osorio con el intento de reconquistar a Chile, obtuviese el éxito que esperaban, vengando la derrota de Chacabuco.

Conforme a este plan la vanguardia de Olañeta fué reforzada por una división de 400 hombres del batallón Gerona y húsares de Fernando VII al mando del coronel don Gerónimo Valdés, Ambas fuerzas reunidas, con la ventaja que les daba el terreno y la imperiosidad de sus armas, arrollaron fácilmente desde Hornillos las partidas gauchas que les disputaban el paso, y avanzaron hasta la ciudad de Jujuy, de la que se posesionaron el 14 de enero de 1818, Olañeta empleó todo el dia 14 en saquear ordenadamente a Jujuy, y hacer algunas recogidas de ganados en los alrededores, emprendiendo en el mismo dia su retirada.

Las fuerzas de Güemes, mal de armas y de caballos, no podian contrarrestar eficazmente al enemigo; pero así que inició su movimiento retrógrado, rodearon inmediatamente su campo, y lo sitiaron en él teniendo lugar algunos choques de caballeria, y así lo acompañaron hasta Yavi.

Ufanos los realistas con la calidad de sus tropas, desprendieron una columna de 200 hombres del regimiento Estremadura, que penetraron por la sierra de Santa Victoria. Una partida de 40 hombres se destacó del grueso de la columna. Cargada aquella por 20 gauchos al mando del comandante José Antonio Ruiz, el 11 de febrero de 1818, fué completamente derrotada, dejando en el campo 40 fusiles, 6 muertos y 18 prisioneros, entre ellos un oficial (1).

La Serna, humillado por este pequeño contraste, volvió a proponer un cange de prisioneros, y Güemes al aceptarlo le dió una nueva lección de derecho de gentes, diciéndole: «Tengo noticias de que después del triunfo de mis armas en la jornada de Santa Victoria, se vengaron las tropas de V. S. con el enorme atentado de degollar con frente serena algunas inocentes mujeres. La tengo igualmente del castigo de azotes que ejecutaron en el capitán de naturales Toritalay, y de otros muchos excesos y desa-

[1] Partes Oficiales, t. II, págs. 223 y 224.—Camba, t. I, págs. 283 y 284.

fueros cometidos con impunidad. Sabe V. S. que yo he hecho la guerra sin traspasar los límites de ella y que he respetado a la humanidad doliente. Eso mismo exijo de V. S., sino en justicia, al menos en reciprocidad.»

La victoria de Maipu, que tuvo lugar en el siguiente mes de abril de 1818, frustró una vez más los planes de invasión de los realistas sobre Salta. Desde entonces la guerra militar se convirtió en guerra de recíproco merodeo, haciendo uno y otro beligerante frecuentes incursiones. En este tiempo Güemes arrebató más de 18,000 cabezas de ganado lanar y vacuno con el objeto de quitar al enemigo los recursos con que contaba para emprender nueva invasión.

Tal era el estado de la guerra de la independencia en las fronteras del sud, que dividen las provincias argentinas de las del Alto-Perú, cuando el ejército del general Belgrano acantonado en Tucumán, recibió la orden de dar la espalda a los españoles, para volver sus armas contra los hermanos en rebelión (1).

El paso de los Andes y las batallas de Chacabuco y Maipu; su influencia decisiva en la guerra de la independencia americana.—El juicio de la posteridad americana es unánime respecto de la trascendencia del paso de los Andes por San Martín, asi como gran operación de guerra ofensiva, cuanto por la influencia que tuvo en el éxito final en la lucha de la emancipación del nuevo mundo meridional, y su mejor comentario son sus resultados.

Un célebre historiador de la época moderna (Gervinus) dice: «El paso de San Martin a Chile (1817), ejecutado por un hombre cuyo espíritu de cálculo era muy superior a todos los jefes de revueltas, así en España como en América, que solo fundaban el éxito de su causa en la suerte o el acaso, dió súbitamente otra fuerza de impulsión y de acción a los acontecimiento de la América. Este hecho dió, como primera consecuencia, la invasión de Bolivar a la Nueva Granada y la fundación de Colombia (1819). Además, fué el preludio del armamento que iba a vencer al Perú, conservado por tanto tiempo por la España. Ultimamente, por las impulsiones que dió más allá del aceáno a la España misma, hizo estallar la

---

[1]. Mitre. Hist. de Belgrano, t. IV. págs. 203 a 207.

revolución de 1820, que reaccionando a su vez sobre Méjico, anonadó en su último baluarte la dominación ejercida por la España sobre la América continental» (1).

El general Camba, actor en la guerra hispano americana bajo las banderas españolas en el Perú, y juez competentes dice: «La pérdida del reino de Chile fué un suceso de inmensa trascendencia, fatal para las armas españolas» (2).

El paso de los Andes por San Martín está colocado por la historia y por la ciencia a la altura de los cuatro más célebres pasos de montaña que recuerde el mundo, y ocupa el tercer lugar en el orden cronológico. Si se compara como victoria humana, con los pasos de Anival y Napoleón, la empresa de San Martín es más trascendental en el orden de los destinos humanos. Por eso, el único paso de montaña comparable bajo este aspecto con el de los Andes meridionales por San Martin, es el de Bolivar dos años después (1819), al través de los Andes ecuatoriales, que dió por resultado la victoria americana de Boyacá, y la reconquista de Nueva Granada (3).

Consecuencias de este primer acto heroico de haber vencido la cordillera andina, fueron las batallas de Chacabuco y Maipu (12 de febrero de 1817 y 5 de abril de 1818).

El mérito militar de la batalla de Chacabuco consiste en que respondió a un plan metódico en que hasta los días estaban contados y los resultados previstos. Fué una sorpresa a la luz del día en que nada se libró al acaso. Como acontecimiento político y en relación con los destinos americanos, su importancia es mayor aún, porque ella dió la primera señal de la guerra ofensiva de la guerra de la independencia sud americana, y conquistó una sólida base de operaciones en el mar y las costas del Pacífico. Dió sobre todo, el ejemplo de plan de campaña continental a la revolución del nuevo mundo.

La pérdida de Chile no produjo de pronto en el ánimo del virrey Pezuela la impresión que debiera. Pensó que los restos del ejército realista que habian quedado en el país, bastarian para continuar la guerra, y se puso a la defensiva por la parte del Alto-Perú.

El año de 1817 habiase inaugurado con una victo-

---

(1). Gervinus. Histoire du XIXe. siécle despuis les traités de Vienne.
(2). Camba, t. I. pág. 266.
(3). Mitre. Hist. de San Martin, t. I, págs. 630 a 632.

ría que dió la señal de guerra ofensiva sudamericana. El de 1818, debia, a la inversa, inaugurarse con una derrota (Cancha Rayada 19 de marzo de 1818) y terminar con una victoria más grande, que decidiria de sus destinos. Desde este momento todas las fuerzas de la insurrección sudamericana convergirán de los extremos hacia el centro, reaccionando contra el poder colonial de la España; lo estrecharán en su último baluarte, el Perú, donde reunidos sus esfuerzos, combinarán sus operaciones para asestarle el golpe final, dándose allí la mano los dos grandes libertadores del sud y del norte: San Martín y Bolivar.

Los trofeos de la batalla de Maipu fueron dos cañones, cuatro banderas, 1,000 muertos del ejército español, un general, cuatro coroneles, siete tenientes coroneles, 150 oficiales y 2,200 prisioneros de tropa, 3,850 fusiles, 1,200 tercerolas, la caja militar, el equipo y las municiones del ejército vencido. Esta victoria, la más reñida de la guerra de la independencia sudamericana, fué comprada por los independientas a costa de la pérdida de más de 1,000 hombres entre muertos y heridos.

Más que por sus trofeos Maipu, fué la primer gran batalla americana, histórica y científicamente considerada. Por su importancia trascendental, solo puede equipararse a la batalla de Maipu, la de Boyacá, que fué su consecuencia inmediata, y la de Ayacucho, que fué su consecuencia ulterior y final.

La batalla de Maipu produjo la impresión mas desalentadora en las filas realistas, en toda la extensión del continente americano, e hizo perder la serenidad al virrey Pezuela, que ya no pensó sino en reconcentrarse en el Perú, abandonando definitivamente a Chile como teatro de la guerra, y activar la guerra ofensiva por el Alto-Perú, donde contaba con un ejército de 9,000 hombres, y donde no encontraria sino derrotas (1).

Tales sucesos tuvieron un poderoso influjo para fortalecer en las provincias del Alto-Perú los principios de la revolución, y volvieron a levantarse los caudillos, que batidos o dispersados en un lugar aparecian en otro, sin comprometer un choque decisivo (2).

Guerra implacable a los caudillos y de pillaje a los bienes.—Siguió la guerra de los montoneros, produciéndose centenares de encuentros y peque-

[1]. Mitre. Hist. de San Martín, t. II, cap. VII y VIII.
[2], Urcullu, pág. 111.

ños combates a cada paso, que aún destruyendo en veces a algunos caudillos y a sus fuerzas, no conseguian nada, porque volvian a aparecer otros que los reemplazaban. En los años de 1818 y 1819 puede decirse que casi todos los habitantes del Alto-Perú eran combatientes, y que por ello no es posible historiar los mil episodios de esta época de la guerra (1).

El cuartel general del ejército español de operaciones del Alto Perú permanecia en Tupiza, y su general en jefe se dedicaba a perfeccionar su instrucción y organización, y a hacer perseguir las partidas de guerrilleros que vagaban por algunas provincias.

Por este tiempo, el brigadier Ricafort, que tenía el carácter de segundo del ejército realista, pasó a la provincia de Cochabamba con el fin de arreglar en ella los movimientos de la columna destinada a la persecución de las partidas de los insurrectos que la invadian, combinándolos con los de las tropas de las demás provincias limítrofes.

Mientras se practicaba sobre Jujuy y la quebrada del Toro el movimiento encargado al brigadier Olañeta, del que ya hemos hablado, el coronel don Joaquín Germán, ayudante de campo de La Serna, marchó con una columna con el objeto de recorrer la frontera de la puna argentina limítrofe con Tarija y Chichas, adquirir noticias de los guerrilleros y ahuyentar sus partidas del flanco derecho de las posiciones españolas. Noticioso Germán de que una gruesa partida ocupaba a Casabindo, dobló la jornada desde la Abra de Queta, y el 27 de enero logró sorprender a los insurrectos en el río Negro, a media legua de Casabindo, tomando prisioneros a los caudillos Isidro Toritotola y José Cruz Ovando, gobernador de Cochinoca, con 50 hombres de tropa, 10 fusiles, 49 sables, 253 mulas y caballos, 39 cabezas de ganado vacuno y 8,000 de lanar, toda la correspondencia, con más el tesoro con un valor de 1,500 pesos, 8 cargas de géneros de Castilla, 48 cestos de coca y varias cargas de víveres y provisiones.

El mismo dia 27 de enero, el cabecilla Quinteros atacó el destacamento español de Tiquipaya, compuesto de 40 infantes y algunos indios sometidos a órdenes del teniente Roselló. El guerrillero patriota contaba con 30 de a caballo y más de 600 indios armados de macana y

---

[1] Ordoñez López y Crespo. *Bosquejo*. pág. 174.

lanza; pero fué rechazado perdiendo 19 hombres muertos, incluso el mismo Quinteros.

A principios de febrero se supo en el cuartel general que el coronel Aguilera habia atacado a las cinco leguas de Santa Cruz de la Sierra, en los montes de Toco, a los caudillos Vaca y Rocha, matando a éste y tomándole algunos prisioneros y fusiles.

En este mismo mes de febrero, el teniente coronel Baspineiro alcanzó en los altos del rio Chirimayo, a los cabecillas Lorenzo y Fernández a quienes batió, y al saber que el caudillo Tejada venia con una fuerza mayor en auxilio de estos, salió a su encuentro, y lo derrotó también en la cuesta de Falzúri, causándole considerable daño, tomándole 16 armas de fuego.

Por el lado de San Lucas, el teniente coronel Medinaceli adelantaba en la pacificación de los pueblos de ese partido, habiendo hecho prisionero al caudillo Aracena, un teniente y 200 cabezas de ganado vacuno. Inmediatamente batió en Acchilla a los caudillos Martínez y Miza.

El 17 de marzo el teniente coronel Medinaceli batió en el cerro de Totorico a los caudillos Agreda y Molina, matándoles más de 20 hombres. El 18 del mismo mes, el capitán Duchén batió en las inmediaciones de Talquina y Colpa a los caudillos Araníbar, Barrera y Palenque, tomando prisioneros a los dos primeros, después de matarles ocho hombres.

En mayo recibieron considerables golpes los caudillos Cerna, Curico y otros en las provincias de Chuquisaca y Santa Cruz de la Sierra. El brigadier Ricafort batió a los guerrilleros de Arque, tomando prisioneros al caudillo Guzmán y a once de sus partidarios. Pocos dias después fué igualmente hecho prisionero el cabecilla Mancocaca.

En la subdelegación de Chayanta fueron dispersadas las partidas que hostilizaban a los españoles y aprehendido uno de sus principales cabecillas. La guarnición realista de Mora tuvo su encuentro con los insurrectos, matándoles 43 hombres, hiriendo otros y tomando prisionero al capitán Salazar. El coronel La Hera batió a los guerrilleros en el partido de la Laguna, causándoles muchas pérdidas entre muertos y heridos, tomando 20 prisioneros, inclusos el capitán Barañado y el cabecilla Mollo con su cañón y 46 fusiles y carabinas.

Por entendido que, en todos estos encuentros y correrias, no eran menores las pérdidas de los españoles, y

siempre mayores sus sufrimientos y privaciones, al frente de caudillos audaces, que se multiplicaban hasta presentarse anónimos habiéndose perdido los nombres de muchos de ellos, con la ventaja de conocer y saber aprovechar de todas las sinuosidades del territorio, de sus bosques y montañas, y siempre desafiando a la muerte. El ejército realista tenia divididas sus fuerzas en sin número de columnas y destacamentos, ya bien fatigados en una guerra nueva a que no estaban acostumbrados.

En el mes de junio, el general en jefe en persona dirigió una expedición a Colorados, sobre la frontera argentina, para averiguar el fundamento de los rumores que corrian sobre la aproximación del ejército del general Belgrano, y resultando ser inexacta la noticia, se replegó sobre su cuartel general de Tupiza.

El coronel Aguilera se trasladó de la provincia de Santa Cruz al partido de la Laguna, con una columna respetable, para tratar de la completa destrucción de los insurrectos de Chuquisaca, en combinación con las tropas que guarnecian esta provincia.

El 6 de agosto, el coronel Ostria sorprendió en la hacienda de Marahua, en la provincia de Chuquisaca, al cabecilla Miranda, a quien logró matar, haciendo prisionera toda su partida, menos una avanzada de cuatro hombres que pudo escapar. En el mismo mes de agosto, el coronel la Hera batió en el cerro de Taracchi al caudillo Sillo, matándole un capitán, un teniente y muchos soldados, haciéndole varios prisioneros, entre ellos la mujer y dos hijos del mismo Sillo, tomándole algunos fusiles.

A principios de septiembre salieron dos nuevas columnas de los cantones del ejército español contra el caudillo Fernández, que con fuerza considerable ocupaba los distritos de Santa Elena y la Loma. La una mandada por el coronel don Gerónimo Valdés, y la otra por el coronel don Fulgencio Toro. Valdés persiguió al caudillo Fernández hasta las cabeceras del río del Pescado, obligándole a atravesar el rio Pilcomayo y tomar la retírada para las Salinas, en la provincia de Tarija, con alguna dispersión y pérdida de los de su partida. El cabecilla Rosales que le seguía para incorporársele, fué alcanzado por los realistas, y se defendió hasta morir.

El coronel Toro logró apaciguar a los indios de la Loma y de San Francisco; más noticioso de que los de Mollepata trataban de invadirlos y hostilizarlos porque se habian sometido a los españoles, marchó contra ellos y

los derrotó, echándolos hacia el Pilcomayo y quitándoles porción de ganado.

El coronel Germán habia sido comisionado, al frente de una buena columna, a practicar otro reconocimiento de extensión considerable, por el flanco derecho del ejército español, y avanzó hasta San Pedro de Atacama, donde dispersó a una partida de 200 patriotas (1).

Era la guerra implacable a los caudillos que se multiplicaban como por encanto, y el pillaje a las haciendas.

Ningunos bienes tenian los guerrilleros que pesaban sobre el país: su caja militar, su repuesto y recursos estaban en la punta de sus lanzas. Sabian los realistas que buscándolos no encontrarian más que el acero, la persecución y privaciones de toda clase; y por eso se encaminaban a las haciendas y estancias de los propietarios fuesen o no patriotas; mataban a éstos o a sus mayordomos y sirvientes, y luego daban aviso oficial de haber batido y muerto al caudillo fulano, y de que le quitaron tales o cuales cosas, que por lo regular era la vigésima parte de lo que habian ocupado. No se faltaria a la verdad asegurando que, toda vez que se daba cuenta de haberse quitado al enemigo ganados o efectos de cualquiera especie, eran estos precisamente arrebatados a un desgraciado comerciante, o sacados de las estancias. Por lejano que estuviese el puesto de yeguas o vacas, a San Antonio de Lípez que está en los desiertos de Atacama, allí se dirigian.

Las correrias y talas se hacian aún en los parajes cuyos habitantes confiados en las promesas del general habian depuesto las armas, obligándolos a empuñarlas de nuevo, como sucedió.

Escribiendo al general La Serna uno de los caudillos de la frontera de Tarija, don José Hurtado, le dijo: «Cuando estábamos quietos han venido vuestros soldados a llevarse nuestras haciendas y a matar a nuestros peones. ¿Estas son las dulzuras de la paz que nos ofrecias? Mejor estábamos con las amarguras de la guerra, porque al fin no nos robaban ni asesinaban impunemente».

Fué pues, una guerra de pillaje, en que tuvieron gran parte los americanos que se decían realistas: estimulados por la venganza y la avaricia aprovechaban toda oca-

(1). Camba, t. I, cap. XIII.

sión de satisfacer estas pasiones; y como tenian más conocimiento de las localidades hacian incursiones de las que resultaba mayor pérdida a los propietarios y a las provincias. A solo el marqués de Tojo le robaron más de 200 mil cabezas de ganado de toda especie (1).

La guerra recrudece en la provincia de Tarija, combates de los caudillos.—Habian desaparecido los grandes caudillos de las republiquetas del Alto-Perú, y no obstante esto, con la última batida general que el ejército español hizo a los guerrilleros, perdia la esperanza de subyugar estas provincias, porque tan pronto como habia dominado un pueblo se levantaba otro, y donde caia un caudillo era reemplazado por tres. Solo en Tarija quedaban en pie sus viejos caudillos: Uriondo, Avilés, Rojas, Méndez y tantos otros, que desde los pueblos inmediatos y de las fronteras del Chaco y del Bermejo amagaban constantemente a la villa sostenida por la guarnición que mandaba el bravo coronel Vigil.

Desde el momento en que el último ejército argentino se retiró con su jefe el coronel La Madrid de su campamento de los Toldos, (noviembre de 1817) los caudillos tarijeños tomaron el compromiso de sostener con más ardor y de su propia cuenta la guerra, y volvieron a reconquistar el terreno perdido, obligando a los realistas a reconcentrarse en Tarija, donde los hostilizaban sin descanso.

Para formarse una idea de la importancia que daban los españoles a la provincia de Tarija, y del poder de los caudillos que allí luchaban por la independencia, basta tener en cuenta que en 1816, el mismo general en jefe, La Serna, tuvo que trasladarse allí antes de principiar sus operaciones de invasión a las provincias argentinas, y que en 1818, a parte de estar la provincia guarnecida por las tropas aguerridas del coronel Vigil, uno de los más prestigiosos jefes del ejército realista, tuvieron que expedicionar sucesivamente los dos más notables generales de esa época y de más renombre entre los servidores del rey, a la cabeza de fuertes divisiones: Canterac y Olañeta; el primero jefe de estado mayor, y el segundo jefe de la vanguardia.

Eran frecuentes las salidas que hacia el coronel Vi-

(1). Urcullu, págs. 111 y112.

gil de la villa, en ataque a los caudillos que la asediaban. A principios de marzo avanzó hasta Padcaya, y consiguió sorprender al antiguo revolucionario Subiria, tomándolo prisionero con algunos de sus partidarios, habiéndose retirado el resto al Bermejo a engrosar las filas del caudillo Peralta.

En el mes de abril, los coroneles realistas Vigil y Somocurso, con una fuerza de 800 hombres de infanteria y de caballeria, se internaron hasta el Itaú, después de rendir por el cohecho y la intriga a los comandantes de los fuertes de San Luis y de Caraparí. La columna sufrió mucho en su marcha, y aunque sus primeros movimientos causaron alguna dispersión en las partidas que los observaban de frente y en las familias emigradas que las seguian, pronto, aprovechando de la noche, el sargento mayor Rojas logró tomar la retaguardia sin ser sentido, y principió a activar sus hostilidades.

Quince días tardaron los realistas en sus maniobras de recoger ganados, de seducir y reclutar a la gente timorata, en cuyo tiempo se ocupó el jefe patriota de organizar su fuerza, de distribuirla en posiciones ventajosas, tomando las alturas, después de cortar los caminos por los que pudiera hacer su retirada el enemigo.

Cuando los jefes realistas se creian conquistadores y trataron de emprender su retirada fueron atacados con violencia por las guerrillas patriotas, de 50 infantes de fusil y 200 de caballeria armados de lanzas. Sostuvieron reñidos encuentros los días 29 y 30 de abril, los que se repitieron con mayor denuedo el 1º. y 2 de mayo, hasta que los realistas abandonaron el campo, dejando 119 muertos y 70 heridos. Los vencedores tomaron algunos prisioneros, 62 fusiles, 140 caballos, 400 vacas, equipajes, comestibles y vestuario de tropa.

En el parte que dió el intrépido sargento mayor don Juan Antonio Rojas de esta acción de armas, recomendó de modo especial al capitán don José María Avilés, que resultó gravemente herido de bala, mereciendo toda consideración por «las más palmarias pruebas de su valor y de su resolución», a los capitanes don José María Peralta y don Juan Zambrana, por su digno comportamiento, y al capitán Cumbay, que tuvo una parte principal en el combate a la cabeza de los indios flecheros de su mando (1).

[1]. Partes oficiales, t. I, págs. 589 y 590.

El 31 de julio, el capitán patriota don Mariano Angel Peralta, obtuvo otras ventajas sobre los realistas, sorprendiendo y tomando prisioneros al alcalde comandante don José Vaca, al teniente coronel don Isidro Aguirre y al teniente don Tadeo Oviedo, naturales de Tarija, que con una partida armada de siete fusiles y cuatro sables servian de observación por el lado de Tojo, como avanzada de la fuerza que estaba en Livilivi al otro lado del rio San Juan.

Alentado con este éxito, el capitán Peralta se dirigió al pueblo de Livilivi, donde se hallaba el teniente coronel don Joaquín Ruiz, con 50 hombres armados. A las diez de la noche sorprendió el cuartel, y apresó al teniente coronel Ruiz, con diez hombres de su tropa, habiendo fugado el resto de la guarnición aprovechando de las sombras de la noche, sin que hubiera podido ser perseguida. Los patriotas tomaron en esta acción 35 fusiles, 64 caballos, 40 cabezas de ganado vacuno y otros útiles de guerra (1).

Al acompañar el general Belgrano al gobierno de Buenos Aires los partes de estas acciones, decía: «Se instruirá su superioridad que es tal el terror que han infundido al enemigo las armas de la nación, que basta presentarse en cualquier punto aún en corto número, para abandonarlo precipitadamente, dejando prisioneros, armamento, ganados, caballos y cuanto está en su poder. Los oficiales de nuestras partidas se conducen siempre con su primer entusiasmo» (2).

La expedición del general Canterac a las Salinas y las Misiones de Tarija.—En el mes de junio de 1818 llegó al cuartel general de Tupiza el brigadier don Jósé Canterac, nombrado jefe de estado mayor por el rey. Habia salido de la Península con otra expedición que el estado de la guerra en Costafirme hizo allí necesaria, y atravesando el istmo de Panamá, pasó a Lima y se dirigió al ejército del Alto-Perú con su ayudante de campo el teniente coronel don Ramón Gómez de Bedoya. Tan pronto como llegó al cuartel generel tomó posesión de su destino, y el coronel don Gerónimo Val-

[1]. Partes Oficiales. t. I, págs. 581 y 582.
(2). Parte de Belgrano a Pueyrredón, agosto 25 de 1818. Obra citada.

dés que lo desempeñaba fué nombrado sub-inspector de las tropas del mismo ejército.

Entre los generales que han formado y disciplinado ejércitos en América, Canterac merece el primer lugar por su inteligencia en las tres armas, y por sus grandes conocimientos en la materia (1). Desde el primer momento se contrajo a la instrucción del ejército, que constaba de 4000 hombres concentrados en Tupiza, con excelente empeño, enseñando personalmente al oficial y al soldado, y arreglando los cuerpos. Apenas tuvo conocimiento de la situación de la provincia de Tarija, donde la insurrección de los caudillos crecía considerablemente, y de los apuros en que se encontraba el coronel Vigil, resolvió acudir personalmente en su auxilio, a la cabeza de una respetable columna compuesta de lo más granado de las tropas reales, de los Cazadores a Caballo y del famoso batallón Imperial Alejandro.

En el mes de julio salió Canterac del cuartel general con su expedición para la provincia de Tarija, con la resolución «de no dar respiro a los caudillos que la molestaban». Llegado a la villa, sin pérdida de tiempo se dirigió inmediatamente a las Salinas y las Misiones por el fuerte de San Luis. Allí le presentó la primera resistencia el gobernador don Francisco Uriondo con sus guerrilleros, pero cargados éstos por los Cazadores a caballo, tuvieron que ceder ante la superior calidad de las fuerzas y de las armas, y se retiraron en dispersión, dejando en el campo algunos muertos y prisioneros.

Marchó el grueso de la expedición por el fuerte de Santiago a las Misiones, y por el Vallecito a Chiquiacá fueron destacados 150 infantes y 30 de caballería a las órdenes del teniente coronel don Gabriel Poveda. Halló éste en la cuesta de la Soledad al caudillo Espinosa, lo atacó con denuedo y lo derrotó, quedando en poder de Poveda un oficial, porción de hombres prisioneros y algunas armas y caballos.

Los patriotas que se habian reunido en las Misiones, noticiosos de la derrota de Espinosa y de la dirección de Poveda, ya no pudieron ser alcanzados, por mas que este activo oficial redobló sus jornadas desde antes de Chiquiacá, reuniéndose en las Misiones con el grueso de la expedición el 20 de julio. Al día siguiente partió el coronel Vigil con la mitad de la fuerza del brigadier Can-

(1). Urcullu, pág. 113.

terac contra los caudillos Sánchez, Rojas y otros hacia Caraparí e Itaú, y habiendo conseguido alcanzarlos en dichos puntos los batió por sorpresa y los derrotó causándoles muchas pérdidas entre muertos y prisioneros.

Entre tanto Canterac con el resto de la fuerza marchó sobre el Valle Chico o pueblo Viejo, donde logró reunir bastante ganado vacuno, llegando el 31 de julio a San Luis por el Vallecito, y teniendo que superar las cortaduras de los caminos y otros obstáculos que la gente del pais toda en armas habia opuesto para embarazar la marcha e impedir la salida de la quebrada de Santa Lucía. Los naturales y conocedores del lugar no creian que las tropas españolas pudiesen salir con el ganado de esta quebrada; en cuya confianza descansaba el cabecilla Castillo, preparándose para una sorpresa, cuando fué sorprendido y atacado en su propio campo por los Cazadores y el Imperial Alejandro, viéndose obligado a una precipitada retirada al bosque, perdiendo varios hombres y todos sus caballos el 1º. de agosto.

Al día siguiente, 2 de agosto, estando en marcha la columna española, a poco de haber salido del campamento donde pasó la noche anterior, fué atacada su retaguardia por más de 300 guerrilleros patriotas a caballo, que salieron de la emboscada. Al principio se introdujo el desorden en la división realista, que cuando se creia más segura después de haber dispersado el día anterior a los montoneros de Castillo, y marchaba tranquilamente, fué sorprendida por un violento ataque por las espaldas; hasta que el mismo Canterac organizó y puso en movimiento toda la caballeria española y dos compañías de fusileros del Imperial Alejandro. No pudieron sostenerse los guerrilleros patriotas al frente de tropas en mayor número, y del primer general y de los primeros soldados de España. El hecho es que fueron batidos y rechazados los caudillos Uriondo, Espinosa, Castillo, Sánchez y Rojas. Este último hizo su retirada hasta Nueva Orán, y los demás volvieron a sus comarcas a mantener la insurrección y prepararse para nuevas luchas por la independencia.

Desde este choque no volvieron a ser incomodadas las tropas de Canterac, que siguieron tranquilamente su marcha hasta llegar a la villa de Tarija.

Muy ventajoso fué sin duda el resultado de esta expedición para las armas del rey, y el más autorizado historiador español de la guerra de la independencia hispano-americana, enumera las ventajas de esta campaña, en

estos términos: «se les mató e hirió bantante gente, se les tomaron un oficial y 30 prisioneros con otros tantos fusiles, dos cargas de municiones, 90 caballos ensillados, otras 100 caballerias, más de 1,000 cabezas de ganado vacuno, y 1,000 fanegas de maiz, con pérdida poco considerable para las tropas reales» (1).

No eran por cierto muy grandes las ventajas alcanzadas por esta expedición dirigida por Canterac, jefe del estado mayor general del ejército realista. Lo más positivo estaba en las mil cabezas de ganado vacuno y en las mil fanegas de maiz, adquiridas en una esforzada campaña que duró más de 30 dias y en la que los españoles tuvieron pérdidas muy considerables que no hicieron constar en sus partes oficiales, pero que no deja de mencionar el historiador García Camba. Como acción militar, la expedición solo pudo dispersar momentáneamente a los guerrilleros, sin hacer prisionero a ninguno de sus caudillos.

Nuevas expediciones del coronel Vigil a las Salinas, y del brigadier Olañeta al río Bermejo.—Prueba que no quedó pacificada la región que recorrió el general Canterac, es que cuatro meses después, a principios del mes de diciembre, hizo el coronel Vigil una nueva expedición a las Salinas desde Tarija, en la que tuvo repetidos y porfiados choques con los caudillos Uriondo, Fernández y Tejada. En uno de estos choques logró hacer prisionero al capitán don Manuel Uriondo, hermano del gobernador, a un artillero, un oficial, dos sargentos y un soldado, con más 19 fusiles.

Después, en el empeño imposible de someter a aquellos pueblos y a los indios *chiriguanos*, les hizo el donativo de 100 cabezas de ganado vacuno y 80 caballos. Comprendieron que este obsequio no correspondia a las 1,000 cabezas de ganado que se llevó Canterac de sus estancias, ni a los 200 caballos que quitó a sus caudillos, pero lo recibieron los indios, aparentando un hipócrita sometimiento, y el jefe español volvió con aires de vencedor y conquistador.

En el mismo mes de diciembre de 1818, el brigadier Olañeta practicó una expedición sobre las fronteras de Tarija, dirigiéndose al río Bermejo, donde alcanzó al cau-

---

[1]. Camba, t. I, págs. 286, 287 y 288.

dillo Peralta, que mantenía viva la insurrección de aquellos pueblos haciendo sus correrias desde Concepción, Chaguaya, Camacho y Padcaya. El caudillo se detuvo e hizo frente a la expedición española, y después de un choque valeroso y violento cayó muerto en el combate. Se dispersaron los de su partida por los bosques, quedando en poder de Olañeta 12 prisioneros, 13 fusiles y algunos caballos. Con tan menguados trofeos, el renombrado general español contramarchó sobre la villa de Tarija, para reincorporarse después en su cuartel general de Tupiza (1).

Siguen los desastres de los patriotas en el Alto-Perú.—En Tojo y Livilivi y aun en el mismo cuartel general de Tupiza, el audaz caudillo don Pedro Arraya, se burlaba de cinco mil hombres, y los tenia inquietos con cien guerrilleros a caballo que mandaba. En una ocasión en que la tropa española escoltaba la procesión del Corpus, el caudillo Arraya, atacó tan improvisadamente, que a no estar prevenidos, como siempre estaban contra estas imprevistas escursiones, hubieran sido desbaratados completamente los españoles, los que, teniendo cargadas sus armas, hicieron una descarga sobre los asaltantes. Arraya cayó de su caballo herido al suelo, y fué alzado inmediatamente por uno de los suyos (2). Por fin, herido también en otro encuentro, cayó prisionero, y por toda pena el general La Serna lo destinó a servir en la vanguardia del ejército real bajo el mando inmediato del general Olañeta (3).

Habia muerto el caudillo don Manuel Rojas en uno de los choques de caballería tan frecuentes en el valle de Tarija, siguiendo la misma suerte de su tío el caudillo don Ramón Rojas, a quien sucedió en el mando. A la muerte de don Manuel Rojas tomó el mando de esa partida el audaz guerrillero don Eustaquio Méndez, conocido por el *Moto*, porque era manco (4).

Miranda murió en un combate en Pampa-maragua (diciembre de 1818); pero la revolución se habia hecho popular, y cuando se creia que habian desaparecido los caudillos se multiplicaron los cabecillas y jefes de guerrilleros que defendian sus vidas y sus propiedades.

(1). Camba, t. I, pág. 289.
(2). Luis M. Guzmán, pág. 31.
(3). Urcullu pág. 110.
(4). Id. « 109.

Don Eustaquio Méndez.—Hablando de este indomable caudillo tarijeño, dice historiador español García Camba lo siguiente: «A principios de noviembre (1818) se presentó espontáneamente al general en jefe el caudillo Eustaquio Méndez, quien con el caudillo Uriondo conmovia la provincia de Tarija: se presentó con su numerosa partida y armas fiado en la generosidad del general español. Este envió tranquilos a sus hogares y labranzas a los hombres de guerra del célebre Méndez, conocido por el *Moto* porque era manco; le declaró teniente coronel a nombre de S. M. y señaló a sus dos sobrinos una moderada pensión, mereciendo estas gracias la aprobacion del pais, las cuales era de esperar sirviesen de útil estímulo al arrepentimiento» (1).

El historiador boliviano, Urcullu, dice: «Habia muerto don Manuel Rojas en uno de los choques de caballeria tan frecuentes en el valle de Tarija, y le sucedió en el mando de esa partida don Eustaquio Méndez: éste cayó prisionero en otra refriega con los húsares en la que le cortaron la mano derecha. La Serna lo hizo curar y lo devolvió a su casa, con la condición de no alzar armas contra el rey, y de mantener quieta la gente de su parcialidad. Fué el gaucho Eustaquio Méndez fiel a su palabra por toda su vida» (2).

Hay falta de exactitud en las dos relaciones. Es imposible que un caudillo tan audaz y soberbio, que constituia el nervio de la insurrección tarijeña, particularmente en su partido de San Lorenzo, donde mandaba sin reconocer ninguna otra autoridad que la suya, se hubiera presentado al general La Serna en su cuartel general ofreciéndole su sometimiento, y mucho menos «con su numerosa partida y armas». No es creible tampoco, que La Serna hubiera confiado en la palabra de tan temerario y astuto caudillo, y lo hubiera mandado a su casa con el título de teniente coronel, y todavia compensión a sus sobrinos.

Méndez y Rojas, ambos caudillos tarijeños, capitaneaban distintos partidos: Méndez el de San Lorenzo, y Rojas el de Concepción. Que Méndez cayó prisionero en una refriega con los húsares, es lo evidente, pero nó que le cortaron la mano derecha, que ya le faltaba antes de la guerra de la independencia.

[1]. Camba, t. I. pág. 288.
[2]. Urcullu, pág. 109.

Los que han conocido a Méndez (1) refieren que era el tipo del gaucho tarijeño, que pertenecía a una familia del bajo pueblo de San Lorenzo; que no recibió ninguna educación y vivia entregado a las tareas del campo, distinguiéndose como hombre de caballo por un gran ginete. En su juventud, habia echado el laso a un potro redomón que partió disparando cuando el laso se envolvió en el puño de la mano derecha de Méndez, que con el arranque del potro quedó la mano colgando, sujeta a los tendones. Cuenta la tradición como para mostrar el carácter de Méndez, que él mismo tomó el cuchillo con la mano izquierda y se amputó la derecha. Seguramente es esta una fábula, pero es evidente que el gaucho Eustaquio Méndez perdió la mano en su primera juventud, y que cuando principió a figurar como caudillo, ya era conocido con el nombre del *Moto*.

Desde el año de 1818 no vuelve a figurar entre los caudillos, hasta 1824, en la guerra llamada *doméstica*, entre Pezuela y La Serna, con motivo de haber sido destituido del virreinato de Lima el primero y sustituido por el segundo. Esa guerra fué sostenida en el Alto-Perú como una lucha intestina entre los generales Olañeta y Valdés. Méndez aparece como parcial de Olañeta, con el cargo de teniente coronel y jefe del escuadrón «San Lorenzo», teniendo por segundo al comandante don Bernabé Vaca.

No fué fiel a Olañeta el famoso *Moto*, pues cuando el general Valdés llegó a San Lorenzo el 26 de julio de 1824, en busca de su adversario, se hallaba acantonado el mencionado escuadrón en el pueblo de San Lorenzo, con sus jefes Méndez y Vaca, los que se presentaron con la tropa de su mando al general Valdés a quien habian combatido, y se pusieron a sus órdenes después de dar libertad al general Carratalá, conducido a la villa de Tarija en calidad de prisionero. Inmediatamente, los jefes Méndez y Vaca, persiguieron por la Concepción y Toldos, el convoy que habia mandado retirar Olañeta de aquella plaza, lo alcanzaron y tomaron seis cañones, 300 fusiles, parque, municiones y vestuario.

En esta guerra aparece también el caudillo chicheño don Pedro Arraya en las filas del general Olañeta, mandando el escuadrón «Santa Victoria», de quien hemos di-

(1). Entre otros, hemos hablado con el coronel don Lino Morales, natural de San Lorenzo, que conoció y militó en las filas de Méndez.

cho que, cuando cayó prisionero, fué condenado por La Serna a ocupar un puesto en el ejército español de vanguardia, bajo las inmediatas órdenes de Olañeta. Esto prueba que, cuando cayó prisionero Méndez, fué también condenado por el mismo La Serna, como Arraya, a prestar sus servicios en la división de vanguardia que mandaba el general Olañeta. Así se explica la traición del *Moto* a este general, y que pasándose a Valdés creyó servir mejor la causa de la independencia, pues sin esta guerra entre los dos generales españoles, que distrajo 9,000 hombres del ejército real en el Alto-Perú, quizá habria sido otra la suerte de las batallas de Junín y de Ayacucho.

Después de estos sucesos, posible y natural es que el moto Méndez, que no dejó de ser caudillo ni un solo día de su vida, hubiera figurado como jefe de sus lanceros de San Lorenzo en las batallas internacionales de Iruya y Montenegro (junio de 1838), y de Ingavi (noviembre de 1841), como en nuestras guerras civiles, que arrastraban y envolvian a todos los militares, mucho más a un jefe tan ambicioso y audaz como Méndez. Ninguna mención hacen al respecto los historiadores; pero, como confirmando esta conjetura, aparece otra vez el viejo caudillo don Eustaquio Méndez, ya con el título de coronel, que lo adquiriría en alguna campaña, como actor en la revolución de los ballivianistas contra Belzu el año 1849.

El coronel Méndez era asérrimo partidario del general Ballivián, y combatió a Belzu; pero, como el coronel Laguna, cuando supo el mal éxito de los motines del norte, pretextando que el haber aclamado a Ballivián habia provenido del equivocado concepto de haber muerto Belzu en La Paz, volvió a reconocer la autoridad del gobierno (1).

Entre tanto, en Cotagaita se puso a la cabeza de la columna de Sucre el general Velasco y marchó á Tarija, donde persiguió a Méndez, que murió en el combate de Santa Bárbara, a manos del Coronel Rosendi (2).

(1). Cortés pág. 202.

[2]. En Tarija se relaciona este acontecimiento del modo siguiente: Méndez fué rechazado cuando atacó la ciudad ya ocupada por la columna del coronel Velasco, y volvia en fuga precipitada a sus pagos de San Lorenzo. Lo siguió el coronel don Rosendo Rosendi con una partida de coraceros, que a toda carrera de sus caballos no podian dar alcance al brioso y aguerrido corcel del coronel Méndez. El que se acercó más fué Rosendi, que iba a la cabeza de la partida, gritando al caudillo fugitivo: ¡alto! y ríndase! Al llegar a la quebrada de Santa Bárbara, Méndez dió vuelta a su caballo, desenvainó el sable que ma-

Nada más dicen los historiadores del valeroso coronel don Eustaquio Méndez, cuya fama se conserva en Tarija como la del primero de sus caudillos, y su nombre se perpetúa en la Provincia Méndez, cuya capital es San Lorenzo (1).

Temores por el lado de Chile; prevenciones del virrey Pezuela, su desacuerdo con La Serna y la renuncia de éste.—La guerra de la independencia americana se habia hecho continental, y si se sostenia tan activa en el Alto-Perú en pequeños encuentros con éxitos siempre parciales para las armas españolas, la amenaza más seria se presentaba ahora por el lado de Chile.

En estas provincias altoperuanas, harto extenuadas, que habian luchado ya nueve años por su emancipación, existia todavia un ejército de operaciones con su cuartel general en Tupiza, donde el general en jefe reemplazaba sus bajas, habiendo mejorado notablemente la disciplina de sus tropas con la presencia del general Canterac; y poco tenía ya que temer por su frente, porque las provincias argentinas comprometidas en guerra civil, no se hallaban en disposición de poner en campaña un ejército que con probabilidad de buen éxito pudiera disputar la superioridad del español.

En cambio, en Chile existía a órdenes de San Martin un ejército engreido con sus victorias de Chacabuco y Maipu, con la idea fija de avanzar sobre Lima en expedición libertadora, confiado en la cooperación de una escuadra superior a las fuerzas marítimas españolas en el Pacífico, formada con sorprendente celeridad y capitaneada ya por el famoso inglés lord Cochrane, que habia aceptado su mando en noviembre de este año 1818.

En tal concepto, el virrey Pezuela creyó oportuno formar un cuerpo de tropas de reserva en Arequipa a las órdenes del brigadier Ricafort, y al efecto dictó las disposiciones conducentes. Con este motivo se trabó una viva controversia entre el general en jefe del ejército del Alto-Perú y el virrey de Lima. Aprobaba La Serna la

---

nejaba primorosamente con la mano izquierda, y se lanzó sobre Rosendi, contestándole: *¡Que se rinda su abuela!* Rosendi lo recibió con un tiro certero de pistola, y cayó el heroico *Moto*, que fué trasladado moribundo al hospital de Tarija, donde dejó de existir la misma tarde del trágico suceso.

[1]. Domingo Paz. *Don Eustaquio Méndez.* Apuntes biográficos.

idea de crear un cuerpo de reserva; pero no convenía en que fuese en Arequipa sino en Puno, fundándose entre otras razones, en que este punto ofrecía una posición más central y de fáciles salidas en cualquier dirección para que las tropas pudiesen acudir con prontitud donde fuera más necesario.

Triunfó la opinión del virrey, que era al mismo tiempo un mandato; pero la correspondencia habida entre esos dos jejes superiores, destemplada a veces; las noticias verdaderas o falsas que llegaban al virrey acerca de cómo se hablaba en el cuartel general del Alto-Perú de sus providencias, y las que el general en jefe recibia aquí de Lima sobre la ligereza y destemplanza con que era juzgado por algunos hombres que acaso no tenian más objeto que lisonjear al virrey, todo contribuyó a agriar el ánimo ya prevenido del general La Serna, y lo condujo a pedir reiteradamente al rey su relevo y el consiguiente permiso para regresar a España, alegando al efecto la necesidad de atender a reparar su quebrantada salud (1).

(2). Camba, t. I. págs. 289, 290 y 291.

CAPITULO VIGÉSIMO TERCERO

1819-1820.—El Bajo Perú teatro de la guerra.—Nueva invasión a las provincias argentinas.—Siguen los combates y encuentros con los guerrilleros del Alto-Perú.—Expediciones de la división de Oruro, y expedición a los Cobres y a la quebrada del Toro.—Planes del gobierno argentino sobre el Alto-Perú.—La Serna deja el mando del ejército, se vá a Lima y se queda allí a petición de las autoridades.—El año 1820. Ramírez se recibe del mando del ejército del Alto-Perú e invade a Salta.—La guerra en el Alto-Perú.—Traslación al norte del ejército del Alto-Perú.—Las reales órdenes de 7 de marzo de 1820 y el juramento de la constitución.—El armisticio y las conferencias diplomáticas.—La división de Arenales opera con precisión, y avanza la expedición de San Martín.

El Bajo Perú teatro de la guerra.—Al principiar el año 1819, las provincias del Alto-Perú, aun que no estaban subyugadas y vencidas, daban poco que pensar al virrey de Lima, que fijaba toda su atención en los triunfos que la causa de la independencia americana habia alcanzado en Chile y sus costas en el año anterior.

El Perú era el último baluarte del poder español en Sud América. La campaña de San Martin a Chile, tenia por objetivo a Lima; y las jornadas de Chacabuco y Maipu, no habian sido sino las dos grandes etapas de su iti-

nerario sudamericano. Dominado el mar Pacífico por las escuadras independientes con arreglo a este plan, la expedición al Perú era una consecuencia necesaria y una condición de triunfo. Se proponía realizarla San Martin para herir el poder colonial en el corazón. Una nueva república se incorporará al movimiento revolucionario, y el proyecto por ejecutar era el de encerrar los últimos ejércitos patriotas y realistas en las fronteras del Perú, convirtiendo su territorio en el palenque cerrado, dentro del cual debía decidirse la campaña de la emancipación del nuevo mundo.

Esta gran concepción fué de los dos grandes libertadores, San Martin y Bolívar, que se dirigian a Lima para que se dieran allí la mano las armas de las Provincias Unidas del Río de la Plata con las de Colombia.

Puestas las fuerzas navales de Chile bajo la dirección de lord Cochrane, pronto se entendieron los gobiernos de Chile y de Buenos Aires para disponer una expedición marítima que recorriera las costas del Perú.

Sabia el virrey Pezuela que en Valparaiso se aprestaba la expedición como operación preliminar de la que se proponía emprender San Martin con todo su ejército, y que entre las miras del audaz marino inglés estaba la de dar un golpe sobre el puerto del Callao, y en consecuencia ya no pensó el virrey sino en prepararse para una lucha decisiva.

No tardó la escuadra libertadora en presentarse en el Callao, el 22 de marzo de 1819, y después de atacar aquel puerto, avanzó al norte, recorriendo toda la costa peruana propagando la revolución, y volvió a Valparaiso. Quedó así notificado el virrey de que la guerra de la independencia de Sud América debia comprometerse y definirse en el virreinato del Perú.

Nueva invasión a las provincias argentinas.—Al mismo tiempo que los patriotas de Chile lanzaban su escuadra sobre las costas del Perú, hicieron correr voces de que Belgrano con sus tropas avanzaba sobre las posiciones españolas en el Alto-Perú. Esta amenaza había partido de Tucumán, esparcida por el mismo general Belgrano en momentos que movia su ejército para comprometerlo en la guerra civil argentina.

Alarmado el general La Serna, el 12 de marzo hizo salir de Tupiza la mayor parte de su ejército, que fijó su

cuartel general en la posta de Cangrejos, adelantando su vanguardia a Humahuaca, con los generales Canterac y Olañeta. Reforzada esta división con la caballeria, pasó a Jujuy, donde entró el 26 del mismo mes, después de sostener frecuentes combates con los guerrilleros de Arias, Alvarez y Cortés.

Las noticias adquiridas no daban lugar a recelo alguno por el frente, porque Belgrano habia marchado con sus tropas de Tucumán a Córdoba para hacer la guerra a Artigas que hostilizaba al gobierno de Buenos Aires. Con esta seguridad, regresaron las divisiones españolas a su cuartel general de Tupiza.

Siguen los combates y encuentros con los guerrilleros del Alto-Perú.—El ejército real del Alto-Perú conservaba sus antiguas posiciones: el cuartel general se mantenía en Tupiza sin motivo de alarma por su frente, y las columnas destinadas a la persecución de las partidas de guerrilleros que vagaban por las provincias, era la única tarea de las armas españolas.

A principios del año el teniente coronel Medinaceli en Pirhuani alcanzó al caudillo Martínez, a quien batió, matándole seis hombres y apoderándose del mismo Martínez, un alferez y tres soldados, 21 fusiles y una bandera.

Desde el pueblo de Puna marchó con su columna el comandante Reboredo a las alturas de Tambillos, donde alcanzó y dispersó a los cabecillas Sillo, Carrillo y Vargas, matándoles ocho hombres con el sargento mayor Cabezas, y otro oficial, hermano del caudillo Martínez, y tomándoles cinco prisioneros con 40 cabezas de ganado vacuno.

En el mes de febrero, el coronel don Pedro Antonio Castro, sorprendió a tres leguas del puesto del Marqués, una partida de patriotas de 23 hombres que mandaba el cabecilla Chuichuy, teniendo de segundo al ayudante mayor Fuentes, la cual cayó toda prisionera, menos tres soldados a quienes salvaron sus caballos.

Las expediciones contra los indios alzados continuaban con éxito sus correrias El coronel Germán alcanzó el 7 de junio en Condorillo al cabecilla Chinchilla, y lo dispersó matándole 11 hombres, incluso el capitán Luna, y tomándole 17 prisioneros, 36 fusiles, dos cañones y porción de ganado.

El comandante don Manuel Ramírez batió el 2 de

julio en Aiquile a los caudillos reunidos Coronel, Centeno, Cueto y Calderón; les mató 43 hombres, tomó 26 prisioneros y los caudillos, menos a Centeno, que logró fugar no obstante de estar herido, seis cañones, 115 fusiles, 19 sables, fornituras, municiones y más de 100 caballos. Todavia, cuando regresaba Ramírez de esta expedición sorprendió e hizo prisionero al cabecilla Arispe con siete soldados de la partida de Hinojosa.

El teniente coronel Espartero destrozó otra facción en Tupuyu, causándoles bastante pérdida entre muertos, heridos y prisioneros, y tomándoles porción de armas y caballos.

El coronel Antezana, en las alturas de Leque, batió a los caudillos Mamani y Santisteban, haciéndolos prisioneros con todo su armamento, caballos y útiles de guerra.

Por este mismo tiempo el brigadier Olañeta hizo algunas correrias por los altos de Iruya hacia Nueva Orán, sosteniendo varios encuentros con los guerrilleros patriotas, resultando en uno de ellos la muerte del capitán Pastor, tomándole ocho prisioneros y algunas armas, y recogiendo 500 cabezas de ganado vacuno, 1,000 llamas y 7,000 ovejas.

El comandante de uno de los batallones del Imperial Alejandro, don Tomás Barandalla, recorrió los valles de Santa Victoria, dispersando los pocos enemigos que se le presentaron y recogiendo 200 reses y 700 cabezas de ganado lanar.

El teniente coronel Ramírez sorprendió en la mañana del 18 de agosto en el pueblo de Totora a los caudillos Rojas, Curito, titulado coronel, Quitón, comandante general, Sandóval, comandante de caballería, Ponce y Torrico, auditor de guerra de Serna. Todos cayeron prisioneros con más 24 hombres, otros tantos fusiles, útiles de guerra y caballos.

El coronel Aguilera sosprendió también al caudillo Cerna, que murió en el choque, fué destrozada su partida y tomadas sus armas, municiones y caballos.

El teniente coronel don Ramón Gómez de Bedoya, con la columna de infanteria y caballería que dirigía contra el caudillo Terreira, logró desalojarlo de las fronteras de los chiriguanos, obligándolo a huir y persiguiéndolo hasta las orillas del Pilcomayo. De allí marchó contra el cabecilla Caballero, a quien se habia reunido una compañia de Terreira, y logró derrotarlo, habiendo conseguido

escapar Caballero. Venia a reunirse con éste el caudillo Cueto con 40 hombres, cuyo segundo era Artiga. Sorprendidos en su marcha huyeron al monte. Perseguidos allí por una partida de infanteria y algunos indios chiriguanos, los mataron estos a flechazos y entregaron sus cabezas a la partida realista.

También fué preso el comandante revolucionario Fariñas, le quitaron más de 800 cabezas de ganado y como 300 mulas y caballos que formaban toda su fortuna.

Y ni así podían asegurar los españoles que quedaban libres de enemigos en aquellas montañas, cuando regresaban después de las penosas expediciones que habían realizado.

Expediciones de la división de Oruro y la expedición a los Cobres y a la quebrada del Toro.—De la división intermedia establecida en Oruro a las órdenes del coronel Valdés salieron dos columnas a principios de octubre a pacificar los valles de Moza: la una mandada por el teniente coronel don Baldomero Espartero, y la otra por el teniente coronel don Cayetano Amatller, las cuales después de cincuenta y seis días de marchas y contramarchas, sorpresas y encuentros, dieron por resultado la muerte de los hermanos Contreras, Rodríguez, Ramos, Herboso y Gómez, con la del teniente Antezana, que mandaba la escolta de los caudillos Contreras, la de otros oficiales y muchos indios, tomándoles 85 prisioneros, dos cañones de bronce, 77 fusiles, municiones y efectos de guerra, 1000 cabezas de ganado vacuno y 3000 de lanar.

Al mismo tiempo, el comandante militar de Moza, Rendón, hizo por su parte cinco prisioneros y recogió 20 fusiles. Seguidamente mandó Espartero de su columna 100 hombres a los valles de Yungas, con noticia de que habian tomado esa dirección muchos dispersos de las facciones batidas y perseguidas, y a pesar de la escabrosidad del terreno y de las contínuas lluvias desempeñó esa tropa con diligencia su encargo. Los cabecillas Castro, Videla, Graneros y Portillo dejaron los Yungas burlando a la partida que los perseguía y salieron por las Tres Cruces a la puna. El único botin de esta expedición a los Yungas fué el de haber tomado 38 fusiles, pagados a buen costo con las pérdidas de los españoles.

Dispuesta en el cuartel general de Tupiza otra co-

lumna para hacer una correría sobre San Antonio de los Cobres a las órdenes del coronel Loriga, supo el brigadier Canterac, que tenia interinamente el cargo de general en jefe, que el famoso caudillo Chorolque andaba por la Rinconada como comandante general de la puna. Mandó Canterac que se aprestasen 80 dragones americanos y 20 húsares de Fernando VII, y a las órdenes del comandante don Rufino Valle los despachó sobre la Rinconada.

Salió Valle de Tupiza el 9 de diciembre, y el siguiente dia 10 al amanecer encontró a los enemigos ya a caballo y en actitud de resistir. Mandó cargarlos con los dragones y los húsares, que ejecutaron la orden con ímpetu hasta deshacer la banda patriota. Cayeron prisioneros el caudillo Chorolque con su mujer y 24 soldados con 17 fusiles.

Así que el comandante Valle regresó a Tupiza emprendió la marcha la columna preparada al mando del coronel Loriga con el principal objeto de recoger ganado y caballos para el ejército, y a las ocho leguas dieron sus descubiertas con una partida enemiga, que la dispersaron matando un soldado y haciendo prisionero un capitán.

A marchas forzadas continuó Loriga su camino: dividió en dos trozos su fuerza, y ocupó con ellos a un tiempo la quebrada del Toro y San Antonio de los Cobres. En este último punto sostuvo buenos tiroteos con partidas de gauchos.

No se conoce más resultado de esta esforzada expedición, que el que apunta el historiador español García Camba: recogió 13,000 carneros. 1,400 llamas y 320 cabezas de ganado vacuno.

Al regresar, encargó Loriga al coronel don Agustin Gamarra que recorriese las cordilleras de su flanco izquierdo, y en tres días de penosísimas marchas apenas logró reunir 700 llamas.

Los resultados de estas frecuentes expediciones a que se veian obligadas las tropas españolas en el Alto-Perú, no eran por cierto satisfactorios. Era una lucha desesperada contra la propiedad para asaltar los ganados, y con caudillos y cabecillas que no se acabarian nunca. En el momento que se retiraba una expedición de un lugar que creia haber dominado con apoderarse de sus ganados y talar sus campos, volvía a insurreccionarse con nuevos jefes. El ejército real se gastaba y fatigaba en estas correrias, y las relativas ventajas que obtenia no compensaban sus sacrificios y sus pérdidas.

Planes del gobierno argentino sobre el Alto-Perú.—Cuando la expedición española sobre Humahuaca en el mes de marzo de este año, de que hemos hecho referencia, comprometido Belgrano, como queda dicho, en la empresa de consolidar la paz en las provincias argentinas, no podia acudir a ocupar su antiguo puesto. Entonces, el gobierno de Buenos Aires ordenó a San Martín que activara el repaso de la mitad del ejército de los Andes, sobre el que debia formar el nuevo ejército, y que lo dirigiese hacia el Tucumán, donde permaneceria hasta tanto que, desembarazado de las atenciones que lo rodeaban, pudiera contraerse al proyecto de espeler a los españoles de las provincias del Alto-Perú. Como se le decía ser esta una medida puramente preliminar con el carácter de *precautoria* preveniásele, que el general don Francisco Fernández de la Cruz, jefe de estado mayor del ejército auxiliar, debia marchar a situarse en Tucumán, con el objeto de irse recibiendo de las divisiones del ejército de los Andes que sucesivamente fuesen llegando a aquel destino.

No podía ocultarse a la penetración de San Martin, que asumir una actitud espectante en Chile, renunciando a la expedición sobre Lima; asumir la misma actitud en el interior, empleando para ello el ejército auxiliar, era hacer abandono de todas las posiciones conquistadas, desorganizar las grandes bases de poder militar creadas y conservadas con tantos afanes, dar seguridad a los españoles por la parte del Pacífico, permitirles aglomerar sobre el Alto-Perú todos los poderosos elementos que tenian en Lima, reducirse en fin, en todas partes a la impotencia, y todo esto sin una idea clara, sin un plan definido, sin un propósito fijo.

Era que habia llegado para el gobierno, aquel momento de postración moral de los poderes exhaustos, en que a la imposibilidad para obrar acompaña la ineptitud para pensar. Así, cuando San Martin, asegurada la expedición a Lima por parte del gobierno de Chile, fué apremiado por el gobierno argentino para dirigir a Tucumán al menos la división que tenia en Mendoza, manifestó francamente: que tal medida, sin llenar los objetos que se tenian en vista, daría por único resultado la disolución de esa fuerza. Convencido al fin el gobierno de la importancia preferente de la expedición al Bajo Perú por el Pacífico, con el concurso eficaz de la alianza chilena, dió

contra órdenes respecto del repaso del ejército de los Andes y de la marcha a Tucumán de la división de Mendoza, felicitándose de este desenlace preparado por la previsión de San Martin (1).

Sin embargo, el general de los Andes mantuvo aún en el mismo punto la división de Mendoza, con el objeto de reunir mayores elementos para su expedición a Lima, y esta circunstancia hubo de salvarlo de volver a complicarlo en la guerra civil, en que seguramente se habria perdido su ejército como se perdió el de Belgrano.

Este fué el último plan desconcertado y fracasado del gobierno argentino de proteger una vez más al Alto-Perú en su lucha por la independencia americana, y de restablecer la unidad de las provincias que formaron el virreinato del Rio de la Plata.

La Serna deja el mando del ejército, se vá a Lima y se queda allí a petición de las autoridades.—El general La Serna fué a Cochabamba para restablecer en esa ciudad su quebrantada salud y esperar la resolución de la corte acerca de su renuncia. Habia sido nombrado en su lugar el ya conocido general don Juan Ramírez y Orosco, que se hallaba en Quito, de presidente de la audiencia, donde fué desde Tupiza en 1816, dejando el mando del ejército español en el Alto-Perú, en el que habia sucedido interinamente a Pezuela, cuando éste habia sido nombrado virrey de Lima y mientras llegara La Serna.

Habiendo llegado a Lima el nuevo general en jefe, de conformidad con el virrey Pezuela, entregó el general La Serna el mando en septiembre al brigadier Canterac, y se despidió de las tropas que habia mandado, las cuales hicieron la debida justicia a su alto mérito. El 21 del mismo mes se puso en marcha para Lima con ánimo de aprovechar el primer buque que saliera del Callao para Europa.

Al terminar el año llegó a Lima el general La Serna en solicitud de buque para regresar a España, en uso de la autorización que el rey le habia otorgado. Todos los amantes de la causa de la metrópoli, conocedores de los peligros que amenazaban la tranquilidad del país sentian

---

(1). Mitre. Hist. de Belgrano, t. IV, págs. 228, 229 y 230.

la separación y ausencia de este general, mayormente cuando se atribuía su regreso a la Península a la falta de buena inteligencia entre él y el virrey Pezuela, ambos oficiales de artilleria. No se prestaba con gusto La Serna a ser mero ejecutor de disposiciones que no siempre le merecian su aprobación, ni tampoco queria servir de obstáculo a su ejecución por si su juicio era errado, en cuya virtud, se decía habria tomado la resolución de renunciar el cargo de general en jefe del ejército de operaciones del Alto-Perú.

La conducta noble y humanitaria de La Serna, desde su arribo a América, su afabilidad y cortesía con todos, le habian grangeado una general estimación y una opinión tan alta y universal, que lejos de disminuir aumentaba y se engrandecia por su partida en las actuales circunstancias.

Las amenazas de una expedición de Chile contra el Perú se hacian cada día más positivas. La antigua fortuna del virrey, y su consiguiente nombradía, estaban en sensible decadencia, y más ante las dificultades que rodeaban entonces la administración. De aquí provino que, al disponer La Serna su embarque, las autoridades de Lima pidieran oficialmente su permanencia en el país, petición a que accedió el virrey, promoviendo a teniente general a La Serna en nombre del rey. Esta disposición fué recibida con universal aplauso, porque se esperaba mucho de los servicios que podia prestar al Perú en los dias de conflicto que le aguardaban (1).

El año de 1820.—Principia este año con grandes acontecimientos en España y América.

Después de la renuncia de La Serna, presagios de gran peso traian alborotado al general Ramírez y a las autoridades del virreinato del Perú, pues sabian que desde las playas de Chile independiente debia partir una expedición al mando de San Martin y de Cochrane para derruir el virreinato peruano, que desde 1809 estaba sirviendo como de una fragua colosal para forjar y anudar de nuevo las cadenas trozadas por las demás colonias. Chile vigilaba las puertas del Pacífico; Buenos Aires dominaba en las costas argentinas y mandaba corsarios a cruzar por el Atlántico hasta las puertas de Cartagena;

(1). Camba, t. I cap. XIV

Panamá se levantaba como un muro para interceptar todo recurso de la madre patria.

De este modo los jefes y las autoridades de la España se encontraron aislados y desorientados por la falta de noticias y comunicaciones oportunas, en tanto que acontecimientos de gran trascendencia habian puesto a la Península en la pendiende de la guerra civil. En los momentos que debia partir un gran ejército para Buenos Aires, el comandante del batallón Asturias don Rafael del Riego, se habia amotinado (enero de 1820) proclamando la constitución de 1812 y arrastrando con su ejemplo gran parte de la fuerza expedicionaria y de las tropas de diversas plazas importantes.

La España doblemente trabajada por la lucha de la invasión y la anarquía, que hizo nacer la fementida y desleal política de su rey Fernando VII, empezó a convencerse de que sin libertad no hay bienestar posible. Por eso, don Rafael del Riego, haciéndose el órgano del sentimiento público, proclamó la constitución política de 1812. Esta misma constitución y la violencia con que habia sido impuesta a Fernando, dividieron la Península en dos grandes partidos, el absolutista y el liberal, partidos que se reflejaron luego en las mismas autoridades peninsulares en la América y dieron margen a intrigas y rupturas escandalosas que fueron de mucho provecho a la causa de la independencia.

Arrastrado por la corriente liberal el rey se vió precisado a proclamar por sus reales órdenes de 7 de marzo, el imperio del régimen constitucional, a convocar las cortes, y a amnistiar a los encausados políticos, restituyéndoles al mismo tiempo su libertad y sus bienes (1).

Ramírez se recibe del mando del ejército del Alto-Perú.—A principios de febrero de 1820 llegó el general don Juan Ramírez a hacerse cargo del mando del ejército español, y fué recibido por Canterac en Salo, donde maniobraron diestramente todos los cuerpos de que se componía.

El nuevo jefe del ejército realista del Alto-Perú carecía de las prendas de moderación y benevolencia de La Serna, aunque en lo militar le aventajaba como más entendido en la táctica de las armas y disciplina del solda-

(1). R. Sotomayor Valdéz, págs. 36 y 37.—Luis M. Germán, pág. 55.

do, sin llegar a la altura de Canterac, que le entregó un ejército harto respetable por su número como por su instrucción y destreza.

Trasladado el ejército a Tupiza comenzó a aprestarse para bajar a las provincias argentinas. En mayo de 1820, fué invadida por la séptima vez la provincia de Salta por un ejército compuesto de 6 batallones, 7 escuadrones y 4 piezas de artilleria, formando un total de cerca de 4.000 hombres a órdenes del general Ramírez Orosco, mandando sus divisiones los generales Canterac y Olañeta, los coroneles Valdés, Gamarra, Vigil, Marquiegui y otros de no menos nombradia. El objeto de esta grande expedición era imaginando talvez que un combate feliz podría perturbar, ya que no conjurar, el golpe que amenazaba San Martín al Perú.

El 24 de mayo se posesionaron los realistas de la ciudad de Jujuy y el 31 entraron a la de Salta adelantando por vanagloria sus descubiertas hasta el río Pasaje, de donde retrocedieron precipitadamente a sus reservas (1).

La resistencia popular, si no tan eficaz como en las anteriores invasiones, no fué menos tenaz ni menos gloriosa, no obstante que la desorganización habia penetrado en las filas de Güemes. Las guerrillas disputaron el terreno palmo a palmo desde la frontera hasta Salta, con fortuna varía en los combates.

Los españoles no fueron dueños sino del terreno que ocupaban con las armas, y después de un mes de permanencia, tuvieron que replegarse bajo el fuego de las guerrillas salteñas a sus posiciones de Tupiza, el 30 de junio, a consecuencia de los anuncios de la expedición de San Martin sobre Lima, que a la sazón se aprestaba en Chile. Esta campaña costó a los patriotas la pérdida del famoso guerrillero don Juan Antonio Rojas, que murió combatiendo al frente de sus gauchos infernales (2).

La guerra en el Alto-Perú.— Volvió Ramírez a ocupar sus antiguas posiciones en el Alto Perú, con reconocida superioridad que el año anterior. El ejército se mantenia en buen estado de instrucción y disciplina, y su fuerza disponible no bajaba de 7,000 hombres, de los que se destacaban cada día columnas destinadas a perseguir a los guerrilleros y a los indios alzados.

(1). Camba, t. I, pág. 327

[2]. Camba, t. I, pág. 329

El teniente coronel don Francisco Pereira, comandante militar de Mizque en la provincia de Cochabamba, alcanzó y batió el 8 de marzo en la montaña de San Vicente a los montoneros del cabecilla Flores, a quien logró hacer prisionero. Regresó luego al pueblo de Tintín para dar un conveniente descanso a su fatigada gente, y tres días después, al amanecer del 11, se vió precipitadamente acometido por las facciones reunidas de Calderón, Cáceres, Rifarache y Román. El choque fué violento, los insurrectos fueron rechazados con pérdida de seis hombres muertos, incluso el caudillo Rifarache, y algunos prisioneros.

El coronel don Antonio Vigil, gobernador de la provincia de Tarija, supo en la mañana del 6 de abril que el cabecilla Hidalgo había atacado al pueblo de Padcaya, e inmediatamente salió en su persecución con 125 infantes del batallón de Chichas, y 80 de caballeria del escuadrón de Cazadores, y 12 de una partida armada de la provincia.

Noticioso Vigil de que Hidalgo se habia retirado a la hacienda de San Francisco, dispuso marchar sobre él por dos direcciones, encomendando la una al teniente coronel Medinaceli con los chicheños y guiando personalmente la otra por el Abra de Mecoya. Aquí fué enterado de que el enemigo, con motivo de la expedición que al mismo tiempo practicaba el brigadier Olañeta por los valles de Santa Victoria habia dividido su gente para hostilizar por distintos puntos las tropas españolas. Vigil también subdividió la suya en el orden que Hidalgo llevaba su marcha, dirigiendo a su segundo Lira por Mecoya, y tomando él la ruta de Piedra-Parada. Aquel alcanzó al caudillo, quien cayó herido de muerte en el combate que sostuvo con la fuerza realista. Dos horas después murió el valeroso Hidalgo, y Vigil le hizo cortar la cabeza y colocarla en una pica en el Abra de Pulcara para aterrar a los patriotas.

La expedición que por este tiempo habia conducido desde los cantones de la vanguardia a Santa Victoria, el brigadier Olañeta, logró sorprender y dispersar a un tiempo las partidas enemigas de sus valles, causándoles alguna pérdida, y recogiendo más de 800 cabezas de ganado vacuno. Aterrados los montoneros por la activa persecución que se les hacia, y por el daño sufrido con la espoliación de sus ganados, se presentaron a indulto algunos oficiales con 180 gauchos, y el brigadier Olañeta los dejó

en sus hogares, devolviéndoles parte del ganado que les habia tomado.

Reforzado el caudillo Gandarillas con algunos de los dispersos de Chinchilla, volvió a salir de su cuartel de Cocapata por este tiempo, para hostilizar los pueblos de la quebrada de Tapacarí en la provincia de Cochabamba. Auxiliado el sub-delegado don Agustín Antezana con 86 granaderos que le envió el gobernador intendente, salió del pueblo de Quillacollo el 20 de junio en busca del enemigo, por la quebrada de Tapacarí. Después de 16 leguas de marcha, continuó Antezana con su tropa bien fatigada, por una senda escabrosa, que hacia más impracticable la oscuridad de la noche. Reconocido cerca de las dos de la mañana por una avanzada de Gandarillas, empezó este a preparar su defensa, cuando fué acometido por los granaderos realistas que arrollaron a los guerrilleros patriotas los que se dispersaron por las breñas, dejando en el campo 5 hombres muertos, un herido, cuatro prisioneros y el teniente Espinosa con 47 caballos y algunas armas y útiles de guerra.

El teniente coronel Ramírez con la columna que mandaba alcanzó a los caudillos Contreras, Bustamante y Bascopé en las escabrosas montañas de Colpa, y los batió, matándoles algunos hombres y haciendo 15 prisioneros. La tropa realista tuvo 6 muertos, 2 heridos gravemente de bala y 36 de honda y galga.

Destacó después al capitán Reguero con su compañía a sorprender en el pueblo de Moojo al cabecilla Moya. El choque fué violento y denodado, quedando muerto Moya con 20 de los suyos y 70 prisioneros, de los cuales pasó Ramírez 7 por las armas, y con esta hazaña regresó con su columna a Oruro.

No tardaron los facciosos en ocupar de nuevo el pueblo de Palca, y Ramírez volvió a salir contra ellos en junio. Logró sorprender en los molinos de Machaca una avanzada de 12 hombres, de la que se apoderó, y seguidamente cayó sobre Palca, ocupando el pueblo después de reñido combate y con bastante pérdida de ambas partes.

Reuniéronse luego diferentes cabecillas en la famosa Loma Grande y altos inmediatos con 100 fusileros, 200 montados y como 2,000 indios, y Ramírez los atacó con decisión y dispersó el 12 de junio, matándoles 50 hombres, incluso el caudillo Aguilar, a costa de algunos muertos y heridos de la tropa realista. No escarmentados los

rebeldes hicieron pronto nueva reunión, que Ramírez desbarató acudiendo sobre ellos con la mayor actividad.

Refugiado el caudillo Gandarillas en las montañas de Icari a causa de la derrota y persecución que había sufrido, hizo allí nueva reunión, y cayó en la noche del 22 de julio sobre el pueblo de Sácaba y dió muerte al alcalde don Alejandro Cadima. Informado de esta ocurrencia el sub-delegado de Tapacarí Antezana, salió de Quillacollo con su tropa, y marchó con toda diligencia a ocupar la Abra de Icari, retirada natural del enemigo, a quien buscó desde este punto y descubrió en la difícil hoyada de Torriní. Inmediatamente tomó la resolución de sorprender este campamento, y lo consiguió en la mañana del 25 del mismo julio, quedando en poder de Antezana el caudillo Gandarillas con 20 hombres, inclusos un capitán y un teniente, 26 fusiles, 54 caballos, municiones y equipaje.

Todo manifiesta que no habia concluido la guerra en el Alto-Perú. El historiador español García Camba, actor en esta lucha sin término, dice: «Tan activa era aquella clase de guerra y tan molesta y trabajosa, para los europeos con particularidad, para quienes el acto de batirse era la faena más fácil de ejecutar (1).

A poco de haber regresado el general Ramírez con el ejército a su cuartel general de Tupiza, de la expedición a Salta, se denunció una conspiración en el seno de las tropas realistas, que se suponia dirigida por el astuto coronel don Agustin Gamarra, y aunque se encargó la indagación del hecho al activo coronel Valdés, nada se llegó a poner en claro. Gamarra fué destinado después al ejército de Lima, donde se pasó a los independientes, confirmando de este modo los fundamentos de la mencionada denuncia.

Como quiera, las provincias del Alto-Perú ofrecian por su estado de aniquilamiento y la superioridad de las armas españolas, alguna seguridad, mientras que el porvenir del virreinato de Lima, amenazado por las fuerzas de mar y tierra con que contaba San Martin en Chile, inspiraba con razón justos temores.

Traslación al norte del ejército del Alto-Perú.—En cumplimiento de reiteradas órdenes del virrey, el 31 de agosto salió de Tupiza el coronel Valdés

(1). Camba, t. I. págs. 326 a 331.

con el primer regimiento y el batallón Chilotes o Castro con dirección al norte. Sobre la marcha recibió Valdés la orden de trasladarse a Lima, encargando a Loriga la conducción de la tropa. Es que ya se tenía aviso de que el ejército republicano al mando de San Martin habia desembarcado en Pisco el día 8 de septiembre, y que el general Arenales con una división se encaminaba al interior. Con este motivo fueron tomando el mismo rumbo las demás tropas disponibles en el Alto-Perú. El general Ramírez trasladó su residencia a Puno, y luego a Arequipa. ¡Tanto iba arreciando la tempestad por el Bajo Perú!

En Tupiza quedó el general Olañeta con los batallones de la Unión, Partidarios y Cazadores, ochenta caballos al mando de don Juan Matorras, y con órdenes de levantar en los pueblos de Chichas y de Tarija la caballeria e infanteria que pudiese. Los batallones cuzqueños de que antes se componían el primero y segundo regimiento, fueron repartidos en guarniciones de las capitales de provincia y de otros puntos, a las órdenes del respectivo gobernador. En el fuerte de Tarabuco se pusieron los inválidos de los cuerpos europeos.

Parecía que hubiesen convenido republicanos y realistas en un armisticio; pues todos se tenian a la defensiva ocupando sus posiciones, como esperando que la cuestión se decidiese en el territorio del Perú a donde se trasladó el teatro de la guerra.

A medida que el espiritu realista fué debilitándose en los defensores de esa causa, el entusiasmo por el rey Fernando se fué extinguiendo, y en el ejército español faltaba ya la esperanza del buen éxito que hasta entonces lo habia alentado. Cundió también en sus filas el fuego sagrado del amor a la patria, y con frecuencia aparecian llamaradas semejantes a las que en los volcanes anuncian la proximidad de la erupción.

A mediados de diciembre del año 1820, descubrió el general Olañeta en Tupiza un complot entre los batallones Partidarios y Cazadores, para unirse a los independientes de Salta, y lo sofocó a costa de sangre. En este mismo mes el teniente coronel don Baldomero Espartero mandó pasar por las armas a los oficiales chilenos, barón de Nordenflich y don Manuel Guzmán, por correspondencia con el coronel Lanza, a quien trataron de enviar pólvora y piedras de chispa, según se dijo. Fúeron desterrados

varios vecinos, y se destituyó por connivencia al gobernador don Fermín de la Vega montevideano (1).

Las reales órdenes de 7 de marzo de 1820 y el juramento de la constitución.— El 12 de septiembre se recibieron en el cuartel general del Alto-Perú dos reales órdenes del día 7 de marzo de 1820: por la primera mandó el rey que la constitución de 1812 se publicase y jurase en todo el reino, manifestando estar él resuelto a jurarla solemnemente, a cuyo efecto convocó las cortes; en la segunda disponia que todos los que estuviesen detenidos, presos o condenados en las cárceles o presidios por opiniones políticas o religiosas volvieran a sus domicilios, y al goce de sus bienes y derechos de ciudadanía los que de ellos hubiesen sido privados.

La revolución de la Península estaba ya hecha en el ánimo de los españoles: los males públicos eran grandes, y los vicios del sistema de gobierno hacian indispensable una mutación. Riego fué el primer instrumento; pero a falta de éste no habria dejado de presentarse otro camino para levantar las masas que estaban ya bien predispuestas.

En el mes de octubre se publicó y juró en estas provincias del Alto-Perú la constitución, que los pueblos recibieron con ardor y aun llegaron a apasionarse por ella. La simple opinión de patriotas habia sido hasta entónces, en desprecio del mérito, el mayor impedimento para obtener el más insignificante destino consejil, prescindiendo de las vejaciones e insultos que experimentaban. En tal estado de cosas natural era que aborreciesen un sistema de tantas injusticias, y deseasen tener cualquier otro gobierno en que mejoraran de condición.

Se restituyeron a sus casas los desterrados y los presos; pero como cada día eran mayores las probabilidades en favor del triunfo de la independencia, no volvieron los que estaban entre las partidas republicanas. Los oprimidos de todas partes buscaban en ellas un refugio contra sus opresores (2).

Es indudable que la noticia de que el ejército expedicionario reunido en la isla de León se habia declarado en favor del restablecimiento de la contitución de 1812, fué trasmitida de Llma al cuartel general del Alto-Perú,

(1). Urcullu, págs. 116 y 117.
[2]. Urcullo, págs. 115 y 116.

«noticia que llenó de gozo a las independientes por lo mucho que favorecía sus planes».

En el ejército lo mismo que en los pueblos del Perú habia partidarios sinceros de un régimen constitucional, y creian muchos, particularmente en la Península, que podria venir a servir de medio de conciliación con los disidentes, quienes gozarían de los mismos derechos políticos que los realistas que habian defendido hasta entonces los intereses españoles; pero nadie tuvo empeño entre los realistas de que se proclamase la constitución antes de que se recibieran de la corte las órdenes correspondientes. Ninguna precaución necesitó tomar el virrey Pezuela ni ninguna otra autoridad en el Perú para mantener el asunto en el estado que tenia hasta que el gobierno del rey señalase la regla de conducta que habia de observarse en el tiempo y modo de proclamar el nuevo régimen en aquel pais y en sus delicadas circunstancias. Conocían bien los más acérrimos constitucionales que este régimen iba a proporcionar mayores garantías, hasta para conspirar, a los muchos partidarios ocultos de la independencia, caso que no se dieran por satisfechos como era más de esperar.

Así se llegó a inculpar en aquella época a Espartero y a otros jefes de que se habian empeñado por la anticipada publicación de la constitución en la provincia de Charcas, atribuyendo al entonces brigadier don Rafael Maroto el haber desbaratado este proyecto.

Llegaron por fin al Perú las órdenes del gobierno del rey para publicar y jurar la constitución de 1812, y comunicadas en debida forma a todo el territorio español, verificó personalmente el virrey la jura y publicación en Lima el 17 de septiembre con toda solemnidad, precisamente cuando San Martin con su expedición hacia nueve dias que habia desembarcado en Pisco (1).

El armisticio y las conferencias diplomáticas.—El virrey atribulado, sin atinar a combinar un plan de ataque ni defensa, no pensó sino en combatir la invasión por medio de la diplomacia, en la impotencia reconocida por todos sus subordinados, de rechazarla militarmente, dada la superioridad marítima de los independientes. Preparábase en consecuencia a enviar una misión a Chile, cuando recibió el aviso de que su territorio habia sido invadido. Variando entonces de plan, se dirigió di-

(1). Camba, t. I, págs. 332, 333 y 335

rectamente a San Martin, brindando la paz, a la vez que a Ramírez, general en jefe del ejército del Alto Perú.

San Martín nombró por su parte, para tratar, a Guido y a García del Rio, y el virrey al conde Villar de Fuente y al teniente de navío Dionisio Capaz. Reunidos los comisionados en Miraflores, procedieron a ajustar un armisticio de hecho, y abrieron sus conferencias.

Los comisionados del virrey propusieron, la aceptación de la constitución española y el envio de diputados americanos a las cortes. Esta proposición estaba rechazada de antemano por el carácter político de la lucha por la emancipación americana. Ante la negativa, los diputados del virrey indicaron: que el ejército invasor se restituyese a Chile, bajo la garantía de suspensión de toda empresa marítima y devolución de presas, con la restricción recíproca de no aumentar las respectivas fuerzas navales y terrestres, y condición de reponer al estado anterior a la guerra el comercio entre Chile y Lima, siguiendo Chile en el *estado político* en que se hallaba, toda vez que se prestase a enviar diputados a España para pedir lo que creyera conveniente.

Los emisarios de San Martin, modificaron la fórmula: Con el compromiso de nombrar amigablemente una comisión conciliadora y enviar diputados a España, el ejército chileno-argentino evacuaria el Perú y se trasladaría a la margen izquierda del Desaguadero, ocupando las provincias de Potosí, Cochabamba, Chuquisaca y La Paz. El ejército real del Alto-Perú se replegaria de la mencionada línea divisoria durante el armisticio. Las tropas españolas que mantenian la guerra en el sud de Chile lo verificarian a la isla de Chiloe, de manera de establecer los límites jurisdiccionales de 1810. El virrey del Perú no podria auxiliar a las tropas reales que ocupaban a Quito, si Bolívar hubiese abierto en Colombia iguales transacciones con Morillo. De este modo quedaban comprendidas y garantidas todas las repúblicas americanas que habian declarado su independencia y se restablecian los límites jurisdiccionales de 1810.

No pudiendo entenderse sobre estas bases contradictorias, los comisionados cerraron sus conferencias de común acuerdo el 1°. de octubre de 1820.

La división de Arenales opera con precisión, y avanza la expedición de San Martín.—El mismo día que se denunciaba el armisticio, 5

de octubre, penetraba sigilosamente a la sierra una división de las tres armas al mando del general Arenales.

Posesionado San Martín de Pisco al tiempo de iniciar la invasión, y decidido a llevar la guerra al norte, concibió el atrevido pensamiento de destacar una columna volante al interior del Perú, que al efectuar una marcha de circunvalación despertase el espíritu revolucionario en las provincias, reconociera las localidades y se diese cuenta de sus recursos y ventajas militares; operase una seria diversión, para impedir que las fuerzas situadas a la distancia concurriesen a engrosar el ejército de Lima; desconcertara de este modo los planes del enemigo ocultando los propios; y por último, buscase la incorporación del ejército por el norte, después de destruir las tropas que encontrara a su paso, combinando sus movimientos con el plan general de campaña.

El jefe de esta empresa no podía ser otro que el general Arenales. Sus notables cualidades de mando, su experiencia en la guerra de montaña y la popularidad de su nombre en el Alto Perú por sus extraordinarias hazañas, lo señalaban de antemano. San Martin, mientras tanto, sólo esperaba que la expedición de la sierra iniciase su movimiento, para empezar a desenvolver su plan de campaña.

El hábil y valiente general Arenales cumplió con una precisión admirable las instrucciones que recibió de su general en jefe. Desde el dia y punto de su partida siguió un camino de tríunfos hasta la gran victoria que obtuvo en la batalla de Pasco, el 6 de diciembre en la que tomó prisioneros al general O' Relly y al coronel Andrés Santa Cruz, a quien veremos figurar más adelante en las filas independientes.

Esta expediciòn de Arenales fué un modelo de la guerra de montaña en América. Como movimiento estratégico, fué el mas bien conducido de la expedición del Perú, y sus resultados excedieron los objetos que se tuvieron en vista al emprenderla.

La batalla del Pasco abrió las comunicaciones de la división de la sierra con el ejército, ligando la insurrección del norte con la del centro, y salvó el éxito de la expedición libertadora en su primer movimiento estratégico.

Casi simultáneamente con el avance de Arenales sobre la sierra, se movió San Martín con su ejército, y la gran expedición libertadora se presentará en el año siguiente te victoriosa en la capital del Perú (1).

[1]. Mitre. Hist de San Martin, t. II. caps, XXVI y XXVIII.

CAPITULO VIGÉSIMO CUARTO

1821—1822.—Estado político y militar en 1821. Deposición del virrey Pezuela; La Serna le sucede en el mando.—El armisticio de Colombia.—El armisticio de Punchauca y la entrevista de San Martín con La Serna.—Entrada de San Martín en Lima y manifestaciones de que es objeto.—Declaratoria, jura y proclamación de la independencia peruana.—Ultimas invasiones a Salta y muerte de Güemes.—1822, la rebelión de Potosí por Casimiro Hoyos.—Situación de los ejércitos beligerantes en el Alto y Bajo Perú, y acuerdos de Bolivar y San Martín.—La entrevista de Guayaquil.—Sublevación de Lima contra Monteagudo, su destitución y destierro.—La actitud de San Martín después de la entrevista y el primer congreso constituyente del Perú.

Estado político y militar en 1821.— A principios de 1821, como en el año anterior, no ocurría ningún acontecimiento político y militar en el Alto-Perú. Habia cesado la acción de los guerrilleros, pero se habia extendido la acción de las ideas revolucionarias. Ya no era solo la independencia el pensamiento dominante, sino se queria también el establecimiento de un gobierno regular. Crecia la revolución en las ideas: los espíritus se convencian más y más de la necesidad de la independencia, como condición de mejora.

Todas las miradas estaban fijas en los sucesos que se iban desarrollando al otro lado del Desaguadero. El teatro de la guerra estaba en el corazón de aquel virreinato, que por tanto tiempo ha servido de cuartel general al partido peninsular, y desde el cual las huestes del absolutismo se han lanzado al norte y al sud en un radio de millares de leguas. La campaña contra el virreinato peruano causó, como era natural, la más profunda impresión en los pueblos del Alto-Perú, si bien el rigor con que Olañeta, Espartero, Aguilera y otros jefes realistas habian desplegado en vísperas de estos acontecicimientos para sofocar el contagio de la conspiración y de la deserción en sus mismas tropas, compuestas en gran parte de americanos, habia producido en ellas y en los pueblos, cierta quietud y sumisión.

El teatro de la guerra estaba en el Perú, y allí parecia ya perdida la causa realista desde los primeros días del año 1821. «El edificio español-peruano se desmoronaba, anunciando su total ruina». La revolución sudamericana consolidada en el sud del continente, avanzaba triunfante por el norte con Bolívar. El ejército de Lima, aquejado por la miseria y reducido a la impotencia, apenas podia sostenerse en su posición y no tenìa más prospecto que capitular. El ejército del Alto-Perú, debilitado para reforzar al del Bajo Perú, permanecía inactivo en sus posiciones. El ejército de reserva, situado en las intendencias del sud del Perú, habíase fraccionado para hacer frente a la expedición de Arenales.

En tal situación, el virrey Pezuela, en junta de generales habia «significado sin reserva la imposibilidad de continuar la defensa del pais en el estado en que se hallaba, sin fuerzas de mar superiores» (1).

El general en jefe del ejército del Alto-Perú, Ramíres Orosco, relegado en Puno, declaraba terminantemente a su gobierno: «Los progresos de los enemigos y decadencia de nuestros medios para contrarrestarlos, no tienen remedio, si luego, y cuanto antes, no se envian auxilios peninsulares, y entre estos seis buques de guerra, de ellos tres navios; todo esto sin perjuicio de remitir las tropas y demás socorros sobre Buenos Aires, si se ha de poner término a esta desastrosa y desoladora guerra, que ya se abomina hasta el nombre. Sin los auxilios que se nece-

[1]. Representación documentada del general Valdés, citada por Camba, t. I, pág. 373.

sitan, con la mayor exigencia y prontitud, se pierde irremisible la América» (1).

Deposición del virrey Pezuela; La Serna le sucede en el mando.—Ya se ha visto cómo el amago de la expedición de San Martin sobre el Perú, provocó una desinteligencia entre el virrey Pezuela y el general La Serna, y entre los absolutistas y constitucionalistas españoles. La invasión que avanzaba sobre Lima, las desacertadas medidas del virrey para contrarrestarla y las ventajas obtenidas por los independientes, ahondaron esta división.

La desmoralización de la opinión, el desprestigio consiguiente de la autoridad suprema de la colonia y la relajación de la disciplina, acabaron por determinar el divorcio entre el virrey y el pueblo y el ejército. Llegó a generalizarse la creencia de que «los leales estaban vendidos»; que «en el gobierno no habia plan ni capacidad para hacer conjurar la tempestad»; y se formó la conciencia de que por ese camino «se iba derecho a una capitulación vergonzosa», que la mayoria del ejército resistía abiertamente (2).

Estos resultados, a que concurrian los mismos jefes militares que los deploraban, enervaban el mando y destemplaban los resortes de la obediencia, a la vez que creaban una situación, que no tenia más salida que la derrota pasiva o resistencia activa. Antes de apelar a los medios extremos, los jefes liberales, dirigidos por La Serna e inspirados por Valdés, redujeron al virrey a crear bajo su presidencia una «junta directiva de la guerra» con voz y sin voto en ella, que al fin se redujo a la función de meramente consultiva, pero que quedó siempre como una rueda inútil en la máquina militar, que más paralizaba que activaba su acción.

La inacción del virrey ante la invasión, las vacilaciones para tentar hostilidades, y más que todo, las órdenes y contra órdenes para llevar un ataque sobre San Martin, cuando éste avanzó atrevidamente, acabaron por determinar la crisis que venia preparada de tiempo atrás. La deposición del virrey quedó resuelta por acuerdo militar de los constitucionalistas.

---

[1]. Oficio del general Ramirez Orosco de 1º de enero de 1821, reproducido por Camba, t. 1, pág. 374.
(2). Camba, t. I. págs. 355 y 369.

En la noche del 28 de enero de 1821 La Serna se retiró del campamento de Asnapujuio. Al día siguiente Canterac y Valdés pusieron el ejército sobre las armas, y sus jefes, reunidos en junta de guerra, intimaron al virrey «entregase el mando supremo en el término de cuatro horas, por exigirlo así la suprema ley de la salud de los pueblos, como único medio de evitar disturbios y conservar a la España el Perú, que en sus manos estaba perdido, en la inteligencia, que estaban tomadas todas las medidas para que se cumpliese lo resuelto a fin de dejar bien puesto el honor nacional».

Pezuela dominado por la fuerza y vencido ante su propia conciencia, resignó el mando y contestó con dignidad en el mismo día: «Sálvese la patria y sálvense mis compañeros de armas, que es lo que importa, y sea todo más feliz bajo el gobierno del señor La Serna».

Así quedó consumado el movimiento conocido en la historia con el nombre de «sublevación de Asnapujuio», que prolongó por cuatro años más la guerra hispanoamericana en el Perú.

Los constitucionalistas españoles armados, al asumir esta actitud en nombre de los derechos de la madre patria, viéronse más tarde obligados por la lógica de sus deberes, a mantener en alto la bandera del rey absoluto en pugna con la independencia americana y con sus principios. Como ellos mismos lo han declarado por el órgano de su historiador: «Fiados en su patriotismo y en su propio aliento, no pudiendo conformarse con permanecer inactivos para verse necesariamente estrechados a capitular, quisieron prolongar la resistencia, y probar fortuna, como entendian que se podia» (1). Y lo hicieron como lo dijeron, a fuer de soldados españoles.

La variación en el mando no mejoró la condición de los realistas, ni la guerra fué dirigida por el momento mejor que antes. Por el contrario, nuevas calamidades vinieron a reducir a la última impotencia el ejército de Lima, y el nuevo general cometió los mismos errores militares de su antecesor, difundiendo el descontento entre sus mssmos partidarios y el desaliento entre los realistas.

El armisticio de Colombia.—Un mes después de denunciado por San Martín el armisticio de Miraflores, y abierta la campaña libertadora del Perú, Bolí-

[1]. Camba, t. I, pág. 380.

var firmaba en Colombia un armisticio con Morillo, como preliminar de paz entre los beligerantes (26 de noviembre de 1820). Munido el general español de Costa Firme, de las mismas autorizaciones que el virrey del Perú al abrir las negociaciones de Miraflores con arreglo a la proclama-manifiesto del rey, se dirigió al congreso independiente de Venezuela «proponiendo una suspensión de hostilidades a fin de realizar la paz y la reconciliación entre los hermanos libres de la opresión». El congreso resolvió que estaba dispuesto a oir proposiciones de paz, siempre que ellas tuviesen por base el reconocimiento de la soberanía de Colombia.

Después de largas contestaciones, firmóse en Trujillo en nombre de «los gobiernos de España y de Colombia», un armisticio por seis meses, prorrogable, con el objeto «de transigir las discordias existentes entre ambos pueblos, bajo el compromiso recíproco de «enviar y recibir comisionados para ocuparse de la negociación de la paz». Limitóse el convenio a determinar los respectivos territorios de los beligerantes en las posiciones militares que ocupaban. Ajustóse poco después un tratado para poner fin a «la guerra de exterminio», y regularizarla según las leyes de la civilización, en que se estipuló, desde la inviolabilidad de la vida de los prisioneros hasta el respeto debido a las opiniones de los vivos y a los cadáveres de los muertos en el campo de batalla, siendo obligación del vencedor tributar a éstos los honores de la sepultura.

Los dos generales, que por el espacio de seis años se habian hecho una guerra sin cuartel, se abrazaron como hermanos, en el pueblo de Santa Ana, el 27 de noviembre de 1820, entregándose a las más calurosas expansiones de mutuo afecto.

El armisticio fué mal observado, sobre todo por parte de los independientes. La opinión revolucionaria hacia progresos, dando la razón a la política de Bolívar. El armisticio fué denunciado antes de fenecer, y las hostilidades se renovaron el 28 de abril de 1821, precisamente en el mismo día que San Martin abria nuevamente su doble campaña militar y diplomática.

El armisticio de Punchauca y la entrevista de San Martin con La Serna.—Las negociaciones iniciadas confidencialmente en el Perú por el virrey de Lima, se abrieron formalmente por invitación de

éste. El virrey nombró sus diputados, y San Martín los suyos. Fijóse como punto de reunión la hacienda de Punchauca, que ha dado su nombre a estas negociaciones. Después de lárga discusión y de proposiciones presentadas por una y otra parte, los comisionados, de común acuerdo, ajustaron un armisticio provisíonal por el término de veinte días, prorrogables si en este término no se llenasen los objetos que se buscaban. Las fuerzas conservarian las posiciones que ocupaban. Para allanar las dificultades que por una y otra parte pudieran presentarse para un armisticio definitivo, se estipulaba que el general La Serna y el general San Martin, acompañados de sus respectivas diputaciones pacificadoras, celebrarian una entrevista. Tal fué el armisticio de Punchauca, que tanta resonancia debia tener en la historia.

La entrevista convenida entre San Martin y La Serna en Punchauca, tuvo lugar el 2 de junio de 1821.

San Martin formuló esta proposición: «Que se nombrase una regencia que gobernara independientemente el Perú, de que debía ser presidente La Serna designando cada una de las partes un co-regente, hasta la llegada de un príncipe de la familia real de España que se reconocería por monarca constitucional, y ofrecióse él mismo a ir a solicitarlo si era necerio, para demostrar ante el trono el alcance de esta resolución, en armonía con los intereses de la España y los dinásticos de la casa reinante, en cuanto era conciliable con el voto fundamental de la América independiente» (1). El virrey contestó, que consultaria a las corporaciones del virreinato sobre asunto de tanta gravedad, prometiendo una contestación antes de dos dias.

El virrey comunicó a San Martin dentro del plazo de los dos días: «Luego que llegué a esta (Lima) creí necesario, antes de anunciar la proposición de usted a los diputados de las corporaciones, saber la voluntad del ejército; y al paso que hallé a los jefes convencidos de que, lo que conviene a ambas partes es el contenido de dicha proposición, asegurándomelo así, he visto que de modo alguno se prestan a reconocer la independencia sin dar antes el paso preliminar de anunciarlo al gobierno nacional; por cuyo motivo he suspendido la convocatoria de la jun-

[1]. Camba, t. I, pág. 390.—Mitre. Hist. de San Martín, t. II, pág. 655.

ta de corporaciones, en razón a que nada adelantaríamos faltando el consentimiento del ejército».

Al mismo tiempo escribia el virrey a San Martín: «He creido conveniente pase a verse con V. el coronel Valdés y el comandante García Camba, pues estos jefes están al corriente del asunto, y manifestarán a V. todo lo que nos es dable hacer, según mi sentir, para lograr asegurar la mutua fraternidad de ambos pueblos». Nada obtuvieron estos jefes.

Después de este segundo fracaso, las conferencias pacíficas volvieron a reanudarse, reuniéndose los comisionados en el pueblo de Miraflores, en vez de Punchauca. Ni unos ni otros esperaban arribar a ningún acuerdo serio. Prolongaban las negociaciones, porque así convenia a ambos beligerantes, que a la sombra del armisticio preparaban el desarrollo de sus planes militares. Al fin de proposiciones cambiadas de una y otra parte, el armisticio fué prorrogado por doce días más, y se estipuló que durante ese término el general independiente, por un sentimiento de humanidad, permitía la introducción de víveres en la ciudad de Lima en las cantidades que se calculasen necesarias para su consumo diario.

San Martin no se apresuraba a conquistar la capital del Perú: queria que cayese en sus manos como una espiga madura, según sus propias palabras. Las negociaciones entabladas, continuaron por mera forma, bajo el pabellón neutral a bordo de la fragata *Cleopatra*, surta en el Callao. A la sombra de la bandera blanca del armiscicio los beligerantes se preparaban a resolver la cuestión por las armas. Al expirar el término de la prórroga del armisticio de Punchauca, San Martin estaba decidido por la guerra. En cuanto al general español, su resolución estaba tomada desde antes de ajustarse el armisticio. «El estado de la capital del Perú, habia llegado a tal extremo, que no se alcanzaba medio alguno de poderla conservar por más tiempo sin positivo riesgo de perder muy pronto todo el pais» (1).

Fenecido el armisticio y en marcha Canterac con el grueso del ejército de evacuación, La Serna anunció por medio de una proclama la resolución de abandonar a Lima, y él se puso en retirada con el resto, que no alcanzaba a 2,000 hombres, el 6 de julio de 1821, por el valle de Cañete.

(1). Camba, t. I, pág. 398.

Habia llegado el momento de prueba, y de los grandes y bien combinados esfuerzos. La guerra estaba trasladada a la sierra. Aquí es donde se puso de relieve la figura de Arenales, el segundo cabo del ejército libertador del Perú, y el único que después de Cochrane comparte con San Martin, como general, la gloria de esta campaña.

Entrada de San Martin en Lima y manifestaciones de que es objeto.—Fiel a la línea de conducta que se habia trazado, San Martín no se apresuró a posesionarse de Lima. Queria que la ciudad se pronunciara, para presentarse él, no como conquistador, sino como auxiliador y protector. Una diputación del cabildo le ofreció la ciudad, suplicándole la tomase bajo su amparo. En contestación mandó retirar las guerrillas francas que la circundaban, y la hizo rodear con tropas de línea, con prevención de que obedecieran las órdenes del gobernador civil para el mantenimiento del orden. El 9 de julio al anochecer entró silenciosamente una división, que fué recibida en medio de aplausos populares.

El 10 de julio de 1821, a las siete y media de la noche, entró San Martin de incógnito a Lima, acompañado tan solo de un ayudante, y se dirigió al palacio de los virreyes. Pero la noticia de su entrada se habia generalizado y todos querian conocer al libertador, y hombres, mujeres y niños acudian a saludarlo. A las diez y media de la noche se retiró a Mirones, punto equidistante entre el Callao y Lima, donde habia hecho acampar el ejército con objeto de establecer el sitio del Callao. Así fué como el libertador del Perú entró a la ciudad de los Reyes.

Al día siguiente se publicaron varios bandos, prohibiendo que se injuriase a los españoles, disponiendo que se abriesen las casas de negocio, que los tribunales administrasen justicia conforme a las leyes preexistentes que no contrariasen el nuevo régimen, y se destrozaron los bustos y armas reales, reemplazados por el escudo nacional inventado en Pisco, con la inscripción: *Lima independiente*.

Declaratoria, jura y proclamación de la independencia peruana.—El primer acto de San Martin al establecer su cuartel general en el palacio de

los virreyes, fué disponer que el cabildo convocase «una junta general de vecinos de conocida probidad, patriotismo y luces, que en representación de los habitantes de la capital expresase si la opinión general se hallaba decidida por la independencia, cuyo voto le serviría de norte, para proceder a su proclamación o ejecutar lo que ella dictare» (14 de julio de 1821).

La junta, compuesta de notables de Lima designados por el cabildo, respondió a las veinte y cuatro horas: *La voluntad general está decidida por la Independencia del Perú de la dominación española y de cualquiera otra extranjera.*

Tal fué la fórmula de la soberanía de una nación nueva, sancionada por aclamación dentro de los límites de un municipio. El pueblo confirmó la deliberación con su aplauso, suscribiendo el acta de su emancipación.

La proclamación y jura de la independencia peruana, fué otra formalidad memorable, el 28 de julio de 1821. Una brillante cabalgata salia del palacio secular de los virreyes. Precedíanla, la universidad de San Marcos con sus cuatro colegios, las corporaciones religiosas, los jefes militares, los oidores, el ayuntamiento y los representantes de la nobleza indígena. Seguía el libertador con su estado mayor, acompañado del gobernador político de la ciudad. A su retaguardia marchaba la guardia cívica y los alabarderos de Lima, y la escolta de húsares del general. Por último el batallón número 8 de los Andes, vencedor en Chacabuco y Maipu con las banderas de las Provincias Unidas del Rio de la Plata y de Chile, y más a retaguardia, la artilleria con los cañones que debian saludar el advenimiento de la nueva nación.

San Martin subió a un tablado levantado en la plaza mayor, y desplegó por primera vez la bandera nacional del Perú inventada por él en Pisco. Fué saludado con un inmenso aplauso. Acallado por un momento el bullicio por el ademán del libertador, exclamó con voz sonora y firme: «El Perú es desde este momento libre e independiente por la voluntad de los pueblos y de la justicia de su causa, que Dios defiende». Batió el pendón por tres veces, y prorrumpió en un: ¡Viva la patria! ¡viva la libertad! ¡Viva la independencia! que el pueblo repitió en medio del estampido de los cañones (1).

Ultimas invasiones a Salta y muerte de Güemes —Volvamos al sud para ver cómo operaba allí

(1). Mitre. Hist. de San Martín, tomos II y III.

el ejército realista del Alto-Perú y cerrar los acontecimientos del año 1821.

Apenas evacuado el territorio de Salta por los realistas el año anterior, Güemes promovió la reunión de un congreso en Catamarca limitando sus atribuciones a objetos puramente militares, a fin de organizar un ejército expedicionario, que penetrando al Alto Perú, concurriese a las operaciones de San Martin sobre Lima. El estado de desorganización y la guerra civil que estalló en las provincias argentinas del norte, obstaron a la realización de este pensamiento.

El gobernador Araoz se negó a auxiliar a Güemes, receloso de que volviera contra él los recursos que le proporcionase, y la guerra estalló entre Tucumán y Salta. Güemes hizo invadir la provincia de Tucumán, y el ejército tucumano triunfó completamente de las fuerzas del caudillo salteño.

Mientras Güemes volvia la espalda al enemigo exterior, perdiéndose en la guerra civil, éste acechaba la ocasión de volver sobre Salta. Después de la invasión de San Martín al Bajo Perú, una gran parte del ejército del Alto-Perú, como queda dicho, habia acudido a contrarrestarla, quedando Olañeta como general en jefe en Tupiza con un ejército de 2000 hombres. Noticioso de lo que ocurria en Salta, resolvió llevar sobre ella la octava invasión, imaginándose que iba a hacer un simple paseo militar. En consecuencia, poniéndose a la cabeza de una columna ligera de infanteria y caballeria, penetró por la quebrada de Humahuaca, y a mediados de abril, presentóse frente a Jujuy su vanguardia fuerte como de 300 hombres. Mandábala el salteño don Guillermo Marquiegui, cuñado de Olañeta, a quien ya conocemos, el cual, en combinación con algunos paisanos suyos enemigos de Güemes, creyó que con esta sola fuerza podria apoderarse de toda la provincia.

A las noticias de esta nueva invasión salió de Salta el gobernador sustituto don José Ignacio Gorriti, delegando el mando en el cabildo. Como no era hombre de guerra, todos creyeron nó tardaria en regresar derrotado, y sus enemigos se burlaron de él. Mientras tanto, Gorriti reuniendo una división como de 600 ginetes, se dirigió sobre Jujuy, y en la boca de la quebrada sorprendió a la vanguardia de Olañeta, rodeándola completamente. Al cabo de dos dias de asedio y de repetidos combates parciales, la columna enemiga se vió obligada a rendirse a dis-

creción, con armas y bagajes, quedando en poder del vencedor 4 jefes, 12 oficiales y como 200 prisioneros, y entre ellos el mismo Marquiegui. Esta es la jornada que ha pasado a la historia con la denominación de *El día grande de Jujuy*. Este contraste obligó a Olañeta a replegarse nuevamente a sus posiciones.

La noticia de este triunfo llegó a Salta casi al mismo tiempo que la de una segunda derrota de las fuerzas de Güemes en Tucumán. Esta guerra, que era impopular, habia sublevado contra él a todas las clases ilustradas de su provincia. Creyendo propicia la ocasión para sacudir su yugo, el cabildo de Salta convocó al pueblo el 24 de mayo de 1821, y se pronunció popularmente la deposición de Güemes.

Comunicada esta resolución a Güemes, declaró que no la obedecía, y con los restos de sus tropas derrotadas en la campaña de Tucumán, se presentó frente a Salta el 30 de mayo. El vecindario se formó en batalla en el campo de Castañares. Bastó que los gauchos oyesen la voz gangosa de su general para que todos se le pasasen en el acto al grito de *¡Viva Güemes!* Sobre la marcha entró al pueblo, y concedió a sus soldados el saqueo de algunas casas de comercio de los revolucionarios, perdonando paternalmente a los que se le presentaron como a los que tomó prisioneros (1).

Muchos de los comprometidos en esta revolución huyeron a asilarse en el campamento de Olañeta, y le pintaron la situación de Salta como desesperada, asegurándole que sus habitantes preferirian el dominio español al de Güemes (2). Despechado Olañeta por su anterior contraste, halagado con la esperanza de agregar la provincia de Salta a sus dominios militares, y deseoso de rescatar a su cuñado prisionero, se decidió a emprender la nueva invasión sobre la frontera norte de la República Argentina, que debía ser la última.

Güemes habia establecido su campamento a una legua de distancia de Salta. En la mañana del 7 de junio le dieron parte que se había notado como un reflejo de fusiles en las serranías que comunican con la quebrada del Toro. El caudillo no dió importancia a este aviso, y al anochecer entró a la ciudad con una escolta.

Era cerca de la media noche. La escolta estaba for-

(1). Memorias del general Paz, t. II, págs. 62 y 63.

(2). Camba, t. I, pág. 394.

mada y Güemes velaba con su secretario. Habia despachado uno de sus ayudantes con una comisión, el cual tenía que atravesar la plaza para desempeñarla. A este tiempo se oyeron algunos tiros en esa dirección. El ayudante al llegar a la plaza, habia sido detenido por un enérgico *¿quién vive?* y a su contestación *¡La Patria!* recibió una descarga. Güemes que tenía su caballo ensillado en el patio de la casa, montó rápidamente, y creyendo que fuese algún movimiento de sus enemigos internos, se dirigió al galope al lugar del fuego.

La noche era muy oscura. A media cuadra de la plaza fué requerido por un *¿Quién vive?* y a su contestación *¡La Patria!* recibió otra descarga más nutrida que la anterior. Al huir por una calle lateral, una partida que venía en sentido opuesto, le hizo una tercera descarga, y lo hirió por la espalda. Aunque gravemente herido no perdió la silla, y abrazado del pescuezo de su caballo, salió al campo de la Cruz, de donde fué conducido al campamento de sus fuerzas.

He aquí lo que habia sucedido. El general Olañeta, simulando una retirada desde las posiciones fronterizas que ocupaba, habia confiado a su teniente, el coronel don José María Valdés (conocido por *El Barbarucho*) una división de 500 hombres, con orden de dirigirse por el despoblado, a fin de atacar a Güemes en el centro de su poder. Luego que esta división habia emprendido su marcha, Olañeta volvió sobre sus pasos, y a la cabeza de 1,000 hombres penetró sigilosamente por la quebrada de Humahuaca. Mientras tanto, el Barbarucho, guiado por prácticos del terreno, cruzaba la altiplanicie del despoblado, se emboscaba el día 7 de junio en la escabrosa sierra de los Yacones, donde el reflejo de sus fusiles hubo de traicionarlo, y en la noche descendia al valle arrastrándose por un despeñadero que lo condujo a dos leguas de la ciudad de Salta a la que entró sin ser sentido; posesionándose en silencio de la plaza principal. Fué entonces, cuando el ayudante de Güemes recibió la primera descarga, y sucesivamente las otras dos disparadas sobre el famoso caudillo, la última de las cuales le hirió mortalmente (1).

Valdés se atrincheró en la plaza, y se mantuvo a la defensiva a la espera de la incorporación de Olañeta. El general realista, que habia llegado a Jujuy, donde aguardaba el resultado de la operación de su teniente, se pu-

[1]. General José María Paz. Memorias, t. II, págs. 54 y sig.

so en marcha y a los pocos días entró a Salta con el resto de su ejército.

Olañeta envió parlamentarios a Güemes, haciéndole ofrecimientos, a condición de someterse. La conferencia se verificó en el lugar llamado *La Higuera*, en medio de un bosque sombrío de cebiles, donde el caudillo patriota expiraba. La contestación de éste fué llamar a su jefe de estado mayor el coronel Wit, y ordenarle delante de los parlamentarios, que marchase inmediatamente con sus fuerzas a poner sitio a la capital. El 17 de junio murió Güemes, y al día siguiente fué sepultado. Al mismo tiempo el país en masa se levantaba nuevamente contra los invasores, obedeciendo la última orden del muerto caudillo.

El general realista procuró popularizarse en el país, con el intento de asegurar en él su dominación. Al efecto celebró un armisticio con el cabildo de Salta, el 14 de julio de 1821, con el compromiso de evacuar la jurisdicción hasta Pumamarca al norte de Jujuy, dejando al pueblo en plena libertad para elegir un gobernador y nombrar diputados que celebrasen un tratado; mantener mientras tanto la paz y el libre tráfico; cangear los prisioneros; gobernándose el país por sus propias instituciones, sin que el general vencedor pudierra expedir órdenes ni establecer contribuciones desde la indicada línea de Pumamarca al sud, ni hostilizar a los pueblos situados más arriba de la quebrada de Humahuaca.

Mientras tanto, el coronel Jorge Enrique Wit, cumpliendo las últimas órdenes de su jefe, habia puesto sitio a Salta, situando su vanguardia a cinco cuadras de la plaza, quedando así rotas las hostilidades entre el pueblo y el invasor.

Wit, a pesar de ser extranjero, se habia hecho tan popular entre los gauchos, que a la muerte de Güemes, todos lo reconocieron por su jefe. A él cupo la gloria de rechazar la novena y última invasión de las armas realistas a Salta (1).

El mismo día que los campecinos de Salta se levantaban en masa obedeciendo la orden de Güemes moribundo, el general San Martin entraba triunfante en Lima, y Bolívar, vencedor al norte del Ecuador, venia al encuentro del libertador argentino al frente de las armas de Colombia, para sellar la independencia del nuevo mundo,

(1). Mitre. Hist. de Belgrano, t. III, cap. XLVI.

ya irrevocablemente asegurada con la ocupación del Bajo Perú.

1822, la rebelión de Potosí por Casimiro Hoyos.—El historiador español García Camba, al principiar la relación de los acontecimientos de la guerra de la independencia americana en el año de 1822, dice: «Por la simple narración de los hechos, de que se vá dando sucesivamente cuenta, se echa bien de ver que a proporción que el tiempo avanzaba, aumentaba igualmente el interés de los acontecimientos y de las operaciones de la guerra, no solo por la rapidez con que unos a otros se sucedian, sino por las circunstancias que solian acompañarlos. La abundancia de medios propios y extraños favorecía el desarrollo de la revolución, cuyo espíritu cundia asombrosamente.....»

Comenzó pues este año de 1822 con una nueva rebelión en la ciudad de Potosí, encabezada por don Casimiro Hoyos, potosino, quien sublevó la guarnición de trescientos hombres, favorecido por ella, y proclamó la independencia del Alto-Perú el 1º. de enero (1). El gobernador don Francisco Huarte Jaúregui habia salido dos días antes a Tarapaya, siete leguas distante de la villa, dejando provisionalmente en su lugar a don José Esteves que fué arrestado por algunas horas.

El día 6 las corporaciones, el pueblo y la tropa proclamaron y juraron sostener la independencia, y este acto fué celebrado con una misa solemne, con banquetes y diversiones populares. Los autores de la revolución dieron por consumada su obra y se entregaron a las fiestas como si no tuvieran nada que temer. Pusieron en prisión a los españoles europeos que pudieron haber de los que habitaban la villa, se apoderaron de los caudales existentes en las cajas reales, casa de moneda y banco de rescate de San Carlos.

Esparcida la noticia de lo ocurrido en Potosí, los jefes militares de Chuquisaca, Oruro y Tupiza se encaminaron con sus tropas sobre aquella villa. El primero que llegó con 500 hombres fué el presidente de Charcas brigadier don Rafael Maroto. Hoyos acompañado de su estado mayor y de la guarnición mandada por el teniente coronel don Mariano Camargo, salió a esperarlo en el próximo campo de San Roque, donde se trabó una reñida re-

(1). Camba señala la fecha 2 de enero.

friega, en la que la caballería real atropelló las fuerzas independientes, obligándolas a refugiarse en la ciudad, en cuyas calles hicieron tenaz resistencia hasta medio día que fueron derrotados.

Hoyos fué tomado prisionero en las calles de la ciudad, y Camargo en San Roque. Los derrotados fugaron a los cerros, pero un teniente Castro, de la guarnición de Potosí, que no entró en la revolución, reunió muchos indios y mineros adictos a la causa real, con los que tomó a los dispersos y los entregó a Maroto.

A las tres de la tarde del mismo día entró a la ciudad de Potosí el general Olañeta con su división, y al anochecer el general Alvarez con la guarnición de Oruro.

El general Olañeta nombrado por el general en jefe del ejército real del Alto-Perú, don Juan Ramírez y Orosco, gobernador de estas provincias, tenía autoridad sobre los otros generales, por este título y su mayor graduación militar, y dispuso que el brigadier don Antonio María Alvarez quedase en Potosí como gobernador intendente de la provincia, y que el brigadier don Rafael Maroto regresara a Chuquisaca a su destino.

Maroto que con razón se creia el vencedor, no se conformó con esta determinación, teniendo con este motivo un fuerte altercado con Olañeta; pero al fin hubo de someterse a la orden superior, y regresó el día 14.

Olañeta hizo prender a muchos vecinos de la villa que sometió a un consejo de guerra. El día 21 de enero de 1822 a horas diez de la mañana, fueron pasados por las armas en la plaza de Potosí, don Casimiro Hoyos, don Mariano Camargo, seis oficiales y cinco vecinos. El día 22 fueron fusilados once sargentos y cabos; muchas personas salieron desterradas y otras fueron condenadas a los trabajos de las minas (1).

Pero no se apagaba con esto el fuego de la insurrección en el Alto-Perú. El famoso caudillo José Miguel Lanza, se mantenía en armas en las inexpugnables montañas de Ayopaya, entre Cochabamba y La Paz, rechazando triunfalmente las expediciones de los realistas dirigidas contra él. Durante la expedición de Miller a puertos intermedios del Bajo Perú, le habia ofrecido su cooperación, y en la época a que hemos llegado, renovaba su decisión de concurrir activamente a la guerra de la

---

(1). Camba, t. II, págs. 4 y 5.—Urcullu, 117, 118 y 119.

independencia, maniobrando con su division a retaguardia del enemigo.

Situación de los ejércitos beligerantes en el Alto y Bajo Perú, y acuerdos de Bolívar y San Martín.— El virrey La Serna llegó a temer por su seguridad en Jauja, y decidió retirarse al Cuzco, antigua capital del imperio de los incas, para establecer allí la sede del último gobierno colonial y dar a la administración militar y a la guerra dirección más conveniente. Hizo que el ejército del Alto-Perú se concentrase en Oruro y se pusiera en comunicación con el del Bajo Perú, encomendándole la defensa de la costa del sud. Reforzó la guarnición de Puno, Arequipa y Tacna, manteniendo su dominio sobre los puertos intermedios. El grueso del ejército a órdenes de Canterac, quedó ocupando el valle de Jauja, que como punto estratégico y centro de recursos, constituía la clave de toda combinación militar, la base de toda seguridad y subsistencia en la sierra. En esta actitud se mantenía en una sólida defensiva para rechazar cualquiera invasión por la cordillera o por los puertos intermedios, y se preparaba a tomar oportunamente la ofensiva con ventaja.

La guerra continental se habia simplificado, y estaba circunscrita en dos focos: el Perú y Quito. Después de la batalla de Carabobo, la guerra por su independencia habia terminado en Colombia. El último ejército realista del norte, estaba aislado en Quito. Bolívar, a la vez que adelantaba sus marchas hacia el sud para tomar a Quito por la espalda, desprendia un cuerpo de ejército sobre las costas del Pacífico con el objeto de atacarlo por el frente, y escribia a San Martin buscando su acuerdo para terminar rápidamente la guerra continental.

San Martin al darse cuenta exacta de la situación, aprovechó del ofrecimiento de Bolívar para buscar una conferencia, con el designio de fijar la suerte de la América del Sud en el orden militar y político.

La guerra en el Perú permanecía balanceada o indecisa. El plan de San Martin era atacar de frente a los realistas, mientras otro ejército a órdenes de Arenales invadia la sierra central y los tomaba por el flanco, contando para el efecto con el auxilio que esperaba de Colombia. Confirmando estas promesas y esperanzas, Bolívar le escribía: «Colombia desea prestar los más fuertes

auxilios al gobierno del Perú, si ya las armas gloriosas del sud de América no han terminado gloriosamente la campaña que iba a abrirse en la presente estación» (junio 17 de 1822). San Martin le escribia a su vez: «El Perú es el único campo de batalla que queda en América. En él deben reunirse los que quieran obtener el honor del último triunfo, contra los que ya han sido vencidos en todo el continente» (julio 13 de 1822).

Este acuerdo habia sido precedido por un tratado firmado en Lima (6 de julio de 1822), entre el enviado del libertador don Joaquín Mosquera y el gobierno del Perú, por el cual se convino en «una liga de unión y confederación de paz y guerra, para poner prontamente término a la lucha americana con todos los recursos de fuerzas marítimas y terrestres de ambas partes, a fin de alcanzar la independencia y garantirla mutuamente».

San Martín, buscando puntos de apoyo en todas partes, despachó un comisionado a las provincias argentinas, solicitando su concurso para organizar una división de 500 hombres por lo menos, que amagase el Alto-Perú por la frontera de Jujuy en combinación con el guerrillero Lanza. Encomendó la organización y mando de esta columna al coronel José María Pérez de Urdininea, altoperuano. En las instrucciones al comisionado le prevenía: «Procurará por todos los medios hacer presente a los respectivos gobiernos el interés general que vá a reportar a todas las Provincias Unidas de una cooperación activa sobre el Alto-Perú para obrar de acuerdo con el ejército que vá a desembarcar en puertos intermedios, a fin de abrir su comunicación con aquellas. Por este medio la campaña debe terminar en el presente año». A Urdininea le escribia: «La campaña es segura, si V. me ayuda con sólo 300 hombres de la provincia de Cuyo. Una división de 4,500 hombres de mi ejército debe embarcarse para puertos intermedios al mando del general Rudecindo Alvarado. Espero los mejores resultados. La patria así lo exige y el honor de nuestras armas lo reclama. La cooperación de todas esas fuerzas con las de Tucumán, Salta y Santiago del Estero a las de Alvarado, va a decidir de la suerte de la América del Sud».

A haberse entonces ejecutado este plan, que Bolívar juzgó admirable, con el auxilio eficiente de las fuerzas colombianas, es posible que la guerra americana hubiese terminado el año de 1823.

Con motivo de la terminación de la guerra de Qui-

to, que coincidió con una nueva resolución de las cortes españolas para tratar con los gobiernos de América, San Martín renovó su tentativa de negociaciones de paz, dirigiéndose al virrey La Serna, pidiéndole que el ejército realista en nombre de la nación española reconociese la independencia del Perú. La contestación de La Serna fué: «Aun cuando se suponga ser un bien la independencia para el Perú, ella no puede esperarse ni establecerse según el estado del mundo político, sin que la nación la decrete y consolide».

Esto sucedía en vísperas de ir San Martin a celebrar su conferencia con Bolívar, y precisamente en esos días (julio de 1822) el Libertador escribía al Protector, invitándolo para ponerse de acuerdo para tratar con los enviados españoles que en consecuencia de la resolución de las cortes nombrase el rey. «No puedo dudar, le decía, que la independencia será la base de la negociación. Creo que no tendremos dificultad en hacer reconocer nuestros gobiernos. Mucho debe importar a la existencia de la América el manejo de este negocio, que será probablemente una de las bases de nuestra existencia política. Si los plenipotenciarios del Perú, Chile y Colombia se aunan para entenderse con los enviados de España, nuestra negociación tendria un carácter más imponente. La política mía es hacer la paz, con todo decoro y dignidad, y esperar del interés de las demás naciones y del curso de los acontecimientos la mejoría de nuestro primer tratado con la España».

La proposición de San Martin, era una mera ocurrencia sin ulterioridades. La idea de Bolívar, entrañaba el plan político de un congreso de plenipotenciarios americanos, cuyo gérmen estaba ya en su cabeza.

La entrevista de Guayaquil.—Antes de Pichincha, Bolívar triunfante en el norte, era el más fuerte: después de Pichincha, era el árbitro, y podia dictar sus condiciones de auxilio al sud. San Martin se hacia ilusión al pensar que era todavía uno de los árbitros de la América del Sud, y al contar que Bolívar compartiría con él su poderío político y militar, y que ambos arreglarian en una conferencia los destinos de las nuevas naciones por ellos emancipadas, una vez terminada por el común acuerdo la guerra del Perú, como habia terminado la de Quito. Sin más plan y con bagaje tan liviano, se lanzó a la aventura de su entrevista con el Libertador, que debía decidir de su destino paralizando su carrera.

El 25 de julio de 1822 llegó San Martin a Guayaquil, y después de ser recibido con todos los honores del libertador del sud y de grandes manifestaciones del pueblo y del libertador del norte, el día 27 tuvo lugar la conferencia, secreta, sin testigos, la que duró cuatro horas. A las 5 de la tarde, sentábanse uno al lado del otro a la mesa de un espléndido banquete. Del banquete pasaron al baile. De allí, sin que nadie lo advirtiese, un ayudante de servicio hizo salir a San Martin por una puerta excusada —según lo convenido con Bolívar, de quien se habia despedido para siempre—y lo condujo hasta el embarcadero. Una hora después la goleta «Macedonia» se hacia a la vela conduciendo al Protector. Paseándose por la cubierta del buque, exclamó: «El libertador nos ha ganado de mano!» Y al llegar de regreso al Callao encargaba al general Cruz escribiese a O' Higgins: «El libertador no es el hombre que pensábamos!» Palabras de vencido y de desengañado, que compendiaban los resultados de la entrevista.

Un historiador colombiano, ministro y confidente del Libertador, ha dicho: «Afirmóse en su tiempo, que ni el Protector habia quedado contento de Bolívar, ni éste de aquél» (1).

Sublevación de Lima contra Monteagudo, su destitución y destierro.— Para dirigirse a Guayaquil, San Martin habia entregado ostensiblemente la dirección de la política interna al delegado Torre-Tagle, que no era sino un estafermo, siendo en realidad Monteagudo el árbitro del gobierno. Este ministro, sistemático por temperamento y terrorista por adaptación, pensaba que el más seguro medio de triunfar, era eliminar a los enemigos de raza, aunque no tomasen armas, por el hecho de no embanderarse contra la España. Monteagudo exageró este sistema hasta el punto de convertirlo en arma contra la revolución. Primeramente se dispuso que salieran del país todos los españoles que no se hubiesen naturalizado. En seguida se decretó que los expulsados dejasen a beneficio del Estado la mitad de sus bienes, y los exceptuados no pudiesen ejercer el comercio ni aun por menor. Los que no cumplieron estas prescripciones fueron desterrados y secuestrados sus bienes. Con motivo del contraste de Ica, arreció la persecución hasta

[1]. Restrepo. Hist. de la revol. de Colombia, t. III, págt 228.

la barbarie· Quedóles prohibido salir a la calle con capa, bajo pena de destierro. Toda reunión de más de dos españoles era castigada con destierro y confiscación total de bienes. Todo español que saliese de su casa después de oraciones, incurría en la pena de muerte, y al que se le encontrase un arma que no fuera cuchillo de mesa, en la de confiscación y muerte. Estableciόse una comisión de vigilancia que conociese breve y sumariamente de sus causas con arreglo a este código draconiano, debiendo pronunciarse y confirmarse las sentencias en un mismo día. «¡Esto es hacer revolución!» exclamaba Monteagudo al firmar estos crueles decretos (1).

Exasperado el pueblo de Lima, el 25 de julio, el mismo día en que San Martín era aclamado en Guayaquil, acordó la caida del ministro Monteagudo, blanco de todos los odios. Uno de los notables fué comisionado para significar al jefe del gobierno en nombre del pueblo, su resolución de convocar un cabildo abierto si al terminar el día no se cumplian sus votos. La municipalidad pidió la inmediata prisión del ministro. El gobierno contestó que al día siguiente se tomarian en consideración las peticiones.

Eran las diez y media de la noche. El pueblo se agolpaba a las puertas de la municipalidad y alrededor del palacio de gobierno, pidiendo a grandes gritos la deposición del ministro. Monteagudo renunció. La municipalidad exigió su prisión, a fin de que respondiese al juicio de residencia a que debía ser sometido, y así se proveyó.

La agitación fué creciendo en los días subsiguientes. El 29 volvió a reunirse la municipalidad, y exigió del gobierno que «para hacer cesar la exaltación de los vecinos que podia inducirlos a abrazar medios violentos», era necesario el destierro del depuesto ministro. Así se hizo.

La actitud de San Martín después de la entrevista y el primer congreso constituyente del Perú.—Tal era la situación que encontró San Martin a su regreso de la conferencia de Guayaquil. El pueblo lo recibió con manifestaciones de simpatía, aclamándole con entusiasmo, y los principales revolucionarios contra Monteagudo se le presentaron ofreciéndole votos de adhesión. No se alucinó por esto, y vió claramente que habia cometido el error de confiar el go-

[1]. Mitre. Hist. de San Martin, t. III, pág. 214.

bierno a manos ineptas y débiles; que su ministro Monteagudo era un instrumento quebrado por la tensión que había dado a los resortes de presión; que él no era ya necesario y podía ser un obstáculo al pronto triunfo de la independencia, definitivamente asegurado; que en tales circunstancias prestaba un servicio a la causa de la América eliminándose como hombre público; y se eliminó conscientemente.

El Protector al decidirse a entregar al Perú sus propios destinos, se impuso el deber de proveer a su seguridad, poniendo en sus manos la espada con que debía libertarse por sí solo, si esto era posible; y por si acaso se quebraba en sus manos, como sucedió, dejaba abiertas las puertas por donde debía penetrar Bolívar, que contaba con los medios para triunfar definitivamente. Con este objeto reasumió el mando y se ocupó con actividad de remontar su ejército, trazando el plan de campaña que había pensado ejecutar.

El plan de San Martín consistía, en lanzar un ejército de 4000 hombres para obrar sobre la sierra del sud y el Alto-Perú en combinación con la columna del guerrillero Lanza que simultáneamente obraría en el Alto Perú. Al mismo tiempo desprender otro ejército sobre la sierra del centro, para cortar la línea del enemigo.

Después de proveer a la seguridad del Perú, ocupóse de la suerte política del país. El 20 de septiembre de 1822, instalóse con gran pompa el primer congreso constituyente en Lima. San Martín se despojó de la banda bicolor, símbolo de la autoridad protectoral. «Al deponer la insignia que caracteriza al jefe supremo del Perú, dijo, no hago sino cumplir con mis deberes y con los votos de mi corazón. Si algo tienen que agradecerme los peruanos, es el ejercicio del poder que el imperio de las circunstancias me hizo obtener. Hoy felizmente que lo dimito, pido al Ser Supremo el acierto, luces y tino que necesita para hacer la felicidad de sus representados. Desde este momento queda instalado el congreso soberano, y el pueblo reasume el poder en todas sus partes».

En seguida, depositó sobre la mesa del congreso seis pliegos cerrados y se retiró entre vivas y aplausos estruendosos. Abrióse uno de los pliegos. Era su renuncia irrevocable de todo mando futuro.

El congreso dictó una acción de gracias al ex-Protector «cómo al primer soldado de la libertad», y le nombró generalísimo de los ejércitos de mar y tierra de la re-

pública, con una pensión vitalicia de doce mil pesos anuales. San Martin aceptó el título y el beneficio; pero declinó su ejercicio, exponiendo sus razones. El congreso insistió, pero San Martín repitió su renuncia.

En la misma noche, reunido el congreso en sesión extraordinaria, acordó que el general San Martín llevase el título de «Fundador de la libertad del Perú», con el uso de la banda bicolor de que se habia despojado y el grado de capitán general; que se le asignase la misma pensión vitalicia que a Wáshington; que se le erigiese una estatua sobre una columna con inscripciones conmemorativas de sus servicios, y que mientras tanto, se colocase su busto en la biblioteca nacional por él fundada; por último, que en todo tiempo se le hicieran en el territorio de la república los honores anexos al poder ejecutivo. Así cumplió el Perú su deuda de gratitud (1).

[1]. Mitre. Hist. de San Martín t. III.

CAPITULO VIGÉSIMO QUINTO

1823-1824.—Distribución de las fuerzas españolas. Fracasos y derrotas de los patriotas, Riva-Agüero presidente del Perú. La ocupación de Lima por Canterac, y los designios de Bolívar. Sucre, supremo director militar, y su expedición al sud. Campaña de Santa Cruz al Alto Perú; la batalla de Zepita; derrota de la expedición Santa Cruz. Combate de Falsuri, 16 de octubre de 1823. Bolívar en el Perú: es nombrado dictador: caida de Riva-Agüero y Bolívar es árbitro del Perú. 1824.—Origen de la guerra doméstica: Olañeta proclama al rey absoluto, se sustrae de la obediciencia del virrey La Serna, y se apodera de las guarniciones de Potosí y Chuquisaca. Entrevista de los generales Olañeta y Valdés, y sublevación de la guarnición del Callao. Ultimatum y guerra a Olañeta. Fin de la guerra doméstica.

Distribución de las fuerzas españolas. —Desde los primeros días del año 1823, se activó la guerra y extendió su teatro de acción otra vez al Alto-Perú. Las divisiones españolas posesionadas de la sierra, se hallaban diseminadas en una extensa línea de más de 2,000 kilómetros, desde Pasco hasta Potosí. El grueso de su ejército, al mando de Canterac, fuerte como de 5.000 hombres, hallábase situado en la sierra del centro desde Jau-

ja hasta Huancayo. Arequipa estaba débilmente guarnecida por el general Santos La Hera. El virrey estaba en el Cuzco con una pequeña guarnición. La reserva que no pasaba de mil hombres, estaba en Puno al mando de Carratalá. Valdés con su división se hallaba en La Paz, ocupado en la pacificación del Desaguadero, después de haber obligado a Lanza a replegarse a las inaccesibles montañas de Ayopaya. Olañeta estaba en Potosí con más de 2000 hombres. Pisco y el valle de Ica estaban defendidos por una pequeña división al mando de Rodil. Todos los puntos intermedios desde Quilca hasta Iquique, estaban tan sólo ocupados por destacamentos de observación. Se necesitaba un mes por lo menos para reunir un ejército respetable en el punto de ataque. Para todo dió tiempo la lentitud con que se desarrolló la expedición a puertos intermedios y la inacción de ella en Arica.

Al anuncio de la invasión, el virrey dispuso que una parte del ejército de Jauja, se reconcentrase en el Cuzco, y que Carratalá avanzase de frente para cubrir la posición de Arequipa. Ordenó a Olañeta que con el grueso de su fuerza marchase sobre la costa por las altiplanicies del Alto Perú en dirección a Tarapacá. Dispuso que Valdés con su división marchase a cubrir Arequipa, como el punto céntrico. Canterac se movió en consecuencia de Huancayo con 2,400 hombres, dejando otros tantos en Jauja a cargo de Lorriga.

En esta disposición principiaron las operaciones.

Fracasos y derrotas de los patriotas; Riva Agüero presidente del Perú.— Después de las derrotas que sufrieron los independientes en Torata y Moquegua, el general Alvarado se dirigió a Iquique, para recoger el cuadro del número 2 de Chile, dejado allí con un trasporte de refugio. Olañeta, que habia acudido con parte de su ejército desde Potosí, ocupaba ya los valles de Lluta, Azapa y Tarapacá. Con tan poca previsión el general dispuso que un corto destacamento bajase a tierra con el objeto de practicar un reconocimiento (14 de febrero). Olañeta, que se hallaba emboscado en el pueblo, cayó sobre él con dos batallones, y todo el destacamento fué sacrificado peleando valientemente. En seguida, bajo el pretexto de hacer llegar algunos auxilios pecuniarios a sus prisioneros y recomendarlos a la humanidad del vencedor, Alvarado invitó a una entrevista al general español. Este le manifestó, que estaba muy lejos de entregar los

prisioneros a una autoridad ilegítima creada por una revolución de jefes liberales; y exaltado por grados, los calificó de «traidores liberales», manifestando su resolución de separarse del virrey, y limitarse a defender el territorio del Alto-Perú en nombre del rey absoluto (1).

Mientras tanto, el ejército del sud fué destruido y fracasó la expedición del centro al mando de Arenales, cuyos planes fueron contrariados.

Estos contrastes produjeron más irritación que desaliento en el pueblo. El triunfo definitivo de la independencia, era un hecho que estaba en la conciencia de los peruanos. La opinión hizo responsable al gobierno del mal éxito de la campaña, y el ejército de Lima se puso en verdadero estado de insurrección contra el congreso. Arenales fué invitado a ponerse a la cabeza del movimiento; pero este austero general, que no tenia más ley que la ordenanza militar, prefirió entregar el mando a su segundo, el general Santa Cruz, y se alejó por siempre del Perú.

Los jefes del ejército dirigieron una representación al congreso, pidiendo que Riva Agüero fuera colocado a la cabeza del gobierno. El congreso tenía que optar entre su disolución o acceder a las exigencias de la fuerza armada, que era su único apoyo, y el 27 de febrero Riva Agüero fué nombrado presidente pretoriano de la república del Perú.

Su primer cuidado fué reorganizar el ejército. Santa Cruz fué nombrado general en jefe. Se dirigió a Bolívar, aceptando su auxilio antes rehusado por el congreso.

La ocupación de Lima por Canterac, y los designios de Bolívar.— Los realistas, que después de sus triunfos en Torata y Moquegua habian vuelto a sus anteriores acantonamientos, se preparaban mientras tanto a atacar a Lima, cuando en los últimos dias de mayo zarpaba del Callao la expedición confiada al general Santa Cruz, llevando por jefe de estado mayor al coronel Gamarra. El general expedicionario, al tiempo de abrir su campaña, se presentó ante el congreso, y juró

[1]. El general español don Jerónimo Vaidés, en su Exposición documentada al Rey, dice: «La conferencia secreta que tuvo Olañeta en Iquique el año 23 con Alvarado, general en jefe del ejército de los insurgentes, etc.... no permiten de modo alguno dudar que Olañeta traicionó la causa del rey y fué infiel a sus deberes».

volver triunfante o morir en la demanda. Ni triunfó ni murió.

Las primeras operaciones de Santa Cruz fueron activas y acertadas. A mediados de junio estaba dominada toda la costa desde Iquique hasta Ilo, y el convoy expedicionario reunido en Arica. El mismo día (17 de junio), Canterac con un ejército de 9,000 hombres, bajaba de la sierra y se apoderaba sin resistencia de Lima. Todas las combinaciones quedaron asi trastornadas por una y otra parte.

Bolívar no participaba de la confianza general. Sea que se diese mejor cuenta de la situación militar o que no viese la victoria allí donde él no estaba presente, el hecho es que veía más claro que todos, y que sus pronósticos se cumplieron al pie de la letra, si bien es verdad que preparando él los acontecimientos en el sentido de sus designios.

Combinada la nueva expedición, cuyo plan aprobó, dirigió a Sucre una de sus más notables cartas: «No son Canterac y Valdés los temibles: sus recursos, posiciones y victorias, les dán una superioridad decisiva, que no puede contrarrestarse de repente sino lenta y progresivamente. La expedición de Santa Cruz es el tercer acto y la catástrofe de la tragedia del Perú. Canterac es el héroe, y las víctimas, Tristán (en Ilo), Alvarado (en Torata y Moquegua), y ahora Santa Cruz. Los hombres pueden ser diferentes, pero los elementos son los mismos, y nadie cambia los elementos. No debemos contar más con la expedición de Santa Cruz. La división de Santa Cruz no puede tomar el Perú, y la que está en Lima no puede batir a Canterac. Necesitamos reunir nuestras fuerzas para lograr un golpe capaz de variar la suerte del pais. Se me dirá que esto no puede ser, porque no hay recursos ni movilidad. Replicaré, que si no puede ser, no se haga nada.—Conviene hacer un movimiento general con todas nuestras tropas reunidas, y yo a su cabeza; de otro modo las discusiones intestinas serán nuestros vencedores. Este movimiento no deberá efectuarse sino después de saberse que los españoles no reconocen la independencia del Perú; porque este caso único es el que debe imponernos la necesidad de arrancar con las armas una decisión ya dada por la política. Lo diré más claro: perdida la esperanza, debemos buscar la salud en la desesperación de un combate que, perdido, no habrá añadido ni quitado nada

al Perú; y ganado, le habrá dado la esperanza de ser independiente» (1).

Tenía la visión clara del porvenir. Guiado el Libertador por estas luces o procediendo en el sentido de la previsión de los sucesos que él mismo preparaba, apenas tuvo noticias de las derrotas de Torata y Moquegua, que ponian en peligro la existencia del Perú, despachó desde Guayaquil una división de tres mil hombres, la que debía ser seguida por otra de igual número. Su objeto era dominar militarmente el Perú, y tener la gloria de terminar por sí la guerra de la independencia.

Para seguir de cerca el desarrollo de sus meditados planes, envió al Perú «su brazo derecho», como él llamaba a Sucre, con la investidura de ministro plenipotenciario. Su misión era tomar la dirección del ejército auxiliar y hacerse de hecho el árbitro de la guerra; preparar el terreno en el sentido de los designios secretos del Libertador de acuerdo con los partidarios de la intervención colombiana, y realizadas las calculadas previsiones, restablecer el equilibrio militar y hacer que fuese él llamado como un salvador. Los sucesos así preparados, le sirvieron aún más allá de sus previsiones.

Sucre supremo director militar, y su expedición al Sud.—La ocupación de Lima por los realistas fué un error, y no podia ser sino muy precaria. No les proporcionaba ninguna ventaja militar, desde que no tuviesen el dominio de las fortalezas del Callao o de la marina.

Sucre fué nombrado general en jefe. El congreso, compuesto heterogéneo de patriotas, godos y colombianos, se dispersó en parte, pasándose algunos de sus miembros al enemigo. La minoria parlamentaria, hostil a Riva Agüero, asumió la representación soberana, y llamó a Bolívar, con la investidura de generalísimo, confiriéndole amplias facultades para la salvación del pais (19 de junio). Declaróse en consecuencia cesante la autoridad del presidente de la república en el teatro de la guerra para facilitar la acción militar.

Bolívar aceptó el nombramiento, declarando que «hacia mucho su corazón lo llamaba al Perú». A la espera del Libertador, Sucre fué investido en su representación

(1). Carta de Bolívar a Sucre de 24 de mayo de 1823. Memorias de O' Leary: Cartas del Libertador, t, XXIX, pág. 277.

con las facultades políticas y militares que le eran atribuidas (20 de junio). Los anhelos secretos de Bolívar estaban cumplidos: era dueño del Perú.

Santa Cruz, mientras tanto, habia iniciado sus operaciones por puertos intermedios. Apercibido el virrey del error cometido, mandó retrogradar el ejército que habia ocupado a Lima, y se puso personalmente en campaña, para contrarrestar la invasión. En consecuencia Canterac evacuó la capital el 16 de julio, y se retiró a la sierra.

Por su parte, Sucre se puso en campaña el 20 de julio, en dirección al sud, con un ejército de las tres armas de tres mil hombres. En Lima quedó un ejército que debia ocupar Jauja y Huamanga, y dominar la línea del Apurimac. El plan de Sucre era, combinar los movimientos de los tres ejércitos de operaciones, tomando por base a Arequipa, y avanzar en seguida hasta el Cuzco para obrar con una masa de doce mil hombres; pero cuando arribó a las costas del sud, ya Santa Cruz se habia internado. Entonces resolvió avanzar hasta Arequipa, buscando la incorporación del ejército expedicionario, para salvarlo, pues lo consideraba expuesto a perderse.

Campaña de Santa Cruz al Alto-Perú; la batalla de Zepita; derrota de la expedición Santa Cruz.—El mismo día que Sucre se ponía en marcha sobre Arequipa, el ejército del sud libraba en el alto del Desaguadero sobre el lago Titicaca, una batalla de dudoso resultado, que debìa decidir del éxito de la expedición. Santa Cruz habia variado el plan de campaña acordado. En vez de maniobrar con su ejército reunido con arreglo a sus instrucciones, lo dividió en dos cuerpos, y les trazó itinerarios divergentes, que tenian por objetivo el Alto-Perú. Con el primer cuerpo avanzó hasta Moquegua. El segundo cuerpo, al mando de Gamarra, ocupó Tacna. En esta actitud permaneció en inacción hasta mediados de julio, a la espera de la división auxiliar chilena, que habia elevado su fuerza a siete mil hombres; pero no apareciendo ésta, decidióse a abrir la campaña con 5,000 hombres con que contaba, el 13 de julio. Santa Cruz, con la mitad de su ejército, trasmontó la cordillera, atravesó el Desaguadero por el puente del Inca sin encontrar resistencia, y se posesionó de La Paz el 8 de agosto imponiendo al vecindario un empréstito forzoso de doscientos mil pesos. Gamarra con la otra mitad, marchó

por el camino de Tacora, y atravesando más abajo el Desaguadero, ocupó casi simultáneamente la ciudad de Oruro.

El general Olañeta, que después de su expedición a Tarapacá, se retiraba con 1,500 hombres hacia Potosí, quedó sorprendido por la aparición de la columna de Gamarra, cuya marcha ignoraba, y reconociéndose débil, se replegó hacia el sud. En Oruro se incorporó a Gamarra con 600 hombres el famoso guerrillero Lanza. Allí pudo saber también, que la división argentina al mando de Urdininea, preparada antes por San Martín, se habia hecho sentir por la frontera de Salta. El jefe independiente, al frente de más de 3,000 hombres, dejó escapar esta oportunidad de destruir a Olañeta, y permaneció en inacción en Oruro.

Sabedor Santa Cruz de que el virrey reunía en Puno sus divisiones diseminadas, retrogradó con el objeto de cubrir la línea del Desaguadero amenazada; estableciéndose en su márgen izquierda sobre el puente del Inca.

Las primeras divisiones españolas que se concentraron en Puno, fueron las de Valdés y Carratalá, que reunidas pasaban de 2,000 hombres. Valdés tomó el mando en jefe, y avanzó sobre el puente; pero hallándolo defendido por artillería, desistió del intento de forzarlo, y retrogradó al norte del inmediato pueblo de Zepita. Santa Cruz pasó el puente y tomó la ofensiva. Encontró a Valdés establecido en una fuerte posición, a cuyo pie se extiende un llano, limitado al oeste por la montaña y al este por el gran lago de Titicaca. El general republicano, por un amago de flanco sobre las alturas y una aparente fuga de su centro, consiguió hacer descender a Valdés al llano, donde podía obrar su caballería. Dos escuadrones peruanos, pusieron en derrota toda la caballeria española. Siguióse un encuentro de la infanteria, de una y otra parte sin resultado decisivo. La noche que sobrevino puso término al combate. Los dos generales se atribuyeron los honores del triunfo. Valdés emprendió su retirada. Santa Cruz quedó dueño del campo de batalla; pero asustado de su semivictoria, se replegó de nuevo al Desaguadero.

Esta jornada fué la primera y última de la expedición. La campaña, como lo habia previsto Bolívar, y lo temía Sucre, estaba perdida, desde que los dos ejércitos del sud no obrasen unidos o en combinación.

El virrey, reunido a Valdés en Zepita, atravesó el Desaguadero al frente de 4,500 hombres. Santa Cruz ame-

drentado no pensó sino en buscar la incorporación con Gamarra. Reunidos ambos cuerpos de ejército al sud de Oruro, el 8 de septiembre, alcanzaban a 7,000 hombres. En esta situación ventajosa, en vez de hacer frente, intentó interponerse entre el virrey y Olañeta, que desde Potosí se había movido con un ejército de 2,500 hombres. La Serna, por una simple marcha lateral al este de Oruro por las alturas, con sólo 4,000 hombres, operó sin dificultad su reunión con Olañeta el 14 de septiembre. Santa Cruz se consideró perdido, y sin probar la suerte de las armas, en que las probabilidades estaban de su lado, se puso en precipitada retirada, que muy luego se convirtió en desastrosa fuga, y al fin en dispersión casi total, con abandono de armas y bagajes. Así repasó el Desaguadero, derrotado sin combatir, ni ver la cara del enemigo. Confió la defensa del puente a una compañía de infantería con dos piezas de artillería, que a la aparición de la vanguardia española, capituló, poseidos sus oficiales del pavor que la timidez del general habia infundido a sus tropas. De los 5,000 hombres de la expedición apenas mil regresaron a la costa (1).

El resultado de esta campaña lo dió el jefe de estado mayor de La Serna desde Pomata con fecha 23 de septiembre, como sigue: «Estado mayor general. El ejército enemigo, que a las órdenes de Santa Cruz y Gamarra se habia internado a las provincias de La Paz y Oruro, ha sido reducido casi a la nada sin que haya llegado a batirse, más que en algunos pequeños encuentros todos gloriosos para las armas nacionales. Veinticinco oficiales prisioneros y varios pasados: más de mil individuos de tropas con otros tantos fusiles: la bandera general del ejército y la del número tres, dos cañones, las cureñas y municiones de toda su artillería: cien mil cartuchos de fusil, botiquines, equipajes de oficiales y tropa; y afortunadamente también toda su imprenta, sin la que no podrán dar tanta publicidad a sus embustes y patrañas, es lo que hasta la fecha se halla en nuestro poder, sin contar lo que a cada instante van presentando las innumerables partidas que andan por los campos recogiendo dispersos de todas clases.—Las cortas reliquias del ejército enemigo marchan despavoridas en dirección de Moquegua, abandonadas de sus generales y de la mayor parte de sus oficiales y jefes; y el general Carratalá sigue de cerca sus

(1). Mitre. Hist. de San Martín, t. 4º cap. XLVIII.

pasos con una fuerte columna de infanteria y caballeria, la que probablemente logrará concluir con el miserable resto. La división del general Olañeta queda estableciendo el orden en las provincias del otro lado del Desaguadero libres de enemigos; y el ejército triunfante y orgulloso a las órdenes del Excmo. Señor Virrey camina aceleradamente sobre Puno, ansioso de encontrar enemigos menos cobardes que los que sin disparar apenas un fusil acaba de destruir.—Jerónimo Valdés.—Nota.—Por los partes recibidos posteriormente a este anuncio, ascienden los prisioneros y fusiles tomados a más de mil quinientos; setenta oficiales prisioneros y cinco piezas de artillería, asegurando el señor general Carratalá que no llega a ochocientos hombres la fuerza enemiga que marcha en dirección de Moquegua. Chucuito 27 de septiembre de 1823—Valdés».

Sin combinación, sin orden y sin objeto fijo se entregaron a la fuga soldados que temieron librarse al combate: se perdió un ejército brillante compuesto de la flor peruana, que para conducirlo a la victoria solo le faltó una cabeza (1). Los mejores planes quedaban frustrados por la ninguna cooperación de los jefes, que se tenian por superiores a los otros: ninguno de ellos desplegó talento ni la fuerza de alma capaz de consumar la revolución.

Sucre, en su empeño de buscar su reunión con Santa Cruz, para salvarlo o emprender junto con él operaciones decisivas con fuerzas superiores, había procedido en su peligrosa campaña con tanta prudencia como habilidad, revelando las cualidades de un eximio capitán, tan metódico como San Martin en sus empresas, y tan inspirado como Bolívar en el campo de la acción, pero con más ciencia militar que este. Al llegar a Arequipa, tuvo noticia de la batalla de Zepita. Estaba en marcha con dirección a Puno, con el objeto de buscar su incorporación con Santa Cruz, suponiendo racionalmente que este mantendria el terreno, cuando tuvo noticia de su completa destrucción. Los realistas convergian sobre Arequipa con todas sus fuerzas de reserva desocupadas. En tan crítica situación emprendió su retirada, pero de modo de prote-

---

(1). Se perdió toda y aun las esperanzas hubieron de perderse, menos los 200 mil pesos que casi todo en oro se sacaron de La Paz, y con tiempo fueron embarcados en Arica.—Urcullu, págs. 123, 124 y 125.

ger la de los restos del destrozado ejército expedicionario del sud. Reembarcóse en Quilca, y dió por terminada la campaña, que sería la última del sud.

Combate de Falsuri, 16 de octubre de 1823—La noche que el ejército peruano mandado por Santa Cruz y Gamarra desocupó la villa de Oruro el general altoperuano y famoso caudillo de Ayopaya don José Miguel Lanza, no quiso seguirlo en su desastrosa fuga, y se retiró con su gente y algunos otros que lo quisieron acompañar a la provincia de Cochabamba, y se apoderó de la ciudad.

El general Olañeta, encargado de conservar en estas provincias el dominio español, de orden del virrey La Serna, marchó desde La Paz con una fuerte división, dirigiéndose por los Yungas en busca de Lanza; éste salió de Cochabamba a encontrarlo, y el 16 de octubre de 1823 por la mañana se trabó en el campo de Falsuri, a cuatro leguas de la ciudad, un sangriento combate, en el que por primera vez fué derrotado el caudillo patriota, quien volvió a situarse en los valles de Ayopaya con los restos de sus guerrilleros.

El general Olañeta dando parte de esta acción al virrey, el mismo día y del campo de batalla, le dijo: «Avisado de su aproximación (la de Lanza) marché a atacarlo: en cuanto se puso a medio tiro de fusil su línea compuesta de caballería e infanteria rompí el fuego. Duró la acción media hora con la obstinación más infernal que puede imaginarse, hasta el término de cesar los fuegos y atacarse a la bayoneta; más el valor de los señores jefes, oficiales y tropa arrolló con la turba de desesperados traidores, y a no ser que el escuadrón de Tarija estaba desmontado con dificultad hubiera escapado uno. Queda el campo cubierto de cadáveres; han dejado en mi poder como 500 fusiles con otros tantos correajes, treinta lanzas, todo su parque, y los pocos que se salvaron se han dispersado por la cordillera».

Las desgracias se precipitaban unas tras otras. El contraste de Ica y las sangrientas derrotas de Torata y Moquegua habían malogrado los grandes esfuerzos de argentinos y chilenos, y casi aniquilado sus fuerzas: 317 jefes y oficiales peruanos se habían pasado a las filas realistas; y para colmo de fatalidades, el gobierno republicano de Lima estaba en secretas inteligencias con el gene-

ral Canterac sobre el modo de seducir y corromper la guarnición de las fortalezas del Callao, y los últimos restos del ejército que llevó San Martin. La causa de la independencia sucumbía irremediablemente en el Perú, si por dicha de la patria no la hubiese tomado a su cargo el Libertador de Colombia (1).

Bolívar en el Perú; es nombrado dictador; caida de Riva Agüero y Bolívar es árbitro del Perú.—En medio de situación agitada y confusa, apareció Bolívar en el Perú, el 1º. de septiembre de 1823. Los castillos del Callao anunciaron su presencia en el puerto. Al poner el pie en tierra, fué recibido en triunfo. Las tropas del Perú, y las auxiliares de las Provincias del Rio de la Plata, Chile y Colombia, le hicieron los honores. Jamás ningún americano habia recibido una ovasión más entusiasta ni más merecida. Era la gloria y era la esperanza de la América personificada.

El congreso le consultó el proyecto de ley que lo investia con la omnipotencia política y militar. El Libertador contestó: «Mi repugnancia a emplearme en la administración supera con mucho toda exageración, y así he renunciado para siempre el poder civil que no tiene una íntima conexión con las operaciones militares; mejor diré, he conservado sólo aquella parte del gobierno que contribuye como el cañón a la destrucción de nuestros enemigos. En este concepto, vuelvo a ofrecer al congreso del Perú mi activa cooperación a la salvación de su patria; pero esta oferta no puede extenderse a más que al empleo de mi espada».

Los diputados peruanos, sin darse por entendidos de estas protestas, dictaron la ley de 10 de agosto, en que «bajo la denominación de Libertador, se depositaba en él la suprema autoridad militar con facultades ordinarias y extraordinarias, igualmente que la autoridad política dictatorial como conexa con las necesidades de la guerra, con la latitud de poder exigida por la salvación del pais». Y para que su omnímoda autoridad no tuviese embarazo alguno, se sometía a ella la autoridad del presidente de la república del Perú. Votóle además un sueldo de *cincuenta mil* pesos anuales; que él rehusó con el noble desinterés que lo caracterizaba.

(1). Camba t. II, cap. XXII.—Urcullu. págs. 125 y 126.

En un banquete dado en palacio de gobierno, en honor del nuevo dictador, todos los brindis se dirigieron a él, olvidando al fundador de la independencia del Perú. Bolívar, contestando a todos, dijo: «Por el buen genio de la América que trajo al general San Martín con su ejército libertador, desde las márgenes del Rio de la Plata hasta las playas del Perú; por el general O' Higgins que generosamente lo envió desde Chile».

Al terminar el banquete, como complemento de su primer brindis y para declinar toda solidaridad con las opiniones monárquicas manifestadas por San Martin, dijo: «Por que los pueblos de América no consientan jamás elevar un trono en su territorio, y que así como el de Napoleón fué sumergido en la inmensidad del océano, y el de Itúrbide derrocado en Méjico, caigan los usurpadores de los derechos americanos, sin que uno solo quede triunfante en toda la dilatada extensión del nuevo mundo».

En la noche, al presentarse en el teatro, toda la concurrencia se puso de pie y lo saludó con respeto y simpatía. El palco que ocupaba junto con el presidente de la república, estaba adornado con las banderas del Perú y de Colombia. Un viajero europeo que asistió al espectáculo, deseoso de conocer al héroe que llenaba un mundo con su fama, ha expresado sus ímpresiones, reflejadas en la fisonomía del Libertador: «Es muy delgado; pero toda su persona revela grande actividad. Sus facciones son bien formadas, pero su rostro está surcado por la fatiga y la ansiedad. El fuego de sus ojos negros es muy notable. Después de observarle, puedo decir que jamás un aspecto exterior podía dar más exacta idea de un hombre. Ensimismamiento, determinación, actividad, intriga, y un espíritu perseverante, son rasgos claramente marcados en su apostura y expresados en cada uno de los movimientos de su cuerpo (1).

La guerra civil estaba próxima a estallar, acusando a Riva Agüero de complicidad con los españoles. Su caida la previno felizmente. Una revolución pretoriana, como la que lo habia levantado, lo derribó del poder.

Bolívar quedó dueño absoluto del Perú.

Origen de la guerra doméstica: Olañeta proclama al rey absoluto, se sustrae de

[1]. Proctor: «Narrative», etc., pág. 240.

la obediencia del virrey La Serna, y se apodera de las guarniciones de Potosí y Chuquisaca.—En el mes de enero del año 1823 llegaron a manos del general Olañeta dos comunicaciones remitidas por una persona respetable residente en Montevideo. En la primera le adjuntaba una orden de la regencia de España instalada en Urgel, en la que con fecha de agosto del año anterior, se le prevenia proclamar el gobierno absoluto del rey, tal como habia sido ejercido en los últimos siglos; y que hiciese la guerra a los constitucionales, cuya conducta acriminaba con aspereza. Aseguraba hallarse el rey sin libertad, insultado y en peligro de perder la vida afrentosamente, como Luis XVI en Francia; que para contener el torrente demagógico que amenazaba una destrucción general, se habian hecho gestiones cerca de los soberanos residentes en Verona, implorando su protección a mérito del tratado de la Santa Alianza; y que se les había ofrecido hacer pasar a España las tropas francesas que formaban el cordón al otro lado de los Pirineos. El presidente de la regencia, en carta particular, prometió al general Olañeta los despachos de virrey de Buenos Aires, advirtiéndole que podia tomar desde luego el título de capitán general de las provincias del Rio de la Plata.

La segunda comunicación estaba reducida a avisarle que los individuos de dicha regencia se habian visto en la necesidad de refugiarse en Francia, a causa de que el general Mina habia ocupado militarmente el principado de Cataluña y la plaza de Urgel. Le hacia convenientes prevenciones sobre la conducta que debía observar, y prometia mandarle sucesiva y oportunamente avisos de cuanto ocurriese en la Península.

Desde entonces, Olañeta abrazó la idea con entusiasmo, y sigilosamente se disponía para llevarla a efecto.

Es de advertir que el general Olañeta recibia las noticias de España antes que el virrey La Serna, porque se las mandaban por la via de Buenos Aires directamente y sin la menor demora; mientras que para llegar a uno de los puertos intermedios de la costa del Perú tenían que doblar el Cabo de Hornos, valerse de buques extranjeros, y tomar otras precauciones para no caer en algún crucero de la escuadra republicana que dominaba el mar del sud.

Más tarde se le avisó a Olañeta la vuelta de la re-

gencia, que con el ejército francés al mando del duque de Angulema habia entrado en España, a principios del mes de abril de 1823; que las partidas armadas en todo el reino para derrocar la constitución se habian unido a los franceses, y que estos, en cincuenta o sesenta días de una marcha triunfal, se habian puesto frente a Cádiz, a donde las cortes habian llevado a Fernando VII en calidad de prisionero, después de haberlo declarado en la ciudad de Sevilla incapaz de reinar, y en su virtud constituido regente del reino.

Entre tanto, la gaceta oficial del Cuzco vituperaba la conducta de la Francia, la del duque de Angulema y de los franceses, y al mismo tiempo propagaba la idea de la creación del imperio peruano desde Tupiza hasta Tumbes, y llegaba a esta conclusión: «O La Serna establece el imperio peruano, o nadie lo preserva de infinitos estragos». Luego añadia: «Permita el cielo que logre sus deseos para que militar y políticamente digamos un día: nadie ha hecho tantos beneficios al Perú como el último de sus virreyes». En otro número se expresaba así: «Los dias se acercan, y acaso en el Cuzco se datarán unos actos que recuerden con gratitud las futuras generaciones».

Los realistas del Cuzco escribián a Olañeta, y le decían que La Serna trataba de negar la obediencia al rey, y de proclamar la independencia del Perú, para proporcionar un asilo a los constitucionalistas de la Península. Le comunicaban también que el virrey había llegado a traslucir su correspondencia con los absolutistas de ultramar, y que daba orden para que se le formase causa por contrabandista, con lo que llegaron a agriar su ánimo ya bien prevenido contra los constitucionalistas.

Es un hecho que antes de la guerra, Olañeta habia sido minero y comerciante en Tupiza y Jujuy; pero su consagración al servicio de las armas, no le dió lugar después para ocuparse de otra cosa, menos todavía el año 1823, que lo había pasado en expediciones a la costa de Tarapacá, a Oruro, a La Paz y Cochabamba.

Supo Olañeta, por último, que Fernando VII había salido de Cadiz, y que el duque de Angulema lo recibió en el puerto de Santa María el día 1º. de octubre de 1823: que desde el momento en que se vió libre el rey anuló todos los actos del régimen constitucional, mandando restituir las cosas al estado en que estuvieron en el año 1819. Esta comunicación la recibió en Potosí la mañana del 22 de enero de 1824, con una gaceta del go-

bierno español dentro de su cubierta; en ella constaban los decretos del rey autorizados por el ministro de estado don Víctor Saez.

El mismo dia acometió Olañeta la empresa, haciendo intimar al general don José Santos La Hera, que se hallaba de gobernador de esa provincia, una orden, para que la guarnición de 300 hombres que mandaba quedase bajo su inmediata dependencia, porque él era jefe de las provincias del Rio de la Plata hasta el Desaguadero, y porque además no reconocía otras autoridades que las emanadas del rey absoluto. La Hera recibió la orden con mofa y desprecio, trató de resistirla con la fuerza, y para el efecto se fortificó en la casa de moneda con los 300 hombres. Olañeta tomó las medidas necesarias para batirlo en su posición; más a tiempo de romperse el fuego, se rindió el general La Hera, entregó la tropa, y salió para el Perú con los oficiales y paisanos que le quisieron seguir.

Se encaminó Olañeta a Chuquisaca e hizo igual intimación al presidente don Rafael Maroto. Este comisionó al oidor doctor don José Félix de Campoblanco para que persuadiera al general suspendiese su marcha; pero sabiendo Maroto que aquél había llegado a Ñucchu, cinco leguas distante de la ciudad, se fué a Oruro, abandonando la guarnición de la plaza que Olañeta ocupó el 8 de febrero. En seguida mandó destruir y quitar las trincheras, a la vez que mandó poner en libertad a más de ochenta oficiales prisioneros tomados en los combates del Perú, y que se hallaban depositados en el edificio de la audiencia bajo de guardia. Estos habian sido sacados de la isla de Esteves en el lago Titicaca y conducidos a Chuquisaca con motivo de la expedición de Santa Cruz a las provincias del Alto-Perú.

Entrevista de los generales Olañeta y Valdés, y sublevación de la guarnición del Callao.— Enviado por el virrey vino hacia Potosí el general don Jerónimo Valdés, e invitó a Olañeta a una entrevista, que tuvo lugar en el pueblo de Tarapaya el día 9 de marzo. Manifestando Olañeta los decretos del rey, la orden de la regencia y algunas de sus cartas, propuso que, se jurase en el Cuzco al rey con pleno dominio y sin la menor limitación, como estuvo en el año 1819; que por prenda o garantía de la buena fe con que se debía

tributar este homenaje al legítimo soberano, fuesen separados los gobernadores Maroto y La Hera, así como otros jefes de su división que no le inspiraban confianza; y que se le dejase el mando de las provincias del Alto-Perú hasta que el rey a quien debía darse cuenta resolviese lo conveniente.

En otras circunstancias Valdés habria dicho, que el rey era un refractario y traidores los regentes; pero convencido de que la constitución habia sido enterrada en la misma isla que la vió nacer, accedió a las propuestas de Olañeta. Convinieron pues, en que el brigadier Aguilera pasase a Chuquisaca de presidente, y en su defecto el coronel don Guillermo Marquiegui; que en Potosí se colocase de gobernador a la persona que eligiese el general Olañeta; que las provincias del Alto-Perú quedasen bajo el mando de este general, con la obligación de remitir al Cuzco un contingente mensual de dinero y otros artículos de guerra; y que si los enemigos invadiesen las costas desde Iquique hasta Arequipa, remitiria Olaneta las fuerzas que fuesen necesarias a juicio del virrey, quien ratificaria este convenio.

No estaba La Serna en el caso de que un general de vanguardia le impusiera la ley. El objeto de la misión de Valdés fué explorar en estas provincias la opinión pública, y el estado de las tropas con que Olañeta podía contar. Se aguardaba con impaciencia grandes acontecimientos en Lima, frutos de manejos cautelosos y de oculta correspondencia que Canterac sostenia con el gobierno republicano del Perú. En suma, no se pensó cumplir el convenio de Tarapaya, sino ganar tiempo para adormecer el entusiasmo y sembrar la desconfianza en la división de Olañeta. Este tampoco quedó satisfecho, ni podía estarlo cuando la prensa del Cuzco se desataba en denuestos contra él, y cuando el general Valdés, a pretexto de ir a los valles de Ayopaya contra Lanza, no desocupó las provincias de Cochabamba y La Paz.

El 15 de febrero de 1824 se supo en el cuartel general de Huancayo, que se sublevó la guarnición de la plaza del Callao, compuesta del regimiento de infantería Rio de la Plata, del batallón número 11 y de varios destacamentos de húsares; que el movimiento fué encabezado por los sargentos Dámaso Moyano y sus compañeros, instruidos por el coronel español don José Casariego que estaba prisionero en el Callao; que en la noche del 5 al 6 de dicho mes de febrero hicieron prisioneros a 105 ofi-

ciales y jefes, entre ellos al gobernador de los castillos don Rudesindo Alvarado, y muchos de graduación; que proclamaron al rey e hicieron tremolar en la fortaleza el pendón español; y que nombraron interinamente por gobernador y jefe de las armas al referido Casariego, en compañía de Moyano que se tituló coronel. Los demás sargentos se hicieron y quedaron de tenientes coroneles, según se les prometió.

Con fecha del día 7 comunicó Casariego al general Canterac todo esto, que le pareció un sueño, y al mismo tiempo aseguró que: «El resultado de una combinación muy meditada y pulsada con un talento inconcebible había sido aclamar el gobierno español en todas sus fortalezas, defendidas por mil quinientos hombres dispuestos a perecer bajo sus ruinas». Sin embargo pedia se relevase prontamente la guarnición.

El 14 del mismo mes de febrero, dos brillantes escuadrones de cazadores a caballo de los Andes, deponiendo a sus oficiales en la Tablada de Lurin, siguieron el ejemplo de la guarnición del Callao y se metieron en el castillo Real Felipe. En Chancay, el comandante don Casto Navajas hizo presos a un comandante y otros oficiales del ejército de Colombia, y se pasó a los españoles con los escuadrones Lanceros de la Guardia.

El general Canterac despachó divisiones, una al mando del brigadier don José Ramón Rodil, que se posesionó de los castillos el 29 de febrero; y la otra a las órdenes del general don Juan Antonio Monet, que en el propio día ocupó la ciudad de Lima, abandonada por el general don Mariano Necochea desde el 26.

El júbilo con que se recibieron estas noticias en el Cuzco fué inmenso. Los constitucionales se llenaron de orgullo y se creyeron árbitros de la suerte del Perú y de toda la América del Sud. Tuvieron razón atendiendo al desorden que se introdujo en las provincias argentinas y hasta en Chile. Además, la toma del Callao les proporcionó la toma de una escuadrilla en su puerto, en la que se contaban siete buques de guerra, entre ellos la fragata *Venganza*; *La Rosa de los Andes* y el vergantin *Pezuela*; y en los depósitos del Callao se encontraron miles de fusiles, de sables, de quintales de pólvora fina, multitud de víveres y de otros efectos.

Dando Canterac parte de estos acontecimientos al virrey le dijo: «Es inmenso Excmo. Señor el material que encerraban los almacenes de la plaza, excediendo sobre

manera el estado en que ha sido recuperada al que tenía cuando la perdimos en 1821.—Al propio tiempo los Señores Marqués de Torre Tagle, Aliaga, Berinduaga y otros muchos de los que componian el gobierno disidente de Lima se han unido nuevamente y con sinceridad al gobierno español, y empleado su cooperación para la tranquilidad de los partidos convulsos, a cuyo intento han dirigido desde Lima las comunicaciones necesarias y las proclamas de que tengo la satisfacción de acompañar a V. E. varios ejemplares».

Por otra parte, despreciaban las fuerzas del general Bolívar de las que tenian informes inexactos. Se decía que de 1,100 hombres que se embarcaron en Panamá solo 450 llegaron sanos a las costas del Perú; y que los trasportes *Zodiaco* y *San Juan Bautista* cayeron en poder de los corsarios españoles. Suponian también al ejército libertador bien escaso de pertrechos de guerra, pues todo apresto militar estaba depositado en la plaza del Callao. En tal supuesto hizo el virrey marchar hasta Oruro los batallones de Gerona y los escuadrones de la Guardia y otros cuerpos, que puso a las órdenes del general Valdés para destruir al general Olañeta.

Este no obró con menos solicitud en prepararse para la campaña. Inmediatamente después de la entrevista de Tarapaya envió a Montevideo por Buenos Aires a su secretario doctor don Casimiro Olañeta en busca de fusiles. Se trasladó a Chuquisaca, donde más de mil patriotas se alistaron para servir en los cuerpos de su ejército; tomaron también partido muchos oficiales de los prisioneros que puso en libertad, especialmente los naturales del Rio de la Plata. Volvió a situarse en Potosí llevando de su acesor al doctor don Manuel María Urcullu, que habia sufrido persecuciones de parte de los realistas, porque desempeñó la fiscalia de la cámara de apelaciones por nombramiento del gobierno de Buenos Aires. Todos los que aspiraban a la emancipación del Alto-Perú contribuyeron eficazmente a que el general Olañeta consiguiera su intento.

Ultimatum y guerra a Olañeta.—El 19 de junio se presentó en Potosí el coronel don Diego Pacheco, enviado por el general Valdés con un oficio que entregó al general Olañeta, en el que, a manera de ultimatum, le decía, que se sometiese a ser juzgado por un consejo

de guerra o se trasladase a la Península, y en caso de negativa, que sería castigado con la fuerza que estaba a sus órdenes. Al mismo tiempo hizo Valdés circular una proclama virulenta, denunciando la rebelión contra el rey, provocada por Olañeta, á quien rodeaban todos los insurgentes de esas provincias. Expidió también una orden, mandando que ninguna autoridad le obedeciera, y excitando a la defección a los jefes, oficiales y soldados.

El general Olañeta aceptó las consecuencias de la guerra, y dió al público un manifiesto de los motivos que lo impelian a ella. Bien o mal era necesario que cada uno justificase su conducta, era indispensable alegar motivos y recurrir a las inculpaciones.

Cesó en el Alto-Perú la pugna del heroismo con la potencia militar, y se suscitó otra de distinta naturaleza, que en realidad no era sino la guerra civil en el ejército realista, que protegía grandemente a la guerra de la independencia. La fuerza se opuso a la fuerza, la disciplina y el talento lucharon con el talento y la disciplina.

El general Olañeta conocía perfectamente bien la guerra de partidarios y los lugares donde se disponía a hacerla; era además popular su partido. Colocó los cuerpos de su ejército en distintos puntos, para que hostilizasen al enemigo por su retaguardia y por sus flancos; y él con doscientos caballos se propuso fatigar al ejército de Valdés con marchas y contra marchas, para batirlo donde y cuando quisiera.

Dejó Olañeta la ciudad de Potosí el 28 de junio y se trasladó a la villa de Tarija por el camino de Cinti. Antes mandó salir a los empleados de la casa de moneda con los enseres y hasta los troqueles de ella. Canterac habia hecho otro tanto cuando abandonó la ciudad de Lima, y en Potosí era práctica corriente en todos los trastornos políticos.

El 8 de julio llegó el general Valdés con cerca de 5,000 hombres a la ciudad de Chuquisaca, desocupada dias antes por el coronel don José María Valdés o Barbarucho, como él mismo se llamaba. Puso en ella de presidente al coronel don Antonio Vigil, y mandó de gobernador a Potosí al general don José Carratalá con 200 hombres de infanteria. El día 12 se le presentó en los llanos de Tarabuquillo, entre Tomina y la Laguna, el intrépido Barbarucho con 350 hombres del primer batallón de su mando. Esta pequeña porción de valientes, forman-

do cuadro y complaciéndose en los peligros de la guerra, rechazó varias cargas de caballería, se replegó a una posición desde la que combatió toda la tarde contra el ejército entero del enemigo, y por la noche se retiró sin que supiesen la dirección que tomaba. Con sólo la pérdida de 80 hombres causó grande estrago en las filas del general Valdés.

Habia sido colocado en la villa de la Laguna el comandante don Ignacio Rivas con el 2°. escuadrón de Dragones de la frontera, y fácil a la seducción, se pasó al general Valdés el día 13. Al anochecer de ese mismo día salieron del pueblo de Puna los comandantes don Pedro Arraya, don Juan Ortuño y don Felipe Marquiegui con 70 Dragones de Santa Victoria, y llegaron a la villa de Potosí el 14 a las seis de la mañaña: forzaron la guardia de la casa de gobierno, y arrebatando de su lecho al gobernador Carratalá se lo llevaron prisionero a la faz del pueblo y de la guarnición, que espantada de tal arrojo se encerró en su cuartel, y hacia fuego del balcón que dominaba la plaza.

Barbarucho en su retirada de Tarabuquillo meditó sorprender la guarnición de Potosí, y con este objeto ocupó la villa el 18 por la noche; más los soldados se habian salido a consecuencia del suceso del día 14 y a forzadas marchas se dirigian a Oruro.

Continuando el general Valdés sus marchas por Pomabamba con dirección a Tarija, llegó el 26 al pueblo de San Lorenzo; en este punto lo recibió el débil comandante don Bernabé Vaca, entregó el escuadrón que se le había confiado y la persona del general Carratalá, conducido a aquella villa en calidad de prisionero. El general Valdés dejó a los comandantes que se le pasaron y a sus soldados en los mismos lugares que ocupaban, convirtiéndolos en enemigos del general Olañeta; asi que el pérfido Vaca persiguió en los días siguientes por la Concepción y Toldos el convoy que aquel mandó retirar de esa plaza, y tomó seis piezas de artilleria, trescientos fusiles, municiones y vestuario.

Mientras el ejército del general Valdés hacia un camino largo y penoso por páramos, el general Olañeta reunió sus tropas en el pueblo de Livilivi para escoger a su gusto el campo de batalla. El 30 al anochecer se avistaron los dos ejércitos, y en esa misma noche y el día 31 avanzó Olañeta con su gente hasta Yavi chico, gran llanura al pie de unas montañas llamadas Abra Rota. Para

arribar allí es menester subir una empinada cuesta de tres leguas.

Resuelto Olañeta a combatir permaneció en ese lugar el 1º. de agosto. Se apoderó de la única aguada que hay a la derecha del camino, tomó de antemano sus posiciones; y para estar más desembarazado envió esa tarde los equipajes con los asistentes, los capellanes y algunos oficiales sueltos al mando del coronel don Guillermo Marquiegui hasta el pueblo de Santa Victoria, diez y ocho leguas al sud.

El 2 de agosto a las cuatro de la tarde se pusieron en marcha los cuerpos del ejercito de Valdés, ascendiendo lentamente la cuesta. Olañeta, formando su tropa en linea con la derecha pegada a la montaña, esperó a que subieran todos. Nadie dejó de conocer que el general Valdés temió comprometer la batalla; y fuese porque su gente estaba cansada o bien porque faltando poco para acabarse el día pensó que sus enemigos ganasen la altura como en Tarabuquillo, tomó él las cumbres de la montaña, y pasó la noche a vanguardia de Olañeta. Más éste, notando que los de Valdés no habian subido pieza alguna de artillería ni tampoco una sola carga de municiones, contramarchó en silencio favorecido por la oscuridad.

Amaneció el día 3 de agosto, y no encontrando el general Valdés enemigo alguno a la vista, descubrió la huella que se dirigía por Santa Victoria, y sin más examen encaminó su ejército por ella. Entre tanto Olañeta, andando en dirección opuesta, se halló en aquel día distante de su enemigo más de veinte leguas; y supo que el general Carratalá volvía a Potosí por el camino de Suipacha y Tupiza con piquetes de todos los cuerpos, que conducía la artillería y cargas del ejército. Dispersó otra vez sus tropas, mandando al coronel Valdés con los cuerpos de la Unión por Suipacha; al teniente coronel don Carlos Medinaceli a Cotagaita con los batallones Cazadores y Chichas; al coronel don Francisco de Ostria con el regimiento Dragones Americanos a Cinti; y él personalmente con dos escuadrones de Tarija marchó para esa villa a reparar los daños causados por Bernabé Vaca.

Clásico fué el 5 de agosto. En este día cogió el general Valdés en Santa Victoria al coronel Marquiegui y a todos los que con él fueron a ese pueblo, treinta y dos personas en su totalidad. En la madrugada de ese dia entró el general Olañeta a Tarija, sorprendió e hizo pri-

sionero al comandante don Diego Roldán, un oficial y sesenta soldados de la guarnición dejada por el general Valdés; en seguida recuperó el escuadrón y todo lo que allí habia perdido. En la misma madrugada el coronel don Francisco López, enviado por el brigadier Aguilera desde el Vallegrande con el primer escuadrón de Dragones de la frontera, sorprendió en la villa de la Laguna e hizo prisionero al comandante Rivas, y tomó el escuadrón que este mandaba.

A las nueve de la noche del día 5 de agosto, el coronel Barbarucho con 250 hombres de la Unión sorprendió al general Carratalá, dos veces prisionero en veinte días, y 700 soldados que dormían en el campo de Salo. El resultado de esta atrevida empresa fué tomar los fusiles en pabellones; 236 bestias entre caballos y mulas; la bandera del Gerona con parte de la música de ese cuerpo; dos piezas de artillería y veintidos soldados de esa arma, con quince cajones de metralla y bala raza; doce mil cartuchos de fusil; veintiseis cajas de guerra, doce cornetas y clarines, nueve oficiales incluso el general.

Toda partida que con cualquier objeto destacó el general Valdés fué para que se perdiera. El día 8 en el punto de Ramadas, el comandante don Juan Ortuño tomó doce hombres de infantería y doce de caballeria bien armados, con 120 vacas que conducían. El capitán don Francisco Zeballos tomó el día 10 sesenta hombres, al capitán Simón Pax, al ayudante don José Lucerna y al subteniente don Manuel Lordiera en el punto de Cornaca, intimándoles rendición por conducto del oficial Caudano prisionero en Salo.

El comandante don Francisco Muñoz de la división del general Aguilera, con sesenta cazadores y treinta dragones asaltó el cuartel del pueblo de Totora el día 11; tomó a los capitanes Auñón y Guerra, cuarenta hombres y cincuenta caballos con sus monturas.

Regresaba de Santa Víctoria el ejército del general Valdés por la via de Tupiza. Con este motivo las tropas que se hallaban divididas desde la dispersión de Tojo se reunieron en Cotagaita para hostilizarlo en su retirada. Tomaron las fuertes posiciones de Cazón por donde debía pasar, y le hicieron vivo fuego el día 13, y lo persiguieron más de una legua hasta el rio. Sacaron la ventaja de hacer prisioneros sesenta y cuatro flanqueadores de la Guardia, veintiocho infantes y dos oficiales de caballeria: rescatando además a todos los prisioneros que en Santa

Victoria cayeron, y conducían. Allí fué herido el general La Hera.

El 16 de agosto fué a parar el general Valdés cerca de Potosí en el ingenio de la Lava, constantemente perseguido por el coronel Barbarucho, que con 360 hombres del primer batallón de su mando le fué picando la retirada, y tomando los soldados que se atrazaban por cansancio u otro motivo. Hasta este punto habia caminado Valdés como 400 leguas en treinta y tantos dias; en ellos perdió más de 2,000 hombres, todos los equipajes de su ejército, la mayor parte de sus caballos, sus cañones y todas las municiones de guerra que trajo, no quedándole otros tiros de fusil que los pocos que llevaban los soldados en sus cartucheras. Las ventajas que consiguió en Santa Victoria, en Tarija y en la Laguna habian sido efímeras, porque los prisioneros, los escuadrones y todo fué prontamente recobrado.

Engreido el coronel Barbarucho con los felices sucesos y, conducido por su ardor temerario, embistió al amanecer del 17 al ejército del general Valdés situado en la posición más dificil de penetrar. Quiso forzarla de frente y en la empresa perdió toda su tropa, quedando él y su batallón prisioneros. Costó esta ventaja al general Valdés muchas vidas, entre ellas la del brigadier don Cayetano Ameller. (1).

«Fué este combate de los más reñidos y sangrientos que se hubiera visto en aquellos paises, dice el historiador español Torrente; ambos jefes pelearon con la mayor obstinación y furor; ambos acreditaron en este día su bien merecida fama de valientes; ambos buscaban la muerte con entusiasmo, sin que la identidad de sus nombres, de su patria y de divisa aflojasen su terrible empeño en asegurar la victoria con su recíproca destrucción». Y agrega el otro historiador español García Camba: «Reflexiónese sin pasión ahora lo que hubiese sido probablemente de Bolí-

---

(1). Los historiadores españoles Camba y Torrente, hacen extensas relaciones de esta campaña, considerándola justamente como una guerra civil sostenida por dos generales y dos ejércitos españoles que distrajeron 9000 hombres de la guerra de la independencia americana, cuando Bolívar y Sucre daban las últimas batallas en Junín y Ayacucho, y tratan al general Olañeta como a traidor a la causa real.—Hemos preferido servirnos de la relación de Urcullu, testigo presencial, como acesor del general Olañeta, y que, con don Casimiro Olañeta y otros patriotas azusaban la discordia y alentaban la ambición del general rebelde como un servicio a la causa de la independencia de América.

var, si tanto valor se hubiera empleado oportunamente, como se pensaba, contra las armas de su mando, y tanta sangre de verdaderos valientes y leales a la España se hubiese derramado solo, como en las campañas anteriores, contra los enemigos comunes del nombre español. Pero por desgracia otro era el irrevocable fallo del destino».

Fin de la guerra doméstíca.—Con esta ventaja muy grande que alcanzó el general Valdés en el combate de la Lalava, envió cerca del general Olañeta al comandante de Gerona don Vicente Miranda con un oficio en que le dijo: *basta de sangre*. Le propuso quedase mandando las provincias del Alto-Perú hasta el Desaguadero, pues él regresaba al Cuzco; que de ambas partes se diese libertad a todos los oficiales prisioneros sin distinción de grados; que si era buen español pusiese en La Paz o en Cochabamba dos mil hombres y quinientos de caballería, para que el virrey disponga de ellos en caso de necesidad; por que Bolívar, habiendo levantado su campo de Huaraz, marchaba aceleradamente sobre Lima. (1).

Accedió Olañeta a todo, mandó expedir pasaportes y dar auxilios a los oficiales prisioneros para que se restituyesen a sus cuerpos; pero el general Valdés llevó consigo al Perú a los que hizo prisioneros en la Lava, y solo fugados volvieron a Cotagaita el coronel Barbarucho y el capitán Zeballos.

Se evacuó la provincia de Chuquisaca el 28 de agosto, la de Potosí el 30, y en los quince días primeros de septiembre las de Cochabamba y La Paz, que sucesivamente ocupó el general Olañeta. Estando éste en Oruro, a fines de septiembre, recibió una comunicación que con fecha de 21 de mayo, le habia dirigido el general Bolívar de Huaraz, duplicada: la una conducida por el mayor Jimenez, que el general Arenales mandó de Salta, y la otra por el capitán Arrisueño que vino por la costa de Tarapacá. En esa comunicación el Libertadór lisonjeaba la actitud del general Olañeta contra los constitucionales españoles; a lo que éste contestó en términos generales de cortesía.

En todo el mes de octubre colocó Olañeta los dos mil hombres en la ciudad de Cochabamba, incluyéndose en estos seiscientos del primer batallón de Fernandinos en-

(1). Entonces, Bolívar sin entrar a Lima había ya destrozado la caballería de Canterac en los campos de Junín el 6 de Agosto.

viado por Aguilera. En aquel tiempo el general don José Miguel Lanza reconoció la autoridad del general Olañeta y se puso a sus órdenes, comisionando para ello a su segundo el coronel don Calorio Velasco, limeño. Este sometimiento fué debido al doctor Casimiro Olañeta, que habiendo regresado de Montevideo hizo con solo este objeto un viaje al valle de Ayopaya.

Habia concluido una guerra que debe llamarse doméstica. Guerra entre dos generales que asociaron sus esfuerzos en defensa de los derechos de la corona de España; entre compañeros de armas que juntos corrieron los azares y riesgos de los combates. La ambición del poder de un lado, el exceso de fidelidad del otro, y el honor en ambos habia suscitado esa sangrienta lucha. La ense ña de uno y otro partido fué la misma: todos gritaban *viva el rey*, y se combatian con furor. Más en la cabeza de los altoperuanos fermentaban contrarias ideas, distintos eran sus sentimientos mal reprimidos, y que iban a dilatarse muy pronto.

El 26 de diciembre llegó a Cochabamba un oficial peruano portador de pliegos que contenian los detalles de la batalla de Ayacucho, que habia tenido lugar el día 9 de dicho mes; era enviado por el general don Pio Tristán, quien decía al general Olañeta, que a consecuencia de la capitulación cuya copia le incluia, y no habiendo otro general más antiguo, habia recaido en su persona el cargo de virrey del Perú; que como tal y contando con su cooperación podia reunir hasta diez mil hombres para oponerlos a los colombianos. Al mismo tiempo le prevenía que enviase a la ciudad de Puno una columna de infanteria y caballería, porque estando en los depósitos de esa provincia los prisioneros del Callao podian seducir la guarnición de aquella plaza.

El presidente del Cuzco general don Antonio Maria Alvarez, en su comunicación al general Olañeta, le decía lo mismo, agregando que a más de la guarnición de esa ciudad y la de Arequipa, tenian dos mil hombres en Sicuani, seiscientos en Puno, a esta banda del Apurimac un cuerpo al mando del comandante Miranda que no habia entrado en el combate, y de ochocientos a mil soldados que se replegaban al sud a las órdenes del comandante Garcia. El gobernador de Puno don Tadeo Gárate le dió relaciones más extensas acerca de los recursos con que contaban para continuar la gnerra. Olañeta, poniéndose a las órdenes del general Tristán, que a conse-

cuencia del desastre que habian sufrido las armas españolas en Ayacucho, habia sido proclamado virrey del Perú, por una junta de oficiales militares y civiles, de acuerdo con la real audiencia del Cuzco, quien se hallaba en Arequipa, hizo marchar el día 28 sobre Puno un batallón y dos escuadrones al mando del coronel don José María Valdés, y para estar más inmediato al cuartel general del Cuzco salió él con el resto de sus tropas el 31 con dirección a La Paz.

CAPÍTULO VIGÉSIMO SEXTO

1824-1825.—Bolívar abre campaña sobre la sierra, su proclama en Pasco.—Movimientos de Canterac contra la invasión de Bolívar; marchas estratégicas de los dos ejércitos.—Batalla de Junín.—Desastrosa retirada de Canterac, y avance de los republicanos.—Bolívar delega el mando en Sucre: primera resistencia contra la dictadura de Bolívar; iniciativa del congreso de Panamá.—Disconformidad sobre operaciones de guerra entre Bolívar y Sucre.—Hábiles maniobras de Sucre; marchas estratégicas de los ejércitos beligerantes; descalabro de Corpahuaico.—Batalla de Ayacucho.—Carta de Sucre a Bolívar.—La Capitulación.—Consecuencias de Ayacucho: muerte de Monteagudo: reunión del congreso del Perú: honores acordados a Bolívar y Sucre.

Bolívar abre campaña sobre la sierra, su proclama en Pasco.—Bolívar, aprovechando la coyuntura de la sublevación de Olañeta y el alejamiento de la división de Valdés, que le quitaba de encima como 9,000 enemigos, abrió su nueva campaña, sin plan determinado, pero con la resolución de buscar al enemigo, y posesionarse del valle de Jauja, siguiendo las huellas de Arenales, que habia trazado dos veces el camino de la victoria. Su invasión a la sierra fué precedida por un movimiento general de las guerrillas peruanas, que estre-

charon el círculo de los realistas en la montaña. El general Sucre, con la previsión de su genio de guerrero, reconoció los caminos de la cordillera, cuyo croquis levantó él mismo como ingeniero; estableció depósitos de víveres, leña y forrajes a lo largo del trayecto que el ejército debia recorrer, y marcó punto por punto el itinerario, midiendo las distancias.

Bolívar trasmontó los Andes por la parte más fragosa y elevada, con dirección a Pasco; a fin de ocultar su movimiento y sorprender al enemigo. Mientras tanto, Canterac permanecia en inacción en el valle de Jauja, con 8,000 infantes, 1,300 caballos y ocho piezas de artillería, ignorante del avance de los independientes.

El 2 de agosto de 1824 el Libertador pasó revista a 9,000 hombres sobre las armas, formados en el llano Rancas a 36 kilómetros de Pasco. Si algo faltaba que pudiese aumentar el ardimiento de su ejército, consiguiólo Bolívar con esta elocuente proclama:

«Soldados! Vais a completar la obra más grande que el cielo ha podido encargar a los hombres: la de salvar un mundo entero de la esclavitud.

«Soldados! Los enemigos que vais a destruir, se jactan de catorce años de triunfos: ellos, pues, serán dignos de medir sus armas con las vuestras, que han brillado en mil combates.

«Soldados! El Perú y la América toda aguardan de vosotros la paz, hija de la victoria; y aun la Europa liberal os contempla con encanto; porque la libertad del Nuevo Mundo es la esperanza del universo. ¿La burlareís? No! no! Vosotros soís invencibles».

O' Higgins, el héroe de Chile, proscrito de su patria, y Monteagudo, levantado de hecho su destierro, acompañaban a Bolívar en esta gran revista americana. Al día siguiente, 700 montoneros peruanos se reunieron a la caballeria, después de haber explorado el pais al oriente de la cordillera. El día 4, Miller, destacado con una vanguardia de caballería al oeste de Jauja, daba parte que Canterac avanzaba sobre Pasco con su ejército en masa. El Libertador aceleró su movimiento.

Movimientos de Canterac contra la invasión de Bolívar; marchas estratégicas de los dos ejércitos.—Al sud de Pasco y en las nacientes del rio Grande, comienza el gran lago de Reyes, si-

tuado entre la cordillera occidental y la oriental, que llena toda la depresión del terreno, hasta la entrada del valle de Jauja. El camino que desde Tarma conduce a Pasco, orillando su márgen occidental, es el más llano; el del occidente, que va desde Pasco a Junín, es el más escabroso. En su extremidad meridional se encuentra el llano de Junin, accidentado por colinas, en medio de riachuelos y pantanos formados por los desagües del lago.

Canterac, que se habia reconcentrado en Jauja, informado tardía y vagamente del movimiento de los independientes, tomó con su caballería el camino oriental del lago, el 1°. de agosto, con el objeto de practicar un reconocimiento. En Carhuamayo, a 26 kilómetros de Pasco, supo con sorpresa que Bolívar se habia movido por la márgen opuesta en dirección a Jauja.

Los ejércitos efectuaban alternativamente una marcha paralela, en sentido contrario, lago por medio, tan ignorante el uno como el otro de sus movimientos.

El general español, con su retaguardia amenazada, temeroso de perder su base de operaciones y su línea de comunicaciones, emprendió inmediatamente su retirada, el 5 de agosto, por el camino que habia llevado para reunirse con su infantería. El 6 a las dos de la tarde se hallaba en la extremidad austral del lago, en la pampa de Junin, y a su frente por la parte del oeste, aparecía al mismo tiempo el ejército independiente, con su infantería establecida en las alturas y su caballeria que descendia al llano en aire de carga.

Batalla de Junín.—Bolívar habia marchado por las faldas orientales de la cordillera occidental, con el lago a su pie sobre su izquierda, a fin de salir a la derecha del río Grande de Jauja, apoyándose siempre en posiciones inexpugnables, lo que indicaba una prudencia que no le era habitual. Al avistar frente a Junín al ejército realista, hizo avanzar su caballeria al mando de Necochea, fuerte de 900 hombres, permaneciendo con su infanteria en el terreno fragoso como ocho kilómetros a retaguardia. La componian seis escuadrones de Granaderos montados y Húsares de Colombia, un escuadrón de Granaderos a caballo de Buenos Aires, y dos del Perú. La caballería española, alcanzaba a 1,300 hombres, y se consideraba invencible. Camba, historiador español y testigo competente, confiesa esta superioridad numérica: «El ejército de Bolívar, si bien algo superior en número, era inferior en ca-

ballería, y generalmente en calidad. Su fuerza constaba de 1,300 caballos» (1).

La caballería republicana, formada en columna sucesiva por mitades, se comprometió en un terreno desventajoso, por un desfiladero entre un cerro y un pantano, cortado por un riachuelo ramal del lago, que obstruía sus despliegues antes de salir a la pampa. Sólo tuvo tiempo de presentar en batalla dos escuadrones de granaderos montados de Colombia.

Eran las cinco de la tarde. A Canterac le pareció propicia la oportunidad. Fiado en el número y calidad de su arma favorita, no quiso hacer uso de la artilleria ligera ni de las compañías de cazadores que tenia a la mano, se puso personalmente al frente de su caballería, desplegó su línea, reforzando las alas con escuadrones doblados, y ordenó la carga con aires violentos a una distancia desproporcionada, sin darse exacta cuenta del terreno, error reconocido por sus mismos compañeros de armas, y a que se atribuye en parte su merecido contraste.

La descripción de Camba es la más técnica y correcta. Hace justicia a sus contrarios y critica racionalmente las faltas cometidas por los españoles, confesando francamente la «vergonzosa derrota» (2) como lo hace Canterac en su parte.

El ánimo del general español era flanquear con su derecha la izquierda de la columna republicana en marcha; pero antes de alcanzar su objetivo, se encontró embarazado por el pantano, y se detuvo en confusión. Su izquierda y parte de su centro, se desordenaron un tanto por el largo trayecto recorrido a gran galope, y chocaron con los dos escuadrones colombianos, que con sus largas lanzas recibieron con firmeza la impetuosa carga; pero fueron estos arrollados y perseguidos por la espalda, envolviendo en su fuga la cabeza de la columna independiente, que en ese momento salia del desfiladero.

Pudieron rehacerse los escuadrones patriotas perseguidos, gracias a la entereza del regimiento de Húsares del Perú, que al mando del teniente coronel Suárez, se mantuvo a pie firme, y entonces guiados todos por el general Miller, jefe de la caballería peruana, y por los coroneles colombianos Silva y Carvajal, embistieron a los es- escuadrones españoles.

[1]. Memorias, t. II. págs. 193 y 195.

(2). Memorias. t. II. pág. 198.

Otro gran error que cometió Canterac fué comprometer de golpe toda su fuerza, sin prevenir una reserva que acudiese a las partes débiles. De aqui resultó, que lanzados los escuadrones en desorden a la persecución, se comprometieron a su vez en el desfiladero, acuchillando a los fugitivos. Necochea traspasado de siete heridas de lanza, fué pisoteado por los caballos de vencidos y vencedores, y quedó prisionero de los españoles, y habria perdido la vida, si el intrépido llanero colombiano Camacaro no le hubiese rescatado (1).

La reserva republicana estaba emboscada a la orilla del pantano. El teniente coronel Manuel Isidoro Suárez, que con el primer escuadrón Húsares del Perú, se hallaba situado en uno de sus recodos, dejó pasar por su flanco el tropel de perseguidos, y despejado el terreno, cargó por retaguardia a los escuadrones españoles que en ese momento eran vencedores y que a su vez se pusieron en precipitada fuga. Los escuadrones patriotas reaccionan con Miller a su cabeza, vuelven caras y quedan dueños del campo.

Canterac, que consideraba seguro su triunfo, no quería dar fe a sus propios ojos al presenciar su derrota: «Sin poder imaginarme cual fué la causa, decia en su parte de 8 de agosto de 1824 al virrey, volvió grupas nuestra caballeria y se dió a una fuga vergonzosa. Parecía imposible en lo humano, que una caballería como la nuestra, también armada, montada e instruida, con tanta vergüenza huyese de un enemigo sumamente inferior bajo todos respectos, que ya estaba casi batido; echando un borrón a su reputación antigua y puesto en peligro al Perú todo».

Todo fué obra de 45 minutos, y los realistas quedaron completamente derrotados y forzados a ampararse bajo la protección de su infanteria, que se retiraba precipitadamente.

Durante la batalla, que semejaba a los combates de los caballeros de los antiguos tiempos, y que solo puede concebirse recordando los siglos heroicos, no hubo un solo disparo de cañón, ni de fusil: el terrible silencio no fué interrumpido sino por la estridente voz de los clarines, el choque de las espadas y de las lanzas, el galopar de los caballos, los gritos de los combatientes y los lamen-

---

(1). En el famoso «Canto a Junín» de Olmedo. Necochea es contado equivocadamente entre los muertos.

tos de los heridos o las maldiciones de los vencidos. Fué un combate al arma blanca! no se disparó un solo tiro.

Quedaron en el campo 250 realistas muertos a sable y lanza. La pérdida de los republicanos no pasó de 150 entre muertos y heridos, entre ellos Necochea, gloriosamente rescatado, como queda dicho. Los derrotados fueron perseguidos, hasta guarecerse buscando la protección de su infanteria, que se puso inmediatamente en retirada.

Miller, dice: «El Libertador, los generales Santa Cruz y Gamarra con su estado mayor, sin pasar el desfiladero, se formaron a retaguardia, en una especie de llano pantanoso, al pie de una colina, y presenciando la fuga de nuestras tropas en la primera carga, se retiraron rápidamente a una legua a retaguardia, donde la infanteria estaba formada. Ellos creyeron por mucho tiempo que todo estaba perdido, hasta que un aviso que yo les mandé escrito con lapiz en el mismo campo de batalla, fué la primera noticia que tuvo el general Bolívar de nuestra victoria; así es que poco después me dió un fuerte abrazo». (1).

Sobre el campo de batalla, saludó Bolívar a los vencedores, y dió al primer escuadrón mandado por Suárez, el glorioso nombre de «Húsares de Junin», con que ha pasado a la historia.

El general Santa Cruz, jefe de estado mayor, en su parte de la batalla, dado en el cuartel general en Reyes, el 7 de agosto de 1824, decía:

«S. E. el Libertador testigo del valor heroico de los bravos que se distinguieron en el dia de ayer, recomienda a la admiración de la América al señor general Necochea que se arrojó a las filas enemigas con una impetuosidad heroica, hasta recibir siete heridas, al señor general Miller, que con el primer regimiento del Perú flanqueó al enemigo con mucha habilidad y denuedo: al señor coronel Carvajal que con su lanza dió muerte a muchos enemigos: al señor coronel Silva que en medio de la confusión del combate rehizo parte de su cuerpo que estaba en desorden y rechazó los escuadrones que lo envolvian: al señor coronel Bruix que con el capitán Pringles, algunos oficiales y *Granaderos de los Andes*, se mantuvo firme en medio de los peligros: al comandante del primer escuadrón del regimiento de caballería de línea del Perú, Suá-

---

(1). Carta inédita de Miller publ. por Paz Soldán en la «Hist. del Perú Indep». (2º periodo), pág. 255.

rez, que condujo su cuerpo con la destreza y resolución que honrarán siempre a los bravos del Perú: al comandante Sowersby, del segundo escuadrón, que gravemente enfermo, se arrojó a las lanzas enemigas hasta recibir una herida: al comandante Blanco del tercer escuadrón: al Mayor Olavarria, y al capitán Allende del primer escuadrón del mismo regimiento: al bravo comandante Medina, edecán de S. E.: al capitán Camacaro, de *Húsares de Colombia*, que con su compañía tomó la espalda de los escuadrones enemigos y les cortó el vuelo de su instantáneo triunfo: a los capitanes Escóbar y Sandóbal de *Granaderos*; y a los capitanes Jimenes y Peraza de *Húsares de Colombia*; a los tenientes Segovia y Tapia, y alférez Lanza, que con el mayor Braun persiguieron los escuadrones enemigos hasta su infanteria.—Seria, en fin, necesario nombrar a todos nuestros bravos de caballeria si hubiésemos de mencionar a los que se distinguieron en este combate memorable que ha decidido ya de la suerte del Perú».

La verdad es que la buena estrella de Bolívar dió la victoria a su caballeria. El nervio del ejército realista, quedó para siempre quebrado en este memorable combate, precursor del triunfo definitivo (1).

Desastrosa retirada de Canterac, y avance de los republicanos.— Canterac, desmoralizado por un contraste que consideraba «imposible en lo humano», emprendió una precipitada retirada con el propósito de ponerse fuera del alcance de las armas libertadoras para prevenir su total derrota. En su parte de Junín decía: «La fuga de nuestra caballeria y la superioridad numérica de la infanteria enemiga me precisaron a mi vez a alejarme con la rapidez posible del enemigo, para no exponer mis fuerzas a un contraste, pero no sé hasta donde tendré que continuar mi retirada y con qué medios lo haré, si el enemigo trata de hostigarme, siguiéndome con empeño».

Evacuó el valle de Jauja, y sus marchas tan forzadas destruian por el cansancio su infanteria, que era lo único que le quedaba. No se detuvo en las posiciones ventajosas a lo largo de su trayecto, ni se cuidó de los repuestos y convoyes que dejaba a su retaguardia; pidien-

[1]. Véase Memorias de Camba, de Miller, de O' Leary, de Burdett O' Connor, Mitre, Hist. de San Martin, y los partes de Canterac y de Santa—Cruz.

do con insistencia cinco o seis mil hombres para «no sucumbir y perder el Perú sin remedio», según sus propias palabras, y no paró hasta no considerarse en salvo al oriente del Apurimac. En esta retirada, perdió como 2,000 hombres según unos, y 3,000 según otros, entre rezagados y desertores, más de lo que le habria costado una gran batalla. Se perdió algo más: el crédito del general en jefe español, la moral del ejército realista y hasta la esperanza de su victoria.

El virrey lo reforzó con 1,500 hombres del Cuzco, con lo que se estableció sólidamente en la línea inexpugnable del Apurimac. Fué entonces cuando La Serna ordenó que la división de Valdés ocupada en la guerra con Olañeta en el Alto-Perú, se concentrase al Cuzco. Sin embargo, nadie perseguía a Canterac sino su propia sombra.

El ejército independiente descansó tres días en el campo de batalla, y sòlo destacó alguna caballería con infantes montados para picar la retaguardia del enemigo. Empleó diez dìas en posesionarse de Jauja. Permaneció cerca de un mes en Huamanga. A mediados de septiembre atravesó el rìo Pampas, poderoso tributario del Apurimac, cuyo puente halló cortado. Establecióse en seguida en Andahuaillas, y avanzó hasta amagar el Cuzco sobre la línea del Apurimac a la altura de sus nacientes, con el flanco derecho cubierto por la cordillera de Huanzo, que forma el nudo andino en que las dos cordilleras se reunen, y que lo separaba de Arequipa.

Bolívar delega el mando en Sucre; primera resistencia contra la dictadura de Bolívar; iniciativa del congreso de Panamá. —En este punto Bolívar dió por terminada su campaña por el momento. No se consideraba con fuerzas suficientes para tomar la ofensiva, como no parecìa probable que los realistas emprendiesen operaciones cuando la estación de lluvias iba a empezar.

El Libertador delegó el mando del ejército en Sucre, con instrucciones de acantonarse en Andahuaillas, entre el Pampas y el Pachachaca, ambos tributarios del Apurimac, prometiéndole enviarle inmediatos refuerzos desde la costa; y él se retiró a Lima por el camino de Jauja, a fines de octubre. Aquí termina la carrera del Libertador como general, en la guerra de la independencia sud-americana.

En Huamanga, recibió Bolívar una ley del congreso de Colombia, de 28 de julio de 1824, derogatoria de la que le habia conferido facultades extraordinarias como presidente de la república en campaña, con el dominio absoluto en lo militar. Por ella se disponia, que tales facultades correspondian al encargado del poder ejecutivo, quien podia delegarlas.

Era esta la primera señal de la resistencia del parlamentarismo liberal de Colombia contra las tendencias dictatoriales de Bolivar. Ya los congresos de Angostura y de Cúcuta, habian rechazado en nombre de los principios, las teorias constitucionales del Libertador sobre gobierno oligárquico con presidencias vitalicias que estaban en oposición con el espíritu de la república democrática.

Bolívar sintió el golpe; pero lo recibió con dignidad. Aun que consideró como un ataque directo a su influencia, la prohibición de mandar en persona el ejército colombiano en el Perú, comprendió que era la consecuencia de la posición anómala que se habia él mismo hecho al encargarse del gobierno de un país extraño, no sometido a la ley de su patria. Nombró a Sucre general en jefe del ejército, en obediencia a la ley, previniéndole que en lo sucesivo no tendría más intervención en las operaciones militares que la que le correspondía como a jefe de la república peruana. Sucre, que aunque superior como general a Bolivar (y él lo sabia) no tenía ambición, y estaba identificado a su destino y a su gloria, aceptó el cargo, pero declarando que no abriría relaciones directas con el gobierno de Colombia y sólo obedecería las órdenes del Libertador.

A su llegada a la costa, Bolívar estableció su cuartel general en Pativilca. La situación había cambiado, empeorándose. La llegada de un navío y de un bergantin habia dado la preponderancia marítima a los españoles. La escuadra peruano-colombiana al mando de Guisse, la provocó al combate, y aunque el honor de la bandera se mantuvo, su inferioridad quedó evidenciada, y tuvo que refugiarse en Guayaquil. Una división de los independientes, destacada sobre Lima en observación del Callao, habia recibido un vergonzoso revés. Chile no concurría ni con sus fuerzas marìtimas ni de tierra a la guerra del Perú.

Mientras tanto, Bolívar preparaba en Pativilca elementos para el caso posible de un contraste que temía, aunque sin desesperar del triunfo final, y pedia con exi-

gencia un auxilio de seis mil hombres a Colombia para reforzar a Sucre, a quien consideraba comprometido, como en efecto lo estaba.

A su vez Bolívar se ocupaba de sus planes de engrandecimiento, para el día del triunfo final, que ya lo veia cercano. Volvió a ocuparse de su antiguo proyecto de congreso americano, y dirigió el 7 de diciembre de 1824 una circular a los gobiernos de América, invitándolos a enviar sus representantes al istmo de Panamá, encareciendo la necesidad de la reunión de la gran dieta.

«Es tiempo, decía, de que los intereses y las relaciones que unen entre sí a las repúblicas americanas, antes colonias españolas, tengan una base fundamental que eternice, si es posible, la duración de estos gobiernos. Las repúblicas americanas de hecho están ya confederadas. Parece que si el mundo hubiese de elegir su capital, el istmo de Panamá sería señalado para este augusto destino, colocado, como está, en el centro del globo, viendo por una parte el Asia, y por la otra el Africa y la Europa. El dia que nuestros plenipotenciarios hagan el cange de sus poderes, se fijará en la historia diplomática de América una época inmortal. Cuando después de cien siglos la posteridad busque el origen de nuestro derecho público, y recuerde los pactos que consolidaron su destino, registrará con respeto los protocolos del istmo. En él encontrará el plan de las primeras alianzas que trazaran la marcha de nuestras relaciones con el universo. ¿Qué será entonces del istmo de Corinto con el de Panamá?»

En medio de estos grandiosos sueños con los que se distraía de sus contrariedades, le sorprendió la noticia de que los españoles habian abierto su campaña desde el Cuzco, y maniobraban en el sentido de cortar su retirada a Sucre. Al principio pensaron, tanto Sucre como Bolívar, que este movimiento tenia por objeto abrir operaciones sobre la costa, contando con la base del sud del Perú y el apoyo del Callao. Después se hizo el silencio. Las comunicaciones entre Lima y el ejército independiente estaban interrumpidas. Bolívar a oscuras, recomendaba a Sucre «no dividir su ejército y conservarlo a todo trance». Ultimamente y con la conciencia de que Sucre sobre el terreno haria las cosas mejor que él, lo autorizó a no esquivar una batalla en caso necesario y en todo caso mantenerse sobre la sierra (1). Ocho dias después, la suer-

[1]. Véanse «Memorias« de O' Leary. Correspondencia oficial y confidencial entre Bolivar y Sucre.

te de la América estaba decidida: Sucre triunfaba en Ayacucho.

Disconformidad sobre operaciones de guerra entre Bolívar y Sucre.—Sólo en un punto estaban disconformes Bolívar y Sucre. El Libertador, así en las instrucciones que dejó como en su correspondencia oficial y confidencial, prevenia acantonar el ejército en Andahuaillas, sobre el Pampas, y mantenerlo reunido. El general en jefe, por el contrario, pensaba que esta posición era peligrosa o nada prometía, y diseminó sus divisiones en la comarca, con ánimo de ganar terreno. Bolívar tenía la razón, como el hecho lo demostró, pero Sucre tenía también la suya, y el éxito se la dió en definitiva.

Según Miller, a los pocos días de la partida del Libertador, Sucre reunió una junta de guerra, y las opiniones se dividieron. Unos pensaban, que la situación del ejército podía ser muy crítica si los enemigos avanzaban con fuerzas superiores, y que en tal situación no debia trepidarse en tomar la ofensiva antes que la división de Valdés se concentrase en el Cuzco y diese la preponderancia a los realistas. Otros, aunque convenian en lo peligroso de la posición, que era una consecuencia del largo avance de Bolívar sin ánimo de tomar la ofensiva, trepidaban ante la responsabilidad de obrar contra las precisas instrucciones del Libertador. Sucre tomó sobre sí avanzar, y se adelantó con dirección al Cuzco con una división ligera hasta Mamará al sud del río Oropeza. Desde este punto desprendió a Miller con los Granaderos de los Andes con el objeto de practicar un reconocimiento del país.

Asi que Bolívar tomó conocimiento de este plan aventurado y sin alcance, lo reprobó con amistosa severidad: «Desde luego digo rotundamente, que no creo conveniente la operación. De las cosas más seguras, la más segura es dudar. Si la ha ejecutado habrá obrado en sentido opuesto a lo que tantas veces le he dicho: *la unión hace la fuerza*. No divida nunca el ejército y procure conservarlo a todo trance. Rodee todo lo que quiera con tal de conservar el buen estado del ejército, que es objeto primario de todas nuestras operaciones, porque mientras lo conservemos, seremos invencibles. Dividiendo el ejército se exponia a un riesgo conocido y exponia los grandes in-

tereses de la América por un bien comparativamente pequeño. Se exponía a ser inferior a sus enemigos y perder una batalla por ocupar algunas leguas más del pais. La libertad del Perú no ha de venir por la ocupación material del terreno, sino que ella está en el mismo campo en que obtengamos una victoria contra los enemigos» (1).

Sucre le contestaba: «Queda sin efecto el movimiento que se iba a ejecutar. Yo creía que podíamos hacer algo útil; pero puesto que usted lo considera peligroso, renunciaré a mi deseo y haré lo que me manda. No me atreveré a decir, que debemos continuar las operaciones. Dando tiempo al enemigo, puede organizarse. La cuestión más importante es si debemos o no pasar el Apurimac. A usted toca resolverlo. Yo someteré mis deseos a su opinión y sus órdenes. Aunque mi deseo es adelantar, me conformaré en acantonarnos en Andahuaillas» (2).

Apenas despachada esta carta, Sucre recibió parte de Miller de que el enemigo se hallaba a 37 kilómetros de Mamará, y avanzaba en masa.

Hábiles maniobras de Sucre; marchas estratégicas de los ejércitos beligerantes; descalabro de Corpahuaico.—Sucre tenia su ejército diseminado en una extensión de 130 kilómetros, y antes de reunirlo, los realistas podian cortarle la retaguardia. Felizmente ya era tarde para enmendar el error, de que el general republicano supo sacar partido maniobrando con habilidad y precisión. En carta de 7 de noviembre, al replegarse, decía Sucre al Libertador: «Está bien castigada mi culpa, cuando he acantonado las divisiones separadamente, distrayéndome de los consejos de un viejo militar y de un buen amigo, que tan recientemente me ha escrito sobre esto». Tres días después, el 10 de noviembre, le escribia: «Sentiré que me tomen la espalda; pero esto no me dá cuidado, porque tengo tan absoluta confianza de este ejército, que me importa poco que los enemigos se pongan en cualquiera parte; en cualquiera parte debemos derrotarlos».

En retirada, recibió la autorización de Bolívar para

[1]. Carta del secretario a Sucre, de 25 de noviembre de 1824. y de Bolivar a Sucre de 26 del mismo mes y año,

[2]. Cartas de Sucre a Bolivar. de 24 y 26 de octubre y de 1º de noviembre de 1824. Memorias de O' Leary.

librar la batalla. Al día siguiente contestaba con el parte de la victoria.

Sucre estaba mal informado respecto de la verdadera fuerza de los realistas: no les daba sino 8,000 hombres desmoralizados, y de ellos 3,000 reclutas. Mientras tanto, el virrey, concentradas las divisiones de Canterac y Valdés, atravesaba el Apurimac y abria resueltamente su campaña al frente de 10,000 hombres, bien organizados. El ejército español que, constaba de 14 batallones y dos brigadas de caballería con 10 piezas de artillería, se repartió en cuatro divisiones: tres de infantería, a órdenes de los generales Canterac, Valdés y Monet, y una de caballería bajo el inmediato mando del virrey. Valdés tomó la vanguardia, con su división compuesta de cuatro batallones. El ejército republicano no pasaba de 7,000 hombres, con dos piezas de artillería.

El virrey La Serna inició sus operaciones contorneando las posiciones de los independientes, apoyada su izquierda sobre la cordillera de Huanzo, y se situó sobre el flanco de Sucre, avanzando en masa. Al principio, el general republicano no atinaba a explicarse este movimiento; pero bien pronto se dió cuenta de su objeto, cuando vió que el enemigo rebasaba su derecha y maniobraba para establecerse a su retaguardia, a fin de cortarle su línea de comunicaciones y dejarlo sin base de operaciones. Los enemigos describian un semicírculo, dentro de cuyos radios tenía él que moverse. Esto le daba algunas ventajas de que supo aprovecharse hábilmente con gran resolución y serenidad. Podia efectuar su reconcentración por lineas rectas, dos veces más cortas que las curvas del enemigo, con economía de las fuerzas físicas de su tropa; prevenir el movimiento envolvente, anticipándose tal vez a él, y en todo caso, trazar su itinerario para marchar en posición y elegir su campo para provocar o aceptar una batalla en condiciones relativamente ventajosas. Para esto tendria que recoger su derecha, concentrándose sobre el promedio de la línea de Pachachaca, replegarse a Andahuaillas y establecerse en la linea del Pampas, a fin de abrir sus comunicaciones, o recuperar su base de operaciones continuando su retirada en dirección a Huamanga.

Esto fué lo que hizo; pero al llegar al Pampas, encontró al enemigo, que a marchas forzadas se habia anticipado a ocupar su márgen izquierda, cortándole la retirada hacia el norte. El 24 de noviembre, por primera vez se avistaron los beligerantes. Lo fragoso del pais per-

mitía a los dos ejércitos maniobrar sobre ambas márgenes del río con seguridad, y durante tres días ejecutaron alternadas y simultáneas contramarchas, sin que ni uno ni otro se atreviera a atacar en las fuertes posiciones elegidas.

Sucre atravesó definitivamente el Pampas en dirección a las fronterizas alturas de Matará; pero al llegar a su pie, las halló coronadas por el ejército español el 2 de diciembre. Entonces se inclinó sobre su derecha, al este, con el propósito de continuar su retirada, faldeando la cordillera oriental. Para efectuar esta operación, tenia que atravesar la inmediata quebrada de Corpahuaico, distante como seis kilómetros, que dá acceso al valle de Acrocos en dirección a Huamanga. Esta era la zona peligrosa.

Los españoles, al observar el movimiento lateral de Sucre, se corrieron sobre su izquierda para cerrarle el camino; pero cuando llegaron a la boca meridional de la quebrada, ya las divisiones de vanguardia y centro del ejército unido habian flanqueado el mal paso. La retaguardia, compuesta de tres batallones colombianos al mando del general Lara, fué atacada en ese momento por la división Valdés, a tiempo de ponerse el sol (3 de diciembre). Uno de los batallones fué en su mayor parte sacrificado, sosteniendo la retirada: los otros ganaron las alturas en dispersión, con abandono de parte del parque y una pieza de artillería que custodiaban; pero hicieron pie firme allí.

Sucre se apresuró a tomar posiciones al norte de la profunda quebrada de Corpahuaico, y la sostuvo con los fuegos de su infanteria hasta entrada la noche. Los beligerantes camparon en las cimas de los dos lados de la quebrada,. barranco de por medio.

Sucre confesó en este descalabro parcial una pérdida de 300 hombres, una pieza de artillería y parte de sus municiones. Los españoles no dudaron desde este momento de su victoria, pero Sucre no perdió la esperanza.

Desde Corpahuaico se inició una doble marcha, táctica y estratégica, de que la historia militar del mundo no presenta ejemplo, y que sólo puede explicarse por la naturaleza montañosa del terreno. Los dos ejércitos beligerantes marcharon a la vista uno de otro: los realistas por las alturas de uno de los ramales de la cordillera occidental; los independientes por las faldas de la cordillera oriental; interceptados ambos por un abismo.

Al desembocar al valle de Acrocos, Sucre presentó

batalla; pero no fué aceptada (4 de diciembre). En este punto, los realistas se inclinaron sobre su izquierda, al oeste, haciendo un rodeo para ocupar con anticipación el camino de Jauja. El virrey quería empeñar la batalla en condiciones de que no se escapase un solo hombre. Siguió en dirección a Huamanguillas, al sud de Huanta, contorneando el flanco izquierdo de los independientes, hasta cortarles por segunda vez la retirada. Mandó cortar todos los puentes y cerrar todos los desfiladeros a su retaguardia, y empezó a maniobrar en el sentido de trabar la pelea en palenque cerrado.

Las poblaciones entre Jauja y Huamanga se sublevaron en favor de los realistas. Una columna salida de Jauja para reforzar a Sucre, fué rechazada, y todos los convoyes de los independientes en este trayecto fueron interceptados, y los enfermos de sus hospitales degollados.

La posición de Sucre era crítica; estaba entre la victoria o la muerte. En la retirada habia perdido màs de 600 hombres, y el efectivo de su ejército no alcanzaba a 6,000 plazas. Los españoles peruanos, contaban con más de 9,000 hombres. Situado el ejército unido entre Huamanga y Huamanguilla, con la cordillera oriental y occidental sobre sus flancos, en un valle abierto aunque accidentado por colinas y barrancos profundos, podia ser atacado por su frente o por su izquierda. Este lugar, se llamaba Ayacucho, y debia ser el campo de la màs célebre y última batalla de independientes y realistas en la América del Sud. (1)

Batalla de Ayacucho.—El campo de batalla en que se iban a medir los dos ejércitos, es una llanura que desde el pie del Condor-cunca se extiende hacia el valle o pampa de Ayacucho. Su configuración, es la de un cuadrado, y su extensión, como 600 kilómetros de sud a norte y 350 de este a oeste. En su fondo occidental, se eleva una loma de suave pendiente, que se desarrolla en toda su longitud. En este punto estaba formado el ejército unido. Los flancos están cubiertos por ásperas quebradas, siendo la del sud, a la derecha del ejército independiente, absolutamente impracticable. La mayor parte del frente en la prolongación de norte a sud, lo atra-

(1]. Garcia Camba. Memorias, t. 1.I cap. XXVII. O' Leary—Memorias, t II. cap. cuadragésimo primero. Mitre-Hist. dd San Martin. t. 4, cap. XLIX.

viesa un barranco, que los españales tenian que salvar, pero que puede ser despuntado por la extremidad sud. En este punto fué donde los españoles establecieron su primera batería.

Sucre recorrió a caballo la línea del ejército proclamando a los soldados en alta voz: «De los esfuerzos de este dìa, depende la suerte de la América del Sud.» En esos momentos las columnas de ataque españolas descendían las cuestas de Condor-cunca, y agregó con acento inspirado: «Otro dìa de gloria va a coronar vuestra constancia.»

En este punto nos resistimos a continuar con la relación, temíendo desfigurar el esplendor y la realidad del cuadro, no obstante que hemos consultado los documentos y relaciones que pueden considerarse fundamentales, como son los partes oficiales, la narración imparcial y clara por parte de los españoles del general Camba, en sus Memorias, la del general Miller y del general O' Connor, actores en la batalla, la relación minuciosa del general O' Leary, como los recuerdos históricos del general M. A. López, también testigo presencial, y la descripción del general Mitre.

Todos toman por guia de sus relaciones el parte oficíal del general Sucre, que es un documento notable por su sencillez y exactitud. La fortuna que deslumbra y dá a conocer las almas débiles, no alteró la modestia de Sucre. Ni una palabra de jactancia se encuentra en su parte oficial ni en su carta a Bolivar, ni una sola palabra que amargara la desgracia de los humillados realistas.

«La batalla de Ayacucho, dice O' Leary, adornó las sienes de Sucre con una corona de gloria inmortal; él la merecía. Rodeado de los trofeos que tan noblemente habia ganado, con las banderas de Castilla a sus pies, y recibiendo las espadas rotas de los vencedores de catorce años, el ilustre vengador de los incas no se envaneció».

Si pues todas las relaciones de esta célebre batalla, la más notable y decisiva de la guerra de la independencia sudamericana, la más calculada y estratégica con arreglo a la ciencia militar, tienen por base el parte de Sucre, controlado por García Camba, historiador español y actor en Ayacucho, que lo ha consignado en sus Memorias, dejemos pues describir la batalla a quien la ganó tan bizarramente.

«Cuartel general en Ayacucho a 11 de diciembre de 1824. Al señor ministro de la guerra.

«Las tres divisiones del ejército quedaron desde el día 14 al 19 de noviembre situadas en Talavera, San Gerónimo y Andahuaillas, mientras los enemigos continuaban sus movimientos sobre nuestra derecha. Por la noche del 18 supe que el mayor número de los enemigos se dirigian a Huamanga, y dispuse que el ejército marchase para buscarlos. El 19 nuestras partidas se batieron en el puente de Pomas con un cuerpo enemigo; y el 20, al llegar a Uripa, se divisaron tropas españolas en las alturas de Bonbón. Una compañía de húsares de Colombia y la primera de Rifles con el señor coronel Silva, se destinaron a reconocer estas fuerzas que, constantes de tres compañías de cazadores, fueron desalojadas y obligadas a repasar el rio Pampas, donde se encontró ya todo el ejército real, que habia cortado ya perfecta y completamente nuestras comunicaciones situándose a la quebrada.

«Siendo difícil pasar el río e imposible forzar las posiciones enemigas, nuestro ejército quedó en Uripa y los españoles en Concepción. Estando así a la vista el 21, 22 y 23, el encuentro de nuestras descubiertas nos fué siempre ventajoso. El 24 los enemigos levantaron su campo en marcha hacia Vilcahuaman, y nuestro ejército vino a situarse sobre las alturas de Bombón hasta el 30, que sabiendo que los enemigos venian por la noche a la derecha del Pampas por Uchubamba a flanquear nuestras posiciones, me trasladé a la izquierda del río para cubrir nuestra retaguardia.

«Los españoles, al sentir este movimiento, repasaron rápidamente a la izquierda del Pampas: nuestros cuerpos acababan de llegar a Matará en la mañana del 2, cuando el ejército español se avistó sobre las alturas de Pomacahuanca. Aunque nuestra posición era mala presentamos la batalla, pero fué escusada por el enemigo, situándose en unas breñas no solo inatacables, sino inaccesibles. El 3 el enemigo hizo un movimiento indicando el combate, y se le presentó batalla; pero dirigiéndose sobre las inmensas alturas de la derecha amenazaba nuestra retaguardia. Antes habia sido indiferente al ejército dejar al enemigo nuestra espalda, pero la posición de Matará, después de ser mala, carecía de recursos, y era por tanto necesario seguir la retirada a Tambo-Cangallo. Nuestra marcha se rompió muy oportunamente para salvar la difícil quebrada de Corpahuaico antes que llegase el cuerpo del ejército enemigo; más este habia adelantado desde muy de mañana y encubiertamente, cinco batallones y cuatro escuadrones

a oponerse en este paso impenetrable. Nuestra infanteria de vanguardia con el señor general Córdova, y la del centro con el señor general La Mar, habian pasado la quebrada, cuando esta fuerza enemiga cayó bruscamente sobre los batallones *Vargas*, *Vencedor* y *Rifles* que cubrian la retaguardia con el señor general Lara; pero los dos primeros pudieron cargarse a la derecha sirviéndose de sus armas para abrirse paso, y *Rifles* en una posición tan desventajosa tuvo que sufrir los fuegos de la artillería y el choque de todas las fuerzas; más, desplegando la serenidad e intrepidez que ha distinguido siempre a este cuerpo, pudo salvarse. Nuestra caballería bajo el señor general Miller, pasó por Chonta protegida por los fuegos de *Vargas*, aunque siempre muy molestada por la infanteria enemiga. Este desgraciado encuentro costó al ejército libertador más de 300 hombres, todo nuestro parque que fué enteramente perdido, y una de nuestras dos piezas de artillería; pero él es el que ha valido al Perú su libertad.

«El 4 los enemigos engreidos de su ventaja, destacaron cinco batallones y seis escuadrones por las alturas de la izquierda a descabezar la quebrada, mostrando querer combatir. La barranca de la quebrada de Corpahuaico permitía una fuerte defensa, pero el ejército deseaba a cualquier riesgo aventurar la batalla. Abandonándoles la barranca me situé en medio de la gran llanura de Tambo Cangallo. Los españoles, al subir la barranca, marcharon velozmente a los cerros enormes de nuestra derecha, evitando todo encuentro, y esta operación fué un testimonio evidente de que ellos querian maniobrar y no combatir; este sistema era el único que yo temía, porque los españoles se servian de él con ventaja, conociendo que el valor de sus tropas estaba en los pies mientras el de las nuestras se hallaba en el corazón.

«Creí, pues, necesario obrar sobre esta persuación, y en la noche del 4 marchó el ejército al pueblo de Haichao, pasando la quebrada de Acroco y cambiando así nuestra dirección. El 5 en la tarde se continuó la marcha a Arcosvinchos, y los enemigos a Tambillo, hallándose siempre a la vista. El 6 estuvimos en el pueblo de Quinua, y los españoles por una fuerte marcha a la izquierda se colocaron a nuestra espalda en las formidables alturas de Pacaicasa; ellos siguieron el 7 por la impenetrable quebrada de Huamanguilla, y al día siguiente a los elevados cerros de nuestra derecha, mientras nosotros estábamos en reposo. El 8 en la tarde quedaron situados

en las alturas de Condorcunca a tiro de cañón de nuestro campo; algunas guerrillas que bajaron esa tarde se batieron y la artillería hizo sus fuegos.

«La aurora del día 9 vió estos dos ejércitos disponerse para decidir los destinos de una nación. Nuestra línea formaba un ángulo: la derecha compuesta de los batallones *Bogotá*, *Voltígeros*, *Pichinca* y *Caracas*, de la primera división de Colombia, al mando del senor general Córdova. La izquierda de los batallones 1o., 2o. y 3o. y *Legión peruana*, con los *Húsares de Junín*, bajo el muy ilustre señor general La Mar. Al centro, los *Granaderos* y *Húsares de Colombia* con el señor general Miller; y en reserva los batallones *Rifles*, *Vencedor* y *Vargas*, al mando del señor general Lara. Al recorrer los cuerpos, recordando a cada uno sus triunfos y sus glorias, su honor y su patria, los vivas al libertador y a la república resonaban por todas partes. Jamás el entusiasmo se mostró con más orgullo en la frente de los guerreros. Los españoles a su vez, dominando perfectamente la llanura de Ayacucho, y con fuerzas casi dobles creían cierta su victoria. Nuestra posición, aunque dominada, tenía seguros sus flancos por unas barrancas, y por su frente no podia obrar la caballería enemiga de un modo uniforme y completo. La mayor parte de la mañana fué empleada solo en fuegos de la artillería y de los cazadores. A las diez del dia los enemigos situaban al pie de la altura cinco piezas de batalla, arreglando también sus masas a tiempo que estaba yo revisando la linea de nuestros tiradores. Dí a estos la orden de forzar la posición en que colocaban la artillería, y fué ya señal del combate.

«Los españoles bajaron velozmente sus columnas, pasando a las quebradas de nuestra izquierda los batallones *Cantabria*, *Centro*, *Castro*, *Imperial*, y dos escuadrones de *Húsares*, con una batería de seis piezas, forzando demasiadamente su ataque por esta parte. Sobre el centro formaban los batallones *Burgos*, *Infante*, *Victoria*, *Guías*, y 2o. del *Primer Regimiento*, apoyando la izquierda de este con los tres escuadrones de la *Unión*, el de *San Carlos*, los cuatro de *Granaderos de la Guardia*, y las cinco piezas de artillería ya situadas en las alturas de nuestra izquierda. Los batallones 1o. y 2o. de *Gerona*, 2o. del *Imperial*, 1o. del *Regimieuto*, el de *Fernandinos*, y el escuadrón de *Alabarderos del virrey*, y dos de *Dragones del Perú*.

«Observando que las masas del centro no estaban en orden aún, y que el ataque de la izquierda se hallaba de-

masiado comprometido, mandé al señor general Córdova que lo cargase rápidamente con sus columnas, protegido por la caballería del señor general Miller, reforzando a un tiempo al señor general La Mar, con el batallón *Vencedores*, y sucesivamente con *Vargas*. *Rifles* quedaba en reserva para rehacer el combate donde fuera menester, y el señor general Lara recorriendo sus cuerpos en todas partes. Nuestras masas de la derecha marcharon arma a discreción, hasta cien pasos de las columnas enemigas, en que cargadas por ocho escuadrones españoles rompieron el fuego. Rechazarlos y despedazarlos con nuestra soberbia caballería fué obra de un momento. La infanteria continuó inalterable su carga, y todo plegó a su frente.

«Entre tanto, los enemigos, penetrando por nuestra izquierda, amenazaban la derecha del señor general La Mar, y se interponían entre este y el señor general Córdova con dos batallones en masa; pero llegando en oportunidad *Vargas* al frente, y ejecutando bizarramente los *Húsares de Junín* la orden de cargar por los flancos de estos batallones, quedaron disueltos. *Vencedor* y los batallones 1º., 2º. y 3º. y *Legión peruana* marcharon audazmente sobre los otros cuerpos de la derecha enemiga, que rehaciéndose tras las barrancas presentaban nuevas resistencias; pero reunidas las fuerzas de nuestra izquierda, y precipitados a la carga, la derrota fué completa y obsoluta.

«El señor general Córdova trepaba con sus cuerpos la formidable altura de Condor-cunca, donde se tomó prisionero al virrey La Serna: (1) el señor general La Mar salvaba en la persecución las difíciles quebradas de su flanco, y el señor general Lara, marchando por el centro aseguraba el suceso. Los cuerpos del señor general Córdova, fatigados del ataque, tuvieron orden de retirarse, y fué sucedido por el señor general Lara que debía reunirse en la persecución al señor general La Mar en los altos de Tambo.

«Nuestros despojos eran ya más de mil prisioneros, entre ellos sesenta jefes y oficiales, catorce piezas de artilleria, dos mil quinientos fusiles, muchos otros artículos de guerra, y perseguidos y cortados los enemigos en todas direcciones, cuando el general Canterac, comandante

(1) El virrey se lanzó valerosamente en medio de sus tropas desbaratadas, con ánimo de renovar la pelea; pero derribado de su caballo con seis heridas fué hecho prisionero. Camba, t. II. pág. 237.

en jefe del ejército español, acompañado del general La Mar, se me presentó a pedir una capitulación. Aunque la posición del enemigo debía reducirlo a una entrega discrecional, creí digno de la generosidad americana conceder algunos honores a los vendidos que vencieron catorce años en el Perú, y la capitulación fué ajustada sobre el campo de batalla, en los términos que verá U. S. en el tratado adjunto: por él se han entregado todos los restos del ejército español, todo el territorio del Perú ocupado por sus armas, todas las guarniciones, los parques, almacenes militares, y la plaza del Callao con sus existeucias.

«Se hallan por consecuencia en este momento en poder del ejército libertador, los tenientes generales La Serna y Canterac; los mariscales Valdés, Carratalá, Mouet y Villalobos; los generales de brigada Bedoya, Ferraz, Camba, Somocurcio, Cacho, Atero, Landazuri, Vigil, Pardo y Tur, con diez y seis coroneles, sesenta y ocho tenientes coroneles, cuatrocientos ochenta y cuatro mayores y oficiales, más de dos mil prisioneros de tropa, inmensa cantidad de fusiles, todas las cajas de guerra, municiones y cuantos elementos militares poseían. Mil ochocientos cadáveres y setecientos heridos, han sido en la batalla de Ayacucho, las víctimas de la obstinación y de la temeridad españolas.

«Nuestra pérdida es de trecientos nueve muertos, y y seiscientos heridos, entre los primeros el mayor Duxbury, de Rifles, el capitán Urquiola, de Húsares de Colombia, los tenientes Oliva, de Granaderos de Colombia, Colmenares y Ramires, de Rifles, Bonilla, de Bogotá, Sevilla de Vencedor, y Prieto y Ramonet, de Pichincha. Entre los segundos, el bravo coronel Silva, de Húsares de Colombia, que recibió tres lanzazos, cargando con extraordinaria audacia a la cabeza de su regimiento; el coronel Luque, que al frente del batallón Vencedor entró a las filas españolas; el comandante León, del batallón Caracas, que con su cuerpo marchó sobre una bateria enemiga; el comandante Blanco, del 2°. de Húsares de Junin, que se distinguió particularmente; el señor coronel Leal, contuso, que a la cabeza de Pichincha, no solo resistió las columnas de caballeria enemiga, sino que las cargó con su cuerpo; el mayor Torres, de Voltígeros, y el mayor Zornosa, de Bogotá; cuyos batallones conducidos por los comandantes Guanche y Galindo, trabajaron con denuedo; los capitanes Gimenes, Coqui, Doronsoro, Bravvn, Gil, Córdova y Ureña; los tenientes Infante, Silva, Suárez, Bullarino, Otálora,

French; los subtenientes Galindo, Chabur, Rodriguez, Malabe, Terán, Pérez, Calle, Marquina y Paredes de la 2ª. divirión de Colombia; los capitanes Landaeta, Troyano, Alcalá, Deronsoro, Granados y Miro; los tenientes Paraya y Ariscuna, y el subteniente Sabino de la 1ª. división de Colombia; los tenientes Otárola, Suárez, Ornas, Posadas, Miranda y Montoya; los subtenientes Isa y Alvarado, de la división del Purú; los tenientes coroneles Castilla y Geraldino, y los tenientes Moreno y Piedrahita, del estado mayor. Estos oficiales son muy dignos de una distinción singular.

«El batallón *Vargas*, conducido por su comandante Morán, ha trabajado bizarramente; la *Legión Peruana* con su coronel Plaza, sostuvo con gallardía su reputación: los batallones 2º. y 3º. del Perú con sus comandantes Gonzáles y Benavides, mantuvieron firmes sus puestos contra bruscos ataques: los cazadores del número 1º. se singularizaron en la pelea, mientras el cuerpo estaba en reserva. Los *Húsares de Junín*, conducidos por su comandante Suárez, recordarou su nombre para brillar con un valor especial; los *Granaderos de Colombia*, destrozaron en una carga al famoso regimiento de la guardia del virrey. El batallón *Rifles* no entró en combate; escogido para reparar cualquiera desgracia, recorría los lugares más urgentes, y su coronel Sánchez los invitaba a vengar la traición con que fué atacado en Corpahuaico. Todos los cuerpos, en fin, han llenado su deber cuanto podía desearse. Los jefes y oficiales del E. M. se han conducido bizarramente.

«Con satisfacción cumplo con la agradable obligación de recomendar a la consideración del Libertador, a la gratitud del Perú, y al respeto de todos los valíentes de la tierra, la serenidad con que el señor general La Mar ha rechazado todos los ataques a su flanco, y aprovechado el instante de decidir la derrota; la bravura con que el señor general Córdova condujo sus cuerpos y desbarató en un momento el centro y la izquierda enemiga; la infatigable actividad con que el señor general Lara atendía con su reserva a todas partes; la vigilancia y oportunidad del señor general Miller para las cargas de la caballerìa, y el celo constante con que el señor general Gamarra, jefe de E. M. G., ha trabajado en el combate y en la campaña.

«Como el ejército todo ha combatido con una resolución igual al peso de los intereses que tenía a su cargo, es difícil hacer una relación de los que más han brillado,

pero he prevenido al señor general Gamarra que pase a U. S. originales las noticias enviadas por los cuerpos. Ninguna recomendación es bastante para significar el mérito de estos bravos.

«Según los estados tomados al enemigo, su fuerza disponible en esta jornada era de 9,310 hombres, mientras el ejércíto libertador formaba 5,780.

«Los españoles no han sabido que admirar más, si la intrepidez de nuestras tropas en la batalla, o la sangre fría, la constancia, el orden y el entusiasmo en la retirada, desde las inmediaciones del Cuzco hasta Huamanga, al frente siempre del enemigo, corriendo una extensión de 80 leguas, y presentando frecuentes combates.

«La campaña del Perú está terminada: su independencia y la paz de América se ha firmado en este campo de batalla. El ejército unido cree que sus trofeos en la victoria de Ayacucho, sean una oferta digna de la aceptación del Libertador de Colombia.

Dios guarde a U. S.—Antonio J. de Sucre.»

Carta de Sucre a Bolívar.—El dia antes de pasar este parte oficial, el 10 de diciembre, escribió Sucre una carta a Bolívar, en la que brilla más la abnegación y la modestia del héroe que acababa de sellar la independencia de Sud América con la noble victoria de Ayacucho.

«Está concluida la guerra, y completada la libertad del Perú, le decía. Estoy más contento por haber llenado la comisión de usted que por nada. La orden que me trajo Medina para poder librar una batalla me ha sacado de apuros, pues en la retirada de las inmediaciones del Cuzco hasta Huamanga al frente del enemigo y teniendo que presentar un combate cada día, ha sufrido mucho, mucho mi espíritu, he tenido mucho que pensar, y ha padecido mi cabeza más que demasiado.

«Mañana irá el ejército para Huamanga a reposarse un par de días, y seguirá luego por divisiones para el Cuzco para irnos a entender con Olañeta, sobre quien me dicen estos señores que no tienen autoridad para hacerlo entrar en la capitulación. Creo que para terminar esto con un cuerpo de seis mil hombres contra tres mil (que me asegura Canterac ser toda la fuerza de Olañeta) basta cualquiera, y por tanto me atrevo a suplicar a usted por mi relevo, y el permiso de regresarme, puesto que ya se ha terminado el negocio este. Confieso a usted que

en estos días de trabajo, y con las órdenes de Tarma ha sufrido infinitamente mi espiritu.

«He creido una justicia nombrar al general Córdova sobre el campo de batalla, y a nombre de usted, y de Colombia, general de división, y también a Lara por sus servicios en la campaña. Córdova se ha portado divinamente: él decidió la batalla. Creo que Carvajal, Silva y Sánchez deben ser generales de brigada. He concedido otras promociones que he creido deban estimular al ejército, y de todo le daré cuenta. Si he hecho mal, mi general, dispénseme. Me he creido autorizado por la amistad de usted, por la justicia y por la victoria. Si en Colombia lo desaprueban, que hagan lo que quieran, pero cuando he visto que usted quiere desentenderse del ejército, no he podido renunciar a los premios debidos a aquellos que han dado en una batalla la libertad al Perú y la paz a América.........

«Nombre usted los prefectos y empleados de todos los departamentos pues ya todo es nuestro y hacen falta en sus destinos........

«Son necesarias explicaciones claras sobre la conducta del ejército en el Alto-Perú; estas cosas son delicadas.......

«Adios, mi general, esta carta está muy mal escrita, y embarulladas todas las ideas; pero en sí vale algo: contiene la noticia de una gran victoria, y la libertad del Perú. Por premio para mí pido que usted me conserve su amistad».

La palabra de Sucre era sincera, y muéstrase en esta carta modesto y desinteresado, lleno de esa sublime abnegación que caracteriza a los hombres predestinados para llevar a cabo grandes cosas; en el momento que la escribía, era el símbolo más alto de la victoria y de la gloria con que habia terminado la guerra de la independencia de la América meridional, asegurando por siempre su emancipación. Según la expresión del poeta, mil años transcurrieron en la hora de Ayacucho, (1) y Sucre, el héroe incomparable, después de haber llenado su deber, sin ostentación, pide su retiro, cede toda su gloria a Bolívar, y no aspira a más recompensa que a la de que este le conserve su amistad.

[1]. «Somos ya nación grande; ya pasamos
«Mil años en una hora de Ayacucho».

La capitulación.—El general español don José de Canterac, al presentar los 18 artículos de que consta la capitulación de Ayacucho, se proponía: salvar el honor de sus armas; asegurar las personas y propiedades de los peninsulares; garantizar los puestos civiles y militares de los que quisiesen tomar servicio en el ejército independiente; pagarles el medio haber de sus clases a los militares, mientras tuviesen la voluntad de retirarse a España, cuyo trasporte les seria costeado; y acordarles la más amplia amnistia por sus opiniones políticas. El vencido dictaba las condiciones de la paz, en tanto que el vencedor con ligeras modificaciones a algunas de estas estipulaciones, las admitia sustancialmente todas, sin desechar ninguna, Así, el general Sucre, triunfaba dos veces sobre sus enemigos. Su valor los derrotó en el campo de batalla, su heroica generosidad, los desarmaba por la gratitud. Un vencedor más exigente, habria tornado contra sí el arma de la desesperación, que hubiera podido ser todavia fatal para el ejército independiente, a causa de las numerosas tropas realistas de guarnición que aun existian en varios puntos del Alto y Bajo Perú.

En consecuencia de estos convenios y con el fin de obtener el sometimiento del Cuzco a la capitulación de Ayacucho, en la que se pactó la entrega de todo el territorio del Perú hasta el Desaguadero, con todos sus parques, maestranzas y almacenes militares, fué enviado el general Agustín Gamarra. Don Antonio M. Alvarez, jefe de la guarnición del Cuzco, a pesar de su empeño por continuar la guerra, se vió precisado a deponer las armas el 25 de diciembre (1).

Consecuencias de Ayacucho; muerte de Monteagudo; reunión del congreso del Perú: honores acordados a Bolívar y Sucre. —La capitulación de Ayacucho puso término a la guerra de la independencia de la América del Sud. Todas las fuerzas realistas del Bajo Perú se sometieron a ella, con excepción del Callao, donde Rodil continuó tenazmente la resistencia con 2,200 hombres un año más, pero que se rindió al fin.

En la batalla final de Ayacucho, estuvo presente el genio de Bolívar, aun cuando no la mandase en persona.

(1). Luis M. Guzmán. Historia de Bolivia.

Bolívar coronaba la obra. La noble y simpática figura de Sucre se destacaba en segundo término. Bolívar habia alcanzado el apogeo de la gloria humana. La América del Sud lo aclamaba su libertador.

Habiendo convocado el congreso del Perú para el 10 de febrero de 1825, el Libertador empleó el tiempo que precedió a su reunión en beneficio del país.

Estas útiles labores y los regocijos por las victorias de Ayacucho, fueron interrumpidos por la trágica muerte del coronel don Bernardo Monteagudo, que ocurrió en Lima la noche del 28 de enero de 1825. Se hicieron muchas versiones sobre este crímen: se dijo que había sido efecto de un plan realista sugerido y conducido por el general Rodil, que tenia por objeto asesinar al Libertador. El general Héres, mejor informado, asegura que dos ladrones de Lima acecharon a Monteagudo y uno de ellos le clavó el puñal en el pecho, sólo por robarle.

«No estuve de acuerdo con el Libertador, dice el general Héres, en cuanto hizo con motivo de este suceso, porque usurpando (no hallo otro nombre) las funciones de los tribunales de justicia, llamó al reo, le tomó el mismo varias declaraciones y le ofreció perdonarle la vida, siempre que descubriese a los que le habian incitado a cometer aquel crímen y todos los cómplices que habia en él. Como era natural, el reo por salvar la vida, comprendió a cuantas personas se le ocurrieron, y el Libertador procedió contra ellas como si se les hubiese justificado la acusación; a pesar de que con respecto a don Francisco Moreira, convencí al Libertador con hechos y reflexiones, de que era, no solo inverosímil, sino absolutamente falso cuanto decía el reo.

«Esta fatal ocurrencia fué otra de las causas que atrajeron disgustos y enemigos al Libertador, y lo más sensible es que fué con razón. El motivo que el Libertador tuvo para tomar la iniciativa en esta causa, y para avocársela hasta cierto estado, fué que, persuadido de que Monteagudo era generalmente odiado en el país, sospechó de la imparcialidad de los tribunales».

De la misma opinión de Héres es el coronel Belford Wilson, edecán del Libertador, que a la sazón se hallaba en Lima; él asegura que cuando se asesinó a Monteagudo «creyó el Libertador que existía en Lima una conspiración realista, y se empeñó en descubrirla. Nada se con-

siguió y yo me persuadí que Monteagudo murió a manos de un ladrón, que le asesinó para robarle» (1).

Lo cierto es que la muerte de Monteagudo es un misterio, que unos han atribuido a venganza política y otros a venganza particular. Bolívar, que se avocó el papel de juez inquisitorial de instrucción, ha guardado el secreto.

Mientras tanto lució el dia aniversario de la dictadura, y el congreso se instaló. Jamás hubo gloria que igualase a la de Bolívar en ese día. El éxito más brillante coronó su empresa; reunió a los representantes del pueblo, y presentándose ante ellos, les devolvió la autoridad de que le habian investido.

El pueblo aclamaba al Libertador, y el congreso le recibió con respeto. Principió su mensaje así: «Señores! Los representantes del pueblo peruano se reunen hoy bajo los auspicios de la espléndida victoria de Ayacucho, que ha fijado para siempre los destinos del Nuevo Mundo.......

«Hace un año que el congreso decretó la autoridad dictatorial, con la mira de salvar la república........¡Legisladores! al restituir al congreso el poder supremo que depositó en mis manos, séame permitido felicitar al pueblo porque se ha librado de cuanto hay de más terrible en el mundo: de la guerra, con la victoria de Ayacucho, y del despotismo con mi resignación. Proscribid para siempre, os ruego, tan tremenda autoridad, ¡esta autoridad que fué el sepulcro de Roma! Fué laudable, sin duda, que el congreso, para franquear abismos horrorosos y arrostrar furiosas tempestades, clavase sus leyes en las bayonetas del ejército libertador; pero ya que la nación ha obtenido la paz doméstica y la libertad política, no debe permitir que manden sino las leyes».......

Los miembros del congreso, sea por temor a la anarquía, que creían que solo el prestigio de Bolívar podía contener, o simplemente por servilismo, se opusieron a su regreso a Colombia. Los historiadores colombianos más adictos al Libertador, dicen que ni el senado romano bajo Tiberio, se mostró tan degenerado como el congreso peruano, cuya abyección llegó a repugnar al mismo Bolívar; y los historiadores peruanos «quisieran poder borrar esta página vergonzosa de sus anales» (2).

El Libertador contestó con enérgica elocuencia:

(1). O' Leary. Memorias, t. II. págs. 329 y 330.

(2). O' Leary: «Memorias», t. II, pág. 335.—Paz Soldán. Hist. del Perú Independiente (2º período) pág. 304.

«Hoy es el día del Perú, por que hoy no tiene un dictador.......Como representante yo del ejército libertador, me atreví a recibir la formidable carga que apenas podrían sobrellevar todos mis compañeros de armas; pero la virtud y el valor de estos ìnclitos guerreros, me animaron a aceptarla. Ellos han cumplido la celeste misión que les confió el congreso: en Junín y Ayacucho han derramado la libertad por todo el ámbito del imperio que fué de Manco-Capac: han roto el yugo y las cadenas que le imponían los representantes del procónsul de la santa alianza en España. Ellos marchan al Alto-Perú.........Después, señores, nada me queda que hacer en esta república; mi permanencia en ella es un fenómeno absurdo y monstruoso, es el oprobio del Perú......»

El Libertador se retiró de la sala. Una hora después, el congreso, haciendo caso omiso de las protestas que le habia escuchado, le renovaba los poderes dictatoriales con mayor amplitud de facultades discrecionales, y decretaba su próxima disolución como incompatible con su autoridad absoluta; lo autorizaba a suspender los artículos de la constitución que se opusiesen a su omnímodo ejercicio, y lo constituía en árbitro de la oportunidad de la convocatoria del congreso ordinario (1). En seguida le votó un millón de pesos en premio a sus servicios, que el rehusó con desinterés; pero que aceptó al fin para obras de beneficencia de Caracas.

En cuanto a la autoridad discrecional que le ofreció el congreso, contestó que la conservaría siempre que lo permitiese la república de Colombia, que le permitió, y la conservó.

El general Sucre recibió el galardón que merecía por el resultado espléndido debido al heroismo y habilidad con que condujo la campaña; el congreso le dió el título de *Gran Mariscal de Ayacucho.*

---

(1). Decreto del congreso constituyente del Perú de 10 de febrero de 1825.

CAPÍTULO VIGÉSIMO SÉPTIMO

1825—Resistencia de Olañeta en el Alto-Perú.—Proclamación de la independencia del Alto-Perú en varias provincias.—El general Sucre pasa el Desaguadero, llega a La Paz y su decreto de 9 de febrero.—Muerte del general Olañeta.—Fin de la guerra de la independencia americana.—Los decretos del poder ejecutivo del Rio de la Plata y del congreso del Perú.—El general Sucre en Potosí y Chuquisaca; decretos del congreso de Buenos Aires y del Libertador; orden de Sucre para que la asamblea se reuna en Chuquisaca.—Cartas cambiadas entre Sucre y Bolívar sobre convocatoria de la asamblea del Alto-Perú.

Resistencia de Olañeta en el Alto-Perú. —La capitulación de Ayucucho puso término a la guerra de la independencia de la América del Sud; pero todavia se encontraba en el Alto Perú el general don Pedro Antonio Olañeta, realista obstinado, dispuesto a sostener a todo trance la autoridad del rey.

Ya hemos dicho que, cuando concluyó la guerra doméstica, se retiró Olañeta a Cochabamba, donde el 26 de diciembre de 1824, recibió comunicaciones del general Tristán, diciéndole que, a consecuencia de la capitulación, habia recaido en su persona el cargo de virrey del Perú;

que contando con su cooperación podía reunir hasta diez mil hombres para oponerlos a los colombianos, y le prevenía que enviase a Puno una división. El general Antonio María Alvarez, presidente del Cuzco, le decía lo mismo, agregando que entre las guarniciones de esa ciudad, de Arequipa, Puno y otras, podian reunir un total de más de cuatro mil hombres. El gobernador de Puno don Tadeo Gárate le dió otros detalles acerca de los recursos con que contaban para continuar la guerra.

En consecuencia, dos dias después (28 de diciembre) hizo Olañeta marchar sobre Puno un batallón y dos escuadrones a las órdenes del coronel Valdés (Barbarucho), y él salió con el resto de sus tropas el 31 a La Paz.

La división del coronel Valdés llegó a Puno a principios de enero de 1825, y la tropa a que debia incorporarse huyó hacia el Cuzco.

La guarnición de Puno estuvo al mando del general don Rafael Maroto, bien conocido por su carácter arbitrario y despótico, y tan luego que supo la derrota de Ayacucho se armó de sus pistolas y en compañía de sus asistentes se dirigió a la caja real, sacó de ella el dinero que pudo, y se encaminó a la costa en busca de una embarcación que lo condujese a España. En tal estado, el comandante don Francisco Anglada y otros, que hasta este momento habian hecho la guerra a la causa americana, encabezados por el general don Rudesindo Alvarado, que estaba prisionero, sacaron y pusieron en libertad a todos los prisioneros, proclamando también la independencia; y para hacer mérito, resolvieron invadir la ciudad de La Paz. La llegada del coronel Valdés, desconcertó los planes de estos patriotas de última hora. El virrey Tristán, el presidente del Cuzco con su guarnición, y todos los jefes realistas, se vieron obligados a rendir uno tras otro las armas, acogiéndose a la capitulación de Ayacucho.

Informado el general Sucre de la ocupación de Puno por fuerzas realistas, pidió al general Olañeta el cumplimiento de la capitulación, en virtud de la cual fueron entregados al ejército libertador todos los pueblos del Perú hasta el Desaguadero. En consecuencia, Olañeta se vió precisado a ordenar se evacuase la provincia de Puno.

Portador de estas reclamaciones cerca de Olañeta fué el teniente coronel don Antonio Elizalde, ayudante del general Sucre, el cual habia sido también autorizado para proponer al general Olañeta un convenio, con estas bases precisas: 1ª. que reconociese la independencia de

América e hiciese cesar los males de la guerra, en cuyo caso quedaría mandando las provincias de Charcas, y tanto él como sus tropas pertenecerían al ejército libertador conforme a la proclama de Bolívar, dada en Huancayo el 15 de agosto de 1824, que dijo que «el Perú y la América toda deben reconocer en el general Olañeta a uno de sus libertadores»; 2ª, que el partido de Tarapacá, que desde 1822 habia ocupado Olañeta incorporándolo al Rio de la Plata, continuase bajo sus órdenes; pero con la condición de que el partido de Apolobamba quedase íncorporado a la provincia de Puno; pudiendo salir de allí el subdelegado que era Abeleira, y los demás vecinos libremente por el Perú con sus familias y bienes, si lo tenian por conveniente.

Contestó Olañeta que se exigia de él un imposible, porque no estaba en sus atribuciones conceder lo que se le pedia. Entónces, el enviado Elizalde solicitó un armisticio por tiempo determinado, a lo que accedió Olañeta, comisionando al gobernador intendente de La Paz coronel don José de Mendizábal e Imas para ajustarlo. En efecto, el 12 de enero se firmó en La Paz una suspensión de armas y de hostilidades por el término de cuatro meses, que empezarian a correr desde el día que el general Sucre ratificase el tratado. No se ratificó por haber recibido Sucre orden del libertador para pasar el río Desaguadero.

Proclamación de la independencia del Alto-Perú en varias provincias.—El 13 de enero (1) proclamaron la independencia del Alto-Perú los cuerpos de tropas existentes en Cochabamba en unión del pueblo. En consecuencia, fué nombrado gobernador en el nuevo régimen proclamado, el doctor don Mariano Guzmán, abogado de probidad y de luces, que por su modestia característica, declinó la admisión del cargo en favor del coronel don Saturnino Sánchez, que fué nombrado en su lugar.

El teniente coronel don Pedro Arraya con su escuadrón de Santa Victoria y los dragones americanos, salió a proteger en los pueblos de Chayanta igual pronunciamiento.

---

[1]. Urcullu dice que el 16 de enero. Don Luis M. Guzmán, a quien creemos mejor informado, señala la fecha del 13 de enero de 1825.

A consecuencia de estos sucesos, dejó el general Olañeta la ciudad de La Paz el día 22, y se dirigió con solo sus ayudantes a Potosí, donde estaban reunidas sus tropas.

Ocupó el general don José Miguel Lanza con su gente la ciudad de La Paz, y del 25 al 29 de enero proclamó allí la independencia del Alto Perú, y la libertad por la que sus hermanos mayores habian sido inmolados quince años antes.

El segundo batallón de Fernandinos, deponiendo del mando a su jefe Aguilera en el Vallegrande, proclamo también la independencia el día 26, y fué seguido por el coronel Mercado en la ciudad de Santa Cruz, en que se verificaba igual cambio del régimen político.

En Chuquisaca se operó igual cambio: el coronel don Francisco López a la cabeza de los Dragones de la Frontera, arrastrado por la impetuosa corriente de emancipación, se pronució por la independencia. Sucesivamente proclamaron la independencia las provincias de Tarija, de Cinti y de Chichas.

El general Sucre pasa el Desaguadero, llega a La Paz y su decreto de 9 de febrero.—El 1°. de febrero habia entrado a Puno el general Sucre, y sin detenerse avanzaba con el ejército libertador.

Se manifestó entonces una fermentación sorda del peligro que amenazaba al Alto-Perú, de ser uncido al carro anárquico que trabajaba las provincias del Rio de la Plata. Con este motivo salió de Oruro el doctor don Casimiro Olañeta en busca del general Sucre, para decirle que la misión del ejército libertador no podia ser otra que la de proteger a los habitantes de Sud América para que, reasumiendo sus imprescriptibles derechos decidan legal y libremente de su futura suerte; que si se reconocía la independencia que acababa de proclamar el Alto-Perú, este sólo acto de justicia concluiría la guerra y coronaría los laureles de la gloriosa victoria de Ayacucho.

A la penetración del general Sucre no se podía ocultar que, ese grito unánime era el sentimiento dominante de estos pueblos y formándose una idea general, lo detenía la consideración de haberse mezclado en ello la fuerza armada, cuya divisa es la obediencia y cuyo instituto es meramente pasivo.

El 7 de febrero llegó el general Sucre a La Paz,

donde encontrando la situación ya definida, dos dias después dictó el famoso decreto de 9 de febrero de 1825, por el que mandó que una asamblea de diputados elegidos por las provincias del Alto-Perú, se reuniese en Oruro el 19 de abril, y desidiera libremente de su suerte (1).

Notable es, por más de un titulo, este primer acto administrativo del general Sucre, que apenas habia pisado el suelo del Alto-Perú, empezó a mostrarse grande como su destino, ilustre como sus gloriosos antecedentes, dictando como soldado filósofo las bases de nuestras instituciones democráticas.

Los considerandos del decreto dicen así: «1º. Que al pasar el Desaguadero el ejército libertador ha tenido el solo objeto de redimir las provincias del Alto-Perú, de la opresión Española; dejándolas en la posesión de sus derechos:

«2º.—Que no correspondiendo al ejército intervenir en los negocios domésticos de estos pueblos, es necesario que las provincias organicen un gobierno que provea a su conservación, puesto que el ejército ni quiere ni debe regirlas por sus leyes militares, ni tampoco puede abandonarlas a la anarquía y el desorden.

«3º.—Que el antiguo virreinato de Buenos Aires, a quien ellas pertenecían a tiempo de la revolución de América, carece de un gobierno general que represente completa, legal y legítimamente la autoridad de todas las provincias, y que no hay, por consiguiente, con quien entenderse para el arreglo de ellas.

«4º.—Que este arreglo debe ser el resultado de la deliberación de las provincias, y de un convenio entre los congresos del Perú, y el que se forme en el Rio de la Plata.

«5º.—Que siendo la mayor parte del ejército libertador compuesto de tropas colombianas, no es otra su incumbencia que libertar el pais, y dejar al pueblo en la plenitud de su soberanía, dando este testimonio de justicia, de generosidad y de nuestros principios»,

Las principales disposiciones de este primer decreto, fuera de las prescripciones generales reglamentarias en materia electoral, son estas:

(1). Sin poner en duda la valiosa y patriótica influencia que Urcullu atribuye a Olañeta, en este decreto, dejamos consignado el primer acto oficial con que el Gran Mariscal de Ayacucho comenzó la obra seria y legislativa de constituir en estado independiente las provincias del Alto-Perú, apenas habia pasado el Desaguadero.

«1º.—Las provincias que se han conocido con el nombre del Alto-Perú, quedarán dependientes de la primera autoridad del ejército libertador, mientras una asamblea de diputados de ellas mismas delibere de su suerte.

«5º.—Para ser elector se requiere ser ciudadano en ejercicio, natural o vecino del partido con un año de residencia, y *con reputación de honradez* y *buena conducta*.

«11.—Para ser diputado se necesita, ser mayor de veinticinco años, hijo del departamento, o vecino de él, con residencia de cuatro años, adicto a la causa de la independencia, de *concepto público* y *moralidad probada*.

«14.—La junta evitará todo cohecho, soborno, o seducción, y expulsará de su seno a los que por estas faltas se hiciesen indignos de la confianza del pueblo. Todo ciudadano tiene derecho a decir de nulidad; por consiguiente puede usar de él ante la junta, debiendo decidirse el juicio antes de disolverse. Disuelta la junta no ha lugar a instancia alguna.

«18.—El objeto de la asamblea general será sancionar un régimen de gobierno provisorio, y decidir sobre la suerte y los destinos de estas provincias, como sea más conveniente a sus intereses y felicidad; y mientras una resolución final, legítima y uniforme, quedarán regidas conforme al artículo 1º.

«19.—Toda intervención de la fuerza armada en las decisiones y resolución de esta asamblea, hará nulos los actos en que se mezcle el poder militar: con este fin se procurará que los cuerpos del ejército estén distantes de Oruro» (1).

Bellas disposiciones, que deben tenerse siempre presentes como los principios fundamentales de nuestro derecho electoral.

Muerte del general Olañeta.—La columna que el coronel Valdés llevó a Puno, se dirigió sobre Potosí. Mientras tanto, el general Olañeta se ocupaba en arreglar los cuerpos de tropa que le quedaban, y conociendo que el número de sus soldados, tan acostumbrados a las privaciones y a los peligros, menguaba con una rapidez alarmante por la deserción, y que el desaliento era general en su reducido ejército, convocó un consejo de todos sus jefes, al que no asistió para que deliberasen con más libertad, el cual debia resolver la cuestión de si continua-

[1]. Colección oficial, t. 1º págs. 1 y siguientes.

ria la guerra, o se sceptaria la capitulación de Ayacucho; que en este caso, estaba seguro de alcanzar más ventajas; y si elegian la guerra, que le propusieran un plan de operaciones, indicándole los medios para llevarlo a cabo.

La asamblea militar opinó por la guerra, quedando encargado de trazar el plan de campaña el comandante don Francisco María del Valle. Solo el honrado coronel don José de Mendizábal, se opuso a esta determinación, calificándola de temeraria, porque creia ya imposible oponerse al sentimiento general de independencia, y mucho menos detener las armas patriotas en su carrera de triunfos. Era tanto más aceptable esta opinión, cuanto ya se sabia que la división que mandaba el general don José María Pérez de Urdininea, del ejército de Arenales, estaba próxima a llegar à Tupiza.

Olañeta, sin observación, aceptó là resolución tomada en el consejo de sus jefes, y en consecuencia se mandó a Chuquisaca al coronel don José Maria Valdés o Barbarucho con los restos de su regimiento de infanteria de la Unión; a Cotagaita el batallón Cazadores, y a Tumusla el de Chichas, al mando del coronel Medinaceli.

El general Olañeta salió de la ciudad de Potosí, con dirección al sud, el 28 de marzo, y en la tarde de ese mismo dia, entró la vanguardia del ejército libertador, que constaba de la caballeria que mandaba el teniente coronel don Pedro Arraya. El 29 a las tres de la tarde entró el general Sucre. Impuesto del número de tropas que habian salido y del estado en que iban, trabajadas por la indisciplina; deseoso de poner término a la guerra en el Alto-Perú, evitando la efusión de sangre, trató de enviar cerca del general Olañeta una persona que mereciese su confianza, con el fin de persuadirlo a que capitulase en las mejores condiciones posibles, y al efecto eligió por enviado al doctor don Manuel Maria Urcullu. Más antes que tuviese lugar esta negociación, llegó a Potosí la noticia de la muerte de Olañeta.

El 2 de abril de 1825, se trabó un combate en el rio de Tumusla, entre la fuerza que mandaba el coronel Carlos Medinaceli, que habia proclamado la independencia, y la de Olañeta, habiendo caido éste herido mortalmente por una bala de fusil, con lo que se dispersaron los últimos restos del ejército realista. Olañeta espiró al dia siguiente (1).

---

(1). Urcullu refiere la muerte de Olañeta, en estos términos:

Después de este acontecimiento, el coronel don José María Valdés, otros jefes y oficiales de la división del general Olañeta, pidieron se les comprendiera en la capitulación de Ayacucho, y otorgada que fué su solicitud por el general Sucre, recibieron los que quisieron sus pasaportes para España.

Fin de la guerra de la independencia americana.—Como un hecho providencial, la guerra de la independencia americana, que tuvo su cuna en el Alto Perú, con el pronunciamiento de Chuquisaca el 25 de mayo de 1809, y con la revolución de La Paz el 16 de julio del mismo año, tuvo también su tumba en el Alto Perú, quince años después, cuando ya se habían constituido en Estados independientes todas las secciones americanas.

La desaparición del último caudillo de la causa del rey en el Alto Perú (2 de abrll de 1825) puso término a la cruenta guerra de la emancipación de Sud América.

Aquí termina la historia de la independencia, y cerraramos esta parte con el juicio del historiador boliviano Cortés:

El espíritu progresista de la América venció al espíritu estacionario, si no retrógrado de la España, y dando fin a una dominación establecida por tres siglos, produjo una de las más grandes transformaciones de los tiempos modernos.

Hemos dejado de referir una infinidad de encuentros, que por su poca importancia, no podían tener cabida en la historia. Baste decir, que no hay en el Alto Perú, ciudad, aldea, bosque ni montaña en que la sangre americana no haya corrido mezclada con la sangre espaqola. De más de cien caudillos que se levantaron, solo dos tomaron partido con los españoles (1) y solo

---

«Se sublevó el batallón campado a la orilla derecha del río, se lo avisaron al general que estaba en la casa de la otra banda y cuando salió a cerciorarse, el único tiro de fusil que se disparó por un soldado cuyo nombre se ignora, acabó con la vida del general».

(1) ¿Quiénes fueron estos? Probablemente se refiere Cortés a Arraya y a Méndez, que tomados prisioneros fueron obligados a tomar armas con Olañeta en la guerra civil con el ejército de Valdés, que contribuyó grandemente al triunfo de la independencia. Urcullu, en sus *Apuntes*, pág. 93 dice: «Cada pueblo llegó a tener su jefe guerrillero: y lo original, lo más notable en este orden sucedido es que, de ciento dos caudillos que sucesivamente se alzaron más o menos fuertes, más o mencs audaces y temibles *ninguno se pasó al enemigo, ninguno capituló* a pesar de seducciones y

nueve sobrevivíron a la guerra de la independencia: todos los demás perecieron, unos en el patíbulo, y otros en el campo de batalla. Los más tuvieron el noble pensamiento de libertar su patria, y sostuvieron su causa a costa de heroicos sacrificios: retirados a los bosques o a las breñas, después de sus frecuentes derrotas, y sufriendo la intemperie, la desnudez, el hambre y las privaciones de todo género, veíaseles caer con nuevo arrojo sobre el enemigo. La verdad de la historia exige sin embargo decir, que hubo otros caudillos que sin más designio que su engrandecimiento personal, se entregaron a todo linaje de crímenes, y merecieron el nombre de bandidos.

En la revolución del Alto-Perú no se presentan esas grandes figuras históricas que descuellan en los fastos de otras naciones; es porque habiendo sido democrática esa revolución, es también democrática su historia. Como la acción era del pueblo, no aparece otra cosa que el pueblo, empeñado en recobrar los derechos de la humanidad. El nombre de mil y mil víctimas consagradas al sostenimiento de la más santa de las causas, permanece sepultado en el olvido. La lucha fué larga, obstinada, sangrienta; pero el resultado correspondió a la magnitud del sacrificio. De la sangre profusamente derramada nació la independencia. En la contienda no habia una casta en rivalidad con otras; no había una sociedad interesada en domeñar o destruir otra sociedad; no había más que principios opuestos, y debía vencer el que tuviese de su parte la razón. Los americanos, herederos de la sangre de los españoles, heredaron también su constancia y su valor heroico: eran, pues, los españoles de América los que llegados a la edad de la emancipación, vencían a sus padres. La raza española del nuevo mundo no quería ser dominada por la raza española del antiguo. Una gran porción de la población indígena del Alto-Perú tomó parte en la contienda; pero eran los hijos de los españoles los que la dirigían.

Para la independencia bastaba la acción, el hecho. Para la libertad son necesarias las instituciones, las costumbres profundamente arraigadas en el pueblo, las luces

lisonjeras promesas que se les hicieron: exceptuando nueve que sobrevivieron al establecimiento de la República, todos sucumbieron con firmeza y dignidad muriendo en el campo de batalla, o en un patíbulo. Lo mismo sucedió con los oficiales subalternos, sin embargo de estar casi desnudos, sin paga ni otra recompensa que la gloria de defender su patria.»

derramadas con profusión. La libertad es como el oro que no se encuentra sino después de penosos trabajos practicados en un arenal. Si las reacciones hispano americanas no han conseguido la libertad, su independencia es a lo menos un paso dado hacia aquel noble fin.

Con la independencia de Bolivia, última escena del drama de la revolución americana, se ha abierto al mundo una gran perspectiva. La América del Sud ha ofrecido sus riquezas al comercio del globo; ha presentado a las especulaciones de la ciencia sus montañas inmensas, sus bosques seculares, sus rios caudalosos, su cielo siempre hermoso. Una naturaleza vírgen y los infinitos medios de bienestar de que la América puede aprovecharse un dia, son el presagio de que en su seno se desarrollará una civilización tal como la presenta la perfectibilidad humana. La ley del progreso está escrita por el dedo de Dios en la inteligencia y el corazón del hombre. La América tendrá todavía que pasar largos años de afan y padecimiento, y no debe creerse esenta de las fatigas que cuesta cada uno de los pasos que las naciones dan en el camino del progreso; pero por remoto que sea el término, ella se acerca a su destino. Menester es que los hombres a quienes Dios ha dado alguna influencia en los negocios de esta porción de la humanidad, trabajen por acelerar la realización del destino del nuevo mundo. (1)

Vamos ahora a concurrir a la organización de la República de Bolivia.

Los decretos del poder ejecutivo del Río de la Plata y del congreso del Perú.— Cuando el gobierno de Buenos Aires tuvo conocimiento de la victoria de Ayacucho, en 8 de febrero de 1825, decretó lo siguiente: «Siendo conveniente al interés general de las provincias unidas, el acelerar por todos los medios posibles el término de las desgracias de la guerra, y el hacer que cuanto antes recuperen su libertad las cuatro provincias del Alto-Perú hasta el Desaguadero; con estos objetos el gobierno de Buenos Aires encargado del poder ejecutivo nacional, ha venido en autorizar plenamente, como por la presente autoriza, al señor coronel mayor don Juan Antonio Alvarez Arenales, gobernador y capitàn ge-

[1] Manuel José Cortés. Ensayo sobre la Hist. de Bolivia. págs. 92 a 95.

neral de la provincia de Salta, para que ajuste las convenciones que crea necesarias con el jefe o jefes que mandan las fuerzas españolas que ocupan las dichas cuatro províncias hasta el Desaguadero, o con las personas que fuesen legalmente autorizadas por ellos, sobre la base de que estas han de quedar en la más completa libertad para que acuerden lo que más convenga a sus intereses y gobierno; obligándose como se obliga el ejecutivo nacional a ratificar inmediatamente, o con la previa autorización del congreso general constituyente, conforme a la ley fundamental de 23 de enero, todo cuanto en virtud del presente ajustare y conviniere a su nombre el referido señor gobernador y capitán general de la provincia de Salta.»

En 7 de abril recibió el general Sucre un pliego enviado por Arenales, haciéndole saber desde Tupiza, la comisión que habia recibido del gobierno de Buenos Aires. Sucre le contestó que ya no existian fuerzas españolas en estas provincias ni jefe alguno que las mandase; que en ellas habia concluido la guerra de la independencia y concluido también la misión del ejército libertador en el Alto Perú; que podia pasar a entenderse con los diputados convocados, precisamente para que acuerden lo que más convenga a sus intereses y gobierno.

El 23 de febrero, a consulta del Libertador, que deseaba una resolución terminante acerca de los límites del Perú, para fijar la respectiva linea de conducta que deba seguir el general en jefe del ejército unido en la próxima campaña sobre las provincias del Alto-Perú, el congreso peruano resolvió: 1º. que el ejército unido marche contra el enemigo hasta destruir, a juicio del Libertador. el último peligro de que la libertsd del Perú sea nuevamente invadida o perturbada; estableciendo provisoriamente en las provincias el gobierno más análogo a sus circunstancias; 2º. que esta empresa sea de la responsabilidad de la república del Perú, hasta tanto que llegue el caso del artículo anterior; y 3º. que si verificada la demarcación según el artículo constitucional, resultaren las provincias Altas separadas de la república del Perú, el gobierno a quien pertenecieren le indemnizaría las costas causadas en emanciparlas.

El general Sucre en Potosí y Chuquisaca; decretos del congreso de Buenos Aires y del Libertador; orden de Sucre para que la asamblea se reuna en Chuquisaca.

— Mientras tanto, llegó el general Sucre a Potosí con el ejército libertador, el 29 de marzo, y cuando a la muerte del general Olañeta, acaecida en Tumusla, los jefes y oficiales de la división que comandaba, pidieron se les comprendiera en la capitulación de Ayacucho, solicitud que fué otorgada por el gran mariscal, se comunicó a los cuerpos del ejército libertador la orden de marchar hasta el Perú, se conmovió el pueblo entero de Potosí y pidió su detención, siquiera mientras la asamblea se reuniese y se supieran sus resultados. Recibió Sucre en esos momentos la resolución del congreso del Perú, de la que hemos hecho mención, y la orden de Bolívar para que interin decidian de su suerte estas provincias, quedasen sujetas a la autoridad del general en jefe.

Un terrible sacudimiento acababa de sufrir el Alto-Perú, desde un extremo al otro, y todos los elementos eran de destrucción. Gran parte de las tropas del finado general Olañeta se habian retirado del servicio o licenciado de hecho, conservando las armas aun en su poder; una columna de argentinos habia venido con el general Arenales; y los caudillos que en estas provincias habían sobrevivido a la revolución, justamente engreidos, no prestaban obediencia a otro que no fuera el vencedor de Ayacucho, objeto de veneración para todos. Si en estas circunstancias hubiese faltado la influencia moral que el general Sucre ejercía en ellos, el pais infaliblemente se habria anarquizado.

El 23 de abril Sucre y Arenales se dirigieron juntos de Potosí a Chuquisaca. Entraron en medio de ardientes aclamaciones al vencedor de Ayacucho. Aquí Sucre dictó varios decretos, organizando la administración. Entre ellos, los más notables que registra la colección oficial son, la orden de 13 de abril, para que se devuelvan a los emigrados las propiedades que se les hubiesen confiscado o embargado por castigo a su patriotismo; el decreto de 27 de abril, creando una corte superior de justicia en Chuquisaca, con las mismas atribuciones y jurisdicción que las antiguas audiencias; nombró a los miembros que habian de componer esta corte, y señaló para su instalación el 25 de mayo; la resolución de 7 de mayo, para que, mientras haya nuevos reglamentos, el vicepatronato resida en los presidentes de los departamentos, ejerciéndolo cada uno de ellos en el territorio de su jurisdicción.

Estaba el general Sucre en su primera tarea legislativa de organizazión del Alto-Perú, cuando recibió dos

decretos: uno del congreso de Buenos Aires, fecha 9 de mayo de 1825, cuyo tenor es el siguiente:

«El congreso general constituyente de las provincias unidas del Rio de la Plata, ha acordado y decreta lo siguiente:

«1º.—El poder ejecutivo destinará con la posible brevedad a las provincias del Alto-Perú, una legación bastantemente caracterizada, que en nombre de la nación Argentina felicite al benemérito Libertador Simón Bolívar, presidente de la república de Colombia, y encargado del mando supremo de la del Perú, por los altos y distinguidos servícios que ha prestado a la causa del nuevo mundo, cuya libertad e independencia acaba de afianzar irrevocablemente: trasmitiéndole al mismo tiempo los sentimientos más sinceros de gratitud y reconocimiento de que están animadas las provincias de la unión, por los heroicos y generosos esfuerzos del ejército libertador, que después de haber dado la libertad a las del Alto-Perú, ha tomado sobre sí el noble empeño de sostener en ellas el orden, libertarlas de los horrores de la anarquía, y facilitarles los medios de organizarse por sí mismas.

2º.—La legación reglará con el Libertador, como encargado del supremo mando de la república del Perú, cualquiera dificultad que pueda sucitarse entre aquel y este Estado, de resultas de la libertad en que hoy se hallan las cuatro provincias del Alto-Perú (1), que han pertenecido siempre a las de la Unión.

3º.—Será autorizada respecto de la Asamblea de diputados de dichas provincias, que ha convocado el gran mariscal de Ayacucho Antonio José de Sucre, general en jefe del ejército libertador; y especialmente encargada de invitarlas a que concurran por medio de sus representantes al congreso general Contituyente que se halla legal y solemnemente instalado.

4º.—La invitación de que habla el artículo anterior, y las instrucciones que la legación reciba del supremo po-

---

(1). Las cuatro provincias o gobernaciones del Alto Perú comprendían los distritos siguientes: 1ª la de La Paz, que comprendía todo lo que es hoy aquel departamento; 2ª la de Potosí, que se exteudía al departamento de su nombre, al de Tarija y al de Atacama, en el que se constituyó después el departamento de Cobija; 3ª la de Cochabamba, a la que desde 1782 se había unido el distrito de Santa Cruz de la Sierra, con inclusión de Mojos y Chiquitos; 4ª la de Chuquisaca, que se componía de lo que es hoy el departamento de este nombre y el de Oruro. Cada provincia se subdividía en varios distritos y subdelegaciones.

der ejecutivo, reconocerán por base, que aunque las cuatro provincias del Alto-Perú han pertenecido siempre a este Estado, es la voluntad del congreso general Contituyente, que ellas queden en plena libertad para disponer de su suerte, según crean convenir mejor a sus intereses y a su felicidad.

5º.—Esta resolución servirá igualmente al poder ejecutivo, para reglar respecto del Alto-Perú, la conducta ulterior del general don Juan Antonio Alvarez de Arenales, etc».

El otro decreto a que nos hemos referido, es el del Libertador Simón Bolívar, dictado en Arequipa, a 16 de mayo de 1825, que es necesario reproducir íntegramente, incluso los considerandos:

«Simón Bolívar, etc., etc. Considerando:

1º.—que el soberano congreso del Perú ha manifestado en sus sesiones, el más grande desprendimiento en todo lo relativo a su propia política y a la de sus vecinos; 2º. que su resolución de 23 de febrero del presente año manifiesta esplícitamente el respeto que profesa a los derechos de la república del Rio de la Plata, y provincias del Alto-Perú; 3º. que el gran mariscal de Ayacucho, general en jefe del ejército libertador, convocó al entrar en el territorio de las provincias del Alto-Perú, una Asamblea de representantes; 4º. que el gran mariscal don Juan Antonio Alvarez de Arenales me ha manifestado, que el poder ejecutivo de las provincias unidas del Rio de la Plata, le ha prevenido colocar aquellas provincias en aptitud de pronunciarse libremente sobre sus intereses y gobierno: 5º. que siendo el objeto de la guerra de Colombia y del Perú, romper las cadenas que oprimian a los pueblos Americanos, para que reasuman las augustas funciones de la soberanía, y decidan legal, pacífica y competentemente de su propia suerte. He venido en decretar y decreto:

1º.—Las provincias del Alto-Perú, antes españolas, se reunirán conforme al decreto del gran mariscal de Ayacucho, en una Asamblea general, para expresar libremente en ella su voluntad sobre sus intereses y gobierno, conforme al deseo del poder ejecutivo de las provincias unidas del Rio de la Plata, y de las mismas dichas provincias.

2º.—La deliberación de esta Asamblea, no recibirá ninguna sanción, hasta la instalación del nuevo congreso del Perú en el año próximo.

3º.—Las provincias del Alto-Perú, quedarán entre

tanto sujetas a la autoridad inmediata del gran mariscal de Ayacucho, general en jefe del ejército libertador, Antonio José de Sucre.

4º.—La resolución del soberano congreso del Perú de 23 de febrero citada, será cumplida en todas sus partes sin la menor alteración.

5º.—Las provincias del Alto-Perú no reconocerán otro centro de autoridad, por ahora, y hasta la instalación del nuevo congreso peruano, sino la del Gobierno supremo de esta república».

Así se discutía y esas trabas se ponían todavía a la independencia y soberanía del Alto-Perú. Si bien podia considerarse como innecesaria la declaración del congreso argentino, ella obedecia a un acto de diplomacia al invitar a estas provincias a que concurran por sus representantes, al congreso general constituyente que se hallaba funcionando en Buenos Aires, por ver si era posible mantener la integridad del territorio del antiguo virrreinato del Rio de la Plata, y reconociendo que ellas quedaban en plena libertad para disponer de su suerte, según crean convenir mejor a sus intereses y a su libertad; pero el decreto del Libertador era un avance: cedía después de porfiada resistencia, al acto de Sucre de haber convocado a una asamblea general de diputados, y a que el general Arenales le habia manifestado, «que el poder ejecutivo de las provincias unidas del Rio de la Plata, le ha prevenido colocar estas provincias en aptitud de pronunciarse libremente sobre sus intereses y gobierno»; y sin embargo, ordenaba, el Libertador, que la deliberación de la Asamblea del Alto-Perú, no tendria ningún valor, hasta la instalación del nuevo congreso del Perú, que debía reunirse en el año próximo de 1826, quedando entre tanto vigente la resolución del congreso peruano, de 23 de febrero de 1825: que el ejército unido marche contra el enemigo, para que la libertad del Perú no sea perturbada, estableciendo en las provincias el gobierno provisorio análogo a sus circunstancias; que esta empresa sea de la responsabilidad del Perú, y que si las provincias Altas resultaren separadas de aquella república, el gobierno a quien pertenecieren indemnizará al Perú los costos causados en emanciparlas.

El Alto-Perú no constituía parte del virreinato de Lima, ni fué libertado por los colombianos, que desde que pasaron el Desaguadero no quemaron un solo cartucho. Ni como presidente de Colombia, ni como encargado del

mando del Perú, tenía Bolívar derecho de disponer de un país, cuyos hijos habian conquistado la independencia con sus propios esfuerzos.

Grande fué la alarma que produjo la inesperada resolución de Bolívar. No obstante esto, en 3 de junio, el general Sucre, dispuso que la Asamblea general que habia sido convocada a Oruro para el 19 de abril, se reuniera en Chuquisaca el 24 del mismo mes de junio. No se reunió la asamblea en esa fecha, sino el 10 de julio, y vamos a ver porqué el general Sucre la aplazó una y otra vez.

Cartas cambiadas entre Sucre y Bolívar sobre convocatoria de la asamblea del Alto-Perú.—El 1º. de febrero escribia el general Sucre desde Puno al Libertador:

«Aquí me reduciré a consultar nuevamente con U. la conducta que debamos observar al otro lado del Desaguadero, pues las cosas allá deben estar delicadas, si, como se dice, Arenales se ha movido de Salta. Entónces vamos a dar en el tropezón de los partidos, que es a lo que yo más miedo tengo, y desde aquí pienso allanar algo de las dificultades.

«Paso a hablar a U. del negocio más delicado que tengo entre manos. Empezaré por declarar que sólo por amistad a U. paso el Desaguadero: esa campaña del Alto-Perú es muy fácil, pero la organización del pais está tan embrollada que estoy ya preparado a recibir mucho látigo de los escritores de Buenos Aires, y dispuesto a perder la gratitud que podia esperar del Perú por mis servicios. Confieso que marcho al otro lado del Desaguadero con la repugnancia que iria al suplicio: U. verá cuántos disgustos voy a tener por un negocio que a los intereses de Colombia y a la causa de América importa poco se decida como se decidiere. U. dispensará, y no extrañará que oficialmente yo exija órdenes de U. respecto a esas provincias como presidente de Colombia. U. quiere desentenderse de los negocios del ejército de Colombia, y es absolutamente imposible que sea así respecto de esas provincias; es menester un poder neutral que las precava de la anarquía. Yo estoy, mientras reciba órdenes de U., por la tal asamblea que resuelva lo que guste de esos pueblos; los pretendientes a las provincias que hagan diligencias por las votaciones. Esta es, en cuanto a mí y

al ejército colombiano, la conducta más derecha que encuentro».

El Libertador contestó el 21 de febrero de Lima:

«Me parece que el negocio del Alto Perú no tiene inconveniente alguno militar, y en cuanto a lo político, para U. es muy sencillo. U. está a mis órdenes con el ejército que manda, y no tiene que hacer sino lo que yo le mando. El ejército de Colombia ha venido aquí a mis órdenes, para que como jefe del Perú le dé dirección y haga con él la guerra a los españoles. U. manda el ejército como general de Colombia; pero no como jefe de nación, y yo, sin mandar el ejército como general, lo mando como auxiliar de la nación que presido. Esto lo digo en respuesta a los compromisos de que U. habla. Yo no le doy órdenes como jefe de Colombia; pero sí como jefe del territorio que está en guerra con el Alto-Perú, no habiendo límites entre enemigos.

«Ni U. ni yo, ni el congreso mismo del Perú, ni de Colombia, podemos romper y violar la base del derecho público que tenemos reconocido en América. Esta base es, que los gobiernos republicanos se fundan entre los límites de los antiguos virreinatos, capitanias generales o presidencias como la de Chile. El Alto-Perú es una dependencia del virreinato de Buenos Aires: dependencia inmediata como la de Quito, de Santa Fé. Chile, aunque era dependencia del Perú, ya estaba separada de él algunos años antes de la revolución, como Guatemala de Nueva España. Asi es que ambas a dos de estas presidencias han podido ser independientes de sus antiguos virreinatos; pero ni Quito ni Charcas pueden serlo en justicia, a menos que por un convenio entre partes, por resultado de una guerra o de un congreso se logre entablar y concluir un tratado. Según dice U., piensa convocar una asamblea de dichas provincias. Desde luego, la convocación misma es un acto de soberanía. Además, llamando U. estas provincias a ejercer su soberania, las separa de hecho de las demás provincias del Rio de la Plata. Desde luego, U. logrará con dicha medida, la desaprobación del Rio de la Plata, del Perú y de Colombia misma, que no puede ver ni con indiferencia siquiera, que U. rompa los derechos que tenemos a la presidencia de Quito por los antiguos límites del antiguo virreinato. Por supuesto, Buenos Aires tendrá mucha justicia y al Perú no le puede ser agradable que con sus tropas se haga una operación política, sin consultarlo siquiera.

«U. tiene una moderación muy rara. No quiere ejercer la autoridad general cual le corresponde, ejerciendo de hecho el mando del país que sus tropas ocupan, y quiere, sin embargo, decidir una operación que es legislativa. Yo sentiria mucho que la comparación fuese odiosa; pero se parece a lo de San Martín en el Perú. Le parecía a él muy fuerte la autoridad de general libertador, y por lo mismo, se metió a dar un estatuto provisorio, para lo cual no tenia autoridad. Le diré a U. con la franqueza que U. debe perdonarme, que U. tiene la manía de la delicadeza, y que esta manía le ha de perjudicar a U. como en el Callao. Entónces quedaron todos disgustados con U. por delicado, y ahora va a suceder lo mismo.

«U. créame, general, nadie ama la gloria de U. tanto como yo. Jamás un jefe ha tributado más gloria a un subalterno. Ahora mismo se está imprimiendo una relación de la vida de U. hecha por mí; en que, cumpliendo con mi conciencia, le doy a U. cuanto merece. Esto lo digo, para que U. vea que soy justo: desapruebo lo que no me parece bien, al mismo tiempo que admiro lo que es sublime.

«Yo he dicho a U. de oficio lo que U. debe hacer, y ahora lo repito. Sencillamente se reduce a ocupar el pais militarmente y esperar órdenes del gobierno. Ahora mismo está el congreso tratando sobre las instrucciones que debe darme con respecto al Alto-Perú. Todavía no sé cual será su determinación; pero sea la que fuere, yo no haré más que mi deber, sin meterme a consideraciones en que no debo.

«Dentro de muy pocos días me voy para allá y llevaré las tales órdenes del congreso».

El 4 de abril vuelve Sucre a escribir al Libertador desde Potosí, y le dice:

«Mi general. Hace una hora que recibí la carta de U. de 21 de Febrero. Ella me ha dado un gran disgusto, pero no con U. sino conmigo mismo, que soy tan simple que doy lugar a tales sentimientos. Este disgusto es lo que U. me habla en cuanto a las provincias del Alto-Perú, respecto de las cuales he cometido un error tan involuntario; pero mi solo objeto fué cumplir las intenciones de U. Mil veces he pedido a U. instrucciones respecto del Alto-Perú, y se me han negado dejándome abandonado; en este estado yo tuve presente que en una conversación en Yacan, pueblo cerca de Yanahuanca, me di-

jo U. que su intención para salir de las dificultades del Alto-Perú era convocar una asamblea de estas provincias. Agregando a esto lo que se me ha dicho de oficio, de que exigiese de Olañeta que dejara al pueblo en libertad de constituirse, creí que este era el pensamiento siempre de U.; nunca me figuré que se trataba de Buenos Aires, porque ¿qué pueblo, qué orden ni gobierno habia en Buenos Aires? Además, ¿porqué esta misma carta que U. me escribe ahora no la hizo tantas veces que le he pedido órdenes sobre este país? ¿yo soy adivino para penetrar qué es lo que se quiere después de haberse mostrado otra cosa? U. sabe, mi general, que yo no tengo aspiraciones ni mira alguna, ni en este ni en ningún país; mi solo desvelo es complacer a U. en su carrera de salvarnos. He creido en mi corazón que el corazón de U. es todo por el bien de la América, y persuadido de esto he creido que el examen de otras materias pudiera ser malo, y así he pensado que me tocaba únicamente obedecer y seguir al genio que ha tomado a su cargo nuestra redención.

«Yo me acuerdo que el día que pasé el Desaguadero dije a U. que el emprender nuevos compromisos me iba a costar mil disgustos, y ya empiezo a sentirlos. Por amistad a U. y por amor a la patria vine a estas provincias contra toda mi voluntad, pues mis deberes como colombiano y como general estaban satisfechos en el Desaguadero. Yo creo haber dicho a U. que me había de pesar el venir a estos paises, cuya situación iba a ponerme en compromisos. Después de estar aquí, y no sabiendo qué hacer sin presentarme con un aire aborrecible al pueblo, tomé el camino más noble y generoso, que fué convocar la asamblea general de las provincias, y yo, aunque no sé ni quiero saber estas cosas de los pueblos, veo mi paso bajo diferente aspecto que U. U. dice que la convocación de esta asamblea es reconocer de hecho la soberanía de las provincias, y ¿no es así en el sistema de Buenos Aires, en que cada provincia es soberana? ¿Salta, Córdoba, Tucumán, La Rioja, Santa Fé etc., etc., no tienen sus gobiernos independientes y soberanos? ¿Por qué, pues, una provincia con 50,000 almas ha de ser allí gobernada independientemente y federada, y cinco departamentos con más de un millón de habitantes no han de congregarse para proveer a su conservación y a tener un gobierno provisional, mientras ven si se concentra el gobierno general? Estas son cuestiones que no me tocan ni que yo he indicado siquiera; pero son las que tuve presentes para pensar

que U. juzgaba por la necesidad de convocar aquí una asamblea, que si era para constituir las provincias independientes, organizase el gobierno, y si para que fueran de Buenos Aires, sirvieran como una masa para que a ellas se agregaran las demás provincias del Rio de la Plata, y forzarlas así de un modo suave a entrar en orden. Yo no sabía que hubiera ya congreso en Buenos Aires, ni creo que lo hay sino en nombre; yo estoy ya lidiando con los de por allí, y lo veo así.

«En mi triste opinión encuentro haber hecho un servicio al país, a Buenos Aires y a la América con la convocación de esta asemblea. Estas provincias, siguiendo el funesto ejemplo de disolución de Buenos Aires, ya me han incomodado; los cabildos se han creido representantes de la soberanía en el sistema federal que han concebido, y por fuerza los tengo que mantener en unión. Además, yo ví que U. mismo pidió en Guayaquil a una asamblea su deliberación respecto a una sola provincia de 80,000 almas. En fin, mi general, yo puedo haber errado, pero sin intención alguna; al contrario, mi objeto ha sido complacer a U. y servir tanto a este país como al Perú, a Buenos Aires y a la América, con un paso que evitaba las facciones y tumultos. Mi decreto está concebido en cuanto a lo esencial, sobre estas palabras que tengo en dos cartas de U. «que la suerte de estas provincias será el resultado de la deliberación de ellas mismas, y de un convenio entre los congresos del Perú y el que se forme en el Río de la Plata». Confieso que tengo una falta de inteligencia en las palabras de política, y que sólo me he guiado por mi sentido común, pero con la mejor buena fe.

«Dnspués de todo, la tal asamblea sólo tiene poderes para organizar un gobierno *provisionalmente,* hasta saber en qué quedan Buenos Aires y el Perú; parece una cosa que no puede negársele, el que ellas se preserven del contagio de disolución de que U. mismo quería guardarlas, y que es tan fácil de entrar en estos paises.

«Por último, he tenido la buena fortuna de que la ocupación de los departamentos de Potosí y Chuquisaca por los españoles han impedido las elecciones, y que por tanto no se verificará la reunión de la asamblea para el 19 de Abril, sino para el 25 de Mayo, para cuyo tiempo estará U. aquí y le dará el giro que quiera al negocio. Esta gente creo seguirá los consejos que U. les dé, y en este caso es mejor que esté reunida la asamblea, para que haya una deliberación legítima. Desde ahora sí le advier-

to que ni U. ni nadie las une de buena voluntad a Buenos Aires, porque hay una horrible aversión a estos vínculos; si U. tiene idea de unirlas, puede decir a Buenos Aires que mande un fuerte ejército para que lo sigan, pues de otro modo es difícil».

Esta carta contestó el Libertador, ya en camino para el Cuzco, desde Nasca el 26 de abril:

«Mi querido generali: Ayer recibí con un oficial de *Pichincha*, las dos cartas de U. del Potosí, a 4 de abril. Veo por ellas con mucho dolor, el gran sentimiento que le ha causado a U. mi carta de 21 de Febrero. Yo me imaginé siempre que la delicadeza de U. se ofendería por mi desaprobación a la convocatoria de los pueblos del Alto-Peú. U. sufrirá constantemente, mientras que sea movida su sensibilidad por esas cuerdas delgadas de una delicadeza suprema.

«Ni U. ni yo podemos evitar un mal que es inherente a su naturaleza propia, pero si podemos obrar de un modo que evitemos los desagrados que son consiguientes a los negocios públicos.

«U. me pregunta que porqué no le dí a U. instrucciones, y porqué no le escribí aquella carta del 21 de Febrero antes, como U. lo pedia repetidas veces. Responderé: que yo mismo no sabía lo que debia decir a U.; porque dependìan mis instrucciones de la voluntad del congreso. Rousseau aconsejaba que cuando se ignore lo que se debe hacer, la prudencia dicta la inacción para no alejarse uno del objeto a que se dirige; porque puede uno adoptar mil caminos inciertos en lugar del único que es recto. Lo que U. me dice sobre la rectitud de sus principios y de sus sentimientos es enteramente inútil. Yo sé muy bien que U. no tiene ambición, y U. me enojaría en disculparse con respecto a una pasión que jamás he pensado atribuirle.

«Convenga U. conmigo, aunque le duela su amor propio, que la moderación de U. le ha dictado un paso que jamás pudo ser bastante lento. Lo que a mi me hacia dudar, y por lo mismo no resolver, lo juzgó U. muy sencillo y lo hizo sin necesidad: digo sin necesidad: primero, porque el pais no se habia libertado: segundo, porque un militar no tiene virtualmente que meterse sino en el ministerio de sus armas: y tercero, porque no tenía órdenes para ello.

«U. me perdonará todas estas mortificaciones nuevas que le doy ahora; más U. debe persuadirse que más su-

fro en darlas que en ahorrarlas; y que si yo sufro esta pena porque U. la padece, a la vez es con la mira laudable de desengañar a U. de que tiene razón; porque un mal que no se conoce, no se puede jamás curar. Si U. pierde la ocasión de conocerse a sí mismo, ahora que la fortuna no le ha envenenado el ánimo todavía con sus embriagueces halagüeñas, no aprovechará U. nunca de la caudalosa fuente de talentos y virtudes que ha colocado en U. la naturaleza. U. está llamado a los más altos destinos, y yo preveo que U. es el rival de mi gloria, habiéndome ya quitado dos magníficas campañas: excediéndome en amabilidad y en actividad, como en celo por la causa común. Cuando el espíritu de U. esté cultivado por la experiencia y por la teoría, no dudo que sobresaldrá U. con mucho a cuanto conocemos de más ilustre entre nuestros americanos. Por todas estas consideraciones debe U. apreciar el mérito de mi sinceridad con respecto a U., puesto que ando buscando la perfección de aquellas nubes que deben oscurecer el poco resplandor de mi gloria. Dicho esto, pasaré a otra cosa; y es a la carta segunda.

«U. supone que a mi me parecerá bien la convocatoria de la asamblea, cuando llegue al Alto-Perú. Tiene U. razón en suponerlo, y diré más: que me gusta; y añadiré iodavía más: que a mi me conviene sobre manera, porque me presenta un vasto campo para obrar con una política recta y con una noble libertad; pero lo dicho, dicho; y con la añadidura de que no siempre lo justo es lo conveniente, ni lo útil lo justo. Yo no debo obrar por mí, ni para mí. Mi posición pública es la conciencia de mis operaciones públicas. Por lo mismo no sé todavía lo que me tocará hacer con ese Alto-Perú; porque la voluntad del pueblo es mi soberana y mi ley. Cuando los pueblos legales decidan de la suerte del Alto-Perú, entónces yo sabré cuál es mi deber y cuál es la marcha que yo seguiré. U. me dice que si quiero entregar ese país a Buenos Aires, pida un ejército grande para que lo reciba. Esta observación me ha hecho pensar mucho sin hacerme cambiar de dictámen. También añade U. que las fracciones del Rio de la Plata son soberanas y que la mitad del Rio de la Plata reside en esas provincias altas; que por lo tanto, un millón de habitantes bien podian constituir un gobierno provisorio para evitar la anarquía. Todo esto es exacto y justo; pero la ley del congreso no ha mandado esto. Así es qus no sé cómo haré para combi-

nar la asamblea del Alto-Perú con la determinación del congreso. Cualquiera que sea mi determinación, no será sin embargo capaz de violar la libertad del Alto-Perú, los derechos del Rio de la Plata ni mi sumisión al poder legislativo de este pais. U. sabe perfectamente que mi profesión ha sido siempre el culto popular y la veneración a las leyes y a los derechos. Yo no mandaré a buscar un ejército a Buenos Aires, tampoco dejaré independiente por ahora, el Alto-Perú y menos aún someteré ese pais a ninguna de las dos repúblicas pretendientes. Mi designio es hablar con verdad y política a todo el mundo, convidándolos a un congreso de los tres pueblos con apelación al gran congreso americano. Entónces se verá que yo he respetado a todos y no me he inclinado a nadie; mientras tanto el ejército unido ocupará el pais militarmente y estará sujeto al general en jefe que yo nombre. Este general en jefe es U., debe ser U., y no puede ser otro sino U.

«Yo le ruego a U. que no se venga, espéreme para resolver todo».

El 27 de abril, de Chuquisaca, hablando del general Arenales, escribía Sucre al Libertador:

«Ayer vino a casa el general Arenales, y habiéndole dicho que habia resuelto suspender la reunión de la asamblea general hasta la venida de U., o hasta recibir contestaciones de Buenos Aires, me respondió que en su opinión todo retardo era un mal, porque cada vez y en cada pueblo se convencía más y más de que la reunión de la asamblea era el único partido de salvar las provincias. Aunque yo lo creo también así, he resuelto suspenderla, o hasta que U. venga, o hasta que el mismo gobierno argentino convenga en ella, a fin de seguir lo que U. dice en su carta de 21 de Febrero. Yo, por seguir esta manera de pensar de U., he dicho a las más notables personas algunas razones que deben ligar estas provincias a Buenos Aires, pero de parte de todas las clases hay una resistencia invencible; cuando más he conseguido que convenga la gente de más juicio, en que ellos declararán que quieren corresponder a uno de los estados limítrofes; pero que para resolverse quedarán bajo un gobierno propio por doce o veinte meses mientras observan cuál gobierno del Perú o argentino, marcha mejor».

Y de Chuquisaca, el 12 de Mayo, volvía a escribir Sucre al Libertador:

«Continuaré hablando de estas provincias. La asam-

blea general se ha suspendido, o hasta que U. venga o hasta que el gobierno de Buenos Aires conteste sobre el asunto. El general Arenales mismo ha instado porque se verifique la reunión; pero he dicho que espero una de las dos cosas que han de determinar el caso. Siempre opino que esta asamblea es el único medio que admiten estos países para transar sus asuntos; otra cosa los va a envolver, y el resultado es la maldita federación en que se declararán, y el momento que asome este mal, huyo de aqui al otro lado del Desaguadero».

Y por fin, el Libertador contestó a Sucre desde Arequipa, el 15 de Mayo:

«Ayer al llegar aquí, he recibido sus dos cartas del 27 en Chuquisaca con un oficio del general Arenales en que me dice que su gobierno le ha ordenado coloque esas provincias en estado de decidir de sus intereses y gobierno. Esta representación de parte del general Arenales me ha decidido a dar el decreto que acompaño (1) para que se cumpla y ponga en ejecución inmediatamente. U. verá por él que concilio todo lo que es conciliable entre intereses y extremos opuestos. No creo que de ningún modo me puedan culpar los pretendientes al Alto-Perú; porque sostengo por una parte el decreto del congreso peruano; y adhiero por otra a la voluntad del gobierno de Buenos Aires. Por supuesto, dejo en libertad al Alto-Perú para que exprese libremente su voluntad. A pesar de todo esto, estoy cierto que todos quedarán disgustados: porque no hago más que paliar o más bien neutralizar las diferentes medidas que cada uno querria adoptar, porque entre partes contendientes los juicios que más participan de la equidad son los que menos se agradecen, porque son los que menos satisfacen a las dos partes. Diré a U. de una vez mi pensamiento. Yo no habria dado jamás este decreto, si las cosas no hubiesen llegado al estado en que se encuentran; más como mi poder no es retroactivo me ha sido imposible dejar de obrar de este modo. Los sentimientos de U. con los míos concuerdan de un modo tan maravilloso, que no puedo menos de confesar a U. que yo hubiera deseado que U. diese el paso que dió para dejar en amplia libertad a esas provincias, cuyas cadenas acababa de romper: también queria yo cumplir con mi deber no haciendo más que obedecer a los que me han

[1]. El de 16 de mayo, que ya hemos trascrito.

dado la autoridad que ejerzo: autoridad que yo no debo contrariar en nada, aunque sus decisiones mismas sean opuestas a las reglas más liberales de la política. No debo dejar de declarar a U. francamente que yo no me creo autorizado para dar este decreto y que solamente la fuerza de las circunstancias me lo arrancan, por no dejar mal puesta la conducta de U.; por complacer al Alto-Perú; por acceder al Rio de la Plata; por mostrar la liberalidad del congreso del Perú y por poner a cubierto mi reputación de diamante a la soberania popular y a las instituciones más libres. En fin, el decreto se ha dado bajo los auspicios del candor, de la buena fe y de la imparcialidad. ¡Olajalá sea recibido por las mismas virtudes tutelares que lo han dictado!

«Para dejar en plena libertad a esas provincias de obrar sin coacción he determinado no ir al Alto-Perú, sino dentro de dos meses cumplidos: entre tanto pasaré por el Cuzco a arreglar aquellos negocios y me detendré aquí con el mismo objeto. Así, para cuando yo llegue al Alto Perú la asamblea habrá decidido las cuestiones que ella misma se proponga sobre sus intereses y gobierno, como dice el general Arenales. Esta debe ser la base de sus deliberaciones para no dejar derecho al Rio de la Plata para que nos impute ninguna usurpación, o inmisión en sus negocios nacionales, pues francamente hablando, nosotros no tenemos derecho para introducir ninguna cuestión en esa asamblea que pueda producir un principio fundamental para sus instituciones. Por lo mismo U. ponga en ejecución el decreto de hoy, mandando que se reuna inmediatamente en un lugar dado, que U. señalará, la asamblea general. El lugar de la asamblea debe estar despejado de tropas del ejército libertador a veinte leguas en contorno: ningún militar se encontrará en todo el ámbito señalado: un juez civil mandará dicho lugar, y por supuesto, U. estará lo más lejos que pueda; pero de ningún modo deberá U. abandonar el territorio del Alto-Perú; porque su mando le está enteramente cometido. U. dará una proclama a esos pueblos diciéndoles estrictamente, *que yo no visitaré esas provincias hasta que no hayan concluido sus sesiones*, que dichas sesiones no son más que puramente deliberativas: que no tendrán ningún efecto actual mientras que el congreso del Perú no haya determinado lo que el Libertador y el ejército unido deben ejecutar con respecto a dichas provincias: que la asamblea se reunirá en un lugar en el cual no habrá un solo in-

dividuo del ejército libertador a veinte leguas en contorno, para impedir toda acusación de influencia militar en las actas de sus representantes. Todo esto debe U. adornarlo con la elegancia militar de un soldado que habla a hombres civiles. Yo creo también que U. deberá hacer un discurso apertorio de las sesiones de la asamblea, diciendo sencillamente las miras que U. se propuso al entrar en el territorio del Alto-Perú: mi sumisión al congreso peruano y los deseos del gobierno del Rio de la Plata expresados por el General Arenales. Todo con propiedad y justicia. Me parecería bien que U. hiciera el borrador y me lo mandara al Cuzco para yo verlo y opinar sobre su mérito. Ese discurso deberá ser remitido al presidente de la asamblea».

Aquí ha concluido esta correspondencia sobre un negocio de la mayor importancia y de la que ninguno de nuestros historiadores hace mención. La conducta de Sucre, liberal y moderada, no satisfizo a Bolívar,. como lo demostró desaprobando el decreto de 9 de febrero convocatorio de la asamblea que debia decidir de la suerte de las provincias del Alto-Perú.

El Libertador, aunque ostensiblemente parecía apoyarse en que la soberanía de estas provincias era ofensiva a los derechos del Rio de la Plata, sobre las cuales consideraba incontestable aquel derecho, conforme al principio que servia de regla a las divisiones políticas y territoriales de los estados de la América del Sud, caía también en contradicción cuando decía a Sucre que esperara lo que resuelva el congreso del Perú, como haciendo depender la soberania del Alto-Perú de dos jurisdicciones extremas y opuestas.

En la moderación y prudencia con que Sucre contestaba a la desaprobación a veces dura y autoritaria del Libertador, no cedió de su resolución de reunir la asamblea general ya convocada, y que sólo la aplazó una y otra vez como medida política.

Cedió el Libertador ante las reflexiones de Sucre, y ante la autorizada palabra de Arenales, que le manifestó que «el poder ejecutivo de las provincias unidas del Rio de la Plata, le ha prevenido colocase estas provincias en aptitud de pronunciarse libremente sobre sus intereses y gobierno»; pero cedió a medias, disponiendo que la deliberación de esta asamblea no recibiria ninguna sanción hasta que se instalara el congreso del Perú, y que las provincias del Alto-Perú no reconocerían otro centro de

autoridad hasta la instalación del nuevo congreso peruano, que la del gobierno supremo de esa república.

Como preveía Bolívar, su decreto de 16 de mayo fué mal recibido, y no obstante él la asamblea declaró por voto unánime que las provincias del Alto-Perú se erigían en estado independiente de todas las naciones del viejo y del nuevo mundo.



CAPÍTULO VIGÉSIMO OCTAVO

1825.—El proceso de la reunión de la asamblea general del Alto-Perú en 1825.—La instalación de la asamblea.—Discusión y proclamación de la independencia del Alto-Perú.—Acta de independencia de las provincias del Alto-Perú, y juicio crítico sobre ese documento.—La ley de 11 de Agosto de 1825.—La legación de diputados ante Bolívar.—Forma de gobierno; la primera bandera, el escudo y moneda nacionales.—Los últimos actos legislativos, la diputación permanente y la disolución de la asamblea.

El proceso de la reunión de la asamblea general del Alto-Perú en 1825.—Ya sabemos que apenas pasó el Desaguadero el gran mariscal Antonio José de Sucre, con el ejército libertador, su primer acto fué dictar en el cuartel general de La Paz, el decreto de 9 de febrero de 1825, convocando a una asamblea general de diputados de las provincias del Alto-Perú a la ciudad de Oruro para el 19 de abril.

Contestando Sucre de Chuquisaca, en carta de 4 de abril, a la primera del Libertador, en que se oponìa a la reunión de la asamblea, le decía: «Por último, he tenido la buena fortuna de que la ocupación de los departamen-

tos de Potosí y Chuquisaca por los españoles ha impedido las elecciones, y que por tanto no se verificará la reunión de la asamblea para el 19 de abril, sino el 25 de mayo, para cuyo tiempo estará U. aquí y le dará el giro que quiera al negocio. Esta gente creo que seguirá los consejos que U. les dé, y en este caso es mejor que esté reunida la asamblea, para que haga una deliberación legítima.......»

Chuquisaca, centro de opiniones, «con pueblo bajo patriota y mucha gente decente», según entonces contaba Sucre a Bolívar, pudo contemplar paseando del brazo a los dos amigos partidarios de la autonomía del Alto-Perú, a don Antonio José de Sucre y a don Juan Antonio Alvarez de Arenales, Al ver tanta unión las hablillas y los moralizadores se preguntaban, ¿qué acabarán por hacer?.

La cholada reconoció en el general Arenales a su antiguo caudillo militar de 1809, y saludó con vítores al jefe de los tercios que habían comenzado la empresa americana de la revolución. El espíritu público de la plebe patriota no subía de nivel un grado màs. En la clase superior removía los ánimos el tema de «qué se harà y qué no se hará»; pero todas las gentes del pais temían el advenimiento de la intromisión oficiosa de elementos extraños para la resolución de un problema nacional, sin atreverse a concentrar esfuerzos colectivos para producir una opinión que apoyara y vigilara a la pròxima asamblea.

Chuquisaca presentábase como un intenso resumen representativo de la nueva era en las provincias altoperuanas, «De Chuquisaca entonces se podía decir como dice en ciertos casos la psicología de los sociólogos de nuestra época: era un sitio de la vitalidad del organismo donde se podía juzgar generalizando, sentir presintiendo y hacer con trascendencias».

No estaba Arenales ni podía estar en el secreto confidencial de que Bolívar había negado a firme instrucciones a Sucre sobre su conducta en el Alto-Perú, e ignoraba que la convocatoria había sido enérgicamente reprobada a causa de apertura de representación a unas provincias que Bolívar reputaba sin soberanía. Pero al fin habìa Arenales advertido que a la vuelta de tres meses el gobierno de la dictadura no libraba aún su aprobación al decreto de 9 de febrero.

Calculaba Arenales que el primer aplazamiento, el de la reunión para el 25 de mayo, había sido dispuesto por Sucre para dar tiempo a que Bolívar llegara. Pero una

tarde, hablando con Sucre, le dijo éste que había resuelto suspender la reunión de la asamblea altoperuana hasta la venida de Bolívar, o bien hasta que el gobierno argentino contestase si quería que hubiera asamblea. El general Arenales expresó que, a su parecer, todo retardo era un mal, pues cada vez y en cada pueblo se convencía más y más de que la reunión de la asamblea era árbitrio único para salvar las provincias. Sucre que creía lo mismo insistió en la suspensión, y lo hacía sólo por lo que Bolívar le dijera confidencialmente contra la reunión en la carta de febrero 21.

Entre tanto el general Sucre siguió diciendo que no habría asamblea hasta que estuviera presente Bolivar y hasta que el gobierno general de Buenos Aires hablara; pero recogiendo toda su energìa había escrito antes a Bolívar, el 27 de abril, así: «Lo que sì nunca diré a los pueblos es que esta reunión no se hará, porque como la desean perderíamos toda la opinión que tenemos en ellos si les quitamos esta esperanza, particularmente cuando la realizaremos con acuerdo del gobierno argentino».

Cuando iba empezando lo vivo de la agitación electoral recibió Arenales la autorización aquella de abril 8, para que empleara sólo sus esfuerzos y respetos en proteger el orden y la libertad con que los pueblos debían adoptar la forma de gobierno que quisieran. Pasó entonces una circular, el 4 de mayo, a todos los cabildos, por considerar que en la actualidad investían en cierto modo la representación, conforme a costumbre, de los vecindarios y del pais en suma. Les encargaba a nombre del gobierno de las Provincias Unidas del Río de la Plata, la importancia y trascendencia del gran acto electoral a que habían sido convocadas las provincias por el comandante en jefe del ejército de ocupación.

La verdad es que no hubo ni una sola respuesta de consideración, porque las municipalidades mostraron que no tenian ni rudimentos del gobierno propio.

El 1°. de junio habia salido de Chuquisaca el general Sucre para Cochabamba, cuando recibió el 2 por el camino la correspondencia oficial y confidencial de Bolívar. El contenido de ella y el aviso de que este no venia luego al Alto-Perú, sino que pasaba de Arequipa al Cuzco para estar hacia el promedio de agosto en La Paz, le impulsaron a volverse para cumplir, desde el punto céntrico de Chuquisaca, las órdenes del dictador del Perú, que eran

de alcance general y muy importantes en las circunstancias.

Al dia siguiente dictó Sucre la orden de 3 de junio, para que la asamblea general se reuna el 24 del mismo mes en Chuquisaca (1).

Inmediatamente, el 4 de junio, se retiró el general Arenales a Yotala para evitar interpretaciones desfavorables a su carácter y conducta, y hacer patente a todo el mundo su alejamiento de toda influencia en los asuntos del dia.

El pliego grave, gravísimo que preocupaba a Sucre, a Arenales y a los diputados que ya estaban en Chuquisaca, era el decreto de Bolívar dictado en Arequipa el 16 de mayo, el que ya conocemos. En sus considerandos elogia el gran desprendimiento del congreso del Perú, citando su resolución de 23 de febrero, y manifiesta el respeto quo profesa a los derechos de la república del Rio de la Plata y de las provincias del Alto-Perú; hace mención de la convocatoria dictada por Sucre a una asamblea de representantes de estas provincias, y dice que Arenales le habia comunicado que tenía instrucciones de las Provincias Unidas de colocar a las provincias del Alto-Perú en aptitud de pronunciarse.

A continuación van los cinco artículos: Las provincias del Alto-Perú se reunirán en asamblea general, conforme al deseo del poder ejecutivo de las Provincias Unidas del Rio de la Plata y de las mismas provincias; la deliberación de esta asamblea no recibirá ninguna sanción hasta la instalación del congreso peruano en el año próximo; las provincias del Alto-Perú quedarán entre tanto sujetas a la autoridad del general Sucre; la resolución del congreso del Perú de 23 de febrero será cumplida sin alteración; y las provincias del Alto-Perú no reconocerán otra autoridad, hasta la instalación del congreso peruano, que la del gobierno de esa república.

Queda el Alto Perú bajo la tutela del gobierno dictatorial del Perú, y en una situación de simple espectativa hasta que se reuna el congreso de aquel Estado.

Dos estados soberanos, el Perú y las Provincias Unidas, se disputan el dominio del Alto-Perú, y Bolívar, con

---

[1]. Todos nuestros historiadores, mal informados y tomando en cuenta solo esta orden del general Sucre, afirman que la asamblea general se instaló el 24 de junio, lo que no es exacto; su instalación solemne tuvo lugar el 10 de julio, día en que principió sus funciones legislativas.

poderes solo de una de las altas partes, como se dice en derecho internacional, se considera llamado a dirimir el conflicto como árbitro conciliador de tan opuestos intereses; y este juez sentencia en favor del Perú, dejando en libertad a las provincias del Alto-Perú para que expresen su voluntad, pero sin sanción, quedando a esperar la reunión y la voluntad del congreso peruano.

Aparece contradictorio el juicio que tenía Bolívar sobre la condición del pueblo altoperuano. Afirmó primero que carece de soberanía por pertenecer su territorio a las Provincias Unidas; y después dice: esté libre el Alto-Perú para resolver sobre su destino; pero sea para cuando el congreso peruano lo consienta en su nueva instalación. ¿Y cuándo será esta instalación? En el año próximo (1826) dice el artículo 2º. del decreto ¿Cuándo vino en realidad a verificarse? En 1827 dice la historia.

Paz Soldán, el historiador peruano, condena con imparcialidad la usurpación de 1825 en el Alto-Perú, con estas palabras:

«¿Qué derecho tenía Bolivar para coartar o restringir la voluntad de provincias que no le debian su libertad? Por el contrario, ellas dieron el primer grito de independencia, y la sostuvieron derramando su sangre en mil combates. Las provincias argentinas pudieron con más motivo reclamar derechos y no lo hicieron......»

A fines de mayo se habia reunido en Chuquisaca un número no escaso de representantes, con los que el general Sucre habia arreglado, que reunida la asamblea, esta decretara que los departamentos del Alto-Perú quedasen, no bajo la autoridad de un gobierno provisional propio, como se pensara antes, sino gobernados bajo la suprema dirección de Bolivar, por año y medio a dos años, mientras el pais observaba la marcha de una y otra república, el Perú y el Rio de la Plata, para saber unirse a aquel de los dos Estados que más conviniera a los intereses del Alto-Perú.

Llegó en esto el decreto de Arequipa el 2 de junio. Sucre comunicó en rererva su tenor a un grupo de los más influyentes diputados, que lo recibieron con la más dolorosa sorpresa.

Sea que se lo pidieran o que expontáneamente lo ofreciera, quedó Sucre de no publicar todavía el decreto. Los diputados quedaron de consultar a sus colegas de mayor valer y consejo.

En este día como en los siguientes, todas las pláti-

cas de Sucre con los diputados que iban llegando, fueron muy interesantes. Lástima que las crónicas o los escasos datos valederos de aquella época, apenas nos dan el resumen de opiniones. Evidente es que, los diputados del Alto-Perú ya congregados en Chuquisaca, al llamado del general Sucre, le dejaron comprender a éste claramente lo que pretendian ejecutar en vista del decreto de Bolívar. No se resignaban a deliberar sin sanción; a deliberar como representantes de un pueblo soberano, y dependiendo todavía de la voluntad de un poder extraño; nò se resignaban a echar sobre sus hombros tamaña responsabilidad ante sus comitentes y ante la posteridad. Hasta propusieron suspender la asamblea y toda deliberación, esperando que se reuna el congreso del Perú, y que entonces tal vez fuera posible que deliberaran con serenidad y decoro, aquella como esta corporación representativa.

Mientras tanto, si los diputados no atinaban a salir de la sorpresa dolorosa que les causaba el decreto de Bolívar, Sucre sentìa exacerbarse en su pecho la mal ocultada indignación de la vergüenza. Un instante pensó resueltamente en no dar curso al decreto. Al fin puso por obra darle curso en cuanto a su ejecución omitiendo el promulgarle en ninguna forma.

Lejos de ocurrir suspensión los representantes estaban ya congregados en número considerable en Chuquisaca. Desde el primer momento se habian expedido circulares a las provincias avisando que el 24 de junio debian estar todos reunidos a fin de que una comisión examinara los poderes y el 1º. de julio comenzara la asamblea sus trabajos.

Respuesta a Sucre sobre su convocatoria y primer aplazamiento de la asamblea, y respuesta a la conducta de Arenales en marcha desde Tilcara el 4 de abril, eran unos pliegos que en fines de junio recibió el delegado argentino. Con su lectura dió este por terminada su misión y se retiró a su gobierno de Salta, manifestándose satisfecho porque su conducta no habia discrepado de los propósitos de su gobierno ni del espíritu predominante en las Provincias Unidas sobre las actuales cuestiones del Alto-Perú.

En Buenos Aires sólo tenian conocimiento de los primeros actos expontáneos de Sucre; pero ignoraban el decreto de Arequipa de mayo 16, e ignorándolo, el congreso general constituyente de las Provincias Unidas del Rio de la Plata dictó su decreto de 9 de mayo, ordenando la

salida de una legación que a nombre de la nación Argentina felicite al Libertador, y regle con él cualquier dificultad que pueda sucitarse de resultas de hallarse libres las provincias del Alto-Perú, y que la legación invite a estas para que concurran a aquel congreso constituyente, reconociendo por base la plena libertad que tienen para disponer de su suerte.

Dos días antes del retiro de Arenales, el 25 de junio, corria en Chuquisaca un rumor que puso en movimiento a los ya muchos representantes aquí reunidos. Cartas y un borrador parlamentario comunicaban que una comisión informante iba en Buenos Aires a presentar un proyecto al congreso sobre la actitud que asumirá la nación Argentina en vista de las ocurrencias del Alto-Perú. Se trataba de reconocer la soberania de estas provincias, parte integrante del territorio argentino,. para que renovase los pactos de la antigua unión y enviase diputados al congreso, con este objeto, o pará hacerse un Estado independiente.

Los partidarios de la agregación al Perú se desalentaron, y los de la independencia cobraron valor. Era visible el halago que la proyectada actitud argentina traia a las aspiraciones patrias.

El general Sucre advirtiò que las opiniones tendian a uniformarse en el sentido de la independencia, y llamó a algunos de los diputados más influyentes para tomar un acuerdo definitivo.

Estaba todo dispuesto, y partieron los cuerpos del ejército en todas direcciones a acantonarse en un diámetro de cuarenta leguas. El general Sucre recomendó para el mando de la ciudad y guarda de la asamblea al mismo que obtenia la presidencia o prefectura del departamento. Los representantes cumplian en su primera sesión eligiéndole por unanimidad. Era este el general Santa Cruz, altoperuano, célebre entonces por haber perdido un ejército y andar muy desopinado en las provincias, pero que en público y en privado mostraba no tener más ley de sus actos y destino que la voluntad de Bolívar, y a quien no ha mucho éste habia hecho jefe del estado mayor general del ejército Unido Libertador. (1).

---

(1). G. R. Moreno. Ayacuho en Buenos Aires, pág. 656. Urcullu, pág. 154 dice que Sucre dejó el mando de la provincia de La Plata en el general Arenales, lo que no es cierto. Sucre dejó Chuquisaca ocho días después que Arenales.

Después de dictar otras medidas, y ya con la certeza de que las sesiones preparatorias comenzarian el 5 y sería la instalación el 10, el general Sucre dejó Chuquisaca la tarde del 2 de julio, y via de Mizque llegaba el 8 temprano a Cochabamba. A los seis dias se alejaba de allí camino de Oruro a La Paz.

La instalación de la asamblea.—El dia 10 de julio de 1825 se presentó la ciudad de Chuquisaca engalanada, sus balcones con lujosas colgaduras, las calles tapizadas de flores, las esquinas con arcos triunfales simbólicos; por todas partes se encontraban las manifestaciones de alegria, se escuchaban los gritos de júbilo y se aspiraba el ambiente de la libertad.

«El diez de julio—dice una crónica de aquellos sucesos memorables—(1) ha sido el dia de entusiasmo y orgullo del año 25, en que se ha presentado en la Universidad, plantel de ciencias, el espectáculo digno de admiración, la reunión de representantes de un millón de libres que aspiran a recibir la carta magna de sus imprescriptibles derechos.......»

Todo era alborozo, confraternidad y ternura «cuando un respetuoso silencio anunció el feliz momento de la instalación de la asamblea. El ciudadano que la presidia, con la ceremonia más solemne, la declaró instalada», y selló el acto con su patriótica alocución (2).

«Realizada la inauguración, instantáneamente se desprendió una comisión del seno de la asamblea, para cumplir en el templo los deberes que imponen los sentimientos religiosos, y dar gracias al Eterno por la visible protección de nuestra sacratísima causa. En su regreso todas las corporaciones a su vez felicitaban a la asamblea por su suspirada reunión, expresando que ella era el consuelo de los hombres, la primera y más dulce de sus esperanzas, y que sobre las inmobles bases de la unidad, moralidad y orden se elevaba en la capital de Charcas, la pirámide de la asociación política del Alto-Perú.

(1). Gaceta de Chuquisaca, Nº 1º Julio 30.

[2]. Estaban congregados 39 diputados, y en presencia de todas las corporaciones oficiales prestaron juramento de «observar y proteger la religión católica, apostólica, romana, desempeñar el cargo de representantes según el voto de las provincias de su representación, y guardar inviolable secreto en los casos que prescribe el reglamento».

«Acto contínuo se leyó por uno de los representantes la exposición de la conducta política y militar del excelentísimo señor general en jefe del ejército libertador del Alto-Perú Antonio José de Sucre, desde que pasó el Desaguadero hasta el 30 de junio».

Esto es lo que en nuestro lenguaje político actual se llama el mensaje o discurso de apertura del congreso. Además de esta memoria política o mensaje dirigido a la asamblea, y que fué leido por uno de los secretarios en la sesión de apertura de julio 10, como queda dicho, en la sesión tercera de julio 13, algunos representantes introdujeron la memoria administrativa del general Sucre, como documento instruido con iniciativas sobre varias leyes interiores de urgencia que la asamblea debiera dictar, con expedientes indicativos de recursos y arbitrios para establecer colegios, para el fomento de la agricultura y minería, etc., etc.

El doctor don Mariano Serrano, diputado por Chuquisaca, quizá reputado como el más práctico parlamentario, fué encargado por el general Sucre de dirigir las sesiones preparatorias y recomendado para ocupar la presidencia.

El 19 de julio partió de Chuquisaca un correo extraordinario a dar cuenta de la instalación de la asamblea al Libertador. El presidente decía en el oficio, que la asamblea «se acoge a la mano protectora del padre común del Perú, del salvador de los pueblos, del hijo primogénito del Nuevo Mundo, del inmortal Bolívar........Con V. E. lo haremos todo, todo lo seremos con su ayuda».

Bolívar contestó de vuelta del Cuzco en Lampa el 3 de agosto, con frases de caluroso agradecimiento y cortesía.

Discusión y proclamación de la independencia del Alto-Perú.—No fué largo el debate sobre la independencia del Alto-Perú, y la verdad es que ofrece poco interés.

En las sesiones del 18 y 21 de julio, los primeros en ocupar la tribuna fueron los diputados por Chuquisaca José Mariano Serrano y Casimiro Olañeta, y pronunciaron ardientes y patrióticos discursos opinando, como todo el mundo opinaba ya, por constituir estas provincias en Estado independiente. El diputado Eusebio Gutiérrez, sostuvo que, «estas provincias no podian constituir un Es-

tado independiente porque carecian de virtudes políticas, de verdadero patriotismo, de espíritu público y elementos de seguridad», y concluyó opinando por la adhesión al Bajo-Perú. El diputado Angel Mariano Moscoso, dió opinión resuelta en favor de la independencia.

En la sesión del 22, el diputado por La Paz, José María Mendizábal, vicepresidente de la asamblea, sostuvo opinión adversa y se fundó «en los grandes inconvenientes que tenía el Alto-Perú para constituirse independiente; por su escasez de recursos, debilidad de fuerzas, ninguna marina, absoluta carencia de puertos, y otros que le ponian en la precisión de asociarse al Bajo Perú, en cuya unión hallaria todo lo que por sí no tenía, y lograría ese grado de respetabilidad que se requiere para que los demás estados le reconozcan y dejen en el goce pacífico de sus derechos: que sin esta asociación tampoco habria el equilibrio político que se desea».

El gran tribuno Olañeta contestó a todos los argumentos expuestos por los adversarios a la idea de independencia. El diputado Gutiérrez volvió a hablar corroborando su opinión ya conocida. El diputado por Potosí, José María Enríquez expuso sus ideas en favor de la independencia. El diputado por Cochabamba Manuel Mariano Centeno, dijo que «temía que las generosas demostraciones de la República Argentina sólo fuesen con el objeto de lograr vernos entregados a nosotros mismos y atacarnos luego con el menor pretexto.....Que Bolívar y Sucre, únicos en quienes podíamos fiar, nos faltarían mañana......Por tanto, debia el Alto-Perú asegurarse ante todo de la protección de estos señores».

En la sesión del 23 opinaron por la independencia los diputados por Potosí Manuel Antonio Arellano y José Antonio Pallares, rebatiendo las opiniones contrarias. El diputado Enríquez explicó y confirmó su juicio emitido en la sesión anterior, relativo a que era de necesidad proceder siempre bajo la protección del ejército libertador. Manifestaron en seguida, ideas favorables a la independencia, Miguel José Cabrera, diputado por Cochabamba, Manuel José Calderón, diputado por Potosí, Dionisio de la Borda, diputado por Cochabamba, y J. Manuel Montoya, diputado por Potosí. El diputado Centeno, cuyas opiniones adversas se acentuaron en la sesión anterior, se decidió en ésta por la independencia, pero siempre que se obrase bajo la protección de los jefes del ejército libertador.

En la sesión del 28 de julio, expresaron pareceres conformes con el espíritu dominante en la asamblea por la independencia, José Ignacio Calderón y San Gines, diputado por La Paz, Isidoro Trujillo, diputado por Potosí, Manuel María García, diputado por Potosí. Volvió a ocupar la tribuna el diputado Serrano, para exponer las consideraciones que le inclinaban a sostener la independencia de las provincias del Alto-Perú, y rebatió los argumentos contrarios.

Después de este discurso, la asamblea declaró cerrado el debate, y designó la comisión encargada de presentar el proyecto relativo, compuesta de Serrano, Mendizábal, Urcullu, Olañeta, Dalence, Centeno y Asín.

No se pidió el voto de la asamblea, esperando la llegada de los diputados que aun faltaban: Incorporado el 6 de agosto Antonio Vicente Seoani, diputado por Santa Cruz e informado de que se esperaba su concurrencia para decidir la cuestión, expresó su parecer por la independencia. El presidente de la asamblea, puso inmediatamente las siguientes tres proposiciones: 1ª. ¿se unirán las provincias del Alto-Perú a la Argentina?—2ª. ¿las mismas se unirán al Bajo Perú?—3ª. ¿Los departamentos del Alto Perú se erigirán en un Estado soberano e independiente de todas las naciones, tanto del Viejo como del Nuevo Mundo? La asamblea se pronunció por absoluta unanimidad en contra de la primera proposición. En cuanto a la segunda, sólo hubo dos votos por la afirmativa, los de los diputados por La Paz, Eusebio Gutiérrez y Juan Manuel Velarde; todos los demás se pronunciaron en contra. La tercera y última proposición fué aprobada por la plenitud de votos de todos los diputados concurrentes.

Estaba, pues decidida la independencia. Se suscribió incontinenti el acta que declaró nuestra soberanía como Estado autónomo y libre (1).

(1). A falta del libro original de actas de la asamblea de 1825, que ha sido remitido de la Biblioteca Nacional de esta ciudad a La Paz, para su publicación, nos hemos servido para este resúmen, de las «Leyes numeradas y compiladas de la República Boliviana, y comentadas por el Dr. Agustín Iturricha», quien nos ha asegurado que ha tomado esta información de las sesiones de la asamblea, del archivo del Sr. José R. Gutiérrez. El mismo resúmen, está publicado con más extensión en el libro «La Creación de Bolivia», por Sabino Pinilla, tomado también del mismo archivo de José R. Gutiérrez, págs. 186 a 197. En la sesión de 21 de julio, la asamblea «nombró al doctor Manuel María Urcullu redactor del acta de sus sesiones, casi por unanimidad de votos, para que llevase un extracto de lo más substancial que representaban los discursos pronunciados por los señores diputados».

Acta de independencia de las provincias del Alto-Perú, y juicio crítico sobre ese documento.—«Lanzándose furioso el Leon de Iberia desde las columnas de Hércules hasta los imperios de Motezuma y de Atahuallpa, es por muchas centurias que ha despedazado el desgraciado cuerpo de América y nutrídose con su sustancia. Todos los Estados del continente pueden mostrar al mundo sus profundas heridas para comprobar el dilaceramiento que sufrieron; pero el Alto-Perú aun las tiene más enormes, y la sangre que vierten hasta el dia, es el monumento más auténtico de la ferocidad de aquel monstruo.

«Después de diez y seis años que la América ha sido un campo de batalla, y que en toda su extensión los gritos de libertad, repetidos por sus hijos, se han encontrado los de los unos con los de los otros, sin quedar un ángulo en toda la tierra, donde este sagrado nombre no hubiese sido el encanto del americano, y la rabia del español; después que en tan dilatada lucha, las naciones del mundo han recibido diferentes informaciones de la justicia y legalidad con que las regiones todas de América han apelado, para salvarse, a la santa insurrección; cuando los genios de Junín y de Ayacucho han purgado la tierra de la raza de los déspotas; cuando en fin grandes naciones han reconocido ya la independencia de Méjico, Colombia y Buenos Aires, cuyas quejas y agravios no han sido superiores a las del Alto-Perú: sería superfluo presentar un nuevo manifiesto justificativo de la resolución que tomamos.

«El mundo sabe que el Alto-Perú ha sido, en el continente de América, el ara donde se virtió la primera sangre de los libres, y la tierra donde existe la tumba del último de los tiranos: que Charcas, Potosí, Cochabamba, La Paz y Santa Cruz, han hecho constantes esfuerzos para sacudir el yugo peninsular; y que la irretractabilidad de sus votos contra el dominio español, su heróica oposición, han detenido mil veces las impetuosas marchas del enemigo sobre regiones que, sin esto, habrian sido encadenadas, o salvádose sólo con el último y más prodigioso de los esfuerzos.

«El mundo sabe también, que colocados en el corazón del continente, destituidos de armas, y de toda clase de elementos de guerra, sin las proporciones de los otros estados para obtenerlos en las naciones de ultramar, los

altoperuanos han abatido el estandarte de los déspotas en Aroma y la Florida, en Chiquitos, Tarabuco, Cinti, en los valles de Sicasica y Ayopaya, Tumusla, y en otros puntos diferentes: que el incendio bárbaro de más de cien pueblos, el saqueo de las ciudades, cadalsos por cientos levantados contra los libres, la sangre de miles de mártires de la patria ultimados con suplicios atroces que estremecerian a los caribes, contribuciones, pechos y exacciones arbitrarias e inhumanas, la inseguridad absoluta del honor, de la vida, de las personas y propiedades, y un sistema, en fin, inquisitorial, atroz y salvaje, no han podido apagar en el Alto-Perú el fuego sagrado de la libertad, el odio santo al poder de Iberia.

«Cuando, pues, nos llega la vez de declarar nuestra independencia de la España, y decretar nuestro futuro destino de un modo decoroso, legal y solemne, creemos llenar nuestro deber de respeto a las naciones extranjeras, y de información consiguiente de las razones poderosas, y justos fundamentos impulsores de nuestra conducta; reproduciendo cuanto han publicado los manifiestos de los otros estados de América con respecto a la crueldad, injusticia, opresión y ninguna protección con que han sido tratados por el gobierno español; pero si esto, y la seguridad con que protestamos a presencia del gran padre del Universo, que ninguna región del continente de Colón ha sido tan tiranizada como el Alto-Perú, no bastase a persuadir nuestra justicia, apelaremos a la publicidad con que las legiones españolas, y sus jefes más principales, han profanado los altares, atacado el dogma, han insultado el culto, al mismo tiempo que el gabinete de Madrid ha fomentado, desde la conquista, la más hórrida y destructora superstición: les mostraremos un territorio con más de trescientas leguas de extensión de norte a sur, y casi otras tantas de este a oeste, con rios navegables, con terrenos feraces, con todos los tesoros del reino vegetal en las inmensas montañas de Yungas, Apolobamba, Yuracaré, Mojos y Chiquitos, poblado de los animales los más preciosos y útiles para el sustento, recreo e industria del hombre, situado donde existe el gran manantial de los metales que hacen la dicha del orbe, y le llenan de opulencia, con una población, en fin, superior a las que tienen las repúblicas Argentina, y la de Chile; todo esto les mostraríamos y diríamos: ved, que donde ha podido existir un floreciente imperio, solo aparece, bajo la torpe y desecante mano de Iberia, el símbolo de la ignorancia, del

fanatismo, de la esclavitud e ignorancia; venid y ved, en una educación bárbara calculada para romper todos los resortes del alma, en una agricultura agonizante guiada por sola rutina, en el monopolio escandaloso del comercio, en el desplome e inutilización de nuestras poderosas minas, por la barbarie del poder español, en el cuidado con que en el siglo XIX se ha tratado de perpetuar entre nosotros solo los conocimientos, artes y ciencias del siglo VIII; venid, en fin, y si cuando contemplais a nuestros hermanos los indígenas hijos del gran Manco-Capac, no se cubren vuestros ojos de torrentes de lágrimas, viendo en ellos hombres los más desgraciados, esclavos tan humillados, seres sacrificados a tantas clases de tormentos, ultrajes y penurias, direis, que respecto de ellos parecerian los ilotas ciudadanos de Esparta, y hombres muy dichosos los níjeros ojandalams del Indostán, concluyendo con nosotros, que nada es tan justo como romper los inicuos vínculos con que fuimos uncidos a la cruel España.

«Nosotros habríamos también presentado al mundo una nerviosa y grande manifestación de los sólidos fundamentos con que después de las más graves, prolijas, y detenidas meditaciones, hemos creido interesar a nuestra dicha, no asociarnos, ni a la república del Bajo Perú ni a la del Rio de la Plata, si los respetables congresos de una y otra, presididos de la sabiduria, desinterés y prudencia, no nos hubiesen dejado en plena libertad para disponer de nuestra suerte. Pero cuando la ley de 9 de mayo del uno, y el decreto de 23 de febrero del otro, muestran notoriamente un generoso y laudable desprendimiento, relativamente a nuestro futuro destino, y colocan en nuestras propias manos la libre y espontánea decisión de lo que mejor conduzca a nuestra felicidad y gobierno; protestando a uno y otro estado eterno reconocimiento, junto con nuestra justa consideración, y ardientes votos de amistad, paz y buena correspondencia, hemos venido por unanimidad de sufragios en fijar la siguiente—

«*Declaración*: La representación soberana de las provincias del Alto Perú, profundamente penetrada del grandor e inmenso peso de su responsabilidad para con el cielo y con la tierra, en el acto de pronunciar la futura suerte de sus comitentes, despojándose en las aras de la justicia de todo espíritu de parcialidad, interés y miras privadas; habiendo implorado, llena de sumisión y respetuoso ardor, la paternal asistencia del Hecedor santo del

orbe, y tranquila en lo íntimo de su conciencia por la buena fe, detención, justicia, moderación y profundas meditaciones que presiden a la presente resolución, declara solemnemente a nombre y absoluto poder de sus dignos representados: Que ha llegado el venturoso dia en que los inalterables y ardientes votos del Alto-Perú, por emanciparse del poder injusto, opresor y miserable del rey Fernando VII, corroborados con la sangre de sus hijos, consten con la solemnidad y autenticidad que al presente, y que cese para con esta privilegiada región la condición degradante de colonia de la España, junto con toda dependencia, tanto de élla, como de su actual y posteriores monarcas: que en consecuencia, y siendo al mismo tiempo interesante a su dicha, no asociarse a ninguna de las repúblicas vecinas, se erige en un Estado soberano e independiente de todas las naciones, tanto del viejo como del nuevo mundo; y los departamentos del Alto-Perú, firmes y unánimes en esta tan justa y magnánima resolución, protestan a la faz de la tierra entera, que su voluntad irrevocable es gobernarse por sí mismos, y ser regidos por la constitución, leyes y autoridades que ellos propios se diesen, y creyesen más conducentes a su futura felicidad en clase de nación, y el sostén inalterable de su santa religión Católica, y de los sacrosantos derechos de honor, vida, libertad, igualdad, propiedad y seguridad. Y para la invariabilidad y firmeza de esta resolución, se ligan, vinculan y comprometen, por medio de esta representación soberana, a sostenerla tan firme, constante y heroicamente, que en caso necesario sean consagrados con placer a su cumplimiento, dafensa e inalterabilidad, la vida misma con los haberes, y cuanto hay grato para los hombres. Imprímase y comuníquese a quien corresponde para su publicación y circulación. Dada en la sala de sesiones en 6 de agosto de 1825, firmada de nuestra mano, y refrendada por nuestros diputados secretarios».

—Esta célebre acta que, por muchos que sean sus defectos, constituye la base y el primer acto de nuestra historia nacional, fué suscrita por cuarenta y ocho diputados: por Charcas 7, por La Paz 12, por Cochabamba 10, por Potosí 17, y por Santa Cruz 2.

Ya hemos dicho que la asamblea nombró, en la sesión de 28 de julio, una comisión compuesta de siete diputados, los más ilustres, encargada de redactar la declaración de la independencia de las provincias del Alto-Perú. No obstante esto, nadie duda de que la famosa acta

de 6 de agosto, fué obra exclusiva del diputado Serrano, porque está redactada en su lenguaje propio, que es el mismo, con algunos pensamientos idénticos, que empleó en su discurso de instalación de la asamblea, y en el oficio que pasó a Bolívar dándole cuenta de este acto.

Este primer documento de nuestra historia republicana, está tachado por su estilo excesivamente ampuloso y exagerado, y por las expresiones ofensivas que contiene contra la madre patria, que en la ocasión parecen inevitables, como exposición de los motivos que obligaron a la América a separarse de la España.

Verdad es que documentos de esta naturaleza deben ser redactados en lenguaje sobrio y sencillo, dando toda la grandeza posible al acto. Sirve de ejemplo la *declaración* de los representantes del congreso de los Estados Unidos, de 4 de julio de 1776: «Cuando el curso de los acontecimientos humanos pone a un pueblo en la necesidad de romper los lazos políticos que le unían a otro pueblo, y de tomar entre las potencias de la tierra el lugar especial y el rango de igualdad a que tiene derecho en virtud de las leyes de la naturaleza y de las del Dios de esa misma naturaleza.....; el respeto que ese pueblo debe a las opiniones del género humano exige que exponga y declare al mundo entero los motivos que le obligan a aquella separación».

Pero después de este bello preámbulo y de algunas otras consideraciones y principios generales, el acta de la independencia de Norte América prorrumpe también en duras protestas contra el rey de la Gran Bretaña, «cuya historia es un tejido de injusticias y usurpaciones, teniendo por objeto establecer una tiranía absoluta».......«ha devastado nuestros mares, asolando nuestras costas, quemando nuestras ciudades, degollando además a nuestros conciudadanos».

Cuando consultamos las actas de la independencia de los estados de Sud América, encontramos en ellas toda la exageración de aquella época, como inspirada por el terror que dejaron los excesos de la guerra. Uno de los documentos más sobrios fué el acta del congreso de Tucumán de 9 de julio de 1816, que algunos han atribuido a Serrano, que la refrendó como secretario, y que los historiadores argentinos afirman que fué redactada por fray Cayetano Rodríguez. Pero el mismo congreso del Tucumán encargó a Serrano la redacción del manifiesto sobre el tratamiento y crueldades que las Provincias Uni-

das de Sud América habian sufrido de los españoles y motivaron la declaratoria de su independencia. Es un documento notable, con toda la grandilocuencia fecunda de Serrano para trazar cuadros de horror de la guerra de la emancipación.

Examinando el acta y declaración de nuestra independencia, en el preámbulo, aunque en lenguaje ampuloso y rebuscado, se hace una extensa enumeración de los sacrificios que habia hecho el Alto-Perú durante los quince años de la cruenta lucha, justificando la resolución que iba a tomar la soberana asamblea; y después, los representantes de los departamentos del Alto-Perú, «protestan a la faz de la tierra entera, que su voluntad irrevocable es gobernarse por sí mismos y ser regidos por la constitución, leyes y autoridades que ellos propios se diesen y creyesen más conducentes a su futura felicidad en clase de nación, y el sostén inalterable de su santa religión católica, y de los sacrosantos derechos de honor, vida, libertad, igualdad, propiedad y seguridad».

Esa acta sublime, aunque no sea un modelo de literatura política, se destaca en nuestra vida democrática como el monumento que proclama la independencia del Alto-Perú.

La ley de 11 de agosto de 1825.— Esta es la ley que se ha llamado de entronización, glorificación e inmortalización de Bolívar. El proyecto fué presentado por el diputado Serrano, en la sesión del 8 de agosto, en compañía de los diputados Mendizábal, Asín, Urcullu, Centeno, Olañeta y Dalence. Después de algunas observaciones, aclaraciones y modificaciones, el proyecto fué ley, y la registra la Colección Oficial de la República de Bolivia con este resúmen: «Denominación del nuevo Estado. Reconocimiento de gratitud, premios y honores al Libertador, y Gran Mariscal de Ayacucho. Gratificación al ejército libertador».

La ley de que nos estamos ocupando tiene tal importancia en la formación de la República de Bolivia, que es indispensable que la historia la reproduzca en sus términos precisos:

«La asamblea general del Alto-Perú, deseando acreditar pública, expresiva y solemnemente su eternal gratitud y reconocimiento eminentemente justo, al inmortal Libertador de Colombia y del Perú, Simón Bolívar, al

valiente y virtuoso Gran Mariscal de Ayacucho, y al ejército libertador, vencedor de los vencedores de Guaqui, Vilcapugio, Ayoma, Sipesipe y Torata: deseando igualmente perpetuar en la memoria de los altoperuanos, que a tan heroicas, generosas y nobles manos debe esta región su existencia política, su libertad y la reunión del cuerpo que ha deliberado sobre su futura suerte; ha venido en decretar y decreta lo siguiente:

«1º.—La denominación del nuevo Estado es, y será para lo sucesivo, República Bolívar (1).

«2º.—El Alto-Perú expresa al continente entero, que en razón de su ilimitada confianza en el Libertador de Colombia y del Perú, le reconoce por su buen padre, y mejor apoyo contra los peligros del desorden, anarquía, tiranía, invasiones injustas, y ataque cualquiera al carácter de nación de que se ha investido, por voto unánime de sus representantes.

«3º.—S. E. el Libertador tendrá el supremo poder ejecutivo de la República, por todo el tiempo que resida entre los límites de élla, y donde quiera que exista fuera de estos, tendrá los honores de Protector y Presidente de élla.

«4º.—El 6 de agosto, memorable porque en él aprendió el Ibero feroz, en los campos de Junín, a huir en el Perú de las legiones inmortales mandadas por el Libertador, será consagrado en fiesta cívica, y se celebrará anualmente en todo el territorio de la República.

«5º.—El nacimiento del Libertador será anualmente una fiesta cívica en todo el territorio de la República; más esta resolución no tendrá efecto, sino después de la vida de S. E.

«6º.—El retrato de S. E. el Libertador será colocado en todos los tribunales, cabildos, universidades, colegios,

---

(1). La denominación de República Bolívar es usada oficialmente sólo en las leyes números 3, 4, 5. 6 y 7; desde la número 8 se dice República Bolivia, República Boliviana.—Leyes numeradas por Agustín Iturricha.

Para bautizar la nueva república del Alto-Perú al ofrecerle su constitución, Bolívar inventó un nombre derivado, y la llamó Bolivia. «Solo Dios tenía potestad para llamar a esa tierra *Bolivia*. ¿Qué quiere decir Bolivia? Un amor desenfrenado de libertad. No hallando vuestra embriaguez una demostración adecuada a la voluntad de sus sentimientos, arrancó vuestro nombre y dió el mío a todas vuestras generaciones»—Discurso preliminar al «Proyecto de constitución de la República de Bolivia», escrito por Bolívar, pág. 15, edición original de Bogotá, 1826.

escuelas, y casas de pública enseñanza, para que su vista recuerde la memoria del padre de la patria, y estimule a la imitación de sus excelsas virtudes.

«7º.—En cada una de las capitales de los departamentos de la República, se colocará la estátua ecuestre de S. E. el Libertador, sobre una columna.

«8º.—El Gran Mariscal de Ayacucho, como encargado inmediato del mando de los departamentos de la República, mandará formar, y presentará a S. E. el Libertador, una medalla de oro, tachonada de brillantes, del diámetro que juzgue más adecuado, para que en el anverso de ella se figure el cerro de Potosí, y al Libertador colocado al término de una escala formada de fusiles, espadas, cañones y banderas, en actitud de fijar, sobre la cima de dicho cerro, la gorra de la libertad, y en el reverso, entre una guirnalda de oliva y laurel, la siguiente inscripción: *la República Bolívar agradecida al héroe cuyo nombre lleva.*

«9º.—El día 9 de diciembre será consagrado en fiesta cívica, en todo el territorio de la República, en celebridad y grata memoria de la eminente gloriosa jornada de Ayacucho.

«10º.—El aniversario del nacimiento de S. E. el Gran Mariscal de Ayacucho, será también celebrado anualmente, como fiesta cívica, en todo el territorio de la República, después de los días de S. E.

«11º.—El retrato del Gran Mariscal será colocado a la izquierda de S. E. el Libertador de Colombia y del Perú, en todos los lugares, y con los mismos objetos que expresa el art. 6º. de este decreto.

«12º.—El Gran Mariscal de Ayacucho será reconocido primer general de la República, con la denominación de Capitán General, hasta que la ley determine la correspondiente al último grado militar del estado.

«13º.—S. E. gozará también del título de defensor y gran ciudadano de la República Bolívar.

«14º.—La ciudad capital de la República y su departamento, se denominarán en lo sucesivo, Sucre.

«15º.—El presidente de este departamento queda encargado de mandar gravar, y presentar a S. E. el Gran Mariscal Antonio José de Sucre, a nombre del Congreso, una medalla de oro, guarnecida de diamantes, del diámetro que crea bastante, para que en su anverso se grave a S. E. arrancando al Perú, figurado por una vicuña, de entre las garras de un leon, y al reverso la siguiente ins-

cripción: *la República de Bolívar a su defensor héroe de Ayacucho.*

«16º.—Una estátua pedestre del Gran Mariscal será colocada sobre una columna en cada una de las capitales de los departamentos de la República.

«17º.—Se mandará construir una gran lámina de oro, en cuyo centro se verá una hermosa joven indígena, símbolo de América, sentada sobre los despojos de un leon, y bajo de un pabellón, formado de los estandartes de los estados del continente, esta joven estará abrazando con la diestra al Libertador, y con la siniestra al Gran Mariscal de Ayacucho, y estos dos héroes se verán en actitud de decorarla con la gorra de la libertad, y pisando grillos y cadenas despedazadas. En los costados se gravarán los nombres de los otros generales y jefes, que concurrieron a las acciones de Junín y Ayacucho, y al pie los de todos los comandantes y oficiales que se hubiesen distinguido en ambas. Esta lámina se colocará en la sala de sesiones de la República Bolívar.

«18º.—Todo hombre que hubiese combatido por la libertad en Junín o Ayacucho, se reputará natural y ciudadano de la República Bolívar.

«19º.—Un millón de pesos será distribuido oportunamente, por S. E. el Libertador, al ejército unido libertador, vencedor en Junín y Ayacucho, como un pequeño premio de su valor y servicios hechos a la América en general, y a esta República en particular.

«20º.—Para que el premio establecido en el artículo anterior tenga su debido lleno y cumplimiento, se autoriza plenamente a S. E. el Libertador, a efecto de que por medio del agente o agentes que tuviere a bien nombrar, negocie un empréstito de la cantidad necesaria para realizar el premio, afianzando el pago con los fondos de la República.

«Comuníquese a S. E. el Gran Mariscal de Ayacucho para su publicación y cumplimiento. Dado en la sala de sesiones de Chuquisaca a 11 de agosto de 1825».

—No queda duda sobre que la redacción de esta célebre ley de prosternación altoperuana, pertenece a Serrano, al mismo autor del acta de la independencia: está cantando con su lenguaje sonoro, con sus términos rebuscados, con su expresión de «ibero feroz», con su exagerado pensamiento de «acreditar pública, expresiva y solemnemente su eternal gratitud y reconocimiento eminen-

temente justo, al inmortal Libertador de Colombia y del Perú, Simón Bolívar.....»

Los más notables historiadores de América critican los términos rendidos y las exageraciones a que llegó el primer congreso del Alto-Perú, después de haber declarado su independencia, sin tomar en cuenta la agresión y desconocimiento de la soberanía de estas provincias, que contenía el decreto de Arequipa dictado por Bolívar el 16 de mayo del mismo año.

Declarar Estado independiente la colonia, libertarla de la autoridad del rey para someterla a la voluntad de otro señor, a quien se dió el supremo poder ejecutivo en todo tiempo y todo el tiempo que residiese en su territorio, son actos que no se comprenden después de una guerra de quince años por la independencia, y en los primeros pasos de la vida democrática de un pueblo.

Así aparece a primera vista; pero es necesario juzgar los acontecimientos con relación a los tiempos en que tuvieron lugar y a los personajes que definian de la suerte de la América, cuya voluntad podia hacer surgir la nueva nacionalidad, o anexarla como parte integrante de otra.

La asamblea del Alto-Perú no tenia más autoridad que la del derecho, y un poder moral inmenso; pero le faltaba la fuerza para su sostenimiento. En tal situación se dió por desapercibida del autoritarismo subyugador de Bolivar, para dominarle por los estimulos de las pasiones que consumían su alma: la gloria y el poder.

Con la fuerza moral de su autoridad, la asamblea salia al encuentro del Libertador en defensa de los derechos del Alto-Perú, y salía como no podía salir de otro modo, en tono de imploración, tocando con tacto político, la grandeza de sus ambiciones.

El Libertador era un poder formidable en la América del Sud, no sólo por la fuerza material que tenía bajo sus órdenes, sino también por la gloria legítima que le ilustraba como a guerrero y estadista.

La misma República Argentina, envió primero en misión especial al general Arenales ante el Libertador, a tratar de la suerte de las provincias del Alto-Perú, y después constituyó una legación de dos eminentes diplomáticos para felicitarle y honrarle.

En estos actos como en los de la asamblea del Alto Perú se ve mezclado el temor con la previsión política. Si hubo exceso de debilidad o de abyección en la ley de

11 de agosto, al frente del atentatorio decreto de Arequipa, fué porque la asamblea no podia proceder políticamente de otro modo, cuando trataba de ganar la voluntad de Bolívar, para constituir en nación soberana las provincies del Alto-Perú.

La legación de diputados ante Bolívar. —No se habia declarado todavia la independencia del Alto Perú, pero estaba ya acordada incontrastablemente, cuando en la sesión del 4 de agosto, el diputado Mendizábal, interpretando la aspiración de la asamblea de ganar la voluntad del Libertador, a fin de asegurar la aceptación de sus deliberaciones, presentó la siguiente moción:

«Diríjase a S. E. el Libertador Bolívar una legación de dos individuos del seno de la asamblea, cuyas labores se concretan a los puntos siguientes:

«Primero. Presentar a S. E., a nombre de la misma, copia autorizada del acta de la independencia, expresándole cuán lisonjero le seria el que este pronunciamiento analogice con las ideas paternales del héroe a quien se le remite.

«Segundo. Hacer a S. E. una manifestación de los sentimientos de gratitud que animan a la asamblea por los incomparables e inmensos servicios que ha prestado a la causa general de las Américas, particularmente al Alto Perú, que hoy se eleva al rango de nación independiente y soberana por los esfuerzos de su brazo poderoso.

«Tercero. Suplicar a S. E. se digne levantar o explicar su superior decreto dado en Arequipa el 16 de Mayo último, en consideración a que (aun sin haber sido promulgado) él atrae los miramientos de la asamblea y pararía el curso de sus tareas.

«Cuarto. Presente, en fin, un decreto que sea de premios con que el cuerpo de representantes explique de un modo digno las ideas en que indeciblemente abunda. Chuquisaca, Agosto 4 de 1825».

Puesta a discusión, el debate recayó principalmente sobre el artículo 3º., relativo a la abrogación del decreto de 16 mayo, que debia solicitarse del Libertador, conceptuándose dicho paso como de suma gravedad, capaz de arrastrar a complicaciones imprevistas. Con la aprobación de los artículos 1º. y 2º. se suspendió la sesión; la del día 5 fué secreta, y en ella, además de otros puntos, se

aprobó el proyecto del acta de la independencia, la que fué solemnemente proclamada en la sesión del 6.

El día 8 se nombró a los diputados Olañeta y Mendizábal para formar la legación parlamentaria ante el Libertador, la que tuvo un secretario de fuera de la asamblea, el señor Hilarión Fernández. En las sesiones posteriores se trató de la ley de premios y honores, de la forma de gobierno y de la designación de una comisión compuesta de los diputados Serrano, Asín, Lanza, Dalence, Pinedo, Martin y Moreno para que redacte el proyecto de instrucciones a que debia sujetarse la legación, y de las credenciales con que se autorizaría a los miembros de ella.

El libro de actas de las sesiones de la asamblea, termina los actos públicos concernientes con la breve anotación de 20 de agosto, que dice: «Luego se pidió sesión secreta por los señores diputados Gutiérrez, Eyzaguirre y Olañeta. Su resultado avisa el libro respectivo».

Las instrucciones de la legación fueron pues, unas públicas y otras reservadas. Las primeras, en dos artículos, contráense a felicitar al Libertador y al Gran Mariscal Sucre, por su heroismo, sacrificio, constancia y gloria, al propio tiempo que a agradecerles por los grandes servicios prestados al Alto-Perú. Las segundas, en síntesis son estas:

«Pedir al Libertador la supresión del decreto de 16 de Mayo último, pretextando que la asamblea, una vez dejada en el uso amplio de su soberanía, no procederá sin oir los sanos y paternales consejos de S. E.», y solicitarle igualmente la aprobación de las resoluciones fundamentales expedidas por ella.

En caso que el Libertador se negara a suspender el decreto de 16 de mayo, la legación deberá hacerle presente, en nombre de la asamblea, que cualquiera que sea el encargado del mando de estas provincias, después que aquél se retire, se hallará sujeto a una regla constitucional provisoria, arreglándose los tribunales de justicia, suprimiéndose la ley bárbara de los tributos y reglamentándose los derechos de aduanas.

Insinuar al Libertador que se digne por sí mismo, o autorizando al Gran Mariscal de Ayacucho, nombrar un agente cerca del gobierno de Buenos Aires para que negocie el renonocimiento de la independencia del nuevo Estado, y en caso de tener inconvenientes, permita a la asamblea el verificarlo.

«La legación hará el más grande y poderoso esfuerzo con S. E. para lograr de su generoso y paternal carácter una promesa y seguridad de que empleará sus esfuerzos, valimiento y poderoso influyo con el Bajo Perú para que la línea divisoria de uno y otro Estado se fije de modo que tirándola del Desaguadero a la costa, Arica venga a quedar en el territorio de esta República (Bolívar), que hará las indemnizaciones necesarias por su parte».

Rogar al general Bolívar, oficialmente, para que interponga sus respetos con el gebierno de Colombia, a efecto de que consienta en la permanencia del Gran Mariscal Sucre por algunos años en esta República, con el carácter y representación que la asamblea tuviere por conveniente investirle.

Que en caso que S. E. consienta en esta proposición, la legación lo anuncie al Gran Mariscal de Ayacucho, suplicándole que por su parte no se niegue, mientras se consolide el orden y tome estabilidad el gobierno.

Y que se represente al Libertador la necesidad de levantar un empréstito de cuatro o cinco millones para dar impulso a la industria, a la minería, artes y ciencias, por medio de agentes nombrados por él, cuya opinión desea conocer la asamblea para darle las autorizaciones necesarias.

En la sesión, igualmente secreta del 20 de agosto, se autorizó a la legación para que solicite del Libertador un proyecto de constitución para el régimen político de la nueva República, haciéndose constar en el debate que este acto no importa que la asamblea se desprenda de sus facultades soberanas.

La legación parlamentaria se entrevistó con el general Bolívar en la ciudad de La Paz, adonde este habia llegado el 18 de agosto, y en audiencia solemne llenó su cometido ante el Libertador y el Gran Mariscal de Ayacucho por lo tocante a los dos puntos de las instrucciones públicas, y en cuanto a las de carácter reservado, en conferencias privadas de 5 y 6 de septiembre (1).

En la sesión de la asamblea de 29 de septiembre, el diputado Olañeta, como miembro de la legación cerca de S. E. el Libertador, ocupó la tribuna, para informar sobre el resultado de la misión, y contrayéndose a los dos artículos del decreto de 15 de agosto manifestó haberse

---

(1). La Creación de Bolivia por Sabino Pinilla.

dado el deseado lleno a ellos en audiencia pública que obtuvo la legación de Bolívar y Sucre.

En cuanto al artículo 1º. de las instrucciones reservadas expuso, que el Libertador, en conferencia privada, habia hecho ver los inconvenientes que se presentaban para que él pudiese alzar su decreto de 16 de mayo: 1º. que teniendo éste por objeto único la consolidación e independencia del Alto-Perú, era de necesidad comunicar el pronunciamiento de 6 de agosto al Perú, y negociar su reconocimiento antes de sancionarle: que S. E. no estaba autorizado para reconocer la independencia del Alto-Perú, sino únicamente el poder legislativo del Bajo Perú, que residia en su congreso; mucho más cuando éste en uno de sus decretos se habia reservado la facultad de deliberar sobre la suerte de estas provincias por haberlas ocupado militarmente, y redimídolas con sus esfuerzos: 2º. que habiendo formado estas provincias pacto de familia con la República Argentina desde el principio de la revolución por hallarse situadas en el territorio de aquel virreinato, y habiendo tenido por esto representación en aquel congreso, fué reconocida esta república por los gabinetes de St. James y Wáshington con todo el territorio de su antigua demarcación. Que esto supuesto era indispensable que la República Argentina reconociese la independencia del Alto-Perú de un modo expreso y solemne antes que éste pudiese constituirse y darse leyes: 3º. que era preciso no dar lugar a que con el tiempo alguno de los mismos departamentos del Alto-Perú aspirase a desprenderse de los demás, como sucedería si la sola deliberación de un pueblo bastase para erigirle en soberano sin el reconocimiento de los estados vecinos; que estas y otras fundamentales razones que manifestó S. E. embarazaron a la legación solicitar el alza de dicho decreto; que por consiguiente no pudo tener efecto lo prevenido en el artículo 2º. de las instrucciones.

Sobre el artículo 3º. presentó la legación la nota que habia pasado al Libertador, y la contestación de S. E. de 7 de septiembre. En ella manifiesta que la resolución del congreso peruano de 23 de febrero no le ha autorizado para llamar a los representantes del Alto-Perú a darse leyes ni gobierno provisorio; que más bien le ha coartado toda facultad que mire a poner en posesión de su soberanía estas provincias, reservándose el tratar sobre esta materia luego que dicho congreso se haya reunido completa y legalmente, pues la representación nacional del Perú

no habia sido hasta ahora sino muy incompleta y muy provisoria; que S. E. como jefe de su poder ejecutivo, igualmente provisorio, no podía reconocer en modo alguno la existencia de un nuevo estado, sin que este reconocimiento fuese previamente declarado por el poder legislativo; que S. E. como autorizado por el referido congreso para establecer en el Alto-Perú un gobierno provisorio, lo más que podrá hacer en su obsequio, y consecuente a la distinguida consideración que le merece, será mejorar todas aquellas instituciones que la asamblea creyere defectuosas, ofreciéndose a defender los derechos del Alto-Perú con cuanto interés y vigor le inspira una gratitud sin límites por el pueblo generoso que ha querido llamarse Bolívar, dando a su nombre una inmortalidad a que no tenía derecho.

El señor Olañeta añadió que S. E. conforme a lo que acababa de decir oficialmente a la legación le habia prevenido de palabra ser su voluntad que disuelta la asamblea quedase una diputación permanente compuesta de cinco vocales, uno de cada departamento a elección de la misma asamblea, para que ella con conocimiento de las necesidades de las provincias e instituciones que les sean convenientes, discuta y delibere sobre ellas, dejando a S. E. su ejecución y cumplimiento, prometiendo S. E. de su parte ser exacto ejecutor de cuanto se le representare para conducir a la felicida a estos cinco departamentos, hasta tanto que reconocida la independencia del Alto-Perú se reuniese su congreso constituyente, lo que podría lograrse hasta el 25 de mayo del año entrante.

En orden al artículo 4º. la legación mostró haber aprobado S. E. el proyecto de negociarse el reconocimiento de la independencia del nuevo estado con la República Argentina; pero que era de opinión se practicase lo mismo con las demás repúblicas de América, debiendo estas legaciones recibir su nombramiento y credenciales de la misma asamblea, a las que prometió S. E. dar competente autorización, y aun esforzarla con su influjo para su mejor éxito.

Por lo relativo al artículo 5º. prometió la legación satisfacer a la sala en sesión secreta.

Lo prevenido en el artículo 6º. hizo ver la legación haber desempeñado con igual eficacia. S. E. el Libertador en su nota relativa a este punto, se compromete a recomendar con el mayor ahinco cerca del gobierno de Colombia la solicitud de la asamblea sobre la permanencia

del Gran Mariscal de Ayacucho en estas provincias, esperando fundadamente que dicho gobierno, no solo se prestará gustoso a esta demanda, sino que al contrario, se esmerará en complacer en todo al pueblo que ha honrado tan dignamente a dos de sus hijos.

Manifestó luego haber pasado a consecuencia al Gran Mariscal la nota que se le habia prevenido en el artículo 7º. La contestación de Sucre contiene los más gratos sentimientos de amistad y reconocimiento hacia el pueblo altoperuano, y los ardientes deseos que le animan, de contribuir en lo posible a su felicidad.

Por lo que toca al artículo 8º. el diputado Olañeta dijo: que S. E. le habia expuesto que poseyendo el Alto Perú ingentes riquezas en su territorio, de las que presto disfrutaria bajo de un gobierno próbido y libre, de ningún modo le convenía pedir empréstito alguno, ni tomarlo; por que además de perderse muchó en solo la variación de la moneda, los intereses eran excesivos y crecería la deuda enormemente mientras llegase el tiempo de satisfacerse con perjuicio del Estado y sin mayor utilidad; que por esta y otras razones no debía pensar la asamblea en tal empréstito.

Contrayéndose últimamente al artículo adicional de 20 de agosto, presentó el diputado la contestación de S. E. el Libertador a este punto. S. E. encubriendo sus luces bajo una profunda modestia dice reconocerse incapaz de dar al pueblo altoperuano una constitución perfecta, no poseyendo instrucción alguna literaria, ni científica; pero que si la asamblea quiere disponer de las facultades del Libertador, puede contar con un ardiente celo por el alivio de la humanidad, y con una ansia sin medida por la gloria y eternidad del pueblo Bolivia.

Resulta pues, de lo expuesto, que Bolívar se negó a abrogar su decreto inconsulto y atentatorio de 16 de mayo en Arequipa, por las razones que quedan anotadas y que no satisfacen en manera alguna. En el año siguiente, el mismo Bolívar, olvidando ya su argumentación de que el congreso peruano, por su resolución de 23 de febrero se habia reservado la facultad de deliberar sobre la suerte de las provincias altoperuanas, mandó al consejo de gobierno de Lima que reconociera la independencia y soberanía de la nueva nacionalidad, como lo verificó.

Es indudable que, desde el momento en que el Estado altoperuano se llamó Bolívar, el Libertador pensó en protegerlo, como expresó a la legación parlamentaria, en

reconocimiento a «que el pueblo generoso ha querido dar a su nombre una inmortalidad a que él no tenía derecho».

Mantenía Bolívar los titulos de «Libertador presidente de la República de Colombia, de Libertador de la del Perú, y encargado del supremo mando de ella», y en este carácter quiso tomar bajo su protección el desarrollo de los derechos y de la soberanía del Alto-Perú. «Quería pues, ese gran triunfador tener aun bajo su prepotencia los destinos del nuevo pais, caidos en sus manos por que él así lo quiso, a fin de que, desenvolviéndose ellos con su inmediata intervención, le reconocieran siempre como a su genio tutelar».

Es indudable también, que la asamblea del Alto-Perú de 1825, tuvo excesos de condecendencias y de glorificación para Bolívar y para el ejército colombiano, acaso por que no podía proceder de otro modo, y se sometía a todo, a fin de asegurar la independencia y la creación de esta nacionalidad. Si la historia se ve en un momento crítico para condenar aquellos actos de complacencia en aquellos días solemnes, cuando se consideraban de táctica política, para atraerse la voluntad omnipotente de Bolívar, no debe pasar en silencio ciertas debilidades que rayaron en absoluto sometimiento al Libertador, aunque el éxito hubiese asegurado sus aspiraciones de la independencia y formación de esta nacionalidad.

La primera bandera, el escudo y moneda nacionales.—En las sesiones del 13 y 17 de agosto, a iniciativa de las respectivas comisiones, la asamblea dictó las siguientes leyes, declarando la forma de gobierno del Estado del Alto-Perú, o República Bolívar, la división de poderes; los colores de la bandera de la República; designó el escudo de las armas y la escarapela para los ciudadanos, y determinó el peso, ley, denominación, etc. de las monedas:

La primera ley, sobre la forma de gobierno, dió lugar a algunos debates, estando conformes todos los diputados en la forma republicana, y quedó sancionada el 13 de agosto en esta forma:

«La asamblea general de la República Bolívar, después del solemne pronunciamiento de 6 del presente, que erige el Alto-Perú en Estado libre e independiente, ha creido interesante decretar, y decreta lo que sigue:

«1º.—El Estado del Alto-Perú se declara, en su forma de gobierno, representativo republicano.

«2º.—Este gobierno es concentrado, general y uno, para toda la República, y sus departamentos.

«3º.—El se expedirá por los tres poderes, Legislativo, Ejecutivo y Judiciario, separados y divididos entre sí.

«Comuníquese a S. E. el Gran Mariscal de Ayacucho, para que lo eleve al conocimiento de S. E. el Libertador, etc.

Las leyes del 17 de agosto a que nos hemos referido, son del tenor siguiente:

«La asamblea general de la República Bolívar, deseando fijar las banderas de este nuevo Estado, ha decretado y decreta lo que sigue:

«1º.—La bandera nacional será bicolor, verde y punzó; el campo principal será punzó, y a uno y otro costado irán colocadas dos fajas verdes del ancho de un pie; sobre el campo punzó se colocarán cinco óvalos verdes, formados de ramas de olivo y laurel, uno en el medio y cuatro en los costados, y dentro de cada uno de éstos óvalos se colocará una estrella de color de oro.

«2º.—La bandera menor solo llevará, en el centro del campo punzó, uno de los óvalos mencionados en el artículo anterior, con una estrella en el medio.

«Comuníquese a S. E. el Gran Mariscal de Ayacucho, para que lo eleve al conocimiento de S. E. el Libertador, etc.»

—«La asamblea general de la República Bolívar, deseando fijar el escudo de armas del nuevo Estado, ha venido en decretar, y decreta, lo que sigue:

«1º.—El escudo de armas de la República Bolívar, estará dividido en cuatro cuarteles, dos de ellos grandes, a saber: el de la parte superior y el del pie; y el del medio dividido por la mitad, formará los otros dos.

«2º.—En el escudo superior se verán cinco estrellas de plata sobre esmalte o campo azul, y estas serán significativas de los cinco departamentos que forman la República.

«3º.—En el cuartel del pie del escudo se verá el cerro de Potosí sobre campo de oro, y esto denotará la riqueza de la República en el reino mineral.

«4º.—En el cuartel del medio, en el costado, irá grabado sobre campo blanco el árbol prodigioso denominado del pan, que se encuentra en varias de las montañas de la Re-

pública, significándose por él la riqueza del Estado en el reino vejetal.

«5º.—Al costado de dicho cuartel se verá sobre campo o esmalte verde una alpaca, y esto significará la riqueza del Estado en el reino animal.

«6º.—A la cabeza del escudo se verá la gorra de la libertad y dos genios a los lados de ella, teniendo por los extremos una cinta en que se lea «República Bolívar»,

«7º.—La escarapela que han de llevar los ciudadanos de la República será bicolor, como sus banderas, es decir, entre verde y punzó, y una estrella color de oro en el centro.

«Comuníquese a S. E., el Gran Mariscal de Ayacucho, para que lo eleve a conocimiento de S. E. el Libertador, etc».

—«La asamblea general de la República Bolívar, deseando establecer el nuevo cuño de las monedas de oro y plata del Estado, ha decretado, y decreta, lo que sigue:

«1º.—Las monedas de oro y plata de la República Bolívar serán del mismo diámetro, peso y ley que hasta el presente.

«2º.—La moneda de plata, en su anverso, llevará grabado el cerro de Potosí, y un sol nacido sobre su cima, y a los costados del cerro irá expresado en un número, y una letra mayúscula, el valor de la moneda.

«3º.—En la circunferencia se verà, en el costado izquierdo, la palabra *República,* y en el derecho *Bolívar.*

«4º.— En la parte superior e inferior, en los lugares intermedios entre las mencionadas palabras, se verá en abreviatura, el lugar de la amonedación y nombre del ensayador, y en números el año en que fuere acuñada la moneda.

«5º.—En el reverso se grabará en el centro el árbol de la libertad, y cinco estrellas coronándole: al pie del árbol de la libertad aparecerán dos alpacas sentadas y enfrentadas, pero con el cuello levantado, y la vista fija en la copa del árbol.

«6º.—En la circunferencia se leerá: *Con unión, firmeza, orden* y *ley.*

«7º.—La moneda fuerte conservará el nombre de peso que hasta aqui: su división será en ocho soles, y no reales como antes.

«8º.—La moneda de oro no tendrá en su cuño otra diferencia de la de plata, que llevar grabado en el reverso el escudo de armas de la República, con dos pabello-

nes a los costados, y trofeos militares al pie de dicho escudo.

«Comuníquese a S. E. el Gran Mariscal de Ayacucho, para que lo eleve al conocimiento de S. E. el Libertador, y lo mande imprimir, publicar y circular».

Por la forma de la promulgación de estos decretos legislativos, se vé que el Gran Mariscal Sucre era el vínculo de comunicación, o sea el intermediario entre la asamblea y el Libertador.

Los últimos actos legislativos, la diputación permanente, y la disolución de la asamblea.—El 3 de octubre dictó la asamblea una ley determinando que el Gran Mariscal de Ayacuho se encargará del mando supremo de la República en ausencia del Libertador, debiendo solicitarse del gòbierno colombiano la permanencia del primero en la República Bolívar, a fin de que el congreso constituyente le pueda confiar el poder ejecutivo con arreglo a la voluntad de la asamblea y a la general de los pueblos. Dictó otra ley en la misma fecha, para el nombramiento de enviados ante las repúblicas Argentina, Peruana y Colombiana, con el objeto de negociar el reconocimiento de la independencia de Bolivia y manifestarles la gratitud de ésta por sus esfuerzos en favor de la libertad. El mismo día se declaró que el enviado ante el gobierno de Colombia negociará la permanencia en el territorio de la República de 2,000 hombres del ejército colombiano, mientras se forme el nacional.

«Estos enviados recibirán su nombramiento y credenciales de esta asamblea general, a los cuales dará S. E. el Padre de la República la competente autorización.

«La dotación de dichos enviados y sus secretarios, la regulará el mismo señor Libertador.

El dia 5 se nombró como enviado ante la República Argentina al vicepresidente de la asamblea, señor José María de Mendizábal; ante las Repúblicas del Perú y de Colombia y al congreso de Panamá, al señor Casimiro Olañeta. Fueron designados secretarios, para la primera legación. el señor Fermín Eyzaguirre, y para la segunda, el señor Angel Mariano Moscoso.

Por ley de 6 de octubre, la asamblea se declaró disuelta, y acordó el nombramiento de cinco individuos de su seno, uno por cada departamento, para que permanezcan en esta capital como una diputación que coopere, con el Padre

de la República, al bien y felicidad de ella, hasta el 25 de mayo del año entrante en que deberá reunirse nueva representación nacional.

En consecuencia, fueron nombrados como vocales propietarios, para formar la diputación permanente: por el departamento de Santa Cruz, el diputado Antonio Vicente Seoane; suplente, el id. Vicente Caballero. Por Cochabamba, el diputado José Manuel Tames; suplente, el id. Mariano Méndez. Por La Paz, el diputado Rafael Monje; suplente el id, Francisco María Pinedo. Por Chuquisaca, el diputado José Mariano Serrano; suplente, el id. José Ignacio de San Ginés.

Esta diputación permanente, que no pasó de simplemente consultiva, fué organizada por encargo del Libertador, que lo comunicó a la asamblea el diputado Olañeta, al dar cuenta de los actos de la legación parlamentaria. Fué tambien el mismo Libertador, quien insinuó al general Sucre que no habría motivo para que la asamblea deliberara más de ocho días, o a lo mucho por quince, suficientes para que resuelva sobre los destinos del Alto-Perú; sin embargo, la asamblea permaneció en el ejercicio de sus funciones durante tres meses, y se disolvió cuando Bolívar acababa de llegar a Potosí, quizá por indicación de éste, o comprendiendo que debía dejarle más amplia libertad para la organización de la República, cuya independencia habìa proclamado. Esta memorable asamblea, que no siempre se sometió a las exigencias de Bolivar, en sus relaciones con él «no fué ciertamente la vara que antes de doblarse se rompe; túvole sobradas complacencias».



CAPÍTULO VIGÉSIMO NOVENO

1825.—Bolívar en el Alto-Perú: su entrada triunfal a La Paz.—Bolívar en Potosí.—Las relaciones de la República Argentina con el Brasil, y la ocupación de la provincia altoperuana de Chiquitos por fuerzas brasileras.—La legación argentina ante el Libertador.—Cuestión de Tarija.

Bolívar en el Alto-Perú: su entrada triunfal a La Paz.—El 25 de julio por la tarde llegó el general Sucre de Cochabamba a La Paz, y desde ese momento se consagró a disponer un recibimiento público grandioso a Bolívar. El Libertador se hallaba en marcha del Cuzco a Puno, cuando recibió los pliegos en que se le comunicaban las resoluciones y decretos de la asamblea de Chuquisaca y los honores que se le habian acordado, y bajo tales auspicios resolvió no diferir por más tiempo su visita al nuevo Estado. Partió de Puno para Copacabana, y al día siguiente encontró al general Sucre que había ido a darle encuentro antes que pasara el Desaguadero. Al divisarse los dos libertadores, saltaron de sus cabalgaduras, y corrieron a abrazarse, y se abrazaron larga y silenciosamente.

El Libertador Simón Bolívar, después de un viaje de portentosas ovaciones en su tránsito desde Lima, llegó a La Paz el 18 de agosto de 1825. Un fiel cronista presencial describe aquel recibimiento en una página llena de maravillosas demostraciones de veneración, del engalamiento de la ciudad, de los regocijos populares, bailes, festines, etc. etc. (1).

«Los jefes militares, los empleados y una parte del vecindario salieron hasta el pueblo de Laja distante ocho leguas de la población: y el Cabildo eclesiástico que esperaba a S. E. a dos leguas se incorporó a la comitiva, que venía presidida de grupos de indígenas que en diversas secciones danzaban demostrando su alegría. La municipalidad que estaba aguardando a S. E. en el alto, le presentó allí un hermoso caballo cuyo aderezo tachonado con piezas de oro aumentaba su bizarría. Reunido en este punto todo el acompañamiento, era un espectáculo muy bello el que presentaba la bajada que conduce a la Ciudad, en donde un repique general de campanas y el ruido del cañón no permitian que el entendimiento se apercibiese de las varias y complicadas sensaciones.

«Una portada muy bien construida, y coronada con las banderas de Colombia y del Perú, y con geroglíficos alusivos a los triunfos del Libertador, estaba fabricada en el puente de la entrada principal. Cuando S. E. llegó a este lugar el presidente del departamento a nombre del pueblo, le entregó la llave de oro de la ciudad, manifestándolé la gratitud de que estaba animado, y la grande confianza que depositaba en el héroe que habia hecho todas sus felicidades. Desde el pórtico hasta el palacio formaban los gloriosos batallones de la segunda División de Colombia. Las calles por donde habia de pasar el Libertador estaban adornadas, con todo lo grande, con todo lo hermoso, con todo lo rico que posee el vecindario. Arcos

---

(1). Pinilla, en *La Creación de Bolivia*, dice que «el historiador G. R. Moreno, sirviéndose de una relación de aquella época, describe esta entrada en ciertas partes con frases sarcásticas». Tenemos a la vista la descripción de Moreno, que ha seguido la de un testigo presencial, citada en el Nº 1140 de la *Biblioteca Boliviana*: «Descripción del recibimiento que la ciudad de La Paz Hizo a S. E. el Libertador». Año 1825. Imprenta del Ejército: Administrada por Fermín Arébalo. Fué una de las primeras producciones de la tipografía boliviana. Impresión de La Paz, de donde la imprenta pasó a Chuquisaca. Ese mismo documento ha sido recientemente reproducido de «El Cóndor de Bolivia», Chuquisaca, Nº 2, en «La Verdad» de La Paz, Nº 6 de agosto de 1918, y nos servimos de él.

triunfales levantados a cortas distancias, presentaban la plata y la púrpura reunidas: las jóvenes espectadoras derramando esencias y flores perfumaban toda la carrera; y las monedas que esparcian entre el pueblo, las personas que no iban en la comitiva, hacian más interesante y más alegre la lucida marcha.

«Un momento después de haber llegado S. E. al palacio, que magníficamente se le tenía dispuesto, pasó a la Catedral a tributar al Señor el homenaje que le deben sus criaturas. Este acto sagrado se solemnizó, como de costumbre, con un Te Deum. Cumplido este deber S. E. se dirigió al palacio, donde la hermosura le aguardaba para felicitarlo como al héroe de la América. Un sacerdote coronó después a S. E. con un laurel de oro tachonado de brillantes, que formaba una corona. El Libertador, con aquella viveza y energía que hacen lo más hermoso de su carácter, quitándosela de la cabeza ornó con ella las sienes del General Sucre, diciendo: No es a mí, Señores, a quien es debida la corona de la victoria, sino al General que dió la libertad al Perú en el campo de Ayacucho.....»

Y sigue el testigo presencial haciendo la relación de las fiestas con que el pueblo de La Paz recibió al Libertador.

En la visita oficial que hicieron al Libertador los generales, jefes y oficiales del ejército de Colombia, llevó la palabra el gran mariscal de Ayacucho, como general en jefe, y en el discurso gratulatorio, después de saludarlo como al «salvador del nuevo mundo», como «al objeto querido de su corazón», como «al Padre de Colombia, sobre la tierra que forma la cuna de la regeneración americana», dijo:

«V. E., llevando sus bondades más allá de lo que es permitido por la justicia, ha dicho que la libertad del Perú, es debida al ejército unido; más, el ejército no pretende ni consentirá jamás una usurpación. Entre las posibilidades humanas no podia contarse un suceso tan completo y raro como nuestro último triunfo, sino la hubiese precedido un genio superior e inmortal. En nuestros conflictos en el campo de batalla, cuando iba a librarse la suerte de una nación entera, a la lucha más desigual; yo ocurrí al nombre de Bolívar para asegurar el resultado: nuestras legiones se multiplicaron al recuerdo de V. E. porque cada uno de mis camaradas recibió nuevo aliento y resolvió buscar la muerte, o ser digno de presentarse noblemente al Libertador de Colombia: no estuvo la per-

sona de V. E. en Ayacucho; pero V. E. existió en el corazón de cada soldado en el combate: sin esto, el Perú no sintiera hoy los prodigios del heroismo.

«El ejército, Señor, se ha confesado siempre deudor a V. E. de los inmensos bienes que posee........Existencia, patria, libertad: él desea que V. E. quiera aceptar la retribución de los títulos de honor y gloria que tan generosamente le ha dispensado. No seré capaz de llenar la misión con que me honran mis compañeros para felicitar a V. E. porque no puedo expresar bastante el sentimiento de su gratitud; pero sí podré asegurar sinceramente que nuestra vida será siempre un cordial homenaje de amor y respeto a Bolívar: «porque Bolívar es el amigo de los hombres, el ángel de la libertad».

Sucre era un alma apasionada, y amaba a Bolívar más que a la gloria. En su discurso, en el que sin duda se refiere al acto en que Bolívar le pasó la guirnalda de oro con que le coronó un sacerdote, declarando que no era a él a quien correspondia la corona de la victoria, sino al general que dió libertad al Perú en el campo de Ayacucho, siente como herida su modestia, no puede consentir en ser un usurpador, y pone su gloria a los pies de Bolívar. Jamás un teniente rindió mayor homenaje a su capitán. Bolívar era muy grande, pero Sucre hacia crecer esa figura con los fulgores de su gloria personal.

Este recibimiento de La Paz tiene la importancia histórica de ser la entrada de Bolívar al Alto-Perú.

Fué en la ciudad de La Paz donde la legación parlamentaria del congreso de Chuquisaca se entrevistó con Bolívar y llenó su cometido en los términos que hemos expuesto en el capítulo anterior.

Bolívar en Potosí.—Después de 33 días de permanencia en La Paz, el Libertador partió el 20 de septiembre a continuar la visita a los departamentos del sud, y a recibir en Potosí la legación que el gobierno del Rio de la Plata habia enviado con el objeto de cumplimentarle por el feliz éxito de la campaña, y entrar en otras negociaciones. Llegó a Oruro el 24 del mismo mes de septiembre, donde le recibieron las diputaciones enviadas por las principales poblaciones de Potosí, Chuquisaca y Cochabamba.

Después de tres días de descanso se dirigió a Potosí, en cuya célebre ciudad hizo su entrada el 5 de octu-

bre, entre el ruido estrepitoso de las aclamaciones del pueblo. El general Miller que estaba de prefecto del departamento, recibió al ilustre visitante con las más finas demostraciones de una exquisita hospitalidad, realzando así, por su parte, el mérito del regocijo popular. Las autoridades civiles de la ciudad habian hecho acuñar medallas de cobre, plata y oro en glorificación del augusto huésped, a quien le fueron presentadas como gratulatoria ofrenda, y a las personas de su séquito, como honorífico obsequio (1).

El día 26, acompañado del general Sucre, del prefecto del departamento, de los plenipotenciarios del Rio de la Plata y de su estado mayor, subió hasta la cúspide del cerro que da nombre a la ciudad. Sobre aquel famoso pico desplegó el Libertador las banderas de Colombia, del Perú y del Río de la Plata. Dice un testigo presencial, que, el Libertador, mirando hacia el norte, recorrió en espíritu la carrera gloriosa que habia hecho, los sufrimientos que habia arrostrado, la grande obra que habia consumado; quince años de pruebas, de alternativas, de derrotas y de victorias, con vicisitudes de desengaños y de esperanzas satisfechas. ¡Qué mucho, pues, que al posar su planta sobre la argentada cima del Potosí, cual si fuese el pedestal de su fama, se sublimase a la contemplación ideal de la América, libre y rodeada de elementos de prosperidad!.

Debió ser ciertamente el día más feliz en la vida de Bolívar, aquel en que ascendió a la cumbre de aquel clásico cerro de los gigantescos Andes, con cuya grandeza competia la del que habia llegado al zenit de la fama. Vedle, ahí está el héroe, árbitro de la paz y de la guerra; sostenido por el poder de la victoria, dirigiendo los destinos de naciones enteras, recibiendo los homenajes de todos; objeto de esperanzas para unos, de terror para otros, de admiración para todos.

Las relaciones de la República Argentina con el Brasil, y la ocupación de la provincia altoperuana de Chiquitos por fuerzas brasileras.—Para que se comprendan mejor las conferencias que celebró la legación argentina en Potosí

---

(1). *Memorias del general O' Leary.* t. II, pág. 404.
Memorias del general Miller, t. II, pág. 268.

y Chuquisaca con el Libertador, es preciso hacer conocer un antecedente.

Cuando el 25 de mayo de 1810 inició Buenos Aires la revolución de la independencia, no pudo la ciudad de Montevideo incorporarse a ella, porque estaba dominada por la fuerza militar. El gobierno de Buenos Aires resolvió libertarla y estableció su bloqueo. Sus autoridades solicitaron y obtuvieron el auxilio de la corte de Rio Janeiro; pero en virtud de estipulaciones posteriores contra los gobiernos de Buenos Aires y del Brasil, los auxiliares portugueses se retiraron y Montevideo se rindió en 1814 al general Alvear, que mandaba las fuerzas sitiadoras. La ciudad obedecìa al gobierno general, pero la provincia no reconocía otra autoridad que la de Artigas. So pretexto de impedir el contagio de la anarquía en su territorio, las tropas del rey del portugal volvieron a ocupar Montevideo, obligándose a no entregar la ciudad a los españoles, sino a sus propias autoridades. Esto pasaba en 1817.

En 1821 el barón de Laguna convocó una junta compuesta de empleados del gobierno portugués, y esta asamblea declaró incorporada la Banda Oriental al Brasil. Las cortes de Lisboa rehusaron ratificar este acto. En 1822, cuando el Brasil se declaró imperio independiente, el barón de Laguna declaró la Banda Oriental parte integrante del imperio; pero bien pronto esta provincia acabó por ponerse bajo la protección de Buenos Aires, y en pocos meses el pais entero estuvo insurreccionado.

La guerra entre la República Argentina y el Brasil era inminente, y el congreso argentino pensó en formar una alianza entre el Rio de la Plata, Perú y Chile para demandar la restitución de la Banda Oriental.

Una ocurrencia en la provincia altoperuana de Chiquitos hacía esperar al gobierno de Buenos Aires que el Libertador prestarìa su aquiescencia al plan.

Cuando a consecuencia de la marcha del ejército unido a órdenes de Sucre se insurreccionaron las provincias de Charcas y de Cochabamba, quedando interceptada la comunicación dèl general Olañeta y las orientales del Alto-Perú, el coronel Sebastián Ramos, gobernador de Chiquitos, solicitó la protección de las autoridades de Mato Groso, distrito limítrofe del Brasil, y el 28 de marzo de 1825 celebró un tratado con ellas sometiéndose al dominio del emperador.

Esta medida desatinada dió lugar a un atentado de un destacamento de tropas imperiales, que sin previa in-

timación, ocupó la provincia de Chiquitos, y el oficial a cuyas órdenes estaba la fuerza, Araujo e Silva, después de pasar la frontera, intimó a don José Videla, gobernador del departamento de Santa Cruz de la Sierra, que evacuase todo el territorio de la provincia. El jefe brasilero tuvo todavia la insolencia de amenazar al general en jefe del ejército unido, bajo cuya protección se encontraban las provincias altoperuanas, amonestándole se abstuviese de todo acto de hostilidad para recobrar la de Chiquitos.

El general Sucre contestó de Chuquisaca, el 11 de abril, al intruso oficial brasilero: «Prevengo al señor comandante general de Santa Cruz que si U. S. no desocupa en el acto la provincia de Chiquitos, marche contra U. S., y no se contente con libertar nuestras fronteras, sino que penetre al territorio que se nos declara enemigo, llevando la desolación, la muerte y el espanto para vengar nuestra patria, y corresponder a la insolente nota y a la atroz guerra con que U. S. lo ha amenazado. Reservo entre tanto el derecho para elevar los reclamos sobre este suceso al gobierno supremo del Brasil».

Inmediatamente mandó Sucre un cuerpo de tropas en auxilio de la provincia invadida, y escribió al comandante general Videla, que levantase guerrillas y aniquilase a los brasileros; más le autorizó para enviar agentes al territorio imperial a revolucionarlo, proclamando la libertad y los principios republicanos. Dió cuenta al Libertador de las medidas que habia adoptado y le consultó sobre la necesidad de invadir el Brasil.

Contestó el Libertador con espíritu sereno, como político y estadista: «La conducta de éste (del comandante brasilero) ocupando por la fuerza una provincia del Alto Perú, es injusta e infractora del derecho de gentes, y merece, sin duda, que se oponga la fuerza a la fuerza porque esto es de un derecho incontestable; pero esta fuerza debe sólo emplearse para recuperar lo usurpado, y no para invadir lo que no es nuestro......»

Entre tanto, la actitud enérgica de Sucre, y los términos con que se dirigió al jefe brasilero, alarmaron a las autoridades de Mato Groso haciéndoles ver la injusticia con que habian obrado, y anularon la convención en virtud de la cual fué anexada la provincia de Chiquitos al territorio del Brasil y ofrecieron satisfacción por los actos ilegales que se habian cometido (1).

[1]. Memorias del general O' Leary. T. II, cap. 45.

La legación argentina ante el Libertador.—Mucho celebró el gobierno de Buenos Aires el suceso de Chiquitos, porque creyó que el Libertador entraria seguro en sus miras, siquiera para vengar la ofensa. La legación enviada a tratar con él, investida de los poderes e instrucciones convenientes, llegó a Potosí el 7 de octubre. El día 8, el general Carlos María Alvear y el doctor José Miguel Diaz Vélez, que la componian, dieron parte oficial al secretario general del Libertador de su llegada y del objeto de su misión, y pidieron se les señalase día para presentar sus credenciales. Contéstoles que el Libertador les daría audiencia el 16 para recibir las felicitaciones con que el congreso argentino lo honraba; pero que como el ministro de relaciones exteriores residia en Lima, asiento del gobierno, no podía tratar oficialmente con ellos.

Esta contestación desconcertó a los plenipotenciarios, porque desvanecía las esperanzas que habian abrigado de que el Libertador no vacilaría en prestarse a sus proposiciones, y manifestaron su desaliento en la conferencia que tuvieron en la mañana siguiente con el secretario general, y expresaron sus temores de que la resolución del Libertador proviniese de resentimiento, por los ataques que le hacia la prensa de Buenos Aires. Con el deseo de disipar cualquier impresión adversa, solicitaron y el Libertador les concedió una entrevista particular.

Fueron recibidos el general Alvear y el doctor Vélez. Después del cambio de los cumplimientos de estilo el geral Alvear expresó su sentimiento con motivo de la resolución del Libertador de no entrar en negociaciones con la legación, y repitió lo que en la mañana habia dicho al secretario general. El Libertador le contestó, que lejos de tener el menor resentimiento contra el gobierno del Plata, ansiaba contribuir al resultado favorable de la misión presente, cuyos fines eran, en su concepto, de la mayor importancia a los estados americanos y altamente honrosos a su misma persona; pero que la decisión de tales cuestiones tocaba a los congresos del Perú y de Colombia.

Los plenipotenciarios le hicieron palpable la importancia de su misión; demostráronle que podia reasumir la autoridad que se le habia delegado, tratándose de asuntos de tanta importancia para las repúblicas americanas; adujeron sus temores de que tal negativa a tratar con ellos, se interpretase desventajosamente para la Confederación,

que la atribuirian a desacuerdo con el Perú, o lo que aun seria peor, a dudas del Libertador respecto a la justicia de la república del Plata en su lucha con el Brasil.

El Libertador les aseguró que su resolución era irrevocable, que cualquier otra conducta sería criticada por la malevolencia de ciertos periódicos de Buenos Aires. No obstante, les propuso que la nota referente a su incompetencia para negociar con la legación, sería retirada y sustituida por otra en que se silenciase el punto; que entonces les recibiría como plenipotenciarios, oiría sus proposiciones, formularía sus opiniones sobre ellas y las sometería a los gobiernos del Perú y de Colombia.

Los plenipotenciarios aceptaron el medio propuesto, y comprometieron la fe de su gobierno a la observancia de la más estricta reserva con relación al asunto. Protestaron que la administración nacional de su pais no tenía parte en las publicaciones ofensivas que hacia la prensa de Buenos Aires, y dieron a S. E., la más cabal satisfacción. Le informaron a continuación que, si a su salida de Buenos Aires el único objeto de la misión era el de felicitarle por sus triunfos, habian recibido después instrucciones para tratar sobre la guerra con el Brasil y solicitar para su patria la protección del Gran Bolívar; que Buenos Aires cubriria los gastos de la guerra; pero que no debía dejarse a la república del Plata luchar aislada con el imperio. Se refirieron al insulto hecho a las banderas de Colombia y del Perú con la invasión de la provincia de Chiquitos y sobre la necesidad de vengar tal ultraje. Insinuaron por fin al Libertador su vuelta a Colombia por la via de Rio Janeiro, lo que sería un acto digno de su fama.

Estas reflexiones impresionaron al Libertador y despertaron su ambición a nuevas glorias; pero se resistió a acceder a los deseos de los plenipotenciarios. Aprobó la resolución de mantener por las armas la posesión de la Banda, ofreciéndoles ayudarles, si lo permitian el Perú y Colombia. No ocultaba el Libertador que, a pesar de sus deseos de prestarse a la solicitud de los plenipotenciarios, se presentarian grandes obstáculos. Les propuso que penetraria él por el Pilcomayo a la provincia del Paraguay, con el objeto de obligar al dictador Francia, a imponerle que dejara a sus habitantes disponer de su propia suerte, o anexarlos a la Confederación del Plata, a cuya sección correspondia ese territorio.

Alvear y Diaz Vélez aplaudieron la idea, y le pre-

sentaron algunos reparos, haciendo comprender que habian recibido instrucciones de evadir esta proposición.

El 16 fueron recibidos los plenipotenciarios en audiencia pública, en la que presentaron sus credenciales. Fué vehemente el general Alvear en su discurso, en el que, después de felicitar al Libertador, a nombre del gobierno argentino, «por los altos y distinguidos servicios que ha prestado a la causa del Nuevo Mundo, cuya li bertad e independencia acaba de afianzar irrevocablemente», dijo que «el suelo sagrado de la patria se halla profanado por las plantas de un impío extranjero; que el emperador del Brasil, con violación de todos los derechos, se ha atrevido a provocar a los libres de Colón, pretendiendo usurpar la provincia de la Banda Oriental a la nación argentina, e insultando a la inmortal Colombia y al gobierno peruano con su inesperada agresión en las provincias del Alto-Perú, que se hallan bajo la protección de estas ilustres repúblicas. Tiempo es ya que el honor americano se conmueva y que el Libertador de Colombia y el Perú sea el brazo fuerte que se encargue de dirigir el espíritu nacional, para obligar a la corte vecina a desistir de una conducta tan poco leal como contraria a sus propios intereses».

El Libertador contestó......«el pueblo argentino debe contar siempre con que nuestro corazón no se apartará jamás de su futura suerte; que nuestro más vivo interés y nuestro más cordial afecto serán por aquel pueblo que empezó simultáneamente con nosotros la hermosa carrera de libertad que hemos terminado.

«No querriamos mencionar nuestros sensibles dolores; pero cuando el escándalo los publica ¿por qué callarlos? A la verdad, tenemos un derecho demasiado incontestable para sorprendernos de que un príncipe americano recien independiente de la Europa, que se halla envuelto en nuestra noble insurrección, y que ha levantado su trono, no sobre débiles tablas, sino sobre las indestructibles bases de la soberanía del pueblo y de la soberanía de las leyes, este príncipe que parecía destinado a ser el amigo de sus vecinas repúblicas, es el que ocupa todavia una provincia y una plaza fuerte que no le pertenecen, y que dominan a una de nuestras naciones más beneméritas. Por otra parte, sus tropas acaban de invadir nuestra provincia de Chiquitos para asolarla y ultrajarnos con amenazas bárbaras; y cuando el espanto de nuestras armas los ha puesto en fuga, entónces se llevan nuestras propie-

dades y a nuestros ciudadanos. Y sin embargo, estos insignes violadores del derecho de gentes han quedado impunes; nuestros pueblos humillados y nuestra gloria ofendida. Más demos gracias a los sucesos que han añadido nuevos nudos a los vínculos que nos estrechan, para que a la vez reclamemos nuestros derechos, como a la vez los adquirimos».

No llegaron los plenipotenciarios a ningún acuerdo con el Libertador en Potosí, y le siguieron a Chuquisaca, donde continuaron con el más grande empeño sus esfuerzos para comprometerle a tomar parte en la contienda que ya se preparaba con el Brasil. Viendo los plenipotenciarios que era ya inútil insistir más en atraerle a las miras políticas de Buenos Aires, le propusieron celebrar un tratado de alianza ofensiva y defensiva entre el Plata y Bolivia, contra el Brasil, reproduciendo en apoyo de este nuevo proyecto, los mismos argumentos de que se habian valido para sus pretensiones anteriores. El Libertador evadió la exigencia, prometiendo someterla al congreso boliviano.

Persuadidos los plenipotenciarios de que no podrian hacer cambiar de opinión al Libertador, el general Alvear solicitó, por medio de una nota confidencial bajo su sola firma, su opinión por escrito sobre los puntos siguientes: 1º. Si estaba decidido a ajustar un tratado de alianza entre Bolivia y el Plata para obligar al Brasil a devolver Montevideo. 2º. Si era de opinión de inducir al Perú y a Colombia a firmar el mismo tratado. 3º. Si el ministro del Perú enviado a Rio Janeiro a pedir satisfacción por la agresión contra el Alto-Perú, se reuniría con el ministro del Plata para reclamar la Banda Oriental. 4º. Caso de procederse a un tratado entre Bolivia y la Argentina, ¿cuál sería su base? 5º. Si antes de concluirse el tratado, necesitase el Plata tropas para emplearlas en reivindicar la Banda Oriental o para cualquier otro servicio, ¿las prestaría él y qué condiciones impondria?

El Libertador contestó a estas preguntas: A la 1ª. que estaba de acuerdo, y que quería que la liga con la república Argentina comprendiese toda la región que antes pertenecia a España, conforme al plan general de federación. La 2ª. quedaba contestada con la respuesta precedente. «No puedo persuadirme, decia, que el Perú y Colombia hagan tratados distintos con el Plata, cuando ya están ligados por uno solemne que no les permite separarse de su tenor». A la 3ª. que era difícil afirmar cuáles

podrian ser las instrucciones que el gobierno del Perú diera a su enviado a Rio Janeiro. A la 4ª., que una liga parcial no estaba en sus combinaciones; que si Bolivia llegaba a hacer causa común con el Plata, la base del tratado debería ser una liga militar, sólo por el tiempo necesario. A la 5ª., que carecía de autoridad para disponer de un solo soldado contra el emperador del Brasil, por que el Perú y Colombia dependian del congreso de Panamá en lo que mira a este punto; que si necesitasen tropas auxiliares, para cualquier *otro servicio*, como los plenipotenciarios insinuaban, que las concedería con placer. Este *otro servicio* a que aludia el Libertador era la invasión del Paraguay, hacía donde dirigía sus miradas (1).

Así terminaron, sin resultado ninguno, las gestiones de los plenipotenciarios argentinos, sobre este punto de llegar a celebrar una alianza entre el Plata y Bolivia contra el Brasil.

Cuestión de Tarija.—«En los otros puntos de su misión, encontró el general Alvear más pronta acogida de parte del Libertador, que teniendo por base de su política la justicia y la moderación, consintió en todo lo que no se oponía a esas condiciones», dice sin razón el general O' Leary; y sin conocer los antecedentes de la cuestión, agrega: «La provincia de Tarija, que era parte considerable del estado de Salta, se habia separado de la Confederación y unídose a la nueva república, ahora al reclamarla los enviados argentinos, ordenó que se restituyese a su antigua metrópoli».

El Libertador procedió con precipitación en tan delicado asunto, como sacrificando a Tarija por libertarse de las exigencias de los plenipotenciarios sobre un tratado de alianza contra el Brasil, que seguramente habria sido de consecuencias ventajosas para fijar nuestras fronteras con aquella nación.

Oigamos a Urcullu, que fué el encargado de conferenciar con los enviados argentinos:

«Los enviados de la república Argentina solicitaron que el partido de Tarija se entregase a la provincia de Salta, a quien decian pertenecer; y el Libertador nombró al docfor Manuel Maria Urcullu para que se entendiera con ellos sobre el particular.

---

(1). Memorias del general O'Leary. t. II. cap. 46.

«El año de 1807 se instaló el obispado de Salta y la bula ereccional, demarcando la jurisdicción de esa diócesis, comprendió en ella el partido de Tarija, dejándolo en cuanto a lo civil dependiente de la provincia de Potosí, conforme a lo prevenido por el artículo primero de la Ordenanza de Intendentes.

«Nada de irregular o rareza tenìa esto en los estados católicos, pues las diócesis eclesiásticas se extendian casi siempre a dos o más provincias o departamentos. En el virreinato de Buenos Aires, el Tucumán y Salta dependian del obispado de Córdoba, y del arzobispado de La Plata las provincias de Potosí y Cochabamba. Sucedia lo propio en distintos virreinatos, y sin ir muy lejos se encontraba que los pueblos de Azángaro, Chucuito y otros situados a la banda del Desaguadero dependian en lo eclesiástico del obispado de La Paz, y en lo civil del virreinato del Perú. La ciudad de Mendoza y toda la provincia de Cuyo situada al lado oriental de la cordillera de los Andes, estaba sujeta en lo eclesiástico al obispado de la Concepción del Penco que está a la orilla del mar en Chile, y en lo civil al virrey de Buenos Aires.

«La municipalidad de Tarija habia representado y pedido a la corte impetrase la revocación de la bula, en la parte que la sometia al obispado de Salta; alegando, que para ocurrir los habitantes del pais por sus necesidades espirituales a la ciudad de La Plata, solo andaban de ochenta a noventa leguas por caminos bien poblados como eran los de Cinti y los de Chichas; mientras que para ir a Salta tenian que hacer ciento treinta y tantas de inmensos despoblados y con la cordillera por medio. Que estando Tarija por su situación geográfica enclavada entre los partidos de Cinti y Chichas, con estos hacia todo su comercio espendiendo sus granos y carnes saladas o en pie; lo que nunca podria hacer con los pueblos de la provincia de Salta, ya porque abundaban de esos artículos, y ya por las dificultades del viaje. Que sus hijos se hallaban educando en los colegios de Chuquisaca, de los que carecía aun la cíudad de Salta, y otras razones más. Esta representación llegó a Madrid cuando no habia Rey en España ni Papa en Roma, porque a los dos los tenía Napoleón prisioneros en Francia: más tarde las atenciones de la guerra no habian dado lugar para pensar en semejantes arreglos.

«En tal estado de cosas, el resultado de las conferencias no podia conducir a otro acomodamiento que a

dejarlas en el ser que estuvieron al principio de la guerra; esto es, que Tarija perteneciera en lo eclesiástico al obispado de Salta, hasta que su Santidad único juez competente en la materia resolviese; y en los negocios civiles al gobierno de Potosí; puesto que aquellas gentes no eran rebaños para disponer de ellas contra su voluntad. Disgustados de esa respuesta los señores de la legación argentina llevaron sus reclamos a Bolívar; y como éste los apreciaba y deseaba complacerlos, o quizá porque creyó así evitar inconvenientes de otro género, convino en que el partido de Tarija estuviera en todo subordinado a la provincia de Salta. Esta medida como todas las que son violentas duró muy poco, porque los tarijeños sacudieron su dependencia de Salta por una revolución, y mandaron sus diputados el año 25 al congreso de Chuquisaca, (1) que no ratificó el convenio del Libertador. Y lo peor fué que de hecho se separaron también de la dependencia eclesiástica, sin que hasta ahora se haya tratado de remediar ese mal» (2).

Hasta aquí Urcullu. De paso hemos tratado la cuestión de Tarija, en la descripción geográfica de este departamento (capítulo primero, pág. 47 y siguientes) contestando los errados conceptos de don Pedro de Angelis y del general Arenales, y hemos copiado la parte pertinente de las cartas del general Sucre a Bolívar, sosteniendo los derechos de Bolivia sobre Tarija. Vamos ahora a tratar más extensamente esta importánte cuestien internacional, y pa-

---

[1]. No recibió el congreso de 1825 a los diputados elegidos en Tarija, con el pretexto de que faltaba el acta en que se declarara la unión de esa provincia a la República Bolívar. Por eso no aparece la firma de ningún diputado de Tarija en el acta de la independencia, y recien por ley de 3 de octubre de 1826 fueron admitidos al congreso constituyente de aquel año los diputados José María de Aguirre y José Fernando de Aguirre, a repetidas instancias del pueblo de Tarija.

[2]. Fué remediado por la ley de 22 de noviembre de 1826, que reincoporó la provincia de Tarija al arzobispado de Charchas, y encargó al poder ejecutivo que haga nombrar con el gobernador eclesiástico [a falta de arzobispo en aquella época] un provisor en dicha provincia, y fué nombrado por la autoridad eclesiástica el doctor Baltazar de Arce, que era cura y vicario foraneo de la ciudad de Tarija.—Después, el 4 de febrero de 1858, el gobierno de Boiivia dió el pase al rescripto pontificio de 23 de semtiembre de 1857, dictado por S. S. Pío IX, ordenando y aprobando la reincorporación de Tarija al arzobispado de Charcas; y cuando el arzobispo, ilustrísimo Angel del Prado comunicó esta disposición al obispo de Salta, dándole parte del breve pontificio, contestó el prelado argentino: «quedo complacido por la acertada y competente definición de un asunto cuyo estado anómalo había inquietado constantemente mi espíritu».

ra no interrumpir la relación, la vamos a seguir hasta el fin, para volver después a la marcha triunfal y al gobierno del Libertador.

Nos referimos al debate sustentado desde la formación política de ambas naciones, sobre el dominio íntegro del Chaco central y parte del Chaco boreal, que nos disputa todavia el Paraguay, y a la reclamación argentina, exigiendo entrega del departamento de Tarija, que el gobierno colonial ordenó entregarlo a la díócesis de Salta; acto que jamás se ejecutó, y que, cuando se disolvia el virreinato de Buenos Aires, sirvió más bien, para retemplar el patriotismo de los habitantes de Tarija, que prestaron su valioso concurso a la obra de la independencia del Alto-Perú.

Los fundamentos de nuestros derechos eran estos: el *uti possidetis* de 1810 proclamado como ley territorial para todas las secciones de Sud América, y en la jurisdicción y títulos conferidos por el rey de España a la audiencia de Charcas. Cédula de 29 de agosto de 1563, que señala a dicha audiencia el dominio de los dos Chacos, seccionados por el rio Pilcomayo y limitados por el Bermejo y Paraguay. Cédula de 26 de mayo de 1573, que amplió la jurisdicción de Charcas «hasta la linea de demarcación con la Corona del Portugal». Cédula de 16 de diciembre de 1617, que fijó los límites de la gobernación del Rio de la Plata, dándole por punto más avanzado hacia el extremo austral la antigua ciudad «Concepción del Bermejo». Cédulas relativas a la erección de las audiencias de Buenos Aires, provincial y pretorial, de 1661 y 1783, que no asignan a éstas ninguna participación en el Chaco. El estatuto de intendentes de 1782, última disposición constitutiva de territorios coloniales, que tampoco atribuia a los poderes públicos de Buenos Aires, el menor dominio sobre aquellas regiones.

La república Argentina invocó la cédula de 17 de febrero de 1807, (1) que dice: «El Rey.......El nuevo obispado de Salta tendrá todo el terreno y jurisdicción de la intendencia de este nombre, a que he mandado se agregue todo el partido de Tarija de la intendencia de Potosí, que pertenecía al arzobispado de Charcas, cuyo partido he resuelto se ponga bajo la jurisdicción del nuevo

[1]. Son dos estas cédulas, dadas en el Pardo, la una dirigida al virrey de Buenos Aires, y la otra al gobernador intendente de Potosí.

obispo de Salta y de la intendencia, separándole de la de Potosí y dicho arzobispado, haciendo más útiles sus desvelos por su inmediación al Chaco y sus reducciones».

La cancillería argentina objetaba oscuridad en nuestros títulos, posesión efectiva de casi todos los territorios litigados, y reconocimiento de su derecho a Tarija, en un despacho dirigido por don Felipe Santiago Estenós, secretario general del Libertador, con fecha 27 de noviembre de 1825, a los ministros plenipotenciarios de las Provincias Unidas del Rio de la Plata, don Carlos de Alvear y don José Miguel Diaz Vélez, en el cual se lee:

«El abajo firmado tiene la honra de poner en el conocimiento de los señores Ministros, que S. E. el Libertador, ha accedido a la entrega de la Provincia de Tarija, demandada segunda vez por los señores Ministros, en la nota que con fecha 10 del presente se sirvieron dirigir a S. E., y que en su virtud ha mandado librar las órdenes necesarias para que se verifique la entrega dicha».

Nuestra réplica consistia en que el Chaco no era considerable dentro de la comprensión de Tarija, ni territorial ni históricamente; y que no se podia discutir el dominio sobre aquél a la vez que la jurisdicción sobre éste, porque la una controversía se regía por títulos y principios reales, y la otra por el derecho de soberanía, que asiste a todo pueblo civilizado para deliberar respecto a sus destinos, en una época como en la de la emancipación general de las secciones sudamericanas.

Tarija fué territorio altoperuano desde la conquista y su fundación. Era el último limite, adonde los sucesores de Manco-Capac habian extendido su imperio por ese lado. Habitábanlo las tribus de indios Chichas, que según Garcilazo, reinando el inca Viracocha quedaron sujetos a la dominación de los hijos del sol. Los que vivian en los contornos de Chocloca y Guairivana, junto a La Angostura, en los llanos que después por los españoles recibieron el nombre de *Nuestra Señora de la Concepción*, pertenecian a la parcialidad de los *Churumatas*, de quienes hace mención el P. Lozano en su *Descripción del Gran Chaco*, págs. 54 y 72. Los que ocupaban los pagos de Canasmoro, Sella y el vallecito que los españoles llamaron de *Nuestra Señora de la Victoria*, tenian el apellido de *Tomatas*.

Limítrofes a las referidas tribus, tras la serranía que acordona por el naciente estos valles, habitaban los feroces chiriguanos, azote de las naciones confinantes, que

oprimian a los pacíficos Chichas que ocupaban el territorio de Tarija, donde los incas mandaron construir fuertes para el resguardo de sus vasallos.

Cuando vinieron los conquistadores españoles, después de haber sojuzgado a los valientes Charcas, avanzaron y ocuparon el territorio tarijeño; y entónces no fué ya solo éste el teatro de las fechorias de los chiriguanos, que se desbordaban por las provincias vecinas, desolando poblaciones, que estaban siempre en riesgo y sobresalto; ni habia seguridad alguna en la carrera comercial de las provincias del Plata con las del Perú.

Tantos males inspiraron al virrey don Francisco de Toledo el proyecto de guarnecer con poblaciones españolas las fronteras del sud. El 22 de enero de 1574 despachó una provisión, con la cual Luis de Fuentes, distinguido caballero español, quedaba encargado de fundar en el valle de Tarija una villa con el nombre de *San Bernardo de la Frontera*; era nombrado capitán y justicia mayor así de la nueva villa como de toda su jurisdicción, que debía extenderse cincuenta leguas, veinte por el lado de los Chichas y treinta por el de los Chiriguanos.

El enganchamiento de los pobladores lo hizo Fuentes en Chuquisaca y Potosí, reuniendo cuarenta y cinco españoles y otros tantos indígenas; y para administrar los auxilios espirituales los acompañó de capellán el vicario del convento de Santo Domingo de Chuquisaca, fray Francisco Sedeño. Los hijos de Charcas y de Potosí fueron los fundadores de Tarija.

Tarija vivió del Alto-Perú con raices profundas en el pasado; se empapó en la vitalidad de Charcas y creció con ella. En 1733 fundó Aguairenda; en 1792 fundó Itau; y Zapatera después para cubrirle. Yacuiba, Itiyuru, Villa Rodrigo, Chimeo: todo eso fué su colonización, su sangre, sus largas guerras hasta mediados del siglo XIX, entre victorias y desastres al amparo del fraile sacrificado y del ciudadano en segundo término. El aire de las montañas hacia circular la sangre del tarijeño y le lanzaba hasta las estepas del Chaco. De su base montañosa corrió a lo largo del Pilcomayo. Esto era nuestro Tarija unido al Alto-Perú.

En las secciones sudamericanas impera un derecho especial, y cuando hay cuestión de linderos, la jurisdicción planteada por el monarca español es ley. Todo lindero está fijado por la demarcación imperante en 1810; lo que está fuera de ella no es derecho. Tres años antes

de la gran fecha, en 1807, el rey ordenó que Tarija se incorporara a la jurisdicción de Salta, y que la cédula fuera ejecutada en el curso de 1808. Tarija invocó la inejecución de esa ley, y no la obedeció. En ese estado vino la guerra de la independencia, y Tarija militó con el Alto-Perú.

Cierto es que el *uti possidetis* es la gran ley, pero leido en sus letras vivificantes, tal como lo ha comprendido el espíritu público de América, como lo han proclamado sus congresos desde el de Panamá hasta los Estados del Plata; como. lo han declarado en sus cancillerías los hombres de Estado.

Ese grande derecho promulgado tan ampliamente, consiste en esto: el *uti possidetis* del año 10 salvas las modificaciones que hubiese producido la guerra de la independencia. Sin esta complementación esa ley sería letra muerta. En esa ley está envuelto el principio motor de nuestra independencia, la razón de ella, el verdadero *factum* revolucionario, consiste en ser dueños de nuestro destino y en elaborarlo con nuestra propia responsabilidad. De este gran principio brotaron autónomos el Uruguay y el Paraguay; se constituyó Chile en república de simple capitanía general.

Reducíase la cuestión de Tarija a una cuestión de hecho, hecho histórico, hecho revolucionario, base, génesis de esa gran legitimidad que es la independencia americana. Jamás deliberación de hombres fué más insistente, más tenaz, más contrariada y por lo mismo más evidenciada que la deliberacrón de Tarija para pertenecer al Alto-Perú.

La ley de 9 de mayo de 1825, dictada por el congreso constituyente de las provincias unidas del Río de la Plata, determinando la libertad del Alto-Perú para que se pronunciara sobre su futura suerte, comprendia naturalmente en su disposición a la provincia de Tarija.

Antes de esto, y antes que Bolívar viniera al Alto-Perú, con motivo del decreto de 9 de febrero, expedido por Sucre, «los electores designados por toda la provincia», se reunieron en la capital el día 6 de junio y después de declarar que Tarija pertenecía al Alto-Perú, nombraron por diputados al cura y vicario foráneo de dicha ciudad, doctor Baltazar de Arce, y a don Joaquín Tejerina, a fin de que concurran a la asamblea convocada. Procedieron así de su propia cuenta y con el mayor orden y entusiasmo, no obstante de no haberse comprendido a Tarija en

el citado decreto del general Sucre y de no habérsele hecho ninguna insinuación.

Al no recibirse en Tarija respuesta «a los diversos avisos oficiales comunicados a las superioridades por el conducto inmediato del comandante general de la columna del Sur, general Francisco B. O' Connor, hallándose por consecuencia paralizados en su marcha los diputados», el cabildo, justicia y regimiento de la provincia se dirigió a la asamblea en 13 de agosto, reiterando su voluntad de mantenerse en el Alto-Perú y pidiendo se ordene la marcha inmediata de sus representantes para el desempeño de sus augustas funciones.

El 29 de agosto consideró la asamblea en sesión secreta la anterior representación, y «echando de ver que faltaba el acta en que se declaraba la unión a la República Bolívar, mandó que se contestara a la Municipalidad expresando cuán satisfactoria le era esa declaración (la incorporación de Tarija al Alto-Peiú), que habia llenado de placer al Congreso, quien omitía dictar las providencias desde luego para la reunión de sus diputados por faltar aquel documento referido en el oficio».

Todo esto habia ocurrido antes que Bolívar pisara el Alto Perú. Cuando se encontró ya en Potosí, se le dirigió la legación argentina, el 25 de octubre «reclamando la devolución del territorio de Tarija», y pidiéndole se sirva declarar: «1°. que reconoce anárquico el principio de que un territorio, pueblo o provincia tenga el derecho de separarse, por su propia y exclusiva voluntad, de la asociación política a que pertenece, para agregarse a otra sin el consentimiento de la primera; y 2°. que en vista de los documentos presentados a S. E., resultando justificado que antes de los acontecimientos de la revolución el territorio de Tarija pertenecía a la provincia de Salta, reconoce como parte integrante de aquella provincia y, por consiguiente, de la República de las Provincias Unidas del Rio de la Plata, dicho territorio».

Ya en Chuquisaca, a 6 de noviembre, contestó el secretario general del Libertador: «que es muy conforme con los principios que profesa el Libertador, el primer artículo cuya declaración por parte de S. E. desean los señores Ministros del Rio de la Plata; y en cuanto al segundo artículo, S. E. reconoce el derecho clásico que asiste a las Provincias de la Unión para reclamar la de Tarija, como tantas veces se ha repetido a los Señores Ministros Plenipotenciarios por parte del Libertador en sus diferentes con-

ferencias privadas. Más S. E. el Libertador se cree obligado a ofrecer a la consideración de los Señores Ministros, dos previas observaciones, antes de mandar entregar el territorio de Tarija al Gobierno del Rio de la Plata.

«Primera: la Provincia de Tarija está incorporada eventualmente, y por un efecto puramente militar al territorio de las Provincias del Alto-Perú, cuya independencia de las del Rio de la Plata ha sido solemnemente declarada por la Asamblea de Chuquisaca. Así S. E. considera como un reconocimiento implícito de la independencia del Alto-Perú por parte del Gobierno del Rio de la Plata, la demanda parcial que se hace ahora de la Provincia de Tarija, porque a no ser así, la Provincia de Tarija como el resto del antiguo territorio del Rio de la Plata (Alto-Perú) deberia seguir una suerte misma, y su reclamo deberia seguir total, si tales fuesen las pretensiones de aquel Gobierno—Segunda: S. E. considera que hallándose la Provincia de Atacama en un caso bastante semejante al de Tarija, S. E. no puede menos que exigir a los Señores Ministros Plenipotenciarios del Río de la Plata, una renuncia formal y completa a nombre de su Gobierno de la Provincia de Atacama a favor del territorio del Alto-Perú.

«S. E. se lisonjea de recibir respuesta explícita y conforme a las miras que propone para mandar librar inmediatamente las órdenes que los Señores Ministros Plenipotenciarios han indicado a S. E. por nota de la misma data, para la entrega de la Provincia de Tarija al Edecán de la Legación Argentina Don Ciriaco Diaz Vélez.....»

No se trataba de otra cosa que de entregar Tarija.

Contestó la legación con fecha 10 de noviembre, satisfecha por lo principal de la respuesta, y en cuanto a las observaciones como sigue: A la primera: que la ley de 9 de mayo, dejando al Alto-Perú en libertad de disponer de su suerte, comprende, a su juicio, la sanción de la independencia por el Estado argentino, y por lo mismo ella «es la garantía más fuerte» para su reconocimiento. A la segunda: que «no es necesaria la renuncia que se pide, porque perteneciendo Atacama, como parece haber pertenecido, al departamento de Potosí, está incluída en la ley de 9 de mayo y correrá la suerte del departamento a que pertenece», fortificándose su opinión por el hecho de que habiendo recibido instrucciones para reclamar a Tarija, carecen de ellas con relación al terrritorio de Atacama.

En consecuencia, con fecha 17 del mismo noviembre, el Libertador mandó expedir la orden de entregar Tarija, que ya queda copiada.

Contestó el pueblo de Tarija con sus reiteradas protestas de adhesión al Alto-Perú.

Instalado el congreso constituyente de 1826, el ministro de gobierno dijo en su Memoria: «Su excelencia el Libertador oyó las repetidas reclamaciones de los ministros argentinos sobre la devolución de Tarija; empero, el congreso podrá tomar en consideración este negocio importante, teniendo presente las razones de derecho y hecho que existen para que el asunto se resuelva definitivamente».

El congreso, por oficio de 24 de julio, comunicó al presidente de la República que la orden de Bolívar sólo puede apreciarse como *medida militar* de su autoridad de jefe de un ejército en estado de guerra, cuya validez debe buscarse en la sanción del cuerpo legislativo, y que para tomarla en cuenta se ve en el caso de exigir los documentos que dieron mérito al procedimiento del Libertador, acentuando que entre tanto no reconoce ninguna deliberación que desmembre el territorio de la República.

Vino a precipitar la solución el pronunciamiento solemne de 26 de agosto, en que el pueblo de Tarija y los vecindarios de los distritos de la campaña, «reclamando su libertad», reiteraron su firme voluntad de mantenerse unidos a Bolivia, restableciendo todas las autoridades, así del prefecto de esta provincia, como del cuerpo municipal representativo, al mismo estado en que estuvieron antes de que se sujetara la provincia en este mismo año a la República Argentina, y que así mismo se nombrasen diputados representantes»......Fueron aclamados en este carácter el coronel Gabino Ibáñez, el teniente coronel José Mariano Aguirre y el señor José Fernández Aguirre.

Este acto de soberanía de Tarija, fué después de un pronunciamiento revolucionario. En nota de 28 de agosto, el gobernador de Tarija, general don Bernardo Trigo, «Al Excmo. señor Gran Mariscal, Presidente de la República Boliviana, Antonio José de Sucre», le decía:

«Agotado ya el sufrimiento a vista del bárbaro e imprudente manejo del Teniente Gobernador de Salta doctor don Mariano Gordaliza, se resolvió a desprenderse de él....... En efecto el 26 del corriente reuní una fuerza considerable asociado del Coronel Méndez, el Coronel don Gabino Ibáñez, el Teniente Coronel don José María Aguirre,

el Teniente Coronel y Alcalde don Manuel Valverdi, el Tenieute Coronel don Fernando Aguirre, el mismo don Manuel Leaplaza, el Sargento Mayor don Agustin Mendieta y otros muchos comandantes más de partidos, a que se agregaron varios otros oficiales y vecinos, y comandando la fuerza hicimos rendir la guarnición de esta plaza con el mayor decoro y orden, sin que sufriese el menor estrépito ni desgracia, e inmediatamente se decidió por aclamación unánime su reunión a la República Boliviana, como instruirá a V. E. la copia de la acta que le adjunto. Fuí aclamado por la Ilustre Municipalidad, honrados vecinos, populacho y por toda la división, por Gobernador Intendente de la Provincia, a pesar de mis escusas y renuncias.

«Mi corazón se conmueve a impulsos de la mayor satisfacción al comunicar a V. E. esta interesante noticia, persuadido firmemente de la protección con que debemos contar de un Jefe como V. E. digno Presidente de esta República. Seguro de este principio me animo a suplicarle se digne hacer presente a ese Soberano Congreso el que se nos auxilie a la brevedad posible con una fueiza armada siquiera de doscientos hombres para sostener nuestros derechos contra los que indudablemente debemos temer un ataque de Salta. El día 4 del entrante salgo de esta con dos diputados a verme con V. E......»

Sucre mandó al general O' Connor a tomar el mando de las dos compañías de *Ayacucho* para que desde Mojo influya en la organización de Tarija y la defienda si la atacan de Salta.

El 7 de septiembre, los electores de la villa de Tarija y de los partidos de toda la provincia, «hallándose en toda libertad y libres de coacción, temor y violencia, respecto de no haber fuerza alguna que les pueda inferir»—según lo expresa literalmente el acta—ratificaron sus precedentes pronunciamientos de 6 de junio de 1825 y de 26 de agosto del corriente año, y eligieron tres diputados y un suplente, que a pluralidad absoluta de votos fueron en la primera calidad los mismos aclamados en el comicio anterior, y en la segunda el doctor José Pablo Evia y Vaca.

El gobierno, el 6 de septiembre, comunicó al congreso el pronunciamiento de Tarija del 26 de agosto, pidiendo a los representantes «se medite con la más profunda calma la medida que debe adoptarse, que sea digna del congreso constituyente y de la nación».

Al mismo tiempo, el ministro de relaciones exteriores, por orden del presidente de la república, se dirigió a la cancillería argentina y al gobernador capitán general de Salta, dándoles noticia de los hechos referidos y manifestándoles que, no obstante las poderosas consideraciones que podrian justificar la actitud de Tarija, «el Gobierno ha pensado que no es un deber por el momento admitir la reincorporación de Tarija a la República hasta que los resultados de la negociación de límites decidan un asunto que es en sí tan delicado, y que por lo mismo no quiere tratar sino muy amigablemente. Entretanto, no siéndole permitido abandonar la provincia de Tarija ni a las venganzas ni a una suerte desastrosa, ha resuelto que, considerándose las cosas como se hallaban el 6 de noviembre, conservar por su influjo el orden público en la ciudad de Tarija por un Gobierno de sus propios hijos, y aun se abstendrá de mandar allá fuerza armada.

«Más con la misma noble franqueza con que se indica esta resolución, debo declarar a V. E. de que en caso de que de Salta se dirijan tropas contra Tarija, las fuerzas destinadas en la frontera a impedir el contrabando tienen órdenes de entrar entonces en aquella provincia para defenderla; porque sea cual fuere el aspecto que se dé a esta cuestión, el Gobierno de Bolivia no consentirá este ultraje, cuando está ya V. E. impuesto de que este asunto, que aún estaba pendiente, se desea transigir por negociaciones pacíficas con el Gobierno nacional argentino, y cuando cualquiera que sea la situación en que se considere a los tarijeños, ellos, como miembros de la familia altoperuana, tienen derecho a la protección de Bolivia».

Ante esta actitud del gobierno del general Sucre, y, sobre todo, ante los hechos reiterados y de incontrastable decisión realizados por parte de Tarija, el congreso dictó la ley de 23 de septiembre, cuyo tenor es este:

El Congreso constituyente de la República boliviana, Considerando:

«1º.—Que el ministro argentino que estuvo en esta ocasión se negó a presentar los documentos relativos a la desmembración del territorio de Tarija de las antiguas provincias del Alto-Perú, asunto que él mismo promovió en noviembre último; 2º.—Que las repetidas solicitudes de los habitantes de Tarija, y su voluntad, manifestada en actas de 6 de julio del año pasado y 26 de agosto y 7 del co-

rriente, son y han sido de pertenecer a Bolivia, declarando que la desmembración fué hecha contra sus votos y deseos, porque ellos, como todos los altoperuanos, estaban autorizados para decidir de sus destinos; 3º.—Que la provincia de Tarija pertenece al Alto-Perú por todas sus relaciones y por la naturaleza misma de su situación; 4º.—Que Tarija nunca ha formado pacto alguno de asociaciòn con la República Argentina; 5º.—Que la inadmisión del ministro plenipotenciario de la República cerca del Gobierno de Buenos Aires deja por ahora sin lugar el término de la negociación de Tarija.

«Decreta: 1º.—La Represntación Nacional desconoce los actos y niega su ratificación a las negociaciones por que haya sido desmembrada la provincia de Tarija del territorio del Alto-Perú, hoy República Boliviana.

«2º.—En virtud de las reiteradas negociaciones de Tarija y de su libre y espontánea resolución para incorporarse a Bolivia, se admiten en el congreso constituyente sus diputados que se hallan en esta capital, luego que, examinadas sus credenciales estén conformes al reglamento de elecciones de 26 de noviembre del año pasado.

«3º.—Se autoriza al poder ejecutivo para que, cuando las relaciones de Bolivia con la República Argentina estén fijadas sobre tratados públicos, celebre uno de límites con el Gobierno nacional del Río de la Plata, en el cual queden bien marcadas las fronteras con aquel Estado procurando señalar límites naturales.

«4º.—Este tratado de límites será sometido a la ratificacion del cuerpo legislativo. Comuníquese, etc.»

Todavía después de aprobada la ley por el congreso, con motivo de que el ejecutivo promovió sobre ella observaciones más de cortesía hacia el gobierno argentino, el colegio electoral representante de Tarija declaró «que tal noticia ha llenado de consternación a los electores de esa provincia que la representan, los que después de discutida la materia con la atención, pulso y tino que ella exige, acordaron unánimemente protestar de nuevo, ser la expresa y terminante voluntad de Tarija el pertenecer a la República de Bolivia, para lo que se consultó de la manera más popular a la voluntad del pueblo».

La ley fué sancionada por el ejecutivo recien el 3 de octubre de 1826, y al día siguiente, en la sesión de 4 de octubre, fueron recibidos los diputados por Tarija. La cuestión para Bolivia quedó definida.

Voto de honor al pueblo tarijeño, que triunfó sobre

la omnipotencia de Bolivar, sobre la autoridad de Arenales y sobre las vacilaciones de las asambleas bolivianas de 1825 y 1826! y gratitud a la memoria del patriota general Trigo y la del ilustre irlandés O'Connor, que personificó la lucha con Arenales.

Pero no fué solo la voluntad manifiesta de Tarija, vino también la sangre derramada consagrando esa voluntad. Mantuvo su voluntad contra Rosas, que con Gregorio Paz invadió en 1837 el territorio sagrado, ocupando Caraparí; pero corriéndose decepcionado camino de Itiyuru. Aguirre y Ruíz simbolizan, entre otros, la defensa terrritorial. Hiciéronla los tarijeños contra Heredia, que estalló sus esfuerzos contra la división de Bravvn.

El general don Felipe Bravvn, con 2,000 hombres, venció sucesivamente a los argentinos en las batallas de Humahuaca, Iruya y Montenegro. Iruya fué la más sangrienta, donde pelearon los bolivianos uno contra tres. El gobierno condecoró a la división triunfadora con medallas de oro, plata y cobre, con esta inscripción en el anverso: *Iruya*, y esta otra en el reverso: *Uno contra tres*.

La protesta argentína no cedió. Doce negociaciones sobre lindes se aplazaron. El patriotismo herido llevó sus aspiraciones por parte de Bolivia, hasta la linea del Bermejo. La argumentación argentina marcó el fin de sus propósitos en las regiones de Mojos.

El 15 de julio de 1852 suscribieron entre la República Argentina y la del Paraguay un tratado de límites y navegación, en el que se declara: «Que el río Paraguay pertenece de costa a costa, en perfecta soberanía a la República del Paraguay hasta su confluencia con el Paraná».

En 22 de agosto, el encargado de negocios de Bolivia, don Juan de la Cruz Benavente, protestó contra esa estipulación, presentando a la cancillería de Buenos Aires esta declaración: «Como el infrascrito encuentra desatendido, con esa declaratoria general, el derecho que tiene la República de Bolivia al mencionado río Paraguay como ribereño en la costa occidental, entre los grados 20, 21 y 22, cumple uno de sus primeros deberes, protestando respetuosa pero solemnemente en nombre de su gobierno....contra la estipulación que contiene el artículo 4°. del mencionado tratado, en cuanto ella puede perjudicar los derechos perfectos de la Nación Boliviana a las aguas del río Paraguay».

Esto sirvió de argumento a la cancillería argentina, que argüía que Bolivia había reducido sus reclamaciones en el Chaco a los territorios situados dentro los grados 20 y 22.

Sin examinar el alcance de los conceptos de Benavente que hemos trascrito, replicamos: que ellos en ningún caso y bajo la interpretación más forzada que se haga, importan renuncia de Bolivia a los territorrios salientes del grado 22, o sea hacia las regiones meridionales del Chaco.

Ya hemos visto que las reclamaciones argentinas sobre Tarija comenzaron en 1825 ante el Libertador. A principios de 1826, acreditó Bolivia su primer ministro ante la cancillería de Buenos Aires, el que fué don José Mariano Serrano. Apenas llegó este diplomático a Salta, el 22 de enero del año citado de 1826, dirigió un oficio al gobernador de aquella provincia, general Arenales, diciéndole que: «la Diputación permanente de la Asamblea del Alto-Perú, conforme a los saludables consejos y laudables sentimientos de S. E. el Libertador de Colombia y del Perú, le ha ordenado que al Ejecutivo Nacional del Río de la Plata *proteste solemnemente que nunca la República de Bolivia incorporará a sí territorio alguuo de las Provincias Unidas,* aun cuando la deseen y pidan sus habitantes, si no fuese en virtud de un convenio legal, pacífico y amigable con el Gobierno Supremo de estas Provincias».

Ya se ve que este diplomático iba animado por «los saludables consejos y laudables sentimientos» de Bolívar, y acaso hubiera concluído por ratificar por un tratado la entrega de Tarija, si no es que la cancillería argentina se negó a reconocerlo en su alto carácter, y solo quiso aceptarlo de simple agente *confidencial*, lo que tampoco fué aceptado por Serrano, y así acabó su misión.

Al principio la controversia habia versado solo sobre el Partido de Tarija, sin que ninguna de las partes hubiera promovido el debate sobre el Chaco Central.

La diplomacia asumió el conocimiento del asunto desde el 7 de diciembre de 1858, en que el ministro de relaciones exteriores de Bolivia señor Manuel Buitrago y el encargado de negocios de la República Argentina, señor Ramón de Alvarado, celebraron un tratado de amistad, comercio y navegación, estipulando:

«Art. 33. Las dos repúbiicas contratantes, convienen en aplazar la demarcación de sus respectivos límites territoriales, para una época en que la leal observancia de este tratado, llegue a asegurar definitivamente sus mútuas y francas relaciones de amistad y comercio. Si esta cuestión no se resolviese por medio de una simple y amistosa negociación, se estipula que deberá buscarse su arreglo del modo prescrito en el artículo 2º».

«Art. 2º. Se comprometen las dos repúblicas contratantes a no recurrir jamás al funesto medio de la guerra; ni a emplear otras medidas hostiles, en el caso de que se suscite desgraciadamente entre ellas, cualquier motivo de queja o desavenencia que altere sus buenas y fraternales relaciones. Cuando ocurriere un conflicto de esta naturaleza y se hubieren agotado todas las vías pacíficas y conciliatorias, se obligan las dos partes contratantes a someter sus diferencias a la decisión de una tercera potencia».

El congreso de Paraná aprobó este tratado, con la condición de que «la cuestión relativa a Tarija, quede reservada, y que lo convenido en el artículo 33 no podria perjudicar los derechos de la República Argentina, la que continuaría reclamando aquel territorio, cuando lo considere conveniente».

Cuando el negociador Alvarado ofreció el canje de la ratificación, con la salvedad indicada, el secretario Buitrago la desechó abiertamente, según protocolo suscrito en Sucre a 14 de febrero de 1860.

Signaron otro ajuste en 2 de mayo de 1865, entre don Agustin Matienzo, encargado de negocios de Bolivia, y don Rufino Elizalde, ministro de relaciones de la Argentina, estableciendo:

«Art. XXI. Los límites entre la República Argentina y Bolivia serán arreglados entre los gobiernos por una convención especial, después de nombrar comisarios por una y otra parte que, examinando los titulós respectivos y haciendo los reconocimientos necesarios, presenten el proyecto o proyectos de la línea divisoria.

«Los gobiernos se pondrán de acuerdo para la ejecución de esta estipulación».

«Mientras no se haga la demarcación de límites, la posesión no dará ningún derecho a territorios que no hubiesen sido primitivamente de una u otra nación».

La Argentina aprobó el pacto por ley de 12 de octubre de 1865, pero no así Bolivia, a causa de las profundas perturbaciones de política interna que sufrió en esa época.

En 9 de julio de 1868, el mismo ministro Elizalde y don Quintin Quevedo, ministro plenipotenciario de Bolivia, concluyeron un tercer pacto de amistad, comerciò y navegación, conviniendo en incorporar bajo el número XX la primera parte de la claúsula trascrita, con esta adición: «Los puntos sobre límites en los cuales se suscitare cuestión y no se pudiese arreglar amistosamente en-

tre las partes contratantes, serán sometidos al arbitraje de una nación amiga».

El congreso boliviano de 1868 aprobó el tratado, el 7 de octubre, excepto la claúsula XX indicada. Conforme a ese voto se la canceló del tratado y se la redujo en acta de 27 de febrero de 1869, a declarar que: «La cuestión de límites serìa resuelta por una convención especial, después de terminada la guerra con el Paraguay; debiendo ser resueltas también por arbitraje de una nación amiga las dificultades que se susciten y sobre las que no pueda llegarse a un acuerdo común entre las partes contratantes».

En 29 de agosto de 1872, el señor Mariano Reyes Cardona, plenipotenciario de Bolivia y el señor Carlos Tejedor, ministro de relaciones de la Argentina, protocolizaron el siguiente compromiso:

«Que estando a punto de empezar las negociaciones sobre límites.....ambos gobiernos impartirían órdenes.....para abstenerse de traspasar la línea actual de fortines y avanzar en ningún sentido, ni con el pretexto de exploración, mientras se hacía el arreglo».

A la fecha de este protocolo, sostenía ya la Confederación más de un fortin en el Chaco Central, hacia el norte del grado 22.

En 1874 se abrieron conferencias en Sucre, entre el ministro de relaciones de Bolivia don Mariano Baptista y el plenipotenciario argentino don José Uriburu. Sobre la cuestión de Tarija, presentó Baptista como tìtulo de los derechos de Bolivia, la voluntad soberana del pueblo tarijeño. Contestó Uriburu: «no hay cuestión sobre Tarija, mis gestiones se reducen al Chaco».

Las pretensiones argentinas se presentaron hasta la márgen occidental del Pilcomayo; las bolivianas hasta la márgen oriental del Bermejo. Como transacción proyectaron los negociadores tirar una línea imaginaria entre el Bermejo y el Pilcomayo, partiendo el territorio disputado. No llegó a protocolizarse el acuerdo, porque sobrevino la guerra civil en Bolivia que puso en campaña al gobierno; pero desde esa época ya se tuvo por cierto de que el diferendo internacional concluiría por transacción, y ese fué el espìritu que guió a ambas cancillerías.

Al abrirse la guerra con Chile en 1879, envió Bolivia a Buenos Aires a su plenipotenciario don Antonio Quijarro, con estas instrucciones de nuestro canciller don Eulogio D. Medina:

«La cuestión no será iniciada desde luego.....estudiándose entre tanto los fundamentos legales en que Bolivia apoya su derecho hasta la márgen izquierda del río Bermejo».

«Cuando fuere llegado el momento oportuno se propondrá la cuestión de límites, sosteniendo la plenitud de nuestras antiguas y legítimas pretensiones; pero sin perjuicio de asumir una actitud firme, sin salir de los términos de la moderación y prudencia, se estará dispuesto a aceptar una transacción equitativa, ya sea dividiendo por mitad los territorios cuestionados, ó en otra forma aceptable».

En julio de 1884, el ministro señor Nataniel Aguirre, comunicó al ministro residente de Bolivia, don Santiago Vaca Guzmán, estas instrucciones:

«En homenaje a un pueblo hermano, cabe adoptar para la transacción, la base propuesta por el ministro argentino señor Carlos Tejedor a nuestro plenipotenciario el señor Reyes Cardona, tal como se encuentra indicada en su *Memorandum*».

«Lo importante es dividir el Chaco de un modo conciliable con los intereses de entrambas repúblicas, tirando una línea que desde el punto más avanzado de nuestras colonizaciones del Pilcomayo, que es Piquerenda o Puerto Campero vaya a terminar a las Juntas de San Antonio, o un poco más al N. O. de la frontera argentina».

La citación relativa al Memorandum Reyes Cardona, dice: «Propuso a la Legación el señor Tejedor—Renunciar la República Argentina sus derechos al departamento de Tarija.—Dividir el Chaco por una recta que partiendo del Bermejo, desde el punto más alto ocupado por los argentinos, fuese a buscar en el Pilcomayo el origen del Taconez para seguir por sus aguas hasta el Paraguay, dejando a Villa Occidental de parte de la República Argentina. Que si el Taconez no existe o no sale del Pilcomayo, se buscase otro brazo en ese rio, que sirviendo de límite arcifinio dejase siempre cubierta la Villa Occidental, en favor de la Argentina; y que Bolivia se entendiese con el Paraguay, respecto del Chaco oriental».

En marzo de 1885, el ministro señor Jorge Oblitas, trasmitió las siguientes instrucciones a la misma Legación Vaca Guzmán:

1ª. Desde el punto en que el paralelo 23 de latitud sud, que se tomará como linea divisoria, se presenta la línea de Esmoraca; seguir la línea por las más altas cum-

bres de dicha sierra; que según el atlas argentino por el doctor Martin Moussy, lleva rumbo N. E. Llegando a la altura del pueblo boliviano de Esmoraca, seguir la línea a tocar el nacimiento más occidental de la quebrada de la Quiaca y bajando por ésta hasta su desembocadura en el rio Yanapalpa, continuar en dirección recta de Occidente a Oriente hasta la cumbre del cerro del Porongal; y de este punto bajar a encontrar el origen occidental del rio de este nombre, es decir, del Porongal y seguir por medio de sus aguas hasta su confluencia con el rio Bermejo, frente al pueblo de este nombre. De este punto bajar la linea divisoria por las aguas del rio ya mencionado, Bermejo, hasta su confluencia con el rio grande de Tarija, confluencia que en el mapa del doctor Moussy es conocida y señalada con el nombre de Juntas de San Antonio. De aquí tirar una diagonal imaginaria con dirección S E. atravesando el Chaco central hasta tocar con el rio Pilcomayo en el punto de la bifurcación de sus aguas en los dos brazos principales, que por el sud lo es el rio Aguaray-Mini y por el norte el rio Confuso, o el propio Pilcomayo, que corren todos a echarse en el Paraguay.

«2ª. Dado el caso de que el gobierno argentino no accediese a tomar por punto de partida el paralelo 23, se deberá ceder, fijando en esta eventualidad, como línea divisoria el grado 22. 50 minutos de latitud; y desde el punto en que esta paralela muestre la expresada serranía de Esmoraca, seguirá la línea indicada anteriormente hasta las Juntas de San Antonio. De aquí, si la cancillería argentina no aceptase la línea imaginaria atravesando el Chaco central hasta el Pilcomayo en la bifurcación de sus aguas, podria tirarse la diagonal arriba expresada, desde el punto denominado Puerto Mujía o Juntas de Itau, que se encuentra arriba, hacia el norte de las Juntas mencionadas de San Antonio; pero debiendo terminar siempre en la bifurcación del Pilcomayo.

«3ª. y última. Si ninguna de estas bases fuere aceptada, se demarcará la misma linea anterior hasta las Juntas de San Antonio, que con más o menos exactitud se halla a los 22º50' de latitud, tirando de aquí la línea recta al oriente por el grado indicado, esto es por el 22º50', hasta tocar con el rio Pilcomayo, salvando así la márgen derecha que nos pertenece».

El ministro señor Vaca Guzmán, antes de plantear la gestión del tratado principal, suscribió el acuerdo preliminar de 11 de julio de 1888, aprobado respectivamen-

te por el gobierno y cámaras de ese mismo año: Hé aquí lo pertinente:

«Primero: Que la cuestión de límites entre los dos paises debia solucionarse cuanto antes, a fin de que cada uno de ellos pudiera ejercer su dominio libre y absoluto en los territorios queles correspondiera como resultado de los arreglos........»

«Tercero: Que las distintas reclamaciones que habían surgido después del protocolo de 29 de agosto de 1872, habían tenido origen en los términos vagos de ese documento, por lo que se hacía necesario establecer, por ahora, un *modus vivendi* que las evitare en adelante».

«Cuarto: que en consecuencia fijaban como límite provisorio en el Chaco el grado 22 hasta la intersección con el río Pilcomayo, ejerciéndose la jurisdicción de Bolivia al Norte y de la República Argentina al Sud de dicho grado, debiendo la República de Bolivia entenderse con la del Paraguay en lo que concierne a la fijación de sus límites territoriales».

«Quinto: Que en los demás puntos fuera del Chaco, en que Bolivia linda con la República Argentina, cada uno de los dos gobiernos quedaba obligado a no avanzar de las actuales posesiones..........»

Toda incógnita en el litigio quedó despejada, desde que los negociadores entraron resueltamente en el campo propicio de la transacción, sin invocar otros antecedentes que los de la comunidad de origen político e intereses económicos, ni argüir otro derecho que el de la paz internacional.

Se concluyó así en 10 de mayo de 1889, el tratado de límites aprobado por el congreso de Bolivia el 11 de septiembre del mismo año y por el de la Argentina en 12 de noviembre de 1891, con cierta aclaratoria de redacción que las cámaras bolivianas aprobaron también en 15 de septiembre de 1892.

Los límites entre la República de Bolivia y la República Argentina, quedaron fijados así:

«Por el Occidente, la línea que une las líneas más elevadas de la cordillera de los Andes, desde el extremo Norte límite de la República Argentina con la de Chile, hasta la intersección con el grado 23; desde aquí siguiendo dicho grado hasta su intersección con el punto más alto de la serranía de Zapalegui; de este punto, siguiendo la línea hasta encontrar la serrania de Esmoraca, por las más altas cimas, hasta tocar en el nacimiento occidental de la quebra-

da de la Quiaca y bajando por el medio de ésta hasta su desembocadura en el río de Yanapalpa y continuando sn dirección recta de Occidente a Oriente hasta la cumbre del cerro del Porongal; de este punto hasta encontrar el origen occidental del río que tiene por nombre Porongal, siguiendo por medio de sus aguas hasta su confluencia con el río Bermejo, frente al pueblo de tal denominación; de este lugar, por las aguas del mismo río Bermejo hasta su unión con el Río Grande de Tarija, o sea Juntas de San Antonio; de dichas Juntas, por las aguas del Tarija hasta encontrar la desembocadura del río Itau; y de ésta por las aguas de dicho río hasta tocar el paralelo 22, recto hasta las aguas del Pilcomayo» (1).

Solo la misión extraordinaria confiada a Baptista pudo conseguir la aprobación de los tratados por el congreso argentino.

Según el pacto Vaca Guzmán-Quirno Costa corría la línea divisoria, entre la cabecera de la Quebrada del Diablo y Zapalegui. Paralela a esa linea sigue «la de las altas cumbres de los Andes», con lo que quedaba *al medio* para Bolivia una faja de territorio extendiéndose aislada y desierta entre las fronteras Oriental y Occidental de dos grandes naciones, expuesta a ser violada por la una o por la otra.

La República Argentina, que anhelaba una linea estratégica que la cubra al Occidente, no quiso aceptar el segundo cordón de los Andes, y pidió *sine qua non* el antemural.

Esa faja incrustada entre dos soberanías poderosas, que amenazaban romper hostilidades, era la *Puna de Atacama*, retenida ya por Chile a título de ocupación bélica. Fué preciso ceder esta zona más, como arrancándola del usurpador, para obtener la ratificación del tratado.

El pacto Vaca Guzmán-Quirno Costa, adolecìa de varios y graves errores geográficos, que hasta ahora obstaculizan su ejecución. Esos errores, descubiertos después por las comisiones delimitadoras, resultaron particularmente de los mapas inexactos que sirvieron de base a los negociadores del tratado: el de Bolivia por Ondarza y Mu-

---

[1]. Memoria de Relaciones Exteriores de 1893.—Discurso pronunciado en Tarija por el Dr. Mariano Baptista, el 20 de marzo de 1892 sobre la cuestión de límites con la República Argentina.

Carlos Paz—Bolivia y la Argentina. Tarija-1912. Miguel Mercado M. Charcas y el río de la Plata—La Paz 1919.

jía, y el argentino de las provincias de Salta y Jujuy por Moussy.

Todas las observaciones o puntos de rectificación del pacto, se reducen a cuatro zonas distintas: 1ª. al Occidente, la línea Zapalegui Esmoraca; 2ª. al centro, la confluencia de la Quebrada de la Quiaca con Yanapalpa; 3ª. la zona dal Porongal; y 4ª. al Oriente, las poblaciones de Yacuiba y el Tartagal.

No nos proponemos aquí entrar en explicaciones sobre cada uno de estos errores geográficos del tratado, claramente demostrados y rectificados ya por las distintas comisiones bolivianas demarcadoras de los límites y por extensas exposiciones de nuestros ministros diplomáticos, especialmente en el *Memorandum* de 2 de mayo de 1913, de nuestro ministro plenipotenciario don Severo Fernández Alonso.

El tratado ajustado en 1889, modificado en 1891 y canjeado en 1893, respondió al anhelo de Bolivia y de la República Argentina de poner término amistoso a un diferendo de límites casi secular. Fué una verdadera transacción.

Las divergencias que han surgido en la demarcación de límites, fueron ya salvadas, en varios puntos, por protocolos diplomáticos, en los que la cancillería argentina reconoció el error de los negociadores, prestándose fácilmente, con espíritu de justicia, a subsanarlo. «Si a estos protocolos se negó, años después, la aprobación parlamentaria, en una hora de displicencia internacional, eso nada dice contra el sentido que tuvieron y tienen estos actos de cancillería».

En el acta protocolizada de 2 de junio de 1897, conocidos en parte los errores geodésicos que el tratado de límites entraña, el canciller argentino, don Amansio Alcorta, respondiendo al diplomático boliviano don Telmo Ichaso, dijo: «que las aspiraciones de ambos Estados reposaban en la honradez y sinceridad de su diplomacia; que la cancillería argentina jamás habia descendido de la altura de sus principios en sus relaciones con otras potencias y muy particularmente en los litigios de aquellas que le son limítrofes, y que lejos de ser atenuados respecto de Bolivia, obtendrian en lo sucesivo la sanción de los hechos: que animado de tales sentimientos, el gobierno argentino no haria un obstáculo al gobierno de Bolivia en el sentido de reincorporar al territorio de aquel pais vecino y amigo, el pueblo de Yacuiba y la extensión de te-

rritorio que fuere necesario para su desenvolvimiento, si es que dicho pueblo quedase en territorio argentino por la prolongación del paralelo 22°. que debe ser la línea divisoria en esa parte, de acuerdo con el tratado».

El canciller argentino estaba entonces inspirado en el espíritu de los tratados de 1889. Los plenipotenciarios tuvieron la intención de conservar bajo la soberanía de Bolivia las poblaciones de Yacuiba y el Tartagal, respetando recíprocamente ambas partes sus respectivas posesiones. En otros términos, se propusieron fijar como límite el paralelo que fuera del rio Itau al rio Pilcomayo, pasando al Sud del Tartagal; paralelo que de las operaciones astronómicas efectuadas, resulta ser, no el grado 22, como indicaban los mapas de Moussy y Ondarza y Mujía, sino el 22°. 11'.

Ni la cancillería de Buenos Aires, ni ningún escritor argentino, ha afirmado jamás que los negociadores hubiesen fijado el paralelo 22°. a sabiendas de que está al Norte de Yacuiba. Muy al contrario, la cancillería argentina ha reconocido el error de los negociadores.

Respecto a varias secciones de la frontera, han surgido divergencias entre los comisarios demarcadores, sea por deficiencia del texto del tratado, sea por no coincidir sus términos con los accidentes orográficos e hidrográficos del terreno, sea por manifiesto error cosmográfico.

En cada caso ha manifestado sucintamente la diplomacia boliviana los motivos de la disidencia, proponiendo, con relación a cada caso, una línea de interpretación mediante arreglo directo.

En todos los casos de duda que ofrece la ejecución del tratado, deben mantenerse, mediante mutuas compensaciones, los límites tradicionales, que hoy mismo deslindan los territorios argentino y boliviano.

Esta es la autoridad de lo tradicional, respecto a los pueblos de una y otra república, que se consideran comprometidos por la letra del tratado; pueblos que nunca fueron objeto de controversia entre las altas partes contratantes; este fué el espíritu de los negociadores, que desde el acuerdo preliminar de 11 de julio de 1888, declararon como límite provisorio en el Chaco el grado 22 hasta la intersección del rio Pilcomayo, ejerciéndose la jurisdicción de Bolivia al Norte y de la República Argentina al Sud de dicho grado; que, en los demás puntos fuera del Chaco, en que Boliva linda con la República Argentina, cada uno de los dos gobiernos quedaba obligado a no

avanzar de las actuales posesiones. Cuando se fijaron los límites en el tratado definitivo, teniendo a la vista dos mapas oficiales de Bolivia y de la Argentina, respectivamente, lejos de pensar en lesionar ningún derecho, se creyeron salvadas las poblaciones de uno y otro país.

Si nunca disputó la Argentina a Bolivia los pueblos de Esmoraca, Sococha, Salitre, Toldos y Yacuiba; si Bolivia no disputó jamás a la Argentina los pueblos de Santa Victoria, Pucará, Santa Cruz, Porongal ¿cómo suponer que los negociadores, los gobiernos y los parlamentos de una y otra nación hubiesen tenido propósito deliberado de aprobar el tratado de límites, de hacer variar de nacionalidad a los citados pueblos, sin motivo alguno, ni antecedente alguno, sin que lo pretendiese siquiera, antes del tratado, ni lo sospechara al firmar este la nación misma que respectivamente resultara favorecida con ese cambio de soberanía?

¿Cómo admitir que los estadistas que definiendo cuestiones casi seculares de tan grande importancia, cuales eran la de Tarija hasta las Juntas de San Antonio, por una parte, la del Chaco Central y la del territorio de Atacama, por otra, concluyeron ese tratado de límites como un lazo de paz y amistosa convivencia entre la Argentina y Bolivia, hubiesen pensado siquiera en consumar a lo largo de la frontera inmotivados y enojosos desmembramientos, ocasionados a distanciar entre sí a las dos repúblicas limítrofes, o por lo menos, a impedir una más efusiva cordialidad en sus relaciones? (1).

---

[1]. *Memorandum* del plenipotenciario boliviano Severo Fernández Alonso, de 2 de mayo de 1913. Después de escrito este capítulo, hemos recibido carta respuesta del doctor Severo F. Alonso, fecha 10 de mayo de este año de 1919, en que nos dice: «A no ser su precitada (de 1º de abril) habria yo ignorado que don Miguel Mercado habia publicado el Memorandum que, como Ministros de Bolivia presenté al Gobierno Argentino en 2 de mayo de 1913 sobre demarcación de fronteras boliviano-argentinas. Los párrafos preliminares de éste no fueron del agrado de los personajes argentinos, que hubieran querido— que se silenciara el derecho de Bolivia a la Puna y al Chaco Central y que se dejara correr la especie por ellos propalada, de que el Tratado boliviano-argentino entrañaba, en lo relativo a Tarija, una concesión generosa del Gobierno del Plata.

Después de presentado aquel Memorandum pude obtener la Memoria del Dr. Emeterio Cano como Ministro de R. E. en 1893, en la que al hablar del aludido Tratado, insertó las «Instrucciones» comunicadas por el Mtro. Oblitas al Plenipotenciario Vaca Guzmán para la celebración de ese factum. Instrucciones que se refieren explícitamente al Mapa de Moussi. Al propio tiempo, apareció, en la serie de los documentos inéditos que ha estado publicando la familia Mitre, el volúmen que contiene la correspondencia del Presidente Mitre con Mou-

Creemos que la cuestión ha de llegar a su término con un sentido verdaderamente práctico, con espíritu de equidad recíproca, con el amplio criterio de americanismo que inspiró a los negociadores; que se ha de mantener inalterablemente la línea trazada por el tratado definitivo de límites, y que los dos países han de salvar sus poblaciones, sirviéndoles esto de compensación bastante.

No se puede, no se debe ya imponer mayores sacrificios al noble pueblo tarijeno: lo justo, lo legítimo será la compensación recíproca de Santa Victoria por Yacuiba capital de provincia, y por el Tartagal, valuarte avanzado de las conquistas tarijeñas contra la barbarie, sobre las fronteras del desierto. La transacción está establecida: la posesión no interrumpida ni disputada de una y otra parte; la soberanía boliviana sobre sus pueblos, la soberanía argentina sobre los suyos. Que el pacto sea fielmente eje-

---

si (que se hallaba en Europa haciendo la edición de su gran Atlas de la Argentina), correspondencia de la que se desprende con evidencia que aquel Atlas, publicado a expensas del Gobierno Argentino, es *oficial*, y que por él debe regirse la demarcación, pues es el que tuvieron a la vista los negociadores del Tratado Vaca Guzmán y Quirno Costa. En posesión de aquella Memoria y de esa Correspondencia, presenté a la Cancillería Argentina una «Ampliación» al Memorandum de 1913, de la que creo tener entre mis papeles un ejemplar que lo buscaré y lo remitiré a Ud., a fin que sea publicado en cualquier forma, pués lo en él aducido creo que es irreplicable.

Poco después, pensé, que era conveniente formular un segundo Memorandum y lo formulé y presenté a la Cancillería del Plata en 1914, Memorandum que no ha sido contestado por dicha Cancillería hasta hoy. De este tuve dos ejemplares, que se los dí al Dr. Escalier, para que los hiciera leer el uno con D. Luis Drago y el otro con D. Quirno Costa: al irme a Europa, dejé de recojerlos; el Dr. Escalier me dijo en Sucre, que tenía alguno de esos ejemplares. Le será fácil a Ud. obtenerlo, o pedir al Canciller Darío Gutiérrez que haga sacar una copia. Yo pensaba en eso.

En el 2º Memorandum, simplifiqué la cuestión Esmoraca, apoyándome en la «Ampliación» y en el reconocimiento de esa Serranía (que Juan Muñoz tuvo la ligereza de decir que no existia), hecho técnicamente por los Ingenieros Veaudry y Milner que estaban a órdenes de la Legación. En ese 2º Memorandum modifiqué en términos inequívocos con el apoyo aludido lo referente a la región de Santa Victoria. En él, es de particular mención, el párrafo en el que demostré que la Argentina no podia negarse, como se negaba el Canciller Booch, a someter los diferentes puntos del diferendo a Arbitraje; siendo la Argentina tan preconizadora de ese medio de soluciones internacionales, no debía imitar a Chile, que se niega a la solución arbitral de la cuestión del Toco. Creo digno también de leerse en este 2º Memorandum lo reforzado respecto a Yacuiba, y lo expuesto para negarse al canje con las Juntas de San Antonio.—Todo esto deseara que Ud. lo conozca, pues que el Gobierno que debiera publicar los dos Memorandums y la Ampliación, mantiene al público en absoluta ignorancia de los esfuerzos hechos en amparo de los derechos de Bolivia.

cutado, y ambos pueblos lo conserven como prenda de confraternidad y de paz inamovible.

Las dos grandes vias férreas argentinas que se dirigen a nuestro territorio, y que una mala política ha podido detener, serán el lazo más poderoso de la confraternidad de los dos países: la de Ledesma que ya toca a las fronteras de Yacuiba, para avanzar hasta Santa Cruz, y la del Central Norte a Tupiza y Potosí, y que el mismo ferrocarril penetre a Tarija por un ramal de La Quiaca o de Ledesma. Este es el modo práctico no solo de salvar toda cuestión de fronteras sino de borrarlas y de unificar las dos repúblicas hermanas, estrechándolas con lazos de fierro, ensanchando sus relaciones comerciales, cambiando sus productos y confundiendo en un solo sentimiento su vida y su progreso (1).

Entre tanto, honor y gratitud al pueblo tarijeño, que sigue luchando por la integridad del territorio boliviano, aun sufriendo los daños del abandono y del injurioso olvido.

---

[1]. Carlos Paz—Bolivia y la Argentina.

CAPÍTULO TRIGÉSIMO

1825.—Bolívar en Chuquisaca.—El primer aniversario de Ayacucho.—Lo obra legislativa de Bolívar.—El Libertador delega la autoridad que ejerce en el Alto-Perú, en el general Sucre, y nombra al general Santa Cruz para sucederle en caso de enfermedad. ausencia o muerte.—La proclama de despedida del Libertador.

Bolívar en Chuquisaca.— Dejamos al Libertador en Potosí, de donde, cansado de ovaciones y después de una permanencia de 25 días, continuó su marcha a Chuquisaca el 1º. de noviembre, para hacer su entrada triunfal el día 4 a esta vieja y tradicional capital de los Charcas y hoy de la nueva República, en la que acababa el primer congreso de proclamar la independencia de las provincias del Alto-Perú.

Si el recibimento de La Paz tenía la importancia histórica de ser la entrada de Bolívar al Alto-Perú, su entrada a la ciudad privilegiada durante la colonia, que seguía siéndolo como capital de la República ya declarada independiente, «como cenáculo que concibió, debatió y formuló resoluciones fundamentales y perpetuas», tenía la importancia suprema del reconocimiento de la nueva era.

«Bolívar, que era estadista y poeta, pugnó con mil obstáculos por visitarla, y la visitó. Entró enemigo de la autonomia y salió jurándola».

En la capital del nuevo Estado fué acogido con el mismo patriótico entusiasmo que le habian manifestado los habitantes de todo el pais que habia atravesado, desde Lima, en un trayecto de cerca de setecientas leguas.

La pompa y solemnidad de las fiestas superaron a la magnificente recepción al general Sucre, «en la más culta y amena ciudad de Bolivia: tuvieron un carácter más popular, a la vez que formas más correctas y aristocráticas, mostrándose el Libertador más complacido que en ninguna otra parte», según la descripción de Rey de Castro, secretario privado del general Sucre (1).

El ya octogenario narrador, parece demasiado redundante, demasiado prolijo, y por lo mismo repite y declama mucho más allá de lo que el arte literario requiere para la amenidad de la relación. Así nos hace entrar demasiadas veces en triunfo a todas las ciudades de Bolivia, a La Paz, a Oruro, a Potosí, a Chuquisaca, y no contento con describir cada uno de los paseos triunfales de que fué testigo presencial, nos hace asistir de nuevo a la misma procesión cuando, después de la del vencedor de Ayacucho, sobrevino el paseo triunfal de Bolívar por los mismos campos y ciudades.

Dá una importancia excepcional, en la relación de las fiestas de Chuquisaca, a una carrera de caballos, a que «algunos del Club Argentino desafiaron a los colombianos», habiendo éstos presentado por contendiente el *Pájaro*, caballo que perteneció al general español Canterac y que después de Ayacucho vino a poder del general Sucre, quien lo obsequió al Libertador; lo cual en alguna manera lo interesó en el éxito de la lid.

«Se hallaba la loma cubierta de gente a caballo y a pie, y aun algunos antiguos coches se habian desempolvado para asistir al espectáculo. Se exhibieron los dos fogosos adalides del circo y a pocos instantes rompieron el aire con su velocidad: a la mitad de la carrera se veía al Pàjaro, realizando su nombre, llegar al término antes que el otro», por lo que manifestó satisfacción Bolívar, y «el vencedor fué paseado ante los espectadores, que con palmoteos le festejaban en su triunfo».

(1). Recuerdos del tiempo heroico. Páginas de la vida militar y política del Gran Mariscal de Ayacucho, por José Maria Rey de Castro. Guayaquil, 1883.

En fin, si en su carácter de metrópoli, la docta ciudad no quiso que ninguna otra del territorio del Alto Perú rivalizase con ella al celebrar el fausto acontecimiento de recibir al Libertador que venía a crear la República de Bolivia, lo principal es que Bolívar ya está en Chuquisaca, y và a comenzar su obra seria, legislativa y filosófica (1).

El primer aniversario de Ayacucho.— En Chuquisaca ocurrió el primer aniversario de Ayacucho, el 9 de diciembre de 1825, y los libertadores celebraron aquel fausto día, siendo Bolivar el más ardiente y entusiasta, congratulándose porque lo pasaba en presencia del vencedor. A su ejemplo todos discurrìan la manera de exaltar su fama a la más elevada altura y que la celebridad correspondiese al fulgor con que ese gran día irradió en toda la América. He aqui cómo el secretario del general Sucre relaciona estas fiestas:

«Desde la noche del ocho la plaza presentaba el espectáculo de las más vistosas diversiones en fuegos artificiales ingeniosamente preparados, cuya explosión fulminante alternaba con tiros de cañón. Los balcones del palacio estaban poblados de señoras y caballeros convidados por el Libertador para que desde allí pudiesen ver los fuegos. La gente agolpada en la plaza aturdía con vítores al Libertador y al Gran Mariscal. Pasada esta diversión, la noche dió fin con un magnífico baile en el mismo palacio. Alumbró, pues, el día 9, y su primer albor fué saludado con veintiún cañonazos. Los balcones y las casas desde muy temprano se hallaban colgados; y el tropel de las gentes discurriendo por las calles, anunciaba que era el aniversario del renacimiento de la libertad: todos saludaban con alegría al sol que un año antes habia sido el mensajero de la victoria. Todo cuanto la generosidad y magnificencia del Libertador hallaba en su noble entusiasmo que pudiese contribuir al glorioso recuerdo de este dia para hacerlo clásico e indeleble, todo se puso en movimiento para su grandiosa solemnidad. A las nueve y media de la mañana, con gran acompañamiento, se dirigió el prefecto del departamento a la casa del general Sucre, y después de una oportuna y elegante arenga, colgó en el pecho del Gran Mariscal la medalla decretada por el Congreso. S. E., lleno de la moderación que le era propia,

[1]. Vicuña Mackenna. *El Wáshington del Sur*. Santiago 1893. 92. t. 2.

agradeció el obsequio, suplicando se le permitiera no usarlo sin el permiso de su Gobierno. De allí pasó la comitiva al palacio del Libertador, quien con majestuoso aparato ciñó al Gran Mariscal la espada que la Municipalidad de Lima le acababa de remitir. Al verificar este acto, el Libertador dirigió una corta, pero noble y sentida alocución al vencedor de Ayacucho: éste, a su vez, contestó con precisión y elegancia, jurando que con ella sostendría el imperio de las leyes. Las palabras de ambos héroes parecían dichas por algún genio celestial. La libertad las dictaba: un santo orgullo animaba a los espectadores de acto tan majestuoso.

«Acompañados de las corporaciones marcharon los libertadores a la iglesia catedral donde se ofició una solemne misa, a la que siguió la oración dicha por el Vicario General del ejército, señor doctor Pedro Antonio Torres. Discurso sublime, sabio y elocuente, verdadero intérprete de la voz de la patria, en él reunió este venerable orador el decidido patriotismo, el buen uso del raciocinio y los encantos de la elocuencia. En seguida del sermón se cantó el *Te Deum*, e inmediatamente, acompañados de un cortejo inmenso, regresaron al palacio. S. E. el Gran Mariscal fué el primero en tomar la palabra, y con su natural modestia habló como si no hubiera sido más que uno de los soldados vencedores en Ayacucho, refiriendo al general Bolívar la gloria de aquella jornada. Hizo lo mismo el general Santa Cruz, al que siguió el señor Olañeta, a nombre de la Corte Superior de Justicia, y sucesivamente las demás corporaciones civiles y eclesiásticas. S. E. el Libertador contestaba a cada uno con la elevación de su alma grande.

«Como a la una de la tarde principiaron a concurrir las señoras a la casa dispuesta para la comida y baile de aquella tarde y noche. La conveniente elección de la casa, situada a alguna distancia del centro de la población, que a su magnífica estructura acompañaba una risueña lozanía, contribuyó en gran manera al lucimiento y comodidad de la fiesta. Sus anchurosos patios, sus floridos jardines, sus frescos y multiplicados surtidores, sus espaciosos salones, todo brindaba placer. A las dos la reunión era brillante y numerosa. Cuando el Libertador pasaba por la plaza, el inmenso pueblo le vitoreaba con todo el entusiasmo que inspira el reconocimiento de un pueblo libre a su redentor, a su padre, como le llamaban. Se hallaba entonces el pueblo entregado al gozo: bebía y

comía en la plaza, donde se dispuso un banquete con abundancia excesiva. Allí se vió a personas principales allegarse a las mesas, beber con el pueblo, abrazarse y aun llorar de contento. ¡Cuanto puede la libertad!..........

«Siguió el pueblo hasta la noche en la mayor alegría y contento, demostrando su reconocimiento al Libertador y Gran Mariscal con vivas frecuentes. Entre tanto, en la casa dispuesta se bailaba con mucho buen humor. A las cuatro principiaron a comer. El Libertador, que satisfecho se mostraba, presidió la mesa, ocupada sólo por señoritas y caballeros. Parece que las gracias todas se habían reunido para hacer deleitosa la comida. Los brindis fueron repetidos y alusivos al dia grande. El Libertador, el Gran Mariscal, los generales Santa Cruz y Alvear, los señores Diaz Vélez, Olañeta y otros, produjeron bellísimos pensamientos. Gratitud al Ejército Libertador; prosperidad y gloria para la América, fué el tema de todos ellos.

«¡Qué cuadro tan encantador, tan sublime, tan republicano presentaba la segunda comida! Presidia el Gran Mariscal: sesenta y cuatro soldados vencedores en Ayacucho, interpolados con los generales, jefes y oficiales, fueron servidos por las señoritas y caballeros. Algunos ojos se humedecieron por el gozo de ver a los hijos de la gloria manifestar sus deseos de aún derramar su sangre por nuestra libertad. Entre tantos brindis de los soldados, no sería excusable omitir algunos que parecen dignos de la alma más noble. «Nuestras armas triunfantes, dijo uno, desde el Orinoco al Potosí, sean el sostén de las leyes y libertad que hemos conquistado para que los pueblos las disfruten bajo su sombra». Otro dijo: «El pabellón de Colombia flameará en todo el universo, si el Libertador, nuestro padre y guía, nos lo manda».

Era esto ya mucho y algo de demasiado sublime, pero era propio del Libertador, que gustaba vivir como la salamandra en las candentes atmósferas de la tierra y del Olimpo.

La obra legislativa de Bolívar.— Terminados los públicos regocijos de la capital de la futura república hija de Bolívar, comenzó la obra seria, legislativa y filosófica del Libertador, quien habia contraido el compromiso de dar a Bolivia su primera ley fundamental o constitución politica que le habia pedido la asamblea de

1825; y esta era sin duda su primera y más seria preocupación de legislador.

«La temperatura de Chuquisaca—dice Rey de Castro en sus *Recuerdos del tiempo heroico*—agradó mucho al Libertador, y se mostraba contento de ella. El palacio en que se habia instalado, proporcionando la posible comodidad contenía un ameno jardin retirado del bullicio de la casa: paseándolo, dispuso se colgase allí la hamaca a que estaba acostumbrado. Puesta en el sitio más aparente, se mecía en ella a la sombra de los árboles y al murmullo de una fuente inmediata. Allí se le encontraba meditando en sosegada calma la senda más segura que pudieran seguir las sociedades para alcanzar la felicidad a que aspiran. Absorbía desde entonces toda su atención el compromiso que tenía de ofrecer al congreso boliviano el proyecto de constitución».

El general O' Leary, dice al respecto en sus *Memorias*: «A pesar de lo urgente de los asuntos políticos y militares, de lo apremiante del despacho de los negocios y de las horas consagradas a discutir y preparar los proyectos para la organización del país, tuvo el Libertador tiempo para formar la ley fundamental que habia solicitado de sus luces y experiencia la asamblea de Chuquisaca».

No queda duda sobre que esas horas de discusión eran con los diputados de la comisión permanente, que dejó constituida la asamblea de 1825 como un consejo de Estado; pero la constitución la dictó el Libertador en Lima, de donde la mandó al Gran Mariscal Antonio José de Sucre, el 25 de mayo de 1826, como hemos de ver a su tiempo.

Mientras tanto, durante los dos meses de su permanencia en Chuquisaca—del 4 de noviembre de 1825 al 10 de enero de 1826—o más bién, desde que entró a La Paz el 18 de agosto de 1825, el Libertador dictó varios decretos organizando la administración pública del Alto-Perú.

Es de advertir que Bolívar, en todos sus decretos se titulaba «Libertador Presidente de la República de Colombia, Libertador de la del Perú, y Encargado del Supremo Mando de ella», sin tomar en cuenta como correspondía el de presidente de la República Boliviana que la asamblea deliberante le habia conferido, infiriendo así grave ofensa a la soberanía de aquélla, ofensa no apercibida, o cuando menos disimulada por el pais. Su acción organizadora del nuevo Estado, sin que tuviese origen en

las fuentes del derecho, no fué discutida y fué tolerada.

La república de Bolívar o Bolivia, no podía nacer sino presidida por aquel preclaro hijo de Colombia, que después de haber derribado la dominación española desde Panamá a los Charcas, llenándose de gloria en los campos de batalla, se convirtió en estadista y legislador, hábil y profundo en ocasiones e iluso en otras, y que al trazar la organización política de los pueblos que tuvo de su mando, cayó en extravíos que hicieron sospechar que su ambición era más grande que su amor a la libertad, y su soberbia más grande que su genio.

En el corto periodo que gobernó Bolívar en el Alto Perú, delineó un sistema de reformas políticas y administrativas de importancia, aunque sin un plan metódico y ordenado. Las provincias del Alto-Perú, aun antes de la guerra de la independencia, ya sea cuando pertenecian al virreinato del Perú o al de Buenos Aires, formaban un cuerpo político con fisonomía propia, estando en posesión de una audiencia y bajo autoridades que en todos los asuntos de interés dependian directamente de la corte española, y desde el 25 de mayo de 1809 tomaron las proporciones de un cuerpo individual, aunque informe.

En la administración de justicia, el general Sucre, como general en jefe del ejército libertador, por decreto de 27 de abril de 1825, estableció en Chuquisaca la corte superior de las provincias del Alto-Perú, en sustitución de la antigua audiencia española, fijándole por atribuciones y jurisdicción las misma que tenia aquel tribunal, exceptuando las que se opongan al sistema de la independencia. Bolívar, por decreto de 15 de diciembre del mismo año 1825, con el dictamen de la diputación permanente, creó un tribunal superior de justicia en La Paz. El territorio de esta nueva corte comprendia los departamentos de Cochabamba y La Paz, con las provincias de Oruro, Paria y Carangas.

Proveyó Bolívar establecimientos para la instrucción pública, creó fondos para costearla, mejoró las instituciones de beneficencia, eximió del tributo a la raza indígena, decretando una capitación general para todos los bolivianos (1); mandó la apertura de algunos caminos, y fran-

(1). En marzo de 1811 las cortes de Cádiz declararon exentos del tributo a los indios. La exención decretada por Bolívar, quedó sin efecto.

queó las puertas del pais al trato de todas las naciones.

Urcullu, el primero en la serie de los historiadores altoperuanos, dice: «En el número de los decretos dados por el Libertador en Chuquisaca son notables por su naturaleza o por su trascendencia los siguientes. El primero que consultó con la diputación permanente fué la abolición del tributo que pagaban los indios: estaba fuertemente persuadido de que era el escándalo y la injusticia mayor conservar en esa especie de vasallaje a los originarios dueños de esta tierra, que acababan de hacer tantos y tan costosos sacrificios por la causa de la libertad. El gobierno de Buenos Aires los habia librado de esa carga, y lo que era más todavía las cortes de Cádiz declarando a los americanos y españoles iguales en derechos, declararon también con fecha 13 de marzo de 1811, *exentos del tributo a los indios y demás castas de las provincias de América.* Abrogó pués las leyes relativas al tributo, y dispuso se estableciera una contribución personal moderada, que no pasaba de tres pesos al año, repartida entre todos los bolivanos, bajo las bases y con las modificaciones contenidas en la instrucción para el empadronamiento de indios.

«Deseando Bolívar mejorar las costubres de la raza indígena e ilustrarla, trató de reunir capitales suficientes con el nombre de fondos de *Beneficencia* para costear escuelas, colegios, establecimientos de artes, hospitales, casas de huérfanos y otras para albergar y mantener a los pobres e inválidos. En obsequio de la verdad debe decirse, que el proyecto del Libertador para estos fines solo comprendía las cuantiosas fincas de la caja de censos o comunidades de indios, y los bienes de la obra pia fundada por don Lorenzo Aldana en favor de los naturales del partido de Paria: la diputación permanente fué la que agregó a este fondo las capellanías, cofradias, mandas y otras fundaciones que no perteneciesen a familias por sangre o por llamamientos, y aun las rentas de los monasterios que se suprimirían. Las ideas filosóficas del siglo diez y ocho introdujeron la licencia, y el ejemplo de lo sucedido en España facinó a los que hacian el aprendizaje de estadistas».

Con satisfacción hacemos constar que no fué Bolivar el incautador de los bienes y rentas de la Iglesia, sino la diputación permanente de altoperuanos, que estaba presidida por Urcullu, que con razón censura la conducta de sus colegas que hacían el *aprendizaje de estadistas.*

El Libertador delega la autoridad que ejerce en el Alto-Perú, en el general Sucre, y nombra al general Santa Cruz para sucederle en caso de enfermedad ausencia o muerte.—El congreso general constituyente del Bajo Perú estaba convocado a Lima para el 10 de febrero del año siguiente de 1826, lo que imponía a Bolívar el deber de dar cuenta a aquella representación nacional, de la administración que se le confió, y de su conducta política, resolvió volver precipitadamente a Lima, y dictó en Chuquisaca el decreto de 29 de diciembre de 1825. El tercer considerando y el texto del decreto dice así:

«3º.—Que conforme a la resolución del soberano congreso del Perú, de 23 de febrero del presente año, me hallo autorizado para establecer provisoriamente, en las provincias del Alto-Perú, el gobierno más análogo a sus circunstancias: oida la diputación permanente.—Decreto: 1º.—Todas las facultades y autoridad que me han sido concedidas, respecto de las provincias del Alto-Perú, por el poder legislativo de la república Peruana, y las decretadas por la asamblea general de estas provincias, quedan delegadas desde hoy, en el Gran Mariscal de Ayacucho, Antonio José de Sucre.—2º.—Quedan en todo su vigor y fuerza los artículos 3º. y 5º. del decreto expedido en Arequipa, a 16 de mayo último.—3º.—Para los casos de enfermedad, ausencia o muerte del Gran Mariscal de Ayacucho, se nombra al general de división don Andrés Santa Cruz.

No se puede leer este decreto de Bolívar, sin sentir agraviada la soberanía de las Provincias del Alto Perú, que ya habían proclamado su independencia, y que todavía quedaban sujetas a la voluntad del congreso del Bajo Perú, o sea a la voluntad discrecional del mismo Bolívar, quien, si hubiese tenido en cuenta que el Alto-Perú estaba ya constituido en república independiente, no tenía necesidad de mencionar la autoridad que le concedió el poder legislativo de la república peruana, que nada tenía que ver con el gobierno de estas provincias. La declaración de quedar en todo su vigor el decreto dictatorial y atentatorio de Arequipa, de 16 de mayo, es un gran agravio al Alto Perú, y un desconocimiento de su independencia, a la vez que es una ratificación de lo que Bolivar dijo a Sucre, que la resolución del congreso peruano de 23 de febrero, «no le ha autorizado para llamar a los representantes del Alto-Perú a darse leyes ni gobierno provisorio».

No podemos menos que volver a interrogar con el historiador peruano Paz Soldán: ¿Qué derecho tenía Bolívar para coartar o restringir la voluntad de provincias que no le debían su libertad? Por el contrario, ellas dieron el primer grito de independencia, y la sostuvieron derramando su sangre en mil combates».

La ley de 3 de octubre de 1825, dictada por la asamblea general del Alto-Perú, había dispuesto ya que el Gran Mariscal de Ayacucho obtendrá el mando de la república, en ausencia de Bolívar; pues ahora éste, nombra de su cuenta vice presidente al general Santa Cruz, puesto al que no era llamado por ningún motivo. No tenía más méritos que haber combatido en los ejércitos realistas la causa de la independencia americana, y después, cuando se pasó a las filas patriotas, el de haber fracasado en la expedición al Alto-Perú, haciendo desaparecer un ejército de 5,000 hombres. Aunque estaba actualmente de prefecto de Chuquisaca, andaba muy desopinado en las provincias.

Santa Cruz era decidido por la agregación al Perú y adverso a la reincorporación al Plata, como opuesto a que estas provincias se constituyesen en Estado aparte. Conforme a sus anhelos obtuvo permiso para no entrar a la asamblea, para la cual había sido electo diputado por La Paz. «Su delicadeza para recibir esta diputación siendo ciudadano del Bajo Perú me parece justa», había escrito Sucre a Bolívar. Pues ahora, por voluntad del Libertador queda de sustituto del Gran Mariscal de Ayacucho.

El decreto de Bolívar, delegando su autoridad en el Alto-Perú, es un agravio más a esta patria, que al proclamar su independencia se había bautizado con su nombre.

La proclama de despedida del Libertador.—Debiendo partir Bolívar para Lima, se despidió noblemente del pueblo boliviano, borrando sus errores, con una hermosa proclama, en la que, por fin, dió la palabra de gran consuelo a los ciudadanos que habían luchado 15 años por constituir una patria libre; reconociendo la existencia de la nacionalidad boliviana, les dice: «vuestra patria, que es la patria de mi corazón y de mi nombre».....«el 25 de Mayo próximo será el día en que Bolivia sea. Yo os lo prometo».

Esta proclama del *fiat Bolivia,* decía así:

«Ciudadanos: Un deber sagrado para un republicano, me impone la agradable necesidad de dar cuenta, a los

representantes del pueblo, de mi administración. El congreso peruano va a reunirse, y yo debo devolverle el mando de la República que me habia confiado. Así, parto para la capital de Lima; pero lleno de un profundo dolor, pues me aparto momentáneamente de vuestra patria, que es la patria de mi corazón y de mi nombre.

«Ciudadanos: Vuestros representantes me han hecho confianzas inmensas, y yo me glorio con la idea de poder cumplirlas, en cuanto dependa de mis facultades. Seréis reconocidos por una nación independiente; recibiréis la constitución más liberal del mundo; vuestras leyes orgánicas serán dignas de la más completa civilización; el Gran Mariscal de Ayacucho está a la cabeza de vuestros negocios; y el 25 de mayo próximo, será el día en que Bolivia sea. Yo os lo prometo. Chuquisaca, a 1º. de enero de 1826.—Bolivar».

El 10 de enero de 1826 salió de Chuquisaca el Libertador, y el 10 de febrero entraba en Lima. Marchando aceleradamente, deshizo en un mes el camino que habia tardado cerca de un año en recorrer bajo las palmas del triunfo y del pasajero delirio popular.

Ya hemos de ver en la Historia de la República de Bolivia, cómo cumplió su palabra dictando la primera constitución boliviana y ordenando al Bajo Perú el reconocimiento de la independencia del Alto Perú como un simple acto de su voluntad.

Advertencia

Nos hemos propuesto escribir y estamos escribiendo la *Historia General del Alto-Perú, hoy Bolivia.* Hemos llenado la primera parte de nuestro compromiso con los dos primeros volúmenes, que comprenden, el primero: *Los orígenes, el descubrimiento, la conquista y la Colonia*, y el segundo: *La guerra de la independencia*, en la que hemos expuesto los grandes empeños por la creación de Bolivia, hasta el momento en que Bolívar dijo: «el 25 de Mayo próximo, será el día en que *Bolivia sea*».

Entregamos estos dos primeros volúmenes a la circulación, como un trabajo completo, y el de más extensión que se ha publicado hasta hoy sobre la *Historia General del Alto-Perú.* Los siguientes comprenderán la *Historia de la República de Bolivia.* Apenas podamos daremos a la prensa dos tomos más, el uno desde la administración del general Sucre hasta la batalla de Ingavi, y el otro, desde esta época hasta la guerra del Pacífico.

La edición de estos dos primeros volúmenes nos cuesta esfuerzos y gastos enormes, y lejos de desfallecer en nuestro empeño patriótico, nos reanimamos para proseguir en el trabajo, hasta donde las fuerzas nos alcancen, confiados en la benevolencia con que ha de recibir el público esta primera parte de nuestra obra.

Fe de erratas

Este volúmen contiene errores tipográficos que puede subsanar el lector. Sin embargo anotamos los siguientes:

Pág.	Línea.	Dice.	Léase.
18	11	Supesipe	Sipesipe
44	24	leguar	leguas
41	40	mismas	minas
59	2	clerto	cierto
76	29	asintente	asistente
86	42	fuaron	fueron
110	40	encongsreso	en congreso
110	41	má	más
148	15	Csstelli	Castelli
181	9	meses	veces
257	35	combata	combate
301	14	Puerto	Puesto
305	19	tejes	tejos
329	16	alentado	atentado
432	29	clavadss	clavadas
436	20	ganeral	general
515	6	competentes	competente
528	35	compensión	con pensión
531	21	n Pirhuani	en Pirhuani
556	39	mssmos	mismos
621	5	vendidos	vencidos
622	3	divirión	división
636	32	espagola	española
648	31	Duspués	Después
649	8	generali	general
650	25	iodavia	todavia
650	45	qus	que
661	38	rererva	reserva
671	30	dafensa	defensa
697	36	Banda	Banda Oriental
734	23	costubres	costumbres.

Indice del tomo II.

Página

GUERRA DE LA INDEPENDENCIA.—*Introducción*..........5

Capítulo primero.—La geografía en la historia.—La República Boliviana, su situación geográfica y sus límites.—El territorio perdido por Bolivia.—La ciudad de los cuatro nombres capital de la República.—División física de Bolivia.—Ríos.—Límites departamentales.—Departamento de Chuquisaca.—Departamento de La Paz.—Departamento de Cochabamba.—Departamento de Oruro.—Departamento de Potosí.—Departamento de Santa Cruz.—Departamento de Tarija.—Departamento del Beni.—Departamento Litoral..........23

Capítulo segundo.—1809.—La insurrección de Chuquisaca el 25 de Mayo de 1809.—La era de la independencia.—Relatos sobre los sucesos del 25 de Mayo. "Espectáculo de la Verdad".—La Vista del fiscal López y el Informe del subdelegado Arenales.—Organización militar.—El torrente revolucionario y sus primeros desastres.—Correspondencia de Arenales con el virrey Cisneros, su actitud en los últimos sucesos de la revolución de Chuquisaca y las persecuciones que sufrió..........53

Capítulo tercero.—1809.—El 16 de julio de 1809 en la ciudad de La Paz.—La idea revolucionaria en La Paz.—Relación de los sucesos de la noche del 16 de julio en la ciudad de La Paz, y en los días siguientes.—La célebre proclama de la junta tuitiva.—El autor de la proclama y de las diez proposiciones del nuevo plan de gobierno.—El enviado Galvez a Chuquisaca, y la real provisión de la audiencia aprobando los sucesos del 16 de julio.—Concierto de los virreyes.—Trabajos reaccionaríos y defección de Indaburo.—Dispersión de Chacaltaya y combate de Irupana.—Matanzas y destiereos.—La proclama de Goyeneche y su regreso al Cuzco..........79

Página

Capítulo cuarto.—1810.—Destitución del virrey Liniers; es sustituido por Cisneros.—Prisiones que hizo Nieto en La Plata.—La revolución del 25 de Mayo en Buenos Aires: relación de los sucesos.—El presidente Nieto confina al Perú a los oidores y manda presos a Lima a varios patriotas.—El congreso promovido por Nieto resuelve la incorporación de estas provincias al virreinato del Perú.—Pronunciamiento de Cochabamba el 14 de septiembre.—Fuerzas de Cochabamba al mando de don Esteban Arce se apoderan de Oruro.—Captura y ejecución del virrey Liniers y la impresión que causó el sangriento suceso en Chuquisaca.—A incitativa de Nieto el cabildo se dirigió al jefe de la expedición de Buenos Aires expresándole que esta provincia estaba dispuesta a someter su fidelidad al soberano.—Pronunciamiento de Santa Cruz.................................109

Capítulo quinto.—1810.—Combate de Cotagaita, derrota de los patriotas.—Batalla de Suipacha, capitulación ofrecida por los realistas y la brusca negativa de Castelli.—El pronunciamiento de Potosí y la prisión de Paula Sanz.—Pronunciamiento de Chuquisaca, anula el sometimiento al virrey de Lima y reconoce a la junta de Buenos Aires.—Triunfo espléndido de las tropas de Cochabamba en Aroma.—El ayuntamiento de La Paz reconoce a la junta de Buenos Aires.—Situación bonansible en que se interna Castelli en el Alto-Perú.—Falso concepto que Castelli tenia de su ejército.—Entrada triunfal de Castelli a Potosí; las ejecuciones arbitrarias de Nieto, Sanz y Córdova, y los donativos que solicitó el representante.—Entrada de Castelli a Chuquisaca; humillación del ayuntamiento e ilegal elección de cabildantes; Castelli proscribe a vecinos de Chuquisaca, confisca los bienes de Nieto, Sanz y Córdoba y propaga la alarma y la división.................................119

Capítulo sexto.—1811.—Pueyrredón presidente de la audiencia de Charcas; protección de Castelli a los indios y donativos de Chuquisaca al ejército.—Castelli marcha a Oruro, desconoce la autoridad del virrey de Lima; su manifiesto y actos despóticos.—Entrada de Castelli a La Paz y sus proposiciones a Tristán; Goyeneche ocupa el Desaguadero, Castelli fija su cuartel general en Tiahuanaco y dirige una comunicación al ayuntamiento de Lima provocando el trastorno del Perú; oficio del ayuntamiento de Lima a la Junta de Buenos Aires.—Armisticio celebrado entre Goyeneche y Castelli; las

Pagina

primeras hostilidades y el rompimiento del armisticio; personal de los ejércitos y sus posiciones; batalla de Huaqui; detrota y retirada del ejército patriota; fuga de Castelli y Balcarce; retirada de Diaz Vélez; Viamont y Rivero.—Proclama de la junta subalterna de Tarija a los moradores y milicianos de ella y sus partidos.—Goyeneche se dirige al real acuerdo de justicia, arzobispo y ayuntamiento de Chuquisaca.—Batalla de Sipesipe.—Goyeneche y Rivero.......................................133

Capítulo séptimo.—1811-1812.—El indígena Cáceres, sus proyectos, la sublevación de indios en el norte y su asedio a La Paz.—La irrupción de Pumacahua y Choquehuanca, y las escenas de sangre en Potosí.—Viaje de Castelli a Buenos Aires y su última palabra a las juntas provinciales; juicio sobre Castelli y su muerte.—Pueyrredón sale de fuga de Potosí, llevándose los caudales de la Moneda.—Llega Goyeneche a Potosí, nombra presidente de la audiencia al general Juan Ramírez, y manda una división a Chichas a órdenes de Picoaga. Montevideo foco de la reacción española, y el estado de la revolución en Buenos Aires.—Nueva revolución en Cochabamba; el coronel Estéban Arce ataca la plaza de Oruro y es rechazado; se repliega con sus fuerzas a Cochabamba; el brigadier Rivero enviado de Goyeneche.—1812. Batalla del 12 de enero en el rio Suipacha.—Medidas administrativas de Goyeneche; en Chuquisaca tomó la plata labrada de las iglesias.—Expedición del coronel Astete sobre Cochabamba y su retiro a Potosí.......................................155

Capítulo octavo.—1812.—El levantamiento de los caudillos y la situación de Goyeneche ante el estado general de la revolución.—Correspondencia cambiada entre Pueyrredón y Goyeneche.—Plan de Goyeneche contra los guerrilleros, Goyeneche levanta su campamento de Potosí y se dirige a Chuquisaca, donde se prepara para combatir a Cochabamba.—Goyeneche se mueve de Chuquisaca y Arce le sale al encuentro: batalla de Pocona.—Confusión en Cochabamba, el cabildo abierto pide la paz; los caudillos tumultuaron el populacho contra los emisarios.—Entrada de Goyeneche, heroica resistencia del pueblo, saqueo de la ciudad y fusilamiento de los caudillos.—Otras batallas parciales; Goyeneche dicta medidas militares de seguridad de Cochabamba y sale para Potosí.......................................175

Capítulo noveno.—1812.—Belgrano general en jefe

Página

del ejército auxiliar del Alto-Perú.—Carácter y virtudes del general Belgrano; sus ideas y prácticas religiosas.—Situación del Alto-Perú y del ejército patriota en el momento que Belgrano toma su mando.—Perturbaciones políticas en el gobierno de Buenos Aires; el armisticio con el Brasil; encuentro de las avanzadas en el Rio de las Piedras.—La batalla de Tucumán, 24 de septiembre de 1812.—Operaciones subsiguientes a la batalla.—La grandeza de alma de Belgrano y la importancia de la batalla de Tucumán.—El nuevo gobierno de Buenos Aires es más favorable a Belgrano.—Negociaciones entre Belgrano y Goyeneche.—Incorporación de don José Antonio Alvarez de Arenales al ejército patriota en momentos que va este a tomar la ofensiva...... 191

Capítulo décimo.—1813.—Avanza el ejército auxiliar sobre las provincias del norte y la jura de la bandera.—Movimiento y maniobras del ejército sobre Salta. Batalla de Salta, 20 de febrero de 1813.—Rendición del ejército realista.—Retirada de Goyeneche; los juramentados en Salta y los pronunciamientos del Alto-Perú.—Se mueve el ejército patriota de Salta, despacha su vanguardia y fija su cuartel general en Potosí.—La asamblea acuerda un premio de 40,000 pesos a Belgrano, quien los destina para fundación de escuelas............ 215

Capítulo undécimo.—1813.—Belgrano en Potosí: estado del ejército patriota; renuncia de Goyeneche, es sustituido por el brigadier Pezuela.—Trabajos administrativos y militares de Belgrano; lámina de plata que le presentan las damas de Potosí, y su popularidad entre los indígenas.—Plan de operaciones de Belgrano; descripción de la parte montañosa del Alto-Perú y de la pampa de Vilcapugio.—El ejército patriota se pone en marcha; situación del ejército real; el comandante Castro derrota a Cárdenes, y Pezuela toma la ofensiva.—Batalla de Vilcapugio.—La retirada.—Pérdidas de Vilcapugio.—Diaz Vélez en Potosí; el reto de Castro y la firmeza de Diaz Vélez............................ 231

Capítulo duodécimo.—1813.—La constancia de Belgrano en su campamento de Macha, el resultado feliz de las comisiones exploradoras y el capitán La Madrid. Las proezas de este militar y los sargentos de Tambo Nuevo.—Incorporación de Diaz Vélez y de Zelaya; el ejército real toma la ofensiva y dispersa a Cárdenas y Lanza.—Los dos ejércitos se avistan; junta de guerra

Página

de Macha y divergencia de opiniones entre los jefes.—Descripción de Ayohuma; la fuerza respectiva de los ejércitos contendores y su orden de batalla.—Batalla de Ayohuma, 14 de Noviembre de 1813.—Juicio crítico sobre Ayohuma y retirada de Belgrano a Potosí.—La retirada de Potosí y el bárbaro proyecto de hacer volar la Casa de Moneda.—La retirada a Jujuy.—El caudillo Güemes.. 247

Capítulo décimo tercero.—1814.—La persistencia y carácter de la insurrección altoperuana y el debilitamiento de los vínculos con las provincias del Rio de la Plata.—Aparición de Arenales y de Warnes, y las atrocidades de Goyeneche y Landívar.—Campaña de Arenales en Cochabamba y Santa Cruz de la Sierra; combates de San Pedrillo y la Angostura.—Batalla de La Florida y operaciones subsiguientes.—Nuevos levantamientos en el Alto-Perú.—Mirada general del teatro de la guerra: toma de Montevideo: retirada del ejército invasor a las provincias argentinas: revolución del Cuzco: atrevido proyecto de Castro y su trágica muerte: San Martin deja el mando del ejército del Norte.—La insurrección del Cuzco y de varias provincias del Alto-Perú obligó a Pezuela a diseminar su ejército.—El asalto a La Paz y la acción de Chacaltaya.—El mando del ejército argentino del norte.................................. 267

Capítulo décimo cuarto.—1815.—Estado de la Europa a principios de 1815.—Noticias sobre el general Rondeau y los principales jefes del tercer ejército auxiliar argentino.—La composición de los ejércitos y la sorpresa del Tejar.—Segunda batalla de Carretas, 4 de abril de 1815.—Sorpresa del Puesto del Marqués.—Indisciplina e insubordinación.—La relación al general Paz marca dos puntos en la historia: la retardación de la independencia del Alto Perú y el comienzo de su segregación de Buenos Aires.................................. 291

Capítulo décimo quinto.—1815.—Operaciones de los ejércitos beligerantes.—Combate de Venta y Media [20 de Octubre de 1815].—Batalla de Viloma, 2ª de Sipesipe (29 de Noviembre de 1815).—La retirada del ejército argentino.—Consecuencias de la derrota de Sipesipe.—Crueles persecuciones después de la derrota de Sipesipe.—Idea separatista de Buenos Aires en el Alto-Perú.—Warnes en Santa Cruz y el combate de la Quebrada de Santa Bárbara (7 de Octubre de 1815) 315

Página

Capítulo décimo sexto.—1816.—El año de 1816 en América.—Situación del ejército realista en el Alto-Perú cuando La Serna reemplaza a Pezuela.—Guerra de las republiquetas, su carácter e importancia.—Distribución topográfica de la insurrección del Alto-Perú.—Antecedentes históricos y noticias sobre los caudillos.—Auxilio poderoso que prestan las republiquetas del Alto-Perú a las provincias argentinas; su reorganización después de Sipesipe y el gran error de Rondeau.—Los jefes españoles al frente de las republiquetas........... 335

Capítulo décimo séptimo.—1816.—Expedición de Cinti, combates de Culpina y Uturungo.—Retirada de La Madrid y su desastre en el río San Juan.—Combate de Aucapuñima y Arpaja; muerte de Camargo.—La guerra a muerte.—Tarija en la guerra de la independencia.—Ocupación de Tarija por los realistas.—La republiqueta de Ayopaya y el levantamiento de Chayanta.—Otra vez Padilla en acción y sus asaltos a Chuquisaca.—Combates de Tarabuco y la Laguna.—Sitios de Chuquisaca por Padilla.—Combates de la Laguna y el Villar; muerte de Padilla.—Elogio de Padilla y de su viuda........ 361

Capítulo décimo octavo.—1816.—El Congreso de Tucumán y la declaración de la independencia de las Provincias Unidas.—Programa de los trabajos legislativos y debate sobre la forma de gobierno.—Debate de la prensa.—Pazos Kanki y derrota de la idea monárquica. Los diputados por el Alto-Perú al Congreso de Tucumán y breves rasgos biográficos de los que concurrieron a sus sesiones.................................. 393

Capítulo décimo noveno.—1816.—Expedición a Santa Cruz de la Sierra, batalla del Pari y muerte de Warnes. Nuevos levantamientos en Cinti y combate de Cañashuaico.—Ejecuciones de Ricafort en La Paz.—Tarija se declara teatro de la guerra.—El general La Serna se recibe del ejército español.—Se resuelve la invasión de las provincias argentinas y el primer movimiento de La Serna es sobre Tarija.—El marqués de Yavi y la sorpresa de Colpayo.—Falsa retirada de la vanguardia realista y la derrota de Yavi.—La vanguardia realista invade por Humahuaca.—La guerra en Tarija............. 429

Capítulo vigésimo.—1817.—Plan de operaciones de La Serna; expedición de Marquiegui a Orán; Olañeta ocupa Jujuy; la fuerza de los beligerantes.—Combate

Página

de la columna de Marquiegui en Orán; sale Olañeta en su protección; reunión de los dos jefes.—La Serna entra y fortifica Humahuaca; concentración del ejército realista y sitio de Jujuy; combate de San Pedrito.—Planes de Belgrano y la expedición de La Madrid al Alto-Perú.—Toma de Humahuaca por Arias.—Nuevas columnas de realistas sobre Orán; hostilidades y ataques a la ciudad atrincherada de Jujuy.—El derecho de gentes.—Operaciones en Orán y regreso de las columnas expedicionarias.—El ejército español avanza sobre Salta; heroica defensa del camino; La Serna sitiado en Salta.—Combates de los Cerrillos, de Gauna del Bañado, de Pulares y del Rosario; nuevas hostilidades de los gauchos.—Retroceso del ejército español y su desastrosa retirada al Alto-Perú.................................455

Capítulo vigésimo primero.—1817.—Restauración de la republiqueta de Padilla, y combates de la Laguna y las Garzas.—Ojeada retrospectiva sobre la campaña en Tarija.—Expedición de La Madrid al Alto-Perú.—Batalla de la Tablada y toma de Tarija.—Injusticia de La Madrid con los caudillos tarijeños.—Primeros resultados de las victorias de La Madrid en Tarija.—Aventuras de La Madrid: sorpresa al escuadrón de López; combates de Chuquisaca, Yamparáez y Sopachuy.—Retirada de La Madrid a Tarija.—Las correrias de La Madrid en Tarija, protegido por los caudillos de la provincia.—Juicio sobre la expedición de La Madrid al Alto-Perú. El general La Serna y el ejército realista otra vez en el Alto-Perú.—Nueva invasión a Humahuaca.—Viva persecución a los caudillos.................................479

Capítulo vigésimo segundo.—1818.—La guerra de la independencia americana en 1818.—Ojeada retrospectiva, la nueva invasión a Salta y su retirada; combate de Acoite.—El paso de los Andes y las batallas de Chacabuco y Maipu; su influencia decisiva en la guerra de la independencia americana.—Guerra implacable a los caudillos y de pillaje a los bienes.—La guerra recrudece en la provincia de Tarija; combates de los caudillos. La expedición del general Canterac a las Salinas y las Misiones de Tarija.—Nuevas expediciones del coronel Vigil a las Salinas y del brigadier Olañeta al rio Bermejo.—Siguen los desastres de los patriotas en el Alto Perú.—Don Eustaquio Méndez.—Temores por el lado de Chile; prevenciones del virrey Pezuela, su desacuerdo con La Serna y la renuncia de éste.................511

Página

Capítulo vigésimo tercero.—1819-1820.—El Bajo Perú teatro de la guerra.—Nueva invasión a las provincias argentinas.—Siguen los combates y encuentros con los guerrilleros del Alto-Perú.—Expediciones de la división de Oruro, y expediciones a los Cobres y a la quebrada del Toro. Planes del gobierno argentino sobre el Alto Perú. La Serna deja el mando del ejército, se va a Lima y se queda allí a petición de las autoridades. El año de 1820. Ramírez se recibe del mando del ejército del Alto-Perú e invade a Salta. La guerra en el Alto-Perú. Traslación al norte del ejército del Alto Perú. Las reales órdenes de 7 de marzo de 1820 y el juramento de la constitución. El armisticio y las conferencias diplomáticas. La división de Arenales opera con precisión y avanza la expedición de San Martin.... 533

Capítulo vigésimo cuarto. 1821-1822—Estado político y militar en 1821. Deposición del virrey Pezuela: La Serna le sucede en el mando. El armisticio de Colombia. El armisticio de Punchauca y la entrevista de San Martin con La Serna. Entrada de San Martin en Lima y manifestaciones de que es objeto. Declaratoria, jura y proclama de la independencia peruana. Ultimas invasiones a Salta y muerte de Güemes. 1822, la rebelión de Potosí por Casimiro Hoyos. Situación de los ejércitos beligerantes en el Alto y Bajo Perú, y acuerdo de Bolívar y San Martin. La entrevista de Guayaquil. Sublevación de Lima contra Monteagudo, su destitución y destierro. La actitud de San Martin después de la entrevista y el primer congreso constituyente del Perú.......... 553

Capítulo vigésimo quinto. 1823-1324.— Distribución de las fuerzas españolas. Fracasos y derrotas de los patriotas; Riva Agüero presidente del Perú. La ocupación de Lima por Canterac, y los designios de Bolívar, Sucre, supremo director militar, y su expedición al sud. Campaña de Santa Cruz al Alto-Perú; la batalla de Zepita; derrota de la expedición Santa Cruz. Combate de Falsuri, 16 de octubre de 1823. Bolívar en el Perú; es nombrado dictador: caida de Riva Agüero y Bolívar es árbitro del Perú. 1824. Origen de la guerra doméstica: Olañeta proclama al rey absoluto, se sustrae de la obediencia del virrey La Serna, y se apodera de las guarniciones de Potosí y Chuquisaca. Entrevista de los generales Olañeta y Valdés, y sublevación de la guarnición del Callao. Ultimatum y guerra a Olañeta.

Página

Fin de la guerra doméstica............................575

Capítulo vigésimo sexto. 1824-1825. Bolívar abre campaña sobre la sierra, su proclama en Pasco. Movimientos de Canterac contra la invasión de Bolívar; marchas estratégicas de los dos ejércitos. Batalla de Junín. Desastrosa retirada de Canterac, y avance de los republicanos. Bolívar delega el mando en Sucre; primera resistencia contra la dictadura de Bolívar; iniciativa del congreso de Panamá. Disconformidad sobre operaciones de guerra entre Bolívar y Sucre. Hábiles maniobras de Sucre; marchas estratégicas de los ejércitos beligerantes; descalabro de Corpahuaico. Batalla de Ayacucho. Carta de Sucre a Bolívar. La capitulación. Consecuencias de Ayacucho; muerte de Monteagudo; reunión del congreso del Perú; honores acordados a Bolívar y Sucre..601

Capítulo vigésimo séptimo. 1825. Resistencia de Olañeta en el Alfo-Perú. Proclamación de la independencia del Alto-Perú en varias provincias. El general Sucre pasa el Desaguadero, llega a La Paz y su decreto de 9 de febrero. Muerte del general Olañeta. Fin de la guerra de la independencia americana. Los decretos del poder ejecutivo del Rio de la Plata y del congreso del Perú. El general Sucre en Potosí y Chuquisaca; decretos del congreso de Buenos Aires y del Libertador; orden de Sucre para que la asamblea se reuna en Chuquisaca. Cartas cambiadas entre Sucre y Bolívar sobre convocatoria de la asamblea del Alto-Perú............629

Capítulo vigésimo octavo. 1825. El proceso de la reunión de la asamblea general del Alto-Perú en 1825. La instalación de la asamblea. Discusión y proclamación de la independencia del Alto-Perú. Acta de la independencia de las provincias del Alto-Perú, y juicio crítico sobre ese documento. La ley de 11 de agosto de 1825. La legación de diputados ante Bolívar. Forma de gobierno; la primera bandera, el escudo y moneda nacionales. Los últimos actos legislativos, la diputación permanente y la disolución de la asamblea...........657

Capítulo vigésimo noveno. 1825. Bolívar en el Alto-Perú: su entrada triunfal a La Paz. Bolívar en Potosí. Las relaciones de la República Argentina con el Brasil, y la ocupación de la provincia altoperuana de Chi-

Página

quitos por fuerzas brasileras. La legación argentina ante el Libertador. Cuestión de Tarija.....................689

Capítulo trigésimo. 1825. Bolívar en Chuquisaca. El primer aniversario de Ayacucho. La obra legislativa de Bolívar. El Libertador delega la autoridad que ejerce en el Alto-Perú, en el general Sucre, y nombra al general Santa Cruz para sucederle en caso de enfermedad, ausencia o muerte. La proclama de despedida del Libertador...727

Fin del tomo II.